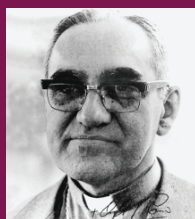


HOMILÍAS

MONSEÑOR ÓSCAR A.
ROMERO



TOMO

I

CICLO C

14 de marzo de 1977

25 de noviembre de 1977



H O M I L Í A S

TOMO I

HOMILÍAS

MONSEÑOR ÓSCAR
ROMERO

TOMO

I

CICLO C

14 de marzo de 1977

25 de noviembre de 1977



Este libro se imprimió
en Talleres Gráficos UCA,
en el mes de marzo de 2015.
La edición consta de 500 ejemplares.

© UCA EDITORES TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Consejo Asesor

Monseñor Ricardo Urioste
Francisco Andrés Escobar
Rodolfo Cardenal, sj
Rafael de Sivatte, sj
Jon Sobrino, sj

Editor

Miguel Cavada Diez

Asistente de editor y diagramadora

Claudia Perla Campos

Corrección de estilo

Carmen Álvarez
Francisco Domínguez

Esta publicación ha sido posible gracias
al aporte financiero de la Agencia Católica
para el Desarrollo, CAFOD, Londres.

UCA Editores
Universidad Centroamericana
José Simeón Cañas
Apartado Postal 01-575
San Salvador, El Salvador,
Centroamérica
Teléfono y fax: (503) 2210-6650
ucaeditores@uca.edu.sv
www.ucaeditores.com.sv

Primera edición 2005

1.ª reimpresión 2006

2.ª reimpresión 2015

251

R763h Romero, Óscar A., 1917-1980

Homilias : tomo I ciclo C, 14 de marzo de 1977-25 de
noviembre de 1977 / Óscar A. Romero. -- 1a. ed. -- San
sv Salvador, El Salv. : UCA Editores, 2005 (impresión de 2015).
506 p. ; 21 cm. -- (Teología latinoamericana ; v. 32)

ISBN 978-99923-49-08-3

1. Romero, Óscar A., Monseñor, 1917-1980. 2. Oratoria
sagrada. 3. Iglesia católica y problemas sociales-El Salvador. I. Título.

Derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin la autorización escrita de UCA Editores. © 2015.

Impreso en El Salvador por Talleres Gráficos UCA, 2015.

Índice general

Introducción general	13
Nota del editor	19
Introducción al primer tomo	25
Siglas	29
Una movitación de amor	31
Misa exequial del padre Rutilio Grande, 14 de marzo de 1977	
Una inspiración de fe	32
La doctrina social de la Iglesia	33
Una motivación de amor	34
La misa única	37
Cuarto domingo de Cuaresma, 20 de marzo de 1977	
La misa es Cristo que evangeliza y da su cuerpo y su sangre para la vida del mundo	38
El sano equilibrio de la evangelización	39
La evangelización no queda completa sin los sacramentos	40
La unción del Espíritu	43
Misa Crismal, Jueves Santo, 7 de abril de 1977	
Cristo, obra del Espíritu	44
El pueblo ungido por el Espíritu	45
El presbiterio, obra del Espíritu	46
La Iglesia de la Pascua	51
Segundo domingo de Pascua, Parroquia de la Resurrección, 17 de abril de 1977	
Una hora pascual	52
Cristo sigue salvando ahora al mundo por su Iglesia	53
El sentido escatológico de la misión de la Iglesia	55
Misión de la Iglesia	57
Quinto domingo de Pascua, 8 de mayo de 1977	
La misión de la Iglesia	58
La oración es lo primero	63
Solidaridad con los jesuitas	64
Un saludo a las madres	65

La Iglesia frente al dolor y a la violencia	69
Misa exequial del ingeniero Mauricio Borgonovo, 11 de mayo de 1977	
Una palabra de consuelo ante el dolor	70
Una palabra de rechazo a la violencia	71
Un llamamiento a la concordia	71
 Un ideal que no muere	 73
Misa exequial del padre Alfonso Navarro, 12 de mayo de 1977	
No a la violencia	74
Un ideal que no muere	75
Un llamamiento a todas las fuerzas morales	77
 La Iglesia es Cristo en nuestra historia	 79
Sexto domingo de Pascua, 15 de mayo de 1977	
La Iglesia de la Trinidad	80
Unidad de la Iglesia	82
La meta hacia donde camina la Iglesia	87
 Penitencia y oración	 89
Nuestra Señora de Fátima, Los Planes de Renderos, 15 de mayo de 1977	
Penitencia	91
Oración	92
 La violencia que enluta al país	 95
Ascensión del Señor, 22 de mayo de 1977	
Rechazo del comunismo y del capitalismo	97
Contribución de la Iglesia a la liberación del mundo	99
Llamamiento a hacer efectiva la justicia social	101
 Vocaciones al sacerdocio	 103
Vigilia de Pentecostés, Iglesia de María Auxiliadora, 28 de mayo de 1977	
Misión del sacerdote	105
Pueblo sacerdotal	106
Fomentar las vocaciones sacerdotales	106
 ¿Qué es la Iglesia?	 111
Domingo de Pentecostés, 29 de mayo de 1977	
La Iglesia es un fenómeno de la apertura humana frente a la fuerza divina	113
La Iglesia es seguridad de la verdad	116
La Iglesia es garantía de unidad	119
 La Iglesia, comunión de los hombres con Dios	 123
Santísima Trinidad, 5 de junio de 1977	
La Iglesia es una comunión de los hombres con Dios	125
La Iglesia es la comunión de los bautizados	127
La Iglesia es comunión con el mundo	130

Desagravio a Cristo	133
<i>Corpus Christi</i> , 12 de junio de 1977	
Institución de la eucaristía	133
Desagravio de la eucaristía	135
El misterio de Cristo	139
Duodécimo domingo del Tiempo Ordinario, 19 de junio de 1977	
Cristo, nuestro Señor	140
Obra liberadora de Cristo	141
Llamamiento de Cristo a la conversión	143
Una antorcha puesta en alto	149
Duodécimo domingo de Tiempo Ordinario, Aguilares, 19 de junio de 1977	
Palabra de solidaridad	149
Palabra de ánimo y de orientación	151
Palabra de conversión	154
La responsabilidad del reino de Dios	157
Decimotercer domingo del Tiempo Ordinario, 26 de junio de 1977	
La vocación cristiana es de desprendimiento	157
La Iglesia libre, confiada en Dios	159
Tres clases de violencia	162
La paz	167
Decimocuarto domingo del Tiempo Ordinario, 3 de julio de 1977	
La paz es fruto de la justicia	169
No basta la justicia, es necesario el amor	172
Seamos artífices de la paz	175
La interioridad	177
Decimoquinto domingo del Tiempo Ordinario, 10 de julio de 1977	
Convertirse desde dentro	178
Cristo, síntesis de todo cuanto existe	179
La inmensa capacidad de amar	181
La Virgen María nos ofrece una promesa de salvación	187
Nuestra Señora del Carmen, Santa Tecla, 16 de julio de 1977	
La Virgen nos ofrece una promesa de salvación	189
Una salvación que reclama un trabajo en la historia	190
La fuerza de la oración	197
Decimosexto domingo del Tiempo Ordinario, 17 de julio de 1977	
La oración, un encuentro personal con Dios	199
La oración y el compromiso con la historia	203
Solo desde la oración podemos descubrir la grandeza del hombre	205

La Iglesia de la arquidiócesis	209
Decimoséptimo domingo del Tiempo Ordinario, 24 de julio de 1977	
Vida de la Iglesia	210
La Iglesia tiene el deber de denunciar el pecado	214
La Iglesia enseña a rezar	218
La trascendencia, perspectiva hacia lo eterno	221
Decimooctavo domingo del Tiempo Ordinario, 31 de julio de 1977	
Nuestra vida eclesial	221
La autonomía de lo temporal y la trascendencia	224
La misión de la Iglesia es dar a las cosas el sentido trascendente	225
La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia	229
Fiesta del Divino Salvador del Mundo, 6 de agosto de 1977	
La Iglesia en el mundo	230
La Iglesia predica el reino de Dios	233
La arquidiócesis del Divino Salvador	234
La historia de la salvación	239
Decimonoveno domingo del Tiempo Ordinario, 7 de agosto de 1977	
Vida de la Iglesia	239
Catequesis de la historia de la salvación	242
La fe y la esperanza salvarán al mundo	245
La misión de los profetas	251
Vigésimo domingo del Tiempo Ordinario, 14 de agosto de 1977	
Vida de la Iglesia	251
¿En qué consiste la paz?	255
Los profetas anuncian el proyecto de Dios	257
Los profetas llaman a la conversión	258
Los profetas anuncian una esperanza	260
El servicio de la Virgen María y de la Iglesia	261
Solemnidad de la Asunción de la Virgen María, 15 de agosto de 1977	
El dogma de la Asunción de María	261
El servicio de la Virgen María y de la Iglesia	263
Características de nuestra Iglesia	267
Vigésimoprimer domingo del Tiempo Ordinario, 21 de agosto de 1977	
Vida de la Iglesia	267
La Iglesia misionera y peregrina	271
La Iglesia escatológica	274
La Iglesia en proceso de conversión	276

La Iglesia de la alianza de Dios y de la verdadera pobreza	281
Vigésimosegundo domingo del Tiempo Ordinario, 28 de agosto de 1977	
Vida de la Iglesia	281
La Iglesia de la alianza de Dios y los hombres	287
La Iglesia de la verdadera pobreza	290
La Iglesia del Espíritu Santo y la Iglesia de la cruz	293
Vigésimotercer domingo del Tiempo Ordinario, 4 de septiembre de 1977	
Vida de la Iglesia	293
La Iglesia del Espíritu Santo	295
La Iglesia de la cruz y del desprendimiento	301
La Iglesia de la verdadera independencia, la Iglesia de la auténtica libertad ...	305
Vigésimocuarto domingo del Tiempo Ordinario, 11 de septiembre de 1977	
Avisos y noticias de nuestra vida de Iglesia	306
Primera fase de la parábola del hijo pródigo: alejamiento de Dios	309
Segunda fase de la parábola del hijo pródigo: idolatría de la riqueza	311
Tercera fase de la parábola del hijo pródigo: la conversión y el retorno	313
La palabra de Dios en el mundo	317
Vigésimoquinto domingo del Tiempo Ordinario, 18 de septiembre de 1977	
Hechos de la semana	317
Vida de la Iglesia	319
Un transfondo de injusticia	321
El valor relativo de los bienes temporales	323
Cristo es la riqueza absoluta del hombre	323
La fuerza de la oración	326
La Iglesia, continuación de la encarnación de Cristo	329
Nuestra Señora de la Merced, Chalatenango, 24 de septiembre de 1977	
La Iglesia, continuación de la encarnación de Cristo	330
Organización jerárquica de la Iglesia	331
Llamamiento pastoral a los laicos	333
El recto uso de los bienes que Dios ha creado	337
Vigésimosexto domingo del Tiempo Ordinario, 25 de septiembre de 1977	
Hechos de la semana	338
Vida de la Iglesia	339
El abuso de la propiedad privada	341
La insensibilidad ante los pobres y ante Dios	342
El buen uso de las riquezas	346

San Miguel Arcángel y la lucha de la Iglesia	351
Fiesta de San Miguel Arcángel, Huizúcar, 29 de septiembre de 1977	
El arcángel de la esperanza	354
El arcángel en las batallas de Dios, en el reino de Dios en esta tierra	355
Toda la fuerza de San Miguel Arcángel le viene de Dios	358
 La Iglesia, comunidad de fe	 361
Vigésimoséptimo domingo del Tiempo Ordinario, 2 de octubre de 1977	
Hechos que vivimos en la semana	361
Vida de la Iglesia	362
El justo vive por su fe	365
¿Qué es la fe?	368
La fe ha sido encomendada a la Iglesia	372
 La Iglesia de la promoción integral	 375
Vigesimoctavo domingo del Tiempo Ordinario, 9 de octubre de 1977	
Noticias de las comunidades	375
La promoción de todo el hombre	381
La promoción de todos los hombres	387
La promoción del espíritu	389
 Iglesia en oración, Iglesia misionera	 393
Vigesimonoveno domingo del Tiempo Ordinario, 16 de octubre de 1977	
Hechos de la semana	393
Vida de la Iglesia	395
Iglesia en oración	398
Iglesia misionera	402
 La Iglesia misionera	 407
Trigésimo domingo del Tiempo Ordinario, 23 de octubre de 1977	
Hechos de la semana	407
Noticiero de la Iglesia	409
Visión universalista del reino de Dios	413
Conversión de corazón	416
Misión de la Iglesia	418
 Los signos de los tiempos	 421
Trigesimoprimer domingo del Tiempo Ordinario, 30 de octubre de 1977	
Los signos de los tiempos	421
Interpretación de los signos de los tiempos a la luz de la palabra de Dios	425
 Los caminos de las bienaventuranzas	 429
Todos los Santos, El Paisnal, 1 de noviembre de 1977	
Una inspiración de fe	433
Una motivación de amor	434
Una doctrina social de la Iglesia	435

La Iglesia escatológica	437
Trigesimosegundo domingo del Tiempo Ordinario, 6 de noviembre de 1977	
Mi diario de esta semana	438
La Iglesia escatológica	442
El sentido escatológico de la Iglesia	449
Trigesimotercer domingo del Tiempo Ordinario, 13 de noviembre de 1977	
Hechos que nos han conmovido	449
Vida de la Iglesia	455
El sentido escatológico de la Iglesia	455
No a la violencia	463
Misa exequial por Raúl Molina Cañas, 14 de noviembre de 1977	
Por el delito de uno entró la muerte al mundo	464
Por la santidad de Cristo entró la salvación al mundo	465
Cristo profeta, sacerdote y rey	467
Solemnidad de Cristo Rey, 20 de noviembre de 1977	
Hechos de la semana	468
Noticias de la Iglesia	471
Cristo profeta	474
Cristo sacerdote	476
Cristo Rey	477
Pueblo profético, sacerdotal y real	479
La fuerza de la palabra	481
Santa Catalina de Alejandría, Apopa, 25 de noviembre de 1977	
Santa Catalina de Alejandría y la Iglesia perseguida	481
La fuerza de la palabra	484
Índice de temas	491
Índice de nombres	499
Índice de citas bíblicas	501
Índice del magisterio de la Iglesia	505

Introducción general

Si algo destacó en la obra de monseñor Romero es su palabra, y, de ella, sus homilías. Si sus escritos doctrinales, cartas pastorales y discursos, se caracterizaban por su solidez teológica y su reflexiva serenidad, en las homilías —tanto en las que predicaba a propósito de coyunturas, por ejemplo, en misas por sacerdotes asesinados, como en las homilías dominicales, en que a la luz de la palabra de Dios enjuiciaba lo que había ocurrido durante la semana— la idea iba acompañada de un incomparable calor humano. Monseñor Romero se transfiguraba literalmente.

El hombre más bien tímido, que se sentía incómodo entre los grandes de este mundo, se convertía en el hombre de palabra libre, valiente, poderosa y oportuna ante su pueblo. Con la palabra de Dios en sus manos y con los ojos puestos en los rostros concretos de los pobres, su palabra cobraba la fuerza de los antiguos profetas y de Jesús.

No hay duda de que si alguien ha revalorizado el papel de la palabra en la Iglesia, ése fue monseñor Romero. Cumplió a cabalidad la exultación de Pablo: “la palabra de Dios no está encadenada”. Con esa palabra denunció el pecado de los opresores —fue *profeta*. Defendió al pueblo ante los mercenarios —fue *pastor*. Por causa de esa palabra le dieron muerte —fue *mártir*. Y esa palabra es la que nos deja. Don Pedro Casaldáliga termina bellamente su poema: “San Romero de América, nadie hará callar tu última homilía”.

Las homilías de monseñor Romero fueron —y siguen siendo— un fenómeno eclesial y social sin precedentes. Poco a poco se convirtieron en obligado punto de referencia para conocer la realidad del país. En el último año de su vida, sobre todo, venían a escucharlas periodistas y visitantes internacionales. En no pocos periódicos del mundo aparecía los lunes lo que

monseñor Romero había dicho el domingo. Para conocer la verdad de El Salvador era necesario remitirse a sus homilías.

Si esto ocurría en el exterior, en el país sus homilías eran escuchadas a través de la emisora del arzobispado *YSAX*. En los más escondidos cantones, en los tugurios de las barrancas y también en los cuarteles, resonaba la *YSAX* que transmitía la homilía dominical. En esto se unían amigos y enemigos. En un determinado momento la homilía del domingo llegó a ser el programa de mayor audiencia.

Fiel reflejo del influjo social de sus homilías fueron los repetidos intentos por silenciar la *YSAX*. En dos ocasiones estallaron bombas en la planta de la emisora que la inutilizaban temporalmente, y durante un mes la emisora fue interferida durante la homilía. Y, a la inversa, hay que recordar la enorme solidaridad nacional e internacional para hacer posible que su homilía fuese radiada. En el último mes de su vida monseñor Romero predicó ante un teléfono que estaba conectado con *Radio Noticias del Continente*, de San José, Costa Rica, que, por onda corta, transmitía la homilía a todo el mundo. Estos ataques y esta solidaridad son claros símbolos del influjo de las homilías de monseñor.

También recibía cartas de las comunidades eclesiales de base, de congregaciones religiosas, de algún cardenal, de la Iglesia anglicana, a las que contestaba puntualmente. Y también recibió anónimos “muy groseros”, como él decía —recuérdese que el diario *La Opinión* publicaba titulares como el siguiente: “Monseñor Romero vende su alma al diablo”. Pero monseñor no se amilanaba. Más aún, se ofrecía a dialogar con quienes disentían. Y añadía: “Yo estoy dispuesto a cambiar. Y también ustedes deben estar dispuestos a cambiar”.

Si nos preguntamos ahora por qué las homilías de monseñor Romero causaron ese inmenso impacto, la razón fundamental es que en ellas se hacía presente, con fuerza inigualable, la verdad. Era ésa una verdad que monseñor Romero proclamaba con total honradez, con la total convicción de que la palabra que predicaba era palabra de Dios. Era una palabra eficaz para convocar al pueblo, sacudir conciencias, iluminar y animar a la práctica cristiana.

Y a través de la palabra se ponía en contacto directo con su pueblo. Los frecuentes aplausos que interrumpían sus homilías

no eran sino la forma espontánea y popular de decir “amén”, “así es”, “ésa es la verdad”.

La pasión de monseñor Romero por la palabra también se veía urgida por la situación de los medios de comunicación del país, prensa, radio y televisión, que, en su inmensa mayoría, ignoraban, mutilaban, tergiversaban y manipulaban la verdad. En esta concreta situación, una palabra veraz tenía una inmensa eficacia, y no es de extrañar que sus homilías le convirtiesen en “la voz de los sin voz”. Por ello lamentaba tanto los intentos de silenciar la *YSAX*. Por ello también llegó a decir a la gente que iba a escuchar sus homilías que llevasen grabadoras para propagar después su palabra. Y una vez les pidió que si algún día destruyesen los medios de comunicación de la Iglesia, “le matasen a él y a todos los sacerdotes, ellos debían ser micrófonos de Dios” (*Homilía* del 8 de julio de 1979).

Monseñor Romero forjó un nuevo estilo de homilías, y esa novedad comenzaba ya en su preparación. A ello dedicaba muchas horas del sábado, estudiando comentarios a las lecturas bíblicas, recordando los acontecimientos de la semana y asesorándose sobre la veracidad de los hechos y su interpretación. La religiosa que le atendía en el Hospitalito contaba cómo se quedaba hasta altas horas de la madrugada del domingo preparando la homilía. Después, en la soledad de la oración, decidía ante Dios lo que tenía que decir. Creía que desde la palabra de Dios podía iluminar lo humano e inhumano que ocurría en el país, y lo cristiano y anticristiano que ocurría en la Iglesia. Como creyente, pensaba que la palabra de Dios era más cortante que espada de dos filos. Y así de cortantes eran sus homilías: temidas por unos, porque, a través de monseñor, les denunciaba el mismo Dios, y esperadas y acogidas por otros, porque ese mismo Dios les daba ánimo y esperanza —y Dios les daba la razón.

Lo central de sus homilías tenía su fundamento último en los dos grandes referentes de su vida, sus “dos amores”: Dios y el pueblo. En una de sus últimas homilías insistió: “Quien me diera que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios” (*Homilía* del 10 de febrero de 1980). Y en otra ocasión pronunció estas otras palabras bien conocidas: “Estas homilías quieren ser la voz de este pueblo. Quieren ser la voz de los que no tienen voz,” (*Homilía* del 29 de julio de 1979). Dios y el pueblo.

Este remitirse a Dios y al pueblo da la razón de la estructura de sus largas homilías. En la primera parte presentaba y analizaba la palabra de Dios, y lo que ella dice sobre Cristo. “¡Qué hermoso nombre para Cristo! El sí de las promesas de Dios... En Cristo el hombre necesitado, los pueblos pecadores, las sociedades ennegrecidas, sin esperanzas, miran la esperanza de un Dios que todavía nos ama” (*Homilía* del 18 de febrero de 1979). Y no dejó de tocar ninguno de los temas, tradicionales o novedosos, que tuvieran que ver con la fe. Quienes le acusaban de pronunciar homilías políticas, estaban realmente ciegos, culpablemente ciegos. No eran hijos de la luz, sino de las tinieblas.

Sobre la Iglesia habló prácticamente en todas las homilías y de hecho el término “Iglesia” es el más citado en los índices analíticos. Con frecuencia puso en relación Iglesia y pobres. Baste una cita: “La Iglesia se predica desde los pobres y no nos avergonzamos nunca de decir ‘la iglesia de los pobres’ porque entre los pobres quiso poner Cristo su cátedra de redención” (*Homilía* del 24 de diciembre de 1978).

Y también habló del magisterio, y, más en concreto, de la doctrina social. No hay homilía que no la mencione. Con gran vigor la cita para defender a los oprimidos. Y lo hacía con la disponibilidad a correr los riesgos necesarios. Así cuenta que lo dijo en Roma: “Santo Padre, acatar la doctrina de la Santa Sede, del magisterio, elogiarlas, alabarlas, defenderlas teóricamente es muy fácil, pero cuando se trata de encarnar esa doctrina y hacerla vida en una diócesis, en una comunidad, y señalar los hechos concretos que están contra esa doctrina, entonces surgen los conflictos. Y ésta es la vida de nuestra arquidiócesis” (*Homilía* del 16 de julio de 1978).

En la segunda parte de la homilía recorría y juzgaba los acontecimientos sociales y políticos de la semana. Alabó siempre todo aquello que era positivo, aunque no generase más que un destello de esperanza. Pero como aquellos tres años fueron especialmente trágicos, monseñor se convirtió realmente en la conciencia crítica del país.

Semanalmente enumeraba todos los atropellos contra los derechos humanos, y con fuerza desconocida hasta entonces denunciaba la represión al pueblo pobre. Y bueno será recordar que aquellos no fueron años de guerra —que no estalló hasta enero de 1981—, sino de represión por parte de la oligarquía, el

Estado, la Fuerza Armada y los paramilitares, con innumerables asesinatos, capturas, torturas, desaparecimientos. Con insoportable libertad denunciaba también a los responsables, bien fuese el presidente de la República, la Corte Suprema de Justicia, la Asamblea Legislativa, la Fuerza Armada, los cuerpos de seguridad, la oligarquía en general, el gobierno de los Estados Unidos. También juzgaba las acciones de las organizaciones populares, animando y alabando, amonestando y condenando, según los casos. En cualquier caso, vio más esperanza —y así lo decía sobre todo en los últimos meses— en el proyecto popular que en el de los poderosos.

Es importante recordar que monseñor Romero fue iniciador y guardián de la “memoria histórica”. Denunciaba todos y cada uno de los hechos de barbarie. Se informaba de ellos, y, en cuanto era de su conocimiento, mencionaba por principio los nombres de “todas” las víctimas, añadiendo algún detalle sobre el lugar y las circunstancias, aunque eso alargase sus homilías hasta llegar en alguna ocasión a las dos horas. En esta minuciosidad de la denuncia estaba en juego la dignidad de las víctimas, la decencia de la Iglesia y la credibilidad de Dios. En definitiva, el amor al pueblo sufriente. De igual modo, fue el primero que escribió un “Informe de la Verdad”, mucho antes que Naciones Unidas, y con mayor libertad y menos cautelas políticas.

En la homilía del 30 de octubre de 1977, el mismo monseñor explicó qué es lo que pretendía con su predicación. La ocasión fue el asesinato del joven José Roberto Valdez, quien fue a morir dentro de catedral. Monseñor Romero celebró una misa por él, y sus enemigos le reprocharon que, con ello, había hecho algo “político”. Monseñor preparó cuidadosamente ésta homilía. Replicó que “el pastor tiene que estar donde está el sufrimiento”. Después, en cinco puntos explicó cuál había sido la finalidad de su homilía —lo que podía valer para todas ellas: dar consuelo, repudiar el crimen, apoyar los justos reclamos del pueblo, dar esperanza y anunciar la transcendencia de Dios más allá de todos nuestros proyectos. Esto es lo que estructuraba su pensamiento.

Terminemos volviendo al meollo de sus homilías, al corazón de monseñor Romero: Dios y el pueblo. “En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les

ruego, ¡les ordeno!, ¡cese la represión!” (*Homilía* del 23 de marzo de 1980), es lo que dijo la víspera de ser asesinado. “Ustedes son la imagen del Divino Traspasado del que nos habla la primera lectura en un lenguaje profético, misterioso, pero que representa a Cristo clavado en la cruz y atravesado por la lanza” (*Homilía* del 19 de junio de 1977), es lo que dijo en Aguilares para consolar al pueblo, después de un mes de ocupación militar. El pueblo y Dios. El pueblo y Jesús crucificado.

En las homilías aparece lo más hondo de la fe del monseñor Romero cristiano: Dios y su Cristo, y lo más hondo del monseñor Romero salvadoreño: el pueblo, las mayorías pobres, populares. En ellas no hacía más que expresar en público lo que él vivía día a día en lo escondido. Hablaba al pueblo desde ese hondón de su ser. Le hablaba con calor humano. Se le notaba conmovido.

“Hermanos, *guarden este tesoro*. No es mi pobre palabra la que siembra esperanza y fe. Es que yo no soy más que el humilde resonar de Dios en este pueblo” (*Homilía* del 2 de octubre de 1977). Y les dijo cuánto les quería: “Con este pueblo no cuesta ser buen pastor” (*Homilía* del 18 de noviembre de 1979). Termino con lo que escribí hace 25 años:

En sus tres años como arzobispo de San Salvador monseñor Romero hizo que la palabra de Dios acampa entre los salvadoreños, pusiera su tienda entre los pobres, los campesinos, los obreros, los desaparecidos, los torturados, los muertos. Con él la palabra de Dios se hizo cercana y compasiva hacia los pobres, y se hizo terrible para los poderosos. Con él la palabra de Dios se convirtió en palabra más cortante que espada de dos filos, que descubre el fondo de los corazones y de la historia, divide a los hombres, pero es acogida por quienes aman la justicia y la verdad.

Y con monseñor Romero la palabra de los salvadoreños subió hasta Dios. Los clamores del pueblo y sus esperanzas, los gemidos que les arrancan sus opresores, se convirtieron en la plegaria de todo un pueblo que monseñor Romero presentó a Dios.

Jon Sobrino

San Salvador, enero de 2005

Nota del editor

En el vigésimo quinto aniversario del martirio de monseñor Óscar Arnulfo Romero, emprendemos una nueva edición de sus homilías. Es de justicia señalar que, en esta tarea que hoy iniciamos, no partimos de cero. Las homilías de monseñor Romero eran transmitidas por la emisora de la arquidiócesis, que entonces se llamaba *YSAX La Voz Panamericana*, lo cual ha permitido que se conserven. Ya desde el comienzo, sus colaboradores y oyentes percibieron que estábamos ante algo nuevo, que esta “buena noticia” no podía caer en el olvido. Por eso, en 1977 se realizaron las primeras transcripciones y ediciones escritas de sus homilías, que fueron publicadas ocasionalmente en *Orientación*, semanario de la arquidiócesis, que entonces era dirigido por el padre Roberto Amílcar Torruella.

Ese mismo año, el Secretariado Social Interdiocesano publicó un folleto titulado *Voz y pensamiento de monseñor Óscar A. Romero, arzobispo de San Salvador*, con una selección de las principales homilías de monseñor Romero en los primeros meses de su ministerio, que fueron presentadas con una introducción de monseñor Arturo Rivera Damas. En agradecimiento, monseñor Romero escribió, en julio de 1977, una nota publicada en *Orientación*, con el título “Editan mis homilías”, que, salvadas las distancias del tiempo y las circunstancias, es muy oportuna y adecuada para introducir la presente edición:

Estas homilías fueron mi esfuerzo de iluminar con la palabra de Dios los momentos difíciles y trágicos que marcaron estos densos meses de persecución. Fuera del ambiente en que vivimos estos momentos de reflexión, no tendrán el interés de una homilía —actualización de la palabra de Dios—. Pero en todo caso este

esfuerzo del Secretariado Social quedará como un recuerdo histórico de una de las horas más interesantes de nuestra vida y, sobre todo, como un elocuente testimonio del espíritu de colaboración y de la conciencia eclesial que el Señor despertó entre nuestro laicado. Agradezco, pues, el noble trabajo de tan finos amigos y recomiendo a los fieles de la arquidiócesis la lectura de esas páginas que representan una buena parte de mi misión pastoral de santificar, enseñar y pastorear a esta querida Iglesia particular de San Salvador.

A partir de diciembre de 1978, gracias a la iniciativa y trabajo de la doctora María Julia Hernández, con la colaboración de María Eugenia Argüello de Trigueros, se transcribieron sistemáticamente todas las homilias dominicales, que eran publicadas semanalmente en unos cuadernos bajo el título *Sentir con la Iglesia. Voz y pensamiento de monseñor Óscar A. Romero*. La colección completa la integran sesenta y un cuadernos, con las homilias desde el 3 de diciembre de 1978 hasta el 24 de marzo de 1980. Según el testimonio de María Julia Hernández, monseñor Romero estaba renuente a la edición de sus homilias, pero como llegaban muchas cartas de las comunidades pidiendo el texto de la homilia del domingo, al final monseñor Romero se convenció de lo importante que era para su pueblo disponer de sus predicaciones, y tuvo la iniciativa de ofrecer al pueblo, como regalo de Navidad, la homilia del 3 de diciembre de 1978: “Adviento, el tiempo de la alegre esperanza”. Monseñor Romero mismo introdujo esta edición con su natural modestia:

Soy el primero en reconocer las deficiencias de este ministerio de la palabra que trato de cumplir en mi catedral todos los domingos y mucho más reconozco la pérdida de interés que puede significar esta versión escrita de la enseñanza oral dada en un momento histórico y en el marco vivo de la catedral palpitante de vida y oración. Pero prevalece mi sentimiento de gratitud por la solidaridad de tantos amigos que por serlo serán también superiores a las deficiencias indicadas y sabrán interpretar este esfuerzo como un deseo o una invitación de compactar cada día más nues-

tra amistad y nuestra solidaridad sobre la base de la palabra de Dios que ilumina las realidades de nuestro pueblo.

Los cuadernos antes mencionados sirvieron de base para la primera edición de las homilías completas de monseñor Romero, realizada por el Arzobispado de San Salvador entre 1980 y 1989, en ocho volúmenes, bajo el título: *Monseñor Óscar A. Romero. Su pensamiento*, que posteriormente fueron reimpresas con motivo del vigésimo aniversario de su martirio.

En la nueva edición, que hoy emprendemos, hemos confrontado nuevamente el texto escrito con las grabaciones de las homilías, para garantizar la integridad del mensaje. Para ello nos hemos servido de una reproducción de las cintas magnetofónicas originales obtenidas en los estudios de la YSAX unos meses después del martirio del pastor y profeta. Posteriormente, hemos sometido la transcripción al ejercicio paciente de la corrección de estilo. En este primer tomo, la reproducción magnetofónica de doce homilías está incompleta, como indicamos oportunamente al pie de página, aunque pensamos que se ha conservado lo central del mensaje.

Es importante subrayar que monseñor Romero no llevaba por escrito previamente sus homilías, solamente se auxiliaba de un guión y algunos documentos que leía en el momento oportuno. Sus homilías son originalmente palabra oral y no palabra escrita. Esto, sin lugar a dudas, las reviste de una fuerza y belleza sin igual. Sin embargo, para efectos de la transcripción no deja de crear dificultades. Por ejemplo, es frecuente que monseñor Romero comience una oración que deja incompleta para exponer una nueva idea; estos casos lo señalamos con puntos suspensivos. Cuando hemos observado algún *lapsus linguae*, lo indicamos en una nota al pie de página. También hemos respetado los salvadoreñismos, aun cuando desde el punto de vista gramatical se trate de una incorrección. En algunos casos, por tratarse de lenguaje oral, podremos encontrar párrafos un tanto oscuros, que bien podríamos haber simplificado para hacerlos más comprensibles. Sin embargo, nos hemos cuidado mucho de no quitar ni añadir nada a sus palabras. Con todo esto, queremos dar fe de que presentamos la homilías de monseñor Romero tal y como él las pronunció verbalmente.

Un aspecto importante de la edición son los títulos y subtítulos de las homilías. A este respecto hay que recordar que monseñor Romero tenía la buena costumbre de presentar, al comienzo de la homilía, el título de la misma y las ideas principales; lo cual facilita la labor de edición. Sin embargo esta costumbre todavía no es frecuente en los primeros meses de 1977, por lo que hemos añadido los títulos y subtítulos de acuerdo al contenido de la predicación; salvo algunas excepciones, hemos mantenido los títulos de las homilías de la edición del arzobispado, mencionada anteriormente.

A partir de agosto de 1977, monseñor Romero incluye en sus homilías un elemento que ya nunca abandonará y que hace que su predicación sea tan original. Nos referimos a lo que él mismo llamaba “el marco de la homilía”: las noticias de la vida de la Iglesia y las denuncias, comentarios o juicios teológico-pastorales de los hechos de la realidad más importantes de la semana. Señalamos esta parte de la homilía bajo los subtítulos: “Vida de la Iglesia” y “Hechos de la semana”, salvo en los casos en los que monseñor Romero da un título específico a esta parte de la predicación, como por ejemplo: “Noticiero de la vida de nuestra Iglesia” o “Mi diario de esta semana”.

Todas las notas, tanto al margen como al pie de página, son del editor. Los textos bíblicos y del magisterio de la Iglesia que monseñor Romero comenta en su predicación, sin aducir la cita explícitamente, se han buscado y anotado al margen del texto homilético. En muchas ocasiones monseñor Romero no lee textualmente los pasajes bíblicos o del magisterio, sino que emplea la paráfrasis; en todo caso, señalamos al margen la cita bíblica o del magisterio correspondiente. Al pie de página se incluyen algunas notas explicativas. Hemos procurado incluir las notas imprescindibles, que ayuden a ubicar el contexto histórico su predicación o a completar la información sobre algún hecho que monseñor Romero da por sabido. En el primer tomo, nos ha sido difícil encontrar la cita de algunos textos que monseñor Romero menciona, especialmente cuando habla del magisterio anterior al Vaticano II; esperamos subsanar estos vacíos en próximas ediciones.

Dada la amplitud de temas y situaciones que monseñor Romero trata en sus homilías, nos pareció imprescindible incluir al final varios índices, cuyo propósito es facilitar la localización de información referente a aspectos específicos.

El *índice bíblico* contiene todos los textos bíblicos citados y comentados por monseñor Romero en sus homilías. Así por ejemplo: Mc 1, 15: 25, significa que en la página 25 del presente tomo podemos encontrar la reflexión que monseñor Romero hace a partir de este texto bíblico.

Así mismo, el *índice del magisterio eclesial* nos permite localizar todas las citas de los documentos del magisterio de la Iglesia que monseñor Romero menciona prácticamente en todas sus homilías.

El *índice onomástico* contiene los nombres de todas las personas que fueron mencionados en las homilías.

En el *índice de temas* se incluyen los temas más importantes que monseñor Romero abordaba en sus homilías, por ejemplo: “desaparecidos”, “persecución a la Iglesia”, “trascendencia”, etc. A veces, en temas como “Dios”, “Iglesia”, “pueblo” y otros semejantes, de los que hablaba abundantemente, hemos elegido los pasajes más significativos. En este índice hemos incluido también la entrada: “Romero, monseñor Óscar”, en la que remitimos a las páginas en las que monseñor Romero expresa sus sentimientos, su personalidad, lo que piensa de sí mismo. Lo hemos considerado oportuno porque en todo predicador y, sobre todo, en monseñor Romero, el mensaje y la persona son inseparables.

Queremos agradecer a todas aquellas personas que, de una u otra forma, han colaborado en la edición de este primer tomo: A Josep Vives, catedrático de la Facultad de Teología de la Universidad de Catalunya, quien nos facilitó la búsqueda de varias citas de la patrística; a Vicente Espinosa y Eduardo Valdés, del Centro Pastoral, y Martin Maier, director de *Stimmen der Zeit*, München, sin cuyo aporte la búsqueda de citas bíblicas habría sido interminable; a Emilio Delgado Chavarría, documentalista del CIDAI y José Rodolfo Hernández del Centro Pastoral, que nos proporcionaron valiosa información para las notas explicativas; a Ana María Nafría Ramos de Inclán, del Departamento de Ciencias de Educación de la UCA, cuyos atinados consejos nos ayudaron a mejorar la edición; a Rosa María Shente Alberto, María Esther Cerón, Mayra Yanira Gómez y María Edith Torres, de la Biblioteca de Teología “Juan Ramón Moreno” por su diligencia para proporcionarnos todos los libros necesarios; a María de los Ángeles Torres, de la Oficina de Cooperación In-

ternacional de la *UCA* y, por supuesto, a los miembros del consejo asesor de esta edición, que orientaron, animaron y señalaron las pautas de todo el trabajo.

Queremos también manifestar nuestro agradecimiento a la Agencia Católica para el Desarrollo, *CAFOD*, Londres. Ya desde 1977 sus miembros estuvieron solidariamente cerca de monseñor Romero, dando su apoyo y recibiendo también de él inspiración y aliento. Justo es recordar ahora que *CAFOD* apoyó la reconstrucción de la emisora *YSAX* cuando fue destruida en el intento de querer callar la voz del profeta, así como apoyaron toda la obra humanitaria de la arquidiócesis. Y también hoy siguen contribuyendo a expandir la voz y pensamiento de monseñor Romero, apoyando esta edición de sus homilias.

Queremos terminar esta introducción compartiendo una experiencia que hemos tenido al elaborar este libro. Todas las personas a quienes hemos pedido colaboración han respondido con generosidad y entusiasmo. La razón es sencilla. Se trata de mantener viva la palabra de monseñor Romero, y eso es un bien inapreciable. De ahí la alegría que han sentido todas las personas en participar en este proyecto.

Miguel Cavada Diez
San Salvador, enero de 2005

Introducción al primer tomo

En este primer tomo presentamos cuarenta y seis homilías de monseñor Romero, pronunciadas desde el 14 de marzo hasta el 25 de noviembre de 1977, que corresponden al ciclo C de la liturgia de la Iglesia. Además de las homilías dominicales en catedral, se incluyen otras pronunciadas en ocasiones muy importantes, como, por ejemplo, en los funerales del padre Rutilio Grande, del canciller Mauricio Borgonovo, del padre Alfonso Navarro; así como las homilías en sus visitas pastorales.

Estas homilías reflejan los comienzos de una nueva etapa en el ministerio de monseñor Romero, como arzobispo de San Salvador. Pronto desarrolló un estilo personal de predicación, pero es importante fijarse en sus primeras homilías para apreciar el cambio de monseñor con relación a su actuación anterior y, sobre todo, para conocer aquello en lo que se centró desde el principio.

Su primera homilía es del 14 de marzo en el funeral del padre Rutilio Grande, quien había sido asesinado dos días antes en Aguilares junto con un anciano y un joven. El esquema lo tomó de la *Evangelii nuntiandi*, y con ello ponía su primera homilía en un contexto hondamente eclesial, la evangelización de la Iglesia. Pero lo más importante es que en esa homilía sentó la pauta de cómo utilizar el magisterio en la predicación. No expuso, simplemente, el pensamiento de Pablo VI, sino que lo puso en relación con la realidad, el asesinato de Rutilio. “Hoy se ha cumplido esta escritura”, parecía decir monseñor Romero, como, en otro contexto, habló Jesús en la sinagoga de Nazaret. Y así fue siempre. En las homilías —otra cosa es en la academia— el magisterio no debía ser expuesto en *conceptos*, sino que debía ser usado para iluminar y cambiar la *realidad*.

La realidad de la que más habló en esa primera época fue la *persecución a la Iglesia* —recuérdese que en ese tiempo ocurrió el asesinato del padre Rutilio Grande, del padre Alfonso Navarro, la amenaza a todos los jesuitas, y las difamaciones en los medios de comunicación por parte de la oligarquía, el gobierno, la Fuerza Armada— y cuán novedoso era todo ello. Lo decía con claridad: “hay persecución a la Iglesia”, pero añadía lo que es más importante: “y tiene que haberla, si es verdadera Iglesia de Cristo”. Consecuencia de esta persecución son los primeros *mártires* a quienes monseñor Romero en la homilía del 1 de noviembre de 1977 en El Paisnal, no dudó en llamar “nuestros mártires”, a quienes recordaba con cariño: “Yo quiero recordar aquí al querido hermano, el padre Alfonso Navarro, a nuestros queridos catequistas, sería imposible enumerarlos, pero recordemos por ejemplo a Filomena Puertas, a Miguel Martínez, a tantos otros queridos hermanos, que han trabajado, que han muerto y que en la hora de su dolor, de su agonía dolorosa, mientras los despellejaban, mientras los torturaban y daban su vida, mientras eran ametrallados, subieron al cielo”. Esa persecución, comprensiblemente, produjo miedo. Algunos le decían: “la gente se está yendo”, pero monseñor Romero respondía: “se van los que se tienen que ir” (*Homilía* del 29 de mayo de 1977).

Y junto a la persecución contra la Iglesia, la *represión* contra el pueblo: torturas, desaparecimientos, asesinatos, etc. Monseñor Romero levanta su voz contra todas estas atrocidades: “Y me perdonan que siempre mencione las torturas, porque hay una pesadez en mi pobre espíritu cuando pienso en los hombres que sufren azotes, patadas, golpes de otro hombre” (*Homilía* del 17 de julio de 1977). Lo que más hizo sufrir a monseñor Romero fue lo que el mismo llamaba “una nueva clase de muertos”: los desaparecidos. Clamó con insistencia por el respeto a la vida. Con la misma fuerza y claridad que denunció el secuestro y asesinato del canciller Mauricio Borgonovo, denunció la desaparición de muchas personas por el hecho de ser pobres y estar organizados.

Junto al tema central de la persecución y la represión, prácticamente en todas las homilías habló de la Iglesia, de su misión en el mundo, su anuncio del reino y su denuncia del antirreino. Citaba frecuentemente *Lumen gentium*, *Evangelii nuntiandi* y Medellín.

Y también empezó a hablar de la suma gravedad en que se encontraba el país. Una situación que califica de “pecado”: “La marginación, el hambre, el analfabetismo, la desnutrición, y tantas otras cosas miserables que se entran por todos los poros de nuestro ser, son consecuencia del pecado; del pecado de aquellos que lo acumulan todo y no tienen para los demás y también del pecado de los que, no teniendo nada, no luchan por su promoción, son conformistas, haraganes, no luchan por promoverse” (*Homilía* del 9 de octubre de 1977).

En una homilía memorable en el funeral del padre Alfonso Navarro, asesinado el 11 de mayo, contó la leyenda del beduino que, con la mano, apuntaba en la dirección que debían tomar sus compañeros, que andaban perdidos en el desierto, si querían salvarse. No le hicieron caso y le asesinaron. Monseñor vio en la leyenda una parábola del país, e insistió: “no por aquí, sino por allá”.

Como ya en su última época en Santiago de María, monseñor Romero se mostró muy sensible a la miseria, al sufrimiento de los pobres y a la injusticia que los producía, aunque al principio se contentaba con animar a los ricos a que diesen de su riqueza. Pero pronto empezó a hablar de la “función social” que tiene la propiedad privada, y denunció desde el principio que el abuso de la riqueza es una idolatría inicua y cruel. También empezó a hablar de “las demandas del pueblo”, y les animó a que trabajasen y se organizaran. Después estalló el vendaval profético y solidario de monseñor en contra de la injusticia y de los opresores, y en defensa de la justicia y los oprimidos.

Estas homilías nos revelan también el “corazón” de monseñor Romero. Si algo llama la atención en su predicación es la sinceridad y el calor humano de sus palabras. No habla por hablar, no esconde sus sentimientos, se deja querer por los pobres y sencillos, por eso, sin duda, fue y es tan querido por su pueblo. Así, por citar un ejemplo, cuando sus detractores se burlaban de él porque visitaba a la gente sencilla en sus cantones, dijo: “Es cierto que he andado yo por El Jicarón, por El Salitre y muchos otros cantones; y me glorío de estar en medio de mi pueblo y sentir el cariño de toda esa gente que mira en la Iglesia, a través de su obispo, la esperanza” (*Homilía* del 25 de septiembre de 1977).

En la homilía del 19 de junio en Aguilares Monseñor Romero era ya el conocido “pastor” y “profeta”, totalmente com-

prometido con Dios y con su pueblo. Así habló. “A mí me toca ir recogiendo atropellos, cadáveres y todo eso que va dejando la persecución de la Iglesia. Hoy me toca venir a recoger esta iglesia y este convento profanado, un sagrario destruido y sobre todo este pueblo humillado, sacrificado indignamente”. Así comprendió su ministerio de arzobispo —así como en tiempo de la colonia los obispos se comprendían como “defensores del indio”. “Hemos estado con ustedes”. La *solidaridad*. “Ustedes son la imagen del Divino traspasado”, “el cuerpo de Cristo en la historia”, como dirá pocos meses después en su segunda carta pastoral. La *suma dignidad*. “Mucho ánimo, no decaigan vuestros espíritus”. La *esperanza*. “Este ejemplo de Aguilares es maravilloso... Es un compromiso de los hombres de la Iglesia para llevar lo más peligroso de su Iglesia. Pero es necesario, hermanos, porque yo creo que hemos mutilado mucho el Evangelio, hemos tratado de vivir un Evangelio muy cómodo, sin entregar nuestra vida. Solamente de piedad. Pero he aquí que en Aguilares se inicia un movimiento atrevido de un Evangelio más comprometido”. El *compromiso*. A Aguilares lo llamó el “pueblo mártir”.

Persecución, consuelo y esperanza; testimonio y conversión; el Evangelio y Jesús; el país y la Iglesia. De todo ello habló Monseñor en Aguilares. Y ese día, junto a la palabra, puso un gesto de profeta y de pastor, al salir en procesión alrededor de la plaza, pasando, sin titubear, ante los militares, que apuntaban con sus metralletas. Monseñor acompañaba a su pueblo y le daba esperanza. Una homilía en acción.

Miguel Cavada y Jon Sobrino
San Salvador, enero de 2005

Siglas

DOCUMENTOS DEL CONCILIO VATICANO II

- AG *Ad gentes*. Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia.
- DV *Dei Verbum*. Constitución dogmática sobre la divina revelación.
- GS *Gaudium et spes*. Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual.
- LG *Lumen gentium*. Constitución dogmática sobre la Iglesia.
- OT *Optatam totius*. Decreto sobre la formación sacerdotal.
- SC *Sacrosanctum concilium*. Constitución sobre la sagrada liturgia.

DOCUMENTOS DEL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

- EN *Evangelii nuntiandi*. Exhortación apostólica de Pablo VI acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo, 1975.
- HV *Humanae vitae*. Carta encíclica de Pablo VI sobre la regulación de la natalidad, 1968.
- M Medellín. Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 1968.
- PP *Populorum progressio*. Carta encíclica de Pablo VI sobre el desarrollo de los pueblos, 1967.
- RN *Rerum novarum*. Carta encíclica de León XIII sobre la cuestión obrera, 1891.

Una motivación de amor

Misa exequial del padre Rutilio Grande¹
14 de marzo de 1977

Excelentísimo representante de su santidad el Papa, queridos hermanos obispos, sacerdotes y fieles:

Pocas veces, como en esta mañana, me parece la catedral el signo de la Iglesia universal. Es aquí la convergencia de toda la rica pastoral de una Iglesia particular que engarza con la pastoral de todas las diócesis y de todo el mundo, y sentimos entonces que la presencia no solo de los vivos, sino de estos tres muertos, le dan a esta figura de la Iglesia su perspectiva abierta al Absoluto, al infinito, al más allá: Iglesia universal, Iglesia más allá de la historia, Iglesia más allá de la vida humana.

Si fuera un funeral sencillo hablaría aquí, queridos hermanos, de unas relaciones humanas y personales con el padre Rutilio Grande, a quien siento como un hermano. En momentos muy culminantes de mi vida, él estuvo muy cerca de mí, y esos gestos jamás se olvidan; pero el momento no es para pensar en lo personal, sino para recoger, de ese cadáver, un mensaje para todos nosotros que seguimos peregrinando.

El mensaje quiero tomarlo de las palabras mismas del Papa, presente aquí en su representante, el señor nuncio, a quien agradezco, porque le da a nuestra figura de Iglesia ese sentido de unidad, que ahora lo estoy sintiendo en la arquidiócesis en estas

¹ El sábado 12 de marzo de 1977 fue asesinado el padre Rutilio Grande, junto con dos campesinos que lo acompañaban, Manuel Solórzano y Nelson Rutilio Lemus, cuando se dirigía hacia El Paisnal. El lunes 14 de marzo se celebró la misa exequial de cuerpo presente, en la catedral de San Salvador. *Cfr.* “Boletín informativo del arzobispado n.º. 3”, *Orientación*, 20 de marzo de 1977.

EN 30 horas trágicas, ese sentido de unidad como un florecimiento rápido de estos sacrificios que la Iglesia está ofreciendo. El mensaje de Pablo VI, cuando nos habla de la evangelización², nos da la pauta para comprender a Rutilio Grande. ¿Qué aporta la Iglesia a esta lucha universal por la liberación de tanta miseria? Y el Papa recuerda que en el sínodo de 1974 las voces de los obispos de todo el mundo, representadas principalmente en aquellos obispos del Tercer Mundo, clamaban la angustia de estos pueblos con hambre, en miseria, marginados. Y la Iglesia no puede estar ausente en esa lucha de liberación; pero su presencia en esa lucha por levantar, por dignificar al hombre, tiene que ser un mensaje, una presencia muy original, una presencia que el mundo no podrá comprender, pero que lleva el germen, la potencia de la victoria, del éxito. El Papa dice: la Iglesia ofrece esta lucha liberadora del mundo, hombres liberadores, pero a los cuales les da una inspiración de fe, una doctrina social que está a la base de su prudencia y de su existencia para traducirse en compromisos concretos y, sobre todo, una motivación de amor, de amor fraternal.

Una inspiración de fe

EN 33 Esta es la liberación de la Iglesia, por eso —dice el Papa— no puede confundirse con otros movimientos liberadores sin horizontes ultraterrenos, sin horizontes espirituales. Ante todo, una inspiración de fe. Y esto es el padre Rutilio Grande: un sacerdote, un cristiano que en su bautismo y en su ordenación sacerdotal ha hecho una profesión de fe: creo en Dios Padre revelado por Cristo su Hijo, que nos ama y que nos invita al amor. Creo en una Iglesia que es signo de esa presencia del amor de Dios en el mundo, donde los hombres se dan la mano y se encuentran como hermanos. Una iluminación de fe que hace distinguir cualquier liberación de tipo político, económico, terrenal que no pasa más allá de ideologías, de intereses y de cosas que se quedan en la tierra. Jamás, hermanos, a ninguno de los aquí presentes se le vaya a ocurrir que esta concentración en torno del padre Grande tiene un sabor político, un sabor sociológico o econó-

² Cfr. Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo (8 de diciembre de 1975).

mico; de ninguna manera, es una reunión de fe; una fe que, a través de su cadáver muerto en la esperanza, se abre a horizontes eternos.

La liberación que el padre Grande predicaba es inspirada por la fe, una fe que nos habla de una vida eterna, una fe que ahora él, con su rostro levantado al cielo, acompañado de dos campesinos, la ofrece en su totalidad, en su perfección. La liberación que termina en la felicidad, en Dios; la liberación que arranca del arrepentimiento del pecado; la liberación que se apoya en Cristo, la única fuerza salvadora; esta es la liberación que Rutilio Grande ha predicado y por eso ha vivido el mensaje de la Iglesia.

La doctrina social de la Iglesia

Nos da hombres liberadores con una inspiración de fe y, junto a esa inspiración de fe, en segundo lugar, hombres que ponen, a la base de su prudencia y de su existencia, una doctrina: la doctrina social de la Iglesia.

EN 38

La doctrina social de la Iglesia que les dice a los hombres que la religión cristiana no es un sentido solamente horizontal, espiritualista, olvidándose de la miseria que la rodea. Es un mirar a Dios y, desde Dios, mirar al prójimo como hermano y sentir que todo lo que hiciéreis a uno de estos a mí lo hicisteis. Una doctrina social que ojalá la conocieran los movimientos sensibilizados en cuestión social; no se expondrían a fracasos o miopismo, a una miopía que no hace ver más que las cosas temporales, estructuras del tiempo. Y mientras no se viva una conversión en el corazón, una doctrina que se ilumina por la fe para organizar la vida según el corazón de Dios, todo será endeble, revolucionario, pasajero, violento. Ninguna de esas cosas son cristianas, sino lo que se anima es la verdadera doctrina que la Iglesia propone a los hombres. ¡Qué iluminado estaría el mundo si todos pusieran a la base de su acción social, a la base de su existencia, de sus compromisos concretos, en sus mismas atracciones políticas, en sus mismos quehaceres comerciales, la doctrina social de la Iglesia! Era eso lo que predicó el padre Rutilio Grande y, porque muchas veces es incomprendida hasta el asesinato, por eso murió el padre Rutilio Grande. Una doctrina social de la Iglesia que se le confundió con una doctrina política que estorba al mundo. Una doctrina social de la Iglesia

Mt 25, 40

que se le quiere calumniar como subversión, como otras cosas que están muy lejos de la prudencia que la doctrina de la Iglesia pone a la base de la existencia.

Queridos hermanos sacerdotes, este mensaje del padre Rutilio Grande es sumamente grande para nosotros. Recojámoslo y, a la luz de esa doctrina y de esa fe, trabajemos unidos. No nos desunamos con ideologías avanzadamente peligrosas, con ideologías inspiradas no en la fe, en el Evangelio. Demos a nuestra doctrina, a nuestra actuación de buenos samaritanos, de predicadores del mandamiento de Cristo, esta iluminación que la Iglesia, depositaria de la fe —como dijeron ayer en su mensaje los obispos de El Salvador³—, está tratando de actualizar en estos momentos misteriosos, convulsivos, de nuestra república. Yo me alegro, queridos sacerdotes, que entre los frutos de esta muerte que lloramos y de otras circunstancias difíciles de momento, el clero se apiña con su obispo y los fieles comprenden que hay una iluminación de fe que nos va conduciendo por caminos muy distintos de otras ideologías, que no son de la Iglesia, para sembrar lo tercero que la Iglesia ofrece: una motivación de amor.

Una motivación de amor

EN 38

Una motivación de amor, hermanos; aquí no debe palpitar ningún sentimiento de venganza; aquí no grita un revanchismo, como dijeron ayer los obispos; son los intereses de Dios que nos manda amarlos sobre todas las cosas y nos manda amarlos a los otros como a nosotros mismos. Y si es cierto que hemos pedido a las autoridades que diluciden este crimen, que ellos tienen en sus manos los instrumentos de la justicia en el país y tienen que aclararlo, no estamos acusando a nadie, no estamos emitiendo juicios adelantados. Esperamos la voz de una justicia imparcial, porque en la motivación del amor no puede estar ausente la justicia. No puede haber verdadera paz y verdadero amor sobre bases de injusticia, de violencias, de intrigas.

Mc 12, 30-31

El amor verdadero es el que trae a Rutilio Grande, en su muerte, con dos campesinos de la mano. Así ama la Iglesia. Muere con ellos y con ellos se presenta a la trascendencia del cielo. Los ama y es significativo que mientras el padre Grande caminaba

³ Mensaje de la Conferencia Episcopal de El Salvador sobre el momento actual que vive el país (5 de marzo de 1977). *Cfr. Orientación*, 20 de marzo de 1977.

para su pueblo, a llevar el mensaje de la misa y de la salvación, allí fue donde cayó acribillado. Un sacerdote con sus campesinos, camino a su pueblo, para identificarse con ellos, para vivir con ellos no una inspiración revolucionaria, sino una inspiración de amor.

Y precisamente porque es amor lo que nos inspira, hermanos —quién sabe si las manos criminales, que cayeron ya en la excomuni3n, est3n escuchando en un radio all3 en su escondrijo, en su conciencia, esta palabra—, queremos decirles, hermanos criminales, que los amamos y que le pedimos a Dios el arrepentimiento para sus corazones, porque la Iglesia no es capaz de odiar, no tiene enemigos. Solamente son enemigos los que se le quieren declarar; pero ella los ama y muere como Cristo: “Perd3nalos, Padre, porque no saben lo que hacen”.

Lc 23, 34

El amor del Se3or inspira la acci3n de Rutilio Grande. Queridos sacerdotes, recojamos esta herencia preciosa. Quienes lo escuchamos, quienes compartimos los ideales del padre Rutilio, sabemos que es incapaz de predicar el odio, que es incapaz de azuzar la violencia. El padre Rutilio, quiz3 por eso Dios lo escogi3 para este martirio, porque los que le conocimos, los que lo conocieron, saben que jams de sus labios sali3 un llamado a la violencia, al odio, a la venganza. Muri3 amando y sin duda que, cuando sinti3 los primeros impactos que le tra3an la muerte, pudo decir como Cristo tambi3n: “Perd3nalos, Padre, no saben, no han comprendido mi mensaje de amor”.

Queridos hermanos, en nombre de la arquidi3cesis quiero agradecer a estos colaboradores de la liberaci3n cristiana, al padre Grande y a sus dos compa3eros de peregrinaci3n a la eternidad, que est3n dando a esta reuni3n de Iglesia, con todo nuestro querido presbiterio y sacerdotes de otras di3cesis, en uni3n con el Santo Padre, presente aqu3 en su se3or nuncio, nos est3n dando la dimensi3n verdadera de nuestra misi3n. No lo olvidemos. Somos una Iglesia peregrina, expuesta a la incomprensi3n, a la persecuci3n; pero una Iglesia que camina serena porque lleva esa fuerza del amor.

Hermanos salvadore3os, cuando en estas encrucijadas de la patria parece que no hay soluci3n y se quisieran buscar medios de violencias, yo les digo, hermanos, bendito sea Dios que en la muerte del padre Grande la Iglesia est3 diciendo: s3 hay soluci3n. La soluci3n es el amor, la soluci3n es la fe, la soluci3n es

sentir la Iglesia no como enemiga, la Iglesia como el círculo donde Dios se quiere encontrar con los hombres. Comprendamos esta Iglesia, inspirémonos en este amor, vivamos esta fe y les aseguro que hay solución para nuestros grandes problemas sociales.

Esto quiero agradecer también como arzobispo a todos los que trabajan en esta línea de la Iglesia, iluminadores de fe, animadores de amor, prudentes con la doctrina social de la Iglesia. Gracias, queridos hermanos, todos los que nos acompañan en esta hora de dolor.

La misa única¹

Cuarto domingo de Cuaresma
20 de marzo de 1977

Josué 5, 9a.10-12
2 Corintios 5, 17-21
Lucas 15, 1-3.11-32

Queridos hermanos:

Sean bienvenidos a la casa solariega de la diócesis. El más humilde de toda la familia escogido por Dios para ser el signo de la unidad, este obispo, les agradece cordialmente de estar dando, con él, al mundo que espera, la palabra de la Iglesia. La palabra de la Iglesia que no solo sale de los labios, sino que se proclama por toda esta significativa presencia en la única misa de este día.

Queremos, con esto, darle todo el valor que tiene la misa de todas nuestras parroquias, de todas nuestras capellanías, el valor que tiene la misa cuando una familia doliente la pide para su deudo que va ser enterrado, o para darle gracias a Dios por el cumplimiento de quince años de una jovencita, o para bendecir el matrimonio de dos que se aman hasta la muerte. La misa está recuperando, en este momento, todo su valor porque quizá, por multiplicarla tanto, la estamos considerando simplemente, muchas veces como un adorno y no con la grandeza que en este momento está recobrando.

¹ Después de varias reuniones con su presbiterio, monseñor Romero decidió suspender las misas del domingo 20 de marzo, en toda la arquidiócesis, para celebrar una misa única en la catedral, como muestra de unidad y en señal de duelo y protesta por el asesinato del padre Rutilio Grande y la persecución contra la Iglesia. *Cfr.* "Boletín informativo del arzobispado n.º. 6", *ECA* 341 (1977), pp. 256-257.

Yo creo que, desde aquí, los que están participando en esta misa única sentirán qué es la misa. El hecho es, hermanos, y sean bienvenidos también aquellos que no tienen la fe en la misa y están aquí. Sabemos de muchas personas que están aquí sin creer en la misa, pero que buscan algo que la Iglesia está ofreciendo; y la Iglesia se alegra de poder ofrecer ese algo que la humanidad busca sin saber que lo tiene tan cerca, en cada misa que se celebra. En cada misa que se celebra hay un doble banquete: el banquete de la palabra que evangeliza y el banquete de la eucaristía, pan de vida que alimenta al hombre. No es otra cosa lo que estamos haciendo ahora en esta Iglesia peregrina, vestida de morado, de penitencia, hacia la Pascua, hacia el Cristo que resucita porque ha muerto por nosotros. La misa es Cristo. Lo que buscan aquellos que no creen en la misa, óiganlo de una vez, lo que han encontrado hoy es a Cristo.

La misa es Cristo que evangeliza y da su cuerpo y su sangre para la vida del mundo

Yo quisiera comparar esta muchedumbre con la primera lectura de hoy. Es el pueblo que va de la esclavitud de Egipto y canta la Pascua al llegar a la tierra prometida. Y eso es la misa, un encuentro con la tierra prometida, una respiración de esperanza y, mejor todavía, con el hijo pródigo del Evangelio que se acaba de proclamar. El hijo pródigo es cada uno de nosotros, es el pueblo, es el que va buscando muchas veces liberaciones falsas, es el que va buscando la felicidad —porque Dios nos ha creado para la dicha, para la felicidad—, y al no encontrarla, se sale de la casa del padre como el hijo insensato a buscarla en el mundo, viviendo en la opulencia, en la vanidad, en el desorden, en el libertinaje y no encuentra más que el vacío. ¡Qué bella figura del hombre buscando felicidad fuera de Dios; buscando un trabajo, no encontró más que ser el guardián de cerdos! Así, hay muchos hombres, como cuidadores de cerdos, adoradores de falsos ídolos, hombres que no encuentran la llenura de su corazón con las cosas de la tierra.

Lc 15, 15

Ojalá esta misa, en la que se ha proclamado el Evangelio de esta Cuaresma, el hijo pródigo, haga pensar a tantos, tal vez al venir a esta misa única atraídos por algo llamativo: “No encontramos en el mundo la felicidad. Vamos a ver si en esa misa, si en

esa Iglesia, se nos ofrece algo que de veras responda a esta ansia de felicidad". Y les decimos, hermanos, que si ustedes tienen fe, aquí encuentran la respuesta: la misa es Cristo que evangeliza; la misa es Cristo que da su cuerpo y su sangre para la vida del mundo. Estas dos cosas son la misa. Estamos en la primera parte precisamente, la palabra de Dios, llamando a los hombres para que comprendan que en su palabra está únicamente la solución de todos los problemas políticos, económicos, sociales, que no se van a arreglar con ideologías humanas, con utopías de la tierra, con marxismos sin horizontes, con ateísmos que prescinden de la única fuerza. La única fuerza que puede salvar es Jesús, que nos habla de la verdadera liberación.

El sano equilibrio de la evangelización

Y quiero recordar aquí con agradecimiento, cuando el Papa actual, Pablo VI, hace dos años, a los obispos que nos reuníamos en Roma, todos de Latinoamérica, nos decía: queridos hermanos obispos de Latinoamérica, ustedes andan buscando con inquietud el lenguaje para evangelizar ese continente tan admirable, ese continente tan lleno de esperanza, y el Evangelio de Cristo es la respuesta². Y el Papa decía que esa inquietud por buscar el lenguaje que la gente entienda para llevarle el mensaje de Jesús y esas dimensiones nuevas que el Evangelio está encontrando, porque son irradiaciones que iluminan la actividad del hombre en la tierra, decía el Papa estas palabras: que no sea frenada esa inquietud de evangelizar al hombre con sus inquietudes de hoy, que no sea frenada por aquellos que han perdido la sensibilidad de los problemas actuales del mundo y que tampoco sea aprovechada por aquellos que quieren introducir en el Evangelio de Cristo otras soluciones que no son las cristianas³. Aquí tenemos el sano equilibrio de la evangelización. Que nadie nos frene en este lenguaje que la Iglesia habla, para decirle a los hombres que hay una esperanza en la Iglesia; pero que nadie abuse también de nuestro lenguaje, queriendo justificar con el Evangelio otras doctrinas que no son las de Cristo.

² Cfr. Pablo VI, Homilía en la misa concelebrada con los miembros de la XV Asamblea ordinaria del CELAM (3 de noviembre de 1974), *L'Osservatore Romano*, 10 de noviembre de 1974.

³ Cfr. *Ibid.*

En este equilibrio estamos ahora, queridos hermanos, y yo quiero agradecer aquí, en público, ante la faz de la arquidiócesis, la unidad que hoy apiña, en torno del único Evangelio, a todos estos queridos sacerdotes. Muchos de ellos corren el peligro, hasta la máxima inmolación del padre Grande. Gracias. Y ese aplauso ratifica la alegría profunda que mi corazón siente al tomar posesión de la arquidiócesis y sentir que mi propia debilidad, mis propias incapacidades, encuentran su complemento, su fuerza, su valentía, en un presbiterio unido. Queridos sacerdotes, permanezcamos unidos en la verdad auténtica del Evangelio, que es la manera de decir, como Cristo, el humilde sucesor y representante suyo aquí en la arquidiócesis: el que toca a uno de mis sacerdotes, a mí me toca.

Estén seguros, hermanos, que la línea evangélica que la arquidiócesis ha emprendido es auténtica y a todos aquellos que con los queridos sacerdotes colaboran, religiosas y laicos, estén firmes en su puesto mientras estén en comunión con su obispo. Y esto es el significado de hoy, una autorización del obispo, maestro auténtico de la fe, para que todos aquellos que están en comunión con él sepan que predicán una doctrina que está en comunión con el Papa y, por tanto, verdadera doctrina de nuestro Señor Jesucristo.

La evangelización no queda completa sin los sacramentos

Queridos hermanos, pero porque estamos siguiendo las verdaderas orientaciones del Papa, vicario de Cristo, les decimos con el último documento, carta magna de la evangelización, que la evangelización no queda completa, así como esta misa no quedaría completa si terminara aquí únicamente con la palabra; que la evangelización termina cuando se celebra el sacramento de la Iglesia, cuando la Iglesia se siente como un signo de Cristo presente, obediente a la jerarquía y también con unos signos concretos que son los sacramentos. En este momento, entramos en la segunda parte de la misa, donde Cristo se hace alimento, donde Cristo se hace hostia, donde Cristo repite su inmolación del Jueves Santo en la noche: tomad y comed; esto es mi cuerpo, esta es mi sangre que se derrama por vosotros. Una evangelización que solamente fuera palabra sin sacramentos no cons-

EN 47

Lc 22, 19

truiría la verdadera Iglesia. Una evangelización que solo fuera Biblia y palabra —perdonen, queridos hermanos separados—, nuestra doctrina católica quedaría mutilada, como ha quedado cuando se prescinde de los sacramentos. Nosotros sacerdotes predicamos la palabra y la damos hecha vida en la comunión. Signo precioso, aquí los sacerdotes, rodeando el altar, con los copones listos para ser consagrados en el cuerpo del Señor y repartirlo luego al pueblo como alimento de vida. Los bautismos, los otros sacramentos, el matrimonio, son los signos de un Cristo que santifica la vida. Y esto es lo que hace la Iglesia.

Por eso, hermanos, los sacerdotes tienen esa potestad recibida de Cristo, pero en comunión con el obispo. Y es un gesto precioso esta concelebración, el saber que los sacerdotes consideran al obispo como el centro de su liturgia, como el centro de su vida sacramental. Ellos son el cauce, junto con el obispo, para llevar la palabra de Cristo y la vida de Cristo a ese pueblo que está esperándonos.

Y hemos querido dar también el testimonio de los pueblos sin misa, para que se comprenda lo que significa la persecución a un sacerdote. ¿Qué sería el día en que este pequeño grupo de sacerdotes nos fuera quitado de la mano? ¿Cómo quedarían los pueblos sin misa, las parroquias sin bautismos? Hermanos, creo que todos han comprendido el lenguaje de esta única misa. No tiene nada de demagogia. No está siendo utilizada por partido político. No está proclamando una protesta a lo humano. Simplemente está diciendo lo que significa la misa, sea que la celebre el Papa en el Vaticano o el obispo en su catedral o el humilde párroco en la más humilde de las aldeas de la diócesis.

Y esto queremos decirles a todos, que sepan estimar la misa porque en la misa podrán encontrar... Queridos hermanos, comencé dándoles la bienvenida, ahora me alegro de haberles explicado con palabra humilde lo que significa una misa. Y ojalá que aquellos que no tenían fe en ella sean de aquí en adelante seguidores de este Cristo que se hace presente en la misa de cada domingo, en la misa de cada circunstancia humana. Muchas gracias por ayudarnos a dar este signo que la Iglesia quería dar.

La unción del Espíritu

Misa Crismal
Jueves Santo
7 de abril de 1977

Isaías 61, 1-3a.6a.8b-9
Apocalipsis 1, 5-8
Lucas 4, 16-21

Queridos hermanos:

“Hoy se cumple esta palabra”, fue la homilía de Cristo, después de leer al profeta Isaías, anunciando una efusión del Espíritu Santo sobre el pueblo. Y yo tengo el inmenso honor de decir también en esta mañana de Jueves Santo: hoy se cumple esta palabra. ¡Y qué hermosamente se está cumpliendo aquí en el presbiterio de la catedral, rodeado de una buena representación de los presbíteros que trabajan en la arquidiócesis; con mi hermano, el señor obispo auxiliar, monseñor Rivera; y llenando la nave, el pueblo que ha recibido una efusión del Espíritu!

Lc 4, 21

Nos preparamos para celebrar el triduo pascual. Es —como nos invitó la catequesis introductoria de esta ceremonia— como una síntesis, que la Iglesia nos está ofreciendo esta mañana, de todo el contenido pascual que se va a desarrollar en estos tres días: la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo. No tiene sentido todo esto si no comenzamos por recordar que todo esto es obra del Espíritu Santo y esta misa es un homenaje al Espíritu que unge a Cristo, a los presbíteros que presidimos la Semana Santa y al pueblo que celebra su redención. Si no es porque una fuerza de Dios inundaba a Cristo, el mundo no hubiera sido salvo. Y si no es porque ese Espíritu de Cristo se transfunde en la Pascua a unos ministros que han de llevar su redención al

mundo, y ese mundo lo recibirá a través de los sacramentos, no tendría tampoco un sentido la muerte redentora y la resurrección del Señor. O sea, que esta misa crismal —como la llama la liturgia por el crisma, por la unción del Espíritu Santo— es un resumen bellísimo de toda la Pascua. Hoy comienza la Pascua de 1977 en nuestra historia y comienza en esta forma solemne, suspendiendo todas las misas de la arquidiócesis para concentrar toda la atención en torno del sacerdote escogido por Dios, no por sus méritos sino quizás por su pequeñez, por sus limitaciones, para ser el signo de la fe, de la unidad en la diócesis, y sentir que a través de él, con quien comparten responsabilidad todos los presbíteros, el Espíritu de Dios sigue siendo la redención pascual en el pueblo que cree en Jesucristo.

Cristo, obra del Espíritu

Tres grandes obras del Espíritu Santo evoca esta ceremonia de hoy y las escucharán, en bella síntesis, en el prefacio que dentro de un momento se cantará. La primera obra del Espíritu Santo es el mismo Cristo. O sea, que la segunda persona de la Santísima Trinidad se haya hecho hombre, se haya unido a un cuerpo y a un alma humana en las entrañas virginales de María, sin perder su virginidad, es obra del Espíritu Santo, no tanto por el milagro virginal de esa concepción, sino, ante todo, porque ese ambiente virginal era el que correspondía al gran misterio de un Verbo de Dios que unge por obra del Espíritu Santo la naturaleza humana de aquel hombre que nace de María, al mismo tiempo Dios. Hombre y Dios, obra del Espíritu Santo. Por eso el ángel le dice a María: lo que nacerá de ti será obra del Espíritu de Dios y él salvará al mundo de sus pecados porque viene unguido con la potencia de Dios.

Lc 1, 35

Y aquel niño que nace de María, unguido por el Espíritu Santo, es hombre y Dios, que cuando llegó a la plenitud de su edad, queda colgado en un madero para sacrificar así sus carnes unguidas de Espíritu de Dios para redención del mundo y lo hizo pontífice de la nueva alianza. Este Cristo, muerto en la cruz y resucitado, llevando en su gloria las cicatrices de la pasión, es un hombre unguido por Dios pero con una unción única. No habrá más sacerdocio que el suyo. El único sacerdocio es el de Cristo redentor, es la alianza que Él restablece entre Dios y los hom-

bres. Ya no se da otro nombre en la tierra por el cual los hombres pueden ser salvos, fuera del nombre de Jesús. Esta es la obra maestra del Espíritu Santo, haber ungido esa humanidad de hombre con una potencia de Dios para que fuera el pontífice de la alianza eterna, para ser la causa de nuestra redención. Pero ese pontífice eterno y único no se queda aislado de la historia.

El pueblo ungido por el Espíritu

La segunda obra del Espíritu Santo, que estamos conmemorando hoy en esta misa crismal, es que ese sacerdocio único de Cristo, al mismo tiempo que es rey y que es profeta, transmite a todo el pueblo redimido la capacidad de ser también un pueblo de sacerdotes, de reyes, de profetas. Y así comenzaba la misa de hoy con ese canto del Apocalipsis puesto en labios de todos nosotros: nos hiciste pueblo de sacerdotes, pueblo de reyes, pueblo de profetas, porque la unción del Espíritu que ungió a Cristo se hace nuestra unción.

Ap 1, 6b

El día de nuestro bautismo, queridos hermanos, cuando el agua y el Espíritu nos lavaron el pecado original, el sacerdote para simbolizar la grandeza positiva de aquel momento, nos unge la cabeza con el sagrado crisma, que aquí se va a consagrar con él a todos los niños y bautizados de la diócesis, porque por esa unción manifestamos que el bautismo incorpora al hijo de la carne en la Iglesia, que es pueblo de Dios, pueblo sacerdotal, pueblo de profetas y de reyes. Es hora bendita esta, para recordar nuestra pila bautismal. Es un momento en que no solo nosotros los presbíteros vamos a renovar nuestros compromisos, de haber sido ungidos. Yo quisiera, hermanos, invitarlos en el crisma de hoy a recordar el crisma que cada uno lleva ungida a su alma en aquella pila bautismal del pueblito o del cantón. Allá nacimos, allá el sacerdote llegó con el agua del bautismo y el santo crisma llevado de la catedral, consagrado aquel año para ungirnos miembros de este pueblo, profeta, sacerdote y rey.

Y llevamos entonces, como pueblo de Dios, esa triple responsabilidad, ese triple honor que hoy, gracias a Dios, va comprendiendo cada vez más el laicado; o sea, ustedes que no son religiosos ni sacerdotes del altar pero que son sacerdotes en el mundo, son profetas en el mundo, son reyes que deben de trabajar para que el imperio de Cristo reine en la sociedad, en las

estructuras, en el mundo. Y tienen que anunciar como los profetas, como pueblo profético ungido por el Espíritu que ungió a Cristo, las maravillas de Dios en el mundo, animar lo bueno que en el mundo se hace y también denunciar enérgicamente lo malo que en el mundo se hace. Para eso son los profetas, para anunciar y animar la bondad y para denunciar y condenar la maldad. Y esto lo va comprendiendo cada vez más este pueblo que lleva la unción poderosa del Espíritu Santo para que no solo miren al obispo y a los sacerdotes a ver que hacen, sino que ellos mismos se sientan responsables de esta Iglesia profética, regia y sacerdotal.

Y yo me alegro, hermanos, al hacer esta reflexión con ustedes, recordando nuestro común bautismo, que ya son muchas las comunidades en nuestra diócesis donde se va despertando este sentido del bautismo, donde se va viviendo esa responsabilidad de ser miembros de la Iglesia, pueblo de Dios ungido con la potencia pascual de nuestro Señor Jesucristo. Sigamos trabajando y tomando conciencia, y no seamos simplemente espectadores de la actividad de la Iglesia, sino que nos sintamos Iglesia, porque lo somos, porque el Espíritu de Dios nos ha ungido y nos ha hecho capaces para llevar, como Cristo, una misión sacerdotal que consagre el mundo a Dios, una misión profética que anuncie a Dios al mundo, una misión de reyes que haga dominar a Cristo sobre todo cuanto existe en la tierra.

El presbiterio, obra del Espíritu

Y finalmente —y principalmente esta es la celebración de esta mañana—, la tercera obra del Espíritu Santo es que, de ese pueblo profético, regio y sacerdotal, ha escogido a unos cuantos miembros para darles una misión especial, y aquí estamos. Me siento alegre y feliz, hermanos, de haber llegado a la arquidiócesis en un momento en que el presbiterio, los sacerdotes, se han compactado tan íntimamente con el obispo. Y en este Jueves Santo podemos presentar, como el fruto de ese trabajo y de esa unión del Espíritu Santo, a este sacerdocio unido con el obispo.

¿Qué fue nuestra unción sacerdotal, queridos hermanos sacerdotes? Y en esta mañana es bello recordar aquel altar tan distinto para cada uno de nosotros, cuando un obispo nos

impuso la mano para darnos la potestad de celebrar la santa misa por los vivos y los difuntos y, soplando como Dios el insuflado del Espíritu Santo, nos dijo: “Recibid también la potestad para perdonar los pecados en el nombre de Dios”. Y entonces quedó constituida nuestra capacidad, nuestra potestad sagrada por ese carácter indeleble que los sacerdotes presbíteros llevamos. Lo llevamos —dice el prefacio de la misa de esta misa crismal—, para congregar al pueblo en una unidad de amor y celebrar ante ellos el sacrificio perenne de la redención humana y alimentar al pueblo con la palabra de Dios y robustecerlo con los sacramentos. Qué síntesis más hermosa de lo que es nuestra misión en el mundo: congregar al pueblo.

El sacerdocio está hecho para unir, no para dividir, y siente la alegría cuando la Iglesia rebosa porque a su palabra han acudido para crear esa comunidad de fe, de esperanza y de amor. Y las comunidades, cuanto más íntimas van creciendo en el amor y en la fe, llenan más de satisfacción el corazón del sacerdote, que es un ministerio de unión, de unidad en el mundo. Y por eso sentí la inmensa alegría cuando le dije al Padre Santo, apenas hace nueve días¹, que le presentaba un sacerdocio unido con su obispo y que trabaja por la unidad del pueblo de Dios. ¡Qué don más precioso debió considerar el Santo Padre!, como lo considero yo, el don precioso de la unidad del presbiterio, para que así cada sacerdote que trabaje en la unidad de su propia parroquia no hace su Iglesia individual, a su gusto, según los caprichos del mundo o de sus criterios personales, sino que lo hace en unión con el obispo, en disciplina santa con el que es pontífice responsable de toda la diócesis; así como el obispo no hace una diócesis a su gusto, sino en comunión con el Papa, para formar la gran comunidad: la Iglesia universal. Este ministerio de unidad es el que celebramos hoy al congregar aquí, en esta concelebración, a los sacerdotes de todas las parroquias, por lo menos, los que han podido y querido venir y también, representándolos a los que no han venido, los que están aquí.

Queridos hermanos, también el sacerdote en esta reunión de amor, de esperanza, de fe, reparte al pueblo la palabra de Dios. Tiene que ser la palabra de Dios. La palabra que salva no es

¹ Monseñor Romero fue recibido por el papa Pablo VI, en la audiencia general del 30 de marzo de 1977. *Cfr. L'Osservatore Romano*, 3 de abril de 1977.

la palabra del hombre, sino la palabra de Dios y, por eso, tiene que tener el cuidado de mantenerse en sintonía perfecta con lo que Dios quiere, con lo que Dios pide. Y esta hora, que los obispos dijimos hace pocos días², es una hora de conversión. Nos toca a nosotros sacerdotes convertirnos a la verdadera palabra de Dios, para que ni por exceso ni por defecto se convierta en palabra de hombre. Tiene que ser una conversión a lo que Dios quiere, a lo que Dios dice. Esa palabra de Dios tiene una misión religiosa, dijo el Concilio, pero por eso también una misión humana y, por ser religiosa, busca hacia Dios; pero, por ser humana, busca también de resolver y ayudar a los hombres en sus grandes problemáticas de la tierra. O, como dijo el Papa, es una evangelización que tiene una relación íntima con la promoción, con la liberación. Y es aquí donde toca la conversión de los sacerdotes a una verdadera búsqueda de lo que Dios quiere en esta predicación: que sea verdadera evangelización de Dios y que sea también la auténtica promoción que Dios quiere en el mundo, porque separarlas sería olvidar el gran precepto del amor: amar al prójimo y preocuparse de sus necesidades, de sus situaciones concretas, ayudarle como el buen samaritano al pobre herido que estaba por el camino.

GS 11

EN 30 y 31

Lc 10, 29-37

Hermanos, esta palabra es la que ahora ilumina la unidad de los sacerdotes. Es una palabra divina pero humana, porque viene de Dios tiene también sus raíces humanas y tiene sus aplicaciones en las cosas concretas de la tierra. Desencarnarse y no pensar en las cosas de la tierra no sería palabra de Dios. Encarnarla demasiado y olvidarse que es de Dios tampoco sería palabra de Dios. Esta alimentación de la palabra divina cunde y culmina cuando se encuentra —dice Pablo VI— en el gran signo del encuentro con Dios que es la Iglesia y en los signos sacramentales. O sea que el sacerdote está hecho para repartir unos sacramentos que son frutos de una conciencia convertida a Dios y un lugar de encuentro con el Señor.

EN 47

Y después de alimentarnos con la eucaristía, renovando el sacrificio de la redención, y con los demás sacramentos que van a ser simbolizados en las ánforas de los santos aceites que vamos a bendecir y consagrar hoy, el sacerdote está sirviendo a Dios y sabe que su vida en ninguna otra cosa la puede emplear mejor

² Mensaje de la Conferencia Episcopal de El Salvador sobre el momento actual que vive el país (5 de marzo de 1977).

que en ser el signo de la presencia del amor redentor de nuestro Señor Jesucristo. Por eso, es día grande para nosotros los sacerdotes, es nuestra mañana sacerdotal, así como en la tarde será la inauguración de la eucaristía por Cristo, pero confiada a este grupo de sacerdotes. Hoy celebramos la idea grandiosa de Cristo de encontrar un grupo de hombres que no solo anuncien con la palabra su redención, sino que la realicen por la santa misa que celebran, por los sacramentos que administran, por la gracia que van llevando a los corazones.

Queridos hermanos, ante esta triple obra del Espíritu Santo, ya sabemos lo que significa nuestra misa crismal y ya sabemos lo que significa la obra de Cristo muerto en la cruz. Y su resurrección es la venida del Espíritu, porque la venida del Espíritu Santo no fue en Pentecostés, fue en la Pascua, fue cuando Cristo insufló sobre los apóstoles a la misma noche de la resurrección: “Recibid el Espíritu Santo”. Si cincuenta días después celebramos Pentecostés, es como una manifestación pública de esta Iglesia que ya existe silenciosa, ungida por el Espíritu Santo. Celebremos, pues, en la misa crismal, en el símbolo del crisma y del óleo de los enfermos y de los catecúmenos, la unción del Espíritu Santo que ha bajado de la vida de Dios para darnos un pontífice eterno, Cristo Jesús y, junto a Cristo, unos pontífices temporales que servimos al pueblo para conducirlo a Dios y para celebrar, queridos hermanos, como pueblo consagrado por el bautismo, una misa de acción de gracias al Señor, al Espíritu Santo, que ha querido ungirnos como pueblo sacerdotal, como pueblo de profetas y como pueblo de reyes. Así sea.

Jn 20, 22

La Iglesia de la Pascua

Segundo domingo de Pascua
Parroquia de la Resurrección
Colonia Miramonte
17 de abril de 1977

Hechos de los Apóstoles 5, 12-16
Apocalipsis 1,9-11a.12-13.17-19
Juan 20, 19-31

Queridos hermanos, sacerdotes, fieles:

En esta fiesta patronal de la parroquia de la Resurrección, quiero tener el gusto, atendiendo una amable invitación del padre Navarro, de hacer de este ambón parroquial, la cátedra del obispo, la cátedra de la diócesis. En este momento, sentimos, pues, que esta Iglesia es la catedral de la arquidiócesis; y en esta fiesta de la Pascua que se clausura, quiero entregar a la diócesis, por medio de esta parroquia, mi primera carta pastoral, que precisamente habla de la Iglesia de la Pascua¹. No les voy a cansar con la lectura, quisiera más bien invitarles a que cada uno la estudiara. Al final, yo les recomiendo a todos los que trabajan en nuestra pastoral que dediquemos toda esta temporada de Pascua —que va desde la Resurrección hasta Pentecostés, cincuenta días, la fiesta más grande de la liturgia, porque celebra el centro de la vida de la Iglesia: Cristo muerto y resucitado—, aprovechemos esta temporada para ahondar en nuestra fe, precisamente ese misterio pascual que ha inspirado este humilde

¹ *Iglesia de la Pascua*, Primera carta pastoral de monseñor Óscar A. Romero, arzobispo de San Salvador (10 de abril de 1977). El texto íntegro fue publicado en *Orientación*, 17 de abril de 1977.

Ap 1, 9

documento que, con todo cariño, como Juan acaba de decir hoy, y un sucesor de los apóstoles lo dice con más razón: “Yo, hermano vuestro”. Así como hermano, como amigo, como quiero ser considerado en mi ministerio, es como yo he hablado en esta carta, para alegrarme precisamente de que Dios me ha preparado un pórtico inesperado para entrar en mi nuevo ministerio jerárquico. Elogio la herencia maravillosa que nos deja monseñor Luis Chávez y González, al dejar, con sus beneméritas y cansadas manos, esos treinta y ocho años en nuestra agitada historia. Supo regir la nave de la Iglesia con tanto acierto.

Una hora pascual

Y si yo quisiera darle a esta hora de relevo, en que vienen a desembocar en mis manos todo ese trabajo pastoral, de 1842, cuando nació, como diócesis sufragánea de Guatemala, la República de El Salvador, una sola diócesis, hasta 1913 en que fue elevada a categoría de arquidiócesis, independizándose ya de Guatemala como provincia eclesiástica; nacieron las diócesis de San Miguel y de Santa Ana, y San Salvador como metropolitana; comenzó la serie de arzobispos: monseñor Pérez y Aguilar, monseñor Belloso y Sánchez y monseñor Chávez y González. Llega esta hora de relevo, digo yo, y si quisiera llamarla con un calificativo, la llamaría: una hora pascual. Sí, estamos pasando por una bellísima hora de Pascua, que coincide con la Pascua de nuestro año litúrgico. Y en esta parroquia, que lleva el nombre de la Pascua de la Resurrección, quiero confesar esta alegría y darle gracias al Señor, porque solo el Espíritu de un Cristo resucitado, que vive y construye la Iglesia a través del tiempo, puede explicar esa fecunda herencia que nos entrega el venerado arzobispo antecesor. Solo el impulso divino del Espíritu de la Pascua puede ser la explicación de este inesperado comienzo.

Y la reflexión que luego sigue, hermanos, nos remonta a la Pascua que desemboca también en Cristo, confesado nuestra Pascua, porque toda aquella fuerza liberadora que traía el Viejo Testamento con maravillas que Dios iba haciendo para expresar su deseo de liberar siempre a los pueblos, de dar su salvación precisamente en la historia de los pueblos, en Cristo nuestro Señor se hace realidad, no solo para Israel, sino para todos los pueblos que vayan creyendo en Él. De tal manera que podemos

decir: Cristo salva a la República de El Salvador en su propia historia, y todas aquellas maravillas del Antiguo Testamento se hacen presentes en esta Pascua salvadoreña, nuestra.

Encaja mi pensamiento de la pastoral con las lecturas que acaban de escuchar hoy, porque es esta dominica llamada antiguamente *in albis*, de las túnicas blancas, cuando los bautizados en la Pascua, el Sábado Santo en la noche, después de recorrer toda la semana con sus túnicas blancas para afianzar más sus compromisos bautismales, este día renovaban ese compromiso y dejando sus túnicas blancas, vistiéndose los trajes ordinarios de la vida, del trabajo, de la sociedad en que vivían, sabían que aunque vivieran en medio de los hombres comunes del mundo, ellos llevaban por dentro una fe y una esperanza que los hacía sentirse sal de la tierra, luz del mundo. Y eso fue siempre el cristianismo. Por eso, en esta hora pascual de nuestra patria, de nuestra arquidiócesis, yo me alegro, queridos hermanos, de ver que en muchos ha renacido este sentido auténtico del ser bautizado, y quisiera que esta fuera la acogida que ustedes dan a mi humilde documento, un propósito de vivir lo que debe ser una comunidad.

Cristo sigue salvando ahora al mundo por su Iglesia

Oyeron, en la primera lectura de hoy, cómo los primeros cristianos se presentaron al mundo como una comunidad testimonio; y era tanto el amor que se tenían entre sí, y era tanta la autenticidad cristiana que vivían en medio de un ambiente pagano, que eran admirados por todos. Era verdaderamente la luz puesta en alto. Y muchos se iban agregando y creían en el Señor. Creían en el Señor, porque la comunidad no es simplemente una sociedad humana; la parroquia, la diócesis, es una comunidad que lleva en sí ese soplo que Cristo exhaló precisamente en la misma noche de la resurrección. Exhalando el aliento sobre aquella comunidad naciente, les dijo: “Recibid el Espíritu Santo”.

Jn 20, 22

Y en ese momento, hermanos, que me parece tan semejante a aquel otro en que en el paraíso el Creador insufló el soplo de vida en el hombre y lo hizo inteligente, capaz de amar, maravilla de la creación; igual la redención que venía a restaurar la destrucción que el pecado hizo en la creación y a elevar esa creación a un ambiente divino, a darle a la amistad humana un sentido de

Gn 2, 7

filiación y de familia divina, a darle a los grupos humanos un sentido de comunidad que va a continuar en el mundo la divina historia de Cristo. Cristo sigue salvando ahora al mundo por su Iglesia. La parroquia es su Iglesia, y la parroquia unida con su obispo es la diócesis, y el obispo unido con el Papa es la gran comunidad internacional católica. De allí, pues, vivimos en este momento ese hábito de Cristo.

Yo quiero felicitarles, queridos sacerdotes de la vicaría, querido párroco de la parroquia de la Resurrección, queridos colaboradores, comisión parroquial y todas las fuerzas vivas que aquí trabajan y todos ustedes, amigos que han venido a esta misa del encuentro de la parroquia con su obispo, los felicito y les agradezco por estar construyendo esta Iglesia, no tanto la material, sino sobre todo esta comunidad, que sigue haciendo crecer en el mundo ese soplo de Jesús, ese soplo que le dio la presencia del Espíritu divino, la presencia de la fuerza redentora. Esta es la Pascua. La Pascua que la Iglesia continúa viviendo como una comunidad en la que debe reinar esa transformación que Cristo nos exhaló con su suspiro profundo de crear la Iglesia. Le transmitía toda su fuerza pascual, o sea, ese tránsito, ese paso de muerte a vida, con todo lo que esas dos palabras implican.

Muerte, que es pecado, que es mediocridad, que es injusticia, que es desorden, que es atropello de los derechos, que es desorden en todas las cosas humanas; todo eso tiene que quedar sepultado en la tumba del Señor y resucitar: pasar de la muerte a la vida. Vida quiere decir justicia. Vida quiere decir respeto al hombre. Vida quiere decir santidad, quiere decir todo ese esfuerzo por ser cada día mejor, porque cada hombre y cada mujer, cada joven, cada niño, vaya sintiendo que su vida es una vocación que Dios le ha dado para hacer presente en el mundo no solo la maravilla de la creación, que es imagen de Dios, sino la maravilla de la redención, que es elevación de la naturaleza, elevación de la sociedad, elevación de la amistad. Esa es la Pascua; y una parroquia que lleva el nombre pascual de la Resurrección tiene que vivir intensamente este sentido comunitario del paso de la muerte a la vida, de la imperfección a lo perfecto, a la santidad cada vez más elevada.

Porque solo así, queridos hermanos, podemos servirnos de esta Pascua que Cristo nos regala. Y decían las lecturas de hoy que se iban agregando a esa comunidad, porque la veían tan atra-

yente por el amor. Esta es la fuerza de la Iglesia, queridos hermanos, no la violencia, no el odio, no el resentimiento, no la calumnia. Se está calumniando a la Iglesia en estos momentos en una forma tan burda, y eso no es Iglesia, aun cuando en nombre de la Iglesia se quiera calumniar a la Iglesia, el absurdo de que la Iglesia se destruyera a sí misma. La Iglesia ama, la Iglesia redime, haciéndose violencia a sí misma, hasta quedar como Cristo, tal vez, sacrificado en la cruz pero salvando al mundo con la fuerza del amor, que es entrega y es una fuerza misionera, atrae al mundo.

Y ojalá que la comunidad parroquial en la cual estamos en este momento sea cada vez una antorcha luminosa que atraiga, que conglutine, que unifique todas las fuerzas maravillosas de la colonia y de la parroquia; porque tenemos que llegar a eso, queridos hermanos. No nos contentemos con una sociedad simplemente humana, con una amistad simplemente de simpatía. Elevémonos al amor que Cristo nos ha inspirado. Por amor a Dios amar a nuestro hermano, aun aquellos que son más difíciles, con quienes menos podemos comprendernos, perdonar, comprenderse, esta es la fuerza que hace la comunidad de Cristo resucitado.

El sentido escatológico de la misión de la Iglesia

Y finalmente, un sentido escatológico, es decir, un más allá de la historia, un trabajar en el presente por un mundo mejor; pero sin olvidar, como no lo olvidaban los israelitas cuando celebraban sus pascuas, que las pascuas de la historia son imperfectas, que entre los aleluyas de la tierra hay muchos dolores y muchas espinas, que la resurrección que se celebra en la tierra siempre tiene en el centro la cruz del sufrimiento; pero que, a través de esas imperfecciones, de esas espinas, de esos dolores, de esos problemas, se abrían a unos horizontes; los israelitas pensaban en una Pascua del banquete perfecto, la alegría con Dios, y Cristo mismo decía: ya no comeré con vosotros esta Pascua hasta que juntos la comamos en el reino del Padre. Peregrinar con Él para que esta fiesta pascual, que cada año se celebra en la parroquia, sea una invitación a trabajar por hacer este mundo más humano, más cristiano; pero saber que no está el paraíso aquí en la tierra, no dejarnos seducir por los redentores que ofrecen

Mc 14, 25

paraísos en la tierra —no existen—, sino el más allá, con una esperanza muy firme en el corazón: trabajar el presente, sabiendo que el premio de aquella Pascua será en la medida en que aquí hayamos hecho más feliz también la tierra, la familia, lo terrenal.

Este es el equilibrio santo a que la Virgen misma nos invita, y mi documento termina con esta invocación a María: “Nuestro Divino Salvador no defraudará nuestra esperanza. Pongamos por intercesora ante Él a la Reina de la Paz, patrona celestial de nuestro pueblo. Madre del Resucitado, que ella ampare a nuestra Iglesia, sacramento de la Pascua. Que como María, la Iglesia viva ese feliz equilibrio de la Pascua de Jesús, que debe marcar el destino de la verdadera salvación del hombre en Cristo: sentirse glorificada ya en los cielos como imagen y principio de la vida futura y, al mismo tiempo, ser aquí, en la tierra, luz del peregrinante pueblo de Dios, como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor”.

Hermanos, queda, pues, en las manos de la parroquia de la Resurrección, la entrega de mi pastoral para toda la diócesis; y les suplico que ustedes que reciben esta primicia sepan asimilarla, no por ser mía, sino por ser la Pascua de Jesús que ha inspirado sus páginas y que es la que tiene que inspirar ese sentido de parroquia, de conversión, de comunidad, para que seamos de veras, en nuestra arquidiócesis, esa Iglesia viviente, con la que soñamos cada vez más.

La misión de la Iglesia

Quinto domingo de Pascua
8 de mayo de 1977

Hechos 14, 20b-26
Apocalipsis 21, 1-5a
Juan 13, 31-33a.34-35

Queridos hermanos, estimados radioyentes:

Este momento es para la arquidiócesis un momento de familia. Gracias a esta maravilla de la radio nos sentimos una sola familia, no solo los que en este momento se sienten cobijados bajo el techo de la catedral, símbolo de la unidad y de la verdad de la Iglesia en el mundo. La catedral tiene algo muy especial: la catedral donde está la sede del pastor responsable de la unidad de toda la diócesis y responsable también de la verdad que se predica en la diócesis. Pero, a través de la radio, sentimos que la catedral se expande a todos los rincones y nos complace mucho que este mensaje se multiplique a través de la radio.

Cuando hemos llamado precisamente el milagro de la radio, es porque hacemos eco a la voz del Concilio Vaticano II, que consagró uno de sus documentos a los medios de comunicación social¹ —la radio, la prensa, la televisión— y quiere despertar en sus hijos, los católicos, la responsabilidad de sostener los medios propios de la Iglesia. Y se dedica un día en el año —que va a ser hoy, el domingo 22 de mayo, dentro de quince días—, el día de los medios de comunicación social, para despertar esa conciencia de la importancia de estos medios. Pero yo quiero

¹ Concilio Vaticano II, Decreto *Inter mirifica*, sobre los medios de comunicación social (4 de diciembre de 1963).

anticipar esta noticia y este llamamiento, aunque ese día dentro de quince lo vamos a intensificar, porque como todos saben, los medios de comunicación de la Iglesia, nuestro periódico *Orientación* y esta emisora *YSAX*, son objeto de una persecución especial. Esta semana, una bomba, como todos saben, estalló destruyéndonos algunas máquinas de nuestra imprenta *Criterio*. Y en esta semana también, hemos recibido amenazas de que esta emisora posiblemente puede ser cerrada. ¡Quién sabe si es la última vez que me comunico con ustedes a través de la radio! Dios quiera que no.

Dios quiera que se comprenda que la misión de la Iglesia no es secundar campañas difamatorias contra la Iglesia. Que se comprenda que se necesita siquiera una voz para desmentir todas aquellas campañas difamatorias que ahora arrecian como una tempestad sobre la Iglesia. No es justo que se la deje sin voz cuando tiene ella que decir su palabra de defensa, orientar a sus fieles en esta hora de confusión. Y a este llamamiento me alegro de empezar a recibir respuestas, como esta de las comunidades cristianas de Ciudad Arce. Una carta muy bonita en que dice: “Nos sentimos fuertes al escuchar sus mensajes tan llenos de optimismo y que, al mismo tiempo, es la verdad misma. Pedimos a Dios en nuestras comunidades para que siempre se mantenga fortalecido de ese mismo espíritu”. Muchas gracias, queridos cristianos. Yo sé que esta voz que habla no es una voz suelta. Es que cuando un hombre habla, todo el organismo se expresa por la boca. Y así también el cuerpo místico de la Iglesia es un organismo en el que participa hasta el último cristiano, hasta el cristiano perseguido, callado, torturado.

La misión de la Iglesia

Pero hay una voz en nombre de todo ese organismo que sufre, que clama y dice la verdad, la fortaleza, el aliento. Y yo siento, hermanos, que yo soy esa voz, y ciertamente, como lo hemos dicho en el mensaje que todos deben haber leído en los periódicos de esta semana², cumplimos una misión. Por una parte

² El arzobispado y el clero de la Arquidiócesis de San Salvador se pronuncian ante los últimos acontecimientos (5 de mayo de 1977). *Cfr. Orientación*, 8 de mayo de 1977. Los textos entrecomillados de esta homilía, salvo cuando se indica lo contrario, son citas textuales del mismo mensaje.

solidarizarnos con las angustias y esperanzas de los hombres de nuestro tiempo, especialmente, de los más pobres, de los que sufren. Y por otra parte, fíjense bien que no es hacer política cuando hablamos así. El Concilio, he puesto entre comillas esa frase, dice: deber de la Iglesia es “dar su juicio moral, incluso sobre materias referentes al orden político, cuando lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas”. Una frase muy hermosa del papa Pío XI —yo era estudiante en Roma y me emocionó mucho—: “La Iglesia no hace política, pero cuando la política toca su altar, la Iglesia defiende su altar”. Los derechos del hombre le interesan a la Iglesia. La vida en peligro le interesa a la madre Iglesia. Las madres que sufren están muy en el corazón de la Iglesia en este momento. Los que no pueden hablar, los que sufren, los que son torturados, callados, le interesan a la Iglesia. No es hacer política. Simplemente la política está tocando el altar, está tocando la moral, y la Iglesia tiene el derecho de hablar su palabra de orientación moral.

Se dirá que es marxismo. Queremos decir también —yo no voy a leer ahora entero el mensaje porque es muy largo, al final de la misa nuestros lectores lo harán—, pero dice así y quiero que tomen muy en cuenta estas palabras: “Queremos recordar que aún dentro de nuestras limitaciones y de los errores que como seres humanos podemos cometer...”. Yo reconozco, hermanos, que soy hombre y me puedo equivocar. Por eso he abierto el diálogo. Todo aquel que no esté de acuerdo conmigo venga y platiquemos. Convéncame de mis errores. Pero no me critique, no me calle sin oírme. Somos conscientes de nuestras limitaciones, de nuestras capacidades de equivocarnos. Como seres humanos podemos errar todos. Sin embargo, dice el mensaje, hablando todos los sacerdotes con el arzobispo: “Queremos ser fieles a nuestra misión profética para orientar a los hombres en medio de tantas confusiones”. Esta es nuestra intención; no la tergiversen. Queremos orientar y ponemos por testigo al pueblo de Dios que nos escucha, que nos lee: busca orientación. No le callemos esta voz que orienta. Corrijamos sus posibles errores. Estamos dispuestos a dialogar y que nos digan en qué abusamos, en qué nos equivocamos. Serán cosas accidentales que se pueden corregir; pero déjenos hablar y déjenos orientar. “Por eso reiteramos nuestro juramento de fidelidad a la palabra de Dios y

al magisterio de la Iglesia”. Esta es la orientación del sacerdote: la palabra de Dios y el magisterio de la Iglesia.

Hch 5, 29

Y ante esta inspiración de la palabra de Dios y el magisterio de la Iglesia, si tenemos que decir como San Pedro ante las autoridades de Jerusalén: no nos es lícito obedecer a los hombres antes que a Dios y al magisterio de la Iglesia. “Por tanto, somos conscientes —fíjense mucho en este equilibrio que se propone aquí—, somos conscientes de que no estaríamos en comunión con nuestra Iglesia si anunciáramos y trabajáramos por una liberación meramente política y socioeconómica”. Es decir, si la liberación, la redención que la Iglesia predica por sus sacerdotes, solamente buscara redenciones económicas, políticas —al estilo del marxismo, que no tiene fe en Dios ni esperanza en el cielo—, no sería el mensaje de la Iglesia. Que quede bien claro, pues, que la Iglesia predicando la justicia social, la igualdad y la dignidad de los hombres, defendiendo al que sufre, al que es atropellado, no es subversión, no es marxismo. Es auténticamente magisterio de la Iglesia. Ojalá, queridos hermanos, nos interesáramos por conocer lo que dice la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II.

Ap 21, 1

Y eso no es haber roto con las tradiciones de veinte siglos, sino evolucionarlas a los tiempos modernos. Y verán que es fácil que la confundan con el marxismo si no se tiene en cuenta que la Iglesia vive de la esperanza, de Dios, de lo espiritual, de la oración. Y esto le da más impulso que a los comunistas por trabajar por la liberación de la tierra, porque sabe que, en esta tierra, no existe el paraíso como lo anuncian los comunistas. El paraíso está consumado allá en la eternidad, pero ya se hace aquí en la tierra el reino de Dios, como nos ha dicho hoy el Apocalipsis, que ya Cristo vino a establecer con su resurrección una situación nueva del hombre de santidad, de justicia, de amor. No se necesita esperar o morir para poseer el cielo. Ya en la tierra se predica el amor. Y mientras no haya amor, no habrá más que aquella triste realidad: el hombre un lobo para otro hombre.

Lc 6, 27
Mt 5, 44

Así están cuando se apaga el amor de Cristo en los corazones. Y la Iglesia predica precisamente el amor, aun a los mismos que la persiguen y calumnian. Como dijo Cristo: amad a los que os persiguen y calumnian, haced el bien a los que os aborrecen. Esto predicamos. No la venganza. No la lucha de clase. No la violencia. Si solo uno que esté ciego no puede ver que, en estas

circunstancias de violencias, de persecuciones, hemos estado con el que sufre, sea pobre o sea rico. Hemos defendido la vida del canciller Borgonovo Pohl³ y estamos queriendo defenderla. No queremos que lo vayan a hacer víctima de la violencia. Pero junto con esa madre de Borgonovo Pohl que sufre, estamos con las madres de todos los prisioneros, de todos los que sufren. No estamos, pues, por una clase social.

También quiero que quede bien claro esto, hermanos, porque alguno ha dicho que el nuevo arzobispo no quiere ser obispo de los ricos, sino de los pobres. Es mentira. Pertenece a la campaña difamatoria esa frase. Desde el principio todos me han oído: estoy con todos, abierto al diálogo con todos, dispuesto a corregir mis errores, de cualquier sector que me vengan a platicar. Los amo a todos y es mi misión amarlos para salvarlos. En mi corazón no cabe exclusión, hermanos, quiero decírselos con toda franqueza. Por tanto, pues, que la misión de la Iglesia no se confunda con el marxismo, con la subversión, con el odio, porque la Iglesia traicionaría su misión. Y si algún sacerdote es convencido de subversión, de marxismo, también tenemos que lanzar contra él la separación de la Iglesia. Pero que se convenza en juicio, en verdad.

Por otra parte, fíjense también el equilibrio de la Iglesia al decir que no es marxista, que no es subversiva: “Somos conscientes de que no estaríamos en comunión con nuestra Iglesia si anunciáramos una liberación meramente política y socioeconómica. Así como también estamos convencidos de que ya estaría fuera de la comunión de la fe católica el sacerdote y el católico que, en nombre de una tradición sin evolución y sin inmanencia, es decir, sin encarnación en los problemas temporales históricos, rechazara el magisterio del Concilio Vaticano II, de la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín, del Papa actual, del obispo diocesano en comunión con el Papa. Ya que es el obispo, en comunión con el Papa, el único maestro

³ El día 19 de abril de 1977, las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) secuestraron al ingeniero Mauricio Alfredo Borgonovo Pohl, canciller del gobierno del coronel Arturo Armando Molina, para exigir la liberación de 37 presos políticos. La familia del canciller solicitó la mediación de monseñor Romero, quien aceptó y se comprometió a hacer todo lo que estuviera de su parte para salvar su vida. Cfr. “Pronunciamento del arzobispo de San Salvador en torno al caso Borgonovo Pohl” (26 de abril de 1977), *Orientación*, 1 de mayo de 1977.

autorizado para enseñar y autorizar la enseñanza auténtica de la Iglesia en su diócesis”.

Jn 13, 35

Sí, hermanos, porque mientras por una parte acusan a la Iglesia de marxista, de subversiva, por otra parte se quiere obligar a la Iglesia a una tradición sin inmanencia, es decir, una espiritualidad desencarnada, una predicación tipo protestante que solamente se mantiene en las nubes, que canta salmos, que reza, pero que no se preocupa de las realidades temporales. Y estos tampoco son católicos porque toda la documentación moderna de la Iglesia se inspira precisamente en el Evangelio de hoy: “En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis los unos a los otros”. Y la predicación moderna de la Iglesia acentúa este amor fraternal. Quizá habíamos acentuado demasiado el amor a Dios y pensábamos que amábamos a Dios mientras tratábamos mal a nuestros hermanos. Y hoy la Iglesia exige: si de veras amas a Dios, trata bien a tu prójimo, a tu trabajador, a tu subalterno, al prisionero. Y entonces tendríamos que aun en la cárcel habría amor y en todas partes no habría ese odio, esa violencia que se nota en nuestro tiempo.

La Iglesia, pues, está en ese equilibrio —y sepan aquellos católicos que no quieren comprender este magisterio moderno de la Iglesia, como hasta se ha llegado a escribir por un sacerdote⁴ que ya no está en comunión con la Iglesia—, porque la Iglesia no predica un amor desencarnado a Dios, sino que predica un amor a Dios que se manifiesta en el amor al prójimo. Les recomiendo que reflexionen mucho en este mensaje, porque no tiene nada de subversivo, sino simplemente una palabra de orientación.

Y en conclusión, queridos hermanos, queremos decir que la Iglesia no puede vivir callada. Tiene que hablar y si por desgracia también nos callaran la emisora, busquen la palabra de Dios en el sacerdote de su parroquia, no falten a misa los domingos. También la curia diocesana tendrá cuidado de seguir publicando su boletín informativo, búsquenlo en sus parroquias. No se

⁴ Se refiere al reverendo Ricardo Fuentes Castellanos, quien escribió frecuentemente contra el arzobispo y la arquidiócesis, hasta el punto de afirmar, por ejemplo, que “desde el pontificado de Juan XXIII, la Iglesia católica al apartarse de la tradición de Trento y la Contra-reforma que llega hasta Pío XII, se ha embarcado en una aventura socialista”. *Cfr.* “De Medellín a Riobamba y San Salvador”, *El Mundo*, 23 de marzo de 1977.

mantengan aislados de esta comunión de la palabra, porque mientras las fuerzas persecutorias, difamatorias de la Iglesia, cuentan con todos los periódicos, con todas las radios, con toda la televisión, hay una lucha desigual. Pero no es que la Iglesia busque la lucha, la Iglesia quiere decir lo que ella es. Entonces conozcámosla. Aun para condenarla, es justo que la conozcamos antes de condenarla. No la condenen, sobre todo sus hijos, sin haberla oído, sin haberla escuchado, sin haber aclarado las noticias que se dan muchas veces bien distorsionadas. Por favor, pues, mantengámonos en la comunión de la palabra, queridos hermanos. La Iglesia lanza una campaña para ayudar a los medios de comunicación. Y junto con esta cartita de Ciudad Arce ha llegado la primacía de esta contribución: treinta y nueve colones recogidos entre los pobres. Son el signo esperanzador de que la Iglesia no está sola. Así como de otro sacerdote y de otro campesino he recibido también ya las primeras ayudas. Pueden entregarlas por medio de su párroco o traerlas al arzobispado, pero mantengamos los medios de comunicación de la Iglesia.

La oración es lo primero

En segundo lugar, quería suplicarles, hermanos, mucha oración. Y no es porque sea lo segundo, sino lo primero; pero en el orden en que voy exponiendo mis ideas les digo: mes de mayo, mes de la Virgen, mes de mucha oración. Los colegios católicos reunidos esta semana también, en un gesto de solidaridad, comprenden que se desata sobre ellos una campaña también muy terrible. Sabemos que ya está planeada una campaña de destrucción contra el colegio católico. Y hasta se piensa en hacer un colegio por una comisión nacional de defensa de la doctrina católica de la enseñanza. Acabamos de decir que solo el obispo es el autorizado para señalar la enseñanza católica de la diócesis. Ningún otro puede arrogarse la vigilancia de la doctrina cristiana de los colegios. Entonces surgió ante todo la idea de orar. Y han convocado para el 13 de mayo, día de la Virgen de Fátima, día muy bonito, para un día de oración. Yo hago eco a esta iniciativa de los colegios porque quisiera que esta iniciativa no se quedara solo en los ámbitos de los colegios, sino que trascendiera a toda la diócesis.

Vamos a tener en la catedral, con las representaciones de los colegios —invitamos también representaciones de las parroquias a las 10 de la mañana el 13 de mayo— una misa solemne. También el mismo día, como ustedes saben, en la montaña pintoresca de Las Pavas, en Cojutepeque, mucha oración a la Virgen de Fátima; y en La Rábida, que está consagrada a la Virgen de Fátima; y en Los Planes de Renderos, consagrada también a la Virgen de Fátima, las iglesias serán centros especiales de oración. Pero, se hace un llamamiento a todas las parroquias para que el día de la Virgen de Fátima organicen una hora santa, los sacerdotes, para que todos los pueblos, ese día, forcejemos las manos de la Virgen; para que recen mucho por nuestra patria, por nuestra arquidiócesis. Se hará en todas las parroquias, pues, una hora santa y no nos contentemos con el 13 de mayo. Yo les suplico que todo el mes de la Virgen hagamos resurgir esas bellas tradiciones de nuestro pueblo: las procesiones por los caminos de nuestros cantones, con florecitas del campo. Las florecitas que llenan la ermita, la imagen de la Virgen, son señales de oración de nuestro pueblo. En los colegios, como en el seminario, se está haciendo el mes de mayo con todo fervor. Y en este plan de oración, hermanos, quiero recordarles que la catedral todos los días tiene expuesto solemnemente el Santísimo. Cuando vengan de los pueblos y cantones, cuando pasen aquí cerca de la catedral, entren a hacer una visita al Santísimo, a pedir por las necesidades de la Iglesia y de la patria.

Solidaridad con los jesuitas

Otra idea, hermanos, en esta comunión de familia, es la solidaridad de la arquidiócesis con la Compañía de Jesús. La Compañía de Jesús, o sea, los jesuitas. Podemos decir de ellos lo mismo que de los sacerdotes: pueden equivocarse. Sin embargo, en su doctrina sustancial... Yo les suplico que estudien la historia de la Compañía de Jesús desde que la fundó, en el siglo XVI, San Ignacio de Loyola frente a los peligros de entonces, muy parecidos a los de hoy, para formar un ejército valiente de hombres que siempre fueran a la vanguardia de la Iglesia; por eso le llamó la Compañía, término militar en aquellos tiempos que significaba lo más arriesgado en una batalla. Y así es natural que se ponga a ellos la puntería siempre en los ataques a la Iglesia.

Pero sepan, la Compañía de Jesús, los jesuitas, no son una secta separada de la Iglesia católica. Son Iglesia católica. Y el que toca un jesuita toca a la Iglesia. Por eso lamentamos... Y va a salir publicado en esta semana —si se le permite su publicación— un campo pagado que se titula así: “Los jesuitas ante la captura, detención y deportación del padre Jorge Sarsanedas”⁵. Yo mismo fui a recibir al padre Sarsanedas al cuartel de la Guardia Nacional para llevarlo de ahí al aeropuerto hacia Panamá, de donde es. Quiero hacer constar que yo no pude firmar el acta de esta entrega por ciertas falsedades que ahí noté⁶. Pero sí digo que estoy completamente solidario, como pastor de la Iglesia, con esta Compañía de Jesús, que significa para nuestra Iglesia un bastión muy fuerte, muy poderoso, muy valiente.

Yo quiero agradecer porque nuestra arquidiócesis se ha bañado con la sangre de un jesuita: el padre Rutilio Grande. Y ahora lleva también el signo del destierro en otro jesuita. Y no sabemos qué cosas más vendrán. Primero Dios, pidamos a la Virgen, que los comprendamos. Que comprendan el mensaje que la Iglesia quiere decir. Que no solo es cuestión de despejar el campo desterrando gente, sino entenderlos para aprovechar lo bueno que puede haber en cada gente. Es necesario, queridos hermanos, que tengamos este sentido de diálogo, de comprensión. Hasta en el enemigo puede haber algo de bueno, hay buena voluntad.

Un saludo a las madres

Quiero terminar felicitando de todo corazón a las madres. Y, como hemos dicho al principio de la misa, madres que están sufriendo como María al pie de la cruz, sepan que no están solas. La Iglesia está con ustedes, no por subversión ni por torcidas intenciones, sino por el mensaje que hoy han escuchado en la misma palabra de Dios: por amor. Es la señal que nos dejó Cris-

⁵ Cfr. *La Prensa Gráfica*, 10 de mayo de 1977.

⁶ El padre Jorge Sarsanedas, jesuita panameño, fue capturado por la Guardia Nacional, el 1 de mayo de 1977, cuando regresaba de celebrar una misa, en el cantón Tutultepeque (Nejapa). El 6 de mayo fue expulsado del país, después de haber sido torturado. Cfr. “El arzobispado y el clero de la Arquidiócesis de San Salvador se pronuncian ante los últimos acontecimientos” (5 de mayo de 1977), *Orientación*, 8 de mayo de 1977.

to. Y yo quiero decirles a todos ustedes, hermanos, radioyentes, presentes en la catedral, que aun cuando se nos callaran todos los medios de comunicación social, siempre quedaría un gran micrófono en el mundo: la madre cristiana, la comunidad cristiana. ¡Si es que en tiempos de San Pablo y Bernabé que nos ha leído la primera lectura no existían radios ni periódicos! Pero se dice que San Pablo, si viniera hoy, fuera periodista. Sin embargo, Pablo, que no tuvo radio ni periódico, iba sembrando comunidades cristianas y ellas hablaban. La madre es como el sacramento del amor de Dios. Dicen los árabes que Dios, como no lo podemos ver, hizo a la madre que podemos ver y en ella vemos a Dios, vemos el amor, vemos la ternura. ¡Ah, si todas las madres se pusieran de parte de este amor que predica la Iglesia! Si supieran decir a los hombres: no, no es subversión, no es política, no es odio; es amor como el que nosotros tenemos a nuestros hijos. ¡Cuánto podría el influjo de la madre, de la esposa, en el hombre político, en el hombre de gobierno, en el capitalista, en el empresario! Se humanizarían las relaciones humanas, si las madres influyeran más en el corazón de los hombres que llevan las riendas de la historia. Recuerdan aquella madre romana, cuando Roma iba a ser destruida por un traidor, el Senado mandó a la madre de aquel traidor para convencerlo; y se defendió Roma gracias a una madre.

Madres, este es el papel de ustedes en esta hora. Por eso la Iglesia las comprende y las ama y está con ustedes. Estén ustedes también con la Iglesia. Si por efecto de esta difamación ustedes también dudan del amor universal de la Iglesia, les hago una pregunta: ¿estarían contentas ustedes si nosotros dudáramos del amor que ustedes les tienen a sus hijos, solo porque una enemiga de ustedes viene a difamarla y decirle: esa mujer no quiere a sus hijos, los odia, los persigue? Sería una difamación horrenda distorsionar el amor de una madre. Pues la Iglesia es madre, compréndanla. Madre Iglesia comprende a las madres de los hogares y les dice: solidaricémonos, mujeres, por que yo también soy Iglesia, soy mujer, soy madre y amo y defendiendo la verdad que mi Esposo divino me encomendó transmitir a mis hijos; no me quieren dejar que la traduzca, ayúdenme ustedes.

Cuando estaba terminando el Concilio Vaticano II, los padres del Concilio entregaron los documentos a una mujer representando a todas las madres de la tierra. Y pueden leer

ustedes ese hermoso mensaje del Concilio a la mujer. Les dice: ustedes que tienen “el sentido de la cuna”, ustedes que asisten al principio de la vida, ustedes que tienen la cualidad de hacer dulce y accesible la verdad por más dura que sea, reciban esta doctrina y transmítanla a sus hijos⁷. Madres cristianas, cómo se transformaría la faz de El Salvador en esta hora de violencia, de sangre, de sospecha, de incomprensiones, si la madre que tiene por misión amar y unir a sus hijos nos uniera a todos los salvadoreños.

Vamos a ofrecer esta eucaristía, pues, por estas intenciones, pidiendo de manera especial por la madre. Si en algo me he equivocado en todo lo que he dicho, hermanos, soy humano, reconozco mi error; si alguno viene a dialogar conmigo, a convencerme. Pero si he dicho la verdad, aunque duela, aceptémosla porque “solo la verdad os hará libres”, dijo Jesucristo.

Jn 8, 32

⁷ Cfr. Concilio Vaticano II, Mensajes del Concilio a la humanidad (8 de diciembre de 1965), *A las mujeres*, 5 y 10.

La Iglesia frente al dolor y a la violencia

Misa exequial del ingeniero Mauricio Borgonovo¹
11 de mayo de 1977

Queridos hermanos:

Nuestra fe descubre en esta reunión tan solemne que el protagonista, el personaje central de esta reunión, es Cristo nuestro Señor. Yo les invito a levantar hacia Él nuestra mirada, porque solo Él puede pronunciar una palabra de Dios que se necesita en este instante. Solo con una fe muy grande en que la Iglesia no dice palabras de la tierra, sino palabras del cielo, prolonga el mensaje de Cristo a los hombres, se puede entender su lenguaje, que es el lenguaje eterno de Cristo en un eterno diálogo con los hombres, los hombres que ven el absurdo, que no encuentran explicación de las cosas, como Marta, que le dice a Jesús, casi reprochándole: “¡Si hubieras estado aquí, no hubiera muerto!”. Y Jesús, que la calma con la serenidad de quien tiene en sus manos lo eterno, los corazones, la vida, para decirle: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá”.

Jn 11, 21

Jn 11, 25

¡Qué grande es la palabra que Cristo tiene que decir en este instante! Grande por el dolor que supone esta muerte de nuestro querido canciller, el ingeniero Mauricio Borgonovo Pohl, que en paz descance. Grande es la palabra que Cristo tiene que decir, porque es grande el crimen y la violencia que significa este cadáver aquí. Grande tiene que ser la palabra, porque ningún hombre, ningún poder, ningún hermano, puede decir ahora la

¹ En la madrugada del 11 de mayo, después de veintiún días de secuestro, apareció el cadáver del ingeniero Mauricio Alfredo Borgonovo Pohl. *Cfr. El Diario de Hoy*, 11 de mayo de 1977.

palabra de concordia, de amor, que el pueblo salvadoreño necesita en este instante.

Una palabra de consuelo ante el dolor

Grande de veras tiene que ser esta palabra por el dolor. Comprendemos, querida doña Sarita² —y en ella sentimos a toda la familia—, porque hemos estado muy cerca de ustedes. Y para la Iglesia es una satisfacción haber compartido el dolor, esta agonía sangrienta, terrible. Difícilmente se encuentra a alguien que haya muerto con una agonía que es expectativa de todo un pueblo. ¡Qué dolor!

Comprendemos esta angustia, y solamente Cristo puede decir una adecuada palabra de consuelo. Gracias a Dios que ese Cristo vive en su Iglesia, aunque se tergiversen sus intenciones. La Iglesia es Cristo que continúa consolando, que sigue llevando el consuelo al dolor. La Iglesia, que no tiene otra palabra más que la de Cristo, puede decir esa palabra porque ella es inmortal, compuesta por hombres frágiles, pero lleva el espíritu de Cristo. ¡Cuánta esperanza despierta esta palabra eterna! Esperanza del cielo que invita, a la querida familia Borgonovo Pohl y a todos cuantos sentimos en lo íntimo este dolor, a elevar el corazón hacia esa meta suprema donde Mauricio vive, donde, junto a Cristo resucitado, saliendo de ese escondrijo donde ha estado —no sabemos dónde—, percibe que hubo mil corazones con él, que hubo angustias de muchas almas y el consuelo en su cielo deriva en un torrente de luz y de consuelo para la familia que oye esta palabra de vida eterna.

Y esta esperanza no es alienación, como dice el comunismo. Nuestra religión predicando la esperanza no aliena al hombre. La Iglesia no es comunista, sino que es esperanza de Dios, esperanza de vida eterna; predica a los hombres lo que es la esperanza, la alegría de lo que esperamos, y les dice a los hombres que vale la pena luchar, ser honrado, morir aunque sea víctima de estos atentados tan crueles, pero se tiene la satisfacción de haber servido con honor a la familia, a la patria, a la humanidad. Dios no se deja vencer en generosidad; la recompensa de Mauricio será grande y para la familia este consuelo tiene que ser también muy grande.

² Sara Pohl de Borgonovo, madre del ingeniero Mauricio Borgonovo.

Una palabra de rechazo a la violencia

Decía también que solo Cristo puede decir la palabra dura, la palabra grande ante el crimen. La Iglesia, que continúa la lección de Cristo, rechaza la violencia. Lo ha repetido mil veces, y ninguno de sus ministros predica la violencia. La Iglesia predica como Cristo: el que a espada mata, a espada muere. La Iglesia continúa la voz de la Biblia: la sangre de tu hermano clama. Dios, nuestro Señor, reclama contra la injusticia, contra el crimen, contra la violencia. Y, gracias a Dios, la Iglesia ha estado muy decidida también en esta situación de nuestro querido ingeniero. Ha estado con el que sufre, ha rechazado la violencia y en este momento, frente al cadáver de nuestro querido canciller, también vuelve a repetir: la violencia no es cristiana, la violencia no es humana; nada violento puede durar. Y ha dicho también que el hombre es, ante todo, la vida, los sentimientos humanos; que no es el hombre para la ley, sino la ley para el hombre; que es necesario considerarlo así, humanamente, cristianamente; y solo cuando se olvidan estos considerandos, se puede llegar a ese crimen horrendo de matar al hombre, por las motivaciones que sean. El mandamiento “no matarás” siempre está gritando desde Dios al corazón del hombre. No pueden seguir viviendo tranquilos los que llevan la violencia a estos extremos horribles.

Mt 26, 52
Gn 4, 10

Mc 2, 27

Ex 20, 13

Un llamamiento a la concordia

Finalmente, queridos hermanos, y esto quisiera que fuera la voz más grande en este momento: un llamamiento a la concordia. Solo Cristo puede decir en este instante a nuestra patria: “Amaos los unos a los otros”. Solo Cristo viviendo en su Iglesia puede decir: la fuerza del cristiano es el amor, la fuerza del cristiano no es el odio, la venganza, el resentimiento. Lejos, pues, de nosotros, queridos hermanos, esa ola que muchos esperan, de crímenes, de venganzas. ¡De ninguna manera! No es contestando violentamente a la violencia como se va a arreglar la paz del mundo. Es, como dice San Pablo, mejor: no devolváis mal por mal, ahogad el mal con el bien, una ola de bondad, una ola de amor, un ambiente de comprensión.

Jn 15, 12

Rm 12, 17

Querido Mauricio, tu cielo, después de un purgatorio tan horrible, sea este: pide a nuestro Señor, a Dios que es amor, que

1 Jn 4, 8

haga llover su amor sobre todos tus paisanos, sobre todos los salvadoreños, que sepamos perdonar, que sepamos dejar la venganza al único que puede vengar, Dios nuestro Señor, y que todos nos dediquemos a construir esta patria que se agrieta; y todos, desde una Iglesia que lleva un mensaje de amor, sepamos dar al mundo la solidez que el mundo necesita.

Queridos hermanos, que esta oración por nuestro querido ingeniero Borgonovo Pohl, oración necesaria porque toda alma que emigra a la eternidad, no sabemos el misterio de sus culpas, de los perdones que necesita de la misericordia de Dios; pero estamos seguros que Dios contempla este espectáculo de oración, de sufrimiento, y ojalá también de corazones dispuestos a la bondad.

Y esta oración no sea solamente por el eterno descanso de nuestro querido amigo, sea también una oración muy fructuosa sobre nuestra patria, que se una a Mauricio que desde el cielo nos contempla. ¡Qué hermoso sería el mundo si todos nos amáramos unos a otros! ¡Si no hubiera la violencia de la que él fue víctima, si comprendiéramos mejor las relaciones humanas! Una oración que nos haga sentirnos más hermanos, una oración que sea descanso para él. No le perturbemos su descanso. Odiándonos podemos estorbar su descanso, amándonos podemos apresurar su cielo. No sabemos ese misterio del más allá, pero está en relación con el más acá. En la medida en que aquí el mundo se hace antesala del cielo por el amor, por la comprensión, por la esperanza, por la fe, también ese cielo se abre a la felicidad, a la recompensa. Hay una mutua relación. Hermanos, que nuestra tierra, después de ver este crimen, se convierta en una antesala del perdón de Dios nuestro Señor.

Vamos a celebrar nuestra eucaristía. Que esta palabra divina —no porque la pronuncie una persona humana, que no es más que el instrumento burdo de la palabra eterna de Dios— encuentre eco en vuestros corazones y unida ya al Creador que se hace presente en la eucaristía, en el cuerpo y la sangre que se entrega por vosotros, sea una oración que nos haga sentirnos más hermanos, y que a Mauricio le dé el eterno descanso y a su familia el consuelo cristiano.

Un ideal que no muere

Misa exequial del padre Alfonso Navarro¹
Parroquia de la Resurrección
Colonia Miramonte
12 de mayo de 1977

Queridos hermanos sacerdotes y fieles, estimados radioyentes:

Cuentan que una caravana, guiada por un beduino del desierto, desesperada y sedienta, y buscaba agua en los espejismos del desierto; y el guía les decía: “No por allí, por acá”. Y así varias veces, hasta que hastiada aquella caravana sacó una pistola y disparó sobre el guía; agonizante ya, todavía tendía la mano para decir: “No por allá sino por aquí”. Y así murió, señalando el camino.

La leyenda se hace realidad: un sacerdote, acribillado por las balas, que muere perdonando, que muere rezando, dice a todos los que a esta hora nos reunimos para su sepelio, su mensaje que nosotros queremos recoger. Y es hermoso este cuadro, diríamos, de Apocalipsis, doscientos sacerdotes, por lo menos, están aquí de todas las diócesis de El Salvador, acompañando fraternalmente el dolor de la arquidiócesis y, sobre todo, recogiendo este gran mensaje de Alfonso Navarro, sacerdote ya difunto, pero siempre predicando, porque la voz del sacerdote no muere. Y una parroquia aquí también reunida bajo la bóveda de la significativa parroquia de la Resurrección, donde todo canta vida, alegría, esperanza, y donde feligreses, comunidades de otras partes, han venido también a recoger y se sienten como arro-

¹ El día 11 de mayo fue asesinado el padre Alfonso Navarro Oviedo, junto con el niño Luis Alfredo Torres, en la casa parroquial de la Resurrección, de la que era párroco. *Cfr.* “Boletín informativo del arzobispado n.º. 15”, *Orientación*, 15 de mayo de 1977.

pados, como en un hálito de alegría, de esperanza, de aleluya; sobre un calvario de sangre una resurrección de esperanza.

No a la violencia

Hermanos, ¿qué nos dice este episodio, esta apoteosis de esta tarde, estos aleluyas pascuales de resurrección? Yo encuentro en el mensaje de Alfonso el de aquel beduino acribillado por las balas; en primer lugar, una protesta, un rechazo de la violencia: “Me matan porque les indico el camino”. Y nosotros, la Iglesia, repetimos una vez más: que la violencia no resuelve nada, que la violencia no es cristiana ni humana; que la violencia, sobre todo cuando pisotea el quinto mandamiento: “No matarás”, en vez de traer bienes, trae angustias, lágrimas, zozobras. Y en este caso, no olvidemos que hay una familia también de luto al lado de la familia del padre Navarro y de toda su familia espiritual que es la diócesis y la Iglesia; la familia de Luisito, que agoniza y muere también junto a su párroco, para ella también nuestra condolencia y desde este cadáver también inocente, el grito de protesta contra la violencia, porque la vida, hermanos, es tan sagrada en un laico como en un sacerdote.

Ex 20, 13

Y ahora lo decimos aquí ante el padre Navarro lo mismo que lo decíamos ayer ante el canciller Borgonovo Pohl, la vida es sagrada aun en el más humilde campesino, aun en el sacerdote, así se le considere un criminal, siempre es una vida sagrada; no digamos cuando este título es el producto de una calumnia, de una difamación que debía de horrorizar a los que causan la muerte no solamente disparando la pistola, la escuadra o la metralla, sino también a los que empujan esa mano con esa campaña difamatoria contra la Iglesia. La violencia la producen todos, no solo los que matan, sino los que impulsan a matar. Yo quisiera dirigir desde aquí mi palabra al señor presidente de la República: si son sinceras sus frases que ayer me decía por teléfono, que se iba a preocupar de investigar este crimen lo mismo que se preocuparía, y se está preocupando, supongo, por la de su canciller; porque tan sagrada es la vida del ingeniero Borgonovo, como sagrada es la vida del sacerdote que hoy perece, como sagrada es la vida del padre Grande, que hace dos meses pereció también acribillado, y a pesar de las promesas de investigación, todavía estamos lejos de saber la verdad.

Queridos hermanos, la violencia, aun en aquellos que no hacen lo posible por descubrir sus orígenes, es criminal. Tan pecadores como los mismos que empuñan las armas para matar, en esta hora de campaña difamatoria, la criminalidad de estas muertes. ¿Y cómo es posible que se permita decir que solo es el principio?, ¿cómo es posible que se permita amenazar con matar más vidas? La vida es sagrada. La Iglesia está al lado de defender la vida, sin considerar motivaciones políticas o de otro tipo, solamente porque es un pecado quitar la vida, pecado contra la ley de Dios.

El quinto mandamiento pesa ahora como una excomunión también sobre los autores intelectuales y materiales de este asesinato. La pena de excomunión, que para muchos incrédulos significará tal vez una ridiculez, tal vez les impresiona saber que no solamente es una pena espiritual; es el repudio de todo un pueblo; es la marginación del pueblo de Dios, que le dice al criminal: tú no tienes ahora nada que ver con este pueblo que camina en la esperanza, en la obediencia a la ley del Señor, que no quiere sangre, que quiere amor, que quiere paz, que quiere reconciliación. Y este gesto del pueblo que excomulga es sin odio, como es sin odio el grito de rechazo a la violencia; es un grito como el de Cristo que decía: convertíos, volved al buen camino. Es el grito del beduino que, como el padre Navarro, muere perdonando a los que le acribillan. Quiero agradecer el testimonio de esa mujer buena que lo recoge agonizando entre sangre, y al preguntarle si le duele algo, dice: “No me duele más que el perdón que quiero dar a mis asesinos, a los que me han acribillado, y el dolor que siento por mis pecados; que el Señor me perdone”. Y comenzaba a rezar. Y así mueren los que creen en Dios, aun con sus deficiencias humanas y con sus pecados, los sacerdotes vivimos de una esperanza; y no podemos ser comunistas, porque el comunismo ha mutilado esa esperanza del más allá. Creemos en Dios, predicamos la esperanza y morimos convencidos de esa esperanza.

Mc 1, 15

Un ideal que no muere

Y ese es el segundo aspecto del mensaje de Alfonso Navarro: es un ideal que no muere, es una mano tendida como la del beduino que, en el desierto, sigue diciendo: “No por allí”. No por los espejismos del odio, no por esa filosofía del diente por diente y ojo por ojo, que eso es criminal, sino por esta otra: “Amaos los

Jn 15, 12

unos a los otros”. No por los caminos del pecado, de la violencia, se va a construir un mundo nuevo, sino por los caminos del amor. Y para todos nosotros, queridos hermanos sacerdotes, esta hora es solemne; esta hora ratifica nuestra ordenación sacerdotal. A mí me parece ver a Alfonso Navarro postrado aquí, no bajo la unción de la muerte, sino en la unción sagrada de aquella solemne ceremonia que se ha recordado en el Gimnasio Nacional, cuando el Club Serra quiso darle, a la ordenación de él y de sus compañeros, todo el significado para la República de El Salvador de unos nuevos jóvenes sacerdotes que se consagraban al servicio de Dios. ¡Qué distinto aquel ambiente, cuando se comprende y se ama lo que significa la vocación sagrada!

Queridos hermanos sacerdotes, pero si en esa hora de gloria y de felicidad de la ordenación sacerdotal, la emoción nos llena de ilusiones, de esperanza para ir a trabajar por el pueblo de Dios, por la gloria de Dios; también ahora esta unción de la muerte con que Alfonso Navarro, antes de bajar a la tumba su cadáver, mientras su espíritu ya ha ascendido a los cielos, este triunfo del sacerdocio, el ideal que nos hermana con él, es un ideal que no perece, y en cada sacerdote asesinado, hay un nuevo impulso de esperanza, de alegría y de fervor en el que vive el sacerdocio. Es un ideal que no se puede marchitar, es un ideal que de la misma muerte hace surgir la vida, es el ideal de Alfonso Navarro que dice, como presintiendo su muerte: no me lloren, canten, pónganme claveles rojos, porque será mi alegría el emigrar con este ideal hacia el cielo y dejar —quién le iba a decir que el asesinato de que él es objeto— una bandera para nosotros, los que seguimos la peregrinación. Sintamos que este ideal que sustentó la vida de Alfonso Navarro no muere; que purificándole las imperfecciones humanas que puede tener, la transmisión de este mensaje divino nadie la puede detener. Y aquí prometemos ante el cadáver de un sacerdote muerto, nosotros los sacerdotes, lo que decíamos en el comunicado de hace pocos días: queremos ratificar “nuestro juramento de fidelidad a la palabra de Dios, de fidelidad al magisterio de la Iglesia”². Y ante esa motivación de la palabra de Dios y del magisterio de la Iglesia, sentiremos la valentía de los primeros

² “El arzobispado y el clero de la Arquidiócesis de San Salvador se pronuncian ante los últimos acontecimientos” (5 de mayo de 1977), *Orientación*, 8 de mayo de 1977.

apóstoles para decir: no nos es lícito obedecer a los hombres antes que obedecer a Dios.

Hch 5, 29

Y esta es la bandera que no puede caer. Si vamos a sepultar a un hermano nuestro, no nos batimos en derrota; sentimos que falta un soldado en nuestras filas, pero sentimos que cualquiera tiene que llenar ese espacio que ha quedado, porque esta predicación de la palabra y del magisterio tal como lo quiere la Iglesia de hoy, como la Iglesia de siempre, es una exigencia como aquella que hacía a los profetas temblar ante su tremenda misión, pero serle fieles a Dios y no traicionar jamás su mensaje.

Un llamamiento a todas las fuerzas morales

Y por último, queridos hermanos, el mensaje de este beduino camino de la eternidad es este: un llamamiento a todas las fuerzas morales. Hermanos, si Alfonso Navarro es la figura de la Iglesia acribillada en este momento, la Iglesia como aquel beduino sigue señalando, como llamando a todos los demás: “Sigan por aquí”. Si a la Iglesia no se le quiere creer, si a los sacerdotes se les está confundiendo con guerrilleros, si a nuestra misión evangélica se la está confundiendo con marxismo y comunismo, no es justo, hermanos. Pero si la calumnia llega a cundir, decimos entonces a las otras fuerzas morales que quedan en el mundo: ¿y ustedes qué hacen?

Un llamamiento al protestantismo; un llamamiento a las organizaciones nobles; un llamamiento a todo lo bueno que queda en cada familia, en cada corazón. ¿Por qué vamos a ser pesimistas, queridos hermanos, en esta hora en que la violencia parece pasear su bandera? Como me decía un feligrés de esta Iglesia anoche: “Monseñor, tenga mucho cuidado, porque la fiera anda suelta con sed de sangre”. Entonces, hermanos, como el beduino les decimos a ustedes, los que no están en peligro: trabajen, son Iglesia. Y da gusto pensar en esta hora, cuánta fuerza espiritual está despertando la persecución de la Iglesia en muchas familias, en muchas comunidades. Esta hora, hermanos, no es para dividirnos entre dos Iglesias, es la hora de sentir una sola Iglesia que lucha por esa resurrección de Cristo, que trae redención no solo más allá de la muerte, sino aquí en la tierra, para luchar por un mundo más justo, más humano, para luchar por una sensibilidad social que se haga sentir en todos los

ambientes, para luchar contra la violencia, contra el crimen. ¡Ah, si todos nos propusiéramos, como un propósito sincero en esta tarde, de unir las fuerzas morales! No solo los que pertenecemos a la Iglesia católica, sino también de todas las fuerzas que, aun sin creer en la Iglesia —pero tienen miedo a morir como muere Alfonso Navarro—, quieren que no pasee la bandera del odio y de la violencia.

Y por favor, cesen de propalar calumnias; cesen de perseguir la misión de la Iglesia; cesen de sembrar discordias y rencores; cesen de propalar esa filosofía de la maldad, de la venganza; y unámonos todos para hacer de nuestra patria, una patria más tranquila; en que no haya tanta desconfianza de unos contra otros; en que no andemos huyendo como si estuviéramos en una selva salvándonos de las fieras; en que vivamos de veras como hermanos, si no por la fe en una resurrección, en un Cristo, al menos por un sentido nacional, al menos por un sentido humano, por un sentido de fraternidad.

Este es el mensaje, queridos hermanos, que yo creo recoger de esa boca, desfigurada por las balas, del padre Alfonso Navarro. Yo les suplico que tomemos en serio, queridos hermanos sacerdotes, esta fuerza del amor que la Iglesia predica. Y lejos de nosotros, ya que lo repudiamos por completo, el sentido del odio, de la violencia; lejos de nosotros esos sentimientos que destruyen y matan, pero no pueden construir ni hacer feliz a nadie, ni mejorar al mundo. Que el Señor nos conceda como fruto de esta eucaristía, en que no solo sacerdotes de la tierra, sino un sacerdote que ya emigra a la eternidad y está con un paso, diríamos, en la parroquia Miramonte y otro pie en el cielo, a nosotros, tus hermanos, querido Alfonso, que seguimos temiendo lo que tú temías, pero esperamos que un sentido humanitario dirija los corazones de los hombres, para que tu muerte en vez de ser una incitación más a la violencia, sea más bien un mensaje de cristianos y nueva fuerza de amor en tu Iglesia.

La Iglesia es Cristo en nuestra historia

Sexto domingo de Pascua
15 de mayo de 1977

Hechos de los apóstoles 15, 1-2.22-29
Apocalipsis 21, 10-14.22-23
Juan 14, 23-29

Queridos hermanos, estimados radioyentes:

Se siente como una llovizna suave, como la dulzura de algo que baja de Dios directamente, al escuchar estas lecturas en este momento del año litúrgico que coincide con nuestro año civil tan cargado de tempestad. El año litúrgico, o sea, ese ciclo espiritual que la Iglesia va desarrollando desde la expectativa de un Redentor, pasando por la Navidad, con los preparativos de la obra de la redención, la Cuaresma, y que florece en una Pascua que es cruz y que es alegría de vida y prolonga esa Pascua: cruz y gloria, muerte y resurrección, tragedia y esperanza. Son cincuenta días desde el Sábado Santo en la noche en que cantamos el triunfo de la vida sobre la muerte, las esperanzas de la Iglesia, hasta Pentecostés, que va a ser dentro de quince días. Cincuenta días, Pentecostés, plenitud del mensaje de la redención.

El jueves de esta semana que viene se celebra el jueves de la Ascensión; cuarenta días después de resucitado, Cristo se va al cielo. Por una razón práctica se traslada al domingo que viene para que todos los que no pueden asistir a misa en semana, el jueves, puedan recibir ese hermoso mensaje del Cristo que se va corporalmente, pero que diez días después, Pentecostés —domingo dentro de quince días— viene, se manifiesta mejor dicho;

Gn 2, 7 porque Cristo desde el momento en que resucitó, en que su vida física ya no está en esta tierra, deja su vida mística alentando sobre ellos, lanzando un soplo. Como el Creador cuando da al barro la vida inteligente, así Cristo, el mismo día de la resurrección, insufla su Espíritu nuevo, su resurrección, su Pascua, a esto que es la Iglesia: “Recibid el Espíritu Santo”. Pero cincuenta días después se manifiesta esa presencia, Pentecostés, en forma de huracán y de lengua de fuego. Ese Espíritu silencioso, que va siempre con la Iglesia, es huracán, es fuego, es fuerza que impulsa la Iglesia. Es el Espíritu al que Cristo se refiere como preparándonos para su despedida, el último domingo que está entre nosotros ya entre vida celestial y vida de la tierra, no nos dejará solos y nos ha dicho esa hermosa palabra: “El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará y vendremos a él. Os he hablado ahora que estoy todavía con vosotros, pero os enviaré el Espíritu consolador que el Padre os enviará en mi nombre”.

Jn 20, 22
 Hch 2, 2-3
 Jn 14, 23-26

La Iglesia de la Trinidad

Miren en esta frase el origen de la Iglesia: el Padre, el Hijo y el Espíritu. Si Cristo no hubiera ido al cielo a ser glorificado como hombre y como Dios, el Padre no hubiera podido ratificar, con el envío de su Espíritu divino, esta obra de la redención, esta institución que es la Iglesia. Las tres divinas personas juegan y nos dan a nosotros el Espíritu trinitario, es la Iglesia de la Trinidad, es la Iglesia de la tierra compuesta por nosotros hombres imperfectos, hombres frágiles, pero que hemos recibido el soplo de la redención: “Recibid el Espíritu”, es Santísima Trinidad. Vendremos, dice Cristo, y habitaremos en esta Iglesia y en el corazón de cada uno de los que creen en esta redención. Es maravilloso, les digo, pensar en esta hora en que muchos viven del pánico, del terror: ¿irán a acabar con la Iglesia?, ¿irán a matar a todos los padres? ¡Qué importa! El Espíritu de Dios no dejará perecer, no será vencido por las armas, por el terror, por la psicosis de los hombres; este Espíritu de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo que aletea, como el Génesis dice de la creación, dándole vida, fuerza a esta Iglesia por dondequiera que palpita. No temamos, hermanos, este es el origen de nuestra Iglesia; por eso Cristo le pudo decir a Pedro, y aquí viene el elemento huma-

Jn 20, 22
 Gn 1, 2

no: tú eres piedra, eres hombre frágil, me vas a negar, me vas a traicionar, no importa, pero soy yo el que llevo esta Iglesia sobre ti, hombrecito frágil, pero te constituyo Pedro, te llamarás Kefas, roca, porque sobre esa piedra, yo, Dios, edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Es un canto de victoria que la Iglesia lleva en sí, hermanos, no para confrontar con poderes humanos. Entiéndasenos bien, cuando nosotros estamos tratando de definir la Iglesia y presentarla en toda su belleza a pesar de su debilidad, es la alegría de sentirnos obra de Dios y decirles, a todos los hombres también, que ella es Dios en medio de nosotros.

Mt 16, 18

Qué hermosa descripción hace San Juan en el Apocalipsis, cuando dice que el ángel lo transportó en espíritu a un monte altísimo y le enseñó la ciudad santa, la figura de la Iglesia, que bajaba del cielo enviada por Dios, trayendo la gloria de Dios. Esto es la Iglesia, ciudad que baja del cielo trayendo la gloria de Dios. Es Cristo que vive entre nosotros. Es Dios que nos quiere dar su amor, su paz. Es Dios que nos redime y que, si baja a los hombres, no es para ponerse en competencia con las organizaciones de los hombres, es para dar el Espíritu de Dios a las cosas de los hombres; es para que el político que cree en Dios y pertenece a esta Iglesia transforme esa política en instrumento de Dios; es para que el capitalista que cree de veras en la Iglesia transforme, humanice, le dé sentido de caridad, de justicia y de amor a su capital; es para que el trabajador, el pobre, el marginado, el obrero, el jornalero, mire en esta Iglesia algo que transforme su pobreza en redención, que no lo deja llevar por caminos de resentimientos ni de luchas de clases, ni de organizaciones buscando paraísos en esta tierra, sino que le quiere dar este soplo de Dios a su situación.

Ap 21, 10-11

¡Qué hermosa será la hora en que todos los salvadoreños en vez de desconfiar unos de otros, en vez de mirar en la Iglesia una emisaria de la subversión, miren la mensajera de Dios, la ciudad de Dios que baja para darle santidad a los hombres, para liberarlos de resentimientos, de odios, para quitar de sus manos armas homicidas! No tuviéramos que lamentar historias tan tristes como el saldo que nos deja esta semana: un canciller asesinado, un sacerdote acribillado a balazos en su propia casa, un niño que no tiene culpa también con los sesos echados afuera por la bala homicida. El odio, la campaña difamatoria, como que si la Iglesia

tuviera la culpa de todo este desorden. ¿No son más culpables los que escriben esas páginas tendenciosas? ¿No están poniendo armas en las manos aquellos que por la colonia Escalón regaron la hojita de estos días: “Haz patria, mata un cura”? Esto es provocar. ¡A esto no se le llama subversión! Se parece a los tiempos de Hitler —decía nuestra radio ayer— en que se decía: “Haz patria, mata un judío”. Hoy es el sacerdote el estorbo, es la causa de todos los males.

Unidad de la Iglesia

Pero aquí viene, hermanos, el elemento humano que aparece en las lecturas de hoy en toda su belleza. Yo les suplico que reflexionen la primera lectura de hoy; es un conflicto dentro de la Iglesia, y nosotros que pertenecemos a la Iglesia examinémosnos a la luz de esta palabra. Se trataba de una lucha entre los que podríamos llamar con términos de hoy: tradicionalistas y progresistas. Los tradicionalistas eran los judíos que se convertían al cristianismo y que querían que se siguieran guardando las leyes de Moisés, y que si no, no se podían salvar los gentiles. Y los progresistas, representados por Pablo y Bernabé, decían: no es necesaria la ley de Moisés, basta ser bautizados en Cristo, que se arrepientan de sus pecados. Y llevan el conflicto de Antioquía a Jerusalén. Fíjense en este detalle, el magisterio de la Iglesia estaba en Jerusalén, allí estaba Pedro: vamos a consultar a Pedro, y Pedro consulta a sus presbíteros y a sus ancianos; como si hoy también nos rodeáramos de sacerdotes, de laicos, para consultar la palabra de Dios.

Fue el primer concilio de la Iglesia. Es hermoso recordar hoy, cuando no se quiere admitir el Concilio Vaticano II, ni la reunión de obispos en Medellín, autorizada por el Papa —se le llama zarandajas, se le llama cosas que no valen la pena—; sin embargo, como el primer Concilio de Jerusalén, el Vaticano de hoy, Medellín de hoy, es la consulta del magisterio de la Iglesia. Y mandaron una carta. Fue el primer decreto conciliar, una carta, mandando de vuelta a Pablo y Bernabé con testigos de Jerusalén para ir a decir aquellos tradicionalistas que no es necesaria ya la ley de Moisés; pero que, sin embargo, para ceder por la paz y el amor, guarden las cosas substanciales; y ponen unas cuantas normas en que estaban de acuerdo; lo principal: la paz y el amor.

Hch 15, 1

Hch 15, 11

Hch 15, 2,6

Hch 15, 23-29

No nos estemos peleando por nimiedades dentro de la Iglesia cuando tenemos que presentar un frente unido en el amor, en la paz. No dudemos, queridos católicos, no nos radicalicemos en conservatismos exagerados ni tampoco en avances exagerados; estemos con el magisterio de la Iglesia. No dudemos de los documentos del Vaticano II ni de Medellín; son documentos de Iglesia. Tampoco los interpretemos siguiendo nuestros caprichos, porque así querían interpretar también entonces la Biblia, llevándola cada uno a su lado. Para que vean que la Biblia sola no basta; es necesario que la Biblia sea cuidada, presentada por el magisterio vivo que Cristo dejó en la Iglesia, y por eso en uno de los recientes comunicados, el arzobispado dice, junto con todos sus sacerdotes, que juramos de nuevo nuestra “fidelidad a la palabra de Dios y al magisterio de la Iglesia”¹.

Mi viaje a Roma² —si algunos pudieron haber criticado o entendido mal— no tenía otro sentido que este de Pablo a Jerusalén, para confrontar con Pedro, con el Papa, sucesor de Pedro, a ver si lo que enseñó, si lo que hago está bien. Y vuelvo de Roma, como Pablo volvía a Antioquía, con el testimonio de que vamos por un buen camino. No duden de mi palabra, queridos hermanos, no la desfiguren. Muchos andan diciendo que yo soy presionado y que estoy predicando cosas que yo no creo; hablo con convicción, sé que les estoy diciendo la palabra de Dios, que la he confrontado, su palabra, con el magisterio y que creo en mi conciencia que voy bien. Yo quiero invitar a todos a que dialoguen conmigo, se los estoy diciendo desde el principio. No oigo solo un sector, oigo a todos, recibo lo bueno de todos; pero esta es la gran misión, el difícil papel del obispo: discernir, escoger, apartar lo malo y quedarse con lo bueno.

Pero el Espíritu Santo que fue prometido por Cristo, como lo acaban de ver en el Evangelio de hoy, es hermoso saber eso, queridos hermanos: “El Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho”. Yo creo que esto es la realidad de este momento. Yo quiero confesarlo dándole gloria a Dios y agrade-

Jn 14, 26

¹ “El arzobispado y el clero de la Arquidiócesis de San Salvador se pronuncian ante los últimos acontecimientos” (5 de mayo de 1977), *Orientación*, 8 de mayo de 1977.

² Monseñor Romero partió hacia Roma el 26 de marzo de 1977 y fue recibido por Pablo VI, en la audiencia general del 30 de marzo.

Jn 14, 26

ciéndole al Señor que siento en experiencia propia, personal, esta palabra del Evangelio de hoy: “El Espíritu Santo os enseña y os va recordando todo lo que os he dicho”. Y una de las cosas que más me alegran es recibir esas cartas que a montones me llegan de todos los sectores. Abundan aquellos que me dicen que rezan por mí, que le piden al Espíritu Santo que me ilumine; yo les agradezco, hermanos. Tal vez no les podré contestar a todos, pero yo rezo al Señor para darle gracias y pedirle que inspire esa oración. Cuando en mi misa yo digo esta oración tan bella: “Señor, no te fijes en mis pecados sino en la fe de tu Iglesia”, pienso en esas humildes plumas que han escrito esas cartas, en tantos católicos enfermos, viejitas, anónimos que allá, sin que nadie sepa, están rezando; esa es la fe de la Iglesia. La Iglesia reza y el órgano que habla, que es el obispo, transpira toda esa santidad de la Iglesia. ¡Cómo se va equivocar Dios y los que servimos de sus instrumentos! Ayúdeme para que siempre pueda llevar esta palabra de Dios como yo la quiero llevar, fiel.

Hch 15, 7-11

Y por eso, hermanos, todos hacemos la Iglesia. Y en unidad con este magisterio de la Iglesia, yo quiero decir esto, en esta campaña de difamación, una táctica muy conocida es esta: separar, dividirnos; unos sacerdotes sí, otros no; el arzobispo sí, el obispo auxiliar no; aquella comunidad, aquella parroquia sí, aquellas otras parroquias no. Si somos católicos, estamos todos unidos en el magisterio de la Iglesia; no en una presión de jesuitas, no en una presión de curas izquierdistas, ni en una presión también de derechistas extremas. No existe en la Iglesia ni derecha ni izquierda. Existe un solo magisterio al cual tenemos que convertirnos todos. Los que quieran conservar tradiciones, como los judíos que querían conservar la circuncisión, tienen que convertirse a Pedro, que dice: no es necesaria ya la circuncisión. Los que quieren llevar demasiado adelante la obra de la Iglesia y no admiten ni a Cristo, también los corta el magisterio de la Iglesia. Los que quieren predicar una liberación sin moverse, los que se enojan porque les tocan sus intereses, los que ante una falsa razón de seguridad de Estado les molesta que la Iglesia reclame los derechos de los que sufren, el abuso del poder; y los que, por otro lado, quieren subvertir la autoridad y quieren predicar una liberación sin Dios, y buscan el poder por la lucha de clases, por el odio, les estorba que la Iglesia les recuerde también que el comunismo no es solución, que la sub-

versión no es camino, que el odio que acaba matando hombres importantes, ministros de Dios, cometiendo sacrilegios tan horribles para jugar con la vida humana, juegos de política, eso no es solución; eso es crimen sencillamente; también estos se molestan. Ni a izquierda ni a derecha. En el corazón de Dios, bajo la palabra de Dios, bajo el magisterio del Señor, esto es la Iglesia.

Yo quiero ratificar en público, hasta donde alcance mi pobre voz, que no están divididos, en el magisterio de la Iglesia, el arzobispo ni el obispo auxiliar, que formamos los dos un solo magisterio. Y quiero decir también que todos los sacerdotes, que están trabajando, están en comunión con el obispo. Y les repito aquí lo que dije en una ocasión solemne: “El que toca a un sacerdote en comunión con el obispo toca al obispo”. Y por eso me duele tanto el que hayan hecho víctima del crimen a un querido sacerdote que trabajaba en plena comunión con el obispo. Es como que le arrancaran al obispo un brazo.

Y por eso, en esta semana también, no solo ha habido saldos tristes, ha habido saldos muy fecundos. Tuvimos reunión de obispos y la vamos a continuar el martes, precisamente en apoyo de este magisterio de la Iglesia y de esta unidad, en repudio de la violencia y de la calumnia y para llamar a todos a esta colaboración, aunque no sean católicos, como yo les decía en la homilía del padre Navarro, todas las fuerzas vivas. Si el padre Navarro, acribillado por las balas, era aquella tarde el signo de una Iglesia perseguida y que ya no puede hablar, ¿qué hacen las otras organizaciones, las que critican a la Iglesia?, ¿esas organizaciones fantasmas³ que para sarcasmo se llaman católicas? No demuestren su poder solamente criticando a la Iglesia; hagan algo para botar las armas de los criminales, de los que matan. No pongan las armas con más fuerza con esa campaña de calumnias. ¿Qué queda de noble en el corazón de esa gente? Yo creo, hermanos, en el poder noble de muchos corazones, de muchas organizaciones, Cruz Roja, sectas protestantes también, Boy Scouts, tantas otras organizaciones que sería imposible enumerar, son efectos de nobles corazones para hacer el bien.

³ En los periódicos salvadoreños aparecían con frecuencia campos pagados contra el arzobispo firmados, por ejemplo, por la Asociación Católica Salvadoreña (ACS), la Asociación de Mujeres Católicas (AMC), la Asociación de Seguidores de Cristo Rey (ASCR).

Les digo, no sean espectadores de la Iglesia, como cuando dos grupos de niños mira a dos que se pelean, a ver quien puede más: la Iglesia o el gobierno. No estamos peleando. El gobierno y la Iglesia quieren buscar, tienen que buscar, es su deber buscar la paz, el progreso verdadero, en sectores distintos. Yo recuerdo cuando terminaba el Concilio Vaticano II, se dirigió un mensaje a los gobernantes donde la Iglesia les dijo: “Dejad que Cristo ejerza esa acción purificante sobre la sociedad. No lo crucifiquéis, eso sería sacrilegio porque es Hijo de Dios; sería también un suicidio, porque es Hijo del hombre. Y a nosotros, sus humildes ministros, dejádnos extender por todas partes sin trabas la buena nueva del Evangelio de la paz, que hemos meditado en este Concilio. Vuestros pueblos serán sus primeros beneficiarios, porque la Iglesia forma para vosotros ciudadanos leales, amigos de la paz social y del progreso”⁴.

Esto es la Iglesia, hermanos; por favor, pues, ya debía de cesar esa campaña repugnante de difamación. Nadie la cree por suerte, pero algo queda. Y si nuestros sacerdotes tienen defectos y no todos hablan con la suavidad que quisieran todos, queda la corrección fraterna. En vez de echar al público una calumnia, una difamación, vayan a enterarse con él: “¿Qué es lo que quiso decir usted, padre? Eso que dijo no me gusta”. Y corrijanlo, pero sepan que mientras esté en comunión con el obispo, su doctrina es verdadera. Si hay algún error en algún detalle, cabe la corrección o cabe la comprensión. El diálogo aclara muchos malos entendimientos. Cuantas veces me han venido a decir que el padre tal predicó contra el gobierno, y hasta lo echaron al pobre; y cuando uno examina el caso de cerca, resulta que fue pura calumnia. Pudo haber una frase imprudente, se le hubiera captado, se le hubiera comprendido, se le hubiera corregido; pero creánme, hermanos, la Iglesia quiere sembrar la paz, la concordia; y yo creo, tengo mucha fe en la oración, que vamos a entendernos porque la violencia no puede durar. Tengamos todos buena voluntad.

Yo apelo, con toda la potestad que me da mi ministerio sagrado, depositario de la palabra de Dios, del magisterio de la Iglesia, a todos los católicos, sacerdotes, religiosos, religiosas,

⁴ Concilio Vaticano II, Mensajes del Concilio a la humanidad (8 de diciembre de 1965), *A los gobernantes*, 5.

laicos, comunidades, que compactemos nuestra Iglesia bajo la luz de esta doctrina auténtica, y que tratemos de comprenderla como en Antioquía, cuando se sembró la discordia, se comprendió porque se fueron dóciles al magisterio de Pedro y del primer concilio; y el Concilio Vaticano II está respondiendo, como aquel de Jerusalén, a las necesidades de su tiempo. Estudiemos. Es que hay muchos que critican el Vaticano II, Medellín y no los han leído. Estúdienlo y verán qué riqueza de espiritualidad, qué mensajes de paz, esto que el Concilio dijo a los gobernantes: no le tengan miedo a la Iglesia, compréndanla que está haciendo los mejores ciudadanos leales si saben vivir ese espíritu de la fe. No desconfíen, hermanos.

La meta hacia donde camina la Iglesia

Y por eso quiero terminar recordando la meta hacia donde camina esta Iglesia. Asistida por el Espíritu Santo, ella lleva un mensaje muy original, muy renovador. La descripción del Apocalipsis es bellísima para decirnos que nosotros vamos peregrinando entre las tribulaciones de la tierra, pero que no les tenemos miedo a estas tribulaciones porque con nosotros va el Espíritu de Dios; y la meta es el Cordero, dice ahora San Juan. Una cosa muy hermosa, allá dice: no había templo, porque Dios y el Cordero son los que la alumbran, el templo es el Señor Todopoderoso. Hermanos, he aquí un texto oportuno para nuestra hora de desacralización y secularización. Se desacraliza todo, y esto tiene su razón de ser: es que hemos vivido muy sacralizados. Le damos una importancia exagerada al templo material, a los medios técnicos y podemos olvidar que lo principal es Dios, es Cristo, el Cordero.

Ap 21, 22-23

Vaya, hablemos, y yo quiero agradecerles grandemente la gran acogida que han prestado a mi homilía del domingo pasado hablando de la radio y de la imprenta. Apenas salía de aquí para Suchitoto, el domingo pasado, en el solo trayecto de la sacristía a mi carro se recogieron cien colones. Espontáneamente me los iban dando, allá en Suchitoto, donde habían oído el mensaje, también espontáneamente casi doscientos colones, y aquí, a lo largo de la semana ya vamos sumando cinco mil colones. El próximo domingo es el día de las comunicaciones de la Iglesia, la radio, el periódico. La radio ha recibido amenazas, se le han

impuesto condiciones, y la comisión responsable va a responder para que las cosas queden claras. Pero si por desgracia, por incompreensión, nos callaran también la radio y nos quitaran también el periódico, no hacen falta, hermanos. Después de todo, lo que nos quiere decir hoy la palabra de Dios es que ni el templo es necesario ni los instrumentos que le sirven a la Iglesia para proclamar su mensaje son necesarios, porque el Apocalipsis nos presenta la fase definitiva de este reino, que ya lo debemos vivir aquí abajo. Es nuestra fe en Dios, Dios que es el templo, la palabra de Dios es la radio, Cristo es la imprenta, la comunidad cristiana que vive como antorcha en el mundo, está predicando más que la radio y más que el periódico. De nada servirán todos los instrumentos de comunicación social, si no contáramos con comunidades de amor, con cristianos que viven el verdadero Dios, el verdadero Cristo, y esto es lo grande de este mundo.

La Iglesia se presenta hoy no apoyada en cosas de la tierra, sino apoyada en la comunidad de amor, en su esperanza, en su fe, en su Dios, en su cielo, y así se va construyendo. Y yo me alegro, hermanos, de ser obispo en esta hora en que la Iglesia se va definiendo tan auténticamente, en que la Iglesia se va definiendo sin odios, sin rencores, perdonando a los mismos que la calumnian y la matan, pero siendo la Iglesia del amor, la que se apoya en su Dios y que por eso está tan superior a todos los oleajes miserables que los hombres le pueden levantar. Vivamos esta fe, hermanos, esta es la Iglesia que yo quisiera, una Iglesia de amor, de esperanza, que se apoya plenamente en nuestro Dios.

Esta tarde, allá en las pintorescas alturas de Planes de Renderos, hay un espectáculo muy hermoso. Yo les invito, voy a tener el gusto de presidir aquel homenaje folclórico, filial, pero sobre todo piadoso, en honor de la Virgen santísima, la procesión de las palmas. Así como el viernes hubo una jornada de oración en toda la diócesis poniendo por intercesora a la Virgen, esta tarde también haremos una oración muy especial poniendo a la Virgen por intercesora, verdadera Madre de la Iglesia, que acelere la hora de la comprensión y que ya no haya temores.

Jn 14, 27

“Mi paz os dejo”, dice Cristo. Y así termino, hermanos, la paz de Cristo —que no se puede confundir con la paz del mundo, porque es dinámica, es activa, porque es de fe, de esperanza— no calla; ama, vive, pero es una paz que camina hacia la paz donde Dios es todo para todos los hombres.

Penitencia y oración

Nuestra Señora de Fátima
Planes de Renderos
15 de mayo de 1977

Queridos hermanos:

Hoy la Iglesia de la tierra peregrina se encuentra con la Iglesia del cielo que desciende en esa visión magnífica que se hace una tarde pintoresca aquí, en la cumbre de Los Planes de Renderos.

Cerca de cuatrocientas palmas, adornadas con un arte tan propio de este lugar, son el signo de una Iglesia que marcha con el símbolo del martirio. La palma en la liturgia significa el martirio, pero también la victoria. Esta es la victoria que vence al mundo, decía Cristo: vuestra fe. Y al encuentro de esta Iglesia peregrina dispuesta al martirio, al sufrimiento, sale María para decirnos, en la visión del Apocalipsis, que ella es el signo de las almas valientes, de las almas que no traicionan su fe, de las almas que están dispuestas como las que aquí han salido a su encuentro, al martirio si fuera necesario.

No todos, dice el Concilio Vaticano II, tendrán el honor de dar su sangre física, de ser matados por la fe; pero sí pide Dios, a todos los que creen en él, espíritu de martirio; es decir, todos debemos de estar dispuestos a morir por nuestra fe aunque no nos conceda el Señor este honor, pero sí estamos dispuestos para que cuando llegue nuestra hora de entregarle cuentas, podamos decir: Señor, yo estuve dispuesto a dar mi vida por ti. Y la he dado, porque dar la vida no es solo que lo maten a uno; dar la vida, tener espíritu de martirio, es dar en el deber, en el silencio, en la oración; en el cumplimiento honesto del deber, en ese silencio de la vida cotidiana, ir dando la vida, como la da la madre

que sin aspavientos, con la sencillez del martirio maternal, da a luz, da de mamar, hace crecer, cuida con cariño a su hijo. Es dar la vida. Este espíritu de entrega es el que significa para mí, en esta tarde, esta procesión de palmas. Ojalá que todos interpretemos para nuestra vida eso que ahora es tan necesario: un sentido de entrega de la vida a la santidad, al deber bien cumplido, porque esta es la invitación que la Virgen ha bajado a hacer al mundo.

Hoy, en mayo, hace sesenta años la Virgen baja en Fátima en la figura que la hemos traído en la procesión, con sus manitas juntas, con su rosario pendiente al brazo, vestida de blanco, una belleza que aquellos niños jamás pudieron describir. ¡Cómo tiene que ser bella la más hermosa, la bendita entre todas las mujeres, para traernos solamente dos palabras: penitencia y oración! Este es el resumen del mensaje de Fátima que queremos recoger ahora, como una oportunidad maravillosa para el momento que estamos viviendo. Penitencia y oración es lo que más necesitamos en este instante en que el dragón, que nos ha descrito la Biblia hoy, como que quiere tragarse a la mujer, y esa mujer es la Virgen y es la Iglesia.

Ap 12, 4

La Iglesia y la Virgen son como los rayos gemelos que brotan del corazón de Dios. La historia de María es la historia de la Iglesia y la historia de la Iglesia es la historia de María. María y la Iglesia son inseparables. La belleza de María pertenece a la belleza de la Iglesia. Los problemas de la Iglesia pertenecen a la vida de María, como una madre identificada con su hija, María, madre de la Iglesia, van por el mundo llevando siempre el mismo corazón: elevarse a Dios. El Magnificat —que el Evangelio nos acaba de recordar— es el Magnificat de María que, como la Iglesia, engrandece al Señor. “Ha hecho en mí cosas grandes el Poderoso”, lo puede decir María y lo sabe decir la Iglesia. Es el canto de la fe y de la esperanza puesta en Dios.

Lc 1, 46-55

Lc 1, 49

Es hermoso ser católico en esta hora, hermanos, yo les digo: no nos aflijamos, sintamos la alegría, el espíritu de la valentía, nuestra entrega a Dios. Cuanto menos encontremos el apoyo en las cosas de la tierra, mayor será la protección de Dios, como lo hemos visto en el Apocalipsis. Aquella mujer inválida es la Iglesia, es María; pero esa invalidez, esa debilidad, esa pequeñez, esa humildad, se convierte en la fortaleza de un Dios que la protege y la salva del dragón, y la lleva al triunfo como cantaba el Apocalipsis: ya llega la victoria del Señor. En Él está nuestra esperanza.

Ap 12, 10

Penitencia

Entonces, lo que quiere María, para identificarse más con nosotros y que nosotros nos identifiquemos con ella, es la realización de esas dos palabras. Penitencia fue la palabra con que Cristo comenzó a predicar el Evangelio y es la sustancia de la predicación de la Iglesia: haced penitencia, convertíos, dejad los malos caminos. Qué oportuno es salir en esta hora a todos los caminos de la patria, donde encontramos tanto odio, tanta calumnia, tanta venganza, tanto corazón perverso, para decirles: convertíos.

Mc 1, 15

Si la Iglesia repudia la violencia, si la Iglesia jamás aprobará un crimen como los que se han cometido en esta semana, no lo hace con odio al que disparó una pistola, al que mató, al que secuestró, sino con amor le dice: “Conviértete”. ¡Quién me diera, hermanos, que esta palabra de Evangelio con la ternura de los labios de la Virgen que ama a los pecadores, llegara hasta esos lugares donde están escondidos tantos criminales, donde se está fraguando tanta calumnia, a esos rincones de sombra y de infierno, para decirle a esos pobres pecadores: conviértanse, no siembren más odios, no maten más gente, no calumnién más; conviértanse, que esos caminos perversos llevan al infierno y la Virgen los quiere en su cielo!

Qué hermosa fue la muerte del padre Navarro; cuando una señora que lo recogía del charco de sangre le pregunta: “¿Padre, qué le duele?”, dijo: “Lo que me duele es el pecado que han cometido conmigo, pero yo perdono a los que me matan; y lo que me duele son mis pecados, yo le pido perdón a Dios”. Y comenzó rezando con aquellos labios todos deshechos por las balas, hasta que muere rezando y pidiendo perdón. Esto es penitencia. Recojamos estos ejemplos, y ojalá, hermanos, si alguno por desgracia se encontrara en esta muchedumbre dudando de la Iglesia, creyendo las calumnias, maldiciendo a los sacerdotes, que somos ahora la comida del día, yo les digo, hermanos: conviértanse. La Virgen nos pide esta tarde: “Convertíos”. Conversión también de los pecados que cada uno lleva en su corazón. Yo llevo mis propios pecados y cada uno de ustedes. ¿Quién de los que estamos aquí no es pecador? Pidámosle al Señor el perdón, convirtámonos, dejemos el mal camino; esto es el llamamiento de la Virgen, y oración.

Oración

La Virgen sabe lo que puede la oración. Y esta tarde para mí es embelesadora, es una tarde de oración. Oran aquí esas flores, esas palmas. Aquellas manos primorosas que hicieron esos primores de flores de palmas estaban orando mientras ensartaban los pétalos y esas palmas. Los que han caminado en esta procesión en torno de la Virgen, cantaban, rezaban y aunque distraídos corrían como los niños: ese también es un modo de orar. Hemos venido aquí atraídos tal vez por algo folclórico, pero, al ver este templo y la seriedad del momento, estamos orando. Que no decaiga de nuestro corazón y de nuestros labios la oración, levantar el corazón a Dios, pedirle favores, darle gracias, pedir misericordia. Yo tengo mucha confianza, hermanos, en esta hora, porque hay muchas almas en oración. Yo no me aflijo mientras haya almas que oran. Yo le digo al Señor, en la intimidad de mi misa, como lo decimos todos los sacerdotes: “Señor, no te fijes en mis pecados, sino en la fe de tu Iglesia”. Fe de tu Iglesia es la viejecita que reza su Rosario; fe de tu Iglesia es el enfermo que se siente inútil, pero que le está ofreciendo a Dios sus dolores; fe de la Iglesia es el padre de familia preocupado por sustentar su familia, honrado y fiel a su hogar; oración, fe de la Iglesia, la santa religiosa que se santifica en su propia vocación. El sacerdote, el seminarista, el niño, cada uno vive su Iglesia. La Iglesia la formamos todos y, en la medida en que estamos en oración y nos santificamos, somos la fuerza del mundo, la fuerza que baja de Dios, porque de Dios nos deriva esa potencia de la oración.

Hermanos, este es el mensaje de la Virgen. Yo me alegro de haberlo podido interpretar con mi pobre palabra y ojalá encuentre eco en cada corazón. Hagamos una Iglesia de penitencia y oración. Hagamos una Iglesia como la Virgen quiere, y la Virgen se identificará con nosotros. No estamos solos. A mí me gusta mucho escuchar, en este momento, aquella palabra de la Virgen cuando bajó a nuestras tierras americanas en México, en el Tepeyac, ante el indito que representaba toda nuestra raza, le dice la Virgen de Guadalupe: “¿Que no estoy yo aquí que soy tu madre?”. ¡Qué cariño más hermoso y más poderoso! Estos niños pequeñitos, si ahora sucediera una desgracia, una aflicción, a cada uno de ellos, ¿a quién correrían? A buscar a su mamá.

Saben que encuentran en ella toda la protección. Nosotros somos esos niños inválidos ante una circunstancia que no sabemos hacia dónde va, sembrada de odio por los malos corazones, a los que le pedimos a la Virgen que los convierta. Pero en esta hora de aflicción, sentimos la voz de la madre que nos dice: “¿Que no estoy yo aquí que soy tu madre?”. Y corremos a refugiarnos a ella. Representante de esta diócesis afligida, yo pongo en esta tarde a los pies de la Virgen la diócesis como una niña para que ella la proteja; y estoy seguro que la está protegiendo, la está amando y no nos desampará. Tengamos mucha confianza, hermanos, en nuestra Señora y este homenaje tan pintoresco, tan bello, que le hemos tributado en esta tarde, sin duda que redundará, de parte de la Virgen, en una protección todavía mayor.

Celebremos esta eucaristía a los pies de la Virgen para que ella la eleve hasta Dios. Nada puede rechazar Dios cuando se lo presentan esas manos virginales —“hallaste gracia a los ojos de Dios”, le dice el ángel—, porque nada que la Virgen le pida al Señor se lo puede negar. Y ella lo alcanzará, pues, ofreciéndole el cuerpo y la sangre de Cristo por medio de sus sacerdotes, ella —que es madre de los obispos, de los sacerdotes, de las religiosas, de los fieles—, ella alcanzará del Señor que esta sangre de Cristo “que se derrama por vosotros”, se convierta de veras en una lluvia de paz, de tranquilidad, de concordia, de reconciliación sobre este país tan necesitado de la Virgen.

Lc 1, 28

Lc 22, 20

La violencia que enluta al país

Domingo de Ascensión
22 de mayo de 1977

Hechos de los apóstoles 1, 1-11
Efesios 1, 17-23
Lucas 24, 46-53

[...] por eso los obispos¹, en el “Mensaje al pueblo salvadoreño, ante la ola de violencia que enluta al país”², comienzan dando este testimonio de unidad, de solidaridad: “Nosotros, los obispos de El Salvador —comienza diciendo el mensaje—, profundamente preocupados por la situación actual del país y de la Iglesia, queremos manifestar, ante la opinión de todo el pueblo salvadoreño, lo que sigue: nos unimos con el señor arzobispo de San Salvador y con él condenamos la ola de violencia, de odio, de calumnia y de venganza que enluta al país. Compartimos el dolor que embarga su corazón de pastor ante el cruel asesinato de dos sacerdotes de su presbiterio y de las víctimas inocentes que cayeron con ellos. Hacemos nuestro el sufrimiento de los papás, esposa e hijos del ingeniero Mauricio Borgonovo Pohl; de los padres del joven Luis Alfredo Torres; de los que lloran la

¹ El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

² En esta homilía, monseñor Romero lee y comenta el “Mensaje de la Conferencia Episcopal de El Salvador al pueblo salvadoreño, ante la ola de violencia que enluta el país” (17 de mayo de 1977). *Cfr. Orientación*, 22 de mayo de 1977. Los textos entrecorriados de la homilía pertenecen a dicho mensaje, excepto cuando se indica lo contrario.

muerte cruel del licenciado Roberto Poma³ y de los humildes empleados que compartieron su desgracia; y de tantos padres, madres, esposas e hijos que en esta hora de horror —que nos llena de vergüenza ante el mundo civilizado— lloran impotentes la muerte y desaparición de sus seres queridos. Y una vez más declaramos que ni la violencia, ni el odio, ni la calumnia serán jamás la solución de los problemas que nos agobian”.

Ef 1, 22 Yo quiero agradecer, aquí en público, esta solidaridad de mis queridos hermanos, los obispos salvadoreños. A la luz de la palabra de Dios, San Pablo nos dice que Cristo subió al cielo dejando en la tierra una Iglesia, sobre los hombros de la jerarquía, con un mensaje de conversión y de perdón de los pecados; por tanto, una Iglesia autorizada para denunciar el pecado, para anunciar el perdón de los pecados. Y la Conferencia, compuesta por hombres —porque aunque somos jefes de la Iglesia, somos humanos—, comenzamos este mensaje el viernes de la semana anterior y lo concluimos el martes de esta semana, comenzando por una revisión interna de nosotros mismos. Una conversión, porque también los obispos, el Papa, todos los cristianos vivimos esa tensión que Cristo dejó en el mundo: de conversión. ¡Y ay del pastor que no vive esta tensión, que se instala en una manera bonita de vivir!

Nosotros tenemos que compartir con el pueblo la conversión y si gritamos contra el odio, contra la desunión, contra la calumnia, contra todas esas fuerzas infernales que dividen al mundo, tenemos que comenzar por nosotros mismos. Y tengo la satisfacción de decirles, hermanos, que los obispos hemos reflexionado espiritualmente nuestra necesidad de conversión para evitar ante el mundo el escándalo de la desunión y vivir juntos. Y me da gusto que mis hermanos obispos me pongan juntamente con todos los que sufren, ricos y pobres, y al mismo tiempo se solidaricen con la voz de la arquidiócesis, para rechazar la violencia, venga de donde venga.

Esta misma semana hemos denunciado las violencias en Aguilares; también hemos denunciado la violencia al padre Víctor Guevara, llevado a la Guardia Nacional y tratado indigna-

³ Roberto Poma, miembro de una prominente familia de empresarios de El Salvador y presidente del Instituto Salvadoreño de Turismo (ISTU), fue secuestrado por el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), el 27 de enero de 1977.

mente; el padre Vides, capellán de la Guardia Nacional, enviado por el arzobispo para recoger el Santísimo Sacramento de la iglesia de Aguilares y no se le dejó, ni al mismo arzobispo se le permitió ir a cumplir este deber de traer el Santísimo para evitar su profanación. Por último, se dejó al padre Vides y espero que anoche haya venido con el Santísimo⁴. Y así, hermanos, por todos los que sufren la tortura, la vejación, la Iglesia no puede callar, porque es la voz de Cristo que, desde su Ascensión, manifestando la dignidad humana en su cielo glorioso, nos dice cómo ama a la humanidad y cómo reprocha Él que existan todavía en el mundo estas lagunas de conculcaciones de la dignidad del hombre. Y me da gusto pensar en esta hora de episcopado, lo decía *La Voz de América* —muchos de ustedes lo habrán oído esta mañana—, que tres obispos van a ser condecorados por la Universidad de Notre Dame en Estados Unidos y que el presidente Carter va a pronunciar el discurso de estilo en defensa de los derechos humanos, para poner esa condecoración en el pecho de tres obispos que han sido defensores de estos derechos de la humanidad. Me da mucho gusto, pues, saber que nuestros obispos de El Salvador nos colocamos en esta línea.

Rechazo del comunismo y del capitalismo

Luego viene el mensaje a darnos una orientación doctrinal que yo les suplico, hermanos, —si no la tienen en *Orientación*, en estos días vamos a editar más ejemplares— y suplico a las organizaciones católicas que lo multipliquen este mensaje; porque aquí, en segunda parte, hay una orientación muy útil para que sepan distinguir entre el mensaje de la Iglesia y el comunismo; y cómo la Iglesia, así como rechaza el comunismo, rechaza también el capitalismo. Oigan esta hermosa declaración doctrinal: “La Iglesia cree en Dios creador, en Jesucristo redentor y en el Espíritu Santo santificador. La Iglesia cree que el mundo está

⁴ El 19 de mayo de 1977, efectivos de la Fuerza Armada y de la Guardia Nacional realizaron un operativo militar en Aguilares; reprimieron a la población campesina, causando la muerte de varias personas. Además, llegaron al templo, capturaron y expulsaron del país a los tres sacerdotes jesuitas responsables de la parroquia, profanaron y destruyeron el sagrario y ocuparon el templo como cuartel. *Cfr.* “Boletín informativo del arzobispado n.º. 16”, *ECA* 342-343 (1977), pp. 339-340.

llamado a ser sometido a Jesucristo por una paulatina instauración del reino de Dios. Cree la Iglesia en la comunión de los santos y en el amor que une a los hombres. Cree la Iglesia en el hombre, llamado a ser hijo de Dios y cree en el reino de Dios como progresivo cambio del mundo del pecado en mundo de amor y de justicia, que comienza ya en este mundo y tiene su cumplimiento en la eternidad⁵. Una bella profesión de fe, no lo olvidemos. Y hoy, en vez de nuestro credo, vamos a pronunciar esta proclamación del episcopado salvadoreño de la fe de la Iglesia en Dios y en la eternidad⁵. Y desde la luz de esa fe, diríamos, desde Cristo que sube a los cielos, desde un hombre que al mismo tiempo es Dios y se sienta a la derecha de Dios, desde allá juzgamos las realidades de la tierra; y por eso, la Iglesia no puede ser ni comunista ni capitalista, porque los dos son materialismos.

Oigan la aclaración, primero: “La Iglesia, por eso, condena el marxismo-comunismo que por ideología y práctica revolucionaria niega a Dios y niega todo valor espiritual calificándolo de alienante”. El comunismo no admite esta reunión que estamos haciendo en la Iglesia, la llaman alienante, opio del pueblo, dormidera para que los hombres no protesten; pero ya veremos cómo no es cierto. “Para fundamentarlo todo sobre la materia”, es eminentemente materialista, el comunismo, mientras que la Iglesia es eminentemente espiritualista. El comunismo “explota las diferencias de clases en la sociedad para provocar la lucha y usa al hombre como puro medio para lograr un poder político conforme a su ideología”. Esta es una síntesis de lo que es el comunismo.

“Pero con la misma intensidad condena la Iglesia el sistema liberal capitalista que aunque confiesa a Dios, sin embargo, en la práctica lo niega, poniendo su fe en el lucro como meta esencial del progreso humano; asume al hombre como puro instrumento para acrecentar las riquezas, dejándolo en la pobreza y fomentando de este modo las diferencias de clases en la sociedad; pisotea los derechos del hombre, su dignidad y hasta la vida misma para conservar el poder político, social y económico ad-

⁵ Varios días después, el Frente de Agricultores de la Región Oriental (FARO) acusó a monseñor Romero de haber cambiado el credo. *Cfr.*: “¿Un nuevo credo?”, *La Prensa Gráfica*, 31 de mayo de 1977.

quiridos”. ¿Por qué atacan hoy a la Iglesia los capitalistas? ¿Por qué ataca a la Iglesia el poder político? Precisamente por eso. Porque la Iglesia no puede compaginar con una idolatría del dinero, con una idolatría del Estado. Hoy nos ha dicho San Pablo en su carta: solo Cristo es el Señor; y la misión de la Iglesia es predicar a los hombres, principalmente a los que están de hinojos, de rodillas ante los ídolos de la tierra, que no les es lícito estar idolatrando los bienes de la tierra, que solo Cristo es el Señor; y les dice a sus cristianos: felicidades, cristianos en su pobreza de espíritu, en su desprendimiento, en su esfuerzo por un mundo mejor, ustedes siguen al verdadero liberador, a Cristo el Señor, al que da al hombre la verdadera dignidad. Ni el comunismo ni el capitalismo adoran a Cristo: adoran sus ídolos. La Iglesia adora a su Cristo y en este día lo proclama como la meta hacia donde dirige los ideales de todos sus cristianos. Cristo subiendo a los cielos es el ideal de la verdadera promoción del hombre, que culmina en la identificación con el mismo Dios.

Ef 1, 20-21

Contribución de la Iglesia a la liberación del mundo

El mensaje dice entonces: ¿cuál es la contribución de la Iglesia, en este cuerpo de liberación del mundo? No puede ser ni comunista ni capitalista. Tomando palabras del Papa, que recogió precisamente de la consulta hecha en 1974 de todos los obispos del mundo, el Papa, un año después, publicó la famosa exhortación *Evangelii nuntiandi*, donde dice: hemos oído la voz de nuestros hermanos obispos, y resaltaban los obispos del Tercer Mundo, es decir, de estas desgracias de desnutrición, de analfabetismo, de marginación, y el Papa dijo que la Iglesia no podía estar indiferente ante esas voces de millones de seres que necesitan la ayuda del mensaje de la redención. Y dice entonces el Papa, ¿cómo son los colaboradores que la Iglesia prepara, para este trabajo de liberar al mundo? Ni marxistas ni capitalistas, sino cristianos. Dice así: “La contribución específica de la Iglesia y de los cristianos liberadores no debe confundirse con actitudes tácticas ni con el servicio a un sistema político” —palabras del Papa—, no se confunda con actitudes tácticas ni con el servicio a un sistema político. La Iglesia contribuye aportando “una motivación de amor fraterno, una inspiración de fe, una doctrina social a la que el cristiano debe prestar su atención y ponerla como base de su

EN 30

EN 38

prudencia y de su experiencia para traducirla completamente en categorías de acción, de participación y de compromiso”.

Hermanos, si hay sacerdotes, si debe haber seglares metidos de lleno en esta lucha por liberarse de esa marginación, nuestro pueblo no debe de pedir prestado al comunismo ni debe confiar en el capitalismo. Los dos son materialismos. Debe de recibir de la Iglesia la inspiración de la fe, la motivación del amor y una doctrina social clarísima. Yo aprovecho este momento para decirles a todos ustedes, hermanos, cuanto más crezca en su corazón la fe en Cristo, cuanto más crezca en el corazón de ustedes el verdadero amor a Dios y a los hombres, y cuanto mejor estudien la doctrina social de la Iglesia, ustedes se constituyen en verdaderos instrumentos del verdadero progreso, de la verdadera liberación de esta Iglesia. Y ya es hora de que sacerdotes y seglares acuerpen esta motivación de amor; que nuestra palabra no la inspire nunca el resentimiento, el odio, la lucha de clases. Oíase bien, la Iglesia no puede predicar con resentimiento; es inspiración de fe y de amor la que la motiva a sentirse hermana de todos los hombres, especialmente de los que sufren pobreza, torturas, marginaciones; son mis hermanos, ¿cómo no los voy a amar? Y en base de este amor y de esta fe, estudiar la verdadera doctrina de la Iglesia. Ya no es tiempo de estar confundiendo, por ejemplo, los documentos de Medellín con el marxismo.

Ahí está saliendo, en un periódico de la ciudad, una columna venenosa en que se está tratando de interpretar Medellín con categorías marxistas⁶. Eso es pura calumnia. Medellín fue una reunión de obispos de América, autorizada por el Papa en 1968, para traer a este continente la doctrina del Concilio Vaticano II. Y es maravillosa. Ahí se pidió también... Me acuerdo que monseñor Pironio, un santo obispo, decía: “Ha sido un soplo del Espíritu sobre nuestro continente”. Pero si no se le conoce, si se le quiere presentar con afán de calumniar a la Iglesia; así se explica, pues, que a Medellín se le llame subversivo. El Vaticano II, documentos escritos con la profundidad de una teología para nuestros tiempos modernos, las encíclicas sociales de los Papas, ahí están soluciones muy superiores a todos los sistemas. La

⁶ Cfr. Reverendo Ricardo Fuentes Castellanos, “De Medellín a Riobamba y San Salvador”, *El Mundo*, 23, 24 y 25 de marzo de 1977.

Iglesia no ofrece un sistema, pero ofrece una doctrina social que los cristianos pueden organizar con esa conciencia, sin comprometer a la Iglesia como institución, pero inspirados con la Iglesia, con su doctrina.

Después, el mensaje de los obispos condena esa falsa manera de tradición, en virtud de la cual se quiere presentar una Iglesia meramente espiritualista, una Iglesia de sacramentos, de rezos, pero sin compromisos sociales, sin compromisos con la historia: “Traicionaríamos nuestra misión de pastores si quisiéramos reducir la evangelización a meras prácticas de piedad individualista y a un sacramentalismo desencarnado. La evangelización no estaría completa —dice el Papa— si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre”. Es tiempo, hermanos, de que nuestra fe no la arrinconemos en la vida privada y luego vivamos en público como si no tuviéramos fe. Este divorcio entre la fe y la vida práctica es uno de los grandes errores de nuestros tiempos, dijo el Concilio. Y tan grande error que, en nombre de este error, se llama a la Iglesia subversiva, porque precisamente quiere llevar al cristiano a comprometer su fe con su vida concreta. Estudien, queridos católicos, estas doctrinas rectas, sabias de la Iglesia y verán qué lejos está el sacerdote, el cristiano que vive su compromiso cristiano con el mundo, de ser un comunista, de ser un marxista, un subversivo.

EN 29

GS 43

Llamamiento a hacer efectiva la justicia social

El mensaje termina haciendo un llamamiento apremiante, una invitación, principalmente a los que tiene en sus manos los poderes políticos y económicos “para que, unidos a todas las fuerzas vivas del país, busquemos un camino que haga efectiva la justicia social como única salvación para evitar que el país caiga en la violencia y en los totalitarismos de cualquier tipo. El aferrarse más y más a sus intereses, olvidando el clamor de los desposeídos, es crearle el ambiente propicio a las violencias totalitarias. La verdadera lucha contra el marxismo —dijeron los obispos en Chile—, la verdadera lucha contra el marxismo consiste en eliminar las causas que lo engendran; en cambiar el medio de cultivo en que se desarrolla; en ofrecer una alternativa que lo sustituya.

Muchas veces, sin embargo, los mismos antimarxistas son, en definitiva, quienes crean el mal que pretenden combatir. También es ayudar al marxismo —por cierto, sin quererlo— el considerar marxista o sospechoso de marxismo a todo aquel que lucha por la dignidad del hombre, por la justicia y la igualdad, al que pide participación, al que se opone a la prepotencia”.

Y este llamado termina confiándose en una solidaridad con los sacerdotes, se menciona concretamente aquí a la Compañía de Jesús, a los jesuitas, tan calumniados en este momento, que se comprenda su lenguaje; y “contra el episcopado salvadoreño, campaña que, dirigida desde la sombra del anonimato, pretende ahogar y acallar la voz de la Iglesia y justificar los más incalificables atropellos contra los derechos humanos”.

Hermanos, aprovecho esta ocasión para decirles que entre los colaboradores de este progreso verdadero del mundo, la Iglesia prepara sus sacerdotes en el seminario y que el próximo domingo, cuando celebremos la venida del Espíritu Santo, se celebra en nuestra patria el Día del Seminario. Un día antes, o sea, el sábado de esta semana, los seminarios han organizado una convivencia, los que quieran pueden asistir en la Iglesia de María Auxiliadora...⁷.

⁷ Las palabras finales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

Vocaciones al sacerdocio

Vigilia de Pentecostés
Iglesia de María Auxiliadora
28 de mayo de 1977

Hermanos presbíteros, queridos hermanos todos:

Esta es una escena que empalma maravillosamente con la lectura bíblica. Como los apóstoles con María, madre de Jesús, nos preparamos para nuestro Pentecostés. Se siente el hálito virginal de María en este santuario donde María recibe honores tan cariñosos. Pero en esta mañana, ella debe sentir un sentimiento muy especial. Yo siento, como creo que cada uno de los aquí presentes, que estamos viviendo una imagen pequeña de la Iglesia universal y sentimos que María nos cobija como Madre de la Iglesia y que, desde este cariño y protección, junto con nosotros, implora el Espíritu Santo, que está renovando intensamente nuestra propia Iglesia.

Cuando el Concilio Vaticano II va a estudiar el tema del seminario, comienza con esas dos famosas palabras, *Optatam totius*: la “renovación de toda la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes”, y por eso este sacrosanto Concilio quiere darle una máxima importancia a la preparación de los sacerdotes en el seminario. El Espíritu Santo, que renueva la Iglesia desde dentro, y los sacerdotes, instrumentos del Espíritu de Dios, son los dos grandes agentes de la renovación de la Iglesia y, por tanto, de la renovación del mundo. Y todos los demás, religiosos, religiosas, laicos, forman ese pueblo de Dios que dirigido, santificado, instruido por el ministerio sacerdotal tienen que ser “sal de la tierra”, “luz del mundo”.

Por eso, nuestros obispos antepasados quisieron unir con la fiesta del Espíritu Santo la fiesta del seminario, el Día del

OT Proemio

Mt 5, 13.14

Seminario. Y por una feliz iniciativa de los responsables de los seminarios, estamos viviendo esta mañana nuestro Pentecostés en torno de estos jóvenes, que se preparan para el sacerdocio. Hacíamos la cuenta en El Salvador: unos cuatrocientos jóvenes en el seminario San José de la Montaña, o en los diversos seminarios religiosos, son llamados por Dios, se están preparando para esta renovación del mundo que pesa ahora sobre los que ya llevamos la responsabilidad del ministerio sacerdotal. Son ellos hoy, pues, los jóvenes seminaristas, nuestros seminarios, el centro cariñoso de la familia. En torno de ellos, vamos a dirigir esta mañana nuestro pensamiento, nuestras reflexiones, sabiendo que como pueblo de Dios, a todos interesa no solo esa intimidad santa del Espíritu que viene en Pentecostés, sino estos instrumentos humanos del Espíritu de Dios que somos los sacerdotes. Y ante una hora inclemente de nuestro clero, sentimos más que nunca la necesidad de nuestros sacerdotes propios.

Queremos rendir homenaje de gratitud y admiración a los sacerdotes que han venido de otras regiones a prestarnos esa colaboración necesaria. ¡Los necesitamos! Por eso sentimos que se nos arranque de nosotros esa presencia colaboradora; los seguimos con el cariño, con el agradecimiento, no solo sus hermanos sacerdotes, sino las comunidades que sienten al vivo la orfandad de esos dirigentes. Esperamos un día retornen¹, justificadas las falsas acusaciones, defendidos de todas las calumnias, como los apóstoles, sigan predicando la palabra del Señor.

Pero ellos tienen la conciencia de estarnos prestando un papel de suplencia. Ellos son los primeros en comprender que cuando haya suficientes sacerdotes entre nosotros, su presencia ya no sería tan necesaria, aunque siempre la Iglesia universal necesita —así como el organismo, la circulación de la sangre que oxigena y lleva vida a todo el cuerpo— esta circulación también de los pastores, de los sacerdotes. Por eso, no hay sacerdotes extranjeros; hay sacerdotes católicos, hay predicadores del reino de Dios, hay santificadores del pueblo, con más mérito cuando vienen de otras culturas, de otras regiones, a aprender nuestra

¹ Monseñor Romero hace alusión a los sacerdotes extranjeros expulsados del país por el gobierno en los primeros cinco meses de 1977. Desde el 22 de febrero hasta el 19 de mayo fueron expulsados ocho sacerdotes y se impidió el reingreso al país a otros siete. *Cfr.* “Por qué se desfigura la imagen de El Salvador en el extranjero”, *Orientación*, 19 de junio de 1977.

idiosincrasia, nuestro modo de ser para transmitirnos, en el vehículo de nuestra propia cultura, esa santidad que Cristo quiere de todos los pueblos, ese Evangelio que es vida, esa gracia que es santidad en los corazones.

Misión del sacerdote

Porque esta es la misión del sacerdote: santificar, enseñar, dirigir como pastores la comunidad hacia la unidad, hacia la santidad, hacia Dios. Cuando se pierde de vista esta meta, es cuando se llama sacerdotes extranjeros y nacionales; cuando se confunden las sublimes metas de la predicación en promoción de la dignidad del hombre, en defensa de sus derechos, con otros intereses terrenales, políticos. Ojalá un día aprendamos que este lenguaje sano, santo, legítimo de la Iglesia de promover la persona humana y de orientarla, no solamente en su espíritu, sino en todo su ser y en todas sus complicaciones comunitarias, sociales, familiares y todas las exigencias de la vida en esta tierra, santificando así los intereses temporales, pero dándole una primacía a esa trascendencia espiritual que lleva consigo, también, a la libertad de los hijos de Dios, no solo a los hombres, sino a todas las instituciones, a toda la tierra. Porque el destino de la creación es colocar todas las cosas a los pies del reino universal: Cristo, que colocará un día su reino a los pies del Padre. Y esto hacen los sacerdotes, mensajeros de Cristo Rey, quieren acelerar la hora en que Cristo Rey sea verdaderamente respetado, sus leyes sean la norma de la vida política, de la vida económica, de la vida social. No es que nos metamos en política, sino que llevamos el reino de Dios a esos reinos de los hombres; porque sin Dios todo humanismo se vuelve inhumano, dice el Papa en una de sus frases famosas.

PP 42

Entonces, hermanos, nos interesa mucho que estos jóvenes, diocesanos o religiosos, se formen en estas ideas santas de la Iglesia actual; que sean sacerdotes de su tiempo, que sean sacerdotes que defienden los derechos de Dios en medio de los hombres que son imagen de Dios, que sean verdaderamente los heraldos de un Evangelio del que Cristo dijo: “La verdad os hará libres”, de un Evangelio sin ataduras, de un Evangelio auténtico, de renovación; y, al mismo tiempo, sean el ejemplar auténtico de ese Evangelio que predicán; sacerdotes santos, sacerdotes que su misma presencia arrastre hacia Cristo a los hombres, sacer-

Jn 8, 32

dotes que sean en sus comunidades verdadero fermento de un cristianismo como lo necesitamos hoy. Gracias a Dios, hermanos, tenemos muy buenos sacerdotes y quisiéramos que nuestros seminaristas estudiaran su sublime ideal.

Pueblo sacerdotal

LG 10 Un día, dice el Concilio, todo este pueblo sacerdotal: religiosas, matrimonios, jóvenes universitarios, profesionales, campesinos, obreros, jornaleros, señoras del mercado, todo lo que es pueblo de Dios necesita hacer divino eso que trabaja con sus manos; ellos son pueblo sacerdotal. Ustedes le dan a todo su trabajo, en que se ganan la vida, un sentido divino, ofreciéndolo como hostias a Dios. Ustedes son sacerdotes; pero ese sacerdote queda como trunco, queda sin rematarse, mientras no haya un hombre escogido de ese mismo pueblo para que, ungido con los poderes de Cristo y en su nombre, traiga al altar, en el símbolo del pan y el vino, el trabajo del obrero, el trabajo del profesional, todo el trabajo del pueblo de Dios, para poderle decir a Dios en la patena y en el cáliz: te ofrecemos esta hostia; este vino, fruto de la tierra, fruto del trabajo de los hombres.

Es entonces cuando el pueblo sacerdotal siente que culmina su sacerdocio, porque hay un ministro sagrado que va a convertir ese trabajo en pan y vino; y ese pan y vino en cuerpo y sangre del Señor, en gloria de Dios, en salvación del mundo. Para esto se preparan los sacerdotes, para darle un sentido divino al trabajo sacerdotal del mundo; y por eso no está completa una comunidad mientras no haya sacerdotes suficientes para que en cada pueblo, en cada cantón, en cada comunidad, en cada barrio, los hombres que ahí trabajan sientan que hay un representante de Dios que le está dando una orientación divina a su vida y un sentido divino a su trabajo, ofreciéndoselo a Dios, sacerdote medianero entre Dios y los hombres. De ahí que el interés de tener sacerdotes es interés de todo el pueblo de Dios.

Fomentar las vocaciones sacerdotales

Yo quisiera, hermanos, este día va a ser un día de reflexión, pero que en la reflexión cada uno según su vocación. Tendremos grupos de seminaristas, de aspirantes a la vida religiosa, novicios,

novicias; tendremos también los mayores, las religiosas, los sacerdotes con los obispos, y el pueblo seglar: matrimonios, estudiantes, jóvenes. Les invitamos a todos a que reflexione cada uno desde su propio papel, desde su propia vocación, el interés, la necesidad que tenemos de los sacerdotes, de unos sacerdotes que le den a la vida religiosa, a la vida laical, su verdadero sentido como Dios lo quiere, como Iglesia. Es todo el pueblo de Dios, nos enseña el Concilio, el que tiene el deber de fomentar las vocaciones, afecta a la comunidad cristiana, la cual ha de procurarlo, ante todo, con una vida plenamente cristiana. Y sigue enumerando las diversas categorías.

OT 2

Quiero comenzar, pues, por expresarles a ustedes mi propio deber como pastor: “Es deber de los obispos impulsar a su grey al fomento de vocaciones y procurar que todas las energías y esfuerzos se coordinen estrechamente, y ayudar luego, como padres, sin renunciar a sacrificio alguno, a quienes ellos juzguen han sido llamados a la heredad del Señor”. Yo soy el primero obligado, porque yo solo qué sería en el tremendo encargo de una diócesis. Aunque nuestros enemigos se burlen de la frase, es cierto: un sacerdote que me falta es un brazo que me cortan. Lo ratifico, como ratifico también: quien toca a un sacerdote toca al pastor; porque sin ellos —los padres, los párrocos—, el obispo está mutilado. Es persecución de la Iglesia mutilar al obispo y necesitamos impulsar... Yo quiero decir a los queridos seminaristas que ustedes son la esperanza de la jerarquía.

OT 2

Luego nos llama el santo Concilio a todos los sacerdotes en esta labor: “Demuestren todos los sacerdotes el celo apostólico, sobre todo en el fomento de las vocaciones y, con el ejemplo de su propia vida humilde y laboriosa, llevada con alegría, y el de una caridad sacerdotal mutua y una unión fraternal en el trabajo, atraigan el ánimo de los adolescentes al sacerdocio”. ¡Qué misterio el de nosotros sacerdotes! Siempre junto a una vocación sacerdotal está la figura de un sacerdote. Si quisiéramos pedir la experiencia de todos los que estamos aquí ya ordenados, yo contaría también mi experiencia personal y encontraría en los orígenes de mi vocación las figuras sacerdotales de los misioneros que llegaban al pueblo, de los párrocos cariñosos con los niños; y así cada uno podemos contar que siempre hubo un padre, un sacerdote que engendró el sentido vocacional en nuestra vida. Y ahora cuando los sacerdotes somos perseguidos,

OT 2

calumniados y hasta asesinados, sentimos que esas figuras sacerdotales se agigantan y hay muchos jóvenes que sienten el impulso de la vocación.

Ojalá esta jornada de reflexión fuera para muchos jóvenes que no han pensado todavía en su destino. Si acaso Dios los está llamando aquí, cuando ven tantas parroquias vacías, cuando ven sacerdotes asesinados, cuando ven que se persigue algo que vale, porque lo que no vale no se persigue. La misión del sacerdote tiene que ser muy grande para que así la traten, como trataron a Jesús, como trataron a los apóstoles. El ministerio de la Iglesia siempre será perseguido; no tenemos que extrañarnos de llamar a la Iglesia perseguida, si es una de sus notas históricas. Y los sacerdotes tenemos que estar dispuestos al martirio, a la persecución; y a los jóvenes seminaristas de hoy me gusta oírles decir que hoy sienten más ganas de su sacerdocio, se sienten más atraídos a esta obra que no es de apoltronados, de comodones, sino que es de héroes, de valientes, de seguidores de Cristo hasta la cruz. Por eso, queridos hermanos sacerdotes, aprovechemos esta hora y en nuestra reflexión veamos qué podemos hacer en nuestras parroquias, en nuestros colegios con nuestros jóvenes para despertar muchas vocaciones.

Luego se refiere también a los maestros y a todos los laicos: “La mayor ayuda en este sentido la prestan, por un lado, aquellas familias que, animadas del espíritu de fe, caridad y piedad, son como un primer seminario, y, por otro, las parroquias, de cuya fecundidad de vida participan los propios adolescentes. Los maestros y cuantos de una manera u otra se ocupan de la formación de los niños y de los jóvenes, principalmente las asociaciones católicas, procuren educar a los adolescentes a ellos confiados de suerte que éstos puedan percibir y seguir gustosos la vocación divina”. Pensemos también en las religiosas catequistas, en las religiosas trabajando en ministerio pastoral, en la que visita los hogares, su propio ejemplo, como dice el Concilio, hace presente a Cristo ya en la oración, ya en la caridad con los enfermos. La vida religiosa es un rostro de la Iglesia que atrae también a la juventud para entregarse a Cristo. Los colegios, los maestros de escuela, las familias, todos los hermanos tenemos algo que decir y aportar a esta obra vocacional. Es obra necesaria; sin sacerdotes, el pueblo se queda sin guías, sin representación de Cristo, sin orientación divina.

OT 2

LG 46

Como a lo largo de toda esta jornada se seguirá reflexionando, basten estas pobres palabras para impulsar, en el corazón de todos los que asisten a esta concelebración, el anhelo de preguntar: ¿qué hacemos? Ojalá la respuesta de este día pudiera ser lo que el concilio aconseja: una organización más vigorosa de la obra de las vocaciones en múltiples sentidos, no solo en el sentido económico —que es necesario ayudar a la obra del seminario, que supone muchos gastos—, pero sobre todo a esta obra que supone hogares muy cristianos. Comprendería, pues, santificación de familias, orientación de la nueva predicación del Evangelio sin caer en exageraciones ni de un lado ni de otro, presentar el Evangelio de Cristo atrayente a la juventud, para hacerlos agentes activos de esta labor evangelizadora de Cristo en el mundo.

Yo les suplico, hermanos, en este ambiente de Pentecostés, con María, esperando la venida del Espíritu Santo que ya lo llevamos... Es más bien una manifestación externa, en forma de huracán y de lenguas de fuego, como para tomar conciencia de la fortaleza del Espíritu que lleva esta Iglesia. En la arquidiócesis vivimos una hora intensa de renovación eclesial. ¡No lo dudemos! Pero si el Concilio dice que esta renovación depende en gran parte de los sacerdotes y de los que se preparan al sacerdocio —este milagro que el Espíritu Santo ha hecho entre nosotros: unirnos, estrecharnos, sentirnos más Iglesia—, vivamos este día, es un día verdaderamente privilegiado, un día de Iglesia, un día que en torno de la vocación sacerdotal vamos a sentir todos que somos pueblo sacerdotal y que Dios, su divino Espíritu, nos está pidiendo mucho, mucho de veras. No le neguemos, porque en la medida en que generosamente le demos, sentiremos que esta renovación que ya se inició será llevada a una culminación que haga de nuestra diócesis particular, de nuestra Iglesia, una parte digna, bellísima de la Iglesia universal.

Amemos a nuestra Iglesia particular, hermanos, con el cariño de quien ama a su familia y la quiere cada vez más embellecida, más rica, más atrayente, más simpática. Hagamos una diócesis simpática, una diócesis que ya lo está siendo, el espectáculo del continente y del mundo. En la medida, pues, en que nos entreguemos a estas exigencias del Espíritu, que hoy vamos a conocer, seremos todos colaboradores, agentes, de una Iglesia que se renueva, que se hermosea y que va a hacer una antorcha muy grandiosa, muy luminosa para nuestros pueblos tan necesitados.

Hch 2, 1-4

¿Qué es la Iglesia?

Domingo de Pentecostés
29 de mayo de 1977

Hechos 2, 1-11
1 Corintios 12, 3b-7.12-13
Juan 20, 19-23

Queridos hermanos, estimados radioyentes:

Hoy celebramos la gran fiesta de Pentecostés. El nombre ya nos viene de la historia judía que celebraba una plenitud de su Pascua, cincuenta días después de la propia Pascua. El número cincuenta en la Biblia representa plenitud. Hoy es el día, pues, en que la Pascua, la resurrección de Cristo, después de cincuenta días de alegrar la vida de la Iglesia —sin hacerla olvidar que su alegría procede de la cruz y del martirio—, hoy nos quiere presentar ese Espíritu que Cristo infundió con su resurrección y su vida eterna a esta Iglesia; que por lo mismo puede ser muy perseguida, pero nunca podrán acabar contra ella: las puertas del infierno no prevalecerán, dijo el eterno resucitado, aquel que un día vencedor de la muerte y del pecado —nos acaba de contar San Lucas¹— insufló. ¡Es un gesto precioso! La Biblia lo narra también cuando, al barro de la tierra, Dios sopló el sople de vida que hizo a la naturaleza eso que somos todos los que estamos aquí: inteligencia, libertad, capacidades inauditas que llevamos por el sople de Dios. Esa creación se hace nueva, se redime del pecado con la redención de Cristo; y Cristo recién resucitado, como un nuevo creador, sopla sobre los hombres pecadores: “Recibid el Espíritu Santo”.

Mt 16, 18

Gn 2, 7

Jn 20, 22

¹ Debe leerse “San Juan”.

Hch 2, 3

Cincuenta días después, ese leve soplo del resucitado se convierte en un huracán. Huracán que atrae a la humanidad para escuchar qué es ese soplo que viene de Dios. Es la vida nueva, la vida de la redención. También la plenitud de la Pascua se manifiesta —muchos de ustedes asistieron a la Vigilia Pascual—, aquel cirio encendido que iluminó la media noche del Sábado Santo y que se hizo luz en las velas de todos los asistentes, ahora es lenguas de fuego que cae del cielo para decir que esas antorchas de la Pascua es todo un Dios que se encarna en los hombres, todo un Espíritu de Dios que nadie lo puede apagar. ¡Esta es la plenitud!

Por una feliz iniciativa de nuestros obispos antepasados, este día de plenitud de Pascua es el Día del Seminario. Es el día en que el nuevo cenáculo, el seminario, abrigando los nuevos apóstoles, junto con la oración con María, madre de Jesús, se preparan para esa plenitud de su ser y salir, como los apóstoles, iluminados por el Espíritu de Dios, a predicar esa nueva vida, esa luz que Cristo ha traído con su redención.

Es el día, pues, en que se inaugura la Iglesia. Esto es importante, hermanos. Si para conocer una institución hay que ir a ver sus constituciones, sus reglamentos, la razón que le dio origen, hoy es una oportunidad de conocer qué es la Iglesia, para que tanto los sacerdotes y obispos que la predicamos, como los seminaristas que se preparan en sus seminarios, como las religiosas, los religiosos que ya trabajan siendo el rostro de la Iglesia en el mundo, y todos ustedes, queridos laicos, que son vida y misión de la Iglesia, sepamos conocer nuestra propia identidad. Y este ha sido mi afán desde que la Iglesia, con mi llegada a la sede arzobispal, ha tenido que soportar circunstancias tan difíciles, que en ningún momento he querido ser un confrontamiento de fuerza contra fuerza. ¡Eso es calumnia! Lo que he querido es definir qué es la Iglesia. Porque en la medida en que esta Iglesia se defina, se conozca, viva lo que es, será fuerte. La Iglesia no tiene enemigos, solamente lo son los que voluntariamente quieran declararse sus enemigos.

1 S 17, 45

Hoy es día magnífico para conocer los orígenes de nuestra Iglesia y saber qué somos. No nos enfrentemos a nadie, hermanos, no somos una potencia política, ni sociológica, ni económica. En una de nuestras declaraciones de estos días, dijimos: somos el pequeño David tal vez frente al gigante Goliat que

confía en sus armas, en sus poderes, en su dinero; nosotros confiamos en el nombre del Señor, nuestra pequeñez será grande y poderosa en la medida en que sea humilde, amorosa y se afiance en el nombre del Señor. ¡Y esto es Pentecostés!

Los orígenes de nuestra Iglesia nos cuentan de unos doce pescadores, gente rústica, junto a una humilde virgencita de Nazaret, pero que recibe un bautismo de fuego y huracán. Y aquellos cobardes, encerrados en el cenáculo, se sienten Iglesia y salen al mundo a predicar. Y cuando les dicen: ya les dijimos que no anden contando cosas de ese falso resucitado. Ellos aseguran: ¡lo hemos visto! ¡Somos testigos! ¡No podemos callar y tenemos que obedecer a Dios antes que a los hombres! Y aunque mueren mártires, dejan en pos de sí una larga sucesión que llega hasta nuestros días en los obispos, en los sacerdotes, en todo el pueblo cristiano, que sigue siendo la misma Iglesia de hace veinte siglos, la Iglesia de Pentecostés. ¿Qué es la Iglesia? ¿Qué es Pentecostés? Es la misma cosa. Yo solamente, entre la mucha riqueza doctrinal que nos ofrece esta fiesta, quiero sacar tres pensamientos, hermanos, como tres mensajes que yo les suplico guardarlos en su corazón y tratar de vivirlos.

Hch 4, 19;
5, 28-29

La Iglesia es un fenómeno de la apertura humana frente a la fuerza divina

El primero es éste: la Iglesia es un fenómeno de la apertura humana frente a la fuerza divina. Y aquí estoy contestando a muchos hombres que creen que hoy la oración ya pasó de moda, muchos que ya no oran, muchos que creen encontrar la solución de los problemas de la tierra sin elevarse a Dios. La Iglesia —dice el Concilio— tiene como misión principal una misión religiosa: abrirse a Dios, unir los hombres con Dios. De allí derivarán todas sus grandes consecuencias humanas, como lo vamos a ver. Pero yo quiero que afiancemos esta idea, hermanos. Hoy hay mucho materialismo. En el mensaje último de los obispos², denunciábamos dos espantosos materialismos: el materialismo ateo de los marxistas y también el materialismo egoísta del capital liberal. Los dos son materialismos; por eso, ninguno se

GS 42

² Cfr. Mensaje de la Conferencia Episcopal de El Salvador al pueblo salvadoreño, ante la ola de violencia que enluta al país (17 de mayo de 1977).

entiende con la Iglesia, porque la Iglesia es espiritualista, es elevación hacia Dios, es trascendencia, es decirle al hombre: “Tú tienes una gran capacidad, lo más hermoso de tu vocación humana es hablar con Dios, entablar diálogo con tu Creador”. ¡Esto es bello, hermanos! Y Pentecostés lo pone de manifiesto: un Dios que se abre campo entre los hombres para darles su vida, su verdad, su esencia.

1 Cor 12, 3b

Acaba de decirlo San Pablo: “Nadie puede decir ‘Jesús es Señor’ sino bajo la inspiración del Espíritu Santo”. Mediten esta frase. Con los labios lo podemos decir: “Jesús es Señor”, pero sentir, profundizar todo lo que eso quiere decir, solo si Dios me permite el acceso a platicar con Él, solo si siento la capacidad de orar. El hombre que no ora no ha desarrollado toda su fuerza humana; el hombre que no ora, porque cree que Dios no existe, está mutilado; el hombre que no ora, porque está de rodillas ante su materialismo —llámese dinero, política, otra cosa—, no ha comprendido la verdadera grandeza de su ser humano.

Orar es comprender que este misterio que soy yo, hombre, tiene unos límites y que entonces comienzan las esencias infinitas de aquel con quien puedo dialogar. Si estuviera en mis manos hacer un amigo a mi gusto, al cual yo le pudiera transmitir todo mi pensamiento, toda mi libertad, todo lo que yo soy para poder entablar con él un diálogo, de mis manos brotaría una criatura que al mismo tiempo la hago mi interlocutor. Pero esto es imposible, entre los hombres es imposible; pero para Dios, que ha hecho el cielo y la tierra, hay también la capacidad de crear un interlocutor, de hacer un ser al que lo ha constituido príncipe de la creación, para que interprete la belleza de los soles y de las estrellas, para que interprete la alegría de la vida, para que sienta la angustia de su pequeñez y hable con el que lo puede socorrer, con el autor de las cosas. Esto es orar: la capacidad del hombre para comprender que ha sido hecho por alguien poderoso, pero que lo ha elevado para ser su interlocutor, platicar con Él.

Esto es Pentecostés, esto es la Iglesia: llevar a los hombres este mensaje. Por eso la Iglesia predica, ante todo, su misión religiosa, enseña a orar. Se aflige cuando sus hijos no rezan. La oración que tanto hemos estado inculcando. Esta es, hermanos, nuestra Iglesia, el alma de nuestra Iglesia. El Espíritu Santo no es otra cosa que aquel Dios que se pone en comunicación con nosotros y que nos invita a que usemos nuestra libertad, nuestra

inteligencia, para abrirla al absoluto y entrar en diálogo con el que me ha creado, me ha hecho capaz de hacerme su hijo, me espera en su cielo, me consuela en la tierra, me lleva por caminos dignos de un hijo de Dios.

De este sentido religioso, hermanos, deriva un deber grandioso en la Iglesia, terrible deber, y es el que ella tiene que defender sus signos, signos de su trascendencia. ¿Cómo no le va a doler a la Iglesia que el signo más hermoso de la presencia de Dios en esta tierra, la eucaristía, haya sido pisoteada en Aguilares? ¿Cómo no le va a doler que hayan metido hacha y hayan roto su sagrario?³ Sea quien sea, porque también en Ciudad Arce hubo profanación del Santísimo por viles ladrones, pero también en Aguilares; no había necesidad de golpear así la reliquia santa de nuestra fe: la eucaristía. Signo de nuestra presencia divina en el mundo son nuestros sacerdotes. ¿Cómo no le va a doler a la Iglesia que se desconfíe de ellos, que se les quiera dividir entre malos y buenos? Si están en comunión con su obispo, están predicando, están siendo el signo de un Evangelio que se anuncia en el mundo como señal de lo divino. Y si no cumplen con su deber, el obispo tiene que llamarles la atención. Y ustedes fieles, y ustedes autoridades, en vez de poner las manos sacrílegas directamente sobre ellos, tienen que dirigirse a sus responsables, a sus obispos, para decirles: “El padre tal está fallando en la fe”; pero nadie, fuera del magisterio de la jerarquía, tiene el derecho de decir si ese sacerdote predica el Evangelio o no predica el Evangelio.

Signo de la presencia divina de Cristo: el Papa. Y por eso, hermanos, ya desde ahora los convoco como pastor para celebrar el día del Papa, el 30 de junio, con actos hermosos en todas las iglesias parroquiales, que sintamos que el Papa, en quien se personifica el sacerdocio, es el signo divino de ese hombre que con sus miserias humanas ha sido escogido por Dios para ser el instrumento de su gracia y de su verdad. Por eso, el Día del Seminario en Pentecostés nos hace pensar a todo el pueblo de Dios que esos jóvenes, escogidos de familias nuestras, son privi-

³ Monseñor Romero se refiere otra vez al operativo militar del 19 de mayo de 1977 en Aguilares, en el que efectivos de la Fuerza Armada y de la Guardia Nacional, luego de reprimir a la población, ocuparon el templo y profanaron el sagrario. *Cfr.* “Boletín informativo del arzobispado n.º. 16”, *ECA* 342-343 (1977), pp. 339-340.

legiados. Y que los debemos de querer, les debemos de ayudar, los debemos de amar, ahora sobre todo, cuando ellos no encuentran otro estímulo que el de un sacerdocio perseguido, calumniado, asesinado. Da gusto que estos muchachos sientan la alegría de su vocación porque la comprenden; que el sacerdocio no es de haraganes, de poltrones, de guerrilleros, sino que es de héroes, que llevan un mensaje tan difícil que el mundo no lo puede comprender. Es necesario, entonces, que hagamos en la persona del Papa, el próximo día de su coronación, que fue el 30 de junio, homenajes especiales para honrar en él a todos los sacerdotes y obispos, para desagrar en él los sacrilegios que se han cometido por asesinatos, torturas, expulsiones de los ministros de Cristo, para amar al Papa y, en su persona, amar al sacerdocio, comprenderlo, ayudarlo. Y como decía de la eucaristía, también en estos días tenemos una gran celebración: el *Corpus*. El *Corpus*, o sea el homenaje a la hostia consagrada. Ya desde este momento lo proclamo como una fiesta de desagrar al Santísimo Sacramento vilmente profanado también en esta persecución. Hagamos del *Corpus* en nuestras parroquias un homenaje espléndido del signo sagrado de la Iglesia en el mundo. Hagamos de nuestro *Corpus* una expiación, como le enseñaba el ángel a los niños de Fátima: yo quiero reparar por los que te ofenden, yo quiero amar por los que no aman, quiero tener fe en ti por los que ya perdieron su fe, y que vuelva a ser el Santísimo Sacramento el alma visible de nuestra Iglesia, de nuestra fe.

La Iglesia es seguridad de la verdad

El segundo pensamiento, hermanos, que yo les traía de Pentecostés, es la seguridad de la verdad. Sería un orgullo decir que estoy seguro de la verdad si no me lo hubiera dicho Cristo cuando les dijo a los apóstoles: os enviaré el Espíritu de la verdad que os enseñará todo. Este Espíritu de la verdad es lo que anima a la Iglesia a predicar, a escribir, a hablar por radio. Hablar el Espíritu de la verdad frente a la mentira, deshacer ambigüedades. ¿Pero por qué no va a hablar esta Iglesia inspirada por el Espíritu de la verdad, cuando ella misma es víctima de la calumnia y del mal entendido? Campos pagados donde la verdad se dice a medias, ¡es peor que mentir! Las páginas negras de la Iglesia son la parte humana y hay que verlas en el contexto histórico en que

Jn 14, 26

sucedieron. No es tan criminal la Iglesia. La persecución a los jesuitas es historia y si supiéramos que su mismo fundador, San Ignacio de Loyola, pidió para su orden la señal de la persecución, no nos extrañaría⁴.

La persecución es algo necesario en la Iglesia. ¿Saben por qué? Porque la verdad siempre es perseguida. Jesucristo lo dijo: “Si a mí me persiguieron, también os perseguirán a vosotros”. Y por eso, cuando un día le preguntaron al papa León XIII, aquella inteligencia maravillosa de principios de nuestro siglo, cuáles son las notas que distinguen a la Iglesia católica verdadera, el Papa dijo ya las cuatro conocidas: una, santa, católica, apostólica; agreguemos otra —les dice el Papa—, perseguida⁵. No puede vivir la Iglesia, que cumple con su deber, sin ser perseguida. La Iglesia predica la verdad como Dios mandaba a los profetas a anunciar su verdad frente a los embustes, a las injusticias, a los abusos de su tiempo. ¡Y cómo les costaba a los profetas! Hasta se querían huir de Dios porque sabían que ir a decir la verdad era sentenciarse a muerte.

Jn 15, 20

Cuando el profeta Juan Bautista se presenta al palacio de Herodes para decirle: “No te es lícito vivir en adulterio”, naturalmente que la adúltera, como una víbora, arranca del rey la decapitación del profeta. Y así también siempre que se predica la verdad contra las injusticias, contra los abusos, contra los atropellos, la verdad tiene que doler. Ya les dije un día la comparación sencilla del campesino; me dijo: “Monseñor, cuando uno mete la mano en una olla de agua con sal, si la mano está sana no le sucede nada, pero si tiene una heridita, ¡ah!, allí duele”. La Iglesia es la sal del mundo y naturalmente que donde hay heridas tiene que arder esa sal. Por eso, la Iglesia tiene como nota esencial la persecución y hay momentos en que arrecia esa persecución. Nosotros no decimos que viene solo del gobierno, la persecución viene de otras fuentes también poderosas. La

Mc 6, 18

Mt 5, 13

⁴ Monseñor Romero se refiere a un campo pagado de FARO, en el cual dicha organización justifica la expulsión de los padres jesuitas y niega que esto signifique un hecho de persecución a la Iglesia en El Salvador. *Cfr.* “¿Es cierto que se persigue a la Iglesia católica?”, *La Prensa Gráfica*, 25 de mayo de 1977.

⁵ No hemos podido encontrar la cita de este texto; sin embargo, el papa León XIII, en su última carta encíclica *Annum ingressi* (19 de marzo de 1902), escribe que “la persecución es patrimonio de la Iglesia”.

Ex 20, 1-17 persecución viene de los pecadores. La persecución viene de todos aquellos que tienen algo contra el decálogo. También les duele, a los que fomentan el aborto, que la Iglesia no esté con el aborto; también le duele, a quien usa medios anticonceptivos artificiales, que la Iglesia, en su encíclica *Humanae vitae*, diga que no es lícito mutilar las fuentes de la vida. Al que mata, asesina, naturalmente que le duele que le recuerden el quinto mandamiento: “No matarás”; y al que roba y al que miente, también aquellos mandamientos que reprueban esas acciones le estorban.

HV 14

Ex 20, 13

Ex 20, 15-16

GS 3

La Iglesia es perseguida, itiene que ser perseguida!, si es defensora de los derechos de Dios y de la dignidad humana. Esta misión profética de la Iglesia es difícil, pero es necesaria, porque el Concilio dice que el Espíritu de Dios le dejó la verdad para dar testimonio de la verdad. ¿Cómo vamos a ver con indiferencia, hermanos, las escenas dolorosas de Aguilares, de El Paisnal, de Guazapa? ¿Cómo no va a decir la Iglesia su palabra de dolor con el que sufre y de rechazo a la violencia contra todos estos atropellos? ¡Qué se juzguen las cosas, que se haga justicia! Pero por quien debe hacerla, porque por encima de los hombres está un Dios que reclama el respeto a la vida y a la dignidad, y a la libertad del hombre y a su vivienda. Y la Iglesia tiene que proclamar, pues, la palabra del Señor. Pero al proclamar así, proféticamente, este rechazo de la maldad del pecado, la Iglesia no lo hace con odio. Fíjense bien, el Espíritu de la verdad que ilumina la Iglesia para decirle al pecador, quien quiera que sea: “No seas pecador, no seas cruel, no atormentes, no tortures, no trates mal”, lo hace con amor, busca su bien, busca su conversión.

Hch 2, 41

En este día, nos cuenta la Biblia, que a la predicación de Pedro tres mil hombres se convirtieron. Escucharon el Espíritu de Dios en la palabra de aquellos hombres. Y yo sé, hermanos, que todos aquellos que están viviendo en estas vicisitudes de nuestra Iglesia, si de veras son hombres de buena voluntad, se convierten. Vieran cuánta gente se está convirtiendo ante la Iglesia firme en el cumplimiento de su misión. Muchos piensan que se está perdiendo la fe porque algunos se le van. Se van los que se tienen que ir, pero se quedan con la Iglesia los que comprenden que la Iglesia no puede hablar de otro modo, y se convierten y se hacen con la Iglesia también profetas de su verdad y se incorporan a esta misión de la defensa de Dios en el mundo.

Es un llamamiento, pues, que la Iglesia hace desde el Espíritu de Pentecostés, a no dejarse engañar. Queridos lectores de los periódicos, ya son gente madura ustedes, no necesitan que les digan: “Esto es mentira, esto es verdad”. ¡Disciernan ustedes mismos! Todos comprenden con qué intención son escritas ciertas páginas, cómo se tergiversa el magisterio de la Iglesia en ciertas columnas. No son niños los lectores de la prensa de nuestro país, son hombres que van madurando cada vez más. Y hasta en los humildes campesinos vemos cómo se discierne la mentira y la verdad, la ambigüedad y la exactitud. Un llamamiento para que se dejen de escribir sandeces, verdades a medias, mentiras, calumnias. Ojalá se ocupara ese dinero en esfuerzos de unidad, de comprensión. Les llamamos a todos ustedes, lectores, a quienes no tienen dinero para contestar con campos pagados, como la Iglesia que es pobre, que sepamos siquiera decir: “Esto es mentira”. O si tenemos dudas, acerquémonos a alguien que nos pueda ilustrar, un experto de historia eclesial, de teología. La verdad de la Iglesia no es un tesoro oculto, como Cristo decía ante sus acusadores: he predicado en público, preguntad a quienes me han oído.

Jn 18, 20

La Iglesia es garantía de unidad

Y por último, hermanos, y perdonen que me alargó, pero Pentecostés es una oportunidad bella para ver qué es la Iglesia, qué tiene que hacer, qué somos, si de verdad somos Iglesia. En tercer lugar, Pentecostés, la Iglesia es garantía de unidad.

¡Qué bella la segunda lectura de hoy! San Pablo dice que el Espíritu da a su Iglesia diversidad de dones, de oficios, de carismas. Aquí en esta catedral, tan llena en esta mañana, y a través de la radio, miles y miles de corazones católicos que estamos en reflexión, no hay dos que hayan recibido los mismos dones. Dios es tan variado en su creación que no hay dos hojas iguales en un árbol; mucho más en la creación del infinito en su Iglesia, ha dado dones maravillosos para que entre todos los dones, fíjense bien, organicemos el reino de Dios. Es necesario un pluralismo sano. No queramos cortarlos a todos con la misma medida. No es uniformidad, que es distinto de unidad. Unidad quiere decir pluralidad, pero respeto de todos al pensamiento de los otros y, entre todos, crear una unidad que es mucho más rica

1 Cor 12,4-7

que mi solo pensamiento. Esto es el Espíritu Santo, uniendo en una sola verdad, en un solo criterio divino a todos los hijos de la Iglesia, a unos los hace obispos, a otros sacerdotes, a otros religiosos, religiosas, catequistas, padres de familia, estudiantes, profesionales, jornaleros, etcétera. Y en todos —dice san Pablo— el mismo Espíritu que hace converger a todos hacia la unidad.

Esta es una de las horas más bellas de nuestra Iglesia, hermanos, precisamente por la unidad. Y ya que a la luz de Pentecostés estoy recordando hechos concretos de nuestra Iglesia, permítaseme terminar recordando hechos muy felices. No todo es amargura. Esas pobres basuras de la persecución se quedan como basura cuando uno contempla la altura de los católicos que aman y tratan de construir la verdadera Iglesia. Por ejemplo, en esta semana se ha notado un despertar del laicado. El laicado son todos ustedes. Los que no son sacerdotes ni religiosas se llaman laicos y por su bautismo están incorporados al cuerpo de Cristo y comparten con la Iglesia toda la responsabilidad de ser en el mundo verdad, unidad, luz, sal, salud de la gente. Hemos tenido el gusto de ver a los seculares reunirse y preparar un comunicado que se anda difundiendo en estos momentos, y en ese comunicado llegan a decir: “Comprendemos y admiramos que hemos dejado solos a los sacerdotes, los cuales heroicamente han tenido que defender responsabilidades que son de nosotros, los seculares”. Es una hermosa confesión. Un llamamiento a todos los que viven en el mundo para que sepan que el sacerdote que no vive en el mundo, en una familia, como ustedes, les inspira con su doctrina, con su gracia, con su palabra, con su ministerio; pero ustedes en el mundo tienen que ser los que lleven a encarnarse en las estructuras, en la vida concreta del hogar, del empleo, del almacén, de la política, de la hacienda, la vida del reino de Cristo. Ustedes católicos, sin ser sacerdotes, son sacerdotes de su propio hogar, tienen que santificar su propio oficio. Y este despertar del laico lo estamos notando ahora cuando faltan quince sacerdotes que se nos han quitado y que ya no pueden trabajar con nosotros⁶. Queda el puesto a ustedes, laicos, para que asuman su papel de Iglesia en esta hora en que todas las fuerzas son necesarias en el reino de Dios.

⁶ Monseñor Romero se refiere a los sacerdotes expulsados del país, en los primeros cinco meses de 1977. *Cfr.* “Por qué se desfigura la imagen de El Salvador en el extranjero”, *Orientación*, 19 de junio de 1977.

Quiero recordar también con admiración, con gratitud y cariño la reunión de ayer en María Auxiliadora. En torno de los seminaristas, y llenémonos de alegría, contando los seminaristas que estudian en nuestro seminario para ser sacerdotes, contábamos cuatrocientos muchachos. ¡Qué esperanza! Y que en vez de afligirse ante la situación del sacerdocio que ellos aspiran, se sienten más animados porque ven que el sacerdocio vale la pena a un joven de amplias ilusiones. Y en torno de los seminaristas, se reunieron ayer los sacerdotes, las religiosas y los laicos: como pueblo de Dios, ¿qué nos toca hacer para que los sacerdotes no falten en nuestras comunidades? Es un llamamiento del Día del Seminario para que en este día o en los días próximos, con su oración y con su ayuda económica, nos ayuden a sostener nuestros seminarios.

Otro acontecimiento digno de mención de Pentecostés es la reunión de las religiosas que auscultando esta realidad de nuestro país quieren preguntarse en su conciencia: ¿cuál es nuestro papel de almas consagradas? Cada congregación religiosa tiene su propio carisma recibido de su fundador, que lo tomó del Evangelio. ¿Qué haría ese fundador ahora aquí en El Salvador? Eso tiene que hacer la religiosa también ahora aquí en El Salvador, interpretando su fundación en la hora presente para no apartarse del Evangelio ni de su Espíritu pero ser actual, no apartarse sino desarrollar su vocación en sintonía perfecta con esta Iglesia que está en el mundo para ser sal de la tierra y luz del mundo.

Mt 5, 13.14

Y finalmente hay un hecho, hermanos, con el que quiero coronar esta ya larga homilía, pero es un ejemplo que me ha llenado de alegría, de consuelo y de ver que Dios nos bendice mucho todavía. Es el ejemplo maravilloso de nuestro querido predecesor monseñor Luis Chávez y González, con sus setenta y cinco, casi setenta y seis años de edad, me dice que está disponible y que me sugiere irse para Suchitoto. “Me conmueve su gesto, monseñor. Lo que usted quiera”. “Entonces voy a hacer mi profesión de fe”. “Pero, monseñor, ¿quién va a dudar de su fe?”. “No —me dice—, es de ley, hay que hacerlo”. Y poniéndose de pie frente al crucifijo de mi escritorio reza con la humildad del más humilde cristiano: “Creo en Dios Padre, todopoderoso, creo en la Iglesia”. Y después del credo me dice: “Juro obediencia y fidelidad a mi superior”. ¿Quién era superior ahí, hermanos?

Me sentía tan chiquito ante este ejemplo maravilloso. Allá está, a esta hora está inaugurando su ministerio parroquial con otros sacerdotes jóvenes que le van a ayudar. Pero no hay que perder este gesto de Pentecostés. Ese es el sacerdote, ese es el hombre que mientras vive aunque ya con los achaques de la ancianidad o de la enfermedad, siempre es signo de lo divino en la tierra. Moría en San Miguel el padre González, viejito, paralítico casi, tres o más años, cinco años creo, en un lecho sin poderse levantar; y ahí llegaban a confesarse, porque aquella mano dolorosa, que se levanta para decir: “Yo te absuelvo de tus pecados”, es el signo de Dios en la tierra. Mientras hay hálito de vida en un sacerdote es presencia de Dios, el Espíritu Santo que se quiere valer de los hombres para ser signo de lo divino entre los hombres.

No olvidemos, hermanos, frente a esta ola de difamación de la Iglesia: la Iglesia es más bella, se parece a esas rocas del mar que cuando más las embaten las olas, la embellecen con chorreras de perlas; con hermosuras de olas la pulen, la hacen más hermosa. Esto es la Iglesia en nuestra hora. ¡Vivámosla! Ahora que nos hemos asomado en el espíritu de Pentecostés a ver los orígenes de nuestra Iglesia y hemos encontrado estas tres notas: apertura a lo absoluto, enseñar a orar; seguridad de la verdad, misión profética para denunciar la mentira y la ambigüedad y proclamar la verdad del Señor; y tercero, garantía de unidad, la que unifica todos los idiomas en un solo amor; esto es la Iglesia. Nos da la alegría, pues, de que, al confrontarla con sus orígenes, es la misma Iglesia. Los que quieran vivir esta apertura espiritual hacia Dios, esta seguridad en la verdad de su magisterio, esta unidad en la variedad, sin odiarnos sino amarnos ¡Esto somos la Iglesia! Los que no quieran esto, se apartan, se excomulgan ellos solos, no son Iglesia, aunque se llamen católicos.

Vivamos la belleza, hermanos, de esta hora en que nos define. Definámonos. Somos Iglesia si vivimos estas tres características: apertura a lo infinito, confianza en Dios; seguridad en la verdad que predica la Iglesia, no dudas; y garantía de unidad, integrarnos cada vez más con la unidad jerárquica. Aunque no se diga católica esta acción, esta es la verdadera católica acción. Vamos a proclamar nuestra fe y desde nuestro credo comprendemos qué bella es la Iglesia.

La Iglesia, comunión de los hombres con Dios

Santísima Trinidad
5 de junio de 1977

Proverbios 8, 22-31
Romanos 5, 1-5
Juan 16, 12-15

[...] ese sentido de peregrinación¹. Todos los que estamos en esta reflexión, católicos, somos un pueblo peregrino, y a lo largo del año litúrgico, la Iglesia va marcando con luces de fe este itinerario. Cada domingo es un paso más en este caminar hacia el encuentro del Señor. Y el misterio de Cristo se va desplegando a lo largo del año, desde las expectativas navideñas hasta la culminación de la cruz y de la Pascua, y desde la Pascua sigue la peregrinación llena de alegría, pero de una alegría que brota de una cruz y, por tanto, dolor y gozo son la característica de esta Iglesia de la Pascua, de esta Iglesia peregrina.

Terminábamos así, el domingo recién pasado, como una clausura solemne de la Pascua, con Pentecostés, la venida del Espíritu Santo. Ocho días después, la peregrinación se detiene como para hacer un resumen de todo este recorrido y tenemos ante nuestros ojos el origen y la meta de esta peregrinación. Venimos de Dios y caminamos hacia Dios. Es el domingo de la Santísima Trinidad. Domingo muy importante porque viene a decirnos la razón de nuestra esperanza, la explicación de esta

¹ El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

alegría íntima que lleva el peregrino de la tierra, sabiendo que viene de Dios, que ha nacido del amor y que camina en la esperanza de un Dios inmutable, eterno, que nos espera con sus brazos abiertos. Es hermoso que esta mañana, pues, nos detengamos a contemplar, a la luz de las bellísimas lecturas que acaban de escuchar, qué es Dios.

La primera lectura nos da una respuesta filosófica, metafísica, que tal vez no nos impresiona tanto, como no impresionaba ya esa explicación metafísica de Dios, y el Concilio llega a decir que este fenómeno del ateísmo moderno, que haya tanta gente que haya olvidado a Dios, es porque nosotros, que creemos en Él, no lo hemos sabido presentar, y mucho más grave si no hemos sabido vivir de acuerdo con esa fe. Leía esta semana una frase tremenda cuando dice: “El mundo y los hombres se han desentendido de Dios, porque no creen en un Dios sin mundo y sin hombres”. Esto es terrible. Tal vez creemos en un Dios aislado de nosotros, en un Dios casi como que se desentendiende de nuestras angustias y de nuestra tribulación. Pero gracias a Dios, Cristo y toda la literatura del Nuevo Testamento, y también la del Viejo Testamento, recobra en nuestros días una presentación de un Dios que vive con nosotros, un Dios vivencial, un Dios, diríamos, funcional; un Dios como decía el Viejo Testamento: el Dios de Abraham, el Dios de Jacob, el Dios de Isaac, el Dios de nuestros padres, o como escribe San Pablo: el Dios de nuestro Señor Jesucristo.

GS 19
Ex 3, 6.15
Hch 3, 13
Ef 1, 17

Así se hace más interesante esta figura divina. Es un Dios que va con nuestra historia. Es un Dios que se manifiesta en la zarza ardiente que vio Moisés: “Soy el que soy”. El texto es difícil y quizás de los que más han estudiado los exégetas cristianos. “Soy el que soy” se puede entender en este sentido metafísico, la esencia misma de Dios, su ser que no puede dejar de ser. Pero es mucho más simpático presentarlo como el Dios de la revelación; el Dios que no es el producto de mis pensamientos; el Dios que no es como la corona de mis esfuerzos por descubrirlo, sino un Dios que me sale al encuentro, un Dios que se revela; un Dios que me dice en Moisés: soy el que soy, el que estoy contigo, el que está con tu pueblo, el que en esta hora en que se oyen los lamentos de un pueblo atribulado, esclavo de los capataces del faraón, está oyendo esos gemidos y quiere valerse de ti para liberarlo; un Dios que se preocupa de la esclavitud de los

Ex 3, 14

hombres para hacerlos libres; un Dios que vive con los pueblos subdesarrollados para que se desarrollen en la verdadera imagen que Él quiso hacer de cada rostro humano; un Dios que se preocupa de nosotros. Así nos presenta y es nuestra reflexión de esta mañana: desde la Iglesia, sentirnos nosotros precisamente como Iglesia, una comunión con Dios.

Este es el mensaje que yo quisiera grabar en vuestros corazones esta mañana: la Iglesia es una comunión de los hombres con Dios; es el primer nivel de esta comunión. De allí descenderá naturalmente un segundo nivel: la Iglesia es la comunión de esos hijos de Dios marcados por el bautismo, unidos en Cristo, el Hijo de Dios. Y en tercer nivel: la Iglesia en comunión con el mundo entero, con la creación. Y esta es la grandeza de nuestro pueblo cristiano. Cómo quisiéramos, hermanos, en esta hora y siempre, quiero repetir una vez más que nuestro trabajo en la Iglesia no es el producto de unas circunstancias; es la convicción de que un pastor de la Iglesia, unos sacerdotes de la Iglesia, unos cristianos que sienten con la Iglesia tienen que identificarse cada vez más con su razón de ser. Haya o no haya persecución, construyamos nuestra Iglesia en la convicción de que la Iglesia es una comunión de todos los hombres para acercarnos a Dios.

La Iglesia es una comunión de los hombres con Dios

Así comienza su primer documento magistral el Concilio Vaticano II sobre la Iglesia: la Iglesia es, en el mundo, el sacramento, es decir, la señal y el instrumento para unir íntimamente a los hombres con Dios y unir a todos los hombres entre sí. Para eso está la Iglesia; esta es su primera razón de ser.

LG 1

En este primer nivel, pues, de la comunión Iglesia, encontramos a un Dios que se hace presente en esta Iglesia. Les recomiendo mucho leer ese primer capítulo de la constitución de la Iglesia, donde nos presenta a la Iglesia como un misterio del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Resulta que Dios no es un ser aislado, solitario. Cristo nos ha revelado que Dios es comunión, que Dios es tres personas con esa capacidad que debía tener toda persona creada a su imagen, una apertura para recibir al otro y para darse al otro. El Padre es como el “yo” inicial. El Hijo es como el “tú”, con quien se entabla una corriente de amor tan intensa que resulta un “nosotros”, la comunidad en un amor

indestructible, el Espíritu de amor, el Espíritu Santo. Ese “nosotros” que se pronuncia en la Santísima Trinidad, capacidad de darse y de recibirse mutuamente, construye en la tierra la comunidad Iglesia.

Pero, en primer lugar, es un Dios que se da a esta comunidad que lo ha encontrado en Cristo. Cristo es el hombre en el cual Dios se hace visible. Cristo es como la zarza que vio Moisés iluminada de Dios. Vimos su gloria como de unigénito del Padre —decían los apóstoles— y os revelamos esa vida que Él nos trajo, para que también ustedes entren en comunión con nosotros y con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo.

Hch 2, 32-33

De Dios deriva la vida de la Iglesia. De la verdad divina deriva su predicación en la tierra. De su vida eterna deriva el perdón que se da a los pecadores arrepentidos, la santidad de las almas que crecen hasta las alturas de la contemplación. De Dios deriva toda su fuerza, toda su razón de ser. Esta es la relación más grande y más íntima de la Iglesia, una relación con Dios. De allá deriva toda su misión y toda su razón de ser. Por eso la Iglesia canta el día en que los magos van a adorar al niño Jesús, y Herodes, gobierno de la tierra, tiene envidia de un nuevo rey que ha nacido, la Iglesia le dice: “No tengas miedo, Herodes. No viene a quitar poderes temporales el que viene a dar reinos celestiales”². Sería bueno recordarlo en nuestros días también, cuando se tergiversa la misión de la Iglesia como una competencia política, como un afán de querer el poder político. Esto es Herodes viendo en Jesús un rival; esto es Herodes hasta mandando matar para conservar su poder. No viene a quitar poderes temporales ¡No viene con competencias de poderes de la tierra una Iglesia que viene de Dios, para dar al mundo el amor, la gracia, la verdad, el perdón!

Mt 2, 1-16

Cómo quisiera que se comprendiera esta misión sublime de la Iglesia que deriva de una comunión con Dios. Y todos nosotros, queridos hermanos católicos, comprendamos que esta es nuestra primera obligación: nuestra relación con Dios. Hay momentos en que el Espíritu de Dios nos pide un esfuerzo más grande para hacer más visible la presencia de Dios en el mundo. Y se hará visible en la medida en que nosotros todos: obispos, sacerdotes, religiosas, laicos, matrimonios, estudiantes, profesionales, todos los que nos llamamos católicos, tratemos de

² *Liturgia de las Horas*, Himno de Vísperas, en la Epifanía del Señor.

intensificar esta comunión con Dios por la renovación, por la conversión, por la santidad. El pecado en todas sus formas es la niebla que se interpone. Alejemos de nosotros toda clase de pecado y entonces, el pueblo de Dios, la Iglesia de Dios, los católicos unidos en comunión con Dios, haremos presente en el mundo la figura santa de Dios. Dios es comunión y la Iglesia participa de esa comunión de Dios.

La Iglesia es la comunión de los bautizados

Y este es el segundo nivel, hermanos: es la comunión de los bautizados. Cristo, que nos trajo la verdad y la vida de Dios, fundó una Iglesia. Yo quiero leerles textualmente un párrafo del Concilio —es el número 14 de la constitución sobre la Iglesia— para que vean quién de verdad es miembro de esta Iglesia que está en comunión con Dios. El que llena estas condiciones está en comunión con la Iglesia fundada por Cristo. El que falta a una de estas condiciones, que no se llame católico si voluntariamente la rechaza esa condición. Ya está excomulgado por su propia voluntad.

He aquí el texto del Concilio: “A esta sociedad de la Iglesia, fundada por Cristo, están incorporados plenamente quienes, poseyendo el Espíritu de Cristo...”. Esto es lo primero: poseer el Espíritu de Cristo; es decir, no un cristianismo a nuestro gusto, sino al gusto de Cristo, que fundó la Iglesia, el Espíritu de Cristo. Segundo: “aceptan la totalidad de su organización”. La Iglesia como humana es una organización jerárquica: un pontífice, centro de toda la Iglesia, un obispo en cada diócesis, una organización, sacerdotes en cada parroquia, el que acepta esta organización. Otra condición: y aceptan también “todos los medios de salvación establecidos en ella, y en su cuerpo visible están unidos con Cristo”. Todos los medios de salvación establecidos en ella son los sacramentos, son las leyes de la Iglesia, es su verdad. “Cristo, el cual la rige mediante el Sumo Pontífice y los obispos”. He aquí las personas concretas. El que no está de acuerdo con su obispo no puede llamarse católico. Así como el obispo que no está de acuerdo con el Papa no es ya un ministro de la Iglesia. Ustedes conocen el caso famoso de Lefebvre, un arzobispo de Francia que se declara en rebeldía contra el Papa, no se puede llamar católico, ya no está en comunión con la Iglesia; si se propone como modelo, quiere decir que se quiere un cisma. Si

LG 14

yo mismo no estuviera en comunión con el Papa, no sería digno de esta honrosa dignidad de ser el pastor de la arquidiócesis; pero es el Papa el que tiene que decírmelo, no otros. Y el Papa me acaba de confesar su comunión conmigo y mi comunión con él³. Estamos en comunión, hermanos, y nadie dudará de que quien les está predicando hoy sea un pastor verdadero de la Iglesia, en comunión con el Papa. Podemos decir que una persona que no está en comunión con su obispo no debe comulgar eucarísticamente tampoco. La comunión es un signo de la comunión con la Iglesia. Yo sé que hay personas que comulgan y que después destruyen esta unidad de la Iglesia, murmurando de sacerdotes y de obispos. Y todos aquellos que están destruyendo la unidad, hablando contra los sacerdotes, difamando los medios de publicidad, echando culpas que no tenemos, ya se están excomulgando a sí mismos. Una excomunión del obispo no sería más que una sanción ya oficial de ese repudio que el pueblo les está dando ya. La organización de la Iglesia sabe lo que es, y así como en un organismo un cuerpo extraño se expele, se expulsa, el cuerpo místico de la Iglesia siente la invasión de cuerpos extraños y los expulsa como células muertas.

LG 14

Sigue el texto del Concilio: “[...] por los vínculos de la profesión de fe, de los sacramentos, del gobierno y comunión eclesial”. Aquí están las características de nuestra unidad. Unidad de fe, el que no admita el credo que el obispo profesa con la Iglesia ya no está en la unidad de la fe católica. El que no admita uno de los sacramentos de los siete sacramentos ya rechaza una de las señales de unidad, no es católico. El que no acepte el gobierno de la Iglesia, como una jurisdicción, una potestad, tampoco es católico; y el que estorba ese gobierno de la Iglesia, no dejándola administrar su función en un pueblo, por ejemplo, nosotros no podemos ir ahora a Aguilares a celebrar nuestra misa⁴, a cuidar a nuestros católicos de aquel pueblo

³ Monseñor Romero alude a la audiencia con Pablo VI, en Roma, el 30 de marzo de 1977.

⁴ Después del operativo militar en Aguilares, monseñor Romero quiso presentarse en el lugar para solidarizarse con la población y recoger el Santísimo Sacramento; sin embargo, las autoridades le negaron el acceso. Monseñor Romero, entonces, envió al padre Antonio Vides, a quien también se le impidió recoger el Santísimo y quien, por el contrario, fue detenido durante una hora, en el cuartel general de la Guardia Nacional de donde era capellán. *Cfr.* “Boletín informativo del arzobispado n.º. 16”, *ECA* 342-343 (1977), pp. 339-340.

mártir, nos están estorbando en nuestro gobierno, no se pueden decir católicos. Y la comunión eclesiástica, esta es la plena comunión que Dios ha transmitido por Cristo a este pueblo de Dios visible en sus ministros, en sus pastores, con una potestad de gobierno, con una unidad de fe, con unos sacramentos, con una organización; el que quiera pertenecer a este pueblo de Dios organizado por Cristo, que se llama la Iglesia católica, tiene que aceptar estas condiciones, y si no las acepta, y si voluntariamente la rechaza, es un cismático, es un destructor de la Iglesia, moralmente un excomulgado por su propia voluntad.

Naturalmente, hermanos, que esta comunión a este nivel de bautizados es precisamente como una condición de salvación. Entonces, fíjense bien en esta pregunta: ¿el que no está en esta Iglesia no se salvará? No he dicho eso. He dicho que aquel que conoce las condiciones para pertenecer a este pueblo de Dios y voluntariamente las rechaza está fuera de la salvación; pero que si hay alguno no católico, que por su convicción de conciencia cree que está en la verdad, ya sea en el protestantismo, ya sea en el judaísmo, ya sea como mahometano, como pagano, y allí trata de cumplir las leyes del Dios como él lo concibe, ese está en el corazón de Cristo, en el corazón de la Iglesia, aunque no está en el cuerpo de la Iglesia. Así como al revés, hay muchos que por el bautismo están en el cuerpo de la Iglesia, pero por su actitud, por el rechazo de las cosas, no están en el corazón de la Iglesia; se llaman católicos, pero no son católicos, y están fuera de salvación. Y los que están fuera de la Iglesia, pero con buena voluntad viven su religión, su congregación, están camino de salvación, están en el corazón de la Iglesia, no fuera de Cristo. Cristo desborda la Iglesia católica y se hace presencia de salvación en el protestante, en el mahometano, en el judío, que está allí de buena voluntad. Es Cristo el que le está salvando.

LG 15 y 16

LG 14

A este propósito, quiero contarles que esta semana tuve una de mis más grandes satisfacciones, cuando una confesión protestante se acercó y platicamos profundamente para manifestar ellos su adhesión a esta Iglesia, y para decirme que no quieren tragarse el anzuelo que les están presentando los perseguidores de la Iglesia, como si ellos fueran los buenos cristianos y la Iglesia ya se hubiera apartado de su misión. Los protestantes se acercan a la Iglesia católica para decirle que no se ha apartado de su misión y que ellos se adhieren a esta Iglesia y que no quieren

ser cómplices de una persecución a sus hermanos católicos. Yo quiero agradecerles en público. Y una de las señoritas que llegaba me decía: “Insista en aquel llamamiento que usted hizo cuando el entierro del padre Navarro”, en que decía que si el Padre Navarro era la figura de una Iglesia que por la calumnia y la persecución de los hombres ha perdido su credibilidad, ya no se cree en ella, como el beduino sigue gritando: sigan el buen camino. Y llamábamos a todas las fuerzas morales, llamábamos a los protestantes, que tienen el Evangelio en sus manos, para que prediquen este reino de Dios en el mundo; llamábamos a todas las fuerzas, y ahora lo hacemos de nuevo, para que en vez de sembrar discordias y calumnias, sembremos el bien, hagamos la bondad en el mundo. Un llamamiento, pues.

Quiero secundar también el que ayer hacía la *Voz de los Estados Unidos*, interpretando a Amnistía Internacional, que ha examinado a setenta y cinco torturados y ha encontrado en ellos consecuencias espantosas, que aun cuando se han curado las cicatrices del cuerpo torturado, su psicología queda maleada; hace un llamamiento a los médicos de todos los países para que se declaren contra la tortura. Yo secundo esa voz y espero que nuestros médicos sepan dar testimonio con su técnica, con su ciencia, de que la tortura no solo es un atropello a la dignidad humana, sino una destrucción de la salud de los pueblos y de los hombres.

La Iglesia es comunión con el mundo

Y por eso, hermanos, el tercer nivel de esta comunión Iglesia: comunión con el mundo. Ustedes saben que el Concilio tiene todo un tratado que se llama la constitución de la Iglesia en el mundo. La Iglesia no se identifica con el mundo. Lo dijo Cristo: vosotros no sois del mundo, pero estáis en el mundo, porque la Iglesia se compone de hombres de este mundo, como somos todos los que estamos aquí. Y la Iglesia quiere aprender el lenguaje, la cultura de los pueblos del mundo, para poder traducir en ese lenguaje, en ese modo de ser, su mensaje divino, que no se identifica con culturas ni con partidos políticos, ni con sistemas sociales, sino que es un mensaje que es luz para iluminar los sistemas sociales, los sistemas políticos, la vida de los hombres. Es luz en el mundo para darle a la realidad humana su verdadera

GS 2

Jn 17, 14-16

elevación. Ella, enseñada por el Creador, que el hombre es imagen y semejanza de Dios y enseñada por Cristo que todo lo que se hace a un hombre se le hace a Él, es la que está más capacitada en humanidad, para acercarse al mundo y sentir como suyas las aspiraciones, los anhelos nobles de los hombres, y para sentir también, desde el corazón noble, el rechazo a la violencia y a todo lo malo del mundo, y para ser consuelo y esperanza de la madre que sufre, de la esposa que se queda viuda, de todos los que sufren en todas las situaciones actuales.

La Iglesia está en un diálogo continuo con el mundo. La Iglesia sufre con los pueblos que sufren. La Iglesia siente las torturas y las maneras con que se acribilla a los pueblos y a la gente. La Iglesia anhela el verdadero progreso de los pueblos, vive la realidad de los hombres. Sin competencias en política ni en sociología, porque no es su competencia, la Iglesia desde su ciencia humana, desde su revelación de Dios, quiere hacer presente la luz de Dios en el mundo y ella está también, pues, en un diálogo íntimo con el mundo. Nada humano es extraño a ella.

Queridos hermanos, hasta aquí nos ha traído nuestra reflexión de la Santísima Trinidad. La Santísima Trinidad no es otra cosa que el Dios en comunidad de personas, expresión de amor y de verdad, de luz y de felicidad, que ha querido asociarse en una familia a todos los hombres y lo realiza en este círculo de luz que es la Iglesia, para hacer un llamamiento a todos los católicos a intensificar la santidad, la unidad, la relación con Dios y, desde allí, iluminar al mundo con la luz de Dios.

Aquí quiero hacer un llamamiento específico a los laicos. Con una alegría intensa, este pastor les manifiesta su agradecimiento a Dios, porque en los laicos va despertando una conciencia de vivir su papel de Iglesia en el mundo. Porque si los ministros del altar, nosotros los sacerdotes, servimos a la Iglesia, es con una vocación específica, como las religiosas también; pero ustedes que están en el mundo, padres y madres de familia, maestros de escuela, profesionales, obreros, jornaleros, empleados, señoras del mercado, el laicado en general, cómo transformarán al mundo ustedes, llevando esa presencia de Dios que llevan en su corazón como antorcha que ilumine ese ámbito de sus actividades. Un llamamiento específico para que sientan, pues, que Iglesia no solamente es el obispo y sus sacerdotes y sus religiosas, Iglesia son todos los bautizados en una comunión

con el obispo, estrechando cada vez más la unidad de fe, de verdad, de sacramentos, de gobierno, como lo acabamos de decir. Rechazar todo aquello que nos desuna. No den crédito a toda esa campaña de calumnia. Acérquense al sacerdote, al obispo, para esclarecer las dudas que pueda haber y vivamos, intensifiquemos más, desde nuestro puesto en el mundo, la comunión jerárquica con el obispo para hacer presente la luz de Dios, que se refleja en la Iglesia, a todo ese mundo que los rodea. Entonces habremos dado de Dios la explicación, el testimonio, nuestro servicio personal y profesional que el Señor tiene derecho a pedirnos, porque Él nos ha hecho, nos ha redimido, nos espera en su cielo y quiere que no lleguemos solos, sino que cada uno lleve una constelación de almas ganadas por haber sido luz de Dios en medio de los hombres. Vamos a profesar ahora nuestra fe.

Desagravio a Cristo

Corpus Christi

12 de junio de 1977

Génesis 14, 18-20

1 Corintios 11, 23-26

Lucas 9, 11b-17

La homilía en esta ocasión la están pronunciando todos ustedes, esta hermosa corona de sacerdotes, concelebrando en torno al altar de la catedral, que es el signo de nuestro sacrificio eucarístico, de nuestra unidad en la fe y en el amor. Y una catedral repleta hasta no haber más y más allá de la catedral, millares de oyentes de la emisora católica; y en torno de esta misa de la catedral, todas las misas parroquiales en toda la arquidiócesis.

Parece como si la divina esposa de Cristo, la santa Iglesia, concretándose en esta diócesis de San Salvador, se arrodillara reverente para recoger con cariño, entre lágrimas, unas hostias pisoteadas en Aguilares, robadas en Ciudad Delgado y maltratadas por tantas comuniones mal hechas. Una esposa de Cristo que recibió esta herencia primorosa el Jueves Santo en la noche, como un retrato viviente de su Esposo para que recordaran todos sus hijos que le iban a nacer a través de los siglos. ¡Cuánto nos amó! Es la esposa Iglesia, en la presencia de todos nosotros, de rodillas ante el Cristo, su divino Esposo, para decirle: ¡perdona, amado! ¡Cómo te tratamos! Pero recibe el amor de estos hijos, que lloran los atropellos indignos.

Institución de la eucaristía

Es la hora del desagravio y por eso quisiera solamente, para llamar la atención de esta reflexión, fijarme en el aspecto repara-

dor, de desagravio, que la misma eucaristía contiene; porque esto es lo maravilloso, que para pedirle perdón a ese Cristo ultrajado no tenemos otra palabra que su misma eucaristía. Somos capaces de ultrajarlo, pero ningún humano puede decir la palabra adecuada de desagravio, si el mismo Cristo no nos la pone en nuestros labios, en nuestro corazón, en nuestras manos. ¡Qué bueno es el Señor! Ofendido, nos señala la manera de perdonarnos. Ofendido —e incapaces de reconciliación— ofrece su propio cuerpo y su propia sangre, porque es la única que puede dar satisfacción al ultraje brutal que los hombres podemos hacerle, pero que ninguno puede reparar. Por eso pensó Él con su amor que no tiene nombre, un amor de locura, sabiendo cómo le íbamos a tratar, dejarnos ya, preparado el homenaje que le puede a Él reparar.

Y por eso dice San Pablo, recogiendo la tradición y —fíjense bien— San Pablo escribe cincuenta y tres años después de que Cristo había instituido la eucaristía. Para aquellos que dudan de la presencia real de Cristo o del valor de la misa, fíjense únicamente en este detalle histórico. San Pablo, a medio siglo nada más de Cristo, dice: “He recibido esta tradición”. En cincuenta años no se puede inventar una cosa. “Y yo la transmito a la posteridad”. Y a los veinte siglos nosotros estamos seguros, gracias a estos testimonios de la fe, que Cristo está presente en la hostia y que lo que se va a decir dentro de un momento por todos estos sacerdotes unidos, como los responsables de este encargo de Cristo: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva que se derrama por vosotros, para remisión de los pecados”, no es una invención humana; es invención que tiene su origen en Cristo, en la noche santa de la última cena, anticipándose a su sacrificio del Calvario el Viernes Santo, nos deja este recuerdo vivo: “Haced esto en mi memoria”. Por eso San Pablo nos acaba de decir: siempre que celebramos la misa, anunciamos la muerte del Señor y proclamamos su resurrección. Hermanos, un pueblo que se alimenta de esta mística, un pueblo cristiano, el católico que vive de esta fe, no puede desesperar, por más que sufra los atropellos a su dignidad, a su fe, a su creencia. Es cruz de Viernes Santo, pero también es promesa de resurrección.

1 Cor 11, 23

Mt 26, 26-28

1 Cor 11, 24b

1 Cor 11, 26

Desagravio de la eucaristía

La eucaristía nos garantiza a nosotros la presencia de un cristiano que sigue salvando a la humanidad; pero el aspecto de desagravio de Cristo está en esas palabras: el cuerpo que se entrega por nosotros, la sangre que se derrama para perdón de los pecados. En el símbolo de la hostia pisoteada en Aguilares miremos el rostro de Cristo en la cruz. Aquel hermoso poema del *Cristo roto* nos describe la hora tremenda en que por el rostro de Cristo crucificado iban pasando los pecados de todos los hombres: los blasfemos, los adúlteros, los ladrones, los que pisotean la dignidad de los hombres, todos los pecadores. ¡Y en esta hora de la patria, cuántos son los que odian, los que calumnian, y nosotros mismos que pecamos, tal vez, tantas veces! Todos somos pecadores. Miremos que mi rostro y el rostro de cada uno de nosotros, y el rostro de nuestros perseguidores y el rostro de los que nos persiguen y calumnian, están pasando, como por una cinta cinematográfica, en el rostro divino de Cristo, que muere, que agoniza y que nos dice: “Allí les espera mi sangre, mi cuerpo, que se entrega para perdón de todos esos pecados”. Y nosotros recogemos en esa hostia consagrada todo el dolor de ese Cristo, todo el amor para los pecadores, todos sus sentimientos que son muy distintos de los que lo ofenden. “Padre, perdónalos, no saben lo que hacen”; y el Padre miraba en la angustia agonizante de su Hijo, la depravación de todos los pecadores, los que pisoteaban sus hostias, los que comulgan sacrílegamente, todos los que ofendemos al Señor. Todos sintámonos pecadores en esta tarde para decirle al Señor, invocando su fuerza reparadora de la eucaristía: Señor, ahora vamos a venerarte en una hermosa procesión al terminar la misa. Y esta misma misa, un homenaje de tu Iglesia, mírala Señor, pecadora, necesitada de perdón.

Lc 23, 34

Las páginas negras que se nos han publicado, como para gloriarse de nuestras culpas, no son ni sombra de las muchas culpas que tenemos como Iglesia también. Si lo hemos reconocido, si en el Concilio mismo hay unas páginas que, con humildad, proclaman los pecados de la Iglesia. No nos dicen nada nuevo nuestros depravados perseguidores, sino simplemente nos recuerdan lo que ya tenemos nosotros necesidad de golpear nos el pecho, como lo hemos hecho al principio de la misa:

LG 8

Lc 18, 11
Jn 8, 7

“Por mi culpa, porque he pecado mucho de pensamiento, palabra y obra”. Y aquellos que se erigen en jueces para señalar los pecados de la Iglesia, se parecen al hipócrita fariseo: “No soy como los otros hombres”. ¿Y quién es sin pecado para tirar la primera piedra? Todos necesitamos, en esta hora de desagravio, pedirle perdón al Señor. Y la voluntad santa de Cristo, que vive en la Iglesia, no es de rencor, de venganza, de desear mal a nadie, sino la de Cristo en la cruz: “Perdónalos, Padre”. El desagravio es amor, el desagravio es mirar al pecador para que se convierta, mirarse a sí mismo para convertirnos. Y en esta hora de conversión, hermanos, cuanto más humildes seamos y apoyemos más nuestra incapacidad de ser perdonados en Cristo, que muere por nosotros y se queda con su perdón en la eucaristía, estamos construyendo nuestra Iglesia.

Yo les agradezco a las comunidades parroquiales que han hecho atención a este llamamiento. Dios se los pague. Es una hermosa comunidad la que llena la catedral. Es el símbolo de toda una arquidiócesis enardecida en el amor para amar más, cuánto más se le persigue; para ser, en medio del mundo, la respuesta a todas las maldades; una respuesta de amor, una respuesta que se eleva al cielo con la voz de Jesús: “Padre, perdónalos, perdónalos”. Y así, ¡cómo no nos va a bendecir el Señor! Sigamos construyendo nuestra Iglesia; sigamos nuestra eucaristía esta tarde con ese sentido de desagravio, unidos a Cristo, porque Él será para los pecadores, que somos todos, el perdón; y para las almas generosas que saben perdonar, una fuente de mayores bendiciones.

El Corazón de Jesús pedía este gesto de reparación. Y si preguntáramos ahora: ¿cuál es la necesidad más grande de nuestra madre Iglesia? Yo les diría esto: la necesidad más grande es la reparación. Reparar porque se le ha escupido mucho; limpiarle su rostro, hacerla más bella; colaborar todos para que sea más bella esposa de nuestro Señor Jesucristo; hacerla hermosa: esta es la tarea. De modo que esta ceremonia no sea un acto esporádico. Yo les diría, hermanos: iniciemos una campaña de reparación; es decir, démosle a nuestro dolor, a nuestra pobreza, a nuestro sufrimiento, a nuestro trabajo por la dignidad humana, al cumplimiento de nuestro deber, a nuestra lucha por construir una Iglesia más bella, a nuestra legítima aspiración por una patria más digna, un sentido de reparación. Todo por ti, Sacra-

tísimo Corazón de Jesús. Les invito ya desde ahora para que el próximo viernes, en la basílica del Sagrado Corazón, celebremos la fiesta del Sacratísimo Corazón también como un acto de desagravio. Que todo lo que vivamos de aquí en adelante sea verdaderamente una vida de desagravio; que no hay vida más bella que la que se abraza a la cruz de Cristo y, desde la cruz, pide perdón por él y por los demás. En este sentido, pues, vamos a vivir nuestra eucaristía en esta tarde primorosa del *Corpus* del Señor.

El misterio de Cristo

Duodécimo domingo del Tiempo Ordinario
19 de junio de 1977

Zacarías 12, 10-11
Gálatas 3, 26-29
Lucas 9, 18-24

Después de haber celebrado unas fiestas que eran como la corona de la Pascua, como era la Santísima Trinidad, la fiesta del *Corpus* y, el viernes que acaba de pasar, la fiesta del Corazón de Jesús, y ayer el Corazón de María, fiestas que son como flores de Pascua, con que nosotros recogíamos todo el fruto del año litúrgico, comienza ahora, otra vez, lo que se llama el Tiempo Ordinario. Hay dos ciclos, dos tramos del año que se llaman Tiempo Ordinario: cuando termina la Epifanía —todo el ciclo de Navidad con la adoración de los Magos— comienza un Tiempo Ordinario que termina al comenzar la Cuaresma; se interrumpe el Tiempo Ordinario para dar lugar a la celebración de la redención —Cuaresma, Semana Santa, Pascua, Pentecostés— y, al terminar este ciclo pascual, se introduce otra vez la segunda parte del Tiempo Ordinario, que va a continuar, aquellos domingos que se interrumpieron para dar lugar a la Cuaresma, y que se va a prolongar hasta Adviento, o sea, las semanas que ya nos preparan otra vez a la Navidad, para comenzar otra vez el año litúrgico.

Y así tenemos, pues, que cada año es como si la Iglesia montara un curso de intensa espiritualidad. Va desarrollando, a lo largo del año, el misterio de Cristo en el que hemos de crecer. Este ciclo de 1977 debía significar para nosotros como cuando en la escuela el alumno está haciendo un curso superior, un grado superior. Siempre es el misterio de Cristo, pero, como

una espiral que va hacia arriba, cada año debía significar más altura en nuestro seguimiento, en nuestro conocimiento de nuestro divino maestro y redentor, Jesucristo. Por eso es interesante fijarse en el mensaje de cada domingo. Aquellos que dicen que no van a misa ya están aburridos porque es lo mismo, no han calado la profundidad del año litúrgico. Cada domingo es distinto y así, como el alumno interesado en aprovechar en el curso no pierde una clase, porque en cada clase aprende algo nuevo, el buen cristiano también crece cada domingo en la contemplación, en la reflexión del misterio salvador. Fíjense en las lecturas que han escuchado hoy, y yo creo que podemos sacar de allí un mensaje precioso que lo podíamos presentar en estas tres ideas: la figura central es Cristo nuestro Señor; en el segundo punto, diríamos, su obra liberadora; y en tercer lugar, su llamamiento a conversión.

Cristo, nuestro Señor

Lc 9, 18 Lo que resalta en primera plana, diríamos, en el mensaje de hoy, es el interesante diálogo de Cristo con sus discípulos: “¿Quién dice la gente que soy yo?”. Y esta pregunta se hace actual a los que estamos aquí en la catedral, a los que a través de la radio estamos reflexionando. Si nos preguntara Cristo, si se encarara Cristo conmigo en particular y me dijera: ¿quién dice la gente que soy yo? ¿Qué dices tú de mí? Tú te llamas cristiano, ¿qué piensas de Cristo, del que tú tomas nombre como cristiano? Y cuántos tambalearían en la respuesta, como los apóstoles: como el rumor popular, andan diciendo por allí que eres alguno de los profetas. Pero yo os pregunto a vosotros: ¿quién decís que soy yo, vosotros que convivís conmigo? Y Pedro, inspirado por el Padre eterno, porque nadie conoce al Hijo sino el Padre, y a quien Dios se lo quiera revelar, esta es una gracia, conocer a Cristo. Por una gracia singular, Pedro lo define en unas breves palabras: Lc 10, 22 “Tú eres el Mesías de Dios”. Tú eres el esperado, el prometido en las promesas a Abraham y por los profetas. Tú eres el centro de la Biblia. Tú eres el corazón de las promesas de Dios. Tú eres el esperado. En ti están puestas las ansias de todos los hombres y, sin comprenderlo, todos los pueblos te desean. Lc 9, 20 Tú eres el Mesías. Tú eres el nombre que Dios ha dado para salvar a todo hombre y fuera de Él no hay salvación.

Esta es la esencia del cristianismo. Para eso vive la Iglesia. Por eso persiguen a la Iglesia. Porque cuando Cristo confesó que Él era el Hijo de Dios, lo tomaron por blasfemo y lo sentenciaron a muerte. Y la Iglesia sigue confesando que Cristo es el Señor, que no hay otro Dios. Y cuando los hombres están de rodillas ante otros dioses, les estorba que la Iglesia predique a este único Dios. Por eso choca la Iglesia ante los ídólatras del poder, ante los ídólatras del dinero, ante los que hacen de la carne un ídolo, ante los que piensan que Dios sale sobrando, que Cristo no hace falta, que se valen de cosas de la tierra: ídolos. Y la Iglesia tiene el derecho y el deber de derribar todos los ídolos y proclamar que solo Cristo es el Señor. ¡Cuánta sangre le ha costado a la Iglesia! ¡Cuánta persecución y humillación esta fidelidad a su único Señor! Imaginen lo que significaba proclamar Señor a Cristo en medio del imperio romano, cuando el César se proclamaba un Dios. Esa misma dificultad sufre la Iglesia ante los ídolos y césares que se erigen en dioses, porque solo tenemos un Dios: Cristo, nuestro Señor. Este es el primer mensaje. Yo les suplico que lo tomemos muy en el corazón para llevarlo por el mundo después de nuestra misa, con la convicción sincera de que Cristo es el único Señor y a Él solo tenemos que adorar y darle todo nuestro corazón.

Mc 14, 61-64

Obra liberadora de Cristo

El segundo mensaje de hoy es que este Cristo se presenta con su gran obra liberadora. Yo quisiera aclarar mucho esta palabra: la liberación. Muchos le tienen miedo a esa palabra, muchos también abusan de esa palabra; pues ni miedo, ni abuso. La verdad es que liberación es una palabra bíblica y quiere expresar toda la obra salvadora del Señor a partir del pecado. La primera liberación que Cristo anuncia y que en la segunda lectura de hoy San Pablo nos describe maravillosamente, es que Cristo ha venido a derribar el pecado y que por el bautismo, que lava el pecado de los hombres, y por la penitencia, que los convierte de nuevo si se han apartado de Él, un hombre se incorpora a Cristo y se hace hombre nuevo. Un hombre nuevo, esta es la obra liberadora. Hacer hombres nuevos, hombres que se despeguen del pecado, hombres que echen afuera sus egoísmos, sus idolatrías, sus soberbias, sus orgullos y se hagan humildes seguidores de Cris-

Gal 3, 26

to el Señor. “Todos son hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús”. Esta es la obra de Cristo: llamar a todos los hombres, sin discriminación. Y San Pablo ha dicho que esa discriminación ya no cuenta en el cristianismo: “Ya no hay distinción entre judíos y no judíos, esclavos y libres, hombres y mujeres, porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús”. Ya no hay clases sociales para el cristianismo. Ya no hay discriminación de razas. Por eso el cristianismo también choca, porque tiene que predicar esta obra liberadora de proclamar a todos los hombres iguales en Cristo Jesús. Renovación interior del corazón, esto es lo que hace a todos los hombres iguales: renovarnos. Mientras no hay hombre nuevo, hay orgullo, hay discriminación. Ricos y pobres, cuando se convierten de verdad y se lavan por dentro con este bautismo de Cristo y creen de verdad en el Señor, ya no se distinguen el rico y el pobre, porque solo hay un sentimiento de fraternidad en Cristo Jesús. No hay superior e inferior, porque uno y otro saben que no son nada en el orden de la gracia sin Cristo el redentor. Solo hay un grande: Cristo que nos redime. Solo hay un liberador.

Gal 3, 28

Y por eso, hermanos, aquí también la distinción muy prudente, en nuestro tiempo, entre las falsas y verdaderas liberaciones. Esto es muy importante. Cómo se ha perseguido a la Iglesia confundiendo su mensaje con el mensaje de la subversión, de algo que estorba en el país. La Iglesia predica esta liberación en Cristo Jesús. La Iglesia promueve la dignidad del campesino, la dignidad del obrero. Promueve la dignidad del hombre humillado en esta situación en que se vive en el país, como si alguien no fuera hombre. ¡Si es que hay vidas entre nuestros hermanos verdaderamente infrahumanas! Y la Iglesia predica la liberación de esa gente precisamente a partir de desterrar el pecado, de denunciar la injusticia, el abuso, el atropello y decirles a todos los hombres que somos hijos de Dios, que hemos sido bautizados por Cristo.

Una liberación que pone en el corazón del hombre la esperanza: la esperanza de un paraíso que no se da en esta tierra. De allí que la Iglesia no puede ser comunista. La Iglesia no puede buscar solamente liberaciones de carácter temporal. La Iglesia no quiere hacer libre al pobre haciéndolo que tenga, sino haciéndolo que sea. Que sea más, que se promueva. A la Iglesia poco le interesa el tener más o tener menos. Lo que interesa es

que el que tiene o no tiene se promueva y sea verdaderamente un hombre, un hijo de Dios. Que valga no por lo que tiene, sino por lo que es. Esta es la dignidad humana que la Iglesia predica. Una esperanza en el corazón del hombre que le dice: cuando termine tu vida, tendrás participación en el reino de los cielos. Aquí no esperes un paraíso perfecto, pero existirá en la medida en que tú trabajes en esta tierra por un mundo más justo, en que trates de ser más hermano de tus hermanos, así será también tu premio en la eternidad, pero en esta tierra no existe ese paraíso. Aquí la diferencia, pues, es entre el comunismo, que no cree en ese cielo ni en ese Dios, y la Iglesia, que promueve con una esperanza de ese cielo y de ese Dios.

Llamamiento de Cristo a la conversión

Y finalmente, queridos hermanos, Cristo nuestro Señor, en este domingo, se nos presenta dándonos un llamamiento de conversión. Y qué dura es esta palabra de Cristo. Cuando acepta Él la definición que la revelación de Dios ha inspirado a Pedro: “Tú eres el Mesías de Dios”, Cristo acepta; pero lo complementa con una definición de su pasión y de su muerte, porque inmediatamente que Pedro ha dicho que Cristo es el Mesías de Dios, Él añadió: “El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar al tercer día y —dirigiéndose a todos— les dice: el que quiera seguirme que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo; pues el que quiera salvar su vida, la perderá, pero el que la pierda por mí, la salvará”.

Lc 9, 20

Lc 9, 22-24

¡Qué palabra misteriosa, qué palabra dura! Todos queremos salvar nuestra vida, pero hay una salvación inmediata y hay una salvación definitiva, mediata, después de toda la vida. El que quiera salvar su vida aquí presente, el que no quiera desinstalarse de sus comodidades, el que quiera estar bien sin importarle lo de los demás, este perderá la vida. El que la quiera salvar, piérdala por Cristo. ¿Qué quiere decir perder la vida por Cristo? Esto es lo duro en este momento, hermanos. Una carta que me llega analizando esta situación de El Salvador me dice: “Se le alejarán los que tienen que alejarse, pero se quedarán con usted los que tienen que quedarse”. Tal me parece la expresión del Evangelio de hoy, como que Cristo dice: el que quiera salvarse de verdad,

venga conmigo, tome su cruz, no se apegue a las ventajas de la tierra, despréndase, viva pobre en el corazón, trabaje conmigo la liberación del pueblo, pero el que quiera estar bien... Y que cosa más triste, si hay gente que se me acerca para decirme: “Monseñor, estoy con usted, pero comprenda mi situación”. Es un empleado, es un apoderado de cosas muy valiosas y, naturalmente, a estos les cuesta entregarse a Cristo, aun a costa de perder su vida. Dichosos los que en esta hora —hora de discernimientos, hora de saber quién es quién, hora de enfrentarse a Cristo que dice: “El que no está conmigo está contra mí”— le dicen al Señor: “Aunque pierda mi vida, yo voy contigo Señor”. Esta es la conversión.

Lc 11, 23

Yo quiero felicitar, aquí en público, esa manifestación de arrepentimiento y de culpabilidad que han echado a los periódicos los padres jesuitas¹. Confiesan que tal vez sirvieron al poder y a la riqueza, pero que ahora han comprendido que tienen que desprenderse de esas ventajas, de esos elogios, para servir con Cristo crucificado, donde Cristo quiera que sirvan. No es que hay que desechar a la clase alta; la estimamos, la amamos, quisiéramos dar la vida por ellos, quisiéramos servirles para que se arrancaran y se entregaran a Cristo nuestro Señor. Los amamos de verdad. Y yo les suplico a todos que pidamos mucho para que todos los hombres nos convirtamos, que no nos distingamos entre ricos y pobres, sino entre convertidos a Cristo; aunque se pierda la vida y se pierdan las comodidades, pero se tenga la satisfacción de seguir en el amor al Redentor, que siendo rico se hizo pobre para hacernos ricos con la verdadera riqueza del cielo. Que no nos engañen con ilusiones las ventajas de la tierra. Que no perdamos el cielo por las cosas de la tierra, que acojamos la verdadera liberación, aquella que ya siente en su alma el que no está pendiente del elogio, del dinero, de la ventaja política o social, sino que tiene el corazón libre para seguir a Cristo y decirle: Señor, entrego mi vida por ti, aun cuando tenga que perderla entre los hombres. Esta es la conversión que pide Cristo.

2 Cor 8, 9

Y ahora termino con la hermosa profecía de la primera lectura, donde el profeta Zacarías presenta un personaje misterioso, profético que, cuando San Juan narra a Cristo en la cruz traspasado el costado con una lanza del soldado, recuerda esta

Jn 19, 37

¹ *Cfr.* “Los jesuitas ante el pueblo salvadoreño”, *ECA* 344 (1977), pp. 434-450.

profecía: “Mirarán al que traspasaron. Harán llanto, como se hace llanto por el hijo único y llorarán como se llora al primogénito”. ¿Qué quiere decir el profeta? Está describiendo, después de una catástrofe del pueblo de Israel, Jerusalén desolada, pero con una esperanza de que Dios se apiadará de ella y la levantará un personaje misterioso. Es Cristo que ya se vislumbra como precio de la redención. Han sido humillados los pueblos, han sido atormentados los hombres; pero hay alguien, a quien los hombres mismos traspasaron, es Cristo en la cruz; pero lo mirarán y de ese costado, abierto por la ingratitud de los hombres, brotará la esperanza. Solo Él y a Él mirarán los pueblos. Esta es la mirada que yo quisiera de todos los salvadoreños, mirar al que traspasamos todos, porque todos somos pecadores. En esta hora en que la Iglesia defiende la dignidad del hombre y los derechos de Dios, tiene que decir que todos ofendemos al Señor y todos tenemos que mirar al que hemos traspasado con nuestros pecados: a Cristo, Señor nuestro. Y que tenga misericordia de nosotros para que cesen estas inquietudes, estas zozobras, estos atropellos de la dignidad humana.

Za 12, 10

Hay también esperanzas humanas que sin duda las inspira Dios, creador de los hombres. Hoy escuchaba por radio que mañana, en Grenada, los representantes de la OEA van a presentar la denuncia de los atropellos a la dignidad humana en los países latinoamericanos. Se va a protestar contra las torturas. Se va a protestar contra las prisiones largas y sin juicio. Se va a protestar contra tantos hombres perdidos. Llegan al pastor —y me duele el alma— esposas y madres que no saben de sus hijos y de sus esposos. ¿Dónde están? ¿Qué se han hecho? Quiera el Señor que la Organización de los Estados Americanos influya, colabore con esta preocupación también de la Iglesia, para que no exista esta situación de pecado y de atropello en nuestros países. Nos alegra saber que los hombres se preocupan y que ojalá esta larga pesadilla ya no se sienta y, como quien despierta a una vida normal, sintamos que hay paz, que hay tranquilidad, que todos somos hermanos, que todos somos iguales. Que no haya salvadoreños que empuñen las armas contra hermanos salvadoreños. Que no haya salvadoreños que atropellen indignamente a sus hermanos, tal vez son paisanos de su mismo cantón. Que haya más sentimientos de cristianismo. Que miremos todos al que traspasamos con estas cosas y que de Cristo el Se-

ñor saquemos la cordura, saquemos la sensatez, para ser un país donde se pueda vivir verdaderamente con la tranquilidad de quien vive en su propia patria. Y la liberación de Cristo nos orienta hacia la eternidad.

También otra noticia de alegría: esta mañana —ya en Roma, con las siete horas de diferencia, es tarde—, pero esta mañana en Roma el papa Pablo VI elevó al honor de los altares al primer santo de Norteamérica: Juan Nepomuceno Neumann. Es un obispo que se dedicó también a la promoción humana, abrió muchas escuelas, sembró la sabiduría en muchos corazones. Miren cómo trabaja la Iglesia, no por un premio de aquí abajo. Pero a un siglo de su trabajo, no parece su obra, en plena juventud la acoge Estados Unidos, con decenas de millares de peregrinos, muchos formados en las escuelas de aquel santo obispo del siglo pasado. La Iglesia trabaja para la eternidad, la Iglesia lleva una liberación, que es del pecado, para promover el hombre nuevo que en Cristo vivirá para siempre, como nos ha dicho San Pablo, o como Cristo mismo nos ha dicho: “El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”.

Lc 9, 23

Y hermanos, también quisiera adelantar una felicitación muy cordial al gremio de maestros, que va a celebrar su día el 22 de junio. Durante mi sacerdocio, siempre he sentido mucha simpatía por estos colaboradores de la cultura, muchas veces mal comprendidos, pero que muchas veces ellos también mal comprenden a la Iglesia y no la dejan entrar a sus escuelas. Yo quisiera, queridos maestros, anticipándome a su día, con una felicitación de la escuela, que hubiera una comprensión con la Iglesia para que supiéramos sembrar en el corazón de nuestros niños y de nuestros jóvenes los verdaderos sentimientos para un futuro mejor de nuestra patria. Que en las aulas escolares, como en una Iglesia, se sembrara profundamente el respeto a Dios, sin el cual tampoco habrá respeto entre los hombres. Que este Día del Maestro, yo quisiera suplicar a los párrocos que hicieran un esfuerzo de acercamiento a las escuelas y que, junto con los maestros, ante la perspectiva de tantas violencias y de tantos atropellos que vivimos, se propusieran, párrocos y maestros, crear una juventud nueva, una niñez creada en ambiente más sano, más cristiano. En este que Cristo nos ha proclamado en esta mañana, un ambiente en el que solamente la escuela de la

cruz y del sacrificio, del desprendimiento de la vida por Cristo, sin egoísmos, por tanto, sin orgullos, sin soberbias, sin groserías en la vida, podamos hacer de veras de toda nuestra patria un hogar donde todos nos sintamos hermanos, mirando al hermano mayor, al que traspasamos, pero del cual deriva toda la vida y el progreso verdadero que necesitan nuestros pueblos.

Celebremos nuestra eucaristía de esta mañana, pues, recogiendo este hermoso mensaje de la palabra de Dios. La figura central, Cristo; su mensaje liberador, a base de arrancar el pecado de los hombres y hacer de los corazones hombres nuevos; y un llamamiento que encuentre eco en cada corazón, el llamamiento a la penitencia y a la conversión. Vamos a proclamar así nuestro credo.

Una antorcha puesta en alto

Duodécimo domingo del Tiempo Ordinario
19 de junio de 1977
Aguilares

Zacarías 12, 10-11
Gálatas 3, 26-29
Lucas 9, 18-24

Queridas religiosas, que representan esta porción de Dios que se consagra de manera especial para el servicio de la Iglesia, queridos fieles, especialmente hijos muy queridos de Aguilares:

A mí me toca ir recogiendo atropellos, cadáveres y todo eso que va dejando la persecución de la Iglesia. Hoy me toca venir a recoger, en esta iglesia, en este convento profanado, un sagrario destruido y sobre todo un pueblo humillado, sacrificado indignamente. Por eso, al venir, finalmente —porque quise estar con ustedes desde el principio y no se me permitió—, hermanos, yo les traigo la palabra que Cristo me manda decirles: una palabra de solidaridad, una palabra de ánimo y de orientación y, finalmente, una palabra de conversión.

Palabra de solidaridad

En primer lugar, quiero expresarles una solidaridad muy cordial. Estamos con ustedes, hemos estado en todo momento, y si en alguna vez puede decir la Iglesia: hemos estado con ustedes de una manera muy especial, es en estas circunstancias de Aguilares, porque entre sus víctimas y a la cabeza de todos: tres queridos sacerdotes esposados y llevados al destierro¹.

¹ Son los padres jesuitas Salvador Carranza, Marcelino Pérez y José Luis Ortega.

Mt 26, 52

Pero qué bien dice el padre Carranza: “Se apagará la ronca voz de los fusiles y quedará vibrando siempre la voz profética de Dios”². Aquí está nuevamente esa palabra de Dios para decirles, hermanos, como Dios nos manda decir, que rechaza siempre la violencia; que no puede estar Dios con el que mata, con el que persigue, con el que golpea; que la palabra terrible del Señor, que “el que a espada mata a espada muere”, tiene una promesa terrible si no interviene antes una conversión sincera del pecador. Sufrimos con los que han sufrido tanto. Estamos de veras con ustedes y queremos decirles, hermanos, que el dolor de ustedes es el dolor de la Iglesia.

En la primera lectura de hoy, se hace muy expresivo cuando un profeta canta la desolación de Jerusalén; pero, al mismo tiempo, anuncia una lluvia de misericordia y de bondad del Señor sobre el pueblo sufrido. Ustedes son la imagen del Divino traspasado, del que nos habla la primera lectura en un lenguaje profético, misterioso, pero que representa a Cristo clavado en la cruz y atravesado por la lanza, es la imagen de todos los pueblos, que, como Aguilares, serán atravesados, serán ultrajados; pero que si se sufre con fe y se le da un sentido redentor, Aguilares está cantando la estrofa preciosa de liberación, porque al mirar al que traspasaron se arrepentirán y verán el heroísmo y verán la alegría del que el Señor bendice en el dolor.

Por eso, hermanos, nuestra palabra de solidaridad se fija también en tantos queridos muertos, asesinados, por los cuales pedimos en esta misa el eterno descanso, seguro que el Señor se lo concederá y que desde su cielo seguirán trabajando esta liberación santa que Aguilares ha emprendido. Sufrimos con los que están perdidos³, con los que no se sabe dónde están, o con los que están huyendo y no saben qué pasa con su familia. Somos testigos de este dolor, de esta separación. Lo vivimos muy de cerca porque como pastor sentimos esa confianza dolorida de quienes buscan, a través de la Iglesia, un encuentro con esos que la crueldad ha dispersado. Pero sepan, queridos hermanos, que a los ojos de Dios no están perdidos y que están muy cerca del corazón del Señor, cuanto más lo sufren sus familias que no

² Cfr. “Carta desde el exilio del padre Salvador Carranza”, *Orientación*, 19 de junio de 1977.

³ Aunque monseñor Romero todavía no utiliza el término, se refiere a los “desaparecidos” por causa de la represión.

los pueden encontrar. Para Dios no hay perdidos, para Dios no hay más que el misterio del dolor, que si se acepta con sentido de santificación y de redención, será como el de Cristo nuestro Señor, también un dolor redentor.

Estamos con los que sufren las torturas. Sabemos que muchos están en sus hogares sufriendo esas dolencias, esas humillaciones. El Señor les dé valor y sepan perdonar. Sepan, hermanos, que la violencia, de cualquier parte que venga y sobre todo cuando viene de esa Fuerza Armada, que en vez de ser defensa del pueblo se torna en ultraje, es reprochada por Dios nuestro Señor, no la puede bendecir. Sepan que el dolor, pues, y todo el sufrimiento de ustedes es bien comprendido y que la Iglesia lo interpreta, en esa primera lectura, como un dolor redentor, como un dolor del cual derivará para Aguilares nuevas fuentes de bendiciones.

Palabra de ánimo y de orientación

Hermanos, quiero agregar una palabra de ánimo y de orientación. Mucho ánimo, no decaiga vuestro espíritu. Aguilares, en la Arquidiócesis de San Salvador, tiene ya un significado muy singular, desde que cae abatido por las balas el padre Grande con sus dos queridos campesinos. Después la persecución a los sacerdotes, tan directa, a los catequistas, es sin duda una señal de predilección del Señor. Nos ha dicho hoy Jesucristo en su Evangelio que el que quiera venir en pos de Él tiene que negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirle; y que aquel que quiera salvar su alma, aquel que quiera poner en seguro su vida, muchas veces por intrigas indignas, muchas veces hipócritamente entregando al hermano para quedar bien él, ha habido muchas traiciones, pero el que quiera salvar su alma tiene que perderla, tiene que entregarla sinceramente al Señor. Y aquí literalmente ha habido sacerdotes y laicos que han entregado su alma al Señor y no les ha importado el martirio y el sufrimiento y están dando un testimonio, que lo estamos recogiendo de Aguilares para presentarlo a todas las parroquias.

Lc 9, 23-24

Miren qué rápida es la respuesta: ayer nada menos dos laicos de cada parroquia, unos doscientos laicos comprometidos con la Iglesia, están haciendo un curso que terminará esta tarde en el Seminario, siguiendo sin duda el ejemplo heroico de estos

que dan su vida por Cristo y que quieren comprometerse con la Iglesia; porque esa es la condición para inscribirse en este movimiento laical, al cual ya están obligados todos los que han recibido el bautismo y con Cristo han jurado seguirlo a través de su cruz, de su sufrimiento. Este ejemplo de Aguilares, pues, es maravilloso, es una avanzada de la Iglesia, es un compromiso de los hombres de la Iglesia para llevar lo más peligroso de su doctrina, pero necesario.

Hermanos, porque yo creo que hemos mutilado mucho el Evangelio. Hemos tratado de vivir un Evangelio muy cómodo, sin entregar nuestra vida, solamente de piedad, únicamente un Evangelio que nos contentaba a nosotros mismos. Pero he aquí que en Aguilares se inicia un movimiento atrevido de un Evangelio más comprometido; ese que en las publicaciones últimas de los padres jesuitas⁴ ustedes habrán podido leer y comprender, que se trata de un compromiso muy serio con Cristo crucificado y que supone renunciaciones de muchas cosas bonitas, pero que no pueden estar al mismo tiempo que uno que se abraza con la cruz de nuestro Señor.

Lc 9, 23

Es necesario entonces que aprendamos esa invitación de Cristo: “El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo”. Niéguese a sí mismo, niéguese a sus comodidades, niéguese a sus opiniones personales y siga únicamente el pensamiento de Cristo, que lo puede llevar a la muerte, pero que seguramente lo llevará también a la resurrección. Todos estos héroes, sacerdotes y catequistas de Aguilares, muertos por el nombre del Señor, sin duda que están participando ya de la gloria inmarcesible de la resurrección.

Pero les decía también, hermanos, una palabra de orientación, en este sentido: no confundir la liberación de Cristo con las falsas liberaciones meramente temporales. Ustedes, como cristianos formados en el Evangelio, tienen el derecho de organizarse, de tomar decisiones concretas, inspirados en su Evangelio. Pero mucho cuidado en traicionar esas convicciones evangélicas, cristianas, sobrenaturales, en compañía de otras liberaciones que pueden ser meramente económicas, temporales, políticas. El cristiano, aun colaborando en la liberación con

⁴ Cfr: “Los jesuitas ante el pueblo salvadoreño”, ECA 344 (1977), pp. 434-450.

otras ideologías, debe de conservar su liberación original, esa que nos anuncia San Pablo hoy: a partir de Cristo, inseparablemente de Cristo. El bautismo me incorporó a Cristo y en Cristo soy una sola cosa con Él y no puedo traicionar todo lo que de allí deriva: un hombre nuevo. Un hombre nuevo que purifica el corazón de todo pecado. Un hombre nuevo que no habla con resentimientos en el corazón. Un hombre nuevo que no propicia nunca la violencia, el odio, el resentimiento. Como el corazón de Cristo, ama, aun cuando defiende sus derechos con amor, que es la fuerza de nuestra Iglesia; nunca con odio, ni lucha de clases, que es la fuerza falsa de otras liberaciones que no llevan a ninguna liberación.

Gal 3, 26-27

El Concilio ha dicho que es una especie de ateísmo moderno el querer esperar de la lucha de los hombres un reino futuro, en el cual los hombres mismos serán más felices. Hermanos, si no se tiene en cuenta a Cristo y a su Iglesia, no llegará nunca ese reino futuro, no habrá más que lágrimas, no habrá más que atropellos, no se oirá más que la voz de las metrallas y la defensa violenta también de los que son masacrados. Eso no lleva a la construcción. Pero morir con la fe en Cristo, y haber trabajado a la luz de Cristo, esta sí es auténtica liberación.

GS 20

Todo aquel que, ya iluminado con la luz del Evangelio y del magisterio de la Iglesia, ha tomado conciencia de lo indigno que está tratado muchas veces el hombre, imagen de Dios en tierra, y ha descubierto sus derechos, que tiene que defender a la luz de Cristo, tiene que seguir esa lucha, sea fiel a esa iluminación de fe, esté siempre fiel al magisterio de la Iglesia y no se engañará. Esto lo llevará a la verdadera redención.

Por eso quiero admirar, y quiero aquí agradecer de una manera especial, a la Compañía de Jesús, que iluminó estos caminos de Aguilares. Muchos, tal vez, no los comprendieron. Desde luego aquellos que han perseguido en un mismo golpe a la represión, a la subversión y al Evangelio no han comprendido nada. El Evangelio de los jesuitas es el Evangelio de Jesucristo, el de la Iglesia, y no hay por qué confundirlo con otras cosas. Quiero agradecerles a los padres jesuitas el haber iluminado a tantos campesinos, el haber organizado tantas comunidades con el espíritu cristiano, con aquel corazón bueno que recordamos con cariño, el padre Grande y sus colaboradores, supieron transfundir en muchos corazones la luz del Evangelio que no se debe de apagar.

Por eso, digo una palabra de ánimo, porque la luz del Señor seguirá siempre iluminando estos caminos. Nuevos pastores vendrán, pero siempre el mismo Evangelio. Y pedimos que los pastores que vengan a proseguir este trabajo tengan esa iluminación y ese valor para saber orientar a los hombres por el verdadero camino de una liberación cristiana, como la quiere la Iglesia actual, especialmente en este continente latinoamericano con sus luminosos documentos de Medellín, que son doctrina auténtica de la Iglesia y que no deben de temer sino comprenderlos, vivirlos, traducirlos en la práctica, porque les dan las luces que llevarán a la salvación a estos pueblos de América Latina.

Aguilares, en este sentido, es una antorcha puesta en alto. Queremos felicitarlos de veras, a pesar de su dolor, porque ustedes levantan en alto esa antorcha de luz, y ojalá no la dejen confundir con otros fuegos fatuos, sino que sea la luz auténtica de Cristo que brilla en medio de la confusión y de las tinieblas.

Palabra de conversión

Y finalmente, queridos hermanos: una palabra de conversión. Cuando Jesucristo nos invita a perder la vida para ganarla, entregándola a Él, nos está llamando a la conversión. Cuando la primera lectura nos dice de unas miradas clavadas en el que traspasaron, como arrepentidas de sus pecados, pero esperando de allí la misericordia, nos está diciendo cuál debe de ser nuestra actitud. Yo quisiera invitaros, queridos hermanos, yo comprendo que es bien duro perdonar después de tantos atropellos y sin embargo esta es la palabra del Evangelio: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian y persiguen, sed perfectos como vuestro Padre celestial, que hace llover su lluvia e iluminar con su sol a los campos de los buenos y de los malos.

Que no haya resentimientos en el corazón. Que esta eucaristía, que es un llamamiento a la reconciliación con Dios y con los hermanos, nos deje en todos los corazones la satisfacción de que somos cristianos y que no quedan huellas de odio y de rencor en el alma. Que seremos firmes sí en defender nuestros derechos, pero con un gran amor en el corazón, porque al defender así, con amor, estamos buscando también la conversión de los pecadores. ¡Esa es la venganza del cristiano! Pidamos la conversión de los que nos golpearon. Pidamos la conversión de los

Lc 9, 24

Za 12, 10

Mt 5, 44-45

que tuvieron la audacia sacrílega de tocar el sagrario bendito. Pidamos al Señor el perdón y de nuevo los arrepentimientos debidos de todos aquellos de quienes convirtieron un pueblo en una cárcel y en un lugar de tortura. Que el Señor les toque el corazón. Que antes de que se cumpla la sentencia tremenda: el que a hierro mata a hierro muere, se arrepientan de veras y que tengan la satisfacción de mirar al que traspasaron, y que llueva de allí un torrente de misericordia y de bondad para que nos sintamos todos hermanos.

Mt 26, 52

¡Qué dichoso será el momento en el que desaparezca de El Salvador esta terrible tragedia en que tenemos miedo unos de otros, en que existen lugares donde sufren nuestros hermanos! Que el Señor haga desaparecer con una lluvia de misericordia y de bondad, con un torrente de gracias para convertir tantos corazones. Un paraíso, tan bella patria que nos ha regalado el Creador, que el Divino Salvador le dio su nombre. Que se convierta de veras en un país donde todos nos sintamos redimidos y hermanos. Como ha dicho San Pablo hoy: sin diferencias ya, porque todos somos una sola cosa en Cristo nuestro Señor.

Gal 3, 28-29

Y esta es la palabra final que les digo en este mensaje, hermanos. Vamos a llevar esa palabra hecha carne, hecha hostia que se entrega por nosotros, la eucaristía, la vamos a celebrar, nosotros sacerdotes, que tenemos este poder misterioso que Dios nos ha dado, vamos a convertir el pan y el vino en el cuerpo y la sangre del Señor. Lo vamos a volver a colocar en el sagrario de donde lo despojaron unas manos sacrílegas y lo vamos a pasear sobre los corazones de Aguilares y de todos los que han venido en un sentido de solidaridad. En el amor de esa hostia bendita, queremos amar. Sentimos tan pequeño nuestro corazón, y Cristo nos presta el suyo para que así, un solo corazón en el altar, todos los corazones de nosotros, nos unamos para darle gloria a Dios, agradecimiento porque vivimos, perdón a nuestros enemigos y súplica de perdón sobre nuestros pecados y los pecados de nuestro pueblo. Con este afán, hermanos, vamos a celebrar todos ahora la divina eucaristía.

La responsabilidad del reino de Dios

Decimotercer domingo del Tiempo Ordinario
26 de junio de 1977

1 Reyes 19, 16b.19-21
Gálatas 4, 31b-5, 1.13-18
Lucas 9, 51-62

[...] este nombre dulcísimo¹, que es como la constante de toda la enseñanza evangélica. Porque Cristo quiso constituir esta Iglesia, que fuera recogiendo a los hombres que creyeran en Él a través de los siglos, para hacer de todo ese pueblo el protagonista de su obra redentora. Todos ustedes, queridos laicos, religiosos, religiosas, queridos hermanos sacerdotes, todos nosotros somos el pueblo de Dios y sobre nuestras espaldas está descansando la responsabilidad de este reino de Dios. Nadie tiene que ser espectador, todos tenemos que estar en la arena luchando por implantar en el mundo este reino de Dios, cada uno según su vocación.

La vocación cristiana es de desprendimiento

Y así comienza esta consideración de hoy. Eliseo es llamado por medio de un profeta: Elías. Y con un gesto simbólico, pasando cerca de él, le pone su capa encima para decirle que venga a ser colaborador de su difícil tarea profética. Eliseo deja todas las cosas, solamente pide permiso para ir a despedirse de su familia.

¹ El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la grabación magnetofónica de la homilía.

1 Re 19, 19-21
 Lc 9, 60

Mata los bueyes de su arada; quema el yugo, el arado y hace un holocausto a Dios. ¡Qué respuesta noble de un profeta que sabe que Dios no quiere corazones partidos! ¡O todo o nada! Y ante las tres vocaciones que se presentan en el Evangelio: uno que pide permiso para ir a enterrar a su padre, otro que quiere ir con su familia, Cristo le dice: “Deja que los muertos entierren a sus muertos”. En lenguaje oriental la expresión no es tan dura. Sin duda que si hubiera muerto ya el padre, Cristo le hubiera permitido ir a enterrarlo. Se trata de una especie de decirle: te voy a seguir, pero cuando no tenga compromisos familiares. Y son estas mediocridades las que a Cristo le repugnan. Si no eres capaz de desprenderte ahora, no lo serás más tarde. Y al otro le dice: “Todo aquel que pone la mano en el arado y echa la mirada atrás —expresión que quiere decir, como complaciéndose de su pasado, como contento de lo que ha hecho, hombres haraganes, que no quieren dar un paso con Cristo en el desprendimiento a un futuro difícil— no es digno del reino de los cielos”.

Lc 9, 62

En esta hora, hermanos, en que hay tantas necesidades en la Iglesia, da gusto escuchar a hombres que, como Eliseo, se expresan en lenguaje sencillo a través de cartas; como que se han convertido, como que han sentido la presencia de la Iglesia que los llama, que los espera en su propio ministerio. Yo le doy gracias al Señor, porque en esta hora son muchos los corazones que despiertan de su letargo. Así como también hay muchos que, como los que Cristo rechazó, son mediocridades; quieren estar más a gusto con su familia, con sus cosas; no son capaces de desprenderse. Y esta vocación cristiana es de desprendimiento.

Lc 9, 57-58
 M 14, 18

A aquél que le dijo: “Te seguiré, Señor, a donde quiera que vayas”, Cristo le da una respuesta misteriosa: “Fíjate bien, las zorras tienen su cueva, los pájaros tienen su nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza”. He aquí una expresión de la condición que Dios pone al que lo quiere seguir: no te ofrezco comodidades, ni siquiera el nido que tiene el pájaro o la cueva que tiene una zorra. El Hijo del hombre vive desprendido de las cosas. La Iglesia que yo he fundado no tiene que apoyarse, —como dijeron los padres en Medellín, tiene que ser una Iglesia desprendida de todo poder, ya sea económico o político, o de cualquier clase social—, debe de apoyarse en sí misma. Y esto lo repetiremos siempre, hermanos, y esto no quiere decir odio a ninguna clase; al contrario, quiere decir amor

a todas las clases. Que sientan esta Iglesia que es necesaria, que ella ofrece el favor a la gente de salvarlos y no es la gente la que le ofrece a la Iglesia el favor de apoyarla. La Iglesia no necesita apoyos terrenales, porque es de Dios, presentada a todas las clases sociales para que el que quiera salvarse entre en ella sin condiciones, como quien se entrega a Dios. Esta es la Iglesia que queremos. Y me da gusto, de veras, que esta Iglesia vaya despojándose de aquellos amarres que la hacían tal vez muy condicionada. La Iglesia quiere ser libre.

Iglesia libre, confiada en Dios

Y he aquí la otra lección que nos ofrece la palabra de hoy. Nadie de los que proclaman la libertad ha expresado esa idea con tanta profundidad y elocuencia como la que se ha leído hoy en la carta de San Pablo a los gálatas. Esta carta de San Pablo trata de la justificación, que el hombre no se justifica por las obras terrenales, sino por su fe en Cristo. Cuando obra sus trabajos, sus quehaceres, por Cristo nuestro Señor, Cristo le da valor al quehacer de la tierra. Y aquellos judaizantes que creían que la Iglesia fundada por Cristo tenía que apoyarse en las obras de Moisés, en cosas de la tierra, estaban engañados. Cristo venía a proclamar una Iglesia completamente libre de las cosas de la tierra, pero que confiara únicamente en el poder que justifica: en Dios, en la gracia. Es una Iglesia que trasciende; una Iglesia que no ofrece paraísos en la tierra; una Iglesia que, como Cristo, no ofrece a sus seguidores ni siquiera el nido de un pájaro ni la cueva de una raposa; una Iglesia que tiene toda su alegría, su eficacia, en su propia libertad.

Y San Pablo dice entonces: “Para vivir en libertad, Cristo nos ha librado. Por tanto, manteneos firmes, no os sometáis de nuevo al yugo de la esclavitud”. Hermanos, esta es una frase lapidaria: “Vuestra vocación es la libertad”. ¡Qué hermosa la consigna de la Iglesia: la libertad! Es una palabra que mucho se repite hoy, pero que analizándola a la luz del Evangelio, de la palabra de Dios, es una palabra que lleva un contenido muy difícil. Y San Pablo comienza ya aclarándolo: “Pero no una libertad para que se aproveche el egoísmo”. La libertad no es libertinaje. Libertad no quiere decir hacer todo lo que me da la gana. La libertad es la justificación, la de aquel que ha comenzado por

Gal 5, 1

Gal 5, 13a

Gal 5, 13b

independizarse de su pecado. Ahí está la raíz de todos los males. Esta voz de libertad está encuadrada en el mensaje de la justificación.

Justificación, y aquí miremos el Evangelio de hoy, es la última parte del Evangelio de San Lucas, cuando nos comienza a narrar que Cristo camina hacia Jerusalén, donde va a hacer la gran obra de la libertad. Por designio de su Padre marcha firmemente hacia el sacrificio de la cruz; pero de allí, hacia la libertad de la resurrección. Hay muchas pruebas que pasar primero; pero Cristo nos va a dar la libertad, porque solamente muriendo Él en la cruz es como el hombre va a alcanzar la verdadera libertad, porque el pecado del hombre solamente se puede perdonar con la redención de Cristo.

Hermanos, en primer lugar, la libertad que debemos ansiar los cristianos no puede prescindir de Cristo. Solo Cristo es el liberador, porque la libertad arranca del pecado: arrancar de quitar el pecado, independizar del pecado. Por eso la Iglesia, espiritualista por esencia, esencialmente religiosa, tiene que predicar ante todo esta penitencia, esta conversión. Si un hombre no se convierte de su pecado, no puede ser libre él ni hacer libres a los demás. Por eso la Iglesia reafirma su liberación; no es comunista. Que quede bien claro, porque ya me han acusado que soy un comunista. La Iglesia nunca predica el comunismo, porque la Iglesia, si quiere liberar a los hombres, es arrancando de Cristo. Y es lo que siempre hemos predicado: que la libertad que la Iglesia propicia es, ante todo, la libertad en la justificación, en el arrepentimiento del pecado, en desprenderse de los egoísmos, en dejar todo aquello de donde derivan, sí, las otras consecuencias del pecado.

¿Por qué esta diferencia de clases sociales, esta injusta distribución de los bienes, esta no participación en el bien común de la república al que todos los salvadoreños tienen derecho, ese atropello en las bartolinas, esas torturas, esas humillaciones de los pueblos? Son el producto del pecado. Si se viviera justificado, si no se tuviera el pecado en el alma, nadie tuviera el valor de usar el fusil contra otro hombre. Si se tuviera la conciencia cristiana, si se fuera cristiano de verdad, no se abusaría del poder; serían unos políticos cristianos y, partiendo de una sinceridad de justificación, buscarían el verdadero bien del reino de Dios, que hace más felices a las naciones. Por eso, la Iglesia tiene

que chocar, porque ella predica este reino del amor, de la libertad que parte de la libertad del pecado.

Si no, hermanos —y aquí está otro aspecto del Evangelio de hoy—, surge la violencia. Y “la violencia, como dijo el Papa, no es evangélica ni cristiana”². ¿Por qué vivimos en este ambiente de violencia? Un ambiente de violencia que nos hace temer hasta los pasos que damos en la calle. ¿Con qué derecho una organización —verdadera o falsa, no importa, pero lo que importa es el mensaje— puede amenazar de muerte o de que se vayan los jesuitas? ¡Esta es voz de violencia! La violencia no la justifica el cristianismo. Y ya que toco este punto, quiero decirles, hermanos, que los jesuitas³, la Compañía de Jesús no es una secta aparte de la Iglesia, no es un grupo de hombres que no tienen nada que ver con la Iglesia. Aunque así fuera, ya hemos dado suficientes demostraciones de que nos interesa la dignidad humana, el derecho a la vida. Hemos abogado por la defensa de esos derechos aun cuando no se trataba de gente de Iglesia. Recuerden el caso del secuestro del ministro de Relaciones Exteriores: la Iglesia abogó no porque fuera un hombre de Iglesia, sino porque era un hombre, como hombres eran también los prisioneros que se reclamaban, como hombres son todos aquellos que sufren. Y por esos derechos y esa libertad, la Iglesia ha abogado. Aun, pues, que los jesuitas no fueran Iglesia, era un deber de la Iglesia de rechazar esa violencia indigna para defenderlos. Pero mucho más, cuando lo que yo quiero decir es esto: quien toca a los jesuitas, toca a la Iglesia.

La Iglesia es una institución fundada por Cristo y en seguimiento de Cristo surgen diversas vocaciones. Aquí mismo en el país tenemos tantas congregaciones: los jesuitas, los dominicos, los salesianos, los somascos, etcétera, etcétera; así como también en el orden femenino: las religiosas del Sagrado Corazón,

² Pablo VI, Alocución en la misa del Día del Desarrollo en Bogotá (23 de agosto de 1968).

³ El 21 de junio de 1977, la Unión Guerrera Blanca (UGB) publicó el parte de guerra n.º. 6, que literalmente dice: “Todos los jesuitas sin excepción deberán abandonar para siempre el país, antes de que venza el plazo de treinta días a partir de esta fecha. Los miserables impulsoadores de las asesinas FPL no tienen porque seguir envenenando a nuestro pueblo [...] De no acatar nuestra orden en el plazo indicado, se procederá a la ejecución inmediata y sistemática de todos los jesuitas que permanezcan en el país, hasta acabar con todos ellos”. Cfr. “El Salvador. Venció ultimatum de muerte a los jesuitas”, *Ecclesia*, 13 de agosto de 1977.

las religiosas Oblatas al Divino Amor, las salesianas y una pléyade de organizaciones que están haciendo tanto bien a la Iglesia. Tanto los religiosos como las religiosas muestran el rostro de la Iglesia, haciendo el bien en las universidades, en los colegios, en las escuelas, en las catequesis, en los hospitales. Todo eso es Iglesia y quien toca a una de esas congregaciones, toca el rostro de la Iglesia, pone su mano sacrílega sobre el rostro, un bofetón al rostro de la Iglesia.

Si por desgracia llegara a suceder algo a los jesuitas, toda la Iglesia se sentiría ofendida. Y la reacción puede ser muy seria. ¡Queremos suplicar, de veras, un llamamiento a la cordura! ¡Ni siquiera por broma! Broma de pésima ley. Y mucho menos por amenaza seria, teñida de sangre, de violencia. Mucho más fea todavía cuando es la respuesta brutal a la razón que habla. Porque les quiero decir que los pronunciamientos que en estos días han estado publicando los jesuitas⁴ son doctrina de la Iglesia. Y todos los católicos estamos comprometidos con ese magisterio que los jesuitas han tomado muy en serio y que otros católicos de pésima ley no quieren adoptar.

Tres clases de violencia

Pero es el magisterio de la Iglesia que está pidiendo, precisamente, este pasaje del Evangelio de hoy. Fíjense como Cristo va camino de Jerusalén y al pasar por Samaría, sabiendo que Cristo va para la capital de Judea, surge una diferencia política, una pasión política. Los samaritanos eran enemigos políticos de los judíos; y como Cristo es un judío que va para Jerusalén, no le quieren dar posada. Abusan de su derecho de propiedad, no quieren dar posada. Esta es una violencia: la violencia de un derecho que se abusa. Ante esa violencia, como decían los padres en Medellín, “violencia institucionalizada”, violencia que se hace institución, surge otra violencia: la de los Boanerges. Los apóstoles Santiago y Juan eran muy fogosos y le dicen a Cristo: no te quieren dar posada, no nos quieren dar posada. ¿Quieres que pidamos al cielo que llueva fuego sobre esta ciudad? ¡Violencia! Cristo no aprueba ni una ni otra. El Evangelio nos dice clara-

Lc 9, 52-53

M 2, 16

Lc 9, 54

⁴ Cfr. “Los jesuitas ante el pueblo salvadoreño”, *ECA* 344 (1977), pp. 434-450.

mente: Cristo los regañó. Y en otra palabra Cristo da la razón, en otro lugar del Evangelio: no, porque el Hijo del hombre no ha venido a perder, sino a salvar. La única violencia que Cristo admite es esta que Él va a cumplir: a dar su sangre, a dejarse violentar, a que lo maten, porque solo su sangre es la que puede dar la vida al mundo. No hay otra sangre legítimamente derramada más que aquella que derramó el amor por salvarnos a nosotros. Lc 19, 10

Según esto, hermanos, hay tres clases de violencia: la violencia institucionalizada, la de los samaritanos, que apropiándose sus casas no quieren dar posada al peregrino; la violencia institucionalizada, aquella que oprime abusando de sus derechos. Quiero aclarar también lo de la autoridad. La autoridad es un derecho. Y es cierto que la Biblia dice que toda autoridad viene de Dios. Y cuando Cristo estaba frente a Poncio Pilato, que Pilato le dice: “¿No me contestas? ¿No sabes que te puedo matar o te puedo dejar libre?”; Cristo le contesta: “No tuvieras potestad si no te viniera de arriba”. Toda potestad viene de arriba, pero por eso precisamente, porque viene de Dios, el que la detenta tiene que usarla según Dios. Cuando una autoridad atropella los derechos de Dios, los mandamientos de la ley de Dios, por ejemplo: no matar, no torturar, no hacer el mal, esa autoridad ha pasado sus ámbitos. Es entonces cuando Pedro, apóstol que aprendió la doctrina de Cristo, le dice a las autoridades de Jerusalén: no nos es lícito obedecer a los hombres antes que obedecer a Dios. Rm 13, 1
Jn 19, 10-11
Ex 20, 13
Hch 5, 29

La autoridad viene de Dios y por eso la obedecemos, pero mientras se mantenga en los ámbitos de la ley de Dios. Si un sacerdote, por un espíritu servil, proclama que toda autoridad viene de Dios y que es respetable indistintamente la autoridad, manipula esa frase. Y es triste que las frases que le convienen las despliega en todos los medios de comunicación social. Así se utiliza la ingenuidad, cuando la Iglesia puede caer en ese defecto. Por eso, tenemos que ser muy precisos, queridos hermanos, en estudiar la doctrina del Señor y no porque una frase del Evangelio lo dice, olvidamos las otras partes de la revelación divina. Esta es la violencia que se institucionaliza, la que quiere abusar del poder o de sus derechos.

Entonces surge lo que hoy surge en América Latina: hay —dicen los padres de Medellín— como un signo de los tiem-

M *Intr.*, 4

pos, un afán universal de liberación. Y la Iglesia, que siente que ese anhelo del hombre latinoamericano viene del Espíritu Santo que le está inspirando su dignidad y le hace ver la desgracia en que vive, la Iglesia no puede ser sorda a ese clamor. Y tiene que dar la respuesta, una respuesta que no tiene nada de violencia. Ante esta situación de violencia que se hace institución, surgen movimientos de liberación que no son Iglesia: la lucha de clases, el odio, la violencia armada. Eso no es cristiano tampoco. Y la Iglesia tiene que preparar sus hombres —y lo estoy haciendo en este momento— para que vivan una verdadera libertad de los hijos de Dios, que sepan que la raíz de este malestar de nuestro continente está en el corazón de cada hombre, en el pecado, y que tiene que ser entonces la violencia que se hace a sí mismo cada cristiano para vivir según el Evangelio.

Lc 9, 60

Jesucristo hace un llamamiento a la violencia a sí mismo, cuando le dice al que va a despedirse de su familia: “Deja que los muertos entierren a sus muertos”. Una violencia a sí mismo: desprendimiento de todo. O cuando le dice al otro: “El que pone la mano en el arado y mira para atrás no es digno del reino de los cielos”. Es la violencia que uno tiene que hacerse a sí mismo para no estar contento nunca con las mediocridades de la vida, para superarse, para ser mejor. Que la libertad que la Iglesia propugna no es una libertad económica o política, para que los hombres tengan más. Eso a la Iglesia es muy secundario. La Iglesia sí busca un bienestar en esta tierra, pero con una esperanza del cielo. Por eso Cristo le enseñó a la Iglesia a decir que

Lc 9, 62

no se puede servir a dos señores; que todo aquel que hace de una cosa de la tierra un ídolo y lo adora ya está de espaldas a Dios; y que tenemos que estar de rodillas ante Dios y de espaldas a todas las otras cosas que no son Dios; o valiéndonos de las cosas —dinero, poder, riquezas— para servir al bien común, para hacer el bien a los demás, mirando siempre a Dios, a quien hay que servir. Lo fatal en estas situaciones es esa idolatría que nos hace apartarnos de Dios, aun cuando materialmente nos llamemos cristianos.

Mt 6, 24

Queridos hermanos, en esta hora, pues, en que la Iglesia recupera toda su identidad, es necesario que todos nosotros examinemos si de veras hemos comprendido lo que significa pertenecer a esta Iglesia pobre, peregrina, desprendida, no apoyándose en las fuerzas de la tierra sino en Cristo, con su espe-

ranza puesta en Dios, tratando de construir así un mundo mejor, porque tiene que comenzar ya aquí el reino de Dios, pero no con las violencias que los hombres inventan, institucionalizándolas o queriéndolas derribar a la fuerza. ¡No así! El llamamiento que Cristo nos hace es por el amor. Y por eso San Pablo en su misma carta nos termina diciendo una frase que yo quisiera que la tuviéramos muy presente en estos días, hermanos, San Pablo dice: “Atención: que si os mordéis y devoráis unos a otros, terminaréis por destruirnos mutuamente”. Este es el suicidio de nuestra patria; nos estamos mordiendo unos con otros y nos estamos destruyendo. ¿Cuál es el remedio entonces? “Yo os lo digo —dice la palabra de Dios hoy—: amarás al prójimo como a ti mismo; andad según el Espíritu y no realicéis los deseos de la carne, pues la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Hay entre ellos un antagonismo tal que no hacéis lo que quisiérais. Pero si os guía el Espíritu, no estáis bajo el dominio de la ley”. Quiere decir, pues, que el amor es la fuerza de la Iglesia.

Gal 5, 15

Gal 5, 14b.18

Un esfuerzo, hermanos, por perdonar; un esfuerzo por amar; comenzando por amar a Dios y no ofenderlo, dejar el pecado y amar al prójimo, aunque me haya ofendido. Esta es la fuerza que hará un mundo mejor y que el Papa ha llamado “la civilización del amor”⁵. Proclamémosla y hagamos lo posible por construirla: la civilización. ¡Pero si es que hoy El Salvador no está civilizado! ¡Es que publicarse o echarse por radios amenazas tan brutales, tan animales como esa que ha salido últimamente! ¡Eso es subdesarrollo de civilización! ¡No poder soportar la luz de la razón de unos escritos! Si la razón se combate con razones, ¿por qué amenazar con armas, con muertes, al que escribe la razón, el mensaje de la Iglesia? No hay más que el camino de la conversión, no a lo que dicen los jesuitas, sino a lo que los jesuitas enseñan porque lo han aprendido de la Iglesia y la Iglesia lo ha aprendido de Dios.

He aquí, pues, el único camino por el cual podemos salir de esta incivilidad en que vivimos, en que nos estamos acabando unos con otros y que San Pablo nos llama, pues, a dejarnos guiar por el Espíritu, que resume en esa breve frase de Cristo: “Amaos los unos a los otros”. Hagamos un esfuerzo, hermanos, y hare-

Gal 5, 14b

⁵ Cfr. Pablo VI, *Si quieres la paz, defiende la vida*, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz (1 de enero de 1977).

mos de nuestra Iglesia una verdadera antorcha de la libertad, que ha proclamado hoy la palabra de Dios y que con una fe cristiana vamos a profesar ahora ya.

La paz¹

Decimocuarto domingo del Tiempo Ordinario
3 de julio de 1977

Isaías 66, 10-14a
Gálatas 6, 14-18
Lucas 10, 1-12.17-20

Queridos hermanos y, a través de la radio, estimado pueblo que reflexiona sobre la palabra de Dios, que debe ser siempre la inspiración y fortaleza del verdadero seguidor de Jesucristo:

Un nuevo mensaje nos ofrece esa palabra divina cada vez que nos congrega en la misa de cada domingo. No hay domingo igual. A lo largo del año litúrgico —repito y seguiré repitiendo— la Iglesia tiene un propósito: ir ahondando más en el alma del pueblo esa revelación divina que es la luz que clarifica todas las confusiones y que nos da el camino certero para conocer más el proyecto divino de Dios sobre nosotros. Dichosos los hombres que captan esa luz y la hacen motor de su vida. Tal es el mensaje de hoy, sobre un problema que responde a la angustia de nuestro tiempo: la paz.

¹ Dos días antes de esta homilía, el 1 de julio de 1977, tomó posesión el nuevo presidente de El Salvador, el general Carlos Humberto Romero. Monseñor Óscar Romero no asistió al acto oficial, tal como lo había decidido el 15 de marzo de 1977, después del asesinato del padre Rutilio Grande; decisión a la que hace referencia en una entrevista, después del acto de toma de posesión: “Fiel a mi promesa de no asistir a actos oficiales mientras no se aclare la situación entre la arquidiócesis y el gobierno, no podía yo asistir a la toma de posesión; pero eso no significa una declaración de guerra ni una ruptura definitiva”. *Cfr.* “Boletín informativo del arzobispado n.º. 6”, *ECA* 341 (1977), p. 257 y “El arzobispo solo pone una condición para el diálogo: la sinceridad”, *Orientación*, 17 de julio de 1977.

La paz. Siete siglos antes de Cristo, anunciando el ambiente propio de la era mesiánica, el profeta Isaías escribió esa página bellísima que han escuchado hoy. Nos presenta a Jerusalén como la idealización de ese ambiente que va a crear el Mesías, como una ciudad alegre y feliz, porque en ella Dios ha desbordado como un torrente la paz. Me alegro mucho de proclamar esta palabra de Isaías porque es la lectura que la liturgia también aplica a la misa de Nuestra Señora de la Paz, patrona de todo El Salvador. Y la invoco hoy, a esta querida madre salvadoreña, porque ella dará a mi palabra y a vuestra inteligencia la capacidad de captar eso que se encarnó en ella, la Reina de la Paz, porque Dios hizo derrochar sobre ella, sobre su alma, expresión bellísima de la Iglesia acabada en todas sus virtudes, lo que Dios quiere dar a cada corazón, a cada pueblo, a cada familia, como un torrente: la paz.

Lc 10, 5-11

Y cuando Cristo vino a realizar esas profecías antiguas, resumió en esa palabra toda su redención. Hoy nos presenta el Evangelio los primeros ensayos de evangelización del mundo. No es propiamente el grupo de los doce apóstoles —que los prepara para ser la inspiración de todo el pueblo de Dios—, es más bien un grupo de setenta y dos, en el cual yo veo, queridos hermanos, a ustedes los laicos, los bautizados, padres de familia, maestros de escuela, profesionales, estudiantes. Ustedes son los setenta y dos que Cristo escoge y los envía con una misión semejante a la misión jerárquica: vayan al mundo y prediquen esto que es el resumen de mi redención: paz a esta casa. Y si allí hay gente de buena voluntad, allí se quedará esa paz; pero si hay soberbia, si hay orgullo, si hay rechazo de Dios, esa paz no se quedará allí, se irá con ustedes; y en un gesto de quien ha sufrido un rechazo, sacudan hasta sus sandalias frente a ellos, como para decirles: no fuisteis digno de este mensaje de Dios. Y la paz seguirá con ustedes y habrá gente que la acoja. Y siempre habrá gente que la rechaza también.

Gal 6, 14-16

Y cuando San Pablo filosofa sobre esta paz, sobre este misterio de la redención de Cristo sintetizado en esa breve palabra: paz, encuentra la fuente de donde deriva esa paz; y él mismo se siente instrumento de esa paz que deriva de la cruz: soy un crucificado para el mundo. El mundo no me comprende, yo tampoco quiero compaginar con el mundo. Soy un crucificado para el mundo y el mundo es un crucificado para mí. Y llevo este

tesoro de la paz en mi corazón, repartiéndolo a todo aquel que lo quiera recibir. Esta es la Iglesia, hermanos, personificada en San Pablo, puede decir ahora con mucha claridad a los católicos de la Arquidiócesis de San Salvador y a los que no quieren ser católicos porque voluntariamente han rechazado a Cristo y a su paz, cada uno de los que siguen a esta Iglesia puede decir como San Pablo, hoy más que nunca: soy un crucificado para Cristo. Lejos de mí gloriarme en otra cosa que no sea la cruz de Cristo. Y les repito con inmensa alegría que para mí este es el momento glorioso de la Iglesia de San Salvador. Dichosos los que lo comprendan y lo vivan. No buscar sus glorias en los aparatos gloriosos del mundo. No buscar el poder y su fuerza en la fuerza del dinero o de las cosas de la tierra. Todas esas cosas son para mí crucificadas, no valen. Yo soy para ellas también un crucificado.

Gal 6, 14

Dichoso aquel que sepa desprenderse para constituirse en un verdadero instrumento de la paz. El Concilio Vaticano II llega a decir esta hermosa frase: la problemática del mundo actual que va reflexionando en ese sentido comunitario y nunca, como ahora, el mundo había llegado a sentirse tan unido por lazos tan diversos; sin embargo, se encuentra frente a un problema insoluble: no puede crear un mundo lleno de paz. Y es que la palabra de Cristo permanece ahora y se siente como una feliz bienaventuranza: “Dichosos los artifices de la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios”.

GS 77

Mt 5, 9

Esta es la gran angustia de nuestro tiempo, y aquí en El Salvador la estamos sintiendo: no hay paz. Y nos dió mucho gusto oír esta angustia en los labios del nuevo presidente², gritando paz para el pueblo, paz para la familia, paz para el propio corazón. Nos alegra que en el nuevo gobierno haya esta ansia de paz; pero nos preocupa si no quiere seguir los verdaderos caminos para encontrar la paz. Y he aquí la Iglesia, dispuesta en diálogo con todos los hombres, principalmente, con los que tienen en sus manos el poder político y el poder económico, para decirles qué es la paz y la gran capacidad de paz que ustedes tienen si quisieran seguir la voz del Evangelio.

² Se refiere al discurso del general Carlos Humberto Romero, en la toma de posesión como presidente de El Salvador, el 1 de julio de 1977. *Cfr.* “Documentos”, *ECA* 345 (1977), pp. 515-519.

La paz es fruto de la justicia

Voy a abrir ante ustedes, hermanos —lo he estudiado esta semana para transmitirse los— dos preciosos pasajes de los famosos documentos que hoy iluminan el magisterio de la Iglesia. Hay un capítulo en el Vaticano II que trata de la paz y hay uno de los documentos de la reflexión de los obispos junto con el Papa, en Medellín, que también hablan de la paz. De esos dos documentos, que iluminan el magisterio actual de la Iglesia, quiero sacar el comentario más autorizado para las lecturas bíblicas de hoy, que precisamente quieren ser un mensaje de paz verdadera.

GS cap. V

M 2

GS 78

M 2, 14

Dicen ambos documentos que la paz no es ausencia de guerra. Es una noción muy negativa. No podemos decir que hay paz cuando no hay guerra. Actualmente, no hay guerra en muchos países, en casi todo el mundo no hay guerra y, sin embargo, en ninguna parte hay verdadera paz. No basta, pues, que no haya guerra. Tampoco es paz el equilibrio de dos fuerzas adversas. Se amenazan Rusia y Estados Unidos, no es propiamente paz la que hay entre las dos grandes potencias. Lo que hay es miedo; miedo a quién es más poderoso. Eso no es paz. Dos muchachos, dos hombres, que se amenazan a un pleito, todavía no hay pleito, pero tampoco hay paz. Hay miedo entre dos potencias. Y decía el Papa: nadie puede hablar de paz, con una pistola o un rifle en la mano; eso es miedo. Tampoco hay paz, dice el Concilio, en la hegemonía despótica, queriendo someter a un pueblo, a un hombre. Es la paz de la muerte, la paz de la represión. Tampoco es paz.

¿Qué es, pues, la paz? La paz, dice el Concilio, es la definición de Isaías, profeta, y que Pío XII lo hizo el lema de su precioso escudo: *Opus justitiae pax*. La paz es el fruto de la justicia. Esto sí es paz. Paz solamente habrá cuando hay justicia. Y también nos gustó escuchar este concepto, en el mensaje presidencial. Cuando hay justicia, hay paz. Si no hay justicia, no hay paz. Paz es el producto del orden querido por Dios, pero que los hombres tienen que conquistar como un gran bien en medio de la sociedad: cuando no hay represiones, cuando no hay segregaciones, cuando todos los hombres pueden disfrutar sus derechos legítimos, cuando hay libertad, cuando no hay miedo, cuando no hay pueblos sofocados por las armas, cuando

Is 32, 17

no hay calabozos donde gimen perdiendo su libertad tantos hijos de Dios, donde no hay torturas, donde no hay atropellos a los derechos humanos.

Por eso, se llena de esperanza la patria cuando el gobernante dice que no puede haber paz si no hay justicia; pero es necesario agregar obras a esa palabra, es necesario que desaparezcan tantas situaciones injustas. En Medellín, se describió la situación de Latinoamérica y se llegó a decir esta palabra que a muchos escandaliza: en América Latina hay una situación de injusticia. Hay una “violencia institucionalizada”. No son palabras marxistas, son palabras católicas, son palabras de Evangelio; porque dondequiera que hay una potencia que oprime a los débiles y no los deja vivir justamente sus derechos, su dignidad humana, allí hay situación de injusticia. Y dice Medellín esta frase lapidaria: si el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, los pueblos que viven en subdesarrollo son una provocación continua de violencia. Y si la violencia existe, muchas veces —dice el Papa— procede de una aflicción, de una angustia. No decimos que la legitime, pero que puede dar su explicación. Y es natural, hermanos, que a una violencia institucionalizada, que se institucionaliza y que se hace ya un modo de vivir y no se quiere ver las maneras de cambiar esa institución, no es extraño que haya brotes de violencia. No puede haber paz, se está provocando contra la paz.

M 2, 16

M 2, 1

PP 30
M 2, 16

Si de verdad hay deseo de paz y se conoce de verdad que la justicia es la raíz de la paz, todos aquellos que pueden cambiar esta situación de violencia están obligados a cambiar. Hemos visto en la lista de los nuevos colaboradores del gobierno a muchos cristianos, hasta cursillistas de cristiandad. Esperamos que sepan escuchar la voz del Evangelio, que les dice que esta situación de El Salvador es provocadora de violencia y están obligados, desde sus puestos de gobierno, a empujar esos cambios estructurales que necesita el país para crear un ambiente propicio a la paz. Porque, dice también Medellín, que todo aquel que puede hacer algo por hacer más justo el orden de Latinoamérica peca contra la paz si no hace lo que está a su alcance. Ahora esperamos que ese pecado de omisión, que acusamos al principio de la misa, toque la conciencia de muchos que pueden hacer mucho y no lo hacen, tal vez por estar granjeando su situación bondadosa, por el sueldo, por no caer mal en política,

M 2, 18

por no perder la gracia de los poderosos. Serían traidores a la ley de Dios, serían pecadores de omisión si por temor a perder su vida en la tierra, no hacen lo que deben hacer para dar a sus paisanos, al pueblo, a la sociedad, al bien común, un respiro de paz sobre una justicia más equitativa.

M 2, 15

Tampoco justificamos la violencia. “La violencia —el mismo Concilio y Medellín dicen con el Papa— no es cristiana ni evangélica. El cristiano es pacífico y no se ruboriza de ello”. No decimos pacifistas porque hay un movimiento de no violencia que no procede del cristianismo. Gandhi y otros seguidores de la no violencia, que ya son un movimiento en el mundo, tienen sus orígenes en una filosofía que más bien es una huida de la lucha, un olvidarse de los derechos oprimidos del hombre. El cristiano sabe que puede luchar y su Evangelio le invita a la defensa de la justicia, es valeroso; pero sabe que la violencia solamente engendra violencia y que solamente será, como la guerra, el último recurso, cuando ya se han agotado todos los recursos pacíficos. Pero mientras tanto, agota los medios de la paz, que son mucho más fecundos y productivos, porque no podemos ceder a la pasión del odio y del resentimiento unas resoluciones tan trascendentales para el orden de la paz. Es necesario, pues, que la pacificación, los hijos de la paz, los hijos de Dios que trabajan este mundo mejor, se inspiren no en la violencia, tampoco en la no violencia no cristiana, sino en una paz que es fecunda, que exige el cumplimiento del derecho, que exige el respeto a la dignidad humana, que no se conforma nunca por no tener problemas con los que atropellan estos grandes derechos de la humanidad. Y aquí puede contar el gobierno con grandes artífices de la paz, mientras deje a la Iglesia la libertad para predicar su Evangelio, la libertad para predicar la promoción del hombre. Ninguna colaboradora más eficaz y poderosa podrá encontrar ningún gobierno del mundo que la Iglesia, proclamadora de la verdadera libertad, de la justicia y de la paz.

No basta la justicia, es necesario el amor

El otro concepto que sacamos de los documentos es este: no basta la justicia, es necesario el amor. Siempre hemos predicado esto, hermanos. Me da gusto constatar que todas las personas

que han seguido el pensamiento de esta hora de la Iglesia jamás han oído una palabra de violencia de mis labios. La fuerza del cristiano es el amor, hemos dicho. Y repetimos: la fuerza de la Iglesia es el amor.

El amor, el que nos hace sentirnos hermanos a todos, el que en la segunda lectura de hoy San Pablo proclama, inspirado en aquel que nos amó hasta la muerte y que por eso nos arrastra al amor de sentirnos crucificados por Cristo y por nuestros hermanos. Mientras no lleguemos a esta fortaleza del amor, no podemos ser los verdaderos pacificadores. No puede ser artífice de la paz el que tiene el corazón resentido, violento, con odio. Tiene que saber amar, como Cristo, aun a los mismos que lo crucifican: perdónalos, Padre, no saben lo que hacen. Son idólatras de su dinero, de su poder. Si te conocieran, te amarán. Por eso, más que odio y resentimiento, me dan lástima, esos pobres idólatras que no saben la fuerza de este amor que tú me has dado. Dale amor, Señor, a ellos también. ¡Cuánto bien harían los poderosos, cuando amarán de verdad y no fueran egoístas y envidiosos! ¡Qué hermoso sería el mundo, hermanos, si todos desarrolláramos esta fuerza del amor!

Lc 23, 34

Y aquí, el Concilio Vaticano II tuvo el cuidado de deslindar dos clases de paz; y es necesario que lo tengamos muy en cuenta. Una paz que Cristo se reservó para los más íntimos, para aquellos que comprendieran la redención, que comprendieran que tenían que arrancarse del pecado; porque mientras haya pecado en un corazón, no puede haber la verdadera paz: la paz divina. Aquella que Cristo nos reconcilió con el Padre muriendo en la cruz, llevando en su cuerpo los pecados de todos nosotros. Y para nosotros cristianos, católicos, esta es el culmen de la paz: la paz en la gracia de Dios, la paz del que sale del pecado y no siente las pasiones más que para dominarlas, la paz de las almas santas. Esta paz que Cristo decía: “Mi paz os dejo, mi paz os doy, no como la da el mundo”.

GS 78

Jn 14, 27

Y aquí distinguimos la otra paz, la paz que la Iglesia habla con el mundo. La paz que pueden tener también los no cristianos, la paz de los hombres de buena voluntad que cantamos en el gloria de la misa: “Paz a los hombres de buena voluntad”. Quiere decir esa otra paz, la paz que procede de un amor natural, la paz del hombre que, aun sin conocer a Dios, es capaz de descubrir esta fuerza íntima de solidarizarse con el que sufre,

Lc 2, 14

de llevar un poco de bienestar al desconsolado, de denunciar las injusticias ante las riquezas injustas. Esta es la paz que todos los hombres... Y aquí hago un llamamiento yo aun a aquellos que no creen en esta fe que nos ha congregado en nuestra misa del domingo. Muchos estarán oyendo allá por radio, sin ser católicos, sin que les importe la misa de cada día; hasta les estorba la oración piadosa de su esposa, de su mamá, de los seres piadosos que han encontrado la paz divina. Ellos todavía no la han encontrado, pero les quisiera decir, queridos amigos: aun sin creer en ese Cristo y en esa paz del alma, ¿no sienten ustedes la capacidad de perdonar? ¿No sienten ustedes la fuerza de decir no a ese rencor que llevan hace mucho tiempo en su corazón? Ustedes, incrédulos, sin Cristo, ¿no sienten que no se necesita creer en Cristo —basta ser hombre— para sentirse solidario del pobrecito, del que no tiene, y sentir que hay injusticias ante las grandes desigualdades de nuestra sociedad? Entonces, apelamos también a ustedes. Ustedes también pueden ser llamados artífices de la paz.

Por eso, cuando enterrábamos al inolvidable padre Alfonso Navarro, decíamos en la parroquia de Miramonte que hacíamos un llamamiento a sembrar la paz no solamente a los católicos, que acribillados por la calumnia podemos haber perdido tal vez el crédito, pero que quedaban muchas fuerzas vivas en El Salvador: los protestantes, la Cruz Roja, los Boy Scouts, todas las instituciones benéficas, bondadosas, de tantos corazones buenos, aunque sean laicas, aunque sean ateas, pero pueden hacer mucho bien por esta paz. Es el deseo del Evangelio de hoy. Y he aquí, cuando Cristo dice que nos amemos unos a otros, no está diciendo que sea necesario ser cristiano. A mí me parece que esa frase de Cristo, “amaos los unos a los otros”, es como un punto de contacto entre la fe y los que no tienen fe, porque aun sin tener fe, se es capaz de amar al hermano y de ser artífice de paz.

Jn 15, 12

Mi llamamiento de hoy, pues, brota del corazón del Evangelio, del corazón de la Iglesia; pero sus brazos se tienden aun a aquellos que no tienen fe, para prestar al mundo una colaboración sincera, la colaboración por una paz verdadera. Y este es el diálogo que la Iglesia ofrece. Si el nuevo mandatario nos pedía que le tuviéramos confianza y que lo iba a demostrar, he aquí la Iglesia a la espera de ese diálogo. La Iglesia nunca ha roto el diálogo con nadie. Otros son los que lo han roto; otros son

los que la han maltratado. Le diríamos que hay muchas palabras que no salen de la boca, pero que deben salir de las obras para mostrar la sinceridad en esta búsqueda de paz para nuestra patria. Por ejemplo, la Iglesia necesita que le devuelvan sus sacerdotes que le han quitado. Muchas familias necesitan que le devuelvan a sus seres queridos que no saben dónde están. Se necesitan muchas obras para ganar la confianza y, de verdad, buscar en todos, con sinceridad, la paz que necesita nuestra patria. Necesitamos, hermanos, una gran confianza mutua y esto es justicia. Y si no hay esto, El Salvador seguirá ansiando la paz que canta en su himno nacional, pero que no la ha sabido conservar. Nuestro Señor, pues, que hoy nos da este augurio de paz, señalándonos los caminos por medio de su Iglesia, nos dice que seamos todos artífices de la paz.

Mt 5, 9

Seamos artífices de la paz

Y voy a terminar con aquella constatación de Cristo al principiar el Evangelio de hoy: “Rogad al Señor de la mies para que envíe obreros a su mies, porque la mies es mucha y los obreros son pocos”. El gran problema de la paz es inmenso y necesita muchos artífices de la paz: sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos situados en todas las situaciones de la política y de la economía; todos son llamados ahora. La mies es inmensa, El Salvador tiene un vigor, una exuberancia maravillosa. Qué maravilloso pueblo sería El Salvador si cultiváramos a los salvadoreños en un ambiente de paz, de justicia, de amor, de libertad. Cultivemos, hermanos, al menos cada uno en la medida de su alcance procure hacerse artífice de la paz. Y Jesucristo describe en el Evangelio y San Pablo en su epístola de hoy las condiciones del hombre que quiere ser artífice de la paz. Sería bueno que repasáramos esa página del Evangelio donde Cristo nos predica como condición indispensable la pobreza de espíritu, el desprendimiento: no llevéis alforja ni doble túnica; id como peregrinos. Esta es la gran aventura del hombre de hoy. Todo hombre que se quiere instalar cómodamente, y no quiere arriesgarse en la pobreza, y no quiere desprenderse de sus situaciones bonancibles, por lo menos de corazón, no quiere prestar la colaboración a Dios.

Lc 10, 2

Lc 10, 4

Pero no basta esa pobreza exterior. También quiero decir a los que predicán la pobreza o una Iglesia de los pobres única-

Gal 6, 14

mente por demagogia, sin corazón, únicamente por alardes: eso no sirve tampoco. La pobreza que nos predica hoy el Evangelio es la de San Pablo: yo soy para el mundo un crucificado. Es decir, una pobreza que arranca del amor a Jesucristo. Una pobreza que al mirar a Cristo desnudo en la cruz le dice: Señor, te seguiré a donde quiera que vayas, por los caminos de la pobreza, no por demagogia sino porque te quiero, porque quiero ser santo a partir de mi propia santidad. Esta pobreza que me hace sentir las riquezas del mundo como crucificadas para mí y yo ser un crucificado para todos los criterios del mundo, esta es la verdadera pobreza.

Mt 5, 9

Bienaventurados los pobres de corazón, los que tienen el corazón necesitado de Dios, los que en la cruz y el sacrificio encuentran la alegría de la vida, los que han aprendido en el crucificado el verdadero secreto de la paz, que consiste en amar a Dios hasta el exceso de dejarse matar por Él y amar al prójimo hasta quedar crucificado por los prójimos. Este es el amor de los redentores modernos, el de Cristo, el de siempre. Solo estos serán verdaderos artífices de la paz, de los que dijo Cristo en el sermón de las bienaventuranzas: bienaventurados los que van sembrando la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Prometámosle al Señor, mientras vamos a proclamar nuestra fe en Él.

La interioridad

Decimoquinto domingo del Tiempo Ordinario
10 de julio de 1977

Deuteronomio 30, 10-14
Colosenses 1, 15-20
Lucas 10, 25-37

Queridos hermanos, estimados radioyentes:

Hoy la palabra de Dios nos invita a la interioridad. Es como si Cristo nos dijera a todos los que vamos a hacer esta reflexión: el reino de Dios está dentro de vosotros. Vivimos muy afuera de nosotros mismos. Son pocos los hombres que de veras entran dentro de sí y por eso hay tantos problemas; porque si de veras nos asomáramos a nuestra propia intimidad y comprendiéramos que la voz del Señor, la ley que nos santifica, no está —así como nos acaba de explicar la primera lectura— allá en las alturas del cielo, y entonces preguntaríamos: “¿Quién podrá subir hasta el cielo, y nos traerá y nos proclamará lo que Dios quiere?”. O fuera una ley que estuviera al otro lado del mar, y diríamos: “¿Quién de nosotros cruzará el mar, y nos lo traerá y nos lo proclamará para que lo cumplamos?”. Así andamos buscando. ¿Cómo se mejorará nuestra república? ¿Cómo habrá más entendimiento entre los salvadoreños? Como que si estuviéramos esperando algo que nos venga de fuera. Y le echamos la culpa al gobierno, a las riquezas, a las cosas; ¿pero de qué serviría —nos dicen los documentos de la Iglesia— cambiar todas las estructuras sociales, políticas, económicas, si no cambia el corazón de los que han de vivir y manejar esas estructuras?

Lc 17, 21

Dt 30, 12-14

M 1, 3

Convertirse desde dentro

Mientras los que se preocupan de los problemas no entren dentro de sí y desde su propio corazón escuchen lo que nos dice la palabra divina hoy: “Convértete al Señor tu Dios con todo el corazón y con toda tu alma”; o mejor, si no escuchamos la palabra de Cristo que nos dice más terminantemente ante el doctor de la ley que le pregunta cuál es el principal mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu ser”.

Dt 30, 10

Lc 10, 27

El hombre no es grande mientras no se mire por dentro. El Concilio —que inició para el mundo moderno desde el corazón de la Iglesia, un humanismo nuevo, un humanismo cristiano— nos llega a decir que, desde su propia interioridad, el hombre comprende que su vocación más alta es su intimidad con Dios, y que en el corazón de cada hombre hay como una pequeña celda íntima donde Dios baja a platicar a solas con el hombre; y es allí donde el hombre define, decide su propio destino, su propio papel en el mundo. Si cada hombre de los que estamos tan emproblemados en este momento entráramos a esta pequeña celda y desde allí escucháramos la voz del Señor que nos habla en nuestra propia conciencia, cuánto podríamos hacer cada uno de nosotros por mejorar el ambiente, la sociedad, la familia en que vivimos. Y si todos los salvadoreños, este domingo en que la palabra de Dios es la palabra del amor, tomáramos la resolución, de veras, de vivir el principal de los mandamientos y le diéramos a la intimidad de nuestro ser su propia razón de ser, yo les aseguro, hermanos, que este domingo marcaría el cambio total y no habría necesidad de esperar desde fuera, porque cada uno está aportando desde su propio interior, lo que la patria y el mundo necesitan. Porque el mundo, la historia, no se va a construir sin nosotros. Somos partícipes de la construcción de la historia y en eso está evolucionando actualmente la humanidad.

GS 14

Por eso, uno de los signos de los tiempos actuales es ese sentido de participación, ese derecho que cada hombre tiene a participar en la construcción de su propio bien común. Por eso, una de las conculcaciones más peligrosas de la hora actual es la represión, es el decir: solo nosotros podemos gobernar; los otros no, hay que apartarlos. Cada hombre puede aportar mucho de bien y se logra entonces la confianza. No es alejando

como se construye el bien común. No es expulsando a los que no me convienen como voy a enriquecer el bien de mi patria. Es tratando de ganar todo lo bueno que hay en cada hombre, es tratando de extraer —en un ambiente de confianza— con una fuerza que no es una fuerza física, como quien trata con seres irracionales, sino una fuerza moral que atrae de todos los hombres, sobre todo de los jóvenes inquietos, el bien; para que, aportando cada uno su propia interioridad, su propia responsabilidad, su propio modo de ser, levante esa hermosa pirámide que se llama el bien común, el bien que hacemos entre todos y que crea condiciones de bondad, de confianza, de libertad, de paz, para que todos construyamos lo que es la república, *res pública*, la cosa pública, lo que es de todos y a lo que todos tenemos obligación de construir.

Cristo, síntesis de todo cuanto existe

¿Cuál es la esencia de ese hombre salvadoreño, o de cualquier parte del mundo, pero que Dios ha creado precisamente para hacer feliz al mundo? Es hermoso el pasaje de la segunda lectura, donde San Pablo nos invita a mirar desde Cristo una perspectiva cósmica: “Cristo es imagen del Dios invisible, primogénito de toda creatura. Por medio de Él fueron creadas todas las cosas, celestes, terrestres, visibles, invisibles. Él es anterior a todo. Todo fue creado por Él y para Él”.

Col 1, 15-16

Hermanos, qué hermosa es la perspectiva cristiana. Cristo es el hombre-Dios y en cuanto hombre, vemos que en el hombre es capaz de amarse mucho; y en cuanto Dios, sabemos que Él es el principio y el fin de todas las cosas. Cristo, pues, como hombre y como Dios, nos da la síntesis, el resumen acabado de todo cuanto existe. Solo en Él puede haber felicidad, prosperidad, amor, libertad, paz. Si se elimina a Cristo —dijo el Concilio— es suicidarse¹. Y lo decía a los gobernantes, porque el que desprecia a Cristo y lo que representa a Cristo en el mundo, que es su Iglesia, porque Él es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia, y el que desprecia a esa cabeza y a ese cuerpo se suicida porque pierde la visión universal de las cosas y pierde el sentido de ver al hombre; y ya en el hombre no mira más que a un rival, un estorbo, una

¹ *Cfr.* Concilio Vaticano II, Mensajes del Concilio a la humanidad (8 de diciembre de 1965), *A los gobernantes*, 5.

fiera y lo trata a palos, brutalmente. Pero si en cada hombre, como cuando el Papa decía al terminar el Concilio², que este Concilio nos ha enseñado a mirar a Cristo y desde Cristo a cada hombre, y entonces miramos en el rostro de cada hombre —tanto más transparente y bello cuanto más lo purifica el dolor, la pobreza, la angustia, el sufrimiento— el rostro de Cristo, que también es el rostro de un hombre sufrido, el rostro de un crucificado, el rostro de un pobre, el rostro de un santo. Y en el rostro de cada hombre aprendemos a ver el rostro de Cristo y amamos a cada hombre con aquel criterio con que Él nos va a juzgar al final del tiempo: “Tuve hambre y me distéis de comer; tuve sed y me distéis de beber”. Y cuando asustados, los hombres le pregunten: “¿Cuándo, Señor, te hemos visto en la tierra y te hemos socorrido?”. Les dirá: “Todo lo que hicistéis con uno de estos pobrecitos míos, conmigo lo hicistéis”. Será la sorpresa tremenda, hermanos, de que muchos buenos samaritanos, aun sin tener fe en Cristo, aun sin llamarse católicos y persiguiendo a la Iglesia, se encontrarán en aquel juicio final que se salvarán; mientras que muchos cristianos serán echados afuera porque no cumplieron con esta ley del amor, de la misericordia.

Mt 25, 35-40

¿Qué es lo que hace grande el rostro y la situación del hombre? Es precisamente esta visión de fe: mirar en cada hombre el rostro de Cristo y, entonces, el Señor nos puede decir la hermosa parábola del samaritano. Para mí, sacerdote, es una llamada tremenda de atención. Yo que estoy en el cumplimiento de la palabra de Dios, denunciando todo aquello que no es conforme a la palabra de Dios, me miro a mí mismo en el levita, en el sacerdote, que pasaron de lejos junto al herido y no le hicieron caso.

Lc 10, 29-37

El que denuncia debe estar también dispuesto a ser denunciado. Y yo les he dicho mil veces a ustedes, queridos hermanos, que cuando haya en nuestra actitud sacerdotal algo indigno de este amor que debe inspirar al predicador de la palabra de Dios, nos denuncien, pero con amor también, con caridad. No vayan a cometer el mismo pecado que ustedes denuncian: decirle al sacerdote que es marxista, que es tercermundista, que es escandaloso. Si se hace con caridad y se le corrige, se gana un alma

² Cfr. Pablo VI, *El valor religioso del Concilio*, Alocución en la clausura del Concilio Vaticano II (7 de diciembre de 1965), 16.

para Dios. Y es un deber de los cristianos hacerlo. Pero si se hace con esa saña con que se escriben muchos campos pagados y aun hasta con amenazas de muerte, esto no es defender la verdad ni el amor. Esto es el egoísmo más craso y están pecando más gravemente que las deficiencias que puedan encontrar en nosotros, predicadores de la palabra de Dios, que como humanos estamos expuestos también a cometer errores. Pero si los cometemos, no es con la saña, con ese espíritu criminal de amenazar de muerte al predicador.

Convirtámonos de corazón. Nosotros sacerdotes tenemos que convertirnos también, y la parábola del samaritano es un toque de Cristo bien directo a la gente de Iglesia, no solo a los sacerdotes. Pensemos aquí también, queridos religiosos, queridas religiosas, movimientos cristianos, matrimonios cristianos, todos ustedes que vienen a misa los domingos, todos tenemos que examinar nuestra conciencia a la luz de esta sincera parábola del buen samaritano. No nos complacemos en denunciar los pecados y las deficiencias del mundo pecador. Tenemos que partir, como comienza la misa, golpeándonos el pecho para reconocer nuestras propias culpas, porque es desde un arranque de sinceridad y de amor desde donde debe comenzar el amor al prójimo y el conocimiento de nosotros mismos.

La inmensa capacidad de amar

¿Pero qué tiene el hombre para que le tengamos tanto respeto? Hermanos, yo quisiera que recordáramos hoy esta página de San Pablo para vivirla pensando en nosotros mismos. Si se dice que por la palabra eterna de Dios fueron creadas todas las cosas y son creadas para Él, una de esas creaturas soy yo, es cada uno de ustedes. Hemos sido creados por Dios y lo que no hizo en las otras cosas, lo hizo conmigo, con ustedes.

El santuario íntimo de la creación es el hombre. Porque en ninguna otra cosa puso Dios tanto de sí mismo como en el corazón de un hombre, de una mujer, de un niño, de un anciano, de un joven. ¿Qué es esa originalidad del hombre en medio de la creación? Ser libre, ser inteligente; pero sobre todo, esa inmensa capacidad de amar. La ley de Dios es el amor y por eso el escritor del Antiguo Testamento nos dice: no tienes que irlo a buscar al otro lado del mar ni en las alturas del cielo; en tu propio corazón

está el reino de Dios. Sientes que amas, pero no de cualquier manera. Ama con ese amor que ha hecho santos a los santos.

Qué felicidad sintiera, hermanos, si como fruto de esta palabra que yo les estoy transmitiendo de parte de Dios, despertara, en la intimidad de cada corazón que me escucha, la inquietud de hacer florecer más esa capacidad de amor que lleva, ese respeto a su propia dignidad y, desde su propia dignidad y su propio amor, respetar la dignidad de los otros, amar a los otros, porque somos... En esta capacidad de amar, no somos nuestros, lo hemos recibido de Dios. Así se llama en la Biblia esa donación de Dios: el ágape. Ágape, una palabra griega que expresa esa comida en que una familia o unos amigos íntimos, en aquel bocado, en aquella compartición de la felicidad de comer, se están dando a sí mismos. Dios nos hace ese ágape, nos da su amor, para que nosotros también, desde nuestro corazón, demos hacia Dios y hacia el prójimo, también, como una invitación a cenar, un ágape, en que nos sentimos felices porque compartimos con Dios y con todos los hombres, sin excepción, esta inmensa capacidad de amar.

Amamos porque somos el corazón de la creación. Ni la estrella, ni la flor, ni el pájaro, ni la aurora, ni el mar, ni el paisaje tiene lo que tiene un hombre: capacidad de amar. Él le da sentido a la aurora y al pájaro y a la flor, porque es el hombre con capacidad de amar el que corta una flor y le da su sentido de amor para entregarla a un ser querido. Es el que le da sentido al concierto de los pájaros y de las auroras, para elevarse a Dios y decirle: ¡qué bellas son tus obras, Señor, qué digno eres de alabanza! Por eso, cuando el hombre no ama, cuando el hombre no usa esa capacidad de corazón que Dios le ha dado en medio de la creación, ya es un réprobo. Y el infierno comienza cuando se comienza a odiar. Una de las cartas más bonitas que me llegan, entre las muchas de estos momentos, es la de una persona que me dice: "Le doy gracias porque mi corazón era un infierno de odio. Yo no miraba más que maldad por todas partes y en nadie tenía confianza; pero cuando he comenzado a reflexionar en lo bueno que es Dios, en la necesidad de perdonar que usted nos predica, siento que me voy transformando y me voy sintiendo más feliz".

Yo sé, hermanos, que esta palabra está llegando a muchos corazones que son infierno, corazones que odian. Los que escribieron esa amenaza contra los jesuitas son plumas de infierno.

Los que han matado a nuestros queridos sacerdotes son almas infernales mientras odiaban y mataban. Los que no pueden ver a la Iglesia sin sentir el rencor, el resentimiento, son corazones que están ganados por Satanás. Satanás es el odio, la envidia, el mal. Hay muchos corazones, me da lástima pensar, que todavía tienen el tiempo de llenarse de amor, arrepentirse y volverse a Dios, deponer sus armas, sus actitudes belicosas. Todo aquel que tortura a otro hombre es infierno. Todo aquel que desprecia la dignidad humana y la conculca está inspirado por Satanás, no es el amor.

El amor es lo único que puede transformar al mundo. Por eso, decíamos el domingo pasado que si de verdad en el gobierno hay ansia de paz, tiene que ir a las raíces de la paz: justicia y amor. Un amor que nos haga perdonarnos, que nos haga botar las armas para darnos el abrazo de hermanos. Un amor que nos haga levantarnos hacia Dios y decirle: gracias, Padre, porque me diste capacidad de amar; no quiero perderla en una sofocación de infierno; que deponga estos odios, esta envidia, esta mala voluntad. Y entonces, decía Pablo VI, cuando miramos al hombre con amor, ya hemos llegado a los linderos de Dios, porque ese hombre que amamos y respetamos es imagen de Dios. Y entonces no cuesta cumplir el primero de los mandamientos: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con toda tu alma, con todo tu ser. Tanto es así, hermanos, que nuestra ocupación en la eternidad será esa: amar, glorificar, ser felices con Dios nuestro Señor.

Lc 10, 27

Y por eso, ya en esta tierra, no hay alegría más grande ni ocupación más noble que la de los santos que trabajan con el corazón puesto en Dios. No quiere decir esto una beatería que solo piensa en Dios y no piensa en los deberes de la tierra. Sí, en la parábola del buen samaritano, tenemos la condenación de todo aquel que piensa honrar a Dios y se olvida del prójimo. Ni el sacerdote, ni el levita, ni ningún hombre que por ir a misa, por ir a adorar a Dios, por estar pensando en Dios, se olvida de las necesidades del prójimo. Y este es uno de los movimientos que la Iglesia actual está impulsando; y muchos, cuando se habla del hombre, están pensando que ya la Iglesia se apartó de su destino eterno. El Papa, al clausurarse el Concilio Vaticano II, desmintió esta acusación³. Si nos inclinamos al hombre necesitado, angus-

Lc 10, 29-37

³ Cfr. *Ibid.*, 6.

tiado, en su pobreza, en su miseria, es porque el corazón está puesto en Dios.

Y en la medida en que cumplimos nuestro deber, nos ganamos la vida en el trabajo que tenemos, con el sueldo que se nos da, de cualquier manera; pero no lo hacemos por el sueldo, no lo hacemos por quedar bien con nadie, hagámoslo por amor de Dios. Uno de los reclamos más bellos de la esencia del hombre es la de la mano del mendigo que se tiende y le dice: “Una limosnita por amor de Dios”. ¡Qué campanazo de santidad nos da ese mendigo! Cuando tú haces las cosas por amor a Dios, esa acción es santa. En la intención del hombre, está su modo de ser. Si un hombre da una limosna a una joven por seducirla y pecar con ella, es un perverso. Pero si esa misma limosna la pone en las manos de esa joven necesitada por amor de Dios, es un santo. Y por eso, los ojos perversos de los hombres no pueden mirar intenciones buenas en quienes lo hacen por amor de Dios. Pero esa es la santidad. Esa es la santidad, hermanos; por eso la santidad no está al otro lado del mar ni en las alturas del cielo, está dentro de tu propio corazón. Cuando tú haces lo que haces por amor de Dios, todo ese quehacer es santo.

Construían una catedral, y uno de estos hombres observadores se fue preguntando a los trabajadores mientras picaban las piedras de una hermosa catedral gótica: y tú ¿por qué trabajas? Le dice un materialista: porque si no trabajo no como, porque el sueldo de picar estas piedras sirve para ganarme el pan y comer. Le pregunta a otro: ¿por qué trabajas tú? Porque no hay cosa más bella que las catedrales góticas y cada piedra que pico pienso que es una colaboración al arte. Era un hombre un poco más espiritual, pero no había llegado a la cumbre. Le pregunta a otro humilde obrero: y tú, ¿por qué picas piedras y no te aburres de estar picando todo el día esas piedras? Y le contesta el santo obrero: porque es para una catedral, porque desde allí se elevarán muchas plegarias a Dios, y yo anticipo ya en mi trabajo la oración. Estoy picando piedras y orando. Esto es santidad. Tres hombres haciendo la misma cosa, pero el uno perdiendo sus méritos para Dios y el otro ganando todo para Dios.

Queridos hermanos y hermanas, ¡cuántos quehaceres estamos haciendo en esta reflexión! Yo, pastor de una diócesis, mis queridos hermanos sacerdotes en colaboración en este trabajo pastoral, religiosas que santifican su vida, obreros, esposos,

madres de familia, profesionales, estudiantes, pudiéramos preguntar: ¿por qué trabajas? Y en este momento, ¿por qué predicas? Si yo lo hiciera por ganar aplausos estaba perdido. Pero si yo lo hago, hermanos, con la sinceridad con que quiero hacerlo, de llevar una palabra de Dios a conmover los corazones para elevarlos hacia Dios y para que todos juntos, deponiendo odios, rencores, malas voluntades, construyamos un mundo según el corazón de Dios; y cada uno, desde su propia vocación, trabaja en su trabajo por más humilde que sea —vender escobas, barrer las calles, atizar la hornilla, todo eso es trabajo noble— se hace por amor de Dios, tendríamos una patria de santos y no habría tantos criminales. Se depondría del corazón tantos odios, habría más amor. Qué cuenta más severa nos va a pedir Dios a los salvadoreños, que nos ha dado cosas tan bellas, corazones tan capaces de heroísmo, pero que lo estamos poniendo muchas veces al servicio del odio, de la división, de la represión, de la desunión, del ultraje, de la tortura. ¡Qué cuenta más severa se dará del que pudo amar y odió!

En la tarde de la vida, te pedirán cuenta del amor, dice una hermosa poesía de San Juan de la Cruz⁴. No lo olvidemos: en el atardecer de tu vida, cuando tu vida decline como el sol en el ocaso, de esto te pedirá cuenta el Señor. No de lo mucho que hiciste, no de las obras exteriores —que muchas veces son propensas a la vanidad—, sino del amor que pusiste en cada una de tus cosas. Este es el mensaje de hoy, queridos hermanos. Por eso hemos repetido siempre: la violencia no es evangélica ni cristiana. La fuerza de la Iglesia es el amor.

Ayer, compartí con más de mil maestros de escuelas y de colegios una tarde inolvidable, pero lo más inolvidable es una frase de una profesora que todavía está vibrando en mi corazón. Me dijo: “Como usted ha sembrado amor entre los maestros, está cosechando este amor”. No es gran cosa la que he hecho; pero si yo, que apenas siembro un poquito de amor, tengo la dicha de recoger tan grandes cantidades de amor, hermanos, yo les quiero decir lo mismo. No puede nacer lo que no se siembra, no se puede cosechar lo que no se siembra. ¿Cómo vamos a

⁴ La frase original de San Juan de la Cruz es: “A la tarde te examinarán del amor, aprende a amar como Dios quiere ser amado y deja tu condición”, que pertenece a su obra *Dichos de luz y amor*. Cfr. San Juan de la Cruz, *Obras Completas*, Madrid, 1988³, p. 94.

cosechar amor en nuestra república si solo sembramos odio? Sembremos amor, aprovechemos todas las circunstancias, las más difíciles, como son perdonar al enemigo; y las más chiquitas, como son hacer las cosas más ordinarias. Démosle a nuestra vida un sentido de inspiración de amor y veremos cómo el mundo se transforma, sin tantas cosas exteriores, porque el reino de Dios no está al otro lado del mar ni en las alturas del cielo, sino en la intimidad de tu propio corazón. Y vamos a hacer ahora nuestra profesión de fe.

La Virgen María nos ofrece una promesa de salvación

Nuestra Señora del Carmen
Santa Tecla
16 de julio de 1977

Zacarías 2, 14-17
Lucas 2, 15b-19

[...] a la Iglesia del Carmen¹ de Santa Tecla, el 16 de julio, es una gracia de Dios porque este lugar, así como tantos carmelos populares de nuestra república, nos los obsequia Dios para que nosotros, los pastores del pueblo salvadoreño, encontremos un apoyo directo, una confirmación de nuestro trabajo, de nuestra predicación, que es bendecida nada menos que por las manos bondadosas de la Virgen María. No hay predicadora más atrayente que la Virgen del Carmen en medio de nuestro pueblo porque así como vemos aquí la iglesia del Carmen de Santa Tecla repleta de fieles, estoy imaginando yo también las parroquias, los pueblos, donde este día los sacerdotes son incapaces de colmar el ansia espiritual de las almas que buscan a Dios. Es, como decía el papa Pablo VI hablando a los encargados de los santuarios marianos, que estos lugares hacen visible el poder invisible que conduce a esta Iglesia de Dios. Y en esta hora, en que la Iglesia salvadoreña se renueva precisamente por la persecución, ¡qué dulce es encontrarse con las miradas de la Virgen, miradas aprobatorias, miradas de consuelo, miradas de ánimo!

¹ El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

He aquí, pues, que nuestra presencia en este santuario carmelitano debe despertar en nosotros lo que la Virgen quiere despertar en esta Iglesia de 1977.

Yo me imagino, hermanos, que la piedad de cada uno de los que hemos venido a honrar a la Virgen del Carmen lleva la angustia y la esperanza que llevaba aquella plegaria de Simón Stock, el superior de los carmelitas, que, viendo su orden perseguida, levanta sus ojos al cielo para decirle a la Virgen que les dé una señal de protección. Y es que a través de Simón Stock y del escapulario, nosotros remontamos esta devoción hasta aquellos orígenes casi legendarios del monte Carmelo donde la tradición recuerda que unos hombres piadosos —todavía en el Antiguo Testamento, sin que María viviera, sin que Cristo existiera, nada más que en las promesas de la Biblia— intuyeron la ternura y el poder de esa mujer tan emparentada con el redentor prometido de la Biblia; y la amaron sin conocerla y fueron sus primeros devotos y de allá arranca, del monte Carmelo, el origen de esta congregación, Orden del Carmen, que floreció pero que fue perseguida y que un día Simón Stock, viéndola así acosada, pide a la Virgen su protección. Y la tradición nos cuenta que la Madre del cielo bajó con el escapulario en sus manos para decirle a Simón Stock: “Esta es la señal de protección que te traigo. Todo aquel que muera llevando este santo escapulario no verá las llamas del infierno”. Y la protección de la Virgen se hizo sentir tan poderosa que aún ahora, a siglos de distancia, y aun donde no hay carmelitas, está el santo escapulario como una protección de la Virgen, llamando al pueblo y sintiendo que el pueblo es un hijo predilecto de la Virgen María.

Por eso les digo, hermanos, en esta hora de 1977 que todos conocemos como una hora de persecución a la Iglesia, con sus sacerdotes asesinados, expulsados, torturados, con tanto terror que se mete en las filas de la Iglesia que trabaja; en fin, es demás recordar estas cosas tristes, pero es para decirles que es una hora en que los carmelitas, como todo católico que sienta con la Iglesia de verdad, levanta los ojos a la Virgen y le pide una señal de protección. Y en esta iglesia, que rigen con tanto fervor los padres jesuitas, la oración de súplica, de protección, se hace concreta.

Yo quisiera que esta plegaria eucarística en honor de la Virgen del Carmen, pidiendo protección para la Iglesia en El

Salvador y para la paz de la república, se concretara de manera especial pidiendo por los padres jesuitas, precisamente en esta hora, amenazados criminalmente de muerte. Nos conmueve esa serenidad de estos hombres de Dios. Comprendemos ahora lo que significa esa formación del jesuita en la escuela de los ejercicios espirituales, donde le pide a Cristo oprobios, humillaciones, cruz, sacrificio, y cuando los ve venir, no se espanta; los ha pedido, los ha deseado. Porque el jesuita es otro Cristo que tiene que esperar, a cambio de su bondad dada al mundo, la ingratitud. Pero, hermanos, nosotros que sentimos que los jesuitas son una parte viviente de la Iglesia y que en esta hora de prueba a su ministerio están dando el ejemplo maravilloso de su serenidad, de su entrega a la causa de la Iglesia, aun cuando sea necesario morir como Cristo, nosotros pedimos a Dios con toda el alma, a la Virgen del Carmen, una señal de protección para estos soldados de Cristo y de su Iglesia. Y entonces la Virgen nos responde con su escapulario, la promesa de siempre, que yo quisiera interpretar en el mensaje de esta mañana: la Virgen nos ofrece una promesa de salvación. Pero, en segundo lugar, no es una salvación solamente después de la muerte; es una salvación que nos reclama el trabajo también aquí, en las cosas temporales, en la historia; y entonces nos reclama la renovación interior, el reino de Dios que ya comienza en esta tierra, en nuestro propio corazón.

La Virgen nos ofrece una promesa de salvación

Sí, en primer lugar, digo que el escapulario de la Virgen del Carmen es un signo de la esperanza de salvación que lleva todo hombre en su alma, en su corazón, en su vida. El que muera llevando esta librea no verá las llamas del infierno. Es una promesa de salvación. Pero yo quisiera desengañar a muchos y decirles que no es una promesa falsa, o sea, que no se apoya en la realidad de cada uno de nosotros. La promesa de la Virgen quiere despertar en el corazón del hombre ese sentido escatológico; es decir, esa esperanza del más allá: trabajar en esta tierra con el alma y el corazón puesto en el cielo, saber que no se instala nadie en este mundo, sino que peregrina hacia una eternidad, que las cosas de la tierra pasan, que lo eterno es lo que permanece. Es, ante todo, esto: ¡la trascendencia! La Virgen,

como la Iglesia, como Cristo, nos ofrecen un mensaje trascendente y esto ya le da a la Iglesia una originalidad que no la tiene ninguna otra promesa de liberación.

Los marxistas, los movimientos de liberación de la tierra, no están pensando en Dios, ni en la esperanza del cielo; y por eso, se diferencian enormemente. Aunque la Iglesia habla también de liberación, habla también de una reivindicación, de un orden social más justo, no pone su esperanza en un paraíso de la tierra. La Iglesia quiere un mundo mejor, pero sabe que la perfección no se dará nunca en esta historia, que está más allá, una salvación de donde vino la Virgen, un destino en ese cielo donde la Madre nos espera, un destino en aquel paraíso de donde tuvo su origen el escapulario, lazo que nos amarra a esa eternidad. Nadie se pone el escapulario pensando solo en paraísos de la tierra; al contrario, pensando en la salvación eterna, en que al morir me voy a salvar. Esto es muy bueno, cultivémoslo, no lo perdamos de vista; es lo primero en el mensaje de la Virgen: la espiritualidad.

EN 30 Y cuando el Padre Santo, recogiendo la opinión de todos los obispos del mundo expresada en el sínodo de 1974, escribió la famosa exhortación sobre la evangelización del mundo actual, el Papa dice que se oyó, a través de los obispos, el clamor de las
EN 32 inmensas miserias del mundo; y los padres y el Papa hablan de liberar al mundo de esas miserias. Pero el Papa también insiste con los obispos que la primacía de la salvación cristiana es lo espiritual, lo celestial, lo eterno; que nunca un hombre que trabaja por la liberación en la tierra tiene que olvidar esa esperanza de cielo. Hermanos, reafirmemos, en esta mañana carmelitana, nuestra esperanza de ese cielo del cual nos habla tan elocuentemente el santo escapulario de la Virgen, y llevémoslo siempre pensando en esa eternidad donde se nos pedirá cuenta del trabajo de esta tierra.

Una salvación que reclama un trabajo en la historia

Pero, en segundo lugar, y esto es lo que no comprenden muchos en esta hora, y esto es necesario comprenderlo porque es mensaje también de la Virgen. Desde muy pequeños, creo que todos ustedes como yo también recogíamos con cariño y agradecimiento un privilegio de la Virgen del Carmen, un privilegio

sabatino, que dice que todos aquellos que mueran llevando el escapulario, la Virgen va a bajar a sacarlos del purgatorio, si acaso han ido allí, el sábado siguiente a su muerte. No se trata de un dogma de fe. El que no lo quiera creer no está obligado a creerlo, no peca si lo niega. Pero los que tienen cariño a la Virgen, saben que para la Virgen, que todo lo puede ante Dios, es muy posible; y aun teológicamente, o sea según los principios y los criterios con que la Iglesia procede, también vemos la posibilidad.

Más todavía, ¿qué cosa es una indulgencia plenaria, que la Iglesia puede conceder y concede abundantemente? La indulgencia plenaria es el perdón pleno del pecado y de la deuda que el pecado contrajo, de tal manera que si una persona muere después de ganar una indulgencia plenaria, no tendrá purgatorio, ni siquiera esperará al sábado siguiente. En el mismo instante en que uno muere, perdonado por completo de sus culpas y de sus deudas, tendrá parte ya en el reino de los cielos. El purgatorio existe para purificar las deudas que no se pagaron en esta tierra. Pero si una indulgencia, que la Iglesia administradora de la redención de Cristo aplica a un alma que emigra a la eternidad, se gana ciertamente el cielo inmediatamente. Y la indulgencia plenaria supone el perdón de los pecados, el arrepentimiento de un alma que se debe desapegar de todo afecto al pecado.

No puede ganar una indulgencia plenaria, ni será digno del cielo, quien muera llevando en el corazón un afecto pecaminoso, porque todo eso ofende a Dios y no puede entrar nada manchado en el reino de los cielos. El que gana una indulgencia plenaria tiene el corazón desprendido de todo pecado, apartado de todo lazo que lo ata a las cosas pecaminosas. Y un alma arrepentida del pecado, desapegada de toda pasión desordenada, con el ansia de ganar esa indulgencia del cielo, ciertamente tendrá algo más que un privilegio sabatino, y la Virgen sabrá cumplir con ese corazón desprendiéndolo de todo lo malo.

Pero, siempre de niños, aprendimos también una cosa y es lo que yo quiero inculcar, hermanos, en esta mañana sobre todo: que no es cuestión de que la Virgen se comprometa a salvarnos sin el esfuerzo de esta tierra. Hablando del privilegio sabatino se decía que cada uno guarde castidad según su estado de vida, y en la castidad quisiera comprender yo todos los deberes temporales,

toda la moral, todo aquello que Dios nos manda y nos aconseja. De ahí, que si el santo escapulario es un mensaje de la eternidad, un mensaje de lo escatológico, del más allá, el escapulario también es un mensaje del más acá, el escapulario es también un reclamo de esta tierra, del cumplimiento de los deberes en este mundo, y esto es lo que la Iglesia está acentuando en esta hora. Y cuando la Iglesia reclama una sociedad más justa, unas riquezas mejor distribuidas, una política más respetuosa de los derechos humanos, la Iglesia no se está metiendo en política, ni se está haciendo marxista-comunista. La Iglesia está diciéndoles a los hombres lo mismo que el escapulario: solo se salvará aquel que sepa manejar las cosas de la tierra con el corazón de Dios.

M 2,1

Y como hay muchos injustos en esta hora y hay muchos atropellos a la dignidad humana, y hay muchas injusticias con el pobre y el pobre también las comete contra el rico, hay muchas situaciones de pecado. Así lo dijeron los obispos, autorizados por el Papa, reunidos en Medellín: en América Latina hay una “situación de pecado”, hay una injusticia que se hace casi ambiente y es necesario que los cristianos trabajen por transformar esta situación de pecado. El cristiano no debe tolerar que el enemigo de Dios, el pecado, reine en el mundo. El cristiano tiene que trabajar para que el pecado sea marginado y el reino de Dios se implante. Luchar por esto no es comunismo. Luchar por esto no es meterse en política. Es simplemente el Evangelio que le reclama al hombre, al cristiano de hoy, más compromiso con la historia. Un carmelita que llevara el escapulario: “Como la Virgen prometió que me iba a salvar, ya no trabajo en esta tierra”, no se salvará. ¿Quién le asegura que va a morir con el escapulario? Cuántos pecadores que se confiaron así temerariamente a la hora de morir se arrancaron el escapulario y murieron sin el santo escapulario.

GS 43

Dice el Concilio: todo aquel que no trabaja en el cumplimiento fiel de la ley de Dios, en el manejo de las cosas temporales, está ofendiendo a Dios; está ofendiendo también el amor del prójimo; es un perezoso, no hace nada por el prójimo y está poniendo en peligro su propia salvación. Allí no solamente purgatorio, sino infierno para aquel que pudiendo hacer el bien, no lo hizo. Es la bienaventuranza que la Biblia dice del que se salva, de los santos, porque pudo hacer el mal y no lo hizo. Y, al revés, se dirá del que se condena: pudo hacer el bien y no lo

hizo; tuvo en sus manos riquezas que pudieron hacer felices a sus hermanos y por egoísmo no lo hizo; tuvo en sus manos el poder que pudo cambiar el rumbo de la república y hacerla más feliz, más justa, más pacífica y no lo hizo. Todo aquel que tuvo en sus manos la capacidad, la responsabilidad y no la supo aprovechar será también reclamado en el juicio final y en el juicio de su propia vida. El escapulario de la Virgen, pues, no puede apartarse del Evangelio de Cristo, y la Virgen no puede decir una cosa distinta de la que dice la doctrina de la Iglesia porque la Virgen es un miembro de la Iglesia, madre de la Iglesia, y no tolerará nada que se predique o se haga contra la Iglesia.

Queridos hermanos, en esta mañana en que la Virgen del Carmen, a nuestra súplica de protección, nos responde con su santo escapulario, a este pueblo salvadoreño, como a Simón Stock: esta es la señal de salvación. Y el Concilio Vaticano II explica qué es salvación. Hermanos, en ciertos ambientes tradicionales no se quiere oír que la salvación es un concepto, como todas las cosas de la tradición del Evangelio, que evoluciona. La tradición es la misma, la que Cristo entregó a los apóstoles. No puede cambiar; pero evoluciona según las necesidades de los pueblos y de los tiempos. Cuando Cristo habla de salvación hay que entenderlo como la Iglesia de 1977, asistida por el Espíritu Santo, entiende qué es salvación.

Cuando la Virgen presenta, hace más de ocho siglos, el escapulario como prenda de salvación, la Virgen entiende esa palabra, como la entiende la Iglesia, en la medida que en cada tiempo va siendo necesario explicar qué es salvación. Y la salvación, según la doctrina actual de la Iglesia auténtica, inspirada por el Espíritu Santo, dice: no basta decir “la salvación del alma”. Fíjense bien que mucha gente dice: “Con tal de que salve mi alma, aunque viva de cualquier modo”. No, pero es que no vas a salvar tu alma sola; es que el Concilio dice: no basta salvar el alma, es salvar al hombre; alma y cuerpo, corazón, inteligencia, voluntad. El hombre como individuo y el hombre como miembro de una sociedad. Es la sociedad la que hay que salvar. Es todo un mundo, decía Pío XII, el que hay que salvar de lo salvaje para hacerlo humano, y de humano, divino. Es decir, todas las costumbres que no estén de acuerdo con el Evangelio, hay que eliminarlas si queremos salvar al hombre. Hay que salvar, no el alma a la hora de morir el hombre, hay que salvar al

GS 3

hombre ya viviendo en la historia. Hay que darle a la juventud, a la niñez de hoy, una sociedad, un ambiente, unas condiciones donde pueda desarrollar plenamente la vocación que Dios le ha dado, y que no por ser pobre se quede marginado y no pueda entrar a la universidad. Hay que proporcionar al ambiente unas situaciones en que el hombre, imagen de Dios, pueda de veras resplandecer en el mundo como una imagen de Dios, participar en el bien común de la república, participar en aquellos bienes que Dios ha creado para todos. Esta es la doctrina de la salvación. Si la Virgen hablara a un Simón Stock de 1977, al darle el escapulario, le diría: esta es la señal de protección, una señal de la doctrina de Dios, una señal de la vocación integral del hombre, para salvación del hombre entero ya en esta vida. Todo aquel que lleva el escapulario tiene que ser un hombre que ya vive su salvación en esta tierra, tiene que sentirse satisfecho, poder desarrollar sus capacidades humanas para el bien de los demás.

Hermanos, yo les suplico que tratemos de comprender esta hora solemne en que la Iglesia se renueva. Precisamente porque no se le quiere comprender y, al predicar esta doctrina como yo he tratado de exponerla hoy, se la tergiversa, se dice: “se está metiendo en política, está volviéndose comunista”. Y entonces viene la persecución, la represión contra los cristianos, contra los sacerdotes. Mientras no nos comprendan este lenguaje de salvación en el sentido actual de la Iglesia, siempre estaremos en ese mal entendimiento de quienes no quieren comprender a la Iglesia.

Quiera la Virgen del Carmen, pues, en esta mañana, no solamente afianzar a sus fieles seguidores que llenan el templo y los templos carmelitanos de todas las iglesias. Desde aquí, yo quisiera saludar con todo entusiasmo a esas comunidades que siguen a la Virgen del Carmen y que se aglomeran en torno de los altares de la Virgen en todos los ámbitos de nuestra república. Y quisiera decirles que recibieran hoy el escapulario como Simón Stock, pero con la comprensión de 1977, para que cada carmelita se convierta en un verdadero seguidor del Evangelio actual, el que necesita hoy la Iglesia redentora de los hombres de hoy; y que también, hermanos, sea la Virgen del Carmen y su santo escapulario un toque de gracia para los que no nos comprenden, para que se conviertan, para que sepan que no los odiamos, sino que los queremos; que no queremos que se pier-

dan porque no colaboran a construir un orden temporal más justo; que queremos que la Virgen los llame también a ellos, a los que pueden transformar una sociedad, porque tienen en sus manos el poder, o aquellos que secundan la persecución de la Iglesia, pagados por los interesados en mantener esta situación que no se puede seguir manteniendo, que todos estos que se oponen a este reinado de Cristo de justicia, de paz y de amor en el mundo, sientan que los llama Dios también a ellos; hay campo para todos, también para los perseguidores que, como Saulo, se conviertan a ser verdaderos apóstoles del Evangelio en esta hora en que celebramos a la Madre de todos los carmelitanos. La Madre tiene un corazón tan amplio que no solamente está abrazando aquí a los presentes que han venido con cariño, sino que siente —perdonen— también tal vez más amor por aquellos que no están con su Iglesia, por los que la ofenden, por los que la acribillan. Sabe ella, como las madres lo saben bien, que los hijos más perversos, más desgraciados, son los que están más cerca de su corazón y quisiera que se convirtieran para sentirse hermanos de todos los que ella ama y los quiere en su cielo.

Este es el mensaje, según mi humilde pensamiento, hermanos, y yo les agradezco que me lo hayan atendido con tanta atención. Quiero agradecer a los padres del Carmen el honor y la dicha inmensa que me han dado de poder compartir con esta comunidad tan fervorosa de Santa Tecla carmelitana el homenaje que le estamos tributando a nuestra Señora; y ahora, junto con la Virgen —porque ella es también una creatura, una mujer de nuestra raza—, unámonos en el espíritu de la Virgen para ofrecerle a Dios el sacrificio que recoge el trabajo de todos ustedes: el amor, la devoción, las preocupaciones, las angustias de todo el pueblo representado aquí por ustedes. ¡Cuántas lágrimas, cuánto dolor! Pero puesto en el altar, en las manos de la Virgen, se van a convertir, por la virtud del misterio eucarístico, en el sacrificio de Cristo. Y sabemos que María es grande, porque fue la que nos trajo a Cristo; de sus entrañas, de su corazón, arrancó la redención del mundo, y ahora cuando celebramos la eucaristía en una hora de angustias y esperanzas tan solemne, haga que esta eucaristía celebrada en esta iglesia tan bonita del Carmen redunde en una bendición copiosa de paz para toda nuestra república. Así sea.

La fuerza de la oración

Decimosexto domingo del Tiempo Ordinario
17 de julio de 1977

Génesis 18, 1-10a
Colosenses 1, 24-28
Lucas 10, 38-42

Estimados radioyentes:

Quiero comenzar hoy con un agradecimiento muy profundo a los obispos de Panamá que han publicado un comunicado de Conferencia Episcopal y se refieren expresamente a nuestra situación en El Salvador. Ellos denuncian un parte de guerra —número 6 de la Unión Guerrera Blanca— y dicen: “Su tono y su contenido causan horror y ciertamente merecen el más fuerte repudio de todo ser que se considere humano y, más aún, cristiano”¹. Según esta declaración, “este grupo, quienes sean, pretende tomar la ley en sus manos y terminan por pisotearla. Esto es más que un acto aislado de terrorismo, pues perturba todo el orden jurídico, gobierno representativo y constitucional, y respeto a los derechos humanos. Ninguna acusación contra el prójimo puede justificar esta actitud, ni en el plano individual ni menos en el plano colectivo y social”.

El arzobispo de Panamá puso este documento en manos del embajador de El Salvador con el encargo de hacerlo llegar a nuestro presidente, y por eso el mensaje se dirige a él: “Nuestras voces quieren llegar a las autoridades superiores del gobierno salvadoreño para que se aplique toda la fuerza de la ley a los

¹ Comunicado de la Conferencia Episcopal de Panamá ante la situación de la Iglesia en El Salvador (7 de julio de 1977). *Cfr. Orientación*, 24 de julio de 1977.

autores de semejante declaración, que es en sí una amenaza contra la ley misma. Hemos esperado durante estos primeros días del nuevo gobierno de El Salvador, una toma de posición definida frente a toda esta situación. Pensamos que así lo exige no solo la ciudadanía de esa hermana nación, sino todos nosotros, solidarios suyos como istmeños y como cristianos”.

Queremos agradecer mucho esta solidaridad de nuestros hermanos obispos, que también hace poco pronunciaron, en el Secretariado del Episcopado de América Central², unas declaraciones contra estos atropellos. Pero el de Panamá recobra una actualización urgente porque todos saben que nuestros queridos hermanos, los padres jesuitas, en estos días están viviendo una amenaza terrible³. Yo les suplico que oremos mucho por ellos y tomemos también el ejemplo de su serenidad, que solamente la puede inspirar un gran amor a la verdad y a Jesucristo. En el periódico *Orientación*⁴, yo hago un elogio de este mensaje vivo que nos están ofreciendo hoy los jesuitas; así como también un mensaje de lealtad de los padres salesianos que, en la persona del padre Contreras, me presentó su solidaridad con el episcopado. Su actuación, que todos reprobaron, fue fruto más bien de una ingenuidad que la aprovecha la manipulación de la noticia, un sistema verdaderamente vergonzoso, en el cual no importa el honor de la persona, sino salvar otros intereses. Ojalá hubiera más honestidad en nuestras publicaciones. Pero el padre Contreras ha presentado, pues, su adhesión inquebrantable al episcopado y que en ningún momento ha pretendido ser un antisigno de la línea pastoral que está siguiendo la arquidiócesis. Y repite, pues, su espíritu de fe salesiana, aprendida en un santo como Don Bosco, que se caracteriza por su adhesión y su firme lealtad al magisterio de la Iglesia.

Y todo esto, hermanos, y otras cosas más hermosas que nos llegan por diversas cartas, denuncias de madres, de esposas, incluso de una novia que iba a casarse con su querido novio, pre-

² Cfr. “Mensaje del SEDAC al pueblo de Dios y a los hombres de buena voluntad de Centro América y Panamá” (24 de junio de 1977), *Orientación*, 10 de julio de 1977.

³ La Unión Guerrera Blanca (UGB) amenazó de muerte a los jesuitas si no abandonaban el país antes del 20 de julio de 1977.

⁴ Cfr. “La voz del arzobispo: lealtad salesiana y firmeza jesuita”, *Orientación*, 17 de julio de 1977.

cisamente cuando está siendo objeto de esta injusticia: ha desaparecido. Yo quisiera no solamente anunciar cosas tristes —pero la realidad se impone—, sino que quisiera anunciar, como lo debe de hacer un profeta, las maravillas de Dios, la bondad de los corazones, lo bueno que nuestro pueblo salvadoreño tiene como por innata condición; entonces, por ejemplo, una carta de Aguilares en que, recordando con cariño nostálgico las enseñanzas del padre Grande en una comunidad, dice esta frase: “Él supo descubrir la grandeza de los hombres y se compadeció ante sus sufrimientos”. ¡Qué bello rasgo de lo que es la Iglesia! Cabalmente, hermanos, yo esto es lo que quisiera, porque entre las cartas una de las características más hermosas es: “Estamos orando, en nuestra comunidad, en nuestra familia, rezamos mucho”. Yo creo que nunca se ha rezado tanto, se ha orado tanto.

Y yo quisiera en esta homilía de hoy, inculcar, y ojalá ser comprendido por todos, incluso por aquellos que se han dado a la tarea de odiar, de amenazar, de matar, de calumniar, que entre a su corazón un rayito de esta luz que nos trae la palabra de Dios hoy; y en aquellos donde se está apagando la fe, la confianza, se iluminen esas conciencias con la gran confianza de la fuerza de la oración; y aquellos que se distinguen por su oración: comunidades piadosas, reuniones de grupo donde la oración espontánea brota del corazón, se animen a vivir esa fuerza.

La oración, un encuentro personal con Dios

Nada hay imposible a la oración. Y si todo este pueblo cristiano de la arquidiócesis tomara la actitud de María frente a Cristo, y Cristo nos dijera como dijo a Marta: no te preocupes de demasiadas cosas; solo una cosa es necesaria. ¿Cuál es esa cosa necesaria? Es la que ya se vislumbra siglos antes de Cristo, con la que termina la primera lectura de hoy que nos ha descrito, como transfigurando a Dios en unos hombres que visitan a Abraham. Y Abraham —objeto dichoso de esta teofanía— está frente a Dios y tiene la oportunidad de dar acogida a Dios y le sirve de los terneros de su vacada, y le da todo lo que puede dar un hombre generoso a un amigo que llega a visitarlo. El Hebrón, allá en Palestina, tiene un nombre en honor a Abraham; aquel pueblo se llama el *kalil*, que quiere decir: el amigo. No se puede dar a un hombre un nombre más honroso que ese que se ha

Lc 10, 41-42

dado a Abraham: el amigo de Dios, el que trataba con Dios como con un amigo, hombre de oración. ¿Por qué no nos proponemos todos, los que estamos haciendo esta reflexión, también ganar un poquito de ese título: amigos de Dios? Pero cuando termina ese interesante encuentro de Dios con Abraham, como amigos que comen juntos, que comparten juntos, la frase termina diciendo: dile a Sara que dentro de un año, cuando retorne, le habrá nacido un hijo. Esta es la esencia de ese mensaje de la primera lectura. Porque ese hijo de Abraham, ya anciano y de Sara, estéril y vieja, es el hijo de la promesa. De allí va a nacer un pueblo que tendrá el honor, en la historia, de ser el vehículo de sangre que va a dar a luz al redentor de los hombres. Jesús es descendiente de Abraham. ¡Qué honor, el Hijo de Dios, de un anciano y de una estéril!

Gn 18, 10

Este es el gran prodigio, el gran designio de Dios. Nada hay imposible para el Señor, le dice también el ángel a María, hablándole de otra esterilidad que se hace fecunda: Elizabeth, madre de Juan Bautista. Y San Pablo, en la lectura de hoy, nos describe lo único necesario: el misterio de Cristo, misterio escondido en Dios que se ha revelado a los hombres. Y dichoso aquel que llega a comprender que Dios se hizo hombre para salvar a los hombres; y que cada vida humana que se incorpora en esa corriente de redención y se convierte en Cristo, se diviniza su vida. Porque Dios vino hecho hombre en Cristo, para hacer Dios a toda la humanidad que creyera en Él. Esto es lo único necesario. Por eso, cuando miramos a María extasiada frente a las palabras de Cristo, mientras Marta va y viene por la casa preparándole la comida, y reclama a Jesús: “Mira, mi hermana no me ayuda; dile que vaya a darme una mano”. Jesús defiende a María: “Marta, Marta, tú te preocupas de muchas cosas, solo una cosa es necesaria y María ha escogido la mejor parte, que no se le va a quitar”. Todo aquel que llega a comprender lo único necesario —María, en las palabras de Cristo, está oyendo el designio de Dios, el amor de Dios— es un alma en oración, es un alma contemplativa. Marta es la figura del alma activa. Así lo han interpretado todos los siglos este bello pasaje del Evangelio de hoy. Y a la luz de Marta que va y viene, podemos ver a la Iglesia en sus actividades pluriformes. ¡Qué maravilla es la Iglesia! Porque Jesús, al alabar la actitud de María, no está reprobando la actitud de Marta; lo que le está diciendo es: ojalá toda su actividad proceda también

Lc 1, 37

Col 1, 26

Lc 10, 40-42

de lo único necesario; porque no basta ser contemplativo, estar rezando, es necesario también trabajar; pero que cuando se va al trabajo, se lleve en el corazón la unidad de todo lo que se va a hacer, una perspectiva de fe que ilumine toda tu acción. Y aquí es, hermanos, donde yo quiero recomendar la necesidad de encontrar eso único necesario: la necesidad de orar.

Yo voy visitando en estos días comunidades preciosas de cristianos y les aseguro que, a la luz de la Biblia y de la reflexión que allí surge, se levantan plegarias tan bellas que, de veras, la labor que la Iglesia está haciendo en El Salvador, sobre todo, a través de las comunidades pequeñas, no tiene nada de subversivo, no tiene nada de político. Y si tiene algo de político, es la gran política del reino de Dios, de despertar en los hombres la conciencia hacia Dios y de Dios hacia todos los hombres. ¡Qué oración! ¡Qué contemplación! Es necesario orar y trabajar. Pero el trabajo tiene que proceder de la oración. No se pueden disociar.

Todos supieron a través de los medios de comunicación que esta semana, el miércoles, hubo un apagón de muchas horas en Nueva York, y cuando el alcalde reclama a la compañía eléctrica, la compañía le dice: “Es un poder superior, Dios lo hizo”. Pero el alcalde le reclama negligencia. Los dos tienen razón. Es como cuando los que prepararon un viaje a la luna dijeron: “Técnicamente todo está preparado; ahora solo nos resta orar, orar y poner en juego todas las energías humanas”. No solo trabajar sin Dios, ni solo orar sin trabajar. *Ora et labora* era el gran lema de San Benito, el fundador de los benedictinos, que no descansan en su vida, orando y trabajando. Aquellos monasterios, donde los monjes parecen abejas hacendosas, no descansan un momento, pero en su corazón siempre están orando. Como María, contemplan lo único necesario; y como Marta, trabajan, van y vienen. ¡Qué hermosa fuera nuestra ciudad, los campos, los pueblos donde los hombres profesionales, comerciantes, estudiantes, mujeres de hogar, del mercado, todos tuviéramos en el corazón un gran sentido de oración y al mismo tiempo una honradez en el trabajo, una diligencia!

Cuando Pablo VI clausuraba el Concilio Vaticano II, hizo un análisis tan precioso que es uno de los discursos más bellos del pontífice actual, se los recomiendo como un discurso de humanismo nuevo, cristiano; y el Papa hizo ver cómo el Concilio reafirmaba la misión religiosa de la Iglesia, es decir, su

unión con Dios y, desde esa unión con Dios, enseñaba a los hombres de hoy que la oración, la contemplación, es la actividad más noble del hombre que lo hace encontrarse con Dios, y le da unidad a toda la pluriforme variedad del mundo y hace comprender el secreto de la verdad, de la firmeza de la Iglesia, y hace descubrir, en el rostro del hombre, la verdadera figura de Dios, que lo hace al hombre respetuoso de los deberes humanos. Y decía: humanistas del siglo XX que prescinden de la trascendencia hacia Dios admiren en este Concilio que, precisamente por partir de Dios, ofrece al mundo un humanismo más completo, más exacto que los humanismos sin Dios⁵. Sí, lo primero que nos da el sentido de orar es descubrir a Dios.

Y decía el Papa: ¿y en qué tiempo este Concilio ha proclamado la existencia de Dios? Cuando el mundo está más afanado en buscar el reino de la tierra que el reino de los cielos; cuando las técnicas y las ciencias humanas como que le quieren dar derecho al hombre para independizarse de Dios; cuando la filosofía de los hombres llega a tales alturas que lo hacen sentirse casi el objeto y el centro de toda la creación; cuando todo va contra este sentido trascendente, espiritual, es cuando el Concilio en oración ha dicho: existe Dios, es bueno, se cuida de todos nosotros, es personal, podemos entablar con Él un diálogo⁶. Esto descubre la oración, queridos hermanos, un encuentro personal con Dios.

El ejemplo de Abraham hablando con Dios como un hombre habla con otro hombre, el ejemplo de María con su rostro clavado en las palabras de Cristo, es el ejemplo de las almas que necesita hoy el mundo. Muchos han cerrado su comunicación con Dios. Muchos no creen. El ateísmo es un fenómeno muy cundido entre nosotros, por lo menos un ateísmo práctico. No existe Dios, si son almas que no oran. Pero ¿cómo puede vivir un hombre sin la creencia en un Dios, si lo que le da fuerza al hombre es ese encuentro con el Poderoso? Mi origen y mi destino, mi razón de ser, la luz de mi inteligencia, el amor de mi corazón, la fuerza de mi vida, la perseverancia en mis propósitos solo Dios me los puede dar. Toda moral, toda liberación,

⁵ Cfr. Pablo VI, *El valor religioso del Concilio*, Alocución en la clausura del Concilio Vaticano II (7 de diciembre de 1965), 8.

⁶ Cfr. *Ibid.*, 4.

todo sentido de humanismo que no tenga en cuenta esta contemplación, esta oración con Dios, es falsa. Si no es que es hipócrita.

Queridos hermanos, ojalá que mis pobres palabras despertaran en el hombre que no reza siquiera un ensayo de ponerse en contacto, porque a Dios le basta ver en su creatura el primer impulso de quererle acercar y Él se inclina para dialogar con el hombre. Diríamos que Dios tiene más ganas de hablar con nosotros que nosotros de hablar con Él, y que basta un pequeño impulso de orar. Retírense, como Abraham bajo la sombra del Mambré, allá bajo un roble, bajo un amate, allá a las orillas de un río, frente a nuestros bellos paisajes. ¿Por qué no detenerse un momentito y levantarse de esas bellezas al Creador y ser un alma contemplativa siquiera por unos momentos? Que no se pase esta semana sin hacer ensayos profundos de esta búsqueda de Dios y les aseguro que el otro domingo que volvamos a misa vendremos más empapados de esta visión, con más fervor en el alma para encontrarnos en la misa con este Dios que buscamos por todas partes y que en todas partes podemos encontrar.

La oración y el compromiso con la historia

Además del encuentro con Dios, la oración me da la unidad y la razón de ser: la explicación de mi Iglesia. Es una hora de Iglesia la que estamos viviendo. No hay labio salvadoreño que no haya pronunciado mil veces la palabra: “la Iglesia”, pero muchos no la conocen. Para unos es la peste más grande y hay que acabar con ella, y la persiguen y la calumnian y la difaman; y muchos se llaman hijos de la Iglesia, asociaciones católicas, ¿qué sentido de Iglesia tienen los perseguidores? Pero lo más lastimoso es que gente que vive dentro de la Iglesia no ha comprendido.

Porque el Concilio lo dice, y el Concilio se reunió varios años en reflexión, como si la Iglesia estuviera tomando conciencia de sí misma. Se parece a ese momento en que el joven o la joven, llegando a la adolescencia, va descubriendo en su cuerpo y en su espíritu los misterios más profundos de su propio ser, de su propia vida. Es como cuando el hombre reflexiona en sí mismo y descubre la maravilla de su conciencia, de su libertad, de su inteligencia. Eso fue el Concilio, un reflexionar desde la luz de Dios en el propio ser de lo que es la Iglesia fundada por

Cristo. Y entonces se encuentra que en su oración es precisamente donde la Iglesia se conecta con ese Dios, que le da las corrientes de la vida, que le da su juventud perenne, que le da la verdad de su palabra, que le da la serenidad de su sufrimiento, que la hace enfrentarse impávida, como quien lleva a Dios, frente a todas las tribulaciones.

No es una sociedad humana. Algo divino hay en este organismo humano que lo llena todo y lo trasciende todo, y se hace sentir sacramento de Dios en el mundo, ofreciendo fuerzas de salvación, ofreciéndose al hombre de hoy, con todas las energías del resucitado, para darles vida a los hombres que mueren, que envejecen, que enferman, para encontrar la esperanza. Por eso, cuando comenzaba esta situación de la Iglesia en El Salvador y yo tenía la dicha de dirigir mis primeras palabras a esta querida arquidiócesis, yo les decía —y ustedes lo comprendieron— que lo que el hombre anda buscando en el mundo, aquí lo tiene la Iglesia para ofrecérselo; y lo que más me ha llenado de satisfacciones profundas en este episcopado, tan lleno de circunstancias interesantes, es que muchos hombres se me han acercado, lo han dicho por allí, que han encontrado en la Iglesia lo que no habían encontrado, que han sentido la Iglesia como fuerza de Dios. ¡Cómo me llena, cuando se acerca alguien para decirme: “Yo me había alejado de la Iglesia pero ahora cuente conmigo, yo quiero ser un verdadero católico”! Van descubriendo en esta Iglesia lo que la Iglesia lleva en sus entrañas: la fuerza de Dios. Y en la medida en que un hijo de la Iglesia ora, él también se hace instrumento de Dios.

EN 13 En su exhortación sobre la evangelización del mundo actual, el papa Pablo VI llega a decir: ¿qué es la evangelización? Es un hombre o grupo de hombres que se encuentran con el mensaje de Cristo y se sientan a reflexionarlo y lo asimilan, y sienten que es alegría, que es vida, que es satisfacción. Y no les cabe dentro de sí, sino que van a expandirlo. Se evangelizan para luego evangelizar. Se recibe la vida para dar vida. Cada católico que sepa orar será eso: una fuente como las fuentes que se llenan de agua y que rebalsan para regar y fecundar un campo. Cada cristiano que ora, cada hijo de la Iglesia que se pone en contacto con esta fuerza de oración, cada católico que quiere ser como María, ávida de recibir las palabras de Jesús, se llena de espiritualidad y rebalsa, y riega, y hace santa a su familia, y convierte pecadores,

y acerca almas a Dios, y por donde quiera va llevando el testimonio que solo Dios puede dar.

El ejemplo es maravilloso de muchos santos que vivieron esta plenitud de Dios y nadie como ellos han construido la historia. Los verdaderos protagonistas de la historia son los que están más unidos con Dios; porque desde Dios auscultan mejor los signos de los tiempos, los caminos de la Providencia, la construcción de la historia. ¡Ah, si tuviéramos hombres de oración entre los hombres que manejan los destinos de la patria, los destinos de la economía! Si entre los hombres, más que apoyarse en sus técnicas humanas, se apoyaran en Dios y en sus técnicas, tuviéramos un mundo como el que sueña la Iglesia: un mundo sin injusticias, un mundo de respeto a los derechos, un mundo de participación generosa de todos, un mundo sin represiones, un mundo sin torturas. Y me perdonan que siempre menciono las torturas, porque hay una pesadez en mi pobre espíritu cuando pienso en los hombres que sufren azotes, patadas, golpes de otro hombre. Si tuvieran un poquito de Dios en su corazón, verían, en ese hermano, un hermano, una imagen de Dios. Y lo digo porque las situaciones siguen. Siguen las capturas, las desapariciones. Ojalá, hermanos, que un poquito de contacto con Dios, desde esas mazmorras que parecen infiernos, bajara un poquito de luz e hicieran comprender lo que Dios quiere de los hombres. Dios no quiere esas cosas. Dios reprueba la maldad. Dios quiere el bien, el amor.

Solo desde la oración podemos descubrir la grandeza del hombre

Solo haciendo oración se puede descubrir lo que Dios quiere. Y esta es la tercera consideración con que quiero terminar: solo desde la oración, desde la contemplación a Dios, podemos descubrir la verdadera grandeza del hombre. Ese pensamiento que les leía de la carta de Aguilares: “El padre Grande nos enseñó a descubrir la grandeza de los hombres y se compadeció ante sus sufrimientos”. No se desentendió del hombre; al contrario, lo criticaron al Concilio porque dijeron: “Se ha volcado mucho al hombre de hoy, a la sociedad de hoy, casi ha sido infiel al Evangelio”. De ninguna manera ha sido infiel al Evangelio —dijo el Papa—, precisamente, arrancando del Evangelio el mandato de

Cristo, amar a los hermanos, ha hecho de este Concilio, el Concilio de la caridad⁷, el Concilio que se acerca al hombre de hoy con su problemática tan difícil de comprender. Hombre por una parte grande, que se eleva sobre sus inventos, sobre sus grandezas; pero, por otra, parte deprimido de sus propias desgracias, un hombre amargado de la vida, un hombre sin ilusiones. ¿Y qué sucede —dice el Papa— cuando el Concilio se encuentra con este hombre? No le da diagnósticos de muerte, no lo castiga con anatemas⁸. Ha sido una característica de este Concilio, que quiere ser el espíritu de la Iglesia de hoy, una simpatía grande se vuelca sobre el hombre; porque descubre en el hombre a un agobiado de sus incredulidades, de sus pecados, de sus crímenes, la imagen de Dios que hay que embellecer, que hay que retomar a su primitiva grandeza. Y esto es la Iglesia actual, queridos hermanos, es la Iglesia de la simpatía, la Iglesia del diálogo, la Iglesia que se acerca al hombre en su grandeza o en su miseria. La que descubre la dignidad y le enseña al hombre que debe de respetarla en sí y en los demás. La que le dice que hay que salir de condiciones infrahumanas a condiciones más humanas, hasta las condiciones divinas de la fe, de la oración, del contacto con el Dios que ha creado a los hombres para dialogar con ellos, y hacer con ellos su familia por toda la eternidad.

PP 21

Esta vocación preciosa del hombre es la que la Iglesia no puede olvidar. Y cuando le dicen a la Iglesia, ciertas personas tradicionalistas o ciertos intereses egoístas que no quisieran tocar este punto, que se ha olvidado de su misión religiosa y solamente está tratando asuntos políticos y sociales, es porque olvidan que en la política y en los elementos económicos y sociales es donde el hombre se desarrolla. Pero a la Iglesia no le interesan los intereses políticos o económicos, sino en cuanto tienen relación con el hombre, para hacerlo más hombre y para no hacerlo idólatra del dinero, idólatra del poder, o desde el poder, hacerlos opresores, o desde el dinero, hacer marginados. Lo que interesa a la Iglesia es que estos bienes que Dios ha puesto en las manos de los hombres —la política, la materia, el dinero, los bienes— sirvan para que el hombre realice su vocación de hijo de Dios, de imagen del Señor. Y todo esto solamente lo aprende

⁷ Cfr. *Ibid.*, 7.

⁸ Cfr. *Ibid.*, 9.

la Iglesia, cuando apartándose de tantos peligros de los ídolos de la tierra, se pone como María frente al único Señor, el único necesario, de donde deriva la única razón y la esperanza, la fe, la grandeza que los hombres pueden tener.

Por eso, hermanos, el mensaje de la palabra de hoy es vital. Yo quisiera que de aquí saliéramos llevándonos la imagen de esas dos mujeres que caracterizan a la Iglesia: Marta y María. No dejemos de trabajar. Intensifiquemos nuestro ir y venir como Marta; pero cuidado si nos olvidamos de lo único necesario que ha comprendido María: que en el corazón haya una fuerza que une toda nuestra actividad y que descubre la razón de ser de todo lo que hacemos: Dios, Cristo, la dignidad humana. No trabajemos nunca perdiendo de vista a Dios. Como el Concilio, inclinémonos al hombre, a la tierra, pero con el corazón lleno de esperanza, de fe y de amor, muy unido con Dios. Este es el equilibrio de la verdadera santidad moderna: ser como Marta, muy comprometidos, muy activos con la actividad de la tierra. El compromiso de las cosas temporales que Dios ha puesto en nuestras manos, maneámoslo bien. Trabajemos, desvivámonos por los demás; pero nunca lo hagamos únicamente por una filantropía, es decir, solo por el hombre, solo por la tierra; hagámoslo por una verdadera caridad que se inspira en Dios y que, como María, aprende en el lenguaje, en la meditación del Evangelio continuamente, almas de oración, almas de lectura bíblica, almas de reflexión en común para elevarse a Dios y, desde Dios, bajar para trabajar en el mundo. Estos son los verdaderos equilibrios evangélicos que, gracias a Dios, están viviendo muchos hoy en nuestros días y que espero que sea para todos la pauta de la vida moderna.

La Iglesia de la arquidiócesis

Decimoséptimo domingo del Tiempo Ordinario
24 de julio de 1977

Génesis 18, 20-32
Colosenses 2, 12-14
Lucas 11, 1-13

Esta misa, transmitida por radio desde la catedral y celebrada por aquel servidor del pueblo de Dios que tiene el encargo de ser el signo de la unidad en toda la arquidiócesis, siempre me parece que resulta como una reunión de familia. Yo quisiera que así nos sintiéramos en este momento de reflexión: una familia que no tiene prisa, que un fin de semana llega al hogar para ver cómo andan las cosas de familia, para ayudar, para colaborar. Comprendo que al mismo tiempo que se reúne la familia, si esta familia es muy importante, tiene muchos enemigos que la observan para criticarla o, quién sabe, —lo que más le pido al Señor— para convertirse. Qué diéramos porque todos esos observadores, que desde su radio nos están escuchando, no nos oyeran con el afán de los fariseos, para ver en qué lo cogemos, sino con el cariño de la familia, para ayudarlo, para el engrandecimiento de ese reino de Dios, que nada malo puede traer a la patria. Al contrario, cuanto más cristiano es un hombre, es mejor ciudadano. Entonces, en este ambiente de familia, hermanos, yo quiero que compartamos las alegrías, las esperanzas, también las angustias y problemas que deben ser comunes a todos. Cada uno tiene sus propios problemas. Y dichoso el hombre que tiene problemas, porque aquel que dice que no tiene problemas es tan pobre que no se da cuenta ni siquiera que vive, porque todo el que vive tiene problemas. Pero respecto a esos problemas íntimos de

GS 1

cada familia, los que ustedes y yo hemos traído como cosas personales para encomendárselas al Señor, en general las encomendamos, son nuestras; nada humano es ajeno a su corazón, dice el Concilio, hablando de la Iglesia. La Iglesia es tan humana que siente como suyos esos problemas, del dolor de estómago de su niño en la casa, de la deuda que no puede pagar, del empleo que no puede conseguir, todo eso nos toca de lleno; lo sensible, la angustia de los que sufren injustamente son problemas.

Vida de la Iglesia

Pero, como Iglesia, como comunidad, esta semana ha sido muy rica. Yo quiero destacar el testimonio de santidad, de serenidad, que nos han dado nuestros hermanos los padres jesuitas. Ha sido una semana en circunstancias de amenazas trágicas y, sin embargo, ninguno ha huido¹. Cuentan que un jesuita muy joven, se llamaba Luis Gonzaga, en el recreo surgió la conversación: “¿Si en este momento viniera el juicio final, qué haríamos?”. Y unos decían: “Yo correría a la capilla para que me encontrara rezando”. Otro: “Yo iría al estudio para estar trabajando”. Y Luis Gonzaga dijo: “Yo seguiría jugando, porque esa es la voluntad de Dios”. Me parece que esta frase de Luis Gonzaga ha sido como el tema de los jesuitas en esta semana: ¿dónde quisieras que te encontrara el 21 de julio? Nadie ha huido. Todos dijeron: “En nuestros puestos”. Muchas gracias, padres jesuitas, porque así se ama la verdad, así se ama el deber, así se ama la vida cuando es vocación. Que venga la muerte, no importa, me encuentra en mi puesto. Ojalá todos los cristianos viviéramos esta hora, esa serena valentía que solamente la puede heredar el que sabe que está trabajando en el verdadero bien, aun cuando abundan las calumnias queriendo desfigurar todo su noble trabajo.

Y siempre a propósito de los jesuitas, quiero destacar y agradecer al pueblo cristiano las múltiples manifestaciones de solidaridad. Entre ellas, me han conmovido mucho las miles de firmas, que casi constituyen un volumen, que le mandaron al señor presidente, todos los pobrecitos favorecidos con Vivienda Mínima. ¡Qué ejemplo más bello! Y la carta del padre Ibáñez es

¹ El 20 de julio de 1977 se cumplió el plazo que la organización paramilitar Unión Guerrera Blanca (UGB) dio a los padres jesuitas para abandonar el país.

el testimonio de unos hombres que sienten que no todo está perdido, que hay gratitud, que nuestro pueblo es noble, que no todo es calumnia, que hay verdadera nobleza en el corazón del pobre, que agradece y siente quiénes son sus verdaderos amigos. También me conmovió la adhesión de los jóvenes, jóvenes estudiantes, muchos de ellos sin duda de alta categoría. Es que la nobleza en cualquier categoría social que se encuentre tiene que ser esa, la que agradece el bien que se le hace, no la que olvida el haber sido lo que son, precisamente gracias a aquellos que ahora persiguen. A los religiosos y religiosas, también, que se han volcado en solidaridad con los hermanos jesuitas, mi agradecimiento de padre de esta familia, como quien siente a todos sus hermanos unidos. Es un nuevo gozo el que he sentido esta semana de que los jesuitas no están solos. Y si acaso ha surgido de una voz cristiana una palabra innoble, de poco amor y poca solidaridad, sí me entristece. Pero quiera el Señor que estos cristianos que en los momentos de la prueba no saben mostrar su unidad y su solidaridad, porque a ellos en lo personal no les toca el problema, se conviertan y sepan que no hay un católico, mucho menos un sacerdote, mucho menos un obispo, que no sienta como propio lo que toca a un hermano, aunque en lo personal no simpatice con él. Es mi familia y me lo tocan, me tocan a mí. Quisiera que aprovecháramos esta circunstancia, pues, para apiñar más esa unidad. Bendito sea Dios.

Y a propósito de solidaridad, quiero también agradecer y destacar un estudio precioso². Quiero decirle a su querido autor que me ha arrancado lágrimas cuando he leído ese estudio acerca de la correspondencia que estoy recibiendo a montones y que gracias al padre Guevara, encargado de este asesoramiento de la noticia y del informe de la curia, se ha llevado a un estudio psicológico, profundo, pastoral. Cómo trazuma en esos millares de cartas, la mayoría de campesinos —pero no exclusivamente, también gente de sociedad— que comprende y vive el problema y no se cierra en un egoísmo que da frío, sino que trata de comprender. Y más aún de religiosos, de confederaciones de sacerdotes de fuera del país, de conferencias episcopales, es decir, reuniones de obispos nacionales, de cardenales, voces de Europa, de obispos que han visto allá en la prensa, en los informes, la

² Cfr. “Leyendo las cartas enviadas a Monseñor Romero”, *Orientación*, 24 de julio de 1977.

triste figura que está dando El Salvador, perseguidor de la Iglesia. Y gracias a Dios, la gallarda figura de este reino de Dios, impávido y sereno ante la persecución, que se quiere negar, pero ella vive en carne propia. Es un testimonio, hermanos, que me llena de una satisfacción tan profunda porque es la mejor aprobación, aunque haya presiones en contra y críticas duras al actuar del arzobispado y de la arquidiócesis; sin embargo, *vox populi, vox Dei*. Aquí sí siento yo que es la voz de Dios que en el humilde mensaje de una carta hecha con faltas de ortografía, con lápiz o con la finura de una máquina *IBM* de los Estados Unidos o de Europa, viene el testimonio de admiración, de solidaridad a nuestra Iglesia, a nuestros sacerdotes, a nuestros religiosos y religiosas, a nuestros colegios católicos, a la postura de la Iglesia; que hasta se ha llegado a decir, nada menos que el primado de Inglaterra: su figura de la arquidiócesis es estímulo para la Iglesia de todo el mundo³. Hermanos, lejos de nosotros el orgullo, porque nada de lo que está sucediendo es nuestro. Es cosa de Dios. Es el Espíritu Santo que ha encontrado la tierra abonada en la arquidiócesis.

Yo solo les invito a que sigamos viviendo esa solidaridad. En el número de *Orientación* de hoy, se ha comenzado a publicar este precioso estudio⁴ de quiénes son los que me han escrito, a quién es a quien le escriben, sintiendo en esta humilde persona la presencia de una Iglesia que es la esperanza del campesino, que da que pensar al capital, al gobierno cuando es sincero en escuchar este diálogo de reflexión y que pone a la Iglesia en su verdadero puesto, como dice —y este es otro saldo rico de esta semana, yo leí esta semana— el estudio sobre los días trágicos publicado en *ECA*, la revista de la Universidad José Simeón Cañas. Yo les recomiendo, es un estudio, como una lectura teológica, analizando qué es lo que ha hecho la Iglesia en estos días. Y dice claramente, ya para terminar: “La Iglesia desea que nuestro país supere la crisis actual, quiere que se restablezca el orden y la justicia, quiere que a ella también se le permita unirse a

³ Se refiere a la carta enviada por Basil Hume, arzobispo de Westminster, en la que textualmente dice: “La postura que usted personalmente ha tomado, apoyado por sus compañeros en el episcopado, constituye una inspiración para la Iglesia del mundo entero”. *Cfr.* “Solidaridad universal con la Iglesia salvadoreña”, *Orientación*, 17 de julio de 1977.

⁴ *Cfr.* “Leyendo las cartas enviadas a Monseñor Romero”, *Orientación*, 24, 31 de julio y 14 de agosto de 1977.

todas las fuerzas realmente interesadas en la construcción de un país más justo, y quiere que se la entienda y que cese por lo tanto tanta difamación y persecución contra ella. La Iglesia quiere ganar también su batalla, pero aunque la perdiera creemos que ha ganado la batalla fundamental, pues la historia recordará que en los momentos de mayor crisis en el país, con todas sus limitaciones y yerros, la Iglesia humanizó al país con limpieza de su palabra, la honradez de sus acciones, la fortaleza en el sufrimiento y la opción por los desposeídos⁵.

Un precioso estudio, después de decirnos cómo la Iglesia ha devuelto la confianza, la esperanza, la historia, la palabra, la honradez. Gracias a Dios, católicos, hemos vivido en la intimidad de nuestra Iglesia lo verdaderamente noble, la verdad, la sinceridad; mientras, a nuestro alrededor, una cortina de humo, de mentiras, de distorsión de noticias, de falsedades, de intereses, de calumnias. La Iglesia ha vivido, gracias a Dios y lo recordará la historia, una hora de sinceridad, aun cuando no se le ha querido comprender. Ustedes sí. Y yo les agradezco, queridos sacerdotes, religiosos, religiosas, movimientos católicos, grupos de base, parroquias promovidas. ¡Cómo han vivido ustedes esta hora preciosa! Sigámosla cultivando.

Otro saldo que yo quiero recordar y agradecer es la respuesta a la pregunta que yo hice en un diálogo por radio: ¿cómo quieren que se celebre el próximo 6 de agosto? Y me ha dado un gusto enorme ese sentido de fe, de piedad verdadera en torno de nuestro Divino Salvador. Todos quieren que se limpie, de ese sentido profano, esta fiesta que debía de ser la evocación más bella del libertador de nuestro pueblo y de la verdadera liberación que la Iglesia predica: ¡el Divino Salvador! Vamos a recoger todas esas sugerencias y desde el próximo jueves nuestros encargados de la radio van a ocupar las horas de la Oficina de Información y Prensa para predicar, por radio, una novena del Divino Salvador, motivada por estas sugerencias, por estos temas de actualidad. Les suplico, pues, que desde el jueves a la 1:00 de la tarde, a las 8:00 de la noche y a las 5:45 de la mañana, sintonicen esta emisora *YSAX* y reflexionemos lo que significa para

⁵ “Entre la persecución y la esperanza. Crónica de otras seis semanas en la Arquidiócesis de San Salvador”, *ECA* 342-343 (1977), pp. 313-316.

la patria tener un patrono tan bello, tan divino como el Divino Salvador del Mundo. Y preparémonos.

Y el 5, la víspera de la gran fiesta, que sea una fiesta de oración han dicho muchos. Intensifiquemos la oración. Yo quiero invitar a todos los queridos párrocos para que el 5, en todas sus parroquias, sea un día de preparación, de oración y penitencia, que se confiese el mayor número de hombres y mujeres, y niños y jóvenes, para que vengan en la peregrinación del 6 a comulgar la mayoría. Y el 5 —allá en la basílica del Sagrado Corazón, donde está la imagen que luego viene en la tradicional procesión de la *Bajada*— invitamos a todo San Salvador para que vaya a orar. Los grupos de oración que ya viven, gracias a Dios, en nuestras parroquias, concéntrense en la basílica, intensifiquemos la oración por la patria. *Bajada* en ese pleamar que viene de toda la república, gracias a Dios, ese atractivo que nadie tiene más que el Divino Salvador se convierta en un clamor que es oración también, un aplauso, un viva al Divino Salvador, que sea el grito de esperanza de esta patria, al que se transfigura de las horas del dolor y el sufrimiento, en la gran esperanza del Transfigurado.

Y el 6, nuestra misa mayor será de campaña, ahí en la puerta mayor, frente a la plaza. Quisiéramos que todas las parroquias trajeran su propio estandarte para que, a la hora de la comunión, sus propios párrocos... Queremos que todos los sacerdotes estén en esta concelebración, que ningún párroco se quede. Sería señal de poca adhesión a la fe del pueblo y de la jerarquía y del Divino Salvador, la ausencia —muy significativa— de un solo sacerdote. Que todos estemos aquí junto al Divino Salvador de la patria. Si no hay ausencia verdaderamente justificada, interpretará el pueblo muy mal la ausencia de un solo sacerdote. Queremos que sea la fiesta del pueblo del Divino Salvador una concelebración donde todo sea la piedad y el fervor de nuestra nación.

La Iglesia tiene el deber de denunciar el pecado

Porque, queridos hermanos, esta riqueza de vivencia de nuestra semana que estamos terminando o comenzando, yo la quiero enfocar desde las palabras de Dios que se han leído hoy. Es muy fácil decir: “No hay persecución”; pero, cuando uno analiza a la luz de la palabra de Dios cuál es la misión de la Iglesia, sí hay persecución. A la luz de la palabra de hoy, aparece que la Iglesia

tiene el deber de denunciar el pecado. La primera lectura es una página de pecado social. Y de las otras lecturas, aparece la otra misión de la Iglesia: elevar los hombres, en la oración, a la verdadera promoción, cuya pirámide —dice el Papa— consiste en el trato del hombre con Dios. El hombre verdaderamente libre es Moisés, es Abraham, es el caudillo del pueblo o el pueblo que habla con su Dios. Fijémonos en la primera página: los pecados que se denuncian contra este pueblo son muy graves, dice Dios a Abraham: vengo a ver con mis propios ojos. Es una imagen bella, antropomórfica: Dios como si se hiciera hombre. Naturalmente que es una figura retórica, bíblica, que representa a Dios como un hombre que viene a darse cuenta, como a inspeccionar Él mismo, a ver los pecados de su pueblo.

Gn 18, 21

Se trata de los pecados de Sodoma y de Gomorra. No dice propiamente la Biblia cuáles eran; pero sí, una interpretación bastante auténtica parece que se trata de desórdenes lujuriosos muy feos, el pecado de la carne. Los pecados sociales cambian, pero lo substancial es lo mismo. Los obispos reunidos en Medellín, 1968, dijeron que en América Latina hay también un pecado social: “Situación de pecado” son las palabras textuales. Parecen duras, pero cuando uno piensa: ¿qué es el pecado? El pecado es la muerte de Dios, es lo que ha sido capaz de llevar a Dios hasta morir en una cruz, porque solo así se puede perdonar. El pecado es el atropello a la ley de Dios, es como pisotear el designio de Dios. El pecado es irrespeto a lo que Dios quiere. Y entonces el hombre, que quiere buscar su felicidad fuera de Dios o contra Dios, pone su felicidad en las creaturas, en el dinero, en el poder político, en la carne, en la lujuria, en un amor adulterino. Es darle la espalda a Dios por una creatura, llámese dinero, llámese política o lujuria, como sea. Lo que pasa es que ese Dios, despreciado, ofendido, reclama a este pueblo: los pecados de este pueblo son muchos, y vengo a ver, y el castigo se cierce ya sobre el pueblo pecador.

M 2, 1

Y se dijo en Medellín: es una situación de pecado, de injusticia social que clama al cielo. Yo creo que todos sentimos que esta realidad clama al cielo. El pecado social, hermanos, monseñor Pironio —y que conste que yo estudio la teología de la liberación a través de estos teólogos sólidos, como es el cardenal Pironio, que actualmente es prefecto de una de las congregaciones del Papa, hombre de la plena confianza del Papa— analiza

M 1, 1

el pecado social de América Latina y dice: la ofensa a Dios en esta desigualdad social que viven nuestros países se puede explicar, primero: o porque los hombres no comprenden su dignidad y no se promueven y viven un conformismo que verdaderamente es opio del pueblo⁶. Esto hay mucho, hermanos. Los ricos que no piensen que ellos solos son los culpables del pecado social; también los perezosos, también los marginados que no luchan por conocer su dignidad y trabajar por ser mejor. Todo aquel que se adormece y está tranquilo, como que otros le realicen su propio destino, está pecando también.

De ahí que la Iglesia tiene que promover a ese hombre adormecido. Y por eso los centros de promoción campesina, los grupos de reflexión de la Biblia. Todo esto promueve. Y, gracias a Dios, vamos viendo muchos obreros, campesinos, gente marginada que va conociendo su dignidad. Y en la medida en que conoce su dignidad, despierta también a la gran injusticia que lo está marginando: “Si yo soy también hijo de Dios, si yo también tengo que despertar, yo también tengo que ser partícipe en la política del bien común de mi patria, yo también tengo derecho a los bienes que Dios ha creado para todos”. No por la lucha de clases ni la violencia, porque la Iglesia —repetimos— no predica el comunismo. Ciertamente, codo con codo con todos aquellos que van luchando por las reivindicaciones sociales, económicas, políticas, ella lleva en su corazón una mística muy distinta de otros liberadores. Ya porque ven a la Iglesia compartiendo una tarde feliz con los maestros de escuela, ya la llaman colaboradora de ANDES⁷. La Iglesia está de acuerdo con las justas reivindicaciones de los maestros pero desde un punto de vista cristiano, desde Cristo; y jamás la Iglesia, por simpatizar con un movimiento de la tierra, va a renunciar a su Dios, a su promoción como hijo de Dios. Que se tenga muy en cuenta esto: que la postura de la Iglesia promoviendo al hombre no sigue las líneas del comunismo, sino las líneas del Evangelio.

Esta es una clase de pecado y la Iglesia tiene que luchar. Y si la Iglesia, promoviendo campesinos, promoviendo marginados, es tenida como subversiva, y que por eso se le expulsa y que por eso la persecución es contra estos, se está persiguiendo a la

⁶ Cfr. E. Pironio, *Escritos pastorales*, Madrid, 1973, p. 91.

⁷ Asociación Nacional de Educadores Salvadoreños, ANDES.

Iglesia. Porque la Iglesia no puede dejar de promover al hombre, para decirle: “No te duermas, eres hijo de Dios, trabaja tu dignidad, sé artífice de tu propio destino, trabaja en tu propio bien común”. La Iglesia no puede dejar, no puede renunciar a esta misión de promoción que el Evangelio mismo le obliga a predicar. Y los colegios católicos y los centros de juventudes, todo aquello donde la Iglesia tiene que decir su palabra, tiene que promover y tiene que despertar la verdadera conciencia del hombre que ha estado muy marginado y que ha sido cómplice del pecado social.

Pero hay otra fuente de pecado, dice monseñor Pironio, es también el pecado personal de aquellos que acaparan lo que Dios ha creado para la felicidad de todos⁸. No se dice que vayan a repartirlo. Es una objeción estúpida que muchas veces le han tirado a la Iglesia: “¡Cómo va a repartirse por igual, y mañana todos habrán acabado con todo!”. No se trata de eso; se trata de una transformación de la propiedad privada. Que, respetando la propiedad privada, le sepa dar un verdadero sentido social que no consiste solamente en producir más, sino en producir más para el bien común de todos. Se trata de que lo que Dios ha creado y hace fructificar en nuestras tierras lleve felicidad a tanta gente que no tiene lo necesario. También esta es una fuente del pecado social que, como en Sodoma y Gomorra, clama al cielo y hace también venir a Dios, también a investigar cómo andan las cosas. Pecado social también que clama al cielo, la marginación en política: todos los hombres han recibido de Dios una capacidad para aportar al bien común. El no dejar que se realice el hombre, aportando al bien de la nación lo que él puede dar, es también un abuso de poder. Es también como un acaparamiento de bienes que Dios ha dado para todos.

He aquí, que la Iglesia no puede callar ante esas injusticias del orden económico, del orden político, del orden social; si callara la Iglesia, sería cómplice con el que se margina y duerme un conformismo enfermizo, pecaminoso, o con el que se aprovecha ese adormecimiento del pueblo para abusar y acaparar económicamente, políticamente y marginar una inmensa mayoría del pueblo. Esta es la voz de la Iglesia, hermanos, y mientras no se le deje libertad de clamar estas verdades de su Evangelio, hay persecución. Y se trata de cosas sustanciales, no de cosas de

⁸ Cfr. E. Pironio, *op. cit.*, p. 92.

poca importancia. Es cuestión de vida o muerte para el reino de Dios en esta tierra, donde Cristo ha querido establecerlo. Por eso, el pecado institucionalizado, pecado hecho ambiente.

Ya sabemos, hermanos, que el pecado depende del corazón de cada uno, pero del corazón de cada uno procede el organizar una sociedad con estructuras injustas, donde no se puede desarrollar el hombre como imagen de Dios. De ahí que todos los pudientes de la política, los pudientes de la economía, los dirigentes sociales, los profesionales, los capacitados, la Iglesia también —como acabo de leer— tenemos que aportar para hacer lo que Dios quiere, que los designios de Dios no sean frustrados con el pecado de los hombres. Lo que sucedió en Gomorra y en Sodoma fue precisamente que los hombres buscaban la felicidad fuera de Dios, como hoy la está buscando América Latina también, una felicidad sin Dios, contra Dios, destruyendo la imagen de Dios en la tierra, que es el hombre.

La Iglesia enseña a rezar

Lc 11, 1-2

Y el otro papel de la Iglesia, en la otra hermosa página del Evangelio: “Maestro, enséñanos a orar” y Jesús les enseña: “Padre”. La hermosa palabra que todo lo arreglaría si todos supiéramos decir Padre al Creador de todas las cosas, y sentiríamos hermanos a todos los hombres, y le pidiéramos: “Venga tu reino”. El anhelo supremo del corazón del hombre, porque cuando venga tu reino a la tierra habrá más justicia, más amor, habrá más igualdad entre los hombres, más fraternidad. Perdónanos porque somos pecadores. Hermanos, —y esto es hermoso— la oración es la cumbre del desarrollo del hombre. El hombre no vale por lo que tiene, sino por lo que es. Y el hombre es, cuando se encara con Dios y comprende qué maravilla ha hecho Dios consigo, Dios ha creado un ser inteligente, capaz de amar, libre.

Si alguno de ustedes, que está siguiendo conmigo este desarrollo del pensamiento, no reza y dice que no tiene fe en la oración, yo le invito a hacer este ejercicio intelectual: desarrolla tu capacidad personal, extiende tus cualidades, recoge todas las alabanzas y aplausos que has recogido. Mira qué grande eres, casi eres un Dios. Por eso te crees Dios, por eso no rezas. Pero por más que extiendas tu ser, tus capacidades, si tú sientes que hay un misterio más allá, y que esa inmensidad tuya se siente abar-

cada por esa otra gran inmensidad, en ese momento estás rezando. Rezar no quiere decir perder tu grandeza; rezar quiere decir ensanchar tu grandeza. Rezar no quiere decir que vas a esperar de Dios lo que tú puedes hacer. Realiza lo que tú puedes hacer, pon en juego toda tu técnica, inventa los regadíos para tus campos, da abono a tu tierra, alimenta tu ganado lo mejor que puedas, y cuando hayas hecho todo eso, reza. No lo esperas todo de Dios, porque tú has hecho todo lo que puedes, pero dejas en las manos de Dios lo demás. Haz como aquel que ya dijimos una vez aquí, los que prepararon todo un sistema de un viaje a la Luna, y un técnico cristiano dice: “La técnica ha hecho todo lo que se podía hacer. Esperamos que va a ser un éxito. Pero ahora nos toca rezar para que Dios bendiga nuestro trabajo”. Esto es rezar, hermanos. No es empequeñecer. Cuando uno reza, esperando que Dios lo haga todo y uno cruzado de brazos quiere que Dios lo haga, esto es un Dios falso. Pero cuando uno trabaja, desarrolla su mentalidad, su capacidad de organización y entonces le dice a Dios: “Señor, a pesar de todo este misterio de grandeza que soy yo, entiendo que tú eres más grande, que me abarcas, que me comprendes, que me completas”.

Cuando el hombre reconoce esta limitación, está en el máximo de su desarrollo. En cambio, cuando el hombre no reza y cuando el hombre pone toda su confianza en su capital, en su dinero, oigan esta frase de la encíclica *Populorum progressio* de Pablo VI: uno de los indicios más seguros del subdesarrollo moral del hombre es la avaricia, querer tener. Cuando el hombre confía en sí y se cree capaz de todo, y en su dinero y en las cosas de la tierra y le sale sobrando Dios, pobrecito, es un subdesarrollado moral. Cuando el hombre sabe rezar y confiar en Dios, es un superdesarrollado, el hombre que ha encontrado su verdadera vocación.

Pues para esto está la Iglesia, hermanos, para enseñar a rezar. Pero para enseñar a rezar como se debe, no aquella oración que adormecía: “Confórmate, vive pobre, a la hora de la muerte Dios te dará un cielo”. Eso no es cristianismo. Por eso, nos dijeron a los cristianos que dábamos opio al pueblo; y ahí tenía razón el comunismo porque ellos trabajan mientras los cristianos solo rezaban y no hacían nada. Pero aquí le gana el cristianismo al comunismo: cuando trabaja como comunista y espera en Dios como cristiano. ¿Ven qué diferencia, hermanos? Porque

PP 19

la Iglesia tiene que trabajar esta doble promoción: despertar al hombre, que desarrolle sus capacidades, y hacerlo esperar en Dios, el trascendente, sin el cual —hemos dicho en la oración de hoy— nada es válido, nada es poderoso.

Esta libertad... Si se le llega a dar a la Iglesia esta libertad... Por eso hemos dicho al gobierno que el diálogo será precisamente para aprender a hablar el mismo lenguaje —un grupo de reflexión de parte del gobierno y un grupo de reflexión de parte de la Iglesia—, para no llamar subversión y política lo que es promoción evangélica y cristiana, para no expulsar sacerdotes solo porque enseñan a trabajar y rezar en ese verdadero sentido moderno de la evangelización. Cuando se reflexione y se dé un ambiente de confianza a la Iglesia, que trabaja por esta promoción, la Iglesia está dispuesta perfectamente a la colaboración para esa humanización del hombre, humanización del capital y del trabajo, que no es otra cosa lo que la Iglesia quiere. Yo creo que el mensaje es suficientemente claro y la palabra de hoy respalda plenamente con el ejemplo de Sodoma de buscar una felicidad de espaldas a Dios; con el ejemplo de Abraham, buscando siquiera diez hombres justos y no encontrándolos en un ambiente de pecado; con el ejemplo de Cristo.

Y terminemos aquí, hermanos, con la segunda lectura donde San Pablo nos dice que Cristo es como el gran documento donde están escritos todos los pecados de los hombres y que, clavado en la cruz, quedó desautorizado para que los hombres fuéramos perdonados. Yo no encuentro una figura más hermosa, más elocuente que esta de San Pablo describiéndonos a Cristo en la cruz, como un papel del diablo cobrándose los pecados de los hombres, pero que Dios borra con el sacrificio de su Hijo. Ya el pecado no tiene derecho sobre el hombre. Ya el demonio no tiene que reinar en el mundo. Es el reino de Dios que Cristo ha ganado con su cruz y su sangre. Y los cristianos tienen que trabajar con ese Cristo, morir si es necesario en esa cruz; pero no echar pie atrás, trabajar, hermanos, por una verdadera promoción que siga haciendo de esta Iglesia salvadoreña, mejor dicho de la arquidiócesis, una Iglesia que de veras sea fiel al Evangelio, que sepa trabajar y que sepa rezar, que sepa promover hombres que sepan ser con Dios constructores de un mundo mejor. Vamos ahora a proclamar la fe en este Dios.

Col 2, 14

La trascendencia, perspectiva hacia lo eterno

Decimoctavo domingo del Tiempo Ordinario
31 de julio de 1977

Eclesiastés 1, 2; 2, 21-23
Colosenses 3, 1-5.9-11
Lucas 12, 13-21

Muy queridos radioyentes:

Este domingo, que según el lenguaje litúrgico se llama domingo dieciocho del Tiempo Ordinario, no he tenido la dicha de celebrar con ustedes la eucaristía porque, como ya les avisé, he tenido que partir a Costa Rica para celebrar allá una reunión de carácter episcopal con representaciones de los episcopados de Centroamérica, México y el Caribe. Pero, gracias a la técnica, puedo dejar mi voz grabada en una cinta magnetofónica, para estar con ustedes siquiera en estos momentos de reflexión sobre la palabra de Dios que se lee precisamente este domingo.

Nuestra vida eclesial

Consagrando ya una reflexión a esta divina palabra que hemos escuchado, quiero pensar concretamente en esta arquidiócesis, en la que estamos haciendo esta reflexión para alimentar nuestra comunidad. Y vaya ante todo un saludo a todos los queridos radioyentes, una invitación cordial para que nos preparemos espiritualmente a la celebración de nuestra fiesta patronal, el Divino Salvador del Mundo, el próximo 6 de agosto. Quiero dedicar también un pensamiento muy cariñoso a la comunidad que vive

y se alimenta de esta palabra divina allá en Citalá. Es un simpático pueblecito en la frontera de nuestra república con Honduras, donde tuve la dicha de celebrar el *Corpus*, con las religiosas y aquella fervorosa comunidad, el lunes recién pasado. Les agradezco la acogida tan bondadosa que me dispensaron y que fue nada más un signo de la acogida que siempre dan a esta palabra. Supe allá un rasgo generoso que yo quisiera proponerlo como ejemplo a muchas comunidades. Y es que los domingos, como allá no tienen sacerdote, se reúnen en la Iglesia, habiendo convocado a la gente con los repiques, y a la hora de la misa de nuestra catedral ellos sintonizan allá su radio, oyen la misa hasta la hora de la comunión, cuando las hermanas distribuyen la comunión a aquella comunidad y terminan haciendo oraciones propias. De esta manera, esta palabra de la homilía de catedral llega a aquella comunidad que la recoge con el mismo fervor con que aquí lo hacemos en nuestro templo máximo. Les felicito por este gesto tan original y ojalá que muchas comunidades, en cantones y pueblos donde no hay sacerdotes, se alimenten de esta manera de la reflexión espiritual de la palabra de Dios.

Cuando regresábamos, con el querido párroco de La Palma, el padre Vito Guarato, visitamos la cabecera parroquial, La Palma. Y nos hemos dado cuenta del fervor que allá alimenta el espíritu de aquella comunidad parroquial. Y una cosa muy original es una vida espiritual que se traduce en gestos prácticos de vida, como es el taller titulado *La semilla de Dios*, bajo la dirección del señor Fernando Llorit y sus colaboradores. Está creciendo allá una comunidad que, al mismo tiempo que desarrolla sus habilidades manuales, crece en el Espíritu, en la reflexión de la palabra de Dios, en la oración. Que el Señor bendiga esta obra suscitada por el Espíritu Santo y que toda la comunidad de La Palma crezca. Ha sido un alimento para mi espíritu de pastor el haber visto lo que puede hacer una comunidad cuando comprende esa encarnación de la palabra de Dios en la vida práctica. Y cómo quisiéramos que todos estos conflictos y situaciones sociológicas, económicas, políticas del mundo se resolvieran así como lo están resolviendo en La Palma: con un gran amor y un gran sentido del trabajo y un gran espíritu de oración.

También queremos recoger con agradecimiento el esfuerzo que están haciendo los encargados de los diversos aspectos de preparar la próxima celebración del Divino Salvador del Mundo.

Hay un activo comité de sacerdotes y laicos que han tomado a su cargo los diversos aspectos de esta complicada celebración. Decimos complicada porque queremos hacerla espléndida, para que el Divino Salvador del Mundo reciba el homenaje de la arquidiócesis y de la patria y nos bendiga copiosamente. Ya el programa es conocido y los encargados de desarrollar los diversos detalles están trabajando intensamente y con gran amor a nuestro Divino Redentor.

Hemos anunciado, para el 5 de agosto por la mañana, una convivencia del Apostolado de la Oración en la basílica del Sagrado Corazón de Jesús. Hemos llamado también a todos los católicos a la tradicional *Bajada*, que será a las 4:00 de la tarde y que será transmitida por radio. Los que no pueden asistir, sírvanse de sus aparatos receptores sintonizando *YSAX* y los que asistan a esta tradicional *Bajada* procuren también poner al servicio de la muchedumbre sus aparatos receptores, sintonizándolos en esta emisora.

Por la noche del 5, llamamos a todos los que quieran hacer oración por la patria a la catedral. Allí, junto con los grupos de oración, junto con el Movimiento de Renovación en el Espíritu, vamos a intensificar bajo la guía y la inspiración del Espíritu Santo, una oración por nuestra Iglesia y por nuestra patria. Y el 6 a las 9:00 de la mañana, esperamos a todas las parroquias bajo sus estandartes en la plaza Barrios, frente a catedral, donde tendremos la dicha de honrar al Divino Salvador del Mundo con una solemne concelebración.

Hemos repetido los fines meramente espirituales de esta celebración y rogamos a todos los salvadoreños que no se dejen guiar por la mala voluntad y, por eso, no vayan a interpretar mal las intenciones de la Iglesia, que solamente quieren ser la de honrar al Divino Salvador del Mundo y atraer sus bendiciones sobre este querido pueblo, tan dichosamente puesto bajo el nombre dulcísimo del Divino Salvador.

Y junto a estos hechos que hemos recordado y que forman parte de la trama de nuestra vida eclesial, pensemos en tantas otras cosas que forman nuestra vida diaria. Pensemos en nuestros campos necesitados de lluvias, pensemos en nuestras cosechas esperadas, pensemos en toda la belleza de nuestros paisajes, en la vida de nuestro país. Ojalá pudiéramos verla en toda su profundidad. Y precisamente para eso nos invita la palabra de

Dios de este domingo, para que sepamos ver las cosas en su verdadera perspectiva. Este es el mensaje que yo quisiera subrayar hoy para ustedes y para mí, queridos radioyentes, el mensaje de la trascendencia.

La autonomía de lo temporal y la trascendencia

Trascendencia es una palabra que quiere significar la perspectiva hacia lo eterno, hacia Dios, hacia lo divino. Solo cuando se mira el mundo, las cosas, las riquezas, la tierra hacia Dios que les dio origen, las cosas tienen sentido. Cuando miramos las cosas, las riquezas y los bienes de la tierra sin tener en cuenta a Dios, las cosas se hacen vanas. Así lo describe el Concilio en una de sus frases lapidarias de la constitución de la Iglesia en el mundo de hoy: la creatura, sin el Creador se desvanece. Y voy a leerles todo ese párrafo del Concilio que me parece el mejor comentario de las lecturas de hoy. Está en la constitución de la Iglesia en el mundo actual, en el número 36, y dice así:

“Muchos de nuestros contemporáneos parecen temer que, por una excesivamente estrecha vinculación entre la actividad humana y la religión, sufra trabas la autonomía del hombre, de la sociedad o de la ciencia.

“Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es solo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que además responde a la voluntad del Creador. Pues, por la propia naturaleza de la creación, todas las cosas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulado, que el hombre debe respetar con el reconocimiento de la metodología particular de cada ciencia o arte. Por ello, la investigación metódica en todos los campos del saber, si está realizada en una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las realidades de la fe tienen su origen en un mismo Dios. Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de la realidad, está llevado, aun sin saberlo, como por la mano de Dios, quien, sosteniendo todas las cosas, da a todas ellas el ser.

Son, a este respecto, de deplorar ciertas actitudes que, por no comprender bien el sentido de la legítima autonomía de la ciencia, se han dado algunas veces entre los propios cristianos; actitudes que, seguidas de agrias polémicas, indujeron a muchos a establecer una oposición entre la ciencia y la fe.

“Pero si autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras. La creatura sin el Creador desaparece. Por lo demás, cuantos creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación. Más aún, por el olvido de Dios, la propia creatura queda oscurecida”.

GS 36

Hasta aquí el Concilio, y digo que este es el comentario más autorizado de las lecturas bíblicas de este domingo porque cuando el Antiguo Testamento nos dice: “Vaciedad sin sentido, vaciedad sin sentido, todo es vaciedad”, es una perspectiva de la creación prescindiendo del Creador. Todo es vano de veras. Las cosas no tienen sentido en sí mismas. Solamente esa autonomía que nos ha dicho el Concilio; es decir, las cosas tienen su ser, su belleza, su propio valor porque Dios se lo ha dado. Y en este sentido, sí recobran toda su belleza. Cuando las cosas se miran con esa trascendencia, con esa orientación, con esa perspectiva hacia Dios, entonces ya no son vaciedad, sino que tienen propia belleza, pero teniendo en cuenta que todo lo están recibiendo de Dios.

Qo 1, 2

La misión de la Iglesia es dar a las cosas el sentido trascendente

En este sentido, también hay que analizar el Evangelio tan precioso de nuestro Señor Jesucristo de este domingo. Cuando le dice a aquel hombre que le pedía la colaboración para que su hermano repartiera su herencia y Jesús le dice que no es juez de estas cosas temporales, le está diciendo que mire hacia el origen de las cosas, que no son la fuente de la felicidad; que no es en tener como los hombres son felices, sino en tener las cosas pero mirando hacia Dios y la voluntad de Dios hacia estas cosas: “Mirad, —les dice Cristo—, guardaos de toda clase de codicia, pues aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes”.

Lc 12, 15

GS 42

He aquí una amonestación de los bienes terrenales hecha por Cristo. La Iglesia, como Cristo, no está puesta en el mundo para ser juez o árbitro de los bienes temporales. La misión de la Iglesia, ha dicho claramente el Concilio, no es de carácter social, político o económico, sino que es una misión religiosa. La misión de la Iglesia es darle a las cosas, a la política, a los bienes de la tierra su dimensión religiosa, su trascendencia. Por eso, la Iglesia siente como más íntimas las cosas de la tierra, porque las sabe unir con la voluntad de su Creador. Y tiene que denunciar cuando estas cosas creadas, los hombres las están subordinando al pecado. No es así como Dios quiere que se manejen las cosas. No es la codicia la ley de las cosas de la tierra. No es el egoísmo, no son los bienes tenidos solo para hacer felices a unos pocos. Es la voluntad de Dios, que ha creado las cosas para la felicidad y para el bien de todos, lo que nos exige a nosotros en la Iglesia a darles a las cosas su trascendencia, su sentido según la voluntad de Dios.

Lc 12, 20

Lo que sucede cuando el hombre pierde esta visión de la trascendencia lo describe maravillosamente la parábola del Evangelio de hoy. Aquel rico que hacía consistir su felicidad en haber cosechado mucho, llenar sus graneros y pensaba darse una gran vida disfrutando de sus cosas, se había olvidado de la muerte, se había olvidado de Dios, y por eso el Evangelio le recuerda: “Insensato, esta noche te van a exigir la vida. Lo que has acumulado, ¿de quién será?”. Y esta es la vanidad que dice la primera lectura: haber trabajado tanto para adquirir tanto y tener que dejarlo. No se lleva las cosas materiales; solamente se lleva el haber usado las cosas materiales según la voluntad de Dios. Solamente acompañarán en el juicio eterno del hombre las actitudes internas: el haber manejado las cosas de la tierra, sin perder la perspectiva de la trascendencia, unir a Dios.

Y esta es, pues, la misión de la Iglesia en el mundo actual: el reclamarle a los hombres que miren con trascendencia todas sus actitudes, todas sus cosas: la política, lo económico, lo social, todo lo de la tierra. Los deberes temporales, los derechos humanos, todo lo de la tierra, tiene que ver mucho la Iglesia con ello, no porque ese sea el fin de su misión, porque su misión tiene que ser, cabalmente, darle el sentido trascendente, orientar hacia Dios los corazones de los hombres, y desde los corazones de los hombres, convertidos hacia Dios, crear un mundo mejor, un mundo más

conforme a la voluntad de Dios, en que todos nos sentimos hermanos, todos con un sentido de trascendencia hacia el Creador.

Queridos hermanos, estimados radioyentes, esta es la palabra del Señor en este domingo dieciocho del Tiempo Ordinario. Ha sido para mí una satisfacción haber recordado, junto con ustedes, que la vida y las cosas que la vida nos da no tienen sentido; son vaciedad, se disipan, se diluyen, mientras no las veamos en su origen, que es Dios, que les está dando el ser, la belleza, la consistencia. Y si de Dios tienen su belleza, su consistencia, las cosas de la tierra que manejamos no las podemos manejar sin tener nuestros ojos clavados en Dios para preguntarle cómo quiere que las manejemos. Que no nos olvidemos de Dios, que no nos olvidemos de que un día tenemos que darle cuenta y que nuestra actitud frente a las cosas de la tierra recibirá una respuesta de Dios, que será un premio o un castigo. Que se manejan las cosas de la tierra como Dios quiere que se manejen y no de otra manera.

Por cumplir este deber, la Iglesia sufre la persecución, la incompreensión. Pero la Iglesia no puede hablar de otro modo y tiene que inquietar a los hombres que se quieren dormir sobre sus bienes, sobre sus triunfos, sobre sus poderes. Y la Iglesia tiene que recordarles, como Cristo en el Evangelio de hoy: insensatos, ¿que no sabéis que hay que dar cuenta a Dios de esas cosas?, ¿que habéis olvidado que las cosas tienen su razón de ser, su existencia, su consistencia, su valor, su belleza, solo porque Dios les está dando esas cosas? Manejádlas, pues, como Dios quiere que las manejemos, con un sentido de trascendencia.

Y elevándonos a Dios, terminamos nuestra reflexión con una bendición que con cariño de pastor quiero impartirles. La bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre vosotros. Amén.

La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia

Fiesta del Divino Salvador del Mundo
6 de agosto de 1977

Daniel 7, 9-10.13-14
2 Pedro 1, 16-19
Lucas 9, 28b-36

Querido hermano monseñor Rivera Damas, queridos hermanos presbíteros, queridos fieles salvadoreños que llenan esta plaza junto a la fachada del alma madre de la arquidiócesis o que, a través de la radio, siguen con interés este homenaje de la patria al divino patrono:

Para tener una idea de lo que fue ese episodio que se acaba de proclamar, la transfiguración de Cristo, que lo presenta luminoso y blanco ante la humanidad, bello y atrayente hasta arrancar de la ambición de Pedro una permanencia definitiva junto a él: “¡Qué bueno es estar aquí!”, para tener una idea, basta mirar este pueblo. Y yo os diría, queridos católicos, que todos nosotros, la Iglesia, somos aquí la transfiguración de Cristo: un pueblo que se ilumina por la fe, que lo alienta una gran esperanza, que lo congglutina un gran amor. Somos de verdad la gloria del Señor, máxime cuando tomamos conciencia de que ese nombre glorioso de nuestra patria es un regalo de predilección del Señor. Tratamos de honrarlo, de recibirlo con cariño y de tributarle este hermoso homenaje de la mañana del 6 de agosto, todos los años. Y no es una fantasía poética decir que este pueblo es la transfiguración de Cristo, es la realidad teológica, evangélica, del sublime ideal de Cristo al hacer su Iglesia.

Fechado con esta bellísima fecha del 6 de agosto, voy a tener el gusto de obsequiar a la arquidiócesis mi segunda carta

pastoral, que llevará como título: *La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia*. Y los pensamientos que ahora quiero exponeros aquí, hermanos, son un resumen de esa pastoral, que ya desde ahora quisiera recomendarles su estudio para que se disipen algunas dudas y para que se aclare más la confianza de aquellos que han prestado una adhesión incondicional a la línea de la arquidiócesis, que sabe que va ciertamente por los caminos de Jesús. Y para aquellos que todavía guardan reservas, que aman la Iglesia, pero que todavía sospechan si el obispo se ha hecho comunista, si los sacerdotes están predicando subversión y violencia y, sobre todo, para aquellos que la odian y la calumnian, sepan que están calumniando al cuerpo del Señor, y se conviertan. Comenzamos por preguntar si estos cambios evidentes de la Iglesia moderna son una traición al Evangelio o son un cambio exigido por su fidelidad del Evangelio. ¿Y cuáles son esos cambios? Los presentamos de dos maneras.

La Iglesia en el mundo

GS 1

En primer lugar, la Iglesia ha comprendido que vivía un poco de espaldas al mundo y se convierte para dialogar con el mundo. Y en el Concilio Vaticano II escribe toda una hermosa constitución que se llama así: La Iglesia en el mundo actual. La Iglesia no es una extraña del mundo. Todo lo humano toca su corazón y ella siente que ha de convertirse a un diálogo más evidente con este mundo que le debe de interesar: son ustedes, sobre todo los pobres, los que sufren, los que son atropellados, los marginados, los sin voz. Y la Iglesia se identifica con ese mundo que sufre, pero no exclusivamente, con todos los hombres que construyen el mundo.

Porque esta es la segunda manera de presentar el cambio actual. Vivíamos como dos historias paralelas que solamente se encontrarán allá después de la muerte. Y se predicaba a la historia de la tierra, a la historia de la patria, como un conformismo, como un algo que no me interesaba, viendo al cielo. Pero la Iglesia, reflexionando que la Biblia misma no es otra cosa que la historia de un pueblo, pero toda ella trenzada con la historia de la salvación, toda ella penetrada del designio salvador de Cristo, ha concluido que no hay historia profana e historia de la salvación, sino que la historia de todo pueblo es el marco concreto en que

Dios quiere salvar ese pueblo, por medio de su Iglesia. Y la Iglesia se identifica con esa historia y la Iglesia marcha con la historia, y les dice a los salvadoreños: tenemos que salvarnos con nuestra propia historia, pero una historia que está toda ella penetrada de la luz de la salvación, de la esperanza cristiana. Y toda la historia de El Salvador, y toda su política, y toda su economía, y todo lo que constituye la vida concreta de los salvadoreños, tiene que iluminarse con la fe. No tiene que haber un divorcio. Tiene que ser la historia de la patria, penetrada del designio de Dios, para vivirla con fe y con esperanza, como una historia que nos lleva a la salvación en Cristo.

¿De dónde toma la Iglesia este cambio tan extraordinario? Hasta el Papa, cuando clausuraba el Concilio, ya acusaba a aquellos que decían: “El Concilio se ha olvidado del Evangelio por convertirse a los hombres”¹. Lo mismo que se dice ahora aquí: “Se ha olvidado la Iglesia de su misión, para hacerse política; para hacerse marxista, para predicar revolución y odio”. Acusan a la Iglesia en lo que más le duele, porque precisamente ese lenguaje nuevo de la Iglesia es mandado por su fidelidad al Evangelio, a Cristo. Gracias a Dios que año con año, el 6 de agosto, nosotros podemos ver en el rostro de Cristo transfigurado, su complacencia con su Iglesia o su rechazo a una Iglesia que lo ha traicionado. Pero resulta que, el 6 de agosto de 1977, encuentra un pueblo atraído por Cristo en la solemne *Bajada* de ayer por la tarde, en la vigilia nocturna de oración que llenaba la catedral y hoy, con esta hermosa misa de campaña, en que las parroquias vienen a decirle a la Iglesia que van por el camino de Cristo, que el rostro iluminado de Cristo es como la brújula del peregrino, que le señala que su camino va bien.

La Iglesia se vuelve a Cristo para preguntarle como Pablo: “¿Quién eres?”. Y si la Iglesia se olvidara de preguntarle a Cristo: ¿quién eres para seguirte, para prestarte mis pies y caminar por los caminos de la historia de mi patria y mi boca para proclamar tu mensaje y mis manos para ir a llevar y trabajar tu reino? Si se olvidara la Iglesia de Cristo, Cristo mismo le saliera al encuentro el 6 de agosto de cada año para preguntarle como a sus apóstoles: ¿quién dicen los salvadoreños que soy yo? Y la Iglesia le tendrá que decir con lágrimas en sus ojos, con escu-

Hch 9, 5

Lc 9, 18

¹ Cfr. Pablo VI, *El valor religioso del Concilio*, Alocución en la clausura del Concilio Vaticano II (7 de diciembre de 1965), 6.

pidas en su rostro, manchado su manto virginal: me han tratado de traidora, me han roto la túnica, me han escupido la cara en campos pagados, me han manchado y me han dicho lo peor que le puede decir un infame a una esposa fiel: que he sido infiel a mi matrimonio contigo, que me he vendido a ideologías extrañas. Y el Señor la consuela para decirle: si tú dices que yo soy el que presenta el Padre en esta mañana, tú vas por caminos de verdad.

Lc 9, 35

Y así es, hermanos, acabamos de escuchar la palabra del Padre eterno: “Ese es mi Hijo, el amado, escuchadle”. Y nosotros sabemos que, siguiendo a esta Iglesia de 1977, no nos hemos apartado del Hijo amado de Dios, y que este 6 de agosto, como aquí, el primer 6 de agosto que fundó Pedro de Alvarado, en los albores de esta ciudad ahora convertida en una gran metrópoli, es la misma fe. La misma fe que de España vino a predicarse a los corazones. La misma fe que en 1977 —naturalmente con los cambios del Vaticano II y de la conferencia que reflexionó en Medellín— está diciendo que un Cristo auténtico y verdadero sigue siendo el Cristo de esta Iglesia, un Dios y un hombre verdadero. Dios, que es el único que puede dar explicación al principio y al fin de cada vida humana, el que puede conocer mejor que nadie el misterio del hombre y de la historia de El Salvador, rey de nuestra historia. Y hombre, que se encarna hace veinte siglos, Dios que se hace hombre en una historia de un país dominado por una potencia extranjera y que vive su Palestina, su Nazareth, como la debe vivir un salvadoreño su propia historia de El Salvador.

Mc 1, 15

Y desde allí Cristo nos enseña que su encarnación es precisamente aquel mensaje, aquella predicación que San Marcos sintetiza en el principio con esta frase lapidaria: “El tiempo ha llegado, el reino de Dios se acerca, convertíos”. Convertíos a la buena nueva. La buena nueva que Cristo trajo era el anuncio de una gran esperanza, la configuración de una humanidad donde todos se sintieran hermanos, y a Dios, Padre de todos los hombres. Y en el esfuerzo en conocer a ese Dios verdadero, conocerían que el hermano hombre es imagen de Dios. Y en el esfuerzo de amarse los hombres y de no dividirse en clases sociales, en odios, en venganzas, en ese esfuerzo, el hombre también se acerca a Dios.

La Iglesia predica el reino de Dios

Este mensaje, del reino de Dios que se acerca, es el que la Iglesia sigue predicando. El reino de Dios se acerca, y cuando los hombres comprenden este mensaje de hace veinte siglos, en los labios de los evangelizadores de 1977, se aman, hacen comunidad y detestan las diferencias. Y saben que no puede ser reino de Dios allí donde reina el pecado; y dicen: convertíos. Y la conversión es la palabra de orden de la Iglesia. No predica contra los poderosos con odios ni resentimientos, sino con el amor del que quiere que se salven, que se conviertan. Para eso ha venido el Hijo de Dios. Y se convirtieron los ricos del tiempo de Jesús; pocos, pero se convirtieron, para hacer de su riqueza un sentido de fraternidad con los demás. Y se convirtieron los pecadores y encontraron en Cristo la alegría de sentirse hermanos sin diferencias, nada más que todos hijos del mismo Padre. Esto sigue predicando la Iglesia.

Por eso, cuando a la Iglesia se le acusa de subversiva, se le acusa de que predica el odio, de que divide las clases sociales, se le está calumniando en lo más doloroso y delicado de su conciencia. La Iglesia jamás predica el odio. La Iglesia siempre predica el amor. Y la Iglesia, aun cuando reclama lo que llamó la asamblea episcopal de Medellín “la violencia institucionalizada”, tiene que gritar violenta como los profetas, cuando violentos gritaban contra el orden injusto de su tiempo. No es que la Iglesia predique violencia, sino que han provocado otros la violencia, el odio, la tortura, el dolor, la desigualdad social, y la Iglesia tiene que ser fuerte en su lenguaje porque es el de Cristo, que sin odio ni venganza quiere arrancar del reino del pecado las almas, para ponerlas en el reino de Dios.

Esto, a lo largo de la historia, la Iglesia lo ha ido predicando. Y tiene la alegría de sentirse fiel a Jesucristo, aun cuando en ciertas circunstancias de la historia no haya sido tan fiel y haya tenido que pedir perdón. Porque, como dijimos los obispos, en el mensaje del 5 de marzo: el que denuncia está dispuesto también a ser denunciado². Y lo he dicho yo muy concretamente, que estoy abierto al diálogo, y todos aquellos que, en nuestra predicación y en el mensaje que la Iglesia les predica, encuentren

M 2, 16

² Mensaje de la Conferencia Episcopal de El Salvador sobre el momento actual que vive el país (5 de marzo de 1977).

algo inconveniente o indebido, acérquense, corrijánnos, ayúdennos a predicar mejor. Pero sabremos que si hay en el lenguaje o en la forma cosas tal vez inconvenientes, imprudentes, estamos convencidos que, en la sustancia del mensaje, estamos al lado de Cristo.

Como Cristo, una preferencia para el que sufre, no para parcializarnos, sino para señalar a todos el camino de la caridad, el camino del amor y para decirle a todos que también los pobres tienen que convertirse. Que la situación de injusticia social que reina en nuestro continente no es culpa solo de los ricos y los poderosos. Que también aquellos pobres que no se quieren promover, que viven en la pereza, que no tratan de rehacer sus vidas y vivir como hijos de Dios, también están colaborando a la situación de injusticia social.

Y la Iglesia predica la promoción, y por predicar esa promoción del hombre, por despertarlo de su conformismo enfermizo y ponerlo activo como artífice de su propio destino, la Iglesia tiene que sufrir; porque todos aquellos que quieren tener masas adormecidas, hombres incapaces de criticar, gente incapaz de rehacerse, de hacer su misma historia, sentirán que les quitan esa triste situación de la explotación del hombre por el hombre. Por tanto, la Iglesia, predicando este mensaje de liberación auténtica en Cristo, promueve a unos y arranca a otros del egoísmo y les dice a todos, como Cristo en su tiempo, que hay que dejar el pecado, que hay que convertirse a Dios, que el reino de Dios está cerca y que seremos culpables si no colaboramos con su construcción en este mundo.

La arquidiócesis del Divino Salvador

Y así llegamos, hermanos, a la última parte de la pastoral que les voy a ofrecer muy pronto, y que en esta mañana yo la ofrezco ya al Señor, como un precioso ofertorio de la arquidiócesis. Lo más bello de estas hostias —que junto con mis queridos hermanos sacerdotes, colaboradores de esta evangelización tan difícil, vamos a ofrecerle al Padre eterno— es que estas hostias representan toda una arquidiócesis, una Iglesia particular que le puede decir al divino Transfigurado en esta mañana que es su esposa fiel; que si en algo ha manchado su vestido, se purifica en la penitencia, en la conversión, y que se vuelve a Él para quererle

ser fiel; y que considera que todo cuanto se ha calumniado a la Iglesia es injusto y que hace un llamamiento a los católicos fieles para pedirle a Dios la conversión de los que la han odiado y la han calumniado. Que no es odio lo que predica la Iglesia, sino amor. Y si alguna vez la palabra es violenta, es para arrancar del reino el pecado y convertir en el Señor. Que no es marxista, que la Iglesia no se ha comprometido con ningún sistema social.

Que en los sistemas, la Iglesia solo defiende su ética religiosa. Y así como dice que el comunismo ateo es incompatible con su trascendencia y su fe en Dios, también ha dicho que el materialismo del capitalismo liberal es ateo, es idólatra porque, adorando su dinero y por defender su dinero, no le importa calumniar la dignidad de los demás, está pecando también gravemente. La Iglesia defiende esa ética de su religión, de su amor a Dios, y en cualquier sistema esto es lo que le interesa. No hacerse marxista o capitalista, sino decirle a los marxistas y a los capitalistas que se conviertan de su materialismo para que con ella adoren al único Dios verdadero y sus inquietudes sociales las conviertan en un afán de construir el verdadero reino de Dios, que nos haga sentirnos hermanos a todos.

Que la Iglesia no hace política porque ha aprendido en el Concilio Vaticano II que hay una autonomía de la autoridad civil. Y ella, Iglesia, tiene también su autonomía. Y que, cada uno en su campo, tienen que colaborar para el bienestar común. Esta es la gran política de la Iglesia: el bien común. Y tiene el derecho, por su función moral en el mundo, de denunciar los abusos de la política y decir al poderoso que no es Dios, que si algo tiene para mandar es porque Dios le ha permitido y, por tanto, que tiene que medir sus leyes, sus actuaciones, conforme a la ley del Señor. Pero que ningún poderoso, como los primeros cristianos lo decían a sus césares, a sus emperadores: no era lícito quemar incienso ante ellos porque no eran dioses; y que, entonces, era la obligación del cristiano, del predicador, del sacerdote, obedecer a Dios antes que a los hombres y no dejarse encadenar por condiciones que le ponga la autoridad civil. Es Dios el que le ha dicho lo que tiene que predicar y esa santa libertad mejor la soportará callando en absoluto, pero no congeniando, compartiendo honores, cuando a la Iglesia esos honores, esos privilegios, esas compañías le pudieran servir de desprestigio y de perder un poco esa autoridad moral que, gracias a Dios, tiene la Iglesia.

GS 76

Hch 5, 29

Hermanos, la arquidiócesis puede ofrecer ahora al eterno Padre, junto al divino Transfigurado, una *Iglesia unida*. Unida, bendito sea Dios. Aquí la presencia de este presbiterio, pocas veces vista en la historia de nuestra Iglesia, es la señal de que los predicadores de la palabra de Dios estamos de acuerdo en que lo que su obispo va dirigiendo, heredado de mi venerable predecesor monseñor Luis Chávez y González, es una línea de pastoral que no la estamos inventando hoy. Viene del Concilio Vaticano II, viene de los cambios necesarios de una Iglesia que, precisamente por ser el cuerpo de Cristo en la historia, tiene que preguntarle a Cristo: ¿cómo quieres que hable en esta hora de la historia? Y Cristo me dice: tienes que hablar distinto de como se hablaba hace cuatro siglos, en la edad media, en los primeros años. Soy Cristo que va contigo. Necesito tu boca para predicar a los hombres de 1977 el lenguaje que ellos necesitan.

Es la unidad que se ha hecho sentir, hermanos, de múltiples maneras. Acabo de llegar de una reunión del extranjero, donde mis hermanos obispos de Centroamérica y a través de cartas de todo el continente, han manifestado una solidaridad conmovedora con esta Iglesia de la Arquidiócesis de San Salvador. Lo cual nos está diciendo, junto con esas cartas humildes de nuestro pueblo, o cartas de profesionales, de estudiantes universitarios, que se apiñan todos en torno de esta Iglesia evangélica, que muy lejos de haber traicionado el Evangelio, está siendo hoy la Iglesia del divino Transfigurado.

Y decimos a Cristo también, que le ofrecemos una *Iglesia manchada de sangre*, una Iglesia con sus vestidos blancos, pero manchados de persecución. Ha habido persecución, hay persecución, porque teológicamente persecución quiere decir impedir el mensaje de la Iglesia. Y esto ha sucedido. Se ha impedido el mensaje auténtico de la Iglesia. Se quiere poner cortapisas, poner medidas, cómo se debe de predicar. Y nosotros es a Cristo a quien tenemos que oír, como en esta mañana nos ha dicho el Padre eterno: a Él oídle; lo que Él os diga es lo que tenéis que predicar. Y hemos sufrido la persecución en los sacerdotes. No es necesario repetirlo. Todos saben y tienen conciencia que también la Iglesia es perseguida en los destinatarios de su mensaje, en su pueblo, en sus campesinos, en sus grupos de reflexión, donde se siembra el espanto, el terror y muchos con miedo no se pueden acercar. Eso, en lenguaje auténtico, debe

Lc 9, 35

llamarse persecución. Pero la Iglesia levanta sus ojos al divino Esposo en esta mañana para decirle: “Te doy gracias, porque mi esperanza en ti y mi entrega a ti despierten en la persecución más ánimo en mis hijos”, y todos están dispuestos aun a dar su vida por defender esa fe que tienen que profesar.

Y finalmente, hermanos, es la *Iglesia de la esperanza*. Qué gran esperanza ha despertado la Iglesia en nuestros corazones, precisamente, porque ya no encuentra su fuerza en las cosas de la tierra, porque le han fallado sus fuerzas, que los hombres le ofrecían interesadamente, y ha sabido despedirse de todo eso para serle fiel al Evangelio y, en su pobreza, saber que está con los pobres y que todo aquel que quiera vivir con ella y ser feliz con ella y vivir las esperanzas que ella vive, tiene que apoyarse en la debilidad del Cristo ultrajado, en la debilidad de la Iglesia esposa de Cristo, en su pobreza, en su Evangelio, en su seguimiento auténtico del Señor.

Y así sentimos, como San Pablo, que en nuestra debilidad somos fuertes, porque Cristo, el omnipotente, es más fuerte que todas las fuerzas del mundo. Y tenemos esta esperanza. Esta esperanza, también, que queremos extender como patriotas, porque somos hijos de una patria. Y cómo no vamos a sentir, hermanos, que esta patria tenga su rostro tan feo allá en el exterior. Lo acabo de comprobar. Mientras que la Iglesia luce su belleza y su fidelidad, nuestra pobre patria sufre la fealdad de una figura que tiene que componer, y la Iglesia quiere ofrecer esa cooperación: la defensa de la dignidad humana, de los derechos humanos, la dignidad de Dios respetada en medio del pueblo; porque solo así, respetando la ley de Dios, se le podrá dar a la patria su verdadero rostro de belleza que merece, aquella que recibió de Cristo, el nombre más bello, la patria del Divino Salvador.

1 Cor 1, 25

Abrigamos esta esperanza, la esperanza de que no solo la Iglesia continúe trabajando en su autenticidad, en su belleza, en su unidad, sino la esperanza de que esta Iglesia embellecida en la persecución, comprendida por sus mismos perseguidores, sin odios, sin resentimientos, sabrá poner todo el rico potencial que Cristo le ofrece, para santificar las familias, para santificar la política, para santificar la economía, para hacer que también en El Salvador Cristo pueda decir: “El reino de Dios está cerca, convertíos”.

Mc 1, 15

Divino Salvador del Mundo, poniendo por intercesora a tu Santísima Madre la Reina de la Paz, que es también patrona de El Salvador, te pedimos que esta esperanza de la Iglesia, que este pueblo que representa hoy tu transfiguración, goce la alegría de que sus esperanzas son cumplidas. Así sea.

La historia de la salvación

Decimonoveno domingo del Tiempo Ordinario
7 de agosto de 1977

Sabiduría 18, 6-9
Hebreos 11, 1-2.8-19
Lucas 12, 32-48

Estimados hermanos:

En esta semana la Iglesia de la arquidiócesis ha vivido su gran apoteosis patronal. Yo quiero felicitar al pueblo por su fervor, por su entusiasmo para con su Divino patrono, y agradecer de manera especial a todas las personas, sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos que contribuyeron de una u otra forma a esta esplendorosa festividad del Divino Salvador.

Vida de la Iglesia

También esta semana nos deja un saldo de luto, el jueves dimos sepultura en Cojutepeque a un sacerdote venerable de nuestro presbiterio, al padre Manuel Guardado, de setenta y nueve años de edad. Una vida oculta como la violeta, pero como la violeta llena de una hermosura muy espiritual. Un hombre muy inteligente; era doctor y pasaba su vida estudiando. Un ejemplo de una ancianidad que está al día en el pensamiento de la Iglesia. Entre los testimonios de su entierro, me gustó mucho escuchar al padre párroco de Cojutepeque, el padre Ayala, decir que, a pesar de la diferencia de edad, el padre Guardado era para él un guía, y con él comentaban, él vivió intensamente esta renovación de la Iglesia en el Concilio Vaticano II y en Medellín y, en vez de escandalizarse, como muchos más jóvenes que él, sabía

que la Iglesia no se puede equivocar. Amaba a su Iglesia y por eso la siguió hasta el final de su vida, y a pesar de sus ochenta años, el padre Guardado era un hombre al día con el pensamiento de la Iglesia. Cómo quisiéramos que ese espíritu de un anciano se trasladara a toda la comunidad y a todas las edades, para ponerse al día con el pensamiento de la Iglesia. Que esta es precisamente la lástima más grande de nuestro tiempo, el no querer comprender a esta Iglesia.

Y a pesar de todas las cosas de esta semana y, mejor dicho, valiéndose de la historia concreta de nuestra patria, de nuestras familias, de nuestras diócesis, Dios está operando su salvación. Ayer les anunciaba que va a salir publicada una pastoral¹. Una carta pastoral es el magisterio con que los obispos presentamos las orientaciones a la diócesis. Y en esta pastoral queremos, precisamente, orientar a muchas mentes confusas, los que por buena voluntad se sorprenden de estos cambios actuales de la Iglesia, como que tambalea su fe y dudan. Y les queremos decir allí que no hay razón para dudar. Los que con mala voluntad persiguen a la Iglesia, esos son pecadores contra el Espíritu Santo y, eso sí, no es una gracia muy especial de Dios. Es lástima, costará convertirlos. La pastoral va dirigida, pues, al pueblo bueno, al pueblo de buena voluntad o a aquellos que dudan con buena voluntad, buscando la luz y la verdad. Y no perdemos la esperanza tampoco de que también los de mala voluntad, los que la persiguen y calumnian, los que —como dice la Sagrada Escritura— han pervertido su corazón por servir más a las criaturas que al Creador, pidamos, hermanos, para que todos nos convirtamos de verdad al Señor. Y en esa pastoral está el pensamiento que hoy se ilumina maravillosamente con la palabra de Dios.

Uno de los cambios de la Iglesia actual es haber roto esa dicotomía, esa separación entre la Iglesia y el mundo, porque también ha comprendido la unidad de la historia profana con la historia de la salvación. Se había creado en nuestra espiritualidad, en nuestro modo de pensar como Iglesia, que el mundo era despreciable, que la historia profana de los hombres era como un “para mientras”, como un tiempo de prueba y que iba paralela con la historia espiritual de la salvación de Dios. Había una

¹ *La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia*. Segunda carta pastoral de monseñor Óscar A. Romero, arzobispo de San Salvador (6 de agosto de 1977).

separación casi infranqueable entre lo material y lo espiritual, entre lo profano y lo sagrado; y se aconsejaba una especie de conformismo: “Pasemos la vida, la historia, como se pueda, y ya vendrá el cielo, la salvación eterna; procuremos no condenarnos en el infierno”. Y así teníamos de la historia algo separado a nosotros.

Pero cuando la Iglesia actual, profundizando en su meditación —sobre todo en la palabra de Dios escrita en la Biblia—, llega a descubrir que Dios tiene un designio para salvar a los hombres, precisamente, valiéndose de su historia profana, que es en la historia de su pueblo de Israel donde Dios va tejiendo su designio de salvación, y ese paradigma se realizará en las historias de todos los pueblos. La historia de El Salvador, con sus próceres, con su política, con sus propias lacras, con sus propias cosas buenas, con sus preocupaciones, es la historia de los salvadoreños y en esa historia de los salvadoreños es donde Dios quiere encontrarse con los salvadoreños y salvarlos.

De ahí que la Iglesia, como reino de Dios en esta tierra, ama esa historia, ama a la patria más que ningún otro. Pero, como reino de Dios, quiere que el reino de Dios se refleje en todas las páginas de la historia. Y por eso, porque se ha identificado más con este mundo, con esta historia, la Iglesia tiene que ver las sombras del misterio de la iniquidad, que es el pecado. Porque si la historia profana, por su parte, no coincide con la salvación, con los designios salvíficos de Dios, es por su culpa, es porque los hombres, los salvadoreños hemos hecho pecaminosa, hemos hecho reinar el pecado en la historia; y la Iglesia, que está con Dios y no con el pecado, tiene como misión derribar el pecado de la historia. De ahí que tiene que haber momentos muy conflictivos entre la Iglesia y la historia, porque ella no puede tolerar el pecado y sabe que su misión es santificar la historia de El Salvador, liberarla de todo aquello que la hace esclava del pecado. Esta es la misión de la Iglesia y de los que formamos la Iglesia, no solo de los sacerdotes, sino de también ustedes, queridos católicos; los bautizados son el reino de Dios.

Y así escuchamos en el Evangelio de hoy la palabra dulcísima de Cristo a sus apóstoles, a sus católicos: “No temáis, pequeño rebañito”. Qué título más hermoso. Parece como despectivo, como cuando uno piensa: ¿pero es que en la muchedumbre de la *Bajada* y en la misa de campaña del 6 de agosto solo había

Lc 12, 32a

pueblo? ¿No había gente distinguida? Sí, había mucha gente distinguida; pero lo que a la Iglesia le interesa no es... Ella no se apoya en la categoría social, económica o política de la gente. El pueblo, precisamente ese pueblo que sigue a Cristo con entusiasmo, esa es la auténtica historia. No aquellos que ponen ídolos en la historia para apartar la adoración del verdadero Dios. Y por eso el pueblo auténtico de Cristo, el pueblo auténtico de Dios, aunque se califique así, el pueblo es el pequeño rebaño. No es cantidad de gente ni cualidad de gente lo que a Dios le interesa, sino aquel pequeño rebaño escogido por Él, porque a Él le ha entregado el reino: no temáis, pequeño rebaño, porque a vosotros se os ha entregado el reino.

Lc 12, 32

Catequesis de la historia de la salvación

Y en la primera lectura, cabalmente, es ese pueblo escogido de Dios. ¡Qué bella aparece la historia de la salvación en las tres lecturas de hoy! Sería una bella clase de catequesis la que yo quisiera dar ahora, una revisión de la historia de la salvación, que comienza con aquella vocación de Abraham. San Pablo —si es de él, porque hoy la crítica estudia muy a fondo la carta a los Hebreos— pero sea quien sea el autor, la carta a los Hebreos es un análisis de la historia de Israel en la cual está inyectada la historia de la salvación.

Un israelita, pastor humilde, es escogido por Dios —siempre los pobres— y a este pastor de Israel, Dios le dice: te he escogido; deja tu parentela y tu tierra y dirígete a la tierra que yo te mostraré. Y este hombre cree. Esta palabra, de este domingo, es un llamamiento a la fe, y el personaje más hermoso de esta fe es Abraham, padre de los creyentes. Porque escuchando de Dios que le dice: te he escogido, ven, te voy a mostrar una tierra; sin saber dónde es esa tierra, deja lo seguro, se desinstala y va creyendo a la palabra. Esto es la fe: creer a la palabra de un Dios que no me puede engañar. Él sabe dónde es esa tierra, yo no sé dónde; pero yo dejo mi tierra, mi seguridad, mi ganado y me voy con Él. Y comienza a peregrinar, comienza la peregrinación de la fe, sin rumbo, sin destino. El destino más seguro es la palabra de Dios. Y Abraham camina sin rumbo, solamente dirigido por Dios. Otra prueba le va a hacer el Señor. Le ha prometido que de él va a nacer un pueblo donde serán bendecidas

Gn 12, 1

todas las naciones del mundo, pero ya es anciano y su mujer, Sara, es anciana y estéril. ¡Lo imposible! Sin embargo, Dios lo ha dicho y cree. Y cuando un día la esterilidad de Sara se fecunda con su hijo Isaac, Abraham salta de gozo porque de aquel hijo ha de descender el pueblo que Dios ha prometido. ¡Y qué cosas absurdas de Dios! Le dice: me vas a sacrificar a tu hijo, y Abraham, obediente, va con Isaac al monte, y ya está dispuesto a clavar el puñal para sacrificar a su propio hijo de sus esperanzas. Porque dice San Pablo, comentando ese momento: Abraham sabía que Dios es capaz hasta de resucitar a los muertos. Es la fe en lo imposible. Y este momento, en que Abraham va a matar a su hijo y Dios lo detiene porque solamente quería probarle su fe, lo compara con la fe de los cristianos que creen en aquel que murió en la cruz y resucitó y vive. Isaac es la figura del Cristo muerto, porque Dios lo pedía muerto y resucitado, porque Dios le devolvió la vida.

Gn 22, 2

Hb 11, 19

Abraham es el primer creyente en el misterio pascual. Aquel hijo de su esperanza ha surgido casi de la muerte, una muerte que le llevaba ya su obediencia y su fe en Dios. Y San Pablo alaba esa fe, como la fe de los cristianos que creen en un Cristo muerto, pero en un muerto que ha resucitado y vive por los siglos. Así, la fe de Abraham es el signo de nuestra fe. Y cuando ese Abraham muere aún sin conocer la tierra que Dios le había prometido, sus hijos, los patriarcas del Viejo Testamento, viven de esa fe, saben que Dios no puede engañar. Parecen ilusos en medio de los pueblos profanos y, sin embargo, aquella fe le da consistencia a esa historia.

Cuando, en Egipto, un prisionero de los patriarcas es el principal en las horas difíciles de la historia de Egipto, y miren cómo Dios lleva la historia no solo de su pueblo Israel sino de Egipto, porque de Egipto va a partir otro capítulo precioso de la historia: Moisés. Es el confidente de Dios y Dios le ha dicho: he oído el clamor de mi pueblo, quiero redimirlo. Tú vas a presentarte al faraón para decirle que deje salir a mi pueblo a la tierra que yo le tengo prometida. ¿Hasta cuándo Dios va a cumplir esa promesa de la tierra prometida a Abraham? Todavía no hay tierra en el mundo y sin embargo la fe de Israel sigue esperando esa fe, pero ya se vislumbra la libertad de un pueblo oprimido. Y Moisés, a pesar de su incapacidad: “Quién soy yo para presentarme al faraón” con toda su potencia política, con su ejército,

Ex 3, 7-10

Ex 3, 11

con sus carros. La prepotencia humana ante la pequeñez humana, esos son los momentos de la historia de Dios. Y la esperanza y la fe anima a Moisés, y Dios está con aquel pueblo y comienza el éxodo, el segundo libro de la Biblia, léanlo, hermanos. En los momentos de la represión de El Salvador, de nuestra tierra, no desesperemos; mucho más difícil era la situación de Israel en Egipto.

Y el éxodo es el canto de victoria de Dios. Y la primera lectura de hoy, del libro de la Sabiduría, capta precisamente ese momento en que el pueblo de Israel en aquella noche santa en que el ángel del Señor va a pasar matando a todos los primogénitos de Israel², para castigar el crimen de Egipto que ha matado a los hombres de Israel. Hermanos, no hay crimen que se quede sin castigo. El que a espada hiere a espada muere, ha dicho la Biblia. Todos estos atropellos del poder de la patria no se pueden quedar impunes. Y el ángel exterminador pasó por las tierras de Egipto, y aquella noche hubo llanto en los hogares de Egipto, porque Dios castigaba los crímenes del faraón. ¡Qué terrible la autoridad cuando no cumple su deber, cuando quiere hacer prevalecer la fuerza de las armas contra la inerme impotencia de los pueblos! Lloraba todo Israel y, en cambio, el pueblo oprimido comienza su éxodo, y el libro sagrado nos ha leído hoy una de las páginas que comentan esa noche santa. Nos ha dicho el libro de la Sabiduría: aquella noche los israelitas sintieron que Dios cumple su palabra. Iniciaron entonces la celebración pascual. Aquel comer la lechuga y el cordero matado era la primera Pascua. Desde entonces, todos los años, Israel celebraba aquella noche de la libertad; y pasó, en Cristo, a los cristianos, la Pascua cristiana que sigue siendo el recuerdo de un pueblo oprimido, pero al que Dios libera por su esperanza y su fe en el Señor.

Y en Cristo, San Pablo y el Evangelio de hoy recogen toda esa historia, la historia sagrada, que en Cristo comienza a hacerse la historia de todos los pueblos. ¡Dichosos los pueblos que acogen a Cristo como redentor! En Él está el cumplimiento de la promesa de Abraham. En Él está la realización de la libertad hecha por Moisés. En Él se cumplen todos los profetas y todos los patriarcas. Aquel pueblo que Dios prometió a Abraham y que Abraham comenzó a buscar sin rumbo —solo en la fe en

² Debe leerse “primogénitos de Egipto”.

Dios— fue el pueblo de Israel, que conducido por Moisés llega a la tierra prometida, que no es tanto una geografía, sino que es más que todo un pueblo de santos, de profetas, que llega a florecer en una virgen que será madre y será virgen, María, de cuyas entrañas nace por fin la promesa hecha a Abraham, el redentor verdadero no solo de Egipto³, sino de todos los pueblos: Cristo nuestro Señor.

Por eso ayer, día del Salvador del Mundo, El Salvador se estremece porque siente que toda la emoción de Israel, toda la riqueza de las promesas de Dios, todo el anuncio de los profetas está cumpliéndose en Cristo, nuestro patrono, nuestro Salvador y en Él serán salvas todas las naciones, ha dicho Dios. Y El Salvador también será salvo y todos los pueblos que pongan en Él su confianza. No temáis, pequeño rebaño —le dice Cristo a su pueblo— porque aunque parezcáis insignificantes, pequeños, a vosotros se os ha dado el reino. Vosotros sois Abraham, vosotros sois Moisés, vosotros sois el nuevo Israel, vosotros lleváis en las entrañas, como vida, la libertad; vosotros lleváis el canto de victoria. Aunque aparentemente aparezcáis oprimidos, sufriendo el desprecio de los demás, la grosería de los poderosos, vosotros vais con Dios.

Lc 12, 32

La fe y la esperanza salvarán al mundo

Lo que quiere la palabra de hoy, hermanos, es sembrar la fe y la esperanza en cada corazón. Por eso, la esperanza tiene que ser junto con la fe lo que nos hace distintos, a los verdaderos católicos, de aquellos que han perdido la fe y la esperanza y la han puesto en las cosas de la tierra. No es el poder político, no es la sabiduría de los hombres y de la técnica, no es la prepotencia del dinero la que va a salvar al pueblo. Salvará al pueblo esta fe en la pequeñez y en la humillación de Cristo; salvará esta esperanza en el Poderoso; salvará esta fe en Dios, nuestro Señor. Ninguna revolución de la tierra que quiera construir un mundo mejor solo a base de odios, de violencia, de secuestros, de resentimientos, podrá ser el verdadero reino de Dios. Dios no camina por allí, sobre charcos de sangre y de torturas; Dios camina sobre caminos limpios, de esperanza y de amor.

³ Debe leerse “de Israel”.

Querido pueblo salvadoreño, que las fiestas patronales del Divino Salvador despierten en nosotros la fe de Abraham, la esperanza de Moisés, la fe y la esperanza del pueblo, que aun en medio de sus opresiones confiaba en el Señor. Y el Señor llega. Llega cuando tiene que llegar, no cuando lo queramos nosotros. Vivamos esta esperanza.

Lc 12, 45 Hay un capítulo precioso del Vaticano II que me parece el más bello comentario de estas lecturas de hoy, cuando Cristo, nuestro Señor, dice que el reino de los cielos se parece al que espera en la noche al patrón que ha de venir. ¡Ay de él si se descuida en esa noche! Si pensando que no vendrá más, comienza a golpear a los mozos y a las criadas y a sentirse dueño de la casa, cuando venga el Señor, lo sorprenderá, que no era dueño de la casa, no era más que un simple sirviente. En cambio, aquellos criados fieles, que están preparados y, según el vestido oriental ampuloso, se ciñen la cintura para estar prontos al trabajo y cuando venga el Señor no tienen más que correr y abrir y servirle: dichosos —dice Cristo— porque el mismo Señor será su servidor, de alegría de tener unos criados tan fieles.

Lc 12, 37 Esta noche, en espera de ese mañana, en espera de esa venida del patrón, es la historia del mundo. Dice el Concilio: la Iglesia, que ya inició en Cristo resucitado hace veinte siglos la renovación del mundo, está esperando la plenitud de esta perfección con la venida del Señor. No nos olvidemos, queridos católicos, somos los sirvientes en espera del Señor que ha de venir. ¡Ojalá no lo olvidara nadie! Ni aquellos que se han sentido dueños del mundo porque tienen en sus manos los poderes. También ellos son criados del Señor que ha de venir. Y el Evangelio termina terriblemente: aquel que se le ha dado más, mayores responsabilidades, será juzgado con mayor severidad. Aquel que ha recibido más y pudo hacer feliz al mundo con sus bienes, y solamente vivió de sus egoísmos, como el criado de la noche que se sintió dueño de todo lo que tenía, como si soñara, están soñando, vendrá el día, los despertará y se enfrentarán frente al dueño de las cosas, frente al dueño de los pueblos, frente al Señor de la historia.

LG 48 Estamos esperando y esta esperanza no es ilusión. El Concilio nos invita a dar razón de nuestra esperanza. No es una esperanza irracional. No es una esperanza que predica conformismo: “Confórmese, ya van a tener la felicidad del cielo”. No

predica así la Iglesia. La Iglesia, precisamente en las lecturas de hoy, dándonos el sentido escatológico de la Iglesia, no como San Mateo; el primer evangelio también nos presenta esa escatología, ese venir de Cristo, pero casi como despreocupándose de este lado de la historia. En cambio, San Lucas, que escribía en un ambiente pagano donde se le da sentido a las cosas presentes, sigue dándole valor a las cosas presentes. Son bellas las cosas de la tierra, es precioso el dinero, el oro. Esa ambición, la autoridad, el poder, todo eso vale mucho. Pero San Lucas dice: sí, vale mucho; manéjenlo, pero como quien espera a quien tiene que darle cuenta. Es lo que dice el Concilio, que ha aprendido a dialogar con este mundo presente y le dice al mundo: sí, todas las cosas de la tierra son preciosas; el amor del matrimonio es bello; la belleza de las creaturas, Dios la ha dado; todo es hermoso, pero cuando se tiene el sentido de su trascendencia, de un Dios que las ha creado y de un Dios que ha de pedir cuenta en el uso de esas cosas.

Tanto es así que el juicio final no solamente será de la conducta individual de cada hombre, se pedirá cuenta del pecado social, de aquel pecado que, naciendo del corazón del hombre, cristaliza en situaciones injustas, para ser castigado no solamente en el hombre que lo comete, sino en la sociedad que ha hecho de aquel pecado un pecado social. Y así también el bien, la virtud del hombre, no solamente será premiada en él, sino en la sociedad feliz que refleje en esta tierra el reino de Dios. Y por eso nos llama a trabajar un mundo más justo, más equitativo, donde todos nos sintamos verdaderos hijos de Dios en peregrinación hacia el reino. No es una esperanza ingenua, esperando que en esta tierra los hombres vamos a construir ese mundo definitivo. Para la Iglesia, no existe en esta tierra, en esta historia, ese mundo definitivo; pero sí pide que se refleje en esta historia, ese mundo definitivo que estamos esperando.

Que si somos lógicos con esa esperanza de un mundo donde nos amaremos como hijos de Dios y no habrá enemistades, ni violencias, ni rencores, hay que tratar de trasladar esas cualidades a esta historia de la tierra y todos: gobernantes, ricos, poderosos. Sobre todo ellos, que tienen en sus manos las capacidades de transformar una nación, que están más obligados a reflejar esa esperanza y esa fe. Y nosotros, pequeño rebaño, la historia de la Iglesia, la más humilde entre las sociedades de El

Salvador, porque no vale ella por la categoría de su dinero o de su política, sino por la esperanza del corazón de sus hijos. El más humilde campesino, la más humilde mujer del pueblo, viviendo esta esperanza y esta fe, pidiéndole al Señor, educando a sus hijos, dando testimonio de esta esperanza, está también colaborando con los poderosos para construir el reino de Dios en esta tierra, como Cristo ha querido. Ha venido ya el reino de Dios; está en vuestros corazones.

Hb 11, 1

¡Qué hermosa sería la fe y la esperanza de los cristianos si se tradujera no solo en oración individual, sino también en esta proclamación pública de que Dios quiere su reino en esta tierra! Yo quisiera que todos mis queridos hermanos, sacerdotes, religiosos, religiosas, colegios católicos, comunidades cristianas parroquiales viviéramos esta certidumbre de nuestra fe y de nuestra esperanza. Que no estamos con una quimera, con un conformismo, estamos viviendo la realidad que dice San Pablo de aquellas cosas que no se ven; pero no por no verse, no son las cosas más reales. La realidad, aunque no se mire, aunque no brille como el oro, aunque no seduzca como el halago de los poderes, es la verdadera realidad, la que esperamos no por nosotros mismos, que esto es lo grande y en esta consideración termina esta homilía. Es que nosotros no somos ilusos. Es que nosotros confiamos, como Abraham, en la promesa; que ya no es solo promesa, sino que, desde que Cristo resucitó, es realidad. El Cristo resucitado que en la noche de la vigilia aquí, en catedral, oímos a los grupos de oración gritar: “¡Cristo vive!”. Cristo vive, hermanos. El Divino Salvador del Mundo no es una ilusión en la piedad del corazón, es un personaje, Dios-hombre, que vive, centro de la historia, y que nos empuja a todos a construir un mundo verdaderamente digno de esa vida que no perece. En Él está nuestra esperanza.

Ex 14, 27-28

Si se ríen de nosotros, como sé que se ríen cruelmente cuando están torturando a nuestros catequistas y a nuestros sacerdotes: “¿Dónde están tus esperanzas?”. Y creen que es más fuerte el fusil que los golpea y el tacón que los patea, que la esperanza que llevan en su corazón. La esperanza será después de todo eso. Todo eso quedará, como quedó sepultado, en las aguas del mar Muerto, aquel ejército. En el mar Rojo quedó sepultado el ejército que se creía prepotente contra el pueblo de Dios, y la esperanza del Señor cantó la victoria en aquel canto de

Moisés: señal de la victoria eterna que cantaremos todos si de veras vivimos con la humildad de Abraham, de Moisés y de todos los santos que han vivido en la tierra sabiendo que en Cristo resucitado se ha decretado ya la transformación del mundo y que nadie la puede detener.

Ex 15, 1-18

Cristianos, trabajemos con Cristo, afiancemos muy hondo en la santidad y en la oración, esta esperanza y esta fe. Que las circunstancias actuales de nuestra Iglesia y de nuestra patria, en vez de apagarnos esta llama, la haga brillar más hermosa y sentirnos más cerca de aquel Dios que está más cerca del que espera en Él y del que cree en Él. Así sea.

La misión de los profetas

Vigésimo domingo del Tiempo Ordinario
14 de agosto de 1977

Jeremías 38, 4-6.8-10
Hebreos 12, 1-4
Lucas 12, 49-53

[...] participarles las preocupaciones¹, alegrías y esperanzas de la diócesis y compartiendo también los problemas de todos ustedes, iluminará sobre toda esta realidad de nuestra historia, la palabra de Dios, el verdadero camino que hemos de seguir.

Vida de la Iglesia

Mañana es el gran día de la Asunción en cuerpo y alma de María a los cielos. Esta marcha triunfante de María después de una vida entregada a Dios es todo un mensaje. Procuremos, si tenemos tiempo, asistir a la santa misa o, por lo menos en nuestros hogares, reflexionar en esa madre nuestra que, al escalar los cielos, constituirse en reina del universo, sin embargo siempre tiene sus ojos bien encarnados en esta tierra, le preocupa nuestra vida y por tanto, pues, es un motivo de gran confianza y de esperanza: María coronada en el cielo como premio de sus virtudes.

A las 11:00 de la mañana, tendremos aquí una misa en la cual va a ser ordenado de diácono un joven que ha terminado ya sus estudios teológicos, Jorge Benavides. Queremos, con este

¹ El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

motivo de la fiesta de la Asunción, felicitar a los católicos de la parroquia de Mejjicanos que la celebran por patrona y a la congregación de las religiosas de la Asunción que también sienten su fiesta principal el 15 de agosto.

Quiero comunicarles también, para encomendar a sus oraciones, que martes, miércoles y jueves de esta próxima semana, los sacerdotes y las religiosas dedicadas a los trabajos directos de la pastoral en los pueblos nos vamos a reunir para estudiar un documento que yo quisiera que todos lo conocieran, escrito por el papa Pablo VI. Se llama según se llaman los documentos eclesiásticos, toman su nombre de las dos primeras palabras latinas, la lengua oficial de la Iglesia. Escribe estos documentos en latín, que luego se traducen a todos los idiomas; pero el nombre de ese documento sigue llamándose según sus dos palabras primeras. Este se llama *Evangelii nuntiandi* y trata de la evangelización del mundo actual. Es una recopilación que el Papa hizo de una gran consulta hecha en 1974 a todos los obispos del mundo, preocupada la Iglesia de llevar su eterno mensaje al hombre de hoy, tan complicado, tan difícil. Y nosotros, pues, recogiendo esas pautas tan sabias del episcopado del mundo y, sobre todo, del maestro supremo de la Iglesia, el Papa, vamos a profundizar para que nuestra evangelización en la arquidiócesis corresponda a toda esa serie de iniciativas maravillosas. Esperamos, pues, que todos los sacerdotes y religiosas dedicadas a la pastoral directa vamos a unificar nuestros criterios, a exponer nuestras dificultades y para que no se sientan en la diócesis como dos Iglesias. Así, da la impresión a veces de ciertas personas que critican las actitudes, los criterios del arzobispo y de los sacerdotes que están con él, como si ellos formaran otra Iglesia, capaz de criticar a la Iglesia jerárquica. No es tiempo de estas desuniones. Es tiempo de dialogar y aquí están estos tres días para que dialoguemos a fondo. En aquellas cosas en que no están de acuerdo, veamos si estamos equivocados. No se trata de imponer ningún capricho, sino de realizar nuestra gran tarea evangelizadora con unos criterios que, aunque no le gusten al mundo, le gustan a Dios y a las almas que quieren ser fieles al plan de Dios.

Quiero anunciarles también con alegría que en esta próxima semana, si Dios quiere, voy a tener ya editada la pastoral que les anuncié el 6 de agosto y que trata de la Iglesia como cuerpo de

Cristo en la historia; es decir, que la Iglesia de cada tiempo no hace más que hacer lo que haría Cristo en este tiempo. Si Cristo fuera salvadoreño en 1977, ¿qué haría? Esa es la pregunta de la Iglesia y eso hace la Iglesia.

También quiero transmitir la inquietud de varias comunidades cristianas que están denunciando y demostrando su solidaridad con la catequista Filomena Portillo Puerta, joven de veintiún años que fue capturada el 30 de julio en Ciudad Delgado y apareció muerta allá por Tejutla en Chalatenango. ¿Qué pasa? ¿Están mejorando las cosas o siguen lo mismo? Porque también un catequista del padre Salvador Colorado, en Ciudad Delgado, fue capturado y torturado, y amenazado de muerte junto con el padre Colorado, el cual ha tenido, pues, una crisis nerviosa que está tratando de curar. Esta es persecución también.

Se piden noticias de encarcelados, de desaparecidos y la Iglesia, que no puede menos que mostrarse solidaria con los derechos humanos, con los sufrimientos de los hogares que ven desaparecer su gente, no puede tener confianza mientras no se hable con hechos un ambiente mayor de confianza.

También les anuncio la publicación, ya está en circulación, de los documentos de Medellín, que es un esfuerzo de la Universidad José Simeón Cañas para poner al alcance de nuestro pueblo esos documentos que ningún católico de hoy debe desconocer. Es una lástima que muchos están conociendo esos documentos a través de anteojos falsos. Vidrios que distorsionan son esas publicaciones tendenciosas, dispuestas a que el mundo crea que la Iglesia es marxista; y muchos no conocen los documentos de Medellín más que a través de esas columnas venenosas. Por favor, yo creo que ya contamos con católicos maduros en su criterio y no porque están impresos en periódicos o porque se ven en televisión o en radio, se cree que son dogmas de fe. Vayan a las fuentes. Usen su sentido crítico de las cosas. Cuando lean en un periódico, aunque sea en páginas editoriales, tienen ustedes su criterio para decir: esto es mentira; esto ya se ve que tiene sus tendencias. Así es como se va mostrando la madurez de juicio del hombre que lee y va al cine. Ninguna película sería mala si el que va al cine tiene criterio propio y sabe condenar la inmoralidad, todo lo que es censurable. No necesita que le digan: permitido para tal edad. Su criterio es la edad principal. Y así, pues, se trata de que estos documentos de Medellín hay

que conocerlos en su propia fuente. Ya están a la mano esas fuentes. Yo supliqué que trajeran a la catedral hoy. Supongo que al final de la misa estarán disponibles; y si no, pues, búsquenlos en las librerías católicas, en las oficinas del arzobispado.

Y otros hechos de violencia, hermanos, que han sucedido en estos días. Que la Iglesia no puede aceptar la violencia de ninguna forma. Tanto esos crímenes y esas capturas y esas torturas son hechos de violencia; como también una bomba que estalla en San Salvador, como también el secuestro del doctor Carlos Emilio Álvarez². Ninguna de esas cosas pueden ser aprobadas por la Iglesia. La violencia es inhumana. No construye, destruye. Destruye sobre todo las esperanzas de mejorar. Yo suplico, pues, con toda la autoridad que la Iglesia me da ante mi querido pueblo, que pensemos con Dios, el Dios de paz, el Dios que nos ama, el Dios que a los mismos pecadores perdona si ellos se arrepienten.

Una de las cartas más bonitas que llegan en esta semana es aquella que dice: “Lo que más me admira de la Iglesia de estos días es que, a pesar de haber sufrido tantos atropellos y hasta asesinatos, nunca se le ha oído una palabra de odio ni de venganza, sino siempre una palabra de amor y de conversión”. ¡Qué bien captan las almas humildes las intenciones de la Iglesia! Y yo me alegro de que así se sienta, mientras que otros siguen tercios en acusar a la Iglesia de violenta y que es la causa de los males. Los que escuchan sin perjuicios, sin intereses egoístas, escuchan el verdadero lenguaje de la Iglesia: no a la violencia; un llamado a la conversión de los pecadores, como dije aquí el día de las exequias del padre Grande: ¿quién sabe si los asesinos de esta víctima me están escuchando por radio? Sepan que no los odiamos, que pedimos a Dios que se arrepientan y vengan con nosotros un día a recibir el pan que Dios da con un beso de amor, aun a los pecadores, aun a los asesinos. Qué alegría sentiría la Iglesia el día en que todos los que han escrito o pagado escritos, o usado armas para humillar pueblos, o torturado gente con un sentido tan brutal de la vida, se convirtieran, vieran que eso no puede ser y volvieran arrepentidos a pedirle perdón a Dios que todavía los está esperando. Desde luego que Dios les da vida a

² Carlos Emilio Álvarez Geoffroy fue secuestrado el 11 de agosto de 1977 por las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN) y liberado ocho días después, una vez cumplidas las demandas de los secuestradores. *Cfr. La Prensa Gráfica*, 13 y 20 de agosto de 1977.

los pecadores, es porque está esperando. Ojalá, queridos amigos que me están escuchando —tal vez humillados de lo que han hecho, porque la violencia nunca es un orgullo, y el que golpea a otro hombre siempre siente la vergüenza, él está más humillado que el mismo golpeado—, sientan de veras que eso es vergonzoso, sobre todo en un país que se llama civilizado, y que si de veras le queremos dar un rostro bello a nuestra patria, lavémosla en la conciencia íntima sobre todo de los que son culpables, causantes, patrocinadores, tolerantes, alcahuetes de esta situación que no puede seguir.

¿En qué consiste la paz?

Y aquí estamos ya en la palabra de Dios, queridos hermanos. Yo encuentro en el mensaje del profeta Jeremías y de la carta a los Hebreos, y, sobre todo, en las divinas palabras de Cristo en su Evangelio, el secreto de la felicidad. Tal vez a algunos les ha sorprendido cómo Cristo se presenta hoy precisamente diciendo: “¿Piensan ustedes que he venido a traer al mundo la paz? No, sino división”. No vayan a decir que Cristo está predicando la violencia. Sí está predicando la violencia, pero la verdadera violencia que necesita la paz verdadera. No piensen que he venido a traer una paz superficial.

Lc 12, 51

Este es el primer punto de este mensaje de hoy. ¿En qué consiste, pues, la paz? La paz consiste en la sintonía con el plan de Dios. Cuando una vida, una familia, un pueblo está en sintonía con la voluntad de Dios, allí hay paz verdadera. La paz verdadera —y en mi pastoral quiero recalcar este concepto— es cuando la historia de los hombres refleja fielmente la historia de la salvación. No hay dos historias. La historia de los hombres, de cada hombre y de todos los hombres que forman una patria, esa historia no está separada de la historia de la salvación, del designio de Dios. Es como un proyecto que Dios tiene, como el proyecto que presenta un arquitecto para construir un edificio. Mientras se va construyendo sobre esas líneas arquitectónicas, el edificio va construyéndose sólidamente; pero si a un maestro de obras, a unos peones, se les ocurre abrir los zanjos por otra parte, clavar vigas por otra parte, hacer a su capricho la construcción, pues el designio del arquitecto está fracasado. Y así decimos que Dios también, su historia de salvación, su proyecto sobre los

hombres se echa a perder cuando los hombres quieren construir el mundo según sus caprichos, según sus egoísmos y no según el proyecto de Dios.

La paz consistirá, entonces, en saber qué quiere Dios de esta sociedad, qué quiere Dios de mi vida, qué quiere Dios de la república. Y eso debían de estar viendo los gobernantes y todos los constructores, y los que pueden cambiar los destinos de la patria con su dinero, con su capacidad política, con su técnica, no fiarse de sus caprichos. Como buenos constructores, debían de estar extendiendo continuamente el plan arquitectónico de esta patria y construir sobre esas líneas. Entonces hay paz. Lo demás es como dice el Concilio: paz no es ausencia de guerra. Paz no es equilibrio de dos fuerzas que están en pleito. Paz, sobre todo, no es el signo de muerte bajo la represión cuando no se puede hablar, paz de los cementerios. La verdadera paz es aquella que se basa en la justicia, en la equidad, en el plan de Dios que nos ha creado a su imagen y semejanza, y nos ha dado a todos los hombres la capacidad de contribuir al bien común de la república. No es un pequeño grupo el que Dios ha escogido, sino a todos los salvadoreños. Todos tenemos derecho a participar en nuestro propio destino, en nuestro propio bien común. No cabe entonces ninguna exclusión. Es derecho humano.

GS 78

Cuando se construye así la historia —qué hermoso— coincide con la historia de la salvación, hay paz. Pero esto es muy profundo y no todos lo comprenden, y por eso dice Cristo que lo que va a surgir inmediatamente ante esta doctrina es la división. En una familia de cinco, dice Cristo, dos estarán contra tres y tres contra dos. Y hasta lo más íntimo: una hija con su madre no estarán de acuerdo, porque una comprende y la otra quiere una paz ficticia. Y en una sociedad, sí habrá división mientras haya quienes, tercios a su modo de pensar caprichoso, quieren construir una paz sobre bases de injusticias, sobre egoísmos, sobre represiones, sobre atropellos de los derechos. Así, no se construye la paz. Habrá una paz ficticia, una paz que no es la que Cristo da. “Mi paz os doy —dijo Cristo resucitado—, pero no como la da el mundo”. El mundo es un falso irenismo. Se llama así esa apariencia de paz, cuando nos damos la mano y sabemos que no estamos de acuerdo en sus ideas. Por eso, antiguamente había más sanción social y dicen que la gente que llegaba a un casino tenía tanto sentido de su nobleza que si

Lc 12, 52-53

Jn 14, 27

llegaba un asesino o un ladrón, aunque aparentemente fuera un gran señor, no se le daba la mano, porque el estrechar la mano es señal de que estamos de acuerdo plenamente. Ojalá resurgiera ese sentido noble de la sanción social y reclamáramos a aquellos que no están de acuerdo con los proyectos de Dios. Respetarles su modo de pensar, pero saber que no está construyendo la verdadera paz y aquí era donde chocaban.

Los profetas anuncian el proyecto de Dios

El papel de los profetas, la segunda consideración de esta homilía podía ser el personaje de la primera lectura, Jeremías, y el personaje central de la segunda lectura, Jesucristo. Jeremías fue una de las figuras más bellas que presagiaron a Cristo en su misión porque, como Cristo, por predicar la paz verdadera que va muchas veces contra los caprichos y los egoísmos de los hombres, muere crucificado en una cruz, el profeta Jeremías fue un varón de dolores también. Por cerca de cincuenta años su misión profética no fue más que sufrimiento y pena. El colmo fue este que hemos leído en la lectura de hoy. Sus enemigos lograron arrancar del rey la autorización para echarlo en una cisterna, en un pozo. Solo que vino otro influyente de aquel rey débil, Sedecías, y arranca la autorización contraria: sácalo, pues, de la fosa; y Jeremías, que confía en Dios, salva su vida. Yo les recomendaría, hermanos, a los que les gusta leer la Biblia, que leyeran en esta semana el libro de Jeremías. ¡Qué interesante! Pero, sobre todo, léanlo en sus contornos históricos. Había sido feliz, un poco, porque en el reinado de Josías caminaban bastante de acuerdo el profeta y el rey, porque trataban de restituir la verdadera figura de Dios en el pueblo de Dios. Era el deber del rey. Y el profeta, cuando en el rey miraba la buena voluntad y la actitud de hechos para defender los derechos de Dios, lo aprobaba, estaba con él.

Jr 38, 10

La Iglesia no está peleando con el gobierno. Únicamente le está diciendo que, como el rey Josías, mire hacia Dios y haga lo que Dios quiere. Este es el papel de los profetas del Antiguo y del Nuevo Testamento: anunciar el proyecto de Dios. Y cuando los hombres lo aceptan, no hay conflictos, hay alegría. Y el profeta Jeremías tenía esperanza de que así iba a ser siempre. Pero cuando muere el rey Josías y es elegido el rey Joaquín y después

Sedecías —que aparece en la lectura de hoy—, comenzaron los conflictos, porque reyes complacientes con la idolatría, a la que tendía ese pueblo, permitieron que el pueblo se fuera prostituyendo. Se alejaba de Dios, adoraba a los falsos dioses; también los sacerdotes del templo, porque entonces el profetismo no coincidía con el sacerdocio y los profetas podían reclamar a los sacerdotes también su servilismo o su religión demasiado segura: no se fíen de que tienen el templo de Dios; si no hacen una conducta más digna de la voluntad de Dios, están ofendiendo a su Señor y este templo será destruido, y los ejércitos de Babilonia vendrán y destruirán a Jerusalén y se llevarán deportados por segunda vez a los dirigentes del pueblo. Y esto es lo que molestaba a los idólatras, que un hombre quisiera purificar la historia de Dios en el pueblo. Y el profeta Jeremías no podía decir otra palabra. El profeta tiene que ser molesto a la sociedad cuando la sociedad no está con Dios. Y el profeta le reclama. Y así fue como Jeremías se malquistó la voluntad. No lo querían. Han escuchado hoy en la primera lectura las acusaciones: “Mue-
 ra ese Jeremías; está desmoralizando a los soldados y a todo el pueblo con esos discursos. Ese hombre no busca el bien del pueblo, sino su desgracia”. Ven cómo las acusaciones contra los profetas de todos los tiempos son las mismas. Cuando molesta la conciencia egoísta o la que no está construyendo el plan de Dios, es un molesto y hay que eliminarlo, asesinarlo, tirarlo a las fosas, perseguirlo, no dejarlo decir esa palabra que molesta. Pero el profeta no podía decirle otra cosa. Y muchas veces el profeta Jeremías en su oración, lean la Biblia, cómo le pide a Dios: Señor, quítame esta cruz. Yo no quiero ser profeta. Siento que me queman las entrañas, porque tengo que decir cosas que ni a mí me gustan.

Jr 7, 1-15

Jr 38, 4

Jr 20, 9

Los profetas llaman a la conversión

Y es, hermanos, siempre lo mismo: denunciar el pecado de la sociedad, llamar a la conversión, lo que está haciendo hoy la Iglesia en San Salvador. Denunciar todo aquello que quiere entronizar el pecado en la historia de El Salvador y llamar a los pecadores a la conversión, lo mismo que hacía Jeremías: conviértanse, que si no ese templo en el cual confían se va a derrumbar. Conviértanse, porque vienen ya los ejércitos del norte y nos

van a llevar deportados. Y era una situación política. Palestina entonces quiso acudir a Egipto para apoyarse en él. Pero Dios tenía el designio. ¡Qué terrible designio de Dios cuando los pueblos no quieren obedecer por las buenas! Hay hombres tristemente célebres en la historia de los pueblos, escogidos por Dios para ser azotes de la sociedad. ¿Será lo que nos está pasando a nosotros, hombres azotes, hombres capataces? Dios los necesita, por desgracia, porque el pueblo no quiere convertirse por las buenas. Pero Dios espera, y el profeta espera que en la conversión puede venir otra vez la felicidad. Y aun cuando sabe que vendrá la desgracia, y vino la desgracia, destruyeron el templo. Sus muros todavía están allí como testimonio.

Ahora que los israelitas son dueños de Jerusalén, vuelven los judíos de todas partes del mundo a llorar sobre aquellos muros de Jerusalén, porque ahí recuerda esta página de Jeremías. El pueblo no quiso obedecer y tuvo que perecer y fue llevado deportado a Babilonia, humillado bajo extranjeros, por su propia culpa, por su pecado social, por su idolatría; por el poco cumplimiento del deber de sus autoridades que no lo quisieron llamar al orden, por su pecado de injusticia social que ya entonces también Jeremías denunciaba; por la seguridad religiosa que muchos ponían en sus viejas tradiciones sin innovarlas, sin fijarse en la voluntad de Dios, hasta los sacerdotes fueron deportados, porque también ellos fueron serviles y anunciaban palabras halagüeñas al rey, al ejército, al pueblo que quería seguir en sus idolatrías.

Y Dios castiga también a los sacerdotes cuando no cumplen su deber. Nosotros hemos dicho que esta denuncia del pecado abarca también a los sacerdotes. Nosotros también tenemos nuestros pecados y pedimos perdón a Dios. En mi pastoral digo que si la Iglesia ha llegado a comprender hoy mejor al mundo, es para cuestionar al mundo de sus pecados, pero también para dejarse cuestionar ella, la Iglesia, de sus propios pecados eclesiológicos. También somos hombres y podemos pecar y tenemos necesidad de conversión, porque no es para nosotros que llamamos a la gente, sino para Dios, y nosotros también tenemos que convertirnos a Dios. Es el plan de Dios que tal vez lo podemos estorbar nosotros mismos, obispos y sacerdotes. Es una corrección universal la que el reino de Dios pide a su Iglesia y a su mundo.

Los profetas anuncian una esperanza

Jr 31, 1-7

Pero hay una esperanza, y aquí termina mi humilde palabra, comentando esta palabra de hoy. Los profetas anunciaban desgracias, que llegaron; pero anunciaban también una esperanza. En medio de sus lamentaciones, Jeremías anuncia que ese pueblo, ya corregido, volverá. Y hasta dice una cosa muy bella, fíjense los perseguidos: ponía sus esperanzas precisamente en los expatriados, en los deportados, ese resto de Israel que dejaba también unos ejemplares en Palestina, hombres fieles que atendían su palabra. Son la esperanza de que este mensaje no está cayendo en el vacío.

Yo siento, hermanos, una gran esperanza, porque sé que esta palabra de la homilía dominical llega a muchos corazones. Ojalá que todos la vean con la intención con que yo la pronuncio, una denuncia de pecado, que la Iglesia no lo puede tolerar, aunque sea en sus mismos miembros de Iglesia, y un llamado a la conversión del pecado. Sacerdotes, religiosos, religiosas, colegios católicos, instituciones de Iglesia, asociaciones piadosas, todos, comenzando por el arzobispo, tenemos que revisar a fondo nuestras vidas, a ver si están conforme a la voluntad de Dios, para luego ser frente al mundo, también como Jeremías, el testimonio de una santidad que reclamaba con su propia vida, cómo se debe de vivir aun cuando vengan por ese modo de vivir todos los ultrajes.

Yo felicito a todos esos catequistas, predicadores de la palabra de Dios, que, a pesar de la persecución, se mantienen fieles, como Jeremías. Hay una esperanza, y Jeremías la manifestó con un gesto, como lo hacían los profetas, que no solo hablaban con palabras sino con gestos...³.

³ Las palabras finales no están registradas en la reproducción magnetofónica de esta homilía.

El servicio de la Virgen María y de la Iglesia

Solemnidad de la Asunción de la Virgen María
15 de agosto de 1977

Apocalipsis 11, 19a; 12, 1-6a.10ab
1 Corintios 15, 20-26
Lucas 1, 39-56

[...] todo este gesto¹ tan amable de su presencia y sobre todo de su oración por este servidor de ustedes, a quien abrumba este cariño del pueblo y por el cual estoy dispuesto a seguir dando los años que el Señor me conceda. Y considero como un bello regalo de cumpleaños que la Iglesia misma me hace, este nuevo diácono que vamos a ordenar.

El dogma de la Asunción de María

Y en el ambiente del misterio que celebramos hoy, cómo recobra encanto toda esa fiesta de la arquidiócesis en su catedral. La Asunción en cuerpo y alma de la Virgen al cielo no es una opinión piadosa. Es un dogma de fe. El dogma, diríamos, de moda; el más reciente. Fue al clausurar el año de 1950, aquel gran Año Santo que llevaba a Roma muchedumbres y que recibía aquel gran pontífice que fue Pío XII. Durante esos años, se hizo una consulta muy interesante a todos los obispos del mundo: ¿cómo estaba en el pueblo la creencia de esta verdad, de que María ha sido llevada en cuerpo y alma al cielo? Al mismo tiempo que

¹ El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

recogía la tradición de la liturgia, de la teología y todo lo profundo que la Iglesia tiene en sus estudios, pudo tener la seguridad, el 1 de noviembre de aquel Año Santo, de proclamar como dogma de fe —y que por tanto es obligatorio creerlo todos los católicos— que María, después de terminar su curso mortal en la tierra, fue asunta, como recogida por Dios, en cuerpo y alma. Podemos decir, hermanos, ¿por qué una verdad que corresponde a los orígenes de nuestro cristianismo, a los orígenes del mismo Cristo, apenas en nuestro tiempo se proclama dogma de fe? No es que el papa Pío XII inventó que María ha sido llevada en cuerpo y alma, como si hubiera inventado esa verdad hoy en 1950. Los dogmas no los hace el Papa. El Papa lo que hace es poner el sello de su autoridad, de su magisterio, para darle seguridad al pueblo de que esa verdad está contenida en la divina revelación. Y lo creemos no solo porque lo dice el Santo Padre, sino, sobre todo, porque lo ha dicho Dios y lo ha revelado en la sagrada Biblia o en la tradición viviente de la Iglesia. Celebramos, pues, una verdad que no es inventada por los hombres.

Por la seguridad de una fe verdaderamente católica, sentimos hoy la alegría profunda de que María realmente está en el cielo, no solo con su espíritu, como están todos nuestros muertos, sino con su cuerpo glorificado ya en esta forma definitiva en que también nosotros vamos a ser glorificados, cuando se cumpla ese dogma de nuestro credo: creo en la resurrección de la carne, en la resurrección de los muertos. Pero lo dejaba Dios, ese dogma, para actualizarlo en 1900, este siglo tan proclive, tan inclinado al materialismo, como dijo el papa Pablo VI en el Concilio: este Concilio nos está hablando de un Dios y de un reino de los cielos, cuando los hombres solo hablan de reinos de la tierra y de conquistas de la tierra².

El mensaje, pues, de este día es muy oportuno, porque ese viaje de María en cuerpo y alma al cielo es el índice más vigoroso a toda la humanidad, para decirles que no está en esta tierra el destino del alma y del hombre que busca la verdadera felicidad, que hay un reino de los cielos definitivo más allá de nuestra vida, pero que se conquista precisamente trabajando en esta vida, entregándose al cumplimiento de los designios de Dios; así como María hizo de su vida terrenal un cumplimiento exacto,

² Cfr. Pablo VI, *El valor religioso del Concilio*, Alocución en la clausura del Concilio Vaticano II (7 de diciembre de 1965), 4.

una colaboración íntima con el Divino redentor para salvar al mundo. Y por eso el Concilio Vaticano II, cuando recoge para nuestros días, más recientes todavía, el dogma de la Asunción nos dice: María, llevada en cuerpo y alma a los cielos, es allá en el reino definitivo el modelo y el principio de una Iglesia que ha de ser totalmente glorificada. Es decir, esta Iglesia que todavía peregrina entre persecuciones y dolores en la tierra mira a María y, en ella, contempla su destino inmortal y se anima a sufrir todos los dolores y persecuciones, porque sabe que, a través de este dolor, como el dolor de María, Dios está labrando las piedras vivas de aquel templo glorioso, en el cual Dios fungirá para siempre toda su majestad y toda su belleza.

LG 68

María, pues, es el principio de aquel reino celestial que todos nosotros iremos a formar también, si tenemos la felicidad de ser salvos como ella y, después del juicio final, en nuestro cuerpo glorificado. Pero, al mismo tiempo, el Concilio, que mira esa perspectiva celestial donde María luce toda su belleza, se inclina a la tierra y dice: y esa Virgen colocada en el cielo en cuerpo y alma no solo es figura de nuestro destino eterno, sino que también es estrella de “esperanza cierta” para el pueblo que todavía peregrina en la tierra. Qué bella definición de María: estrella de “esperanza cierta”. Así mirémosla, desde nuestra peregrinación en la tierra, desde nuestros caminos polvorientos o lodosos del mundo, desde nuestras tribulaciones concretas de la vida, hacia María, esperanza cierta.

LG 68

El servicio de la Virgen María y de la Iglesia

Hermanos, yo quiero sacar una enseñanza de este dogma más concreta todavía. Y es que María y la Iglesia que peregrina están prestando un servicio. Y quiero recalcar esta palabra, porque vamos a ordenar un diácono³. Diácono es derivado de diaconía, que quiere decir servicio. Cuando el cristianismo primitivo iba creciendo ya mucho y los apóstoles no alcanzaban al servicio de aquel pueblo naciente y creciente, el pueblo de Dios eligió siete hombres virtuosos para presentarlos a los apóstoles y que les impusieran las manos y viniera el Espíritu Santo sobre ellos, para ser colaboradores íntimos de los apóstoles, servidores,

³ En esta misa, monseñor Romero confirió el diaconado al seminarista Jorge Benavides.

Hch 6, 1-7 diáconos. Los primeros siete diáconos constan en la Biblia. De allí quedó establecido ese orden de colaboración que ahora en nuestros días vuelve a recobrar toda su actualidad, cuando se necesitan tantos brazos porque “la mies es mucha y los obreros son pocos”, cuando nos persiguen y nos echan a los sacerdotes, cuando se quedan comunidades sin la dirección sacerdotal. Necesitamos de hombres virtuosos, preparados para entregarse por completo al servicio de la Iglesia, reciban el Espíritu de Dios y vengan a prestar y dar a la Iglesia esa característica tan suya: servir.

Lc 10, 2

Recuerdo cuando el papa Pablo VI llegó a las Naciones Unidas y en medio de aquella asamblea de hombres de grandes potencias del mundo, les dice: ustedes que en esta sala están acostumbrados a resolver grandes problemas, yo no les traigo más que una súplica, que me den el permiso de servirles. La Iglesia está en medio de los pueblos que ustedes representan, como una servidora⁴. Esto es la Iglesia: una servidora. ¿Y en qué manera sirve? Sirve como María, asunta al cielo, está sirviendo a la humanidad, porque María y la Iglesia no se pueden separar.

¿Cómo sirve María? En primer lugar, indicándoles a los hombres su destino eterno y, por eso, desde esa luz de los cielos, iluminar la dignidad del hombre, los derechos del hombre; y por eso se aferra con tanto empeño en defender la dignidad, la libertad, los derechos del hombre, porque sabe que ese hombre no debe ser un juguete de la tierra, sino que está destinado, como María, al reino de los cielos, que es un hijo de Dios que peregrina en esta tierra, pero que su destino no es esta tierra. Y ese es el gran servicio de la Iglesia en primer lugar, como María en cuerpo y alma en el cielo, decirle a todos los espíritus y a todos los cuerpos el alto destino de la humanidad. En este día, este es el mensaje de la Iglesia al mundo: presentar a una Virgen, un cuerpo de mujer subiendo al cielo en la belleza de una feminidad consumada por la belleza de Dios, para decirles a todas las mujeres y a todos los hombres qué alto destino el del cuerpo humano.

¿En qué otra forma sirve María y la Iglesia? María se inclina sobre la esperanza de los hombres, para decirles que su esperanza es cierta; que si ella, hija de esta tierra, ha sido asumida por

⁴ Cfr. Pablo VI, Discurso en la Asamblea General de Naciones Unidas (4 de octubre de 1965), 6.

Dios y colocada en un trono en el cielo, es posible que toda carne humana también viva esa esperanza. Y entonces, en el mundo que peregrina esa esperanza hacia el hombre, que sea firme en sus propósitos, que en medio de las persecuciones no se desanime. Yo quiero agradecer, hermanos, en esta ocasión y a través de la radio, a cuantos me han escrito sus bonitas cartas, que son una inspiración de esperanza. Dicen que la Iglesia les mantiene su esperanza. Esta es la confesión bella del hombre que sufre, del hogar perseguido, de la comunidad que encuentra la razón de su predicación en una esperanza cierta que la Iglesia transmite, porque María se la trasmite a esa Iglesia. Y María y la Iglesia saben que esa esperanza viene de la redención de Cristo, porque María no ha subido al cielo por propios méritos, como la Iglesia tampoco trabaja por sus propias fuerzas. Es que tanto la Iglesia como María no son más que los instrumentos, los reflejos bellísimos de la redención de Cristo.

María, subida en cuerpo y alma a los cielos, está proclamando que la última enemiga en ser vencida —como dice San Pablo— es la muerte; y que si en María ya quedó vencida la muerte para ser asumida en la victoria del cielo, también en todos nosotros la esperanza, aun cuando la muerte apaga la vida, siempre queda palpitando en el sepulcro, porque se apoya en un Espíritu de Dios que nos ha hecho inmortales y nos hará resurgir de nuestros sepulcros.

Finalmente, la Iglesia como María sirven a la humanidad sintiendo que en cada hombre y en cada mujer hay un hijo de Dios, un hermano al que atender. Y María no se cansa de ejercer esa protección, esa mano tendida de madre y de reina para conducirnos en el camino del cielo, en el camino del deber. Y esto está haciendo la Iglesia en la tierra también, animando a los hombres para que cumplan su deber, para que salgan del pecado, para que sepan vivir la verdadera dignidad de los hijos de Dios. Y los protege hasta donde alcanzan sus méritos aquí en la tierra; y María en su cielo, que es todopoderosa por su oración, los protege.

Levantamos nuestra mirada hacia María en este día, hermanos y, desde una Iglesia hermana gemela de María, nosotros confiamos en esa Virgen poderosa que reina y vive en el cielo en cuerpo y alma y se hace sentir a través de una Iglesia peregrina en la tierra, con todo el encanto de una princesa que camina ha-

1 Cor 15, 26

cia su reino, en espera de la revelación de su grandeza. Por eso, la institución Iglesia, formada de Papa, obispos, sacerdotes, diáconos y demás ministerios laicales, religiosas, catequistas, celebradores de la palabra, somos la Iglesia institución. No nos desanimemos, al contrario, sintamos que esta armadura de Dios en el mundo lleva el espíritu inmortal de María. Sembremos mucho esa devoción a la Virgen.

Querido diácono, vamos a imponer las manos y a ver en ti una imagen de la Iglesia servidora, el diácono. Ojalá que tú comprendas que toda tu teología, todos tus estudios, la belleza de tu vocación significa llevar al mundo el rostro de esa Iglesia que sirve, que ama y que espera. Vamos a trasmitirte, pues, a través de nuestra autoridad episcopal, esos poderes que los apóstoles trasmitieron a los primeros siete compañeros tuyos, que se han ido multiplicando a lo largo de la historia y han escrito páginas bellísimas de la Iglesia: los diáconos, a los cuales te vamos ya a incorporar.

Características de nuestra Iglesia

Vigésimoprimer domingo del Tiempo Ordinario
21 de agosto de 1977

Isaías 66, 18-21

Hebreos 12, 5-7.11-13

Lucas 13, 22-30

Queridos hermanos:

La palabra de Dios se proclama concretamente para la comunidad que la está reflexionando. Ya que, a través de la radio, esta comunidad se agranda inmensamente, quisiéramos, pues, que esta palabra fuera luz, esperanza, fe, en los acontecimientos de todo este conglomerado, gran parte del pueblo salvadoreño, y que desde la fe de nuestra Iglesia vivamos, por más trágicas y duras que sean las situaciones, la verdadera alegría de pertenecer a este reino de Dios que se alimenta de su palabra y que va caminando firme, porque sabe quién va con Él, el Señor, y hacia dónde marcha.

Vida de la Iglesia

Entre los acontecimientos de esta semana, sin duda que son muchos, pero puedo destacar con un sentido de gratitud la celebración de mi cumpleaños, donde he comprendido una vez más que mi vida no me pertenece a mí, sino a ustedes. Y en este sentido —como lo calificó nuestra radio— ha sido una celebración eclesial. El obispo ya no es una persona privada, sino un signo de unidad. Y me alegro de que este acontecimiento —en lo personal no tiene ningún sentido— haya sido una ocasión para expre-

sar la solidaridad, el cariño, la unidad de nuestra Iglesia. Yo quiero agradecer, pues, todas las manifestaciones de amistad y de solidaridad que con esa ocasión me brindaron y las recibo como obispo y pongo a los pies de Cristo, pues, todo este homenaje para que todo redunde en su gloria. Por la fineza y la ternura del mensaje, quiero destacar las muchas cartitas que llegaron de la Escuela San Luis, de Cuscatancingo. Tan bonitas que las he sometido a un concurso y cuando ya estén calificadas, voy a ir personalmente a agradecerles y a premiar las mejores cartas.

Otro acontecimiento de trascendencia muy grande para la diócesis fueron los tres días de reflexión de esta semana que los sacerdotes compartimos junto con las religiosas dedicadas al trabajo pastoral de muchos pueblos, para estudiar en *Domus Mariae*, la exhortación del Papa *Evangelii nuntiandi*. Es un documento moderno que traza las pautas para la evangelización adecuada del mundo actual. Hemos logrado una presencia maravillosa, más de cien, como ciento veinticinco entre sacerdotes y religiosas. Tratábamos de ponernos en la línea de la Iglesia actual, porque la línea que estamos siguiendo en el arzobispado no es un capricho, ni un lavado de cerebro, como muchos dicen. Simplemente es tratar de ponernos en la línea del Vaticano II y de Medellín, que son pautas autorizadas y que el Papa ratifica en la *Evangelii nuntiandi*, donde nos habla de una evangelización del mundo que no puede separarse de la promoción del hombre. Y por esta línea, gracias a Dios, ha marchado desde hace mucho tiempo la arquidiócesis. Ha sido la causa de sus dificultades y de sus conflictos, pero no puede ir de otra manera, sino promoviendo al hombre, defendiendo su dignidad, sus derechos, proclamando, pues, un Evangelio que no está de espaldas al mundo, sino bien metido en el mundo, no para hacerse mundano, sino para santificar el mundo. Han sido conclusiones muy bonitas las que se han sacado, muy eficaces, y esperamos que poco a poco se van poniendo en práctica, ya que esa reunión de sacerdotes, pastores y religiosas en la pastoral no ha terminado. Para mí que es un punto de arranque, un nuevo impulso en la arquidiócesis para seguir concretando las formas de evangelizar a nuestra arquidiócesis.

Uno de los propósitos más concretos se dirige a Chalatenango. Chalatenango, que es mina de vocaciones. Los sacerdotes y religiosas procedentes de ese departamento tuvieron la feliz

ocurrencia de hacer reuniones específicas para ver qué solución se da a ese departamento. Y daba gusto ver cómo los originarios de Chalatenango en el clero y en la vida religiosa son muy numerosos; una gran parte de la asamblea general, pues, se reunía en este título. Y sacaron como conclusión, de acuerdo con el obispo: crear allá lo que se llama una vicaría episcopal. O sea, que un sacerdote con poderes episcopales sobre todo el departamento para organizar las fuerzas de la Iglesia y seguir cultivando esas tierras tan fecundas que son la esperanza de nuestro clero y de nuestra vida religiosa, por sus vocaciones. Fue elegido para este cargo el padre Fabián Amaya, que es originario de allá, y como provicario irá el padre Efraín López, actual párroco de Comasagua. No es tiempo ahora de detenerse en más detalles de esta jornada de estudio, porque las irán conociendo, primero Dios, en la práctica.

También les anuncio que en esta semana se han provisto de párrocos nuevos las parroquias de Tenancingo, con el padre Francisco Díaz; parroquia del Carmen, donde ha vuelto el padre Miguel, a pesar de su edad y de sus achaques, a dar testimonio de que el sacerdote no está hecho para descansar, sino para trabajar. Yo le agradezco y le deseo muchos éxitos. Lo mismo en la parroquia de San Sebastián, Ciudad Delgado, el padre Ernesto Barrera.

Iremos esta mañana a Jicarón, en El Paisnal, a visitar aquella comunidad; y el viernes de esta semana, 26, en Tres Ceibas, cantón de Aguilares.

Desde ayer y todo este día, está celebrándose una convivencia de laicos, la comisión de laicos, que ha sido recientemente creada para promover el laicado de todas las parroquias de la arquidiócesis. Laicos son todos los bautizados que no son religiosos ni clérigos, pero que por su bautismo tienen un sacerdocio que lamentablemente está sin ejercerse porque se han bautizado muchos sin saber qué es el bautismo. Pero gracias a Dios, del Concilio Vaticano surge un gran movimiento para despertar esa conciencia del pueblo de Dios y hacerlo sentir su sacerdocio, su responsabilidad de Iglesia. Para promover, pues, esta conciencia, la comisión de laicos está tomando ella misma conciencia de sus grandes responsabilidades, allá en Planes de Renderos. Los saludamos y les deseamos mucho éxito.

A propósito de bautismo ignorado, recuerden que estos días, desde mañana, va a comenzar una serie de pláticas y orien-

taciones en las parroquias de María Auxiliadora, del Corazón de María y de Planes de Renderos, un movimiento que se llama el catecumenado. Antiguamente, antes de recibir el bautismo, había un curso que se llamaba el catecumenado y solo después de instruido se bautizaba. Hoy como la familia cristiana puede llevar a sus niños tiernos, pero ha olvidado el deber de que bautizar un niño supone que lo van a educar en la fe, y hemos ido creciendo en nuestros hogares sin que nuestros hogares cumplieran ese deber, y por eso tenemos tantos bautizados que no han comprendido la dignidad y la responsabilidad de su bautismo. Entonces, fue otra iniciativa del Concilio Vaticano: restablézcase el catecumenado. Aunque ya sean bautizados, vayan a tomar conciencia de lo que han recibido. Infórmense, pues, de estas pláticas de catecumenado y les invito a que tomen parte en ellas.

SC 64

Quiero alegrarme con muchas comunidades que no tienen sacerdotes ni religiosas, pero hay laicos donde han sentido este sentido pastoral y reúnen a sus comunidades en sus ermitas. A esta hora me están escuchando, porque me han contado cómo sintonizan esta misa de catedral. Y al llegar a la comunión, de acuerdo con sus párrocos, se autoriza para que suspendan ya la audición de radio y hagan ya un acto vivo con la comunión, con las plegarias propias de aquel cantón. Es una iniciativa que se puede llevar a cabo en todos los cantones y pueblos donde no hay sacerdotes; pero el párroco puede promover la comunidad, valiéndose de este medio maravilloso que es la radio. Por mi parte, me siento muy feliz de estar presente a través de la radio en tantas comunidades que están bajo mi responsabilidad y la de los queridos hermanos sacerdotes.

Por otra parte, hermanos, queremos enviar nuestra sentida condolencia a la madre y a la esposa —que me escribieron con dolor inmenso— del pobre Tomás Orellana, de San Martín, a quien además de asesinarlo, lo quieren implicar con el título de subversivo y de revolucionario, de lo cual no hay nada, simplemente una calumnia y una lástima que nuestros medios de comunicación social se presten a manchar la fama de un muerto. Ojalá reflexionaran nuestros periódicos¹ y antes de poner pági-

¹ Cfr: “Un terrorista muerto y un policía herido en tiroteo”, *El Diario de Hoy*, 16 de agosto de 1977.

nas que manchan así el dolor de una familia fueran más cuidadosos. Siquiera se callen. Y ojalá no silenciaron lo que es la verdad. Ya todos saben el caso y a través de nuestra radio se ha denunciado la injusticia que se ha cometido con este pobre hombre. Para su familia doliente, pues, sepan que la Iglesia les comprende y que no alcahuetea la injusticia que con él se ha cometido.

También ha circulado esta semana un boletín² muy peligroso, pero hay allí hechos, hechos que no se pueden negar. Y a la justicia le toca investigar para que se responsabilicen a los verdaderos autores de tanto crimen, de tanto terror, de tanto secuestro. ¿Quiénes son los culpables, pues? ¿Hasta cuándo seguiremos manchando la faz de nuestra patria? Yo apelo desde esta tribuna de la Iglesia a la justicia en nuestra patria. ¡Que se haga justicia!

Y en esta línea, quiero colocar las reflexiones que nos da la palabra de Dios. Yo creo sacar de las tres bellísimas lecturas de hoy, tres características de nuestra Iglesia. Nuestra Iglesia, y sintámosla nuestra queridos hermanos, queridos radioyentes, si somos católicos de verdad, sintamos el orgullo de pertenecer a una Iglesia que se caracteriza, primero, por ser misionera y peregrina; segundo, una Iglesia escatológica —ya les explicaré esta palabra—; y tercero, una Iglesia en proceso de conversión.

La Iglesia misionera y peregrina

Cuando Isaías nos anuncia, desde seis siglos antes, lo que va a ser la Iglesia fundada por el redentor, habla de una llegada de todos los pueblos del mundo a Jerusalén, que era el signo del reino de Dios, signo que pasó a la Iglesia fundada por Cristo. Y venidos de tierras lejanas y de todos los confines del mundo, Dios les va a dar una orden, la que han dicho ahora en el salmo responsorial: “Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio”. Y esta lista que comienza ya desde Isaías: “Tarsis, Etiopía, Libia, Masac, Tubal, Grecia y hasta las costas lejanas que nunca oyeron mi

Mc 16, 15
Is 66, 19

² El día 19 de agosto de 1977 se publicó en *El Diario de Hoy* un manifiesto de la RN-FARN (Resistencia Nacional y Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional), en el que acusan a miembros del ejército de participar en masacres, torturas y asesinatos de dirigentes políticos, así como de organizar y dirigir UGB, FALANGE, ORDEN y otros grupos paramilitares.

fama”; como que se oyen aquí ya las costas de América descubiertas dieciséis siglos después de estas palabras; como que se oyen aquí los nombres concretos de esta Iglesia que ahora va peregrinando. Y cuando les he dicho hoy: Tenancingo, San Sebastián de Ciudad Delgado, el Carmen y todas las parroquias y comunidades de los cantones que ahora estamos en reflexión, son nombres que se van engarzando como perlas del reino de Dios. Pueblos, comunidades, a todos hay que llevarles el reino.

Lc 13, 22

Y cuando el Evangelio de hoy nos presenta a Jesús caminando hacia Jerusalén —“recorría ciudades y aldeas”— es la Iglesia peregrina que se anuncia, es la Iglesia que como voy a decir en la pastoral que se va a dar esta semana ya a la publicidad, a la distribución: cuerpo de Cristo en la historia. La Iglesia es Cristo, que sigue caminando hacia Jerusalén por ciudades y aldeas. Es hermoso pensar, hermanos, en esta Iglesia misionera y peregrina; lo cual le da a todos los que la componemos un sentido de peregrinación. Nadie tiene que instalarse. Todos tenemos que ir con el bastón del peregrino. Si bien tenemos que hacer feliz la tierra en que vivimos, pero sabemos que vamos de paso. Hoy la ocupamos nosotros, ayer la ocuparon nuestros abuelos que ya no existen, mañana la ocuparán las generaciones futuras y ya nosotros no existiremos. La humanidad es una continua peregrinación. Y Cristo quiere caminar con esa historia, con la historia de todos los tiempos. De tal manera que Cristo estuvo con nuestros antepasados, está con nosotros ahora y estará con la posteridad. Pero nosotros vamos peregrinando, y uno de los afanes principales de la Iglesia tiene que ser el establecimiento de la Iglesia en todos los ámbitos del mundo. Como la frase preciosa de Isaías: hasta en aquellas costas desconocidas.

Is 66, 19

El próximo Día de las Misiones, que es siempre el penúltimo domingo de octubre, el Papa ya lanzó el mensaje³, quiere hacer un llamamiento a todos los católicos a formar misioneramente su conciencia. Porque el ser misionero no es una característica privativa de los llamados a irse a las vanguardias de las misiones. Son los héroes: sacerdotes, religiosas, médicos, enfermeros, toda clase de gente que quiera ir a prestar unos años a las avanzadas peligrosas de las misiones. Allá están y si alguno quiere inscribirse, allá hay campo para todos. Pero no todos

³ Cfr. Pablo VI, Mensaje para el Domingo Mundial de las Misiones (29 de mayo de 1977).

tenemos la dicha de ir a esas vanguardias misioneras. No conocemos los idiomas de aquellas tierras, tenemos miedo aquellas nuevas costumbres, no nos podemos adaptar. Hay que admirar a los misioneros en este afán de adaptación. Pero nosotros desde la retaguardia, este ejército conquistador del mundo para Dios, para la fe, tenemos que ser también misioneros. Recuerden que la patrona de las misiones fue Santa Teresa del Niño Jesús, una monja de contemplación que nunca salió de su claustro de Lisieux en Francia y, sin embargo, aquí está el secreto para ser misionero desde el claustro, desde el hogar, desde la tienda, desde el puesto de mercado, desde la profesión, como Santa Teresa de Jesús, ofrecer todos sus dolores, sus deberes, sus sacrificios, por las misiones.

Cuando la pobrecita, agobiada por la tuberculosis y que tenía que hacer sus paseos por el patio del convento, se cansaba, sentada sobre una loza decía: “Le ofrezco al Señor este cansancio por el misionero que en estos momentos estará recorriendo tierras desconocidas”. ¡Qué hermoso es ser misionero, hermanos, saber que la conquista de almas que ahora no conocen a Cristo y lo van a conocer por la predicación del Evangelio! Allá está nuestra aportación de oración, de sacrificio, ofrecer las enfermedades por ellos, por los misioneros y por los que no son cristianos todavía. Misionero es todo aquel, pues, que siente la Iglesia necesitada de ir a implantarse en todo el mundo por mandato de Cristo: vayan y prediquen por todas partes. De tal modo que el Papa dice en el mensaje para el próximo Día de las Misiones, que la educación misionera, el sentido misionero del cristiano, no es una cosa añadida, sino que pertenece a la misma constitución de su fe. No puede ser verdadero cristiano el que se despreocupa de este sentido misionero y sobre todo cuando nuestra misma patria es tierra de misiones. Quizá ni en las tierras de misiones suceden las cosas tan salvajes que suceden en El Salvador.

Comencemos, pues, por hacer de nuestra patria un testimonio misionero. Este es el gran problema de América Latina, que llamándose oficialmente cristiana, comunidad cristiana continental, sin embargo, no es antorcha de fe, porque sus cristianos se han pervertido, porque sus cristianos iban como los peregrinos por el desierto hacia la tierra prometida, como aquellos israelitas se han vuelto al Egipto de la esclavitud, a seguir co-

Mc 16, 15

Ex 16, 3
Nm 11, 5

miendo las cebollas de Egipto, a seguir adorando a los ídolos del dinero, a seguir promoviendo las groserías del abuso de autoridad. ¿Esto cómo va a ser luz que luce en el mundo? Da lástima pensar que muchos de esos hombres que asesinan, que torturan, que pisotean al país, son cristianos. Necesitan una reconversión; la necesitamos todos.

Yo quisiera, hermanos, que esta palabra, pues, del domingo de hoy, con ese sentido de Cristo peregrinando, sembrando la fe por todas partes, la esperanza, la alegría cristiana, el Evangelio, su mensaje de paz, lo tomáramos todos nosotros. Y si no vamos a las misiones propiamente dichas de infieles, aquí en nuestro país, tratemos de ser misioneros de nuestra propia familia, misioneros desde nuestra profesión, misioneros desde el cargo público que ejercen —cuánto bien harían los ministros, los empleados, los maestros, los profesionales, si todos sintieran su trabajo de la vida, al mismo tiempo que es necesario para ganarse la vida, el cumplimiento de una misión—, misioneros de sus propios amigos.

La Iglesia escatológica

¿Y qué se dirá en esa misión? El segundo mensaje de la palabra de hoy que nos presenta una Iglesia “escatológica”. ¿Qué quiere decir eso? Es lo que provoca la pregunta que en el Evangelio se le hace a Cristo: “¿Serán pocos los que se salvan?”. He aquí una preocupación escatológica. La escatología es una característica de esta Iglesia que por su esperanza sabe que la historia no se consuma en esta tierra. Su esperanza le hace ver unos cielos nuevos, una tierra nueva donde imperará la justicia, el amor y la paz.

El cristiano sabe que por más que trabajemos, el bienestar de esta tierra siempre será provisorio, peregrino, misionero, de paso, pero que hay que trabajarlo. Pero que la consumación no la hemos de esperar en esta tierra, sino en la eternidad donde el reino de Dios esté perfecto. Esa perspectiva de la salvación eterna, del reino de Dios consumado en la gloria, esa Iglesia de brazos tendidos hacia adelante, esa Iglesia de mirada puesta en el cielo, esa es la escatología, esa la Iglesia escatológica.

Por eso, la Iglesia no puede ser cómplice de ninguna ideología que trate de crear ya en esta tierra el reino donde los hom-

Lc 13, 23

Ap 21, 1

bres sean completamente felices. De allí que la Iglesia no puede ser comunista. La Iglesia tampoco puede ser capitalista, porque el capitalismo también está con la mirada miope solo viendo la felicidad, su pasión, su cielo, en sus tierras, en sus palacios, en su dinero, en sus cosas de la tierra. Están instalados. Y esta instalación no pega con la Iglesia. La Iglesia es escatológica. Y es aquí donde la Iglesia se vuelve a los pobres para decirles: ustedes son los más capacitados para comprender esta esperanza y esta escatología.

Y nos volvemos a ellos no para hacerlos conformistas, porque la escatología, el estar esperando un cielo, no es para adormecerse. También aquí el comunismo nos acusó falsamente cuando nos dijo que nosotros predicábamos el opio del pueblo y que predicando a los hombres un reino del más allá le quitamos la garra para luchar en esta tierra. ¿Quién sabe quién pone más garra a los hombres, si el comunismo o la Iglesia? La Iglesia, porque al predicar una esperanza del cielo, le está diciendo al hombre que ese cielo hay que ganárselo y que es en la medida en que trabaje aquí y cumpla bien sus deberes como será premiado—su vida— por la eternidad. Y que a un hombre que ha cumplido mejor sus deberes de la tierra, le tocará una escatología, un cielo más amplio, más rico. Nadie tan ambicioso como los santos y los cristianos, porque ambicionan no un reino de esa tierra donde los hombres se mueren, sino un reino de la eternidad donde los hombres vivirán para siempre la alegría de haber colaborado en anticipar, ya en este mundo, el reino de Dios.

Se escandalizaron una vez los enemigos de la Iglesia, aquí en El Salvador, cuando se les dijo que el reino de los cielos, la Iglesia, que es el principio del reino de los cielos, ya debe de establecerse en este mundo; que no hay que esperar la muerte para ser feliz, que Dios nos quiere felices ya en esta tierra, porque trata de reflejar ese reino de los cielos nuevos y tierra nueva en esta tierra peregrina; que, por lo tanto, ya vislumbra en su peregrinación, un cielo bello, del cual esta tierra ya es reflejo. Y la palabra de enseñanza de Cristo hoy nos está diciendo que ese reino de Dios ya ha comenzado en esta tierra y solo los que quieran entrar por la puerta estrecha irán a él, a su base definitiva, pero que ya en esa tierra aquellos que no hayan forcejado por entrar en este reino se quedarán afuera. Lo cual quiere decir que el que no ha trabajado en su vida por la puerta estrecha el

Lc 13, 24

reino de Dios, es demás que esté esperando a la hora de la muerte que le abran la puerta.

Lc 13, 25-27

Fíjense en el Evangelio de hoy: “Os quedaréis fuera. Llamareis a la puerta diciendo: Señor, ábrenos. Y él os replicará: no sé quiénes sois. Entonces comenzarán a decir: hemos comido y bebido, y tú has enseñado en nuestras plazas. Pero él os replicará: “No sé quiénes sois. Alejaos de mí, malvados”. No basta haber conocido a Cristo de cualquier modo, no basta llevar el nombre cristiano y vivir como pagano para presentarse al cielo y decir: “Jesús me conoce”. Aquí Jesús dice que desconoce a todo aquel que no haya querido hacer de su título cristiano una profesión de vida.

Un llamamiento, cristianos, a vivir esta escatología, esta esperanza, este cielo. El sentido escatológico de la Iglesia el Concilio Vaticano lo ha iluminado maravillosamente, y los documentos de Medellín también, como una invitación a los hombres a trabajar en esta tierra, para hacer —ya desde que Cristo resucitó y es parte de la historia de este mundo— una realización de ese reino que se va a consumir en la eternidad. Pero Cristo resucitado, en el cual creemos, ya engarza los deberes de esta tierra con los premios de la eternidad. Y si de verdad creemos en un Cristo resucitado que nos espera y que a su venida en la gloria dará el premio a todos nosotros, los que hayamos trabajado con Él, quiere decir que hay que entregarse a ese Cristo y trabajar, hermanos. Y que todo aquel que estorba a este reino también está traicionando su vocación de hombre.

GS 43

Lc 13, 23

Dice esta frase el Concilio: todo cristiano que descuida sus deberes temporales, descuida sus deberes con el prójimo, tampoco ama a Dios y pone en peligro su propia salvación. Respondamos, pues, a la pregunta que le hicieron a Jesús: “¿Señor, serán pocos los que se salvan?”. Y Cristo como que no le da importancia al número, porque lo que sigue es una gran enseñanza de la puerta estrecha y de la necesidad de cumplir la vida cristiana. Diremos nosotros: no nos importe si van a ser muchos o pocos; lo que nos debe de importar es si cumplimos bien nuestro deber en esta tierra. Que estamos tratando de entrar por la puerta estrecha y no caminamos por la vía ancha del vicio, del egoísmo, de las injusticias de esta tierra. Y de allí viene la tercera consideración, con que voy a terminar, que se nos presenta en la lectura de hoy: una Iglesia en conversión.

La Iglesia en proceso de conversión

No me cansaré de gritar esta palabra, hermanos: conversión. Lástima que muchas veces hablamos pensando que ya nos entendemos y resulta que las palabras más sencillas no se entienden a veces. Me preguntó en esta semana —y esto ha sido una gran revelación para mí— una persona humilde: “¿Qué es la conversión?”. Y yo les agradezco que cuando no entiendan algún término de mi pobre predicación, tengan la confianza de preguntarla.

La conversión es como dar media vuelta. Conversión a la derecha, dicen los militares para convertirse a un lado, para convertirse al otro. Media vuelta. La conversión es volverse hacia Dios y cada vez más hacia Dios. La conversión la señaló Cristo cuando dijo: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”. ¿Cuándo vamos a llegar a ser perfectos como Dios? Lo cual quiere decir que Cristo inspiró un movimiento sin límites: la conversión. La conversión es preguntar en cada momento: ¿qué quiere Dios de mi vida? Y si Dios quiere lo contrario de lo que quiere mi capricho, hacer lo que Dios quiere es convertirme, hacer mi capricho es pervertirme. ¿Qué quiere Dios con el poder político, por ejemplo, en un país? Quiere que esas fuerzas unan moralmente, por una ley sana, las voluntades de todos los ciudadanos al bien común; pero Dios no quiere que se use el poder para atropellar, para golpear hombres, para golpear ciudades, pueblos. Eso es perversión. ¿Qué quiere Dios del capital, al hombre que le da dinero, haciendas y cosas? Que se convierta, quiere decir que sepa darle a las cosas creadas por Dios, el destino que Dios le dio a las cosas, que son siempre de Dios, el bienestar de todos, el compartir con todos la felicidad.

Mt 5, 48

Y esto en grande; también en pequeño: ¿qué quiere Dios de tu vida de hogar? Pues que tu unión con tu señora sea bendecida por el sacramento santo del matrimonio. ¿Qué quiere Dios de la intimidad, de la relación conyugal? La procreación. Si el hombre maliciosamente interrumpe la procreación con medios anticonceptivos, artificiales, está bloqueando la voluntad de Dios. Tiene que convertirse. ¿Qué quiere Dios del hombre frente al aguardiente? Que se abstenga, que no abuse. Que no abuse; el uso es correcto, pero el abuso siempre es pecado. Que se convierta.

Hb 12, 5

Convertirse, pues, es un llamamiento al cual nos hace alusión la segunda lectura de la carta a los Hebreos: “Habéis olvidado la exhortación paternal: no rechaces el castigo del Señor. No te enfades por su reprehensión”.

Hermanos, cuando la Iglesia tiene que cumplir este deber porque ella misma está en proceso de conversión, yo que les estoy hablando necesito convertirme continuamente. El pecador, el religioso, la religiosa, el colegio católico, la parroquia, el párroco, la comunidad, la Iglesia, pues, tiene que convertirse a lo que Dios quiere en este momento de la historia de El Salvador. Si uno vive en un cristianismo que es muy bueno, pero que no encaja con nuestro tiempo, que no denuncia las injusticias, que no proclama el reino de Dios con valentía, que no rechaza el pecado de los hombres, que consiente, por estar bien con ciertas clases, los pecados de esas clases, no está cumpliendo su deber, está pecando, está traicionando su misión. La Iglesia está puesta para convertir a los hombres, no para decirles que está bien todo lo que hacen, y por eso naturalmente cae mal; todo aquel que nos corrige, nos cae mal. Yo sé que he caído mal a mucha gente, pero sé que he caído muy bien a todos aquellos que buscan sinceramente la conversión de la Iglesia, que somos todos.

Desde este punto, hermanos, yo llamo a la conversión a todos. En esa publicación de esta semana, se denuncian muchos crímenes. ¿Quiénes los han cometido? ¿Se quedarán para siempre en lo oculto? A la justicia de los hombres sí. Parece que se van quedando en el misterio la muerte del padre Grande, la muerte del padre Navarro, y tantos asesinatos y tantos desaparecidos y tantas cosas feas. Pero sé que alguien lo ha cometido, que es pecador y que si no se convierte no entrará en el reino de los cielos.

Y que esta vida pasa. El poder, los hombres pasan. Pasa todo, solo quedará la Iglesia con su índice escatológico diciendo: lo que no pasa es la eternidad y lo que vale la pena es salvarse de verdad. Salvación que ya comienza en esta tierra, porque el que aquí lucha por el reino de Dios implantándolo en la sociedad, en la historia, será también partícipe del reino de Dios en el cielo. Y el que aquí se opone, rechaza, repudia a la Iglesia, al reino de Dios, a sus ministros, a los que lo predicán, están estorbando al reino de Dios, y eso es persecución de la Iglesia, porque se le impide su ministerio.

Entonces, queridos hermanos, concluyamos en el mensaje de hoy, que no es invención mía, sino palabra de Dios, el propósito de ser una Iglesia misionera y peregrina. No nos instalemos en la tierra. Preocupémonos de caminar con Jesús. Y miren qué significativo, todo este trozo del Evangelio —donde nos ha colocado el fragmento de hoy— es de San Lucas que quiere describir la misión de Cristo como un caminar hacia el Calvario. La Iglesia camina hacia el Calvario, hacia la cruz, pero sabe que detrás de la cruz, tres días después, está la resurrección, la alegría, el reino, los cielos nuevos, la tierra nueva. Caminemos con Jesús, entonces. No tengamos miedo a las amarguras del camino del Calvario. Sepamos renunciar a todo aquello que es pecado y se opone al reino de Dios. No hagamos consistir la felicidad y la salvación solo en esta tierra, ni tampoco solo en aquel cielo, sino en la combinación más sabia y maravillosa de cumplir bien la ley de Dios en esta tierra para merecer el premio en aquel cielo. Y que sepamos, entonces, ser valientes cristianos, ya que la Iglesia, a través de estas características, es la que está manteniendo en alto y sembrando la esperanza, la alegría en todos los corazones de los salvadoreños.

La Iglesia de la alianza de Dios y de la verdadera pobreza

Vigesimalsegundo domingo del Tiempo Ordinario
28 de agosto de 1977

Eclesiástico 3, 19-21.30-31

Hebreos 12, 18-19.22-24a

Lucas 14, 1.7-14

Vida de la Iglesia

[...] muy buenas¹; en cambio, en el mismo cantón El Salitre, no se sabe nada de la noticia que dio el *Diario de Hoy*² ayer, acerca de un policía herido por salteadores. Se trata de lo mismo para tergiversar el hecho injusto o se ha equivocado de lugar el cronista y esto ha sucedido en otra parte, porque en El Salitre solamente se sabe de esta captura de la madrugada del viernes y de haber encontrado muertos a machetazos a estos pobres tres cristianos³. Queremos unirnos al dolor de su familia y queremos ser la voz de los que no tienen voz para gritar contra tanto atropello contra los derechos humanos; que se haga justicia; que no se queden tantos crímenes manchando a la patria, al ejército; que se reconozca quiénes son los criminales y que se dé justa indemnización a las familias que queden desamparadas. Nuestra radio católica ha comentado ya suficientemente este hecho.

¹ El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de esta homilía.

² Cfr. *El Diario de Hoy*, 27 de agosto de 1977.

³ Monseñor Romero menciona sus nombres más adelante.

Solamente quería traerlo a la intención de esta misa para que pidamos al Señor, como siempre, el eterno descanso de las víctimas y la conversión de esas manos pecadoras empedernidas, que no quieren oír la voz del llamamiento a la justicia y al arrepentimiento.

He visitado Aguilares y lo seguiré visitando en sus cantones. Hay un ambiente de valentía. El corazón de los cristianos de veras que vive la esperanza. Pero como humanos que somos, también hay ambiente de miedo. Son vigiladas nuestras comunidades como sospechosas, no se quiere creer que la Iglesia no predica subversión, se sospecha siempre de la Iglesia. Se persigue a los catequistas, a los celebradores de la palabra como gente peligrosa. Y una vez más la Iglesia protesta; que su predicación seguirá siendo la de la justicia y del amor; que la voz que Cristo le mandó proclamar en la tierra seguirá siendo el objetivo de su predicación. Y por quedar bien, no traicionará esa misión de la promoción y de una justicia, de un amor, de una fraternidad que se hace cada día más necesaria en un ambiente donde se quiere hacer imperar únicamente el terror, la fuerza bruta de las armas, el espionaje, la guerra psicológica.

La Iglesia proclama, como siempre a la luz del día, que su mensaje sigue siendo el de Jesucristo, pero no una teoría de amarse unos a otros, sino encarnado en una realidad donde no se ama, donde se odia, donde el hombre se ha convertido en lobo para el hombre, donde la extorsión del hombre por el hombre sigue siendo una triste realidad. La explotación no puede ser en un ambiente cristiano y la Iglesia quiere desterrar del mundo el pecado que mancha la historia. Porque repito, que la historia de cada pueblo, en concreto la historia de El Salvador, quiere utilizarla Dios para su historia de salvación, y la Iglesia —enviada por Dios para purificar la historia y hacerla fuente de salvación— tendrá que seguir denunciando los pecados de la historia. En cualquier categoría que se encuentre el pecado, es una obstaculización al reino de Dios, que no puede implantarse en el mundo porque el pecado le estorba. Y, por eso, las comunidades cristianas sigan siendo fieles a su misión de desterrar el pecado del mundo, siendo fieles a Jesucristo.

El domingo recién pasado la visita a Aguilares obedecía al desagravio del santísimo sacramento. ¡Qué precioso pueblo ese! A pesar de su pobreza, de sus dificultades, logró conseguir ya un

sagrario nuevo, porque el que inutilizaron la Guardia no puede servir para la seguridad del santísimo. Y aunque el gobierno nos prometió que nos iba a reparar todos los daños ocasionados en esa injusta ocupación de una casa privada, sin embargo nos ha tocado a nosotros reparar chapas, sagrario, ornamentos, porque quedó todo en muy mal estado. Todavía hay cosas que no han sido devueltas, como las máquinas de escribir y otros instrumentos de la evangelización de Aguilares. Pero, gracias a Dios, tenemos ya el sagrario nuevo; y era hermoso ver a aquella gente llorar de emoción, cuando el copón con las hostias consagradas era colocado de nuevo en un sagrario digno, mientras el pueblo cantaba la conocida estrofa: “Alabemos al santísimo sacramento del altar”. Nadie puede quitar esa voz del corazón de nuestro pueblo. Cree en Cristo presente en la hostia, y ni un sagrario ametrallado es el testimonio de darle miedo al pueblo. Al contrario, ¿cuándo lo van a comprender, que la fe arraigada en nuestro corazón más se enardece a medida del atropello?

En nuestro diálogo del miércoles recién pasado —que lamentablemente fue mal grabado y por eso muchos no pudieron seguirlo en todo su completo mensaje— hacíamos alusión a Aguilares, precisamente en la súplica que estamos haciendo a todos los fieles de ayudar a mucha gente que está en la verdadera miseria. Les suplicamos a todos seguir esa generosidad que, gracias a Dios, se ha despertado. Allá, en el arzobispado, están llegando muchas bolsas de ropa, de zapatos, de alimentos y también dinero en efectivo, que el comité de las religiosas y de los cristianos de Aguilares harán efectivo en ayuda a las personas que lo necesitan.

También en ese diálogo aludíamos a la campaña vocacional. Por este tiempo, cuando va terminando el curso, el padre Ladislao Segura, un jesuita incansable en el trabajo de las vocaciones —para que vean que los jesuitas no van sembrando la subversión, sino ayudando a la Iglesia en todos sus aspectos—, el padre Segura es un peregrino incansable. De parroquia en parroquia, a platicar con los párrocos, con las escuelas, con los colegios, con los muchachos. Quienes tienen vocación y muchos de los sacerdotes jóvenes son fruto de esa recogida del padre Segura. Comprendemos, naturalmente hermanos, que la Iglesia va madurando hacia otra forma de reclutar las vocaciones, porque el verdadero proceso sería que cada comunidad, o las familias que

son las células de la comunidad, fueran tan piadosas, se respirara un ambiente tan cristiano, que de allí mismo surgieran, como surge de la enredadera la flor, el fruto, naturalmente surgirían las vocaciones para nuestras comunidades. Las comunidades necesitan sacerdotes; Dios suscite en las comunidades las vocaciones. Solamente falta el cultivo. Pero gracias a estas comunidades eclesiales de base, a ese diálogo que se va haciendo más íntimo en las parroquias y que por desgracia se interpreta como subversión, como meterse en política, es maduración de la fe la que vamos buscando, despertar el sentido de la dignidad del hombre, de la familia, decirle al hombre que se promueva cristianamente, que viva él su propio destino, lo construya con sus propios esfuerzos.

Cuando maduren en estas ideas y nos comprendan de veras las autoridades, verán que nada tienen que temer de esta labor, sino mucho que esperar, porque mucho esperará la patria de grupos humanos que se concientizan, que se dignifican y que naturalmente tienen que ser críticos de los actos de injusticia. Y esto es lo que duele y lo que molesta. Pero precisamente por eso tiene la Iglesia que continuar su misión para no tener más un pueblo adormecido en la ignorancia y no seguir cargando con esa calumnia del comunismo: que la Iglesia vende el opio del pueblo, sino al contrario, que la Iglesia despierta la conciencia mucho mejor que todas las ideologías de la tierra, para una eternidad, una esperanza que hace al hombre más trabajador de su destino, de su comunidad.

Y así surgirán también los verdaderos sacerdotes que necesitan nuestras comunidades. Pero mientras tanto, como una suplencia, allí va, pues, de parroquia en parroquia el padre Segura. Yo les he rogado ya a los queridos sacerdotes que lo atiendan y espero que los jóvenes con inquietudes vocacionales se acerquen a él. No pongan por pretexto que no tienen dinero, que son pobres. Casi todos los sacerdotes procedemos de la pobreza y es nuestra mejor alegría recordar a nuestra madre sufrida y pobre, a nuestro padre luchando por sostener aquel pobre hogar y de allí surgir una vocación que se convierta luego en la voz de esa pobreza digna, para hacer que todos sepamos orientar al mundo por los caminos de Dios.

También les decía en el diálogo y lo voy a decir hoy, porque era anunciado precisamente para este domingo, según la tradi-

ción de mi venerado predecesor monseñor Luis Chávez y González, que este domingo último de agosto lo consagraba al catecismo, el Día del Catecismo. Muchas veces se hizo consistir en pedir una limosna para ayudar al catecismo de la parroquia y de la diócesis. A mí no me interesa tanto la limosna porque ella vendrá por añadidura cuando se comprenda mejor. Y esto es para mí el Día del Catecismo. Y por eso lo estoy diciendo aquí, sin pedirles dinero, pero sí pidiéndoles una conciencia muy viva de que gracias al catecismo estamos aquí en catedral. Nuestros padres fueron nuestros catequistas. Un sacerdote bueno de la parroquia nos hace recordar aquella infancia feliz. Una señora, una niña, una señorita nos enseñó el Padrenuestro, nos enseñó a persignar. La Iglesia evoluciona. La catequesis precisamente va a ser el tema del sínodo de los obispos que se va a reunir en Roma, representando al episcopado de todo el mundo, para responder a una consulta del Papa: ¿cómo debe ser la catequesis en nuestro tiempo? Han cambiado mucho los tiempos de aquella lejana niñez, cuando con caramelos o estampitas nos atraían al catecismo. Ojalá se conservara esa ingenuidad; pero, en fin, la televisión, el cine, los medios modernos han cambiado la mentalidad hasta de los niños y lo que hay que lograr es que no se pretenda el caramelo ni la estampita, sino que se tenga verdadero amor al contenido, a una revelación que Dios trajo al mundo para hacer a los hombres divinos. Y gracias a esa fe que madura en la catequesis, hay una esperanza muy grande en nuestro tiempo. Padres de familia, a ustedes se encomiendan los primeros pasos de esa tradición. Tradición, *tradere*, entregar, de los abuelos a los nietos, de generación en generación, una doctrina que Dios reveló y que los apóstoles enseñaron en catequesis. ¿Qué son los cuatro evangelios sino una catequesis? Contarles cómo era Jesús, qué enseñaba Jesús, contar al niño, al joven, al adulto que vino un Dios a hacerse hombre para salvar a los hombres, para que los hombres nos hiciéramos hermanos, hijos de Dios, nos salváramos. Esto tan sencillo, ese contenido de amor, de revelación de Dios, transmitirlo con amor, para que se haga vida en cada hombre, en cada mujer, en cada joven, en cada matrimonio, en cada sociedad. Eso es el catecismo, la transmisión de una revelación de Dios dirigida a la fe de los hombres.

Por eso, se diferencia la catequesis de la teología, de la apologética, de la historia sagrada y de tantos sistemas científi-

cos auxiliares de la catequesis, que tiene por objeto no la ciencia, no el conocimiento, sino la fe y la vida. Por eso, no se contenten con enseñar fórmulas: ¿quién es Dios?, ¿quién te ha creado? Responderlas de memoria es bueno, pero no es catecismo. Catecismo es vivir esas cosas. Si Dios me ha creado, mi fe entonces me dice que hay que vivir como hijo de Dios. Si Cristo te ha salvado, no lo sepas de memoria solamente, vívelo, entrégate a Cristo, que se entregó por ti. ¡Qué dichosa será la Iglesia cuando vayan madurando estas ideas modernas de que se transmite el contenido de la catequesis a madurar la fe de nuestro pueblo!

Finalmente, hermanos, quiero decirles con satisfacción que ya está difundiéndose la pastoral que tanto les he anunciado y que en la editorial del Secretariado Social Interdiocesano ha sido editado con nitidez, con belleza, no por ser un documento mío, sino porque es el tema —la Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia— una respuesta a tantas calumnias y difamaciones y distorsiones que en muchos campos pagados, durante mucho tiempo, se estuvieron publicando y envenenando, tal vez, el alma de los que no tienen fe, pero amacizando la fe de los que la tienen. Aquí tienen la mejor respuesta.

Con la serenidad de una reflexión teológica, quiero presentarles que en la Iglesia ciertamente ha habido cambios y que el que no los comprenda no es católico de esta hora. En la segunda parte, les respondo por qué hay cambios en la Iglesia. Respuesta: porque la Iglesia es el cuerpo de Cristo en la historia, es decir, tiene que ser Cristo en esta hora y en este país. Tiene que hablar como Cristo hablaría hoy, aquí, en el púlpito de catedral. Y si lo hace así, es la auténtica Iglesia de Cristo y tiene que levantar roncha en todos aquellos que ofenden la ley de Dios y que tratan de estorbar el proyecto del reino de Dios en el mundo. Una política abusiva de su poder, un capital egoísta, como idólatra del dinero, unos pobres que no quieren promoverse también para ser autores de su propio destino, todos estos son pecadores de la hora actual; y la voz de Cristo que denunciaba el pecado de su tiempo, de sus Herodes, de sus Pilatos, de sus fariseos, sería el que denunciaría hoy la autoridad de hoy en su abuso y el poder de hoy en todas sus manifestaciones como un estorbo al único Señor de la historia: Cristo, Dios, el rey de nuestros corazones.

También quiero anunciarles con alegría que se ha publicado un folleto muy útil para conocer el pensamiento social de la

Iglesia. Se llama “Orientaciones sociales de la Iglesia a la luz del Evangelio”⁴. Es un arsenal de textos evangélicos, de santos padres, de encíclicas de papas actuales, enseñando, pues, a los hombres de hoy qué quiere Dios de la sociedad actual. Lo pueden conseguir y estudiarlo para ser católicos actualizados en la hora presente.

Olvidaba decirles, hermanos, los nombres de nuestros tres hermanos difuntos en Tejutla y por los cuales les pido una oración, lo mismo que para sus pobres familias desamparadas: Felipe de Jesús Chacón Vásquez, un fervoroso cursillista de cristiandad, ¿cómo va a ser un guerrillero?, Serafín Vázquez Escobar y un señor, Pablo, cuyo apellido no recuerdo.

Coloquémonos en esta situación concreta de nuestra Iglesia y de nuestra patria para iluminarla con la luz de esa palabra divina que se ha leído hoy. Solamente quiero presentar dos aspectos que me parecen los dos grandes mensajes de las lecturas de hoy: en primer lugar, la Iglesia de la alianza de Dios y los hombres; en segundo lugar, la Iglesia de la verdadera pobreza.

La Iglesia de la alianza de Dios y los hombres

Aquí nos orientan las lecturas de hoy —que no son palabras de hombres, sino palabras de Dios— para presentarnos la Iglesia, como dice San Pablo, comparando las dos alianzas. La alianza que Dios firmó con Moisés en el Sinaí y en el monte Horeb: una alianza de terror, de miedo, de relámpagos, truenos, donde se sentía la majestad de Dios hasta el punto que decían los peregrinos del desierto a Moisés: “Háblanos tú, que no nos hable Dios, no sea que muramos”. Y San Pablo, hablándoles a los cristianos les dice, recordando esa vieja alianza: “Vosotros no os habéis acercado a un monte tangible, a un fuego encendido, a densos nubarrones, a la tormenta, al sonido de la trompeta”. Cualquiera recuerda aquí las páginas bellas del Éxodo, cómo Dios se presentaba para hacerse temer de un pueblo propenso a la idolatría, que Él es el único Dios verdadero, el Dios vivo, y que ese Dios vivo quiere hacer una alianza con un pueblo, que lo adore solo a Él, que en medio de tantos pueblos idólatras, conserve su único

Ex 20, 19

Hb 12, 18-19

⁴ En realidad el título de esta publicación es *Orientaciones sociales de la Iglesia a luz de los documentos pontificios*. Cfr. “Dos publicaciones de actualidad. Anuncios de la Buena Nueva”, *Orientación*, 28 de agosto de 1977.

Ex 20, 1-17 culto al Dios verdadero. Y por eso firmó en aquel monte, lleno de esta majestad de Dios, las tablas de la ley. Los diez mandamientos de la ley de Dios, que siguen con toda su fuerza en la era cristiana, fueron promulgados bajo el Dios temido, bajo un Dios que daba miedo. ¿No habéis oído aquella voz que el pueblo al oírla pidió que no le siguiera hablando? Tenían miedo.

Así, se conservó la fe en el único Dios y la alianza de la antigua ley fue respetada por ese pueblo, mientras veía esas manifestaciones de Dios. Pero cuando se le presentaba la tentación de la idolatría, ese pueblo caía en la idolatría. Y cuando ese pueblo se sentía sugestionado por el oro, por el dinero, por el poder político, hacía alianza con los reyes de la tierra, se vendía por dinero y venían los castigos de Dios.

Jr 31, 33 La exportación de Israel hacia Babilonia, los castigos de Dios con enfermedades, con diversas manifestaciones en el pueblo, las presenta la Biblia como la señal de un Dios que reclama su alianza. Había dicho Dios por medio de Abraham y de Moisés, de los profetas: “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo”. Pueblo sacerdotal, pueblo con leyes específicas para un culto que Dios quiere, pueblo que logró cristalizar sus ideas en el templo más bello de aquel tiempo, el templo de Jerusalén. De tal manera que en aquel templo veía como la personificación de Dios, tanto que cuando lo consagraron, ese templo se llenó de humo, de la majestad de Dios. Se hacía sentir Dios y aquel pueblo sentía su necesidad de estar unido con ese Dios. Sus idolatrías, sus pecados lo alejaban de Dios y Dios lo castigaba, no para alejarlo para siempre, sino para atraerlo nuevamente. ¡Cuántas veces comparó Dios la vieja alianza con la alianza del matrimonio! Dios es el esposo, su pueblo es la mujer. ¡Cuántas veces esa mujer cometió adulterio, se fue con otros hombres! Así se compara Dios, como el esposo desilusionado, como el esposo que sigue amando a su esposa adúltera, la espera, vuelve arrepentida, la vuelve a hacer su esposa. Comparaciones que llegan al corazón de la humanidad.

Os 2, 21-22 Pero dice el Concilio: toda esa vieja alianza no tenía más que una objetivación, era señal de la nueva y definitiva alianza que Dios quería concertar con los hombres en Cristo Jesús. Y así la segunda parte de la epístola de los Hebreos, nos dice a nosotros, óiganlo, queridos católicos que han venido a la catedral en número tan consolador, —cómo me alegra mirar esta

LG 9

catedral repleta para poderles decir a ustedes como signo de toda una diócesis, fiel a pesar de la persecución— : “Vosotros os habéis acercado al monte Sión, ciudad del Dios vivo, Jerusalén del cielo, a la asamblea de innumerables ángeles, a la congregación de los primogénitos inscritos en el cielo, al Dios justo de todos, pues, a las almas de los justos que han llegado a su destino, al mediador de la nueva alianza: Jesús”.

Hb 12, 22-24

Queridos hermanos, presentes en la catedral o presentes moralmente a través de esta radio, allá junto a sus aparatos en lejanas ermitas o junto al lecho de enfermos o en sus hogares, a ustedes, les puedo decir, los que están naturalmente meditando con buena voluntad, porque yo sé que muchos no me oyen con buena voluntad, me escuchan solamente para ver en qué me cogen, para ver qué captan y llevarlo como una denuncia; los perdono y pido a nuestro Señor que les toque el corazón y ustedes también sean del número de estos que han venido aquí a decir, a oír la palabra de San Pablo que les dice: vosotros sois los compañeros de esos ángeles que adoran a Dios eternamente. Vosotros formáis parte de lo más noble de la humanidad que ha seguido a Dios, primogénitos del cielo que han nacido ya para la eternidad, almas de justos que han llegado ya a su destino. Me parece contar allí a nuestros mártires de la arquidiócesis, a los que están muriendo hoy, víctimas de la injusticia y de la calumnia. Vosotros estáis llegando ya a vuestro destino, en pos de esa procesión de ángeles, de nobles, de bienaventurados, va siguiendo esta larga procesión de la arquidiócesis que se menciona en parroquias, en ermitas, en cantones, que se mantienen fieles a su fe. Vuestra esperanza es segura porque se apoya en el mediador de la nueva alianza: Jesús. Jesús es el motivo de mi esperanza.

Hermanos, no sigamos nunca a la Iglesia por sus hombres, sus obispos, sus sacerdotes; somos pecadores. Pedid por nosotros para que seamos fieles como vosotros. Pero mi fe de obispo se apoya en Jesús y pide que la fe de mis queridos sacerdotes se apoye en Jesús, y que la fe de mis queridas religiosas —tan unidas ahora, empeñadas en tantos compromisos— se apoye en Jesús, y que la fe de tantos seglares que ahora han encontrado en la Iglesia una razón de creer y de esperar... Aquí está la razón de la fe y de la esperanza: Jesús vivo, resucitado, que es la cabeza de toda esta larga peregrinación de ángeles y de bienaventurados y de fieles que todavía peregrinan en el mundo.

Lc 22, 20

Esta es la nueva alianza. Dentro de poco van a escuchar ustedes en el altar: “Este es el cáliz de mi sangre que se derrama por vosotros, sangre de la alianza nueva”. Esta es la alianza definitiva. La que Dios firmó con Abraham, con Moisés, con los profetas, no era más que una figura; venía preparando esta que vivimos nosotros, definitiva ya, porque se ha encontrado con el gran mediador. El gran mediador, Cristo Jesús.

Quiero hacer una aclaración, cuando el 5 de agosto desde estos micrófonos se relataba la procesión del Divino Salvador, uno de los locutores dijo que este pueblo iba siguiendo a su verdadero líder, al Divino Salvador, se entiende; pero hubo quien me fue a malinformar diciendo que yo había incitando a decir que yo era el líder de esta gente. Miren como tergiversan las cosas. Jamás me he creído líder de ningún pueblo, porque no hay más que un líder: Cristo Jesús. Jesús es la fuente de la esperanza, en Jesús se apoya lo que predico, en Jesús está la verdad de lo que estoy diciendo. Si yo sería un loco, queridos hermanos, queridos radioyentes, querer ser yo, frágil, mortal, que voy a acabar como todos ustedes muerto, quererme hacer yo el sostén de todo un pueblo y de toda una esperanza. Gracias a Dios que mi humilde palabra logra hacer descubrir a aquel en quien hay que tener esperanza y fe. La Iglesia, digo en mi pastoral, no es otra cosa que el cuerpo de Jesús. Jesús es la fortaleza de la Iglesia, porque no es un hombre, sino un Dios que se hizo hombre, y vive y reina por los siglos eternos.

La Iglesia de la verdadera pobreza

Si 3, 19

Por eso, hermanos, termino ya con esta segunda consideración: la palabra de hoy nos invita, en la primera lectura y en el Evangelio, a vivir la verdadera pobreza. “Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad”, le dice el sabio a todo el que lee la Biblia. Y en el Evangelio, Cristo sigue proclamando: cuando te inviten a una boda, no ocupes los primeros puestos. No seas orgulloso, no seas autovaliente por ti solo. Hazte el humilde. Sé humilde, no te hagas humilde. Ocupa el último lugar. Y cuando invites a una cena, no invites a los que te pueden devolver la cena, ya estás pagado. Cuando invites a un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos, ciegos, porque no te pueden pagar y te pagarán cuando resuciten los justos. Humildad y pobreza son

Lc 14, 8-14

dos hermanas gemelas. Mejor diría, son una sola cosa. Verdadero pobre es el humilde. Verdadero pobre es el que no tiene nada y sabe que no cuenta con nada y que todo lo tiene en Dios.

Cuando la Virgen dice en su precioso cántico del Magnificat: llenó de bienes a los humildes y despachó vacíos a los ricos, ¿qué quiere decir? No es que la Virgen desprecie a los ricos, sino a los autosuficientes, a los orgullosos, a los que no necesitan de Dios, a los que están idolatrando como dios a las cosas de la tierra. Confían en su dinero más que en Dios, más que en el amor al prójimo. Confían en su poder, porque hoy tienen las armas y atropellan y son orgullosos. Estos son los que Dios despide vacíos. Pero aquel que es humilde, aunque tenga poder, aunque tenga dinero, pero no confía en eso, sabe que esas cosas se van con el viento. Los hombres no son estables en el poder, se van. La verdadera humildad consiste en esperarlo todo de Dios y si ahora tengo un poder en la tierra, reconocer que me viene de Dios y que lo he de usar según Dios. Que Dios puede también, como al rey Saúl, decir: este rey ya no me satisface, lo despacho vacío y en su lugar coloco a este humilde pastorcito, a David, un rey según mi corazón. Que el poder de la tierra se pierde, hermanos; que la humildad es la verdad. Que es verdadero rico aquel que se apoya en la riqueza de Dios, y estos son los verdaderos miembros de la alianza eterna con Cristo.

Por eso, siento que esta Iglesia de la alianza, esta Iglesia de la arquidiócesis, heredera de la alianza de Abraham y de Moisés y de Cristo, es ahora verdaderamente auténtica, porque ahora la Iglesia no se apoya en ningún poder, en ningún dinero. Hoy la Iglesia es pobre, hoy la Iglesia sabe que los poderosos la rechazan, pero que la aman los que sienten en Dios su confianza. Y yo les invito, queridos hijos de la Iglesia, jamás traicionar esta alianza con nuestro Dios, porque esto es lo que le enojaba a Dios. Cuando su pueblo desconfiaba de su propio valor y se iba a apoyar en Babilonia o en Egipto, Dios lo rechazaba y era víctima de su propia desconfianza. Pero a Israel rodeado de enemigos poderosos, puesta su confianza en el único Dios, Israel vencía.

Esta es la Iglesia que yo quiero, una Iglesia que no cuente con los privilegios y las valías de las cosas de la tierra, una Iglesia cada vez más desligada de las cosas terrenas, humanas, para poderlas juzgar con más libertad desde su perspectiva del Evan-

Lc 1, 53

1 S 15, 11;
16, 13

gelio, desde su pobreza. No una pobreza demagógica porque eso no es pobreza. El que se finge pobre para hacer la revolución, sembrar el odio, no es pobre; lleva en sí una confianza en su revolución y eso ya no lo hace auténticamente pobre. Pobre es la Iglesia, que no confía en ninguna revolución de la tierra, que no siembra odios, porque allí no encuentra nada. Que siembra amor a Dios y amor al prójimo, el reino de Dios en la tierra, la verdadera pobreza, la verdadera humildad. Esta es la Iglesia que soñamos, hermanos, y la que yo creo que se va construyendo en nuestra arquidiócesis.

Yo les agradezco a todos los celebradores de la palabra, sacerdotes, religiosas, seglares, porque han comprendido este mensaje. Y aquellos que desconfiaban de la Iglesia y la van encontrando cada día más auténtica, crean que esta es la Iglesia verdadera. Si un día yo mismo les traiciono, no me hagan caso a mí, sigan a esa Iglesia que ahora hemos vislumbrado con tanta claridad. Pero espero, con la ayuda de ustedes, que no traicionaré nunca esta Iglesia.

Y por eso, quiero hacer una aclaración también, cuando en el diario⁵ han dicho que no hay persecución de la Iglesia y que todo está bien, que se entiende en diálogo conmigo el gobierno: es falso. Yo seguiré diciendo: habrá diálogo cuando se haga un ambiente de confianza con hechos. Que cesen estos crímenes, que cese esta desconfianza del pueblo, porque la Iglesia se siente comprometida con estos intereses nobles del pueblo. Y mientras no haya ese ambiente de confianza, queridos hermanos, yo sería un traidor a ustedes si a las espaldas de ustedes, estuviera entendiéndome con quien no respeta los derechos de los hombres.

Mientras tanto, sí sigue la Iglesia esperando el diálogo, esperando el ambiente de amistad que se le quitó, esperando la confianza que perdió, que se la den otra vez; y la Iglesia, como digo en mi carta pastoral, está dispuesta a esa sana cooperación, no para buscar ventajas propias, sino para servir mejor al verdadero bien común de un pueblo que así lo merece.

⁵ *El Mundo*, 25 de agosto de 1977.

La Iglesia del Espíritu Santo y la Iglesia de la cruz

Vigesimaltercer domingo del Tiempo Ordinario
4 de septiembre de 1977

Sabiduría 9, 13-19
Filemón 9b-10.12-17
Lucas 14, 25-33

Junto al altar, ven ahora a un grupo de niños y jóvenes, es el grupo de Cruzados Montañeros que cumplen hoy diez años de su fundación por monseñor Alférez en la Iglesia de Candelaria, de donde se ha esparcido por otras parroquias, donde grupos de niños y jóvenes fomentan, en una sana recreación, su educación cristiana. Yo quiero felicitarlos y desearles que sigan en las parroquias progresando, ahora cuando es tan necesaria toda forma pedagógica de llevar al corazón de la juventud y de la niñez los principios de austeridad que el Evangelio precisamente hoy nos proclama.

Vida de la Iglesia

También en esta semana, hemos tenido que lamentar nuevas publicaciones difamatorias¹ contra la Iglesia, hasta caricaturizando al obispo como que fomenta a los que siembran la guerrilla. Es calumnia vil y con todo el corazón los perdono y pido al Señor

¹ Organizaciones de extrema derecha acusaron a monseñor Romero, a través de campos pagados y artículos periodísticos, de ser el organizador de actos terroristas. Por ejemplo, en *La Opinión* de abril de 1978, aparece el siguiente titular de portada: "Monseñor Romero prepara actos terroristas".

que se conviertan de verdad. Sin duda que me están escuchando, porque son nuestros perseguidores los que con más interés siguen nuestra palabra. Escúchenla, por favor, pero con la buena voluntad con que un hombre honesto quiere encontrar la verdad y no el pretexto para seguir sembrando el mal y la confusión. Ha habido muchas confusiones en estos días, pero la Iglesia siente la serenidad de amar la verdad y proclamarla; y el pueblo encuentra en ella cada vez más, aquella columna de verdad que Cristo quiso hacer de ella.

Y precisamente por este afán de poner, en todas las posiciones de la diócesis, los sacerdotes que en comunión con el obispo trabajen la verdadera misión actual de la Iglesia, hemos provisto nuevas parroquias: en la colonia Costa Rica, el padre Arturo García Velis. El párroco de esa colonia pasó a Quezaltepeque y seguiremos estudiando cómo cubrir los campos que nos ha dejado la persecución con vacío de unos veinticinco sacerdotes. Le suplico a ustedes encarecidamente rogar mucho al Señor de la mies, para que envíe obreros a su mies.

Lc 10, 2

Los laicos, por su parte, van comprendiendo su papel y llena de satisfacción el corazón mirar cómo el laicado en todos los estratos —profesionales, universitarios, estudiantes, campesinos, obreros— se están promoviendo, sintiendo una Iglesia cada vez más auténtica, que reclama de sus bautizados la cooperación que en esta hora difícil tienen que dar. Grupos de comunidades eclesiales de base surgen por todas partes y son verdaderas colmenas del quehacer de Cristo. Me da mucho gusto recibir las impresiones de toda esta gente, que a lo largo de la arquidiócesis van surgiendo. Nuevas comunidades religiosas también irán a ocupar campos de apostolado directo en los pueblos, principalmente donde no hay sacerdotes.

Creo, hermanos, que vivimos, como lo dije en mi primera carta pastoral², una hora pascual de la Iglesia, hora pascual que arranca de la cruz de Cristo, que es sufrimiento, pero que también es fecundidad. Y a esto nos invita la preciosa palabra de Dios que se ha proclamado hoy. Yo quisiera reducirla a estas dos ideas, siempre tratando de definir la posición, la naturaleza de esta Iglesia a la que tenemos la dicha de pertenecer; rogando a todos los que a ella pertenecen, queridos católicos, que tome-

² Cfr. *La Iglesia de la Pascua*, Primera carta pastoral de monseñor Óscar A. Romero, arzobispo de San Salvador (10 de abril de 1977).

mos conciencia de que esta Iglesia que poseemos —que hemos llegado a conocer por la gracia de Dios, no por nuestros méritos— y a la que tenemos el inmenso honor de servir, no es invento de sabiduría humana, sino que es la realización de los ideales de Dios en la tierra. Y para comprenderlos, nunca los comprenderemos en esta tierra, pero tratamos de, por lo menos, no oponernos como un pecado contra el Espíritu Santo, sino que tratamos de adentrarnos más y más en ese misterio, cada domingo en que la palabra de Dios nos diseña con más claridad qué quiere Él de la Iglesia en el mundo, en medio de una humanidad a la que Él ama y a la que envía a su Iglesia a salvarla, a iluminarla. Sí, las dos ideas son estas: primero, la Iglesia del Espíritu Santo; y segundo, la Iglesia de la cruz y del desprendimiento. Esto es lo que se me ocurre destacar en esta lectura que acaban de escuchar. Y como un botón de muestra, la segunda lectura, una breve carta de San Pablo a Filemón, que nos presenta la figura del auténtico cristiano, del auténtico promotor de la liberación humana y de la justicia social en la Iglesia.

La Iglesia del Espíritu Santo

En primer lugar, la primera lectura nos invita a elevarnos tras la sabiduría de Dios porque “los pensamientos de los mortales son mezquinos y nuestros razonamientos son falibles”: “¿Qué hombre conoce el designio de Dios? ¿Quién comprende lo que Dios quiere? ¿Quién rastreará las cosas del cielo? ¿Quién conocerá su designio si Tú no le das sabiduría, enviando tu Santo Espíritu desde el cielo?”. Y esto es la Iglesia: un foco de la humanidad donde Dios derrama su Espíritu divino para que, desde ese foco, ilumine todo su contorno que es la humanidad entera.

Sb 9, 13-14

Cuando el Concilio Vaticano II analiza la complicada y profunda naturaleza de cada hombre, al referirse a la inteligencia, dice: el hombre piensa muy bien cuando cree que su inteligencia lo hace superior a todos los seres creados. A lo largo de los siglos, esa inteligencia del hombre ha hecho maravillosos progresos en las ciencias positivas, en las artes liberales. Y modernamente la técnica de lo material está tan dominada por el hombre que se corre hoy el peligro de que el hombre se quede únicamente en los fenómenos que él ha logrado dominar con su matemática, con su ciencia, con su técnica. ¡Qué precisión, por

GS 15

GS 15

ejemplo, la de una organización para hacer un viaje a la luna! ¡Qué técnica más precisa! Y sin embargo —dice el Concilio— hoy más que nunca el hombre tiene que tener esa idea de que, más allá de los fenómenos concretos de sus ciencias técnicas, existe una verdad que él sabe, en su conciencia, que la puede adquirir con certeza; y que, aún más allá de sus capacidades intelectuales, existe un don del Espíritu Santo que lo hace capaz de compartir con el Creador los diseños divinos que Él tiene con su creación.

Yo les invito, queridos hermanos, a que pongamos en juego esta capacidad de cada hombre, y cuanto más científico se sienta más lo invito yo, y le reto a que encuentre una oposición verdadera entre su ciencia y su orgullo y la fe humilde de nuestro Dios, que nos ha revelado el designio de la salvación eterna. No es auténtica la ciencia mientras no congenie con esta fe humilde. Y el verdadero sabio es el que, en aras de su ciencia, alcanza esa sabiduría. El humilde la alcanza con su oración y su sencillez. El sabio y el rústico, si son hombres de fe, tendrán que encontrarse en aquel Dios y tendrán que ser humildes para acatar esos designios de la sabiduría divina que nos quiere salvar, no por la ciencia humana, sino por la sabiduría de la humildad, de la cruz, de la austeridad, del sacrificio.

También, cuando Pablo VI clausuraba el Concilio Vaticano II, decía retando a esta civilización moderna: hoy cuando los hombres aprecian las cosas únicamente por lo que valen, les invitamos a que estimen nuestro Concilio, porque vale, porque se ha puesto al servicio de la humanidad y, descubriendo desde su revelación divina el misterio del hombre, le ha dado al hombre moderno la clave para saber qué es el hombre, cómo se le debe servir, cuál es su naturaleza, cuál es su destino, cuál es su origen. En Dios, únicamente en Dios, podemos descubrir el misterio, el enigma del hombre³. Y citando una palabra famosa de Santa Catarina de Siena que decía en una oración: “En tu naturaleza divina, conozco mi propia naturaleza”, decía el Papa: esto es lo que ha hecho el Concilio en un tiempo casi de ateísmo universal. En un tiempo de hombres más inclinados a conquistar el reino de la tierra que el reino de los cielos, el Concilio ha tenido la audacia de predicar una religión que predica que Dios existe,

³ Cfr. Pablo VI, *El valor religioso del Concilio*, Alocución en la clausura del Concilio Vaticano II (7 de diciembre de 1965), 15.

que es inteligente, que es creador, que solo en Él podemos comprender la naturaleza, el misterio del hombre⁴. Aun cuando el hombre termina su investigación con toda su ciencia, él mismo sigue siendo un misterio. ¿Para qué me hizo Dios? ¿Cuál es la razón de ser de mis luchas en la tierra? ¿Por qué trabajar tanto, si a veces los malos viven mejor que los buenos? ¿Cuál es el esfuerzo de ser honrados? Y como el salmo, el Concilio responde que los que sirven a Dios son verdaderamente felices y en la luz de Dios, en la sabiduría infinita del Señor, sí se comprende que vale la pena luchar, tener esperanza, aun cuando todo el mundo parece que la ha perdido. Y por eso, es la gloria de la Iglesia de San Salvador en esta hora: haber mantenido la esperanza cuando muchos la están perdiendo; decirles que hay esperanza de un país mejor cuando parece que todo conjura contra la patria, contra su verdadero bienestar, cuando hay tanta hipocresía, tantas tonteras que llevan a afearla cada vez más.

He aquí que la Iglesia ha mantenido su serenidad a pesar de las calumnias, ha mantenido su doctrina de fe y de esperanza, jamás la violencia, jamás la venganza. A pesar de que han sido bastantes las ofensas que le han hecho, siempre el perdón, siempre llamando a conversión, porque sabe que se apoya no en el vaivén de las cosas políticas, terrenales, sociales, sino que va descubriendo cada vez más y se va afianzando cada vez más en esa sabiduría de Dios. Y el Papa, en ese mismo discurso, decía: y en esta hora del ateísmo en que parece anacrónico, ridículo, hablar de un Dios y llamar a las almas a rezarle, es cuando el Concilio ha dicho que la actividad del hombre se ennoblece más y llega a la cúspide de su dignidad, cuando clava sus ojos y su corazón en ese Dios, en un acto espiritual que se llama la contemplación⁵.

Los contemplativos, los que dejan todos los quehaceres materiales para dedicarse al gran trabajo de contemplar la belleza de Dios y de allá traernos las bellezas que encantan a la humanidad son un trabajo actual en la Iglesia. Quién dijera que hoy, en la era del activismo, hay monasterios de hombres y de mujeres contemplativos; y que las comunidades religiosas tienen horas profundas en que dejan sus quehaceres para dedicarse a la contemplación; y que los sacerdotes, si queremos ser fieles a nues-

⁴ Cfr. *Ibid.*, 4.

⁵ Cfr. *Ibid.*, 4.

tra misión, sabemos que no todo consiste en predicar y en trabajar, sino que nuestras mejores horas son cuando estamos de rodillas ante el Señor en oración contemplativa. Es desde allí de donde deriva lo que después decimos, como experiencia de felicidad, de satisfacción profunda y es a lo que llama hoy la Iglesia, hermanos.

El cardenal Pironio, gran promotor de la auténtica liberación de América Latina, llega a decir que si esta ansia de liberación de los pueblos oprimidos, marginados en pobrezas, en hambres, en analfabetismos, claman por una liberación a la que tienen derecho, es el Espíritu Santo el que está clamando desde esas muchedumbres hambrientas, y que la Iglesia no puede ser sorda a esa voz del Espíritu que clama en esa gente⁶.

¿Por qué se va a llamar entonces a la Iglesia subversiva y todos los otros calificativos ya conocidos, cuando ella, atraída por la voz del Espíritu que clama desde la miseria de nuestro mundo, llama a una justicia mejor, llama a un sentido fraternal a los hombres? Es la voz del Espíritu que la llama y, para saber auscultar esa voz del Espíritu y saberle dar la verdadera respuesta, la Iglesia tiene que ponerse en oración ante el Espíritu, el Espíritu Santo. Y gracias a Dios, también hay mucha oración en nuestra Iglesia. El equilibrio de esa voz del Espíritu que clama desde la miseria humana de nuestros pueblos, y la voz del Espíritu que clama desde la contemplación y la oración es la que hace a la Iglesia la auténtica liberadora de América Latina; liberadora sin demagogia, sin odios, sin luchas de clases; liberadora a base de la fuerza de la sabiduría de Dios, liberadora desde el Espíritu Santo.

Hermanos, esta es la Iglesia del Espíritu Santo, es nuestra Iglesia. No la comprenderemos —como nos ha dicho la primera lectura de hoy— si queremos concebirla con criterios humanos. Por eso, jamás la comprenderá el lenguaje político, porque la política todo lo teje entre intrigas humanas, y la Iglesia está muy ajena a esas intrigas. Y si predica, desde la luz del Espíritu, la verdad, no es porque sea subversiva, sino porque aquellos que provocan la subversión con su intriga, con su mala voluntad, con su orgullo, son los que están tentando al Espíritu de Dios.

⁶ Cfr. E. Pironio, *Escritos pastorales*, Madrid, 1973, p. 71.

Pero la Iglesia quiere proceder sinceramente, por la luz del Espíritu. Yo les invito a todos los que están en esta reflexión de la palabra de hoy, de la sabiduría divina, del Espíritu Santo, que todos —si queremos hacer honor a esta Iglesia— seamos gente de oración. Eso es lo que más hemos inculcado, hermanos, la oración. Les decía una vez que hay quienes ya dieron de mano a la oración, como algo anticuado: la oración sigue siendo válida, les decía. Que pudiéramos hacer este ensayo —se lo repito ahora— de creerte tú lo más grande que te imagines. Todo es poco para aquello que es una imagen de Dios. ¿Qué eres tú? Eres imagen de Dios, tienes mucho de infinito, mucho de inconmensurable, eres grande, no hay duda. La oración no te va a empequeñecer, la oración solo te pide una cosa: que cuando más analices tus cualidades y en verdad las reconozcas... Porque el humilde no es el que esconde sus cualidades, el humilde es aquel que, como María, la humilde, dice: “Ha hecho en mí cosas grandes el Poderoso”. Cada uno de nosotros tiene su grandeza. No sería Dios mi autor si yo fuera una cosa inservible. Yo valgo mucho, tú vales mucho, todos valemos mucho, porque somos creatura de Dios, y Dios ha hecho derroche de maravillas en cada hombre.

Lc 1, 49

Por eso, la Iglesia aprecia al hombre y lucha por sus derechos, por su libertad, por su dignidad. Esto es auténtica lucha de Iglesia. Y mientras se atropellen los derechos humanos, mientras haya capturas arbitrarias, mientras haya torturas, la Iglesia se siente perseguida, se siente molesta. Porque la Iglesia aprecia al hombre y no puede tolerar que una imagen de Dios sea pisoteada por otro que se embrutece pisoteando a otro hombre. La Iglesia quiere precisamente hermosear esa imagen, y por eso les digo: cuanto más imagines tu capacidad intelectual, volitiva, de organización, de hermosura, etcétera, llega un momento en que tú dices: “Pero todo esto tiene término”. En ese momento en que tú comprendes tu limitación, sabes que queda algo más allá de ti, ya estás orando, estás reconociendo que tú no eres Dios, que por más grande que seas, hay un límite en el que Dios comienza a ser tu necesitado. Tú lo necesitas y entonces comienzas: “Señor, por lo que me falta, por mi pequeñez”. Entonces comienzo a ver, desde el límite de mi grandeza, la infinita grandeza de Dios y comienza mi contemplación, mi oración, mi súplica, mi petición de perdón porque le he ofendido, sobre todo la petición de gracias que necesito: “Sin ti no soy nada”.

Sb 9, 18

Hacer eso, hermanos, muchas veces, vivir de esto, es responder a la palabra de hoy cuando nos dice, al terminar la lectura de hoy: “Solo serán rectos los caminos de los hombres cuando aprendan lo que te agrada, se salvarán con la sabiduría los que te agradan, Señor, desde el principio”. ¡Qué fácil es ser agradable a Dios! Es reconocer su sabiduría infinita e inspirar en ella mi propia sabiduría, desarrollar todas mis capacidades, pero siempre sintiéndome necesitado de Dios. Este es el servicio que la Iglesia presta a la humanidad actual. Y porque la Iglesia quiere limpiar de todo embrutecimiento esta sabiduría de Dios que se quiere hacer sabiduría de los hombres, y porque la Iglesia llama a conversión y señala el pecado contra la sabiduría divina a los pecadores, a los que ponen en falsos ídolos su esperanza, por eso es perseguida. Pero bien perseguida porque es por la sabiduría de Dios y porque se afianza más en su corazón que no vale la pena complacer a los hombres, sobre todo, cuando son orgullosos, cuando son idólatras, cuando corremos el peligro de perder la sencillez de la sabiduría divina.

Lc 9, 24

Una de las bellas páginas de Juan XXIII, cuando era representante de la Santa Sede allá en el Medio Oriente, escribió esta página, esta oración: “Señor, concédeme que conserve siempre la sencillez que aprendí en mi hogar, que no la vaya a perder, porque muchas veces se pierde en estos ambientes diplomáticos, políticos. Consérvame, Señor, la sencillez de tu sabiduría”. Esto debíamos de pedir al Señor: “Consérvanos, Señor, la sencillez de tu sabiduría”. Que no la vayamos a perder, hermanos, por hacernos intrigantes, por querer ganar socialmente, políticamente, por querer subir en la tierra. “¡Ay de aquellos —dice Cristo— que quieren salvar su vida, la perderán. En cambio, aquel que la expone por mí, la salvará!”. Y de estos hay muchos en nuestra arquidiócesis, hombres que están exponiendo su vida aunque la pierdan, como la han perdido y la siguen perdiendo nuestros queridos sacerdotes, catequistas, gente que por mantenerse fiel a su misión de la sabiduría de Dios, se hacen desagradables, perseguidos de la sabiduría humana y perecen en formas crueles, como lo hemos visto en los últimos días.

LG 4

Queridos hermanos, esta es la Iglesia del Espíritu Santo, la Iglesia que con el Espíritu —dice el Concilio— clama “ven” a Jesús, su divino Esposo, que la está esperando, que la está viendo luchar y que está para darle el abrazo definitivo de la

eternidad feliz, allá donde la sabiduría redundará en toda la explosión de su éxito. Esto es lo que valía la pena vivir. Ya lo vislumbrábamos en la tierra y por eso caminamos a la luz de esta sabiduría, y no nos importaban las intrigas y las persecuciones. Que seamos los cristianos que iluminan su quehacer en esta sabiduría de Dios, en el Espíritu Santo, que seamos una Iglesia muy devota del Espíritu Santo, que le pidamos mucho, hermanos.

Yo quiero aprovechar este momento para agradecer las muchísimas cartas en que me dicen: “Le pedimos al Espíritu Santo para que le dé sabiduría, para que le dé luz, para que le dé fortaleza”. Y hago aquí una alusión especial a las bellísimas cartas de los niños de la Escuela San Luis —que hemos sometido a un concurso— donde verdaderamente Dios habla por los niños. ¡Qué bellas expresiones las que allí la infancia ofrece como el mejor estímulo a un pastor! Un estímulo que muchas veces no lo recibe de los grandes, lo ha recibido de los niños y de la gente humilde y sencilla. Muchas gracias, queridos niños de la Escuela San Luis y queridos hermanos que me encomiendan en sus oraciones. Encomendémonos mutuamente para que entre todos, obispos, sacerdotes, religiosas y fieles, formemos una auténtica Iglesia del Espíritu Santo, un círculo luminoso en la república, que sea luz del cielo para iluminar los caminos de nuestra patria, para embellecer el rostro de esta patria que amamos sinceramente y por eso la queremos más feliz, más iluminada con la luz de Dios.

La Iglesia de la cruz y del desprendimiento

Y la lectura del Evangelio, donde Cristo nos invita a seguirle, parece una página de locura: “Quién no... —el original dice— odia”. Una traducción más benigna propone “pospone”; pero en su lenguaje original, Cristo, entendido naturalmente en el sentido oriental, dice: “Quién no odia a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío. Quién no lleve su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío”. Y pone las dos comparaciones: el del que quiere construir una torre o llevar una guerra, no se lanza sin una premeditación, si podrá terminarla, si podrá llevar a la victoria. Es como para invitarnos. Y fíjense cómo co-

Lc 14, 26-27

Lc 14, 25

mienza el Evangelio: “Mucha gente acompañaba a Jesús”. San Lucas va definiendo en todo este trozo de Evangelio el viaje de Jesús a Jerusalén y ya sabemos cómo terminó. Y mucha gente lo seguía; pero ÉL, para no llamar a engaño a nadie, habla claramente: me pueden seguir, pero pregúntese cada uno: ¿cuál es la condición para seguir a Jesús? Así como el que va a construir una casa pregunta: ¿tengo suficiente dinero para terminarla? O como un rey que va llevar una guerra: ¿tendré suficientes ejércitos para llevar a la victoria? Si no, se reirán de él. Así, Jesucristo dice: ponte a meditar tu capacidad de desprendimiento, tu capacidad de cruz. No te estoy ofreciendo yo corona de rosas ni ventajas sociales o políticas. Estoy ofreciendo únicamente la cruz. El que se quiera venir conmigo tiene que estar tan desprendido que el mismo amor a su madre, a su esposa, a sí mismo, no debe ser un obstáculo para seguirme.

Me preguntarán ustedes: “¿Y no ha predicado usted tantas veces que el amor es la fuerza de la Iglesia? Y aquí Cristo predica el odio contra el padre y la madre y la esposa”. Les digo que hay que entenderlo en el sentido en que Cristo habla. Y bien lo ha traducido el Evangelio que se ha leído: “posponer”. El amor de Cristo es tan absoluto, la luz de la sabiduría divina que Cristo ha traído al mundo es tan nítida, que para seguirlo a ÉL, no hay que seguirlo a medias; y que si es lícito amar a la madre, a la esposa, a los hijos, a la patria, y todo lo de la tierra se puede amar, tiene que ser en un sentido jerárquico, bajo la jerarquía del amor absoluto, bajo la disposición de entregarlo todo cuando Cristo llama a dejarlo todo.

Yo creo que ante esta invitación, la muchedumbre que seguía a Jesús se reduce a un pequeño grupo. Cuando Cristo también le pregunta al pequeño grupo: “¿Y ustedes también se quieren ir?”; y cuando Pedro contesta la respuesta de los valientes: “¿A dónde iremos, Señor, si solo tú tienes palabras de vida eterna?”, la multitud se dispersa, buscando su felicidad en todo, menos en la cruz, en los amores de esta tierra, en las seguridades, en la protección. Qué fáciles somos para buscar protección en la tierra. Qué poca nos parece la confianza en la cruz. Y, sin embargo, este es el desprendimiento que la fe nos pide. Es la cruz de Cristo la clave de la verdadera liberación. Si hoy se habla mucho de liberación, si hay muchos falsos liberadores, el liberador cristiano tiene que componer, como práctica y como clave,

Jn 6, 67-68

la cruz de Cristo. Así dice bellamente el Concilio: entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, la Iglesia va peregrinando en el mundo, señalando la cruz hasta que el Señor vuelva. Entonces es cuando la cruz florecerá en pascuas, así como la cruz de Cristo el Viernes Santo florece en la resurrección, para darnos una idea de lo que es la vida: cruz y martirio, pero luego resurrección y vida eterna. Solo los amigos de la cruz, solo los que la abracen sin temor a perder amores en esta tierra, solo los que se entreguen al seguimiento del Absoluto, con un sentido absoluto, solo estos serán los valientes con quienes cuenta Cristo.

LG 8

Esta es la Iglesia que tratamos de forjar, queridos hermanos, y por eso les repito: me alegro de vivir en una Iglesia que no se apoya en las fuerzas de la tierra, sino que las fuerzas de la tierra tienen que convertirse a ella para ser salvadas. Porque la Iglesia no ama tampoco el conflicto, pero acepta el conflicto cuando las fuerzas de la tierra la desprecian y no tienen confianza en ella. Pero cuando la tierra se vuelve a la cruz y se hace realidad aquello que dijo Cristo: “Cuando yo sea levantado en alto, todo lo atraeré hacia mí”, la Iglesia acepta con amor a cualquiera que sea, aunque haya sido el más grande pecador, si abraza la cruz, y la cruz es la salvación. Pero la cruz no tiene que apoyarse en cosas de la tierra, porque ella trae la sabiduría y la fuerza de Dios. Ella ofrece protección. No pide, no necesita protección de la tierra. Ofrece protección a los que la quieren aceptar, para la eternidad, para lo absoluto. Pero sabe ella que cuando se empaña el testimonio de esa cruz desprendida, perseguida, amada por Dios, con apoyos de la tierra que hagan menos elocuente su credibilidad, ella tiene que estar dispuesta —dice el Concilio— a renunciar a todas las ventajas de la tierra, con tal de manifestarse desnuda, cruda, como es la cruz auténtica de nuestro Señor Jesucristo.

Jn 12, 32

LG 8

Hermanos, esta es la cruz que ofrece el Evangelio de hoy. Este es el seguimiento al cual invita nuestro divino redentor y salvador. Esta es la sabiduría que todos los cerebros deben iluminar para ser verdaderamente felices y leales a su Dios. Quiera nuestro Señor, pues, que este lenguaje que —como dice el libro de la Sabiduría hoy— no lo podrán comprender los hombres de la tierra, lo comprendamos por la fe y por el Espíritu Santo. Nuestro Señor, en la eucaristía que vamos a celebrar hoy, va a

renovar, para manifestarnos en este domingo de septiembre de 1977 que su amor y su cruz y su sabiduría siguen siendo lo que Él ofrece al mundo. Desde el calvario de cada altar de la misa dominical, sigue diciéndonos: “Este es el pan que se convierte en mi cuerpo, el cáliz de mi sangre, lo que da el perdón a los hombres. Y únicamente desde el perdón de la cruz se puede esperar la liberación de América Latina y de los pueblos. ¿Quién quiere ser colaborador mío? ¿Quién quiere abrazarse a esta cruz para llevarla al mundo y plantarla como signo de única salvación?”. Ojalá, hermanos, que desde el fondo del corazón cada uno de los que hacemos esta reflexión le digamos al Señor que nos abrazamos enteramente a su cruz y queremos vivir una Iglesia que sea verdaderamente signo, sacramento de salvación para nuestra patria y para nuestro tiempo.

La Iglesia de la verdadera independencia, la Iglesia de la auténtica libertad

Vigésimocuarto domingo del Tiempo Ordinario
11 de septiembre de 1977

Éxodo 32, 7-11.13-14
1 Timoteo 1, 12-17
Lucas 15, 1-32

Queridos hermanos:

Queremos agradecer la solemnidad que ha procurado para esta misa doña Teresa Sánchez Yánez, quien quiere anticipar así una plegaria por la patria y al mismo tiempo por el eterno descanso de su difunta, Antonia Yánez.

También nos unimos al pesar de nuestro querido monseñor Luis Chávez y González, que en estos momentos estará junto al cadáver de su hermana, Carmen Chávez viuda de Hernández, allá en Rosario de Cuscatlán. Hasta allá llegue, pues, nuestro pésame, el de todos ustedes, queridos radioyentes y hermanos presentes en catedral, a quienes pido una oración por el eterno descanso de estas almas.

También encomendemos la angustia del hogar de la señora Lima de Chiurato¹. Como saben, fue secuestrada y aún no se sabe nada. Todo lo que es sufrimiento humano, la Iglesia lo siente como propio.

¹ Elena Margarita Lima, esposa de Luis Chiurato, gerente de SALTEX, fue secuestrada el 6 de septiembre de 1977. *Cfr. El Diario de Hoy*, 7 de septiembre de 1977.

Avisos y noticias de nuestra vida de Iglesia

Y en este mismo sentido, también hemos ido recordando cosas muy tristes: este día se cumplen seis meses del asesinato del padre Rutilio Grande y cuatro meses del asesinato del padre Alfonso Navarro. Aunque estos crímenes quedan en el misterio, la realidad es que hay dolor en la Iglesia y hay manos manchadas de sangre. Que no se sabrá ante la justicia de los hombres, no importa. Pero ante el corazón de la Iglesia y, sobre todo, ante el pensamiento de Dios, es un martirio que traerá muchas bendiciones del Señor y es un pecado grave contra el quinto mandamiento, “no matar”, que está reclamando la conversión sincera de los pecadores antes que vaya a cumplirse la terrible sentencia: el que a hierro mata a hierro muere.

Ex 20, 13

Mt 26, 52

También otro dolor, mañana a las 6:30 de la tarde, el movimiento de Cursillos de Cristiandad, en la basílica del Sagrado Corazón, celebrará un funeral por el eterno descanso de nuestro hermano, Felipe de Jesús, gran catequista y cristiano, asesinado también en El Salitre en estos últimos días.

Mañana mismo, a las 11:00, voy a celebrar una misa en la capilla del Hospital Rosales por David Agustín Cristales. La madre, que vino a encargármela, me dice: “Yo no sé si celebrarla de difunto, porque desapareció. Era un estudiante que iba para su estudio y no he sabido más de él, quizá ya esté muerto”. Le digo: “No; tenga confianza en Dios, hagamos una misa de rogativa para que aparezca; y si ya murió, para que descanse eternamente”. Es una nueva clase de muertos que ha aparecido entre nuestra sociedad salvadoreña: los desaparecidos.

En Aguilares, habrá una manifestación hoy, al mismo tiempo que se prepara un operativo militar. Quiera el Señor evitar más sangre, más violencia. Y la Iglesia, ante todas estas cosas, no tiene más que una palabra que la sigue repitiendo, como la dije el lunes allá en la misa campestre de El Salitre, en un acontecimiento de Iglesia verdaderamente bello: el dolor, la angustia de aquella familia se convertía en una alegría pascual, ante un pueblo que sabe que el que muere creyendo en Cristo, no muere, sino que vence. Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe cristiana.

Quiero aludir también, en estos avisos y noticias que forman parte de nuestra vida de Iglesia, de arquidiócesis, la hermosa liturgia del viernes de esta semana por la noche, en la iglesia de

Ilopango. Su párroco, el padre Fabián Amaya, ha sido designado para ir a hacerse cargo de la vicaría episcopal de Chalatenango; o sea, un cargo en el cual el obispo delega en él sus poderes episcopales para que organice y lleve la pastoral de aquel departamento. Digo que destaco este hecho porque, mientras en otras parroquias donde ha habido cambio, la reacción es una repugnancia contra el obispo que cambia y hasta insultos y ofensas, esta comunidad de Ilopango daba gracias a Dios y le prometía a su párroco ir con él espiritualmente, a trabajar también allá en Chalatenango y sentían que era la comunidad misionera, como en aquellos tiempos de San Pablo. Hasta se leyó ese hermoso pasaje, cuando San Pablo, despidiéndose de una comunidad porque tiene que ir a otra comunidad: todos lo aman, sienten el dolor de la separación, pero la solidaridad de la Iglesia que va con él. Aquellas parroquias que reaccionan tristemente ante el cambio de párroco se ve que no han comprendido la Iglesia y están trabajando por un hombre. Si no es el padre tal, ya no quieren trabajar. Esto no es Iglesia. Iglesia es lo que yo vi en Ilopango el viernes por la noche: la adhesión al obispo, la adhesión a su misionero que va, el sentir que va con él toda la comunidad y que la comunidad no se queda sola, porque el párroco ha sabido trabajar un laicado que ha madurado y que siente: “Aunque usted no esté con nosotros, seguiremos trabajando esta Iglesia”. Bendito sea Dios que no todo es desconsuelo en la vida pastoral, sino que hay inmensos consuelos. Y desde ahora invito, pues, para que el sábado 24, a las 10:00 de la mañana, estemos en Chalatenango, dando posesión al señor vicario episcopal de aquella región.

Hch 20, 17-38

Y, hermanos, estamos ya también ante la fiesta de la patria, el 15 de septiembre, y ante la visita del rey de España, que en circunstancias muy difíciles de la colonia española, muy distintas entonces y sin embargo sustancialmente las mismas... En *Orientación*² podrán ver una carta que en misma España le dirigen al rey, para que reflexione sobre su viaje a El Salvador, donde encontrará atropellos a sus mismos españoles —los jesuitas que fueron echados de aquí eran españoles— y el rey viene, pues, a dar la mano al gobierno que les echó a sus jesuitas. Creemos que habrá mucho de positivo en la visita del rey, como también la habrá habido en la visita de nuestro presidente a

² Cfr. *Orientación*, 11 de septiembre de 1977.

Washington, contacto con otros presidentes de Latinoamérica. Pero uno se pregunta ante estas personalidades de altura: ¿se comprenderá de veras que llevan la representación de todo un pueblo, que es dolor, que es angustia? ¿Se dirán claras las cosas, como se viven de veras aquí?

Y ante la fiesta de la patria, yo quiero enfocar precisamente las lecturas de hoy, ante todos estos acontecimientos que les he mencionado. Seis meses de caminar por el calvario la Iglesia de la arquidiócesis, recogiendo muertos, consolando hogares, gritando no a la violencia, y como que voz que se pierde en el desierto. Es que no hemos comprendido, hermanos, que la Iglesia... Podemos titular así esta homilía de hoy: la Iglesia de la verdadera independencia, la Iglesia de la auténtica libertad, es la que nos proclama en sus tres mensajes las bellas lecturas de hoy.

La primera es el hecho de un pueblo con un inmenso pecado social. Existe el pecado social. Cuando los obispos en Latinoamérica denuncian el pecado de la injusticia social, como pecado institucional de América Latina, están haciendo eco esta página del Éxodo. El mismo Dios le dice a Moisés: tu pueblo ha pecado. Hay un pecado en el pueblo. El pueblo se ha desviado del camino que yo le tracé. Voy a destruir este pueblo. Y es la intervención de Moisés, verdadero libertador ante Dios: no, Señor, ten compasión de este pueblo. Tú lo sacaste de Egipto; por tu nombre, perdónalo. Y hermosamente termina el relato: “El Señor se arrepintió de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo”. Es que la Biblia se expresa en esa forma antropomórfica, haciendo a Dios como un hombre que se arrepiente. Dios no se arrepiente, pero, para decir la expresión del perdón divino, se expresa en una forma de alguien que ha amenazado y que retira esa amenaza: Dios ha perdonado.

Y la segunda lectura es el ejemplo de un pecador que confiesa. No se avergüenza de su pecado, que queda como una cicatriz gloriosa cuando se ha convertido. Este ejemplo de Pablo puede ser el ejemplo de todos nosotros, pecadores, hermanos, yo el primero. Podría decir yo —imitando a San Pablo— que les estoy predicando no como un ejemplo de santidad, sino como el modelo de un pecador que Dios ha perdonado y al que se ha confiado este ministerio de decir esta palabra de salvación. Precisamente cuanto más pecador soy, como San Pablo, siento que soy el testimonio más elocuente de un Dios bueno, para el

M 2, 1

Ex 32, 7-8

Ex 32, 11

Ex 32, 14

1 Tm 1, 15-17

cual no cuenta el pasado, únicamente cuenta el amor presente con que se le quiere servir.

Y así quisiera yo invitar a todos los salvadoreños, cualesquiera que sea el pecado, cualesquiera que sea tu situación actual. A esta hora en que celebramos el cumpleaños de la patria, ¡cuántos pobres hijos de esta patria anegados en el vicio, arrastrándose por el suelo, desconociendo su dignidad humana y salvadoreña! ¡Cuántos matrimonios en conflicto! ¡Cuántos esposos adúlteros! ¡Cuántos hijos degenerados! ¡Cuánta juventud perdiéndose en el vicio, en vez de alimentarse para el futuro en grandes ideales! ¡Cuántas familias destrozadas! ¡Cuántas angustias de desaparecidos! ¡Cuánto dolor en aquellos cadáveres ambulantes de las mazmorras de nuestras cárceles, torturados, flagelados horriblemente, injustamente desaparecidos, muertos vivos de nuestra propia patria! Esta es la imagen de un pueblo al cual se podría acercar Dios el 15 de septiembre y decirle a Moisés nuevamente: mi pobre pueblo salvadoreño, el pobre pueblo que se ha apartado de los caminos de la felicidad que yo le tracé. Y un retorno es lo que se impone, hermanos.

Por eso, el tema de mi homilía es ante estos antecedentes de la triste realidad de nuestro pueblo y de las grandes esperanzas de la palabra de Dios a este mismo pueblo, enfoquemos esta bella parábola del hijo pródigo. La han llamado la margarita del Evangelio. Es la joya preciosa de la misericordia de Dios. Más que predicar, yo quisiera ponerme en silencio con todos ustedes e invitarlos a una introspección. Que cada uno encuentre, yo también, la historia del hijo pródigo en mi propia vida, en tu propia vida; porque esta parábola de Cristo ha escrito la historia universal del hombre. Ningún hombre puede sentirse excluido de esta bella parábola. Analicémonos en cuál de las tres fases nos encontramos.

Primera fase de la parábola del hijo pródigo: alejamiento de Dios

Hay tres fases en la parábola. Primero el alejamiento del todo. Dios es todo, Dios es la felicidad. Aquel hijo que le pide al padre: “Dame la herencia porque me voy”, es el hombre, es la mujer, es el joven que les parece pesada la ley de Dios. Y se quiere ir y se retira. Nadie respeta tanto la libertad del hombre como

Lc 15, 12

Dios. Solo Dios me ha hecho libre y respeta mi libertad: “Si te quieres ir, si no te alegra mi ley, si no te sientes feliz en mi casa, si te parece aburrido el consejo que tu mamá te dio en nombre mío, si te parece molestia la honestidad de tu esposa que echa en cara tus adulterios, si te parece vergüenza que tus hermanos denuncien tu vicio de hermano mayor, entonces vete, vete a gozar tu vida”. Y va el pobre hijo pródigo, feliz porque lleva dinero, se aleja de aquel que es todo, de aquel que llena las aspiraciones más profundas del hombre.

El hombre ha sido hecho para Dios —decía San Agustín— y su corazón está inquieto mientras no descansa en Dios³. Cuando descansa en Dios, dichoso el inocente que jamás ha traicionado la ley de Dios. Qué pocos son, pero los hay, gracias a Dios. Dios me ha hecho para Él y toda mi razón de ser, el cultivo de mis cualidades, el desarrollo de mis facultades, toda mi vida será feliz desarrollándose, ampliándose, si tiene como centro la gloria de Dios. San Ignacio de Loyola les dio como lema a los jesuitas: *Ad maiorem Dei gloriam*, —a mayor gloria de Dios—. Y por eso el jesuita trabaja, avanza hasta las fronteras peligrosas de la Iglesia, trabaja aunque lo amenacen de muerte si no se va; y se queda y no se va porque está trabajando por la gloria de Dios; y si allí lo sorprende la muerte, la muerte no le quitará la gloria de Dios, que la seguirá gozando para siempre, en la medida en que la cultivó aquí en la vida. Dichoso el hombre que sabe trabajar para la gloria de Dios, que siente que en ninguna parte del mundo va a ser más feliz que bajo la ley del Señor.

Sal 84, 11

Vale más —decía el salmo— un día en tu casa, Señor, que mil años en las casas de los pecadores. Pero hay muchos que piensan al revés. Y se va la primera fase. Hay muchos que están en esta primera fase: los que ya se están cansando de la fidelidad al Señor, los que están comenzando a tener los primeros conflictos en su hogar, los que están comenzando a sentir nieblas en su fe. ¡Cuidado, hermanos! No se vayan. Si no han roto todavía las relaciones con Dios, con la Iglesia, quédense, estúdiénla, aguanten un poquito. La pasión de ese momento pasa; la eternidad de Dios permanece. La Iglesia, dándose vida, estará siempre hasta la consumación de los siglos. No le haces daño con tus calumnias, con tus persecuciones; tú te haces daño.

³ “Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”. San Agustín, *Confesiones* I, cap. 1, 1.

Como cuando Cristo le decía a Pablo: “Qué duro es dar coces contra el aguijón”. La bestia insensata que patea una roca no le hace daño a la roca, se está haciendo daño a ella misma. Ese es el pecador. Está coceando el perseguidor de la Iglesia, el que mata a sacerdotes, el que expulsa a sacerdotes, el que tortura a catequistas, está dando coces contra el aguijón. La Iglesia no se mueve. La Iglesia permanecerá, aunque no salga en los diarios, aunque se la critique. Será la Iglesia roca, la Iglesia que permanece para siempre. Por eso, mejor ser fiel a esta Iglesia que recibir paga para ser espías de la Iglesia. Mejor ser humilde hijo de la Iglesia que estar bien políticamente, económicamente, pero pisoteando a la pobre Iglesia. A tiempo estamos, hermanos, los que no han partido todavía de la casa paterna. En esta primera parte, hay que reflexionar mucho.

Hch 26, 14

Segunda fase de la parábola del hijo pródigo: idolatría de la riqueza

Pero muchos —la mayoría— se han ido, y comienza la segunda fase del hijo pródigo; una fase que la podemos dividir en dos modos: el primero, mientras tenía dinero; el segundo, cuando tuvo hambre y vino la desgracia. Este es el mundo actual, un mundo de desigualdades sociales, donde las riquezas hacen que muchos sientan la euforia del hijo pródigo. No hacía falta el padre, no hacía falta la casa paterna. Aquí hay amigos, aquí hay banquetes, aquí hay fiestas, todas las puertas se abren al dinero. ¡Qué triste ilusión! Por eso, Cristo decía sus amonestaciones más severas contra las riquezas; no porque las riquezas sean malas, sino porque el hombre, a imitación del hijo pródigo, pone todo su placer, todo su poder, toda su alegría en el dinero; y está como Dios le dijo a Moisés, fíjense qué bien ha definido el Señor en la primera lectura de hoy la posición de una riqueza que se convierte en idolatría: veo este pueblo de dura cerviz. Se han desviado del camino que yo les había señalado. Se han hecho un toro de metal, un becerro de oro.

Ex 32, 8a

¿Qué otra cosa es la riqueza cuando no se piensa en Dios? Un ídolo de oro, un becerro de oro, y lo están adorando, se postran ante él, le ofrecen sacrificios. ¡Qué sacrificios enormes se hacen ante esta idolatría del dinero; no solo sacrificios, sino iniquidades! Se paga para matar, se paga el pecado y se vende,

Ex 32, 8b todo se comercializa, todo es lícito ante el dinero. Y proclaman: este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto. No le debes nada a esa religión falsa. Esa nos turba nuestra tranquilidad. Esa es comunista. Esa se ha desviado de su misión, que debía de predicarnos una espiritualidad que nos tranquilice, que nos adormezca en la felicidad dorada. He aquí la idolatría del dinero denunciada por la misma palabra de Dios, que se irrita porque Dios es celoso: no quiero otros dioses fuera de mí.

Ex 20, 3 Y porque la Iglesia quiere permanecer fiel a su único Dios y habla como Moisés contra los falsos dioses que los hombres están idolatrando, la Iglesia tiene que sufrir. Su misión profética es dolorosa, pero es necesaria. Reza como Moisés a Dios: Señor, compadécete de este pueblo. Hazlo sentir la vanidad de sus cosas. No lo condenes, Señor. Queridos hermanos, jamás hemos predicado con resentimiento ni con odio. Estamos predicando con lástima, con amor, con dolor; porque la idolatría del dinero está haciendo perderse a muchos hermanos nuestros; porque el corazón del hombre se está metalizando. El mismo señor presidente ha dicho: "Es necesario humanizar el capital". Es necesario humanizar, porque un capital tenido con este sentido del Éxodo que se ha leído hoy, convertido en un becerro de oro, esclaviza al hombre.

Ex 32, 11 El hijo pródigo, cuando tenía dinero, era engañosa su felicidad. Lo demostró la segunda manera de vivir lejos del padre. Cuando se acabó todo su dinero, comenzó a sentir hambre, tanta hambre que tuvo que buscar trabajo y no lo encontró más que como guardián de cerdos, y tanta era su hambre que envidiaba la comida de los cerdos, y quería llenar su estómago con las bellotas que le daban a los cerdos, y hasta esas se las quitaba el patrón. No se podría describir con pinceladas más amargas la situación del pecador, cuidandero de cerdos, alimentándose con alimento de cerdos.

Lc 15, 15-16 Hermanos, el Evangelio es duro. Y ojalá no hubiéramos tenido la triste, amarga, agria experiencia de haber saboreado que las bellotas de los cerdos no llenan la felicidad del hombre. Jóvenes que me escuchan, no está allí la felicidad: en la droga, en el aguardiente, en la prostitución, en el robo, en el crimen, en la violencia. No, son bellotas de cerdos. Jamás te vas a sentir satisfecho. Fíjense cómo hay una pobreza pecadora. La pobreza del hijo pródigo era fruto de su propia mala cabeza. Y cuando la

Iglesia se llama la Iglesia de los pobres, no es porque esté consintiendo en esa pobreza pecadora. La Iglesia se acerca al pecador pobre para decirle: conviértete, promuévete, no te adormezcas. Tienes que comprender tu propia dignidad. Y esta misión de promoción que la Iglesia está llevando a cabo también estorba; porque a muchos les conviene tener masas adormecidas, hombres que no despierten, gente conformista, satisfecha con las bellotas de los cerdos.

La Iglesia no está de acuerdo con esa pobreza pecadora. Sí, quiere la pobreza, pero la pobreza digna, la pobreza que es fruto de una injusticia y que lucha por superarse, la pobreza digna del hogar de Nazareth. José y María eran pobres, pero qué pobreza más santa, qué pobreza más digna. Gracias a Dios tenemos pobres también de esta categoría entre nosotros, y desde esa categoría de pobres dignos, pobres santos, proclama Cristo: bienaventurados los que tienen hambre, bienaventurados los que lloran, bienaventurados los que tienen sed de justicia. Desde allí clama la Iglesia también, siguiendo el ejemplo de Cristo, que es esa pobreza la que va a salvar al mundo; porque ricos y pobres tienen que hacerse pobres desde la pobreza evangélica, no desde la pobreza que es fruto del desorden y del vicio, sino desde la pobreza que es desprendimiento, que es esperarlo todo de Dios, que es voltearle la espalda al becerro de oro para adorar al único Dios, que es compartir la felicidad de tener con todos los que no tienen, que es la alegría de amar. Aquel pobre pecador, en la profundidad de su miseria, siente el reclamo del amor.

Mt 5, 1-12

Tercera fase de la parábola del hijo pródigo: la conversión y el retorno

Hermanos, hemos dicho muchas veces que la Iglesia grita la conversión; que cuando proclama contra el pecado, contra el atropello, contra tantas formas de pecado en nuestro ambiente, no lo hace con triunfalismo, como sintiéndose ella superior, sino que lo hace, ella también pecadora, pero sintiendo el llamamiento del amor, la conversión, la casa del padre que me espera.

Oyeron el grito de angustia del hijo, pero al mismo tiempo lleno de confianza: “Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muerdo de hambre. Me pondré en camino a donde está mi padre y le diré:

Lc 15, 17-19

padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. Esta es la hora de la conversión. Cómo quisiera yo, hermanos, que en vez de mis palabras fuera la voz de tu propia conciencia, que allá en el antro de tu pecado, sea como adorador del becerro de oro o sea como pobre víctima de tu propia mala cabeza, lamentando tu situación de pecador, sientas que Dios te llama, te espera el amor, el amor que triunfe. Porque allá, en el otro extremo, en la casita solariega, todos los días el pobre anciano salía a otear los caminos a ver si volvía el hijo desgraciado. Y un día ve moverse por los caminos lejanos una figura escuálida, harapienta, macilenta y su corazón le golpea: ¡es mi hijo! y corre al encuentro.

Lc 15, 20

Lc 15, 21

Dichoso aquel momento. Nos lo describe el Evangelio con palabras inigualables: “Cuándo todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo”. Esta es la venganza de Dios. Y cuando el hijo quiso excusarse: “Padre, he pecado”, no lo dejó hablar. Llama a sus sirvientes que lo vengán a vestir de nuevo. Es su hijo que había muerto y ha resucitado. Y hay alegría, porque dice Cristo en las parábolas de este capítulo: “Hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia”. Y la Iglesia está para los pecadores. Cristo ha venido por los pecadores, por mí el primero, decía San Pablo.

Lc 15, 7

1 Tm 1, 15

Y ahora tenemos al hijo pródigo en la tercera fase, en la que yo quisiera para todos ustedes y para mí, queridos hermanos: el retorno, donde el amor espera con los brazos abiertos. No me rechazará, por más grandes que sean mis pecados. Y lo repito, hermanos, porque yo he recibido en estos días confidencias muy profundas de pecadores que me dicen: “¿Y a mí me perdonará el Señor, si son tan grandes mis pecados?”. Y yo les he dicho, hermanos, lo que aquí les digo en público: “Claro que te perdona. Si grandes son tus culpas, mayor es su bondad”, como cantan los misioneros. Ningún pecado puede anegar el incendio del amor de Dios. Al contrario, ese amor de Dios, como un incendio, apagará toda la maleza de los pecados que existen en el mundo.

Yo quisiera, queridos hermanos, como fruto de esta reflexión en vísperas del día de la patria, recordarles lo que la Iglesia enseña: que las estructuras sociales, el pecado institucional en que vivimos, hay que cambiarlo. Todo esto tiene que cambiar.

Esto no puede seguir así: todos los atropellos que mencioné al principio. Cambian de nombre las víctimas, pero la causa es la misma. Vivimos una situación de desigualdad, de injusticia, de pecado; y no es el remedio reprimir con la fuerza de las armas, pagar para matar la voz que habla. Eso no remedia nada; empeora, hace florecer más el grito profético de la Iglesia. Lo que funciona es ponerse a cambiar desde la posición de cada uno, del gobierno, del capital, del obrero, del mozo de trabajo, del propietario de finca: más justicia, más amor.

Pero como no bastará el cambio de estructuras, dice Medellín: mientras no tengamos hombres nuevos, no tendremos un continente nuevo. Mientras no tengamos salvadoreños nuevos, no tendremos una patria mejor, libre, verdaderamente independiente, porque la verdadera esclavitud está allí, en el corazón del salvadoreño. Atado al pecado, no puede ser un agente de liberación. Tiene que romper la cadena del pecado. Tiene que imitar al hijo pródigo, sentir que no se puede llenar con bellotas de cerdo la situación injusta del país. No es poniendo parches, remendando, fustigando, torturando, reprimiendo; allí son bellotas de cerdo. Es necesario volver sinceramente a Dios, en pueblo —como Moisés conduce a Israel— arrepentido, a pedirle perdón a Dios; y en individuo, cada hombre, responsable de su propio destino; y todos juntos somos responsables de la realidad de la patria. Que cada salvadoreño entre en la intimidad de su corazón y diga de verdad: “¿Soy yo un agente de liberación para mi patria? ¿Me he liberado de mis propios pecados en primer lugar? Mientras yo sea un esclavo de Satanás en el pecado, es demás que me agrupe, que me asocie, que grite liberación; no soy un agente de liberación”.

Por eso la Iglesia aporta, a esta hora de necesaria liberación del pueblo, la mística de su liberación del pecado desde la profundidad del corazón del hijo pródigo —¡y cuántos hijos pródigos habemos en El Salvador!—, volver sinceramente. Y no importa que hayamos sido lo que hayamos sido. El hijo pródigo, en el abrazo del padre, desaparece el pecador y comienza a ser el hijo bueno otra vez. Y Pablo, perseguidor, violento y blasfemo como él mismo ha recordado, ya no es más que el apóstol, porque ha amado a Cristo, se ha dejado inundar por el amor. Creamos en el amor, hermanos, en el amor que me espera, en el amor que quiere esta patria más feliz, en el amor que quiere a

M 1, 3

1 Tm 1, 13

cada salvadoreño más digno, en el amor que espera al hijo pródigo que todavía se está alimentando de bellotas y que le quiere dar el verdadero pan de su dignidad humana, el verdadero despertar de una conciencia digna. Auguro para todos, pues, que el próximo 15 de septiembre sea verdaderamente un día del encuentro del hijo pródigo y de la patria pecadora con Dios, que es amor y que perdona y que nos quiere felices.

La palabra de Dios en el mundo

Vigésimoquinto domingo del Tiempo Ordinario
18 de septiembre de 1977

Amós 8, 4-7
1 Timoteo 2, 1-8
Lucas 16, 1-13

El objeto de predicar la homilía no es otra cosa que decirles a todos los que estamos en la reflexión de la palabra de Dios que esa palabra se cumple hoy. Es una actualización de la eterna palabra del Señor. Se predica, pues, en la misa no por demagogia, como algunos me han acusado, ni porque tengamos manía persecutoria, sino porque queremos iluminar con la palabra eterna del Señor la realidad en que la Iglesia de nuestra arquidiócesis se mueve y para que todos los que la componemos, esta Iglesia, sepamos juzgar las cosas de la historia, no con nuestros criterios personales, sino con la luz de la palabra eterna del Señor, que es la que prevalece para siempre.

Nuestras opiniones, nuestros juicios humanos, son falibles, son de hombre, pero la palabra del Señor no puede fallar. De ahí que un cristiano tiene que aprender a lo largo de toda su vida a iluminar el paso de la historia, los acontecimientos de su vida, con la palabra eterna del Señor. ¡Cuántos acontecimientos en esta historia vertiginosa de nuestra patria en nuestros días hay que iluminar con esta palabra de sabiduría eterna!

Hechos de la semana

¡Cuántos comentarios, por ejemplo, se han oído acerca del asesinato del rector de la universidad y sus dos acompañan-

tes!¹. No son los juicios humanos, sino el juicio de Dios el que un cristiano tiene que buscar. Cuántos comentarios también humanos en la fundación de una nueva universidad² en nuestra patria. ¿Cuáles son los criterios, las motivaciones? No son los juicios humanos los que hacen la rectitud de una obra, sino a la luz del pensamiento de Dios.

Seguimos lamentando, por ejemplo, a trece días del secuestro de la señora de Chiurato, no saber nada, su familia angustiada, como tantas familias de desaparecidos. No puede ser insensible el corazón de un cristiano ante el sufrimiento de otro cristiano, de otra familia. Si esta voz estuviera llegando a través de la radio a los responsables de esta angustia, yo les suplico, en nombre de la caridad de Cristo, que negocien la libertad de esa pobre señora. Mientras por una parte nosotros rezamos, los enfermitos del Hospital de la Providencia, por ejemplo, hacen oraciones especiales en estos casos de angustias. Es el corazón de la Iglesia que desde la enfermedad y del sufrimiento cumple lo que nos ha dicho San Pablo: rezad por las necesidades de los hombres.

1Tm 2, 1

Así quisimos rezar también el lunes en la capilla del hospital, celebrando una misa por aquel joven desaparecido³, cuya madre llora, no sabe si muerto o vivo, sufriendo cómo; y por cierto, una misa que se nos quiso prohibir, como si fuera prohibido rezar por la angustias de la humanidad. Si alguna responsabilidad se quiere hacer caer sobre los participantes de esa misa, yo suplico que toda la responsabilidad me la echen a mí, porque con toda conciencia he celebrado el sacrificio del Señor, pidiendo misericordia para la desolación de una familia y para el apareamiento de una persona injustamente desaparecida.

Y así podríamos analizar muchos otros acontecimientos, hermanos. No estamos ajenos a las preocupaciones de cada uno de ustedes, de sus familias. Sus tribulaciones, sus esperanzas, sus

¹ Se refiere al Dr. Carlos Alfaro Castillo, rector de la Universidad Nacional de El Salvador, asesinado el 16 de septiembre de 1977, junto a Jorge López Argueta y Francisco Humberto Ramírez Benítez, empleados de dicha institución. Cfr. *El Diario de Hoy*, 17 de septiembre de 1977.

² Se trata de la Universidad "Dr. José Matías Delgado", fundada el 15 de septiembre de 1977. Cfr. *La Prensa Gráfica*, 16 de septiembre de 1977.

³ Se trata de David Agustín Cristales.

alegrías y tristezas no son ajenas al corazón de la Iglesia. Pero en la imposibilidad de iluminar una a una las circunstancias de una vida tan exuberante como es la de los salvadoreños, solo les invito a que analicen, no a la luz de sentimientos de venganza, ni de odio, ni de violencia, sino a la luz del amor cristiano, de la palabra de Dios. Sepan interpretar los acontecimientos de su propia vida. Para el cristiano no hay otro criterio más que su fe, su amor, que ilumina la palabra del Señor. Para eso venimos a misa los domingos, para aprender, no lo que dice el obispo, lo que dice el sacerdote, sino que, a través de esa humilde palabra del hombre que habla, el mensaje eterno de Dios es el que tenemos que descubrir; y no tomar la actitud de un desprecio para el hombre que habla, porque no termina en mí el desprecio que puedan hacer a mis actuaciones o mis palabras, sino que llevo la garantía de un Cristo que dijo a sus predicadores: “El que a vosotros desprecia, a mí me desprecia, y el que a vosotros oye a mí me oye”.

Lc 10, 16

La fe de ustedes, hermanos, sabrá hasta discernir alguna interferencia humana en la que ustedes no estén de acuerdo. Los he invitado mil veces a que en ese caso se dialogue, se corrija, como manda el Evangelio; y así tendremos, pues, que a la luz de un diálogo, de una reflexión sincera, descubrimos qué es lo que Dios piensa.

Mt 18, 15-18

Vida de la Iglesia

Por eso, la Iglesia trata de construirse cada vez más auténtica. Los pasos que vamos dando en esta construcción de nuestra arquidiócesis, en colaboración con los queridos sacerdotes, religiosos y seglares cada vez más comprometidos, cada vez más conscientes de que son Iglesia, podemos destacarlos en estos puntos. El próximo 26 de septiembre es el cumpleaños octogésimo del Santo Padre. Pablo VI cumple ochenta años con plena lucidez de su mente, con una asistencia especial del Espíritu Santo. Todas las cavilaciones de los periódicos de si va a renunciar, si ya está demasiado viejo, no le toca al hombre discernir. Como San Pablo, el Papa puede decir: apóstol de Jesucristo, no por voluntad de hombre, sino por voluntad de aquel que me eligió. Y él sabrá a su tiempo depositar —con esa claridad de conciencia que siempre ha tenido— su autoridad cuando lo crea

Ga 1, 1

necesario o cargar con la cruz pesada del pontificado hasta el final de su vida. El próximo domingo, aquí a esta misma hora, a las 8:00, vamos a ofrecer nuestra misa por el cumpleaños del Papa, para que el Señor lo conserve sobre todo en la lucidez y responsabilidad de ese difícil cargo. Toda esta semana les invito que ofrezcan oraciones especiales por él.

El próximo sábado 24, será la inauguración de la vicaría episcopal de Chalatenango. Desde esta mañana a las 9:00, nueve religiosas van a llevar una motivación evangélica espiritual a toda la ciudad. En tres iglesias serán los centros de evangelización: El Calvario, San Antonio y la iglesia parroquial; y culminará el viernes con una celebración penitencial. Hacemos un llamamiento, pues, a todos los católicos de la ciudad y del departamento de Chalatenango a participar en esta purificación de conciencia, el próximo viernes por la noche en la iglesia parroquial de Chalatenango, y a las 10:00 de la mañana el sábado, invitamos a todos a ir a inaugurar esta novedad en la pastoral que es una vicaría pastoral; como ya les he explicado, en que el obispo —descentralizando su autoridad— delega gran parte de su episcopado en este sacerdote, que en el caso será el padre Fabián Amaya, para que, en comunión siempre con el obispo y en colaboración con los sacerdotes, organice y lleve a cabo una pastoral más eficiente en ese fervoroso departamento que nos ha dado tantas vocaciones.

También la vicaría de la Resurrección, que abarca gran parte de las parroquias de la ciudad de San Salvador, está sumamente viva y activa. En la iglesia de San Francisco, ha tenido lugar un curso de comunidades de base, donde se han promovido muchos seglares para ir a crear eso que hoy constituye la unidad básica de la Iglesia: pequeñas comunidades donde la reflexión del Evangelio, la vida del amor, del cristianismo, la vida comunitaria, se hace más humana, más cercana. Todos los católicos ahora son llamados a colaborar en esta forma: crear comunidades, vivir el sacerdocio de su bautismo en comunión con otros cristianos con quienes compartir la responsabilidad de ser comprometidos con el Evangelio de Cristo.

Hay muchas otras actividades, pero baste lo dicho para darnos una idea de cómo la Iglesia en nuestra arquidiócesis, a pesar de las dificultades, quiere ser una Iglesia que responde a su vocación, al llamamiento que el Señor le hace precisamente en

estas circunstancias para ser, cada día más, la auténtica Iglesia de Jesucristo, que no se apoya en fuerzas humanas, sino que eleva lo humano hacia las fuerzas del Evangelio, que se expresan en esa libertad, en ese espíritu de pobreza, en ese sentido de confianza y de amor en Dios, que es precisamente su valor, su fuerza.

Y aquí quiero enfocar ya las lecturas de hoy. Como ven, todas estas realidades, y las que cada uno de ustedes podría enumerar, no pueden quedar fuera de la luz del Evangelio. Todo el quehacer de la historia tiene un vértice hacia el cual se dirige, al Señor de la historia, Cristo, nuestro Señor. Por Él y para Él fueron creadas todas las cosas, y San Pablo les dice a sus cristianos: “Todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios”. Esta es la jerarquía que nos quiere enseñar la lectura de la palabra divina esta mañana.

1 Cor 3, 22-23

Un trasfondo de injusticia

En primer lugar, un trasfondo de injusticia. No es invento de los obispos de Medellín. La voz de la primera lectura de hoy es más vigorosa, más fuerte. Se trata de un profeta extraído de la soledad del desierto de Judea, campesino y sin embargo, a pesar de no querer ser profeta de Dios —¡es tan difícil el oficio del profeta!—, obedece, porque el Señor le insiste. Y así va al reino del norte de Israel donde florece, quizá en la cúspide de su gloria, ese reino bajo el reinado del rey Jeroboam II. Se han acallado las voces temibles de la Asiria del norte y de Egipto en el sur y hay florecimiento, hay paz, hay tranquilidad. Pero los hombres no sabemos utilizar la paz que Dios nos da, sino únicamente para el desorden. Los tiempos tranquilos se prestan al abuso del negocio. Y ahí llega el profeta, en un ambiente tremendo de extorsión, en que el rico quiere acaparar todo, y el pobre es cada vez más pobre y el rico cada vez más rico. A este ambiente de injustas negociaciones, donde hasta la religión se ha comercializado, se aprovechan los novilunios y los sábados —que la ley de Moisés mandaba a descansar y no negociar— precisamente para estar tramando mejores negocios, cómo explotar mejor. A esta gente injusta, que hasta de la religión hace un trampolín para su dinero, se presenta Amós para decirles: “Escuchad esto, los que exprimís al pobre, despojáis a los misera-

Am 8, 4-5a bles, diciendo: ¿cuándo pasará la luna nueva para vender el trigo, y el sábado para ofrecer granos?”. No pensaban en Dios. Pensaban en lo que les produciría el trigo, el grano. Pensaban en cómo explotar. Como sigue diciendo el profeta: “Disminuís, la bebida, aumentáis el precio, usáis balanzas con trampa, compráis por dinero al pobre, al mísero por un par de sandalias, vendiendo hasta el salvado del trigo”, hasta la broza del arroz y del trigo; hasta a las tusas —diríamos— se les saca negocio. A esta actitud, el profeta recuerda una cosa: “Jura el Señor por su gloria que no olvidará jamás vuestras acciones”.

Am 8, 5b-6

Am 8, 7

Este es el respaldo del profeta, que detrás de él, es Dios que manda a denunciar las injusticias. Por eso, hermanos, ante la dificultad de denunciar las injusticias, los profetas tenían miedo porque la venganza es terrible; pero, al mismo tiempo, sentían la confianza de un Dios que los respaldaba. Yo iré contigo —les decía Dios a los profetas— porque es a mí a quien ofenden cuando ofenden y extorsionan al pobre, al necesitado, cuando lo explotan. Es Dios el que sufre, porque su amor está también ofendido.

Jr 1, 8

También Jesucristo toma la palabra en el Evangelio de hoy para denunciar la injusticia de un administrador infiel. Muchas veces los administradores son más crueles que los mismos dueños. Quien ha compartido la vida de los pobres en haciendas, en dificultades, se da cuenta qué fanáticos son ciertos administradores para quedar bien con sus patronos y estropean, atropellan al pobre necesitado, a quien le quitan el trabajo, como lo están diciendo ahora allá por Aguilares: “Que te dé trabajo el obispo, que te den trabajo los curas”. La burla, además de la ofensa de la propia dignidad del hombre.

Queridos hermanos, como los obispos en Medellín, en el documento de “Justicia”, dicen: ya mucho se ha estudiado la situación de América Latina. No es necesario decir más, únicamente concluir que se ha creado una miseria de masas que es una injusticia que clama al cielo. Son palabras del magisterio de la Iglesia en América Latina. Una situación de injusticia que clama al cielo. Y esto no puede seguir. Es la necesidad de la transformación, de los cambios necesarios en la cual, labor, todos tenemos que aportar. No todos con la misma eficiencia, porque no todos tenemos las riendas de las situaciones, pero sí cada uno —por lo menos las lecturas de hoy nos señalan medios muy eficaces—

M 1, 1

ante todo, las ideas. Un cristiano tiene que ser un hombre que combate con ideas, no con la violencia. Jamás me cansaré de repetir: si hay una violencia, la única es la de Cristo en la cruz, que ya dejó matarse para que fuera más justo el mundo, y esa es la que tenemos que transportar a nosotros mismos, haciéndonos violencia a nuestros egoísmos, a nuestras avaricias, a nuestras envidias, tener que vencer esta lacra de nuestro corazón con estas ideas salvadoras que nos ofrecen las palabras divinas de hoy.

El valor relativo de los bienes temporales

En primer lugar, el valor relativo de los bienes —de los bienes temporales— y el juicio de Dios sobre ellos. Fíjense, la parábola de hoy cómo comienza: “Un rico tenía un administrador y le llegó la denuncia de que derrochaba sus bienes. Entonces lo llamó y le dijo: ¿qué es eso que me cuentan de ti? Entrégame el balance de tu gestión, porque quedas despedido”. Es la alusión que Cristo hace: los bienes de la tierra son de Dios. El hombre los posee como un administrador y el dueño pedirá cuenta a cada administrador, a cada copropietario, a cada terrateniente de mucho o poco, cómo ha administrado los bienes que Dios creó para el bienestar de toda la humanidad. Hay un juicio de Dios por delante. Y cuando Cristo saca la moraleja de su parábola, dice que el amo felicitó al administrador injusto por la astucia con que había procedido, porque “los hijos de este mundo son más astutos que los hijos de la luz”; y nos invita: “Ganaos amigos con el dinero injusto, para que cuando os falte, os reciban en las moradas eternas”. Los bienes temporales tienen un valor, no lo vamos a negar. El Concilio Vaticano II ha afirmado que todo cuanto el Creador ha hecho tiene una autonomía, tiene un valor, pero autonomía en el sentido de que cada cosa vale por sí, pero no en el sentido en que hay que prescindir de Dios. Frente a Dios, todos los valores de la historia y del mundo son valores relativos. Tanto valen en cuanto cumplen el designio de Dios. ¿Y cuál es el designio de Dios?

Lc 16, 1-2

Lc 16, 8

Lc 16, 9

GS 36

Cristo es la riqueza absoluta del hombre

La segunda lectura de hoy es riquísima, hermanos —yo les invito a que la reflexionen mucho en sus hogares—, donde Dios

1Tm 2, 5 nos describe su designio: “Dios es uno y uno solo es el mediador de Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos”. Esta es la verdadera cosa absoluta del cristiano: Dios y su Cristo. Cristo es la riqueza absoluta del hombre. Por ganar a Cristo, hay que perderlo todo. Él mismo nos decía uno de estos domingos: el que no renuncia hasta a su misma familia, a sí mismo, por seguirme, no es digno de mí. Lc 14, 26 Todo aquel que le da un sentido de idolatría al dinero ya lo está absolutizando. Está haciendo un dios, un becerro de oro, y ante él se postra y hace sacrificios. No le importa mandar a matar gente por conservar esa situación. El único valor para el cristiano es Dios, es Cristo. La única riqueza por la cual vale la pena perderlo todo es aquel que pagó con su vida el precio de mi redención. ¿Porque de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde al final de su vida? ¿De qué le sirve al que gozó todos los bienes de la tierra extorsionando en la forma que ha dicho hoy el profeta Amós, si ahora se lamenta, como el rico epulón hundido en las llamas del infierno, sus riquezas mal administradas?

1Tm 2, 4 Y por eso, hermanos, porque la Iglesia está puesta para la salvación de todos —como nos ha dicho San Pablo: esta es la voluntad de Dios, la salvación de todos los hombres; esto es lo que Dios quiere, salvación de todos—, a la Iglesia, al Evangelio, le duele que haya gente idolatrando al dinero y de espaldas a Dios, porque están en camino de perdición, se van a condenar. Y porque quiere que se conviertan al único Dios verdadero, les predica la falacia de las cosas de la tierra, lo que todo se queda. Lc 16, 9 Como dice la parábola de hoy: cuando todo se quede aquí, encontrar amigos allá donde te pueden recibir en las moradas eternas. Dirán: “Eso está muy lejos, es aquí donde se goza la vida”. Se parecen a los niños cuando se les pregunta: ¿qué es más grande, la luna o el volcán de San Salvador? y al mirarlo tan cerca, al volcán, lo ven más grande y dicen: “Más grande es el volcán”; y la luna, como está tan lejos, no derivan de la distancia que es inmensamente más grande.

Lc 15, 13 Así sucede también con esta miopía de los bienes temporales: como los tenemos presentes, como ante el dinero se abren todas las puertas, como el hijo pródigo en los días de bonanza: mientras hay, todos son amigos; pero cuando se pierde todo, se comprende que era más grande la luna, que en el corazón del

hombre hay un valor muy infinito, superior a todos los bienes creados y temporales, y que por estos es que hay que luchar, por este corazón que ha ganado a Cristo precisamente en la medida en que se ha desprendido de las cosas de la tierra, usándolas conforme a Dios las quiere.

Aquí quiero hacer un llamamiento a los laicos, ustedes, hermanos, la mayoría que me escucha, los que no son sacerdotes —que por vocación tenemos que servir el ministerio de Dios— y los que no son religiosos ni religiosas —que por vocación renuncian con sus tres votos para buscar bienes superiores—, ustedes se quedan en el mundo. El Concilio dice que su vida está como entretrejida con los bienes temporales. De ahí la necesidad de tener criterios muy finos para darle a las cosas su verdadero sentido y el peligro tan grande de que, viviendo entre las cosas de la tierra, vayan a acabar también haciéndose tierra. La necesidad entonces de que el bautizado, el seglar que tiene que manejar las cosas temporales, tenga criterios bien sanos y colabore a que este mundo sea conforme al designio de Dios, y los bienes estén mejor distribuidos y todos los hombres nos sintamos hijos de Dios.

LG 31

Porque esto deriva también de esa alianza que Dios ha hecho con su Iglesia. Como Amós, el profeta de hoy —que se le llama precisamente en el Antiguo Testamento el profeta de la justicia social— dice que lo que más le duele es porque este pueblo, con esas diferencias sociales, está siendo un antitestimonio de la alianza que ha firmado con su Dios. Y esto podemos decir del pueblo cristiano. Estas desigualdades injustas, estas masas de miseria que claman al cielo, son un antisigno de nuestro cristianismo. Están diciendo ante Dios que creemos más en las cosas de la tierra que en la alianza de amor que hemos firmado con Él y que por alianza con Dios todos los hombres debemos de sentirnos hermanos.

Si hemos hecho una alianza de pueblo con Dios, este pueblo tiene una ética que Dios la está midiendo en la relación que tenemos con Él; y el hombre es tanto más hijo de Dios cuanto más hermano se hace de los hombres, y es menos hijo de Dios cuanto menos hermano se siente del prójimo, porque lo extorsiona, porque no lo considera como imagen de Dios y como hermano suyo. He aquí, pues, una lógica de verdadera teología que desde Dios deriva a los hombres y la Iglesia se titula así: el

SC 26 “sacramento de unidad”, de la unión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí.

La fuerza de la oración

Finalmente, queridos hermanos, hay otro mensaje grandioso en la lectura de hoy y que es otra fuerza con la cual el cristiano, la Iglesia, tiene que trabajar también por hacer un mundo mejor, y sin esta fuerza de nada sirven todos los esfuerzos de los hombres. Es la que San Pablo nos ha recordado hoy con palabras muy graves: “Te ruego, lo primero, que hagáis oraciones, plegarias, súplicas, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en el mando, para que podamos llevar una vida tranquila y apacible con toda piedad y decoro”. Y al final, volviendo sobre la misma invitación a orar, dice: “Encargo a los hombres que recen en cualquier lugar alzando las manos limpias de ira y divisiones”. Esta es la colaboración del cristiano ante todo. El cristiano colabora poniendo su fuerza en Dios, sin el cual no es nada el hombre.

1Tm 2, 1-2

1Tm 2, 8

1Tm 2, 2

Orar “por los reyes y por los que están en el mando”. Hermanos, la posición de la Iglesia frente al gobierno no quiere decir que lo ha excomulgado y no reza por él. Yo pido oraciones ahora por los gobernantes y precisamente cuanto más necesita el país la tranquilidad para vivir en honor, para no vivir estas angustias, que no hay semana en que no anunciemos hechos de sangre, de violencia, de crimen. Es necesario, pues, una autoridad que cuente con la ayuda de Dios, como dice el salmo: “Si el Señor no cuida la ciudad, en vano vigilan todos los que la cuidan”. Si el Señor no construye nuestra civilización, en vano se hacen proyectos a espaldas de Dios. Que tengamos en cuenta a nuestro Señor, ustedes también los gobernantes y nosotros, el pueblo. Todos, queridos hermanos, tenemos que orar mucho al Señor cuanto más difíciles se tornan las situaciones. Es como que Dios nos está probando para ver si tenemos todavía confianza en Él o ya hemos cortado las relaciones con el Señor.

Sal 127, 1

1Tm 2, 8

Pero una oración —dice San Pablo— que levanta las manos limpias, una oración de manos limpias. También Dios oye al pecador que levanta sus manos manchadas de sangre. Y ojalá que tantas manos manchadas de sangre en nuestra patria se levantaran al Señor horrorizadas de su mancha para pedir que las

limpie Él. Pero los que, gracias a Dios, tienen sus manos limpias: los niños, los enfermos, los que sufren... Los que sufren, levanten sus manos inocentes y sufridas al Señor, como el pueblo de Israel en Egipto, y el Señor se apiadará y dirá como en Egipto a Moisés: “He oído el clamor de mi pueblo que gime”. Es la oración que Dios no puede dejar de escuchar.

Ex 3, 7

Esta es, hermanos, la palabra que nosotros hemos reflexionado hoy y como ven, de perfecta actualidad. Aunque sea de un profeta siete siglos antes de Cristo, se torna actualidad ante las injusticias de nuestra gente de hoy. Aunque sea la parábola en un sistema de los tiempos de Cristo, se torna actualidad hoy, como un aviso de que hay un juicio de Dios que espera la vida de cada hombre para pedirle cuenta de su administración, y que el hombre debe de imitar en algo la sagacidad de aquel administrador que se ganó amigos aun haciendo fraudes. No es que el Evangelio alabe aquí el fraude. Hay muchas interpretaciones a este pasaje. Por ejemplo, de que los administradores en tiempo de Cristo eran esclavos y la ganancia de ellos eran los altos intereses que les ponían a las cosas que administraban y entonces un esclavo podía renunciar a sus intereses: “Te perdono los intereses, devuelve solo lo que le debes a mi Señor”, y así no ha habido ningún fraude. Pero aunque hubiera un fraude, aquí no se justifica eso. Lo que se justifica aquí, lo que se elogia, es la sagacidad, la astucia de tener previsión en las horas de crisis para cuando me falten estos bienes temporales que no serán eternos, sino que los he de usar ahora para hacer caridad, para hacer el bien, para administrarlo según Dios, y entonces encontraré el juicio de Dios benigno y haya quienes intercedan por mí.

Queridos hermanos, no podía ser más práctica, pues, la palabra de Dios en nuestra vida. Estamos preocupados de las cosas temporales, sin las cuales no podemos vivir, y por eso es necesario que se organicen mejor según el pensamiento de Dios. Pero la Iglesia no es sociología. Es luz del Evangelio, es luz de fe; pero desde la fe ilumina la sociología, la política, la economía, para que los hombres que manejan esas cosas se inspiren no en sus intereses egoístas, sino en el juicio de Dios, en los designios de Dios al crear un mundo para todos nosotros que somos sus hijos.

Ahora, como hijos de Dios, vamos a acercarnos al altar del Señor y unidos Cristo, nuestro hermano, que por amor a no-

sotros se hizo hombre y se hizo víctima, levantemos nuestras manos, limpias o manchadas, pero con una súplica de humildad: “Señor, ten piedad de nosotros”.

La Iglesia, continuación de la encarnación de Cristo

Nuestra Señora de la Merced
Chalatenango
24 de septiembre de 1977

Queridos hermanos sacerdotes, religiosas y fieles:

¿Quién nos iba a decir que la Virgen de Mercedes iba a patrocinar en su día, 24 de septiembre, este hecho histórico de Chalatenango? Y es que María, la Virgen madre de Cristo, es también madre de esta Iglesia, que en forma tan emocionante está llenando el templo parroquial, hoy convertido en una vicaría episcopal. Es esta muchedumbre que proclama que María siempre va como madre cariñosa, como reina poderosa con esta Iglesia a través de la historia. Y si hace varios siglos, allá en la edad media, ella inspiró —según las necesidades de la hora— aquella orden de padres mercedarios, ahora también inspira en esta hora de Chalatenango, la creación de esta vicaría. Entonces la Virgen, que siempre sufre con el que sufre, consuela las lágrimas, enjuga los dolores de la humanidad, despertó la vocación de unos hombres para que fueran a liberar a aquellos cautivos cristianos en las mazmorras de los mahometanos, de los sarracenos. Y la historia cuenta, como una página gloriosa de la Iglesia, siempre su preocupación por el que sufre ya sea en la cárcel, ya sea en el pueblo. Siempre ha sido la Iglesia la defensora de la libertad, de la dignidad, de los derechos del hombre creado a imagen y semejanza de Dios.

La Iglesia, continuación de la encarnación de Cristo

Hoy, como acabamos de escuchar en el Evangelio, la Iglesia mira con preocupación este maravilloso departamento de Chalatenango que ha sido mina de vocaciones fervorosas, sacerdotales y religiosas tanto de varones como de mujeres, consagradas a Dios. Y aquí está la respuesta de Dios por medio de su Iglesia. Dice el Concilio Vaticano II: Dios hecho hombre quiere transmitir su verdad y su vida a todos los hombres; y explica: esta Iglesia es, al mismo tiempo que una sociedad visible, es también conductora de bienes invisibles. Si es una sociedad jerárquica compuesta de hombres concretos que la gobiernan, que la rigen, que la enseñan, que la sirven, es nada más que el envoltorio humano para transmitir a través de ese canal que es la jerarquía, el sacerdocio, la organización de la Iglesia, para transmitir, la verdad y la vida eterna que Cristo trajo al mundo. Y valiéndose de una comparación que es toda una teología, dice que la Iglesia es la continuación de la encarnación de Cristo. ¿Qué cosa es la encarnación de Cristo? Es el misterio por el cual un Dios con su vida infinita vino a hacerse hombre, para manifestar a través de sus gestos de hombre la transmisión de esa vida, de esa verdad, de ese poder, de ese consuelo; de tal manera que cuando la mano de Cristo tocaba los ojos de un ciego era la virtud de Dios que devolvía la vista a los ciegos, y cuando la voz humana de Cristo grita frente a la tumba de Lázaro: “¡Lázaro, ven afuera!”, es la virtud de Dios que, a través de esa voz humana, llama a la vida a un muerto.

LG 8

Jn 11, 43

Así la Iglesia, un elemento humano que la encarna, somos nosotros, tanto la jerarquía puesta para el servicio de ese pueblo de Dios, como ustedes, pueblo de Dios, pueblo de bautizados, que por su bautismo, por su confirmación, llevan la participación del sacerdocio eterno de Cristo. Y así, el pueblo y la jerarquía, el pueblo y los sacerdotes, formamos esa asamblea visible de hombres y mujeres. Pero no es eso visible lo que interesa tanto, sino el que a través de esta organización visible —Papa, obispo, sacerdotes, religiosas, fieles, laicos comprometidos en la misión de la Iglesia— no estamos haciendo otra cosa que prestándole nuestra mano, nuestra boca, nuestros pies, al Cristo eterno, que es Dios, para llevar por los caminos la verdad y la vida eterna.

Organización jerárquica de la Iglesia

Cuando la jerarquía piensa en delegar su potestad al padre Fabián Amaya como vicario episcopal de todo el departamento de Chalatenango, se está realizando una acción jerárquica. Es el gobierno visible de la Iglesia que quiere valerse de este instrumento nuevo que se llama la vicaría episcopal. Ella es necesaria, porque sin la jerarquía humana no viéramos en una forma sensible la mano de Cristo que sigue perdonando, la voz de Cristo que sigue hablando, pero es este mensaje eterno, lo divino, lo que interesa a todo el pueblo.

Y yo advierto en la intuición de ustedes, queridos católicos, al aceptar con tanto entusiasmo esta disposición jerárquica de la creación de una vicaría, que podríamos decir es un episcopado nuevo en la arquidiócesis, que unido con el obispo, otro sacerdote con poderes episcopales se va a dedicar a la organización, a la vida, a un mejor caminar de esta Iglesia de Chalatenango y todo su departamento. Es Cristo el que, como en el Evangelio de hoy dice, se siente —ante la muchedumbre hambrienta de Dios, ante los pueblos sin sacerdotes, sin religiosas—, a pesar de haber hecho surgir aquí tantas vocaciones sacerdotales y religiosas, la necesidad de que sean recompensados esos pueblos, esos hogares, que han sabido cristalizar vocaciones tan bellas como las que están considerando ahora en este presbiterio o las que allá en sus lugares de trabajo, en sus comunidades están dando honor a esta tierra tan fértil de Chalatenango.

Llegue hasta aquí en una forma más vigorosa el cuidado de esa Iglesia. Eso significa que esta mañana histórica de Chalatenango es el momento en que la Iglesia extiende su organización jerárquica y la hace más presente en medio del pueblo de Chalatenango, para que sienta más viva esa acción de Cristo que da la verdad en su revelación, que da la vida eterna en sus sacramentos, en su ministerio sacerdotal, y que suscita la santidad de las familias cristianas que abundan por estos horizontes, para que en vez de apagarse esa llama de fervor cristiano, sea más encendida y haya más santidad en los hogares, y haya más fervor en nuestros pueblos, y haya muchas vocaciones sacerdotales para el servicio de toda la arquidiócesis y de toda la Iglesia universal —porque el sacerdote se ordena para toda la Iglesia del mundo—, y surjan también, de la juventud de este Chala-

tenango y de sus pueblos filiales, las vocaciones de los varones y de las mujeres que quieran consagrarse a Dios y darle, así, un sentido tan bello, tan divino, a su vida en servicio de la humanidad, pero consagradas a Dios.

Esta es la motivación que tuvimos, queridos hermanos, al ver que un departamento que es capaz de producir tantas vocaciones, no es justo que esté como hasta ahora. Tal vez lo hemos tenido un poco descuidado. Perdónennos, porque en lo humano de la Iglesia siempre hay deficiencias. Perdonen lo humano de la Iglesia. Pero sepan también mirar, en lo humano de la Iglesia, el instrumento que Dios ha querido, de tal manera que si no hay esos hombres concretos —que se llamen obispos, Papa, sacerdotes, vicarios—, no circula la vida de Dios que la ha querido confiar a esos canales humanos, porque Él sigue viviendo su encarnación, quiere seguir transmitiendo su voz, sus milagros, su perdón, su gracia a través del gesto humano del sacerdote, que por eso tiene que ser tan santo, porque es la figura de Cristo en medio de la humanidad.

Yo les felicito, queridos hermanos de Chalatenango, de todo el departamento convertido en una vicaría episcopal, les felicito y les agradezco la acogida tan cariñosa, tan fervorosa que ustedes han tributado a esta disposición. Y sepan, que a cambio de este servicio que este humilde servidor de la Iglesia ha prestado al departamento, les agradece el estímulo poderoso que la presencia abigarrada de ustedes, la oración de tantas familias, el fervor de tanta gente está dándole al obispo de la diócesis. Porque una respuesta como esta, hermanos, uno no sabe qué es más, si el favor que por medio de uno nos hace Dios o la respuesta del pueblo hacia Dios, pasando también por el corazón humano del obispo. Sepan que dejan en mi corazón de pastor esta mañana, una huella imborrable. Y si he sentido siempre una gran admiración, un gran cariño, una gratitud inmensa para las familias, para los pueblos de Chalatenango por ese fervor de respuesta a Dios, de ahora en adelante bajo el cuidado directo del padre Fabián, del padre Efraín y de todos los sacerdotes que sirven en las parroquias del departamento, que mi presencia episcopal se sentirá más viva, ya que cuento con esa cordialidad y esa lealtad de tantos sacerdotes buenos, que en comunión con el obispo, estamos construyendo esta Iglesia de Chalatenango.

Una mención muy especial quiero tributar a las religiosas, que han sabido encontrar una nueva dimensión a su vocación consagrada. Y ya tenemos en el departamento algunas congregaciones y ya tenemos ofrecidas, desde luego, dos que próximamente vendrán y esperamos que también vayan llegando otras para cubrir así la necesidad espiritual de los pueblos, junto con los sacerdotes.

Llamamiento pastoral a los laicos

Y no solo sacerdotes y religiosas, queridos hermanos, mi llamamiento pastoral se dirige ahora a todos ustedes los laicos. Laicos son todos los cristianos bautizados, marcados con la señal de Cristo, pertenecientes al pueblo de Dios, responsables de la historia de la Iglesia porque sobre sus hombros también descansa la responsabilidad pastoral. A ustedes, que en sus hogares como padres de familia, como madres de familia, como jóvenes en el mundo, están viviendo la belleza de esta hora cargada de esperanzas, sean protagonistas de la historia de la Iglesia. Présténle todos sus brazos, toda su fuerza, todo su corazón. Que al ejemplo de esos católicos que van comprendiendo su compromiso —dando catecismo, celebrando la palabra, atrayendo la gente al servicio de la Iglesia, al servicio de Dios— no se quede un solo bautizado sin responder a esta hora en que la Iglesia viene a ponerles un reto para decirles de parte de la jerarquía: hacemos todo lo que está de nuestra parte, ahora toca al pueblo responder generosamente a esta Iglesia que es instrumento de Dios, para traer santidad, vida, gracia y todo eso que deriva de esos grandes valores eternos, también para los grandes compromisos temporales.

La Iglesia de hoy está empeñada también en que los católicos sepan derivar de su espiritualidad cristiana también las grandes derivaciones sociales, económicas, políticas, no porque la Iglesia se meta a hacer política, sino porque ella tiene la responsabilidad de señalar a los pueblos y a los hombres los caminos rectos de Dios y denunciar también los caminos torcidos, los atropellos a la dignidad humana, los atropellos a la libertad y a todo eso que es sagrado en el hombre. No se considere a la Iglesia que se ha apartado de su misión, porque ahora predica también estos otros aspectos sociales. Trátese de comprender la

mentalidad nueva de la Iglesia y desde su puesto de laicos, sin temor, sino con un gran amor a la verdad, a Cristo, a la Iglesia que los ama entrañablemente, sepan dar su cara por Cristo. No sean miedosos y mucho menos traidores de esta Iglesia, porque lamentablemente en el departamento tenemos que luchar por implantar un reino de Dios auténtico y, en esta lucha, tenemos que encontrarnos, con lástima, con aquellos que decía San Pablo, que antes fueron cristianos, pero ahora, por una ventaja política, por una ventaja social o económica, por una paga tal vez miserable, traicionan su bautismo y se convierten en espías y en perseguidores de sus propios hermanos.

Que a nuestra Iglesia se le deje caminar, que no se desconfie de ella. Es una Iglesia que predica el amor y que si predica contra el pecado del mundo, siente que va a lastimar a los pecadores, pero no por ofenderlos sino para convertirlos y que también se salven con los que buscan la verdad del reino de Dios. Ojalá, hermanos, todos comprendamos este mensaje limpio de amor y que no se le tergiverse con esas calumnias tan viles que en estos días andan circulando por el pueblo. Que nadie se deje engañar. Que la Iglesia tiene sus intenciones muy limpias para implantar el reino de Dios en los corazones, en las familias, en los pueblos y esto es lo que busca. A esto llama a sacerdotes, a religiosas, a laicos, a jóvenes. Todos los sectores humanos, por el bautismo, tienen este compromiso de trabajar por la implantación del reino de Dios.

En este contexto, hermanos, de grandes riesgos, de muchos peligros, pero de grandes esperanzas y de grandes consuelos espirituales y pastorales, el padre Fabián trae todo su entusiasmo de apóstol a este ambiente. Yo quiero reconocer en él al varón trabajador del reino de Dios, al incansable enamorado seguidor de una Iglesia que la quiere cada vez más auténtica, según el espíritu del Evangelio. Cuenta plenamente el padre Fabián con el respaldo pleno del arzobispado, como cuentan todos los párrocos, el padre Efraín que es el párroco de Chaltenango y todos los otros párrocos del departamento que están aquí, como todos los párrocos de la arquidiócesis que están ahí en el puesto parroquial precisamente porque el obispo cuenta con ellos, les tiene confianza, y pide al pueblo también que les tengan confianza, que son una sola cosa con la jerarquía.

El sacerdote es el obispo de su pueblo y el vicario episcopal es como el obispo del departamento. Allá en el periódico *Orien-*

*tación*¹ podrán ver las atribuciones, la autoridad, del vicario episcopal. Es una autoridad equiparada al obispo, de tal manera que si el vicario episcopal niega un permiso y esa persona, queriendo burlarlo, se va a pedir ese permiso al arzobispado y no menciona al padre Fabián, ese permiso es inválido. Así como también, si el obispo negara algo y vinieran, burlando al obispo, a pedirle al vicario episcopal, tiene que mencionar que el obispo ha negado ese permiso; si no, es inválido también el permiso. Lo cual indica la comunión íntima entre el vicario episcopal y el obispo. Viven en comunión perpetua y en comunión perenne, junto con sus sacerdotes, son la jerarquía, son los pastores que —como el Evangelio de hoy— llaman a religiosas y fieles pidiéndole al Señor de la mies que envíe colaboradores porque la mies es mucha.

Lc 10, 2

Verdaderamente la mies de Chalatenango es inmensa, es mucha y se necesitan muchos brazos para recoger esta cosecha que nos han dejado los pastores que han trabajado por aquí. Símbolo de ellos, está entre nosotros monseñor Araujo que trabajó aquí durante veinte años; como ha habido también otros párrocos, a los cuales les rendimos nuestra admiración y nuestra gratitud. Como Cristo decía, ustedes recogen lo que otros sembraron; otros recogerán lo que ustedes siembren. Tenemos que trabajar con esa perspectiva de eternidad. Jamás, queridos hermanos, trabajemos por el padre tal y si no es el padre tal ya no queremos trabajar. Que jamás exista ese personalismo que quita todo el mérito a la obra de la Iglesia. Cuando trabajamos por un hombre, ya no trabajamos por Cristo; y si trabajamos por Cristo, miraremos al hombre como instrumento, como encarnación del Cristo que es el único que interesa.

Jn 4, 37-38

Hermanos, esta es la palabra, el mensaje que nos está diciendo esta circunstancia hoy, y para darle todo el respaldo oficial, vamos a darle ahora lectura a los nombramientos del padre Fabián como vicario episcopal del departamento de Chalatenango y del padre Efraín como párroco de esta ciudad.

¹ Cfr. “La palabra del arzobispo. Chalatenango estrena su vicario episcopal”, *Orientación*, 25 de septiembre de 1977.

El recto uso de los bienes que Dios ha creado

Vigésimosexto domingo del Tiempo Ordinario
25 de septiembre de 1977

Amós 6, 1a.4-7
1 Timoteo 6, 11-16
Lucas 16, 19-31

Queridos hermanos:

Como lo anunciamos, les invito a que toda la intención de esta misa y de todas las oraciones que se están haciendo en pequeñas o grandes comunidades unidas con esta reflexión a través de la radio la orientemos a pedir por el Santo Padre. El papa Pablo VI cumple mañana ochenta años. El Señor nos lo ha conservado en plena lucidez, con los naturales achaques de los ochenta años, pero con una lucidez de quien es verdadero instrumento del Espíritu Santo para guiar la Iglesia en estos tiempos tan difíciles. Por eso, como una demostración de comunión con el Papa, de adhesión filial —que nuestros pueblos se caracterizan por ese amor al Papa—, orientemos nuestra plegaria de hoy, nuestra misa, nuestra comunión, para pedir al Señor como le sabe pedir la Iglesia esta hermosa jaculatoria que ojalá todos la aprendieran: “Hagamos oración por nuestro Santo Padre, el papa Pablo VI”; y el pueblo contesta: “Que el Señor le conserve la vida, le haga feliz en la tierra y no lo deje caer en manos de sus enemigos”. Una plegaria litúrgica muy hermosa que, a través de los siglos, expresa la comunión del pueblo de Dios con aquel que ha sido puesto como cabeza visible de este mismo pueblo. Yo creo que le hacemos un homenaje al Santo

Padre y estamos en plena sintonía con su corazón de pastor, cuando nosotros nos referimos a las realidades de nuestro pueblo.

Hechos de la semana

Han pasado en esta semana cosas muy desagradables, por ejemplo, la toma de emisoras, la balacera en que aparecen heridos unos policías, manifestaciones universitarias de crítica contra el rector asesinado¹, y, sobre todo, nos duele: no aparecen los desaparecidos.

La señora de Chiurato, secuestrada, aún en el misterio. De nuevo, en nombre de la caridad, pedimos a los responsables que negocien y que no abusen de la libertad de una persona. Así, también, pedimos en nombre de la angustia de tantas madres reclamando hijos desaparecidos. Yo he recibido, con la angustia hasta las lágrimas, la visita de unas madres que van como mendigas de puerta en puerta en los centros de seguridad, preguntando por sus hijos. Y casi es una burla contra su dolor: “No está aquí, búsquelo en otra parte”. Se trata de Amadeo Recinos Quintanilla, de Salomé Rodríguez Carrero, de Antonio Álvarez Menéndez Rodríguez, jóvenes todos, catequistas nuestros. Se nos critica de que los llamamos humildes catequistas, y los llaman, ellos, criminales. Yo no estoy defendiendo la inocencia; lo que pido es que se dé cuenta de ellos. O están muertos o están vivos. Y si están vivos, que los sometan a los tribunales. Y si son criminales, que los castiguen como la ley manda; pero que no se cometa ese crimen más horrendo de angustiar el corazón de tantas madres. Están llegando también muchas notas de Amnistía Internacional en reclamo de la profesora Emma Rosales de Alegría, que fue capturada el 17 de julio cuando iba de su escuela de Soyapango con su hijita, a la que golpearon por no quererse separar de ella.

Y finalmente tengo que lamentar, hermanos, la publicación y difusión abundante de la hoja —que muchos de ustedes han visto— en que me colocan a la cabeza de la subversión. El pueblo sospecha de dónde proceden estas cosas. Y hay indicios —iqué

¹ Se refiere al doctor Carlos Alfaro Castillo, asesinado el 16 de septiembre de 1977.

poco inteligentes!— quiénes son los que informan de mis correrías por los cantones. Una verdad a medias es peor que una calumnia. Es cierto que he andado yo por El Jicarón, por El Salitre y muchos otros cantones. Y me glorío de estar en medio de mi pueblo y sentir el cariño de toda esa gente que mira en la Iglesia, a través de su obispo, la esperanza. Pero jamás he hecho lo que en esa hoja se dice, de llamar a la subversión, de repartir hojas subversivas. Esa es la calumnia. Yo mismo les he dicho en esos lugares: “Ya sé que aquí hay observación, hay vigilancia. Sean siquiera leales en informar lo que está sucediendo”. Y ahí hay miles de personas que pueden dar testimonio de que todo lo que esa hoja dice es pura calumnia. Lo que más nos angustia a los sacerdotes que aparecemos en esa lista es si esto sea ya el indicio de ir preparando nuevos crímenes. Pero el pueblo sabe a quién le echará la culpa, pues al pueblo ya no se le engaña.

Vida de la Iglesia

Por otra parte, queridos hermanos, sentimos la alegría inmensa de la Iglesia que se va organizando cada vez más como pueblo de Dios. Yo quiero felicitar a Chalatenango y a su departamento porque ayer dio una demostración preciosísima de la comunión con la Iglesia, cuando fui a darles posesión al padre Fabián Amaya y al padre Efraín López como vicario episcopal; es decir, que la autoridad del obispo se delega para que pueda ese departamento, tan fecundo en cristianismo, ser organizado con más cariño y más cuidado pastoral, y el padre López como párroco de la ciudad. Hay un entusiasmo de religiosas, de seglares, por hacer de Chalatenango lo que decimos en el acuerdo en que se nombra al vicario episcopal: “Una reserva moral de la Iglesia, una mina preciosa de vocaciones, un recodo de fe cristiana en tantos hogares que por allá abundan bien organizados”. Desde aquí, queridos hijos de Chalatenango y de todo el departamento, mi felicitación más cordial y mi súplica de que colaboren con los nuevos pastores, que en comunión conmigo vamos a tratar de darles la mejor vida de Iglesia que ustedes se merecen.

Hubo en Santa Tecla, también, el domingo pasado, una reunión muy consoladora, en que sacerdotes, religiosas y fieles quieren coordinar las admirables fuerzas que Santa Tecla tiene no solo para la ciudad, sino para toda la diócesis. También un

saludo y un agradecimiento a los católicos de Comasagua, que celebrando el 21 a su patrón, San Mateo, me dieron también una demostración de cariñosa comunión con todos sus sacerdotes. Son cosas que llenan el corazón.

También tuve un gran consuelo el martes, cuando un grupo de jóvenes, estudiantes ya de bachillerato, preparados debidamente en el Externado San José, recibieron la confirmación. Yo aprovecho esta circunstancia para decir a los padres de familia que la edad de la confirmación tenía que ser esa, la de la juventud. Es un sacramento de juventud. ¡Qué hermoso es oír después de la confirmación a unos jóvenes que me entregaron esta carta! Jóvenes del Externado San José, para que miren, pues, que el verdadero espíritu de la Iglesia es de todos los corazones nobles de cualquier categoría social, con tal que sean sinceros en escuchar el mensaje salvador de Cristo. Dicen los jóvenes: “Nosotros hemos estado muy contentos de haberle tenido entre nosotros este día, que es cuando realmente conscientes aceptamos nuestro compromiso con el Señor y con su pueblo”. También me dio mucho gusto recibir de la colonia San Benito una carta. Al lado de cada firma dice: “Yo humilde cocinera, yo niñera, yo de adentro, yo lavandera”. Todas estas expresando una comunión fervorosa, pues, con la Iglesia y agradeciendo la misión salvadora que la Iglesia desarrolla.

Quiero felicitar también a la comunidad de Zacamil y a la colonia del Porvenir, donde tuve también la alegría de celebrar con ellos una reunión y una eucaristía, que nos da a conocer cómo va madurando de veras, en varias comunidades donde los sacerdotes trabajan con sentido de Iglesia, esta fe que nosotros profesamos.

Habría muchas otras cosas, queridos hermanos, pero siempre me gusta ilustrar con estos hechos de la vida cívica y de la vida eclesial, la palabra de Dios; entonces encuentra, como el sol, unos objetivos concretos. Como el sol que se traduce en color de flores, en energía de vida y en todo lo que el sol significa para la naturaleza, eso significa la palabra de Dios para mi vida, para tu vida, para tu sociedad. Procuremos que esta luz que nos ilumina todos los domingos desde la sagrada Biblia, no la oigamos como libros que pasaron hace tiempos. Un profeta, Amós, que vivió siete siglos antes de Cristo, pero que se encuentra con una situación social muy parecida a la nuestra, su voz no perte-

nece a los siglos perdidos, su voz se hace actualidad para San Salvador de 1977. Un Cristo que nos cuenta una parábola tan terrible —de la suerte, que se transforma, del rico y el pobre en esta vida y en la otra—, no es un cuentecito que Cristo contaba para endulzar los oídos de hace veinte siglos, es la amonestación seria de un Dios que nos dice para qué nos ha creado y cuál es el uso que hay que hacer de las cosas.

Y este es precisamente el tema de esta homilía de hoy: el recto uso de los bienes que Dios ha creado. Hay un mal uso, nos vamos a referir primero a este aspecto negativo, no porque sea lo principal. En el mensaje de Dios procuremos, hermanos, siempre buscar lo positivo. Pero al lado de lo positivo, que es la ley de Dios, el designio amoroso del Señor para con nosotros, los hombres entronizamos siempre un aspecto negativo, el pecado, la lucha contra el reino de Dios. Y esto durará a lo largo de los siglos. Y nadie se extrañe de que la Iglesia se llame perseguida. Sí, tiene que ser perseguida por el reino de las tinieblas. Si mientras la Iglesia proclame esta voluntad de Dios, siempre encontrará la voluntad del antidios, del anticristo, de las sombras del pecado, del misterio de la iniquidad que trata también de entronizarse.

El abuso de la propiedad privada

Aquí el profeta Amós describe ese imperio de las tinieblas bajo el aspecto del lujo. Esa vida muelle, qué bien la describe el profeta, a pesar de ser un pastor del desierto de Judea enviado contra su voluntad por el mismo Dios al reino del norte de Israel, donde bajo el imperio de Jeroboam II, una sociedad en bonanza, en paz, no sabe aprovechar este signo de la paz para adorar a Dios y agradecerse, sino para hacer una vida muy lujosa. “Os acostáis en lechos de marfil, tumbados sobre las camas, coméis los carneros del rebaño y las terneras del establo”. Son esas terneras que se alimentan solo de leche y naturalmente su carne es muy blandita y esto gusta a los sibaritas del norte. “Canturreáis al son del arpa, bebéis vinos generosos, os unguís con los mejores perfumes y no os doléis de los desastres de José”. Y Cristo nuestro Señor en su parábola, como haciendo un eco a esa vida muelle: “Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banquetecía espléndidamente cada día”.

Am 6, 4

Am 6, 5-6

Lc 16, 19a

Hermanos, ¿no les parece que no son rasgos escritos en 1977, pero son realidades de los siglos que también existen hoy en 1977, aquí entre nosotros? Podrá preguntar el rico epulón y los ricos del norte de Galilea, y todos aquellos que se dan a la vida muelle, comodona: “¿Qué pecado hay en eso?”. Parece que no hay pecado. Y el primero de los pecados es el haber subvertido el sentido de la propiedad. Como decían los paganos, definiendo la propiedad privada: *Ius utendi et abutendi*. Derecho de usar y de abusar. “Si es mío, ¿por qué no voy hacer lo que me da la gana?”. No, el derecho de propiedad tiene unos límites; los que señala aquí la lectura sagrada en San Pablo a Timoteo: Dios le da la vida a las cosas del mundo y tienes que ver para qué las ha creado Dios.

1 Tm 6, 13

Y si es cierto que la propiedad privada es un derecho, sin embargo tiene —como dice nuestra Constitución muy bien— una función social. Una función social que no es precisamente —como se dijo cuando se defendían los intereses ante los peligros de la ley del ISTA²— solo para producir más. No es eso la función social: producir más. Producir más sí, pero para el bien común. Los bienes que Dios ha creado para todos tienen que canalizarse por estructuras hacia al bien, hacia la felicidad de todos, y que no se dé este terrible contraste señalado por las lecturas de hoy: mientras él se banquetaba, un pobre ni siquiera comía las migajas que caían de su mesa.

La insensibilidad ante los pobres y ante Dios

Y aquí tenemos ya, hermanos, las consecuencias de esta vida muelle, los errores tremendos. Además de ese falso concepto de propiedad, lo más terrible es esto: metaliza, hace insensibles a los hombres. ¿Qué es lo que aquí denuncia Jesucristo cuando dice que mientras el rico se banquetaba, Lázaro “estaba echado en su portal cubierto de llagas y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico, pero nadie se lo daba”? Hasta los perros se acercaban a lamerle las llagas. Tenían más dicha los perros, los cuales podían comer los mendrugos con que el rico se limpiaba sus manos o los platos y se los tira al perro, y el pobre siquiera eso quería y ni eso se le daba. O como dice la primera

Lc 16, 20-21

² Instituto Salvadoreño de Transformación Agraria.

lectura, también, después de describir esas orgías: “Y no os doléis de los desastres de José”. José era la tribu que se consideraba como más pobre, más necesitada; y los necesitados de José, pues, eran como la expresión de la pobreza suma, de la miseria; mientras unos, pues, tienen abundancia, son insensibles.

Am 6, 6

Este es el pecado grave, la insensibilidad. Y aquí, hermanos, no lo estoy diciendo solo de los grandes ricos, lo digo también de todos nosotros, que cuando tenemos algo que comer, un sorbete siquiera, una migaja, una tortilla, tal vez comiendo nosotros nos hacemos insensibles al pobre que no tiene ni eso. ¿Por qué no compartir, como dicen los profetas, hasta nuestras pobreza? Es una traición, según el profeta Amós, contra la alianza con Yahvé. Si Dios había hecho una alianza con este pueblo —“seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios”—, pero con la condición de que se sintieran todos pueblo de Dios, hermanos unos de otros. Tanto era así que leemos una ley en el Levítico, capítulo 16, versículo 14; no, capítulo 25 dice: “La tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía, ya que vosotros sois para mí como forasteros y huéspedes”.

Jr 31, 33

Lv 25, 23

Era el concepto de los ricos de Israel de que ellos eran como renteros de Dios, como que Dios les había rentado unas tierras. La propiedad privada la consideraban a la luz de Dios y el pobre era el representante de Dios al que había que pagarle esa renta de la tierra. De allí que el rico y el pobre debían de sentarse a compartir juntos como dos limosneros. Dios le da limosna al rico y Dios, por el rico, le quiere dar limosna también al pobre.

¡Qué hermoso sería este concepto bíblico de pobreza y riqueza! No es malo tener. Ojalá todos fuéramos ricos. Lo malo es la insensibilidad. Lo bello es que el que tiene dé, comparta. Que comparta como hermano, como compañero de mendicidad con el pobre. Tú eres un mendigo. Yo también soy un mendigo, porque lo que tengo Dios me lo ha prestado, ¡prestado! A la hora de la muerte, tengo que devolvérselo todo. Compartamos, pues, esto que es de mutuo regalo de Dios. Alabemos los dos al Señor. ¡Cómo desaparecerían la violencia, los odios, las luchas de clase! Jamás, hermanos, desde mi posición de pastor —iluminado por una teología que, gracias a Dios, sigo estudiando—, jamás predicaré la lucha de clases. Esas calumnias son para mí tanto más ofensivas, cuanto quieren criticarme de ignorante en mi misión sublime de predicar el amor y nunca la subversión.

Esto es lo que predica la Iglesia: que Dios ha dado a todos para que todos hagamos del mundo, creado por Dios para felicidad de todos, una antesala de ese reino de los cielos. Yo digo en mi pastoral³: la Iglesia está consciente de que en este mundo no tendremos un paraíso perfecto, pero sí tenemos la obligación de reflejar en este mundo imperfecto algo del reflejo amoroso de la eternidad. Y los cristianos que de veras vivimos la esperanza de ese cielo, vivamos esperando ese más allá, tratando de ganárnoslo precisamente haciendo la justicia y el amor en esta tierra. Porque dice el Concilio —y lo he repetido ya muchas veces— contra la calumnia del marxismo que quiere decir que la Iglesia es el opio del pueblo, porque predicando la eternidad se olvida de la tierra: ¡mentira! La Iglesia predicando la eternidad dice, con el Concilio, que el hombre que no trabaja los bienes temporales ni los administra según el corazón de Dios no colabora con Dios ni hace el bien a sus hermanos y pone en peligro su propia salvación. De modo que hay una relación bien directa entre la salvación de esperanza, del más allá de mi muerte y el trabajo presente, temporal. Y que nadie que sea injusto en esta tierra tendrá parte en el reino de los cielos, donde reina la justicia y el amor.

GS 43

Y estos dos episodios de Amós y de Jesucristo nos están diciendo cómo los profetas, cómo la voz de Dios llegaba para anunciarles, precisamente, esa esperanza y para hacer a los hombres más justos, más humanos, más comprensivos. Porque, además, queridos hermanos, —y esto es más grave todavía— otra gran derivación del lujo, de ese abuso de propiedad privada, de ese afán de tener y de vivir cómodamente y no importarle nada el prójimo, esta otra insensibilidad mucho más horrorosa y trágica: la insensibilidad frente a Dios.

Oyeron el final de la parábola, cuando el rico desde el infierno le pide al padre Abraham que mande un profeta, un mensajero a sus cinco hermanos que todavía están en la tierra abusando de sus propiedades, para que se conviertan y no vayan a caer en ese lugar donde él ha tenido la desgracia de caer. Y la respuesta de Abraham es terrible: “Allá tienen a Moisés y a los profetas”. Allá tienen la Iglesia católica que predica, allá tienen sus predicadores de la justicia social y del reino de Dios, que los

Lc 16, 29

³ Cfr. *La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia*. Segunda carta pastoral de Oscar A. Romero, arzobispo de San Salvador (6 de agosto de 1977).

oigan. “No, padre Abraham —dice aquel desde el infierno—, si va un muerto, le atenderán mejor”. Y la respuesta es tremenda cuando dice, al terminar la parábola: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto”. ¡Qué terrible sentencia!

Lc 16, 30

Lc 16, 31

No sé si ustedes han meditado alguna vez, hermanos, cuando Cristo maniatado frente a Herodes, el lujoso, el sensual, el lujurioso, el adúltero, que quiere oír una palabra de Cristo para reírse de Él, aunque sea. ¿Cuál es la actitud de Cristo? El silencio. Ni una palabra. ¡Ay de aquellos corazones donde ya Cristo es mudo! ¡Ay de aquellos hogares donde ya Cristo no se siente! ¡Ay de los pecadores o criminales que ya no sienten el remordimiento de la conciencia! Aunque resucite un muerto, no le atenderán. Ya están petrificados. Qué tremenda sentencia, hermanos. Yo quisiera que grabáramos esto en nuestro corazón para no ser nunca insensibles a la caridad y al amor, y así, poco a poco, haciéndonos insensibles hasta el mismo remordimiento de Dios que nos llama en la conciencia.

Lc 23, 8-11

Cómo quisiera yo que mi humilde palabra, en vez de ser tan tergiversada por los intereses egoístas, por los que adulan para quedar bien, tomaran en serio que es palabra de Dios y que el desprecio de esas hojas volantes no es a mí ni a mis queridos sacerdotes: “El que a vosotros desprecia —me dice Cristo a mí y a mis sacerdotes— a mí me desprecia y el que me desprecia a mí, desprecia al Padre que me envió”. Es que yo, que estoy hablando en este momento, soy la voz de Dios. Y si en vez de mi figura, estuviera aquí la figura de uno de estos muertos recientes, uno de estos asesinados, por ejemplo, uno de esos que ha muerto en las torturas y no se sabe de ellos, que se parara aquí en esta cátedra y hablara, creo que la situación no cambiará porque los corazones no quieren oír ni aunque sea un muerto el que les venga a decir: estamos muy mal en El Salvador.

Lc 10, 16

Que esta figura tan fea de nuestra patria no es necesario pintarla bonita allá afuera. Hay que hacerla bonita aquí dentro, para que resulte bonita allá afuera también. Pero mientras haya madres que lloran la desaparición de sus hijos, mientras haya torturas en nuestros centros de seguridad, mientras haya abuso de sibaritas en la propiedad privada, mientras haya este desorden espantoso, hermanos, no puede haber paz y se seguirán sucediendo los hechos de violencia y de sangre. Con represión no se

acaba nada. Es necesario hacerse racional y atender la voz de Dios y organizar una sociedad más justa, más según el corazón de Dios. Todo lo demás son parches. Todo lo demás son represiones de momento. Los nombres de los asesinados irán cambiando, pero siempre habrá asesinados. Las violencias seguirán cambiando de nombre, pero habrá siempre violencia mientras no se cambie la raíz de donde están brotando como de una fuente fecunda todas estas cosas tan horrosas de nuestro ambiente.

El buen uso de las riquezas

¿Cuál es el buen uso, pues entonces, de las riquezas, de los bienes? ¡Ah, si se tuviera en cuenta la palabra de Dios, que ilumina las sociedades, los pueblos, los hombres, las familias, cómo haríamos de la tierra un paraíso! En la segunda lectura de hoy, tenemos unas normas preciosísimas que si fueran la inspiración de un cambio de estructuras en El Salvador, veríamos cómo desaparecen todas esas cosas que no quisiéramos que existieran. Le dice Pablo a Timoteo, su discípulo, en primer lugar: “Siervo de Dios”. Tenemos que considerarnos así. Dios es el Señor y todas las cosas —dice San Pablo— han sido hechas por ese Dios que da la vida al mundo por medio de Jesucristo, que ha de volver a tomar cuenta a los hombres de cómo han manejado ese mundo creado por Dios. Él es “el único poseedor de la inmortalidad, habita en una luz inaccesible y ningún hombre ha visto ni puede ver. A Él honor e imperio eterno”.

1 Tm 6, 11

1 Tm 6, 16

Cuando nuestra vida sea así, teocéntrica, Dios en el centro de mi vida y desde Dios derivar mis relaciones con los prójimos, desde Dios derivar el uso de las cosas que Dios ha creado, desde Dios, centro que ilumina mi ética, sería moral, honrado, honesto, no diría la verdad⁴, no distorsionaría las noticias, no calumniaría porque sé que Dios me va a pedir cuentas. Desde Dios y, luego, desde allí San Pablo deriva: “Practica la justicia, la religión, la fe, el amor, la paciencia, la delicadeza. Combate el buen combate de la fe”. Hermanos, es un combate en el cual estamos empeñados, combate de la fe; no de armas ni de violencias sino de ideas, de convicciones. La violencia en primer lugar a nosotros mismos, bajo la inspiración de la fe, bajo las exigencias de

1 Tm 6, 11-12

⁴ Debe leerse “la mentira”.

esto que San Pablo dice tan hermosamente: “Te insisto en que guardes el mandamiento sin mancha ni reproche”. El mandamiento es el conjunto de las cosas que Dios ha revelado y ha mandado, y el hombre como siervo de Dios tiene obligación de obedecer. Pero cuando se ha sacudido el yugo de Dios y Dios ya no se oye en la conciencia, entonces tenemos nada más que cada uno quiere ser un dios. Y sucede el cataclismo, como si el sol perdiera su centro de gravedad y los planetas que giran alrededor de él, como locos, se fuera cada uno a chocar contra el otro. Así está. El sol es Dios y mientras en torno de ese sol giren los hombres con una ética viendo a Dios, los hombres viviremos como hermanos.

1 Tm 6, 14

Por eso decimos que la religión, predicando la paternidad divina, cumpliendo su misión estrictamente religiosa, es decir, orientando los hombres a Dios, desde allí está haciendo también un gran bien a la sociedad; porque no hay hombre más honesto, más honrado, más digno de fe, que aquel que teme a Dios y pone como práctica central de su vida una ética de respeto al mandamiento, sin mancha ni reproche. Gracias a Dios tenemos gente de esta entre nosotros y no quisiéramos que se volvieran pesimistas. Oí muy triste la palabra de un sacerdote, en una de estas reuniones a que me he referido antes, y me decía: “Lástima que no creen en el amor”. Le digo: “Pero no nos cansemos de predicar el amor. Si esta es la fuerza que vencerá al mundo, no nos cansemos de predicar el amor. Aunque veamos que las olas de violencias vienen a inundar el fuego del amor cristiano, tiene que vencer el amor. Es lo único que puede vencer”.

Queridos hermanos, tomemos como dirigida a cada uno de nosotros la amonestación de San Pablo a su discípulo Timoteo. Hagamos de nuestra vida un sistema solar cuyo sol sea Dios, hagamos de nuestra vida una vida teocéntrica, y finalmente, una vida con un profundo sentido escatológico. ¿Qué quiere decir? Ya lo he enseñado aquí: la escatología es lo final, la esperanza que nosotros esperamos, el más allá que en las lecturas de hoy queda bellamente iluminado. ¿Cómo terminó la primera lectura de Amós? Anunciando no un infierno del más allá, sino un infierno de esta tierra. Pocos años después de estas denuncias de Amós, vino el imperio de Asiria y se cumplió esto que dice Amós en el último versículo de hoy: “Por eso irán al destierro a la cabeza de los cautivos. Se acabó la orgía de los disolutos”. Si

Am 6, 7

no ponemos paro con nuestra voluntad humana a este abuso, será Dios el que pone paro, valiéndose muchas veces de imperios de esta tierra. El anticomunismo con que muchos quieren defender su propiedad privada no es un anticomunismo de amor a Dios, es un anticomunismo de amor a sus riquezas. Pero del comunismo se puede valer Dios, como se valió del reino de Asiria para castigar el desorden de su reino de Israel. Dios nos libre que vaya a caer sobre nuestro pueblo el azote espantoso —más espantoso de la situación actual⁵— de un imperio sin Dios, sin ley, pero cobrándose los derechos que no supimos respetar para con Dios. Más tremendo Jesucristo cuando no habla de un castigo de pueblo en esta tierra, sino cuando dice: murió el rico y murió el pobre, el uno fue sepultado en el infierno y el otro fue llevado al descanso —expresión bíblica— en el seno de Abraham, una comunión con el padre de la fe; y ya lo demás lo hemos oído en la lectura de hoy.

Lc 16, 22

Pero es terrible hermanos, el desenlace de los desórdenes de la vida. De Dios nadie se ríe. Su ley imperará para siempre. Y este Dios, que es amor para nosotros, se convierte en justicia cuando no se ha sabido captar la invitación del amor. Por eso Dante, en la puerta del infierno, al describir en *La Divina Comedia* el infierno, dice esta palabra paradójica: *Amor mi fecece que mi fa parlare*⁶. Me hizo el amor que me hace hablar. ¿Es posible que el amor de Dios haya hecho el infierno? Aquí lo tenemos en la lectura de hoy: el amor de un enamorado menospreciado. Creo que apelo a la experiencia de muchos de ustedes, quienes han estado enamorados y reciben el baldón del objeto de su amor. Los desprecian, no quieren más con ustedes. ¿No sienten que se trocha como un infierno ya el corazón, y qué quisiera hacer con aquel que desdeñó tanta ternura? Este es Dios, que nos ama mientras vivimos, que está esperando la conversión. Aunque sea el más grande pecador —como lo hemos dicho en los domingos pasados— llamando a penitencia. Dios espera. Pero cuando ya la paciencia de Dios termina en el amor, comienza su justicia. Y entonces ni un dedo mojado en agua para calmar un poco el ardor de la lengua en el infierno le fue concedida;

⁵ Es probable que la intención de monseñor Romero sea decir “más espantoso que la situación actual”.

⁶ Dante Alighieri, *La Divina Comedia*, Canto II.

lo cual indica, según los comentaristas, que en el infierno no existe ningún consuelo. Hermanos, no es volver a la edad media al hablar del infierno. Es poner frente a los ojos la justicia infinita de Dios, de la cual nadie se ríe. Organicemos a tiempo nuestra patria. Organicemos los bienes que Dios nos ha dado para la felicidad de todos los salvadoreños. Hagamos de esta república, tan bella en dones naturales de Dios, una bella antesala del paraíso del Señor y tendremos la dicha, entonces, de ser recibidos como el pobre Lázaro.

Y cuando decimos pobre, hermanos, decimos la actitud interna del corazón. Grabémonos bien esta idea, que pobre no es todo aquel que carece de bienes materiales, así como rico no es todo aquel que está abundando en bienes materiales. Según la Biblia, rico y pobre obedece a dos actitudes internas del corazón. Es la única parábola que tiene nombre el personaje protagonista: Lázaro. Y Lázaro, en su raíz hebrea, quiere decir “el que confía en Dios”. Este es pobre, el que confía en Dios. Rico, en cambio, cuando Cristo se dirige a sus oyentes en esta parábola del rico epulón, dos versículos atrás de lo que hemos leído hoy, dice esto, refiriéndose a la parábola del administrador injusto: “Estaban oyendo todo esto los fariseos, que amaban las riquezas y se burlaban de él. Y les dijo: vosotros sois los que os dais de justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que es estimable para los hombres es abominable ante Dios”. Aquí define Cristo qué es rico según la Biblia. El rico que Dios desprecia no es aquel que tiene bienes; es aquel que ama esos bienes hasta el punto de burlarse de Dios: “Sí, Dios no me socorre, mi dinero es mi dios”, el que pone el ídolo, su corazón adorando ese dinero, el que sirve —como dice Cristo— no puede servir a Dios y al dinero. Pero una actitud, como la de Lázaro, de no poner la confianza en las cosas de la tierra, sino la confianza en Dios, esa es actitud de pobreza. Y porque hay muchos pobres que no tienen bienes materiales, pero no ponen su confianza en Dios, tampoco ellos son pobres. Y a estos queremos promover porque están perdiendo una situación que Dios les ofrece para hacerlos pobres de la Biblia, cuando cambien la actitud interna de su corazón, que pongan en Dios su confianza. No un conformismo sin lucha para mejorar. Todos tienen que promoverse y Dios no bendice la pereza ni al haragán, sino que Dios bendice el esfuerzo de aquellos que ponen su confianza en Él.

Lc 16, 14-15

Lc 16, 13

Queridos hermanos, escojamos esta mañana ser los pobres de Yahvé. No sé quienes están escuchando aquí y afuera de la catedral, pero quienquiera que sea, tenga mucho o no tenga, lo que le pido es que convierta su corazón a Dios y que no ponga su confianza en las cosas de la tierra ni se resienta por no tener lo que otros tienen, sino que ponga su confianza en Dios. Y que nadie, por más lujos que tenga en su casa, piense que esa casa es inmortal. Todo eso se acaba, y solamente vale poner la confianza en el Dios que es el único inmortal, en el cual vamos a profesar ahora nuestro credo.

San Miguel Arcángel y la lucha de la Iglesia

Fiesta de los Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael
29 de septiembre de 1977
Huizúcar

Daniel 7, 9-10.13-14
Apocalipsis 12, 7-12a
Juan 1, 47-51

Queridos hermanos, sacerdotes, religiosas y fieles:

Vengo por visitarles como pastor, pero también vengo como cristiano, igual que ustedes, en una peregrinación en honor del Arcángel San Miguel. Como pastor de ustedes —lo acaba de decir el párroco—, vengo a traerles el mensaje, la palabra que nuestro Señor manda a decir a esta comunidad de Huizúcar celebrando su fiesta patronal. Y como peregrino de San Miguel Arcángel, vengo sintiendo la fuerza de la lucha en la cual la Iglesia está empeñada en el mundo y siente, en carne propia, las fuerzas también del enemigo que quisiera que este reino de Dios se acabara y no siguiera adelante. Y venimos a decirle, con el pueblo fiel, esa oración que, a través de los siglos, pone en San Miguel Arcángel la confianza: “San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla; sé nuestro amparo contra las fuerzas del mal”.

Y así pienso, hermanos, que nuestra misa, nuestra plegaria en esta dichosa parroquia de Huizúcar puesta bajo las alas poderosas del Arcángel San Miguel, es una plegaria que ha de beneficiar a toda la arquidiócesis, porque aquí hemos de orar, en este momento, por todos los intereses, por todos los sacerdotes, por todas las comunidades, por todos los cristianos que forma-

mos lo que se llama la Iglesia particular de la Arquidiócesis de San Salvador.

Cada vez que celebramos a un patrono, nuestra mirada llena de esperanza se dirige a ese cielo donde el patrono ya reina con Dios. Pero en el caso presente, San Miguel Arcángel, no saludamos a un peregrino de esta tierra, que se fue al cielo, como son los patronos santos, sino que saludamos a un príncipe de ese otro mundo que Dios envía a proteger y a guiar a este pueblo de Dios. Por eso nuestra plegaria y nuestra confianza se tornan más devotas, más respetuosas, más confiadas; porque sabemos que estamos ante una presencia misteriosa que no ha surgido de esta tierra sino de aquel mundo que dice nuestro credo: “Creemos en ese Dios creador de las cosas visibles e invisibles”. San Miguel pertenece a ese reino del mundo invisible donde para nosotros no hay más conocimiento que lo que Dios haya querido revelarnos.

Y me dio mucho gusto, hermanos, —os confieso mi emoción al ser recibido por ustedes con ese cariño tan propio de nuestro pueblo y al venir acompañándolos— encontrarme con este paisaje tan pintoresco, esta cumbre donde a nuestros antepasados se les ocurrió levantar este templo, parece como esas defensas espirituales, diríamos, las catedrales, los templos que los cristianos de todos los siglos han levantado en lugares, lo más primoroso que puede dar nuestra naturaleza. Y después de ese pintoresco paisaje a la entrada de la plaza, entrar a este templo y sorprenderse la vista con la presencia no solo de San Miguel, en el centro de este altar, sino a sus dos lados, los dos grandes arcángeles que con él forman esas tres majestades que del cielo han venido a visitar a la tierra y cuyos nombres significan la relación grandiosa que ellos tienen con Dios.

San Rafael que significa la medicina de Dios porque, acompañando a Tobías —como ustedes lo pueden leer en el precioso libro bíblico de Tobías—, curó de dolencias espirituales y materiales a la familia de aquel peregrino que no se imaginaba que iba siendo acompañado por un arcángel, hasta que después de terminar su misión en la tierra, desaparece diciéndole: “Yo soy uno de los siete espíritus que estamos frente al trono de Dios”. Y entonces, sintieron los dos Tobías —anciano y joven— y toda la familia que habían estado en el contacto con lo divino por el pensamiento infinito de Dios, y cayeron de rodillas y se prostra-

Tb 12, 15

ron en tierra con su rostro topado al suelo para adorar, porque habían estado con un arcángel sin haberlo comprendido. Esa creo que es también nuestra actitud, adorando a uno de los siete espíritus que están cerca del trono de Dios.

Tb 12, 16

Gabriel nos lo presenta la Biblia nada menos que trayendo de Dios el mensaje de la redención del mundo. Gabriel significa potencia de Dios porque era el que iba a manifestar, en la encarnación del Hijo de Dios en las entrañas de María, la potencia de la redención: salvar del pecado al mundo. Se necesitaba un poder de amor infinito y por eso envía al arcángel que se caracteriza por ese nombre, San Gabriel. Y fue enviado por Dios el Arcángel Gabriel a una ciudad de Nazaret y comienza el relato precioso del diálogo de la Virgen con el arcángel, anunciando ya la cercanía de la redención de los hombres.

Lc 1, 26

Pero sobre estos dos príncipes, Gabriel y Rafael, se destaca aquel nombre: Micael, que quiere decir en hebreo: “¿Quién como Dios?”, porque él fue constituido príncipe, precisamente por defender los derechos de Dios frente a las pretensiones del infierno, de Satanás, que en aquel momento fue convertido en demonio, príncipe de las tinieblas. El más bello de los ángeles dicen que era, pero que en aquella lucha quedó sometido y convertido en un demonio. Pero Gabriel¹ quedó entonces encargado de esos derechos de Dios no solo en el cielo, donde es el príncipe de las milicias celestiales, sino que su relación con la tierra es más conocida, más frecuente que los otros dos arcángeles conocidos por los hombres. Nos lo presenta el Antiguo Testamento en relación continua con la sinagoga, o sea con la iglesia del Antiguo Testamento. Es el protector de Israel, es el que lo defiende en su fe y en sus batallas en esta tierra.

Y la lectura que nos hacía el padre Alvarenga al principio, nos presenta la primera faceta que yo quiero destacar: el arcángel de la esperanza. La segunda lectura, el Apocalipsis: el arcángel en las batallas de Dios, en el reino de Dios en esta tierra. Y el Evangelio, donde Cristo mismo nos habla de los ángeles que se suben y bajan en torno del Hijo del Hombre, nos presenta ese arcángel señalando que toda su fuerza le viene no de él, porque es creatura y es humilde, le viene de Dios y del Cristo: que es la fuerza que salva al mundo. Fijémonos en estos tres pensa-

¹ Debe leerse: “Pero Miguel quedó...”.

mientos, hermanos, para llevarnos un mensaje claro de la fiesta de San Miguel Arcángel, patrono de esta dichosa población.

El arcángel de la esperanza

Dn 7, 13 Nos dice el primer libro que se ha leído hoy, el libro de Daniel, el hombre de las grandes visiones, que vio que preparaban en el cielo un trono para el eterno, para Dios; pero luego que se sentó en ese trono, vio que se acercaba “un como Hijo de hombre”.

¿Qué quiere decir aquí el profeta? Cuando Cristo también dice muchas veces “el Hijo del hombre”, toma de esta profecía de Daniel ese nombre. Cuando Cristo se llama el Hijo del hombre, cuando Daniel dice que se acercaba al trono de Dios el Hijo del hombre, según los que explican la sagrada escritura, esto significa todo ese reino que Cristo va a conquistar en la tierra. No es Él solo. No es Él solo el Hijo del hombre. Es Hijo del hombre porque Él y todos los hombres y todas las mujeres que quieren dejarse redimir por Cristo, vamos a formar, primero Dios allá en el cielo, un solo personaje, un solo reino: Cristo, la cabeza y todos los que tengamos la dicha de salvarnos —hagamos lo posible porque así sea— formaremos con Cristo un pueblo glorioso, un solo Hijo del hombre. Una nación formada, como dice aquí el pasaje que se ha leído hoy: “Avanzó hacia el Anciano venerable un como Hijo del hombre, y todos los pueblos, naciones y lenguas les servían”. Qué dicha, hermanos, formar parte de aquel cortejo de Cristo, el Cordero, que va en la ciudad eterna del cielo. Allá en aquel reino, todos los que tengan la dicha de salvarse formarán con Cristo el Hijo del hombre, los hijos de esta tierra convertidos en un Cristo glorioso de la eternidad. Allá están ya nuestros muertos que se han salvado, allá están ya nuestros mártires, allá está la ciudad triunfante del cielo. ¡Cuántos de nuestra familia son ya parte de ese Hijo del hombre que triunfa en el cielo acercándose al esplendor de lo eterno, Dios que los corona para siempre!

Dn 7, 13-14

Y allí es donde Miguel Arcángel, en ese reino misterioso que está más allá de la historia, hacia el cual caminamos nosotros y donde sabemos que al terminar nuestra vida en la tierra comienza el reino, la felicidad; allá San Miguel Arcángel viene a decirnos, a los que todavía peregrinamos, que existe ese reino y que él es el príncipe de aquel reino puesto por Dios, por el valor

con que defendió sus derechos un día. Allá está el arcángel de la esperanza. Eso debe ser para nosotros. Cada vez que pensemos en el patrono de esta población, San Miguel Arcángel, avivemos nuestra esperanza. Y cuando el sufrimiento de la tierra, los dolores, la persecución, la angustia nos quieran quitar el ánimo, levantemos la vista a ese Hijo de hombre que es la ciudad del cielo, todos nosotros glorificados y amparados por aquellos seres celestiales que no tuvieron que peregrinar en esta tierra, sino que Dios los creó para formar su cortejo, como dice aquí la lectura también: “Millones y millones de seres espirituales le servían” para expresar la maravilla de ese cielo donde el pensamiento de Dios lo llena todo, donde Dios es todo en todas las cosas.

Dn 7, 10

¡Qué gran ciudad de la eternidad se abre en esta mañana de San Miguel Arcángel! ¡Qué gran paisaje, más hermoso que el que les describía antes, abre ante la mirada esperanzada de los cristianos la visión de San Miguel Arcángel y todo su ejército celestial!

El arcángel en las batallas de Dios,
en el reino de Dios en esta tierra

Fijémonos ahora en la segunda lectura, el Apocalipsis. Es el famoso capítulo 12, donde San Juan, arrebatado en una contemplación, ve el espectáculo de una lucha tremenda allá en el cielo, en que el dragón de siete cabezas y coronado de diademas para expresar la potencia, para expresar cómo los gobiernos coronados de la tierra pueden ser esa bestia que lucha contra el reino de Dios, cuando se olvida que todo su poder le viene de Dios, cuando el ángel Luzbel, sintiéndose poderoso, coronado de diademas, se cree que puede desbaratar a Dios. Entonces comenzó su ruina y Luzbel se convierte en el dragón feroz, en la fiera que arrastra a todos aquellos que se dejen engañar. ¡Ay de ese momento, queridos hermanos, cuando el poder, cuando el gobierno se quiere endiosar! Escribía Juan Bautista² estas páginas cuando el emperador de Roma se creía un dios y los cristianos no podían adorar otro dios más que el Dios verdadero, a Jesucristo, el Señor. Y porque no adoraban a los emperadores, mu-

² Se refiere a Juan, el evangelista.

Mc 14, 62-64

chos cristianos murieron mártires porque siempre es la causa del martirio, como cuando Cristo se confiesa que Él es Dios, entonces es cuando los sacerdotes del templo rasgan las vestiduras y dicen: “Ha blasfemado, es reo de muerte”; porque ante el poder de la tierra, cuando otro se proclama Dios, estorba y se trata de perseguirlo y acabarlo.

La lucha de la Iglesia es precisamente esta: mantener, frente a los poderes de la tierra, la única majestad de Dios. Y por esa defensa de Dios, la Iglesia es calumniada y los que propagan este reino de Dios en la tierra son tenidos por subversivos y los persiguen y los denuncian. ¡Mucho cuidado, hermanos, con la denuncia! Ustedes se dieron cuenta que en estos días se regó una hojita en la que dicen que el obispo, yo, andaba predicando por los pueblos y cantones esta subversión. Lo que les estoy predicando ahora es lo que siempre he predicado. Y si aquí alguno fuera a denunciar, a decir que yo he predicado en Huizúcar la subversión, falsamente lo dice. Es una calumnia. Lo que estoy diciendo es que la Iglesia predique el único reino de Dios y que, ante ese único Señor de la historia, la Iglesia tiene que defender a su Dios, aun cuando le cueste la vida.

Ap 12, 10

Y este dragón fue vencido por Miguel y echado a la tierra y aquellos vencedores cantan el canto precioso del Apocalipsis: que ya llegó la victoria de nuestro Dios. Pero hay un espectáculo aquí, en este capítulo 12 del Apocalipsis que por la brevedad no se ha leído, pero es aquel famoso pasaje donde al caer el dragón a la tierra, aparece en el cielo la gran señal: una mujer vestida del sol con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas. Está encinta, va a dar a luz y el dragón con sus fauces abiertas quiere tragarse el fruto de las entrañas de aquella mujer. Pero cuando llega la hora de su alumbramiento, el niño fue salvado y la mujer también; pero la persecución de aquel dragón continúa a lo largo de la historia.

Ap 12, 1-6

¿Qué significa esta visión? Los intérpretes han entendido que aquí se trata de la Iglesia; aunque muchos también le aplican esto a la Virgen María, madre de la Iglesia. Es lo mismo, porque María, la madre de Cristo, es la figura de la Iglesia, es la madre de la Iglesia y tocar la Iglesia es tocar a María y mencionar a María es mencionar a la Iglesia. Esta mujer misteriosa —entendámosla aquí— es la Iglesia, la hija de María. La Iglesia, la que fue fundada por Cristo para dar a luz a Cristo en los corazones,

hacer nacer a Cristo en los que se convierten y lo aceptan como redentor. Es la Iglesia la que sufre las amenazas del dragón que quiere matarle el fruto de sus entrañas, que no quiere que Cristo nazca en la tierra, en los corazones, en la historia. Y aquí se presenta la tremenda lucha entre el Arcángel San Miguel que ha vencido a ese dragón y defiende esa Iglesia y ese Cristo, que nace en los corazones y en los pueblos gracias a la predicación y al ministerio de los sacerdotes, de los catequistas, de las religiosas que van sembrando la doctrina de Cristo, haciéndolo nacer en el corazón de los niños, de los pecadores que se convierten.

Al demonio le estorba, le estorba que este Cristo nazca más y más en la tierra y por eso persigue a la Iglesia que da a la luz a ese Cristo y al Cristo que nace en los corazones. Y esa lucha durará toda la historia. ¡Toda la historia! Y por eso no hay que extrañarse cuando se dice que la Iglesia es perseguida, si pertenece a su naturaleza ser perseguida. ¡Si en las mismas páginas de la Biblia está profetizando bajo la figura de esa mujer que es perseguida por el dragón que la quiere tragar junto con su creatura! Son las fuerzas evidentes del infierno que muchas veces toman como ministros a los agentes de esta tierra, a la gente que secundando la persecución no oye a la Iglesia, la calumnia, la persigue. Pero la Iglesia lleva la garantía de que hay un príncipe de las milicias celestiales amparándola, defendiéndola. Y al final de los tiempos —nos cuenta el Apocalipsis—, el dragón fue vencido definitivamente y la criatura de María triunfa, con ese pueblo, que decíamos antes, en el reino de los cielos. Dichosos todos los que en la hora de la batalla... Hoy, que es la hora de la lucha, aquí en la tierra, nos aferramos a la bandera de Cristo y seguimos esa doctrina del Señor, y no tenemos miedo a la persecución, y nos amparamos de las fuerzas celestiales simbolizadas por San Miguel Arcángel, y conservamos nuestra fe y nuestra esperanza, y no nos desanimamos a pesar de lo duro de la lucha.

Hermanos, esta es la fase actual en la que nos encontramos en la historia. Todos los que llenan este templo, verdaderamente emocionante este espectáculo, rebosante de hombres de todas las edades, de mujeres, de niños. ¡Qué bello espectáculo del reino de Dios! Ustedes creen, ustedes son parte de esa mujer que da a luz a Cristo, ustedes son el testimonio de ese Cristo que vive en la tierra gracias a la confesión, a la fe, a la esperanza de los corazones cristianos. Si Cristo vive es porque nosotros lo encarnamos.

Creo que ustedes se han dado cuenta de mi carta pastoral que se titula: “La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia”, que quiere decir que todos los que ahora vivimos somos la Iglesia, encarnamos con nuestra carne al Cristo que ahora vive aquí, en El Salvador, en 1977, en esta Iglesia de hoy. Así como la Iglesia de otros siglos, la encarnaron nuestros antepasados, y la Iglesia que vendrá después, cuando nosotros ya hayamos muerto, la encarnarán otras generaciones. Cristo seguirá encarnándose en esta Iglesia y por eso Cristo y su Iglesia —profetizada en esta página del Apocalipsis— durará en su lucha, pero también cantará su victoria a través de toda la historia del mundo.

Toda la fuerza de San Miguel Arcángel le viene de Dios

Y finalmente, hermanos, el tercer pensamiento en honor de San Miguel es lo que Cristo le dice a Natanael. Es la preciosa lectura del Evangelio que nos han hecho hoy. El padre Pocasangre leía aquel encuentro de Cristo con un hombre llamado Natanael, y cuando Cristo le dice que conoce todos sus secretos: “Yo te vi cuando estabas debajo de la higuera”. ¿Qué estaba haciendo Natanael debajo de la higuera? Nadie lo sabe, pero sí se sabe que debe ser algún secreto. Estaría pensando, meditando tal vez en cosas que solo él sabía. Y cuando se ve sorprendido en su secreto, le dice: “Rabí, veo que eres Hijo de Dios. Tú eres el rey de Israel que estamos esperando”. Y Cristo le dice: “Porque te he dicho que te vi debajo de la higuera, te sorprendes. Verás cosas mucho mayores. Verás a los ángeles de Dios que suben y bajan en torno del Hijo del hombre”.

Jn 1, 48

Jn 1, 49-51

¿Qué quiere decir Cristo? Porque en esos ángeles que suben y bajan, tenemos que ver a nuestro Arcángel San Miguel. Los ángeles, según el pensamiento bíblico, son presencia de Dios. Cuando Cristo dice que entorno de Él, Hijo de Dios, verán sus apóstoles abundancia de ángeles que suben y bajan, les está diciendo: “Aquel que crea en mí comprenderá que la vida de Dios ha venido conmigo a este mundo. Los ángeles son mis palabras que yo les predico, ángeles son mi redención con la cual yo voy a pagar los pecados de todo el mundo”. Ángeles en torno del Hijo de Dios. Es todo eso maravilloso que estamos viviendo en este templo. Aquí cada uno de nosotros es ángel en torno del Hijo de Dios, que así significa en este altar. Aquí está realizándose la

visión de Natanael. Y a través de los siglos en el cristianismo, es Cristo el centro de nuestro amor, es Cristo el que construye la Iglesia, es Cristo el que predica contra las injusticias y contra los pecados del mundo, es Cristo por medio de su Iglesia que está avanzando en la historia para hacer a los hombres más felices, para predicarles su reino. Cristo, pues, con su pensamiento, con su mensaje, con su Iglesia, es la visión prometida en esa página del Evangelio. Nosotros como Natanael —porque ya vivimos en la era cristiana— estamos viendo cosas mucho más maravillosas que mirar aquellos milagros en que Cristo adivina el pensamiento de los hombres, descubre los secretos de los corazones. Hay algo más grande y es que Cristo nos habla.

Queridos hermanos, este es el inmenso honor que yo siento: que a través de mis palabras, es Cristo el que les está hablando; como cuando aquí también el padre les predica, es Cristo el que predica a través del sacerdote y a través del catequista y a través de la presencia del padre y de la madre de familia que enseña el buen camino a sus niños, a conocer a Cristo, hacer su primera comunión, como estos que se van a acercar ahora. Son ángeles todos aquellos que acercan las almas a Dios y predicán a Cristo en el mundo. A esto nos llama la hora presente de la Iglesia, a que realicemos ese milagro del apostolado que Cristo le anunció a uno de sus apóstoles que creyó en Él, precisamente porque le dijo: vas a ver cosas muy grandes en tu predicación, en tu ministerio. Las estamos viendo, hermanos. Son las cosas maravillosas de las muchas gentes que en estas horas se están convirtiendo a la Iglesia, de los muchos que están recuperando en la Iglesia una gran esperanza, una gran confianza. Estamos viendo a Cristo viviendo en este mundo y a los ángeles de Dios, el poder de Dios, que está viniendo a esta tierra y de esta tierra está surgiendo también en plegarias, en acciones de gracias, en súplicas, en perdón.

Todo esto es, hermanos, el mensaje de San Rafael³. Por eso, cuando la Biblia nos presenta en un ministerio muy propio al Arcángel San Miguel, lo describe como les dije al principio de esta misa: vi junto al altar de Dios —dice una de las profecías— a un arcángel, al arcángel Miguel que recogía, como en un gran incensario, las plegarias de todos los fieles y se quemaba como incienso que sube perfumado al cielo. Las súplicas, las oracio-

Jn 1, 50

Ap 8, 3-4

³ Debe leerse: “San Miguel”.

nes, los trabajos, los sufrimientos, las esperanzas de todos los que han venido a misa, de todos los que se acercan al altar para orar, no quedan perdidas esas plegarias. Es que estamos viendo que a través del arcángel suben las plegarias y en torno del Hijo de Dios, San Miguel Arcángel está desempeñando ese trabajo de ser medianero junto con Cristo, subordinado a Cristo naturalmente, porque solo hay un medianero entre Dios y los hombres: Cristo Jesús. Y San Miguel Arcángel es un ministro, es un empleado de ese ministerio de la redención.

Ap 12, 11

Queridos hermanos, este es el sentido de mi peregrinación junto con todos ustedes: soy un cristiano más que he venido, en esta hora peligrosa de nuestra Iglesia, a suplicarle al Arcángel San Miguel, arcángel de la esperanza, que nos presenta el espectáculo de ese cielo hacia el cual caminamos, que no se pierda la esperanza de los corazones de todos tus pueblos. Arcángel en la batalla de Dios, defensor de la Iglesia frente al dragón que la quiere tragar, defiéndenos en la batalla con tu poder que no viene de ti sino de Cristo, como nos ha dicho el Apocalipsis: ha vencido en la sangre de Cristo y en su testimonio que dio su vida por nosotros. El triunfo de San Miguel no le roba nada a Cristo. Al contrario, hace de la victoria de Cristo la victoria de todos los hombres. Él la reparte, junto con María, junto con el ministerio de su Iglesia, a todo aquel que quiera ser salvo. Y, finalmente, arcángel que nos das la presencia de Cristo, porque de tu fuerza repartes fuerzas a sus cristianos, llénanos de más convicción. Que creamos cada vez más en el Cristo salvador, que creamos más y no calumniemos nunca ni desconfiemos de esta Iglesia fundada por Cristo, sino que sintamos el orgullo de pertenecer a una Iglesia protegida por ti, arcángel poderoso, y que pertenece de lleno al cuerpo de Cristo nuestro Señor.

Ahora pues, hermanos, pongamos en este altar humilde, pero grandioso de Huizúcar, la plegaria de sus fiestas patronales; pongamos aquí toda la esperanza, toda la aflicción, todas las angustias y las alegrías, todo lo que significa la presencia de todos ustedes. ¡Cuántas cosas trae cada uno en su propio corazón! Yo traigo las mías también y las queremos poner en el pebetero, en el incensario del Arcángel San Miguel para que...⁴

⁴ Las palabras finales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

La Iglesia, comunidad de fe

Vigésimoséptimo domingo del Tiempo Ordinario
2 de octubre de 1977

Habacuc 1, 2-3; 2, 2-4
2 Timoteo 1, 6-8.13-14
Lucas 17, 5-10

La palabra divina, queridos hermanos, debe ser, para nosotros que creemos en ella, la luz que alumbra nuestros pasos; la que ilumina también de consuelo nuestras aflicciones; la que le da razón a nuestras esperanzas. Por eso, me gusta evocar con todos ustedes esos hechos que vivimos en la semana, para iluminarlos junto con esos hechos públicos también nuestros hechos familiares, íntimos, que tienen que ser también iluminados por la palabra de Dios y porque para la Iglesia todo lo humano le interesa; ella —como dijo el Papa un día— es la vida de la humanidad.

Hechos que vivimos en la semana

Por ejemplo, en esta semana, hemos lamentado la catástrofe de aviación militar en la cual perecen hermanos nuestros, por los cuales hemos pedido el eterno descanso. También, en cumplimiento de su deber de ganarse la vida, unos obreros quedan soterrados bajo un barranco. Un niño es arrastrado por una corriente y qué angustia será la de esa madre de no haberlo podido encontrar.

Pero sobre todo, como un agradecimiento a los medios de comunicación social, quiero manifestar el fracaso de nuestro

deseo de intervenir en el hallazgo de doña Elena Lima viuda¹ de Chiurato. Hemos visto de cerca la angustia de esta familia. El esposo entre lágrimas me decía: “Yo temo lo peor, veinticinco años de matrimonio que terminen así; pero siquiera que me entreguen su cuerpo muerto”. Yo suplico en nombre de Jesucristo nuestro Señor y de su Iglesia, a la que tengo el honor de representar, en nombre de lo más noble de los corazones que estamos en esta reflexión, incluso tal vez los mismos que cometieron este crimen de raptar una persona, que se compadezcan ante el dolor humano y den noticia. Comuníquense, ya sea conmigo —que me he ofrecido a la mediación— o ya sea directamente con la familia de la señora de Chiurato. Yo les suplico encarecidamente.

Queridos hermanos, es este dolor de esta familia el que ha repercutido en mi corazón con otros desaparecidos, que, a pesar de nuestra súplica, siguen en esa tortura espantosa, que no es solo de ellos, sino de las familias que buscan ansiosas a sus seres queridos. El respeto que sentimos para el hogar de Chiurato, lo sentimos para todos los hogares donde se lamenta esta nueva clase de gente salvadoreña: los desaparecidos.

Vida de la Iglesia

Mientras tanto la Iglesia sigue trabajando su organización, revisando su misión para ser más eficiente en el servicio a la humanidad. Desde ayer en Roma, se inició el Sínodo Mundial de los Obispos, donde el Papa preside la gran consulta del mundo sobre la catequesis. Este es el tema que desde el año pasado fue enviado a todos los obispos del mundo para que, en consulta con sus sacerdotes, religiosos y fieles, aporten al Papa, maestro responsable del magisterio universal, la manera de evangelizar, de catequizar, de llevar la Buena Nueva a todos los jóvenes, niños y adultos. Allá está, pues, en estos días hasta finales de octubre, la gran consulta por la cual hemos de pedir para que la catequesis, necesidad de la Iglesia, recobre nuevos impulsos, nuevas orientaciones. Por parte del episcopado salvadoreño, ha ido monseñor Marco René Revelo, obispo auxiliar de Santa Ana, encargado de la catequesis en nuestro país.

¹ Se refiere a Elena Margarita Lima de Chiurato.

También es destacada la noticia eclesial de esta semana, el nombramiento de monseñor doctor Arturo Rivera Damas para obispo residencial de Santiago de María. En nuestro periódico *Orientación*², expreso los sentimientos que en mí ha provocado este nombramiento. Por una parte, la impresión de que se nos va un colaborador muy valioso de nuestra curia arquidiocesana; pero, por otra parte, es una gran alegría porque la promoción de un obispo auxiliar a residencial, en primer lugar, supone la confianza del Papa en esa persona y con este gesto quedan desmentidas todas las calumnias, difamaciones, que contra nuestro querido monseñor Rivera se han atrevido a inferir muchas personas. Su figura, pues, se destaca sobre esa maraña de calumnias y de malos entendidos. La voluntad del Papa que lo elige para ir a regir una diócesis joven, llena de esperanza, donde sin duda sus grandes lineamientos de pastor, a la medida de la nueva mentalidad de la Iglesia, podrán hacer maravillas. Y me alegro de que la línea de su pastoral sea precisamente la línea que en nuestra arquidiócesis se lleva, de una promoción inseparable de la evangelización. Alegrémonos, pues, y encomendemos mucho al Señor que en su nuevo cargo monseñor Rivera dé el testimonio de esta Iglesia preocupada de los problemas actuales del mundo.

En estos días, también, se están llevando a cabo solemnes clausuras de cursos y graduación de bachilleres en los colegios. Hemos tenido la dicha de asistir a algunos. A otros no nos es posible, a pesar de la invitación que mucho agradezco. Pero quiero, desde aquí, dar un voto de felicitación y de confianza a todos los colegios católicos. Este año, junto con el bautismo de dolor de la Iglesia de la arquidiócesis, nuestros colegios católicos también han reaccionado para colocarse en la línea que la Iglesia quiere en la enseñanza actual. Ha habido reacciones también en contra, queriendo dividir la línea de la Iglesia. Lamentablemente, ha habido eco a esas reacciones que no pueden tener razón cuando la Iglesia entera llama a todos sus medios de evangelización, entre los cuales están sus colegios católicos, para llevar adelante una evangelización que sea acorde con nuestros tiempos.

Ya comienzan las nuevas matrículas y ojalá no sea cierto que ciertos grupos católicos están tratando de minar la obra de los colegios, llamándolos a otra parte. Si esto sucediera entre cató-

² Cfr. "La palabra del arzobispo. Un nuevo obispo en Santiago de María", *Orientación*, 2 de octubre de 1977.

licos, yo denuncié esa deslealtad. Ningún católico, aunque organice un colegio, tiene el derecho de quitarle alumnos a otro colegio con el pretexto de que aquí se le va a enseñar mejor la línea de la Iglesia. Los colegios católicos están todos autorizados por la jerarquía de nuestra arquidiócesis y lo que ellos siguen tiene que respetarse por cualquier grupo, no digamos anticatólico, sino mucho más por los mismos católicos. Que no hagamos la impresión de ser dos Iglesias, sino que somos una sola Iglesia en la línea proclamada por el magisterio de esa Iglesia, sobre todo para los tiempos nuevos en el Concilio Vaticano II y en los documentos de Medellín.

He visto de cerca, en esta semana, las comunidades de Huizúcar y de Nejapa con motivo de sus fiestas patronales. También monseñor Rivera llevó esta presencia episcopal a Guazapa, donde también se celebraba el día de San Miguel. Y quiero felicitarlos por el fervor y por saber unir con esa historia de sus fiestas patronales, con esa tradición de años y de abuelos, las líneas nuevas de la Iglesia. O sea, la Iglesia como un árbol añejo, secular, pero, a pesar de su tronco viejo, retoñando con nuevos retoños y nuevas esperanzas. Es la vida de la Iglesia. Si solamente respetáramos tradiciones y no las quisiéramos cambiar, seríamos como un tronco seco, como un museo de antigüedades, pero no sería la vida de la Iglesia que, llevando los siglos, engarzándolos en su hebra de oro de la vida de Cristo, hace reverdecer, para las necesidades nuevas las comunidades nuevas alimentadas con el tronco añejo de nuestra fe cristiana, pero reverdeciendo en las nuevas visiones del mundo actual.

Y, hermanos, no puedo tampoco dejar de recordarles, con una insistencia muy filial para con la Virgen, que desde ayer hemos comenzado el mes del Rosario, el mes de octubre, y que ojalá volviera a todos los hogares aquella vieja costumbre de rezar el Rosario en familia. Procuren aprenderlo los que no lo sepan. Y los que lo han olvidado, recuérdenselo de nuevo. Y los que lo practican, sepan que están también en la línea de la Iglesia que respeta esas costumbres populares, esas tradiciones de amor y de cariño a la Virgen. Solamente les pide que no se hagan costumbres rutinarias, que no sea un maquinario repetir el Padrenuestro y Avemarías, sino que sea lo que fue al principio, el mensaje del Evangelio. Los misterios del Rosario son resumen precioso del Evangelio, que los comprende hasta el niño más

chiquito, que en su débiles manos va desgranando las cuentas del Rosario mientras medita en el niño Jesús, en el Jesús que muere por nosotros, en el Jesús resucitado y en la Virgen que acompaña a este Cristo en su infancia, en sus dolores y en su resurrección. El que reza el Rosario con sentido de Evangelio se hace cristiano en la mejor escuela, en la escuela de la Virgen, que es la mejor cristiana.

Por eso, hermanos, yo les encarezco volver a esa costumbre que muchos han creído superada, pasada de moda. Pero solo pasan de moda aquellas cosas que ya no se aman. Y el que tiene problemas con el Rosario es que tiene problemas con la Virgen; y el que tiene problemas con la Virgen, es que tiene problemas con Cristo; y el que tiene problemas con Cristo, búsquelos en su propia conciencia, son problemas de su propia vida. Enmiéndese, conviértase y encontrará alegría en la compañía de la Virgen y de Jesús, en la compañía sencilla de la familia que reza con cariño esas plegarias inmortales.

Y cabalmente de esto nos habla la palabra de Dios en esta mañana primorosa del domingo vigesimoséptimo del Tiempo Ordinario. Va avanzando el año hacia el encuentro de un nuevo año y la Iglesia se preocupa de que sus cristianos, como en una universidad, vayan aprendiendo más y más la mística de su reino, su doctrina y, sobre todo, su vivencia. Hoy podríamos calificar nuestra homilía: la Iglesia, comunidad de fe. La fe es el tema de las tres lecturas: la fe que ilumina la problemática insoluble en la mente del profeta Habacuc; la fe que Pablo le da como secreto de solución a su discípulo Timoteo, quizá en una crisis de su vocación; y la fe es la que Cristo responde cuando los apóstoles le piden con una súplica, que debía de ser la nuestra en esta mañana: “Señor, auméntanos la fe”.

Lc 17, 5

El justo vive por su fe

Es hermosa la respuesta de hoy. El profeta Habacuc vivió posiblemente en los tiempos de la invasión de los caldeos y de los asirios a la tierra santa. Él, como los profetas mirando el futuro, como que confunde dos planos: el plano de la injusticia interna de su pueblo y el plano del castigo justiciero de Dios, por medio de un ejército invasor que va a castigar, como azote, los pecados de Israel. Y él comprende que Dios castigue al pueblo por el

pecado, pero lo que no comprende es cómo un pueblo más pecador que el de Israel sea escogido por Dios para venir a cometer injusticias mucho mayores que las que va a castigar. Y entonces es cuando, problematizado este pobre hombre, se enfrenta a Dios con un problema parecido al del reino del libro de Job, el problema del mal, que ahora podríamos traducir también nosotros en nuestros problemas nacionales y podíamos como Habacuc preguntar: “¿Hasta cuándo clamaré, Señor, sin que me escuches? ¿Te gritaré violencia sin que me salves? ¿Por qué me haces ver desgracias, me muestras trabajos, violencias y catástrofes, surgen luchas, se alzan contiendas?”. El libro es precioso. Solo tiene tres capítulos. Si lo pueden leer en esta semana, fíjense sobre todo en el capítulo segundo, donde el profeta explaya esta preocupación y, en forma de quejas contra Dios, escribe cinco imprecaciones.

Ha 1, 2-3

La primera contra la explotación económica: “¡Ay de quien amontona lo que no es suyo y se carga de prendas empeñadas!”. Está denunciando aquí el atropello del pobre, de la pobre mujer que no tiene con qué dar de comer a sus hijos y va a empeñar o a prestar dinero y se lo dan a usura: “Amontonan prendas empeñadas”.

Ha 2, 6c

Segundo, se queja contra el pillaje avasallador: “¡Ay de quien gana ganancia inmoral para su casa, para poner su nido en alto y escapar a la garra del mal!”. Aquí dice el profeta que los mismos palacios erigidos con esta usura claman; sus piedras, sus adornos son testigos de esa sanguiuela humana que es el usurero. ¿De qué sirve tener un bonito palacio si es fruto del pillaje, del robo?

Ha 2, 9

Se queja, en tercer lugar, contra el genocidio. Viene este ejército invasor y mata a nuestra propia gente: “¡Ay de quien edifica —son palabras del profeta que parecen escritas para nuestros días—, ay de quien edifica una ciudad con sangre y funda un pueblo en la injusticia!”. Sobre fundamentos de injusticia y de sangre, de atropellos y torturas, no puede ser firme una ciudad, una civilización.

Ha 2, 12

En cuarto lugar, el profeta se queja contra la corrupción de los pueblos oprimidos: “¡Ay del que da de beber a sus vecinos y les añade su veneno hasta embriagarlos para mirar sus desnudeces!”. Y describe aquí con pinceladas, diríamos, pornográficas los vicios de la lujuria de la carne en que se solazan nuestros pueblos. ¡Ay de la corrupción de los pueblos! En esta palabra del Evan-

Ha 2, 15

gelio, hermanos, no solo denunciamos la injusticia, sino también las inmoralidades. Surgen los grandes negocios de los moteles que son verdaderas casas de citas; surgen los prostíbulos, se vende la carne. Hay corrupción. Hay corrupción dentro del mismo matrimonio, que se ha convertido también en un prostíbulo cuando se evitan los hijos y se quieren los placeres de la carne. Hay inmoralidad y Dios no puede tolerar estas cosas. Se nos dan privilegios de derechos humanos, pero a condición de que se consuman los medios anticonceptivos artificiales. Se mutilan las fuentes de la vida, se esteriliza la mujer y se esteriliza al hombre. La carne está imperando. Todo esto ofende a Dios y el profeta siente, como en su propia vida, el atropello de su pueblo en todas estas maneras. El aborto que se legaliza y a pesar de que los obispos pedíamos al mismo presidente y en la misma asamblea respeto a la vida en las entrañas de la mujer, allí están las leyes. Esa es verdadera persecución a la Iglesia, desde las leyes contra la moral que la Iglesia predica. Y a pesar de haberle prometido al episcopado entero que se respetaría ese derecho a la vida, derecho de nacer, como dice la película, ni siquiera el derecho de nacer. Y se dice que se respetan los derechos humanos en El Salvador y son montones, se cuentan por millares, los abortos en los mismos hospitales, en las mismas clínicas médicas, y se pagan viajes al extranjero incluyendo un aborto. Ya se ve la malicia de esas excursiones. Es terrible, hermanos. Vivimos de veras bajo esta maldición del profeta. ¡Ay de los pueblos sometidos que beben el veneno hasta embriagarse y mirar sus desnudeces!

Y finalmente, el profeta sanciona la idolatría: “¡Ay de quien dice al madero: despierta; y a la piedra muda: levántate! Sí, están cubiertas de oro, pero ni un soplo en su interior”. Naturalmente que ya nosotros no tenemos aquellas idolatrías de los caldeos y de los asirios, pero el oro sigue siendo un becerro que muchos adoran. Y por adorar ese becerro de oro —sus riquezas—, son capaces de atropellar todos los derechos y mandar a matar y destruir y calumniar, decir todos los epítetos contra una Iglesia que no hace otra cosa que reclamar lo del profeta: ¡ay de ustedes los idólatras, que hacen de su oro un dios, pero que no tiene vida por dentro! Es metal que metaliza también el corazón, cuando se postran ante él.

Ante estos hechos, estos problemas que son la realidad de la historia, el pecado en el mundo, la respuesta de Dios se oye en la

Ha 2, 19

Ha 2, 24

primera lectura ya: “El Señor me respondió: escribe la visión. La visión espera su momento, se acerca su término y no fallará; si tarda, espera porque ha de llegar sin retrasarse. El injusto tiene el alma hinchada, pero el justo vivirá por su fe”. Hermanos, este es el mensaje que yo quisiera que se clavara en cada corazón: el justo vive por su fe. La fe es la única que puede darnos una respuesta adecuada a tantas injusticias. Donde parece que reina la injusticia, el atropello, la fuerza bruta, el justo como que se siente inerte. Qué poco podemos, desde la Iglesia débil, rebatir los atropellos de la dignidad del hombre. Sin embargo, tenemos la fuerza vigorosa de Dios, la fe. El justo vive de fe. Esta es la vida que yo quisiera para todos los corazones.

¿Qué es la fe?

Lc 17, 6

Cuando Cristo, nuestro Señor, en su Evangelio también nos invita a la fe: “Ah —dice— si tuvierais fe como un granito de mostaza, haríais prodigios parecidos a esto —que no es más que una figura retórica en el Evangelio, pero que quiere expresar una realidad—, le diríais a una morera: ‘Arráncate de raíz y trasládete al mar’, y os obedecería”.

No es necesario trasladar un palo al mar, pero hay cosas que parecen más imposibles. Por ejemplo, ¿cómo va a cambiar esta situación de El Salvador? Por ejemplo, las familias que lloran los desaparecidos: ¿cómo aparecerá mi hijo, mi esposo, mi hermano? Ante esta potencia de las armas y de la fuerza, qué chiquito se mira el hombre inerte. Sin embargo, si ese pequeñito a las fuerzas del mundo tiene la fe de Dios, es más poderoso que todos los ejércitos.

¿Qué es la fe? Hermanos, mi mayor temor, en este tiempo, es que mucha gente está perdiendo la fe. Y el mayor crimen que los criminales cometen con tantos abusos de violencia es poner en tentación la fe de la gente y poner la confianza en las brutalidades de la violencia. Cuidado, hermanos, hay muchos, sobre todo entre los jóvenes, que ya no creen en las fuerzas espirituales y se lanzan a la guerrilla, y se lanzan al secuestro, y se lanzan a la violencia, como si ahí estuviera la solución. Cómo quisiera yo desvirtuar todas esas falsas idolatrías, que al fin y al cabo no son más que debilidades de la carne y que no conducen a nada bueno, para poner en cambio en el corazón de los guerrilleros,

de los violentos, de los que atropellan, de los que torturan, de los que ponen su fuerza en el dinero, en la política, que la fuerza solamente viene de Dios; y que solo la fe es capaz de trasladar montañas y de hacer felices a los pueblos y a la historia.

¿Qué es la fe? Yo he querido copiar el pensamiento del Concilio Vaticano II, cuando en el documento sobre la divina revelación después de decirnos cómo Dios se revela no solo en la naturaleza, de tal manera que aun el que no es cristiano —simplemente es un hombre racional— puede descubrir en las flores, en los frutos, en las estrellas, en la naturaleza, la existencia de un Dios; pero eso se llama revelación natural. Pero además de esa revelación natural —nos dice el Concilio—, Dios ha querido revelarse Él mismo y sus designios de misericordia y de amor por medio de su Palabra, que es el Hijo de Dios que se hizo hombre y que dejó, también, esa revelación encomendada a una Iglesia. Entonces, el Concilio pregunta: ¿qué debe hacer el hombre cuando conoce que Dios ha hablado? He aquí la respuesta: “Cuando Dios revela, el hombre tiene que someterse con la fe. Por la fe —aquí viene una bonita descripción de la fe—, por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela”. Miren qué belleza, hermanos. Tal vez habíamos tenido nosotros, de nuestra infancia, un concepto muy intelectual de la fe. Y es que antes del Vaticano II, vivíamos la doctrina del Concilio tridentino, que tuvo que enfrentarse contra los abusos de la fe que predicaron los renovadores de Lutero; el cual dicen que enseñaba que con tal de tener confianza en Dios nos salvaríamos, aunque pecáramos fuertemente. Se le atribuye a Lutero esa frase que, históricamente no sé si será cierto, pero que decía: “Peca fuertemente; con tal que creas fuertemente, te salvarás”³. Contra este error nefasto —que puede llevar a muchos pecadores a una confianza ilusoria— el Concilio de Trento condenó esa confianza temeraria y enseñó que la fe era aceptar las verdades de Dios, las cosas que Dios enseña. Y así tuvimos nosotros un concepto de fe intelectual. Y un rey decía, cuando le preguntaron ¿cómo anda tu cristia-

DV 5

³ Esta frase, que Lutero dijo a su compañero Melanchton, en un momento en que este estaba desesperanzado, seguramente debería entenderse en el sentido de “aunque peques fuertemente, si crees te salvarás”. Cfr. J. Lortz, *Historia de la Reforma*, Madrid, 1963, Vol. I, p. 317.

nismo?: “Pues, en materia de fe muy bien, porque no es más que creer; pero en materia de moral ando muy mal”. Se separaba la fe y la moral.

DV 5 Cuando ya se superó ese error protestante, el Concilio Vaticano II —miren la coherencia del magisterio de la Iglesia— enseña otra vez la fe bíblica, la fe que Lutero quiso interpretar, pero que interpretó falsamente, con abuso; la interpreta la Iglesia en esta frase que les he leído: “Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y de su voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela”. No es solo aceptación de verdades, es aceptación de la voluntad de Dios. No es solo entrega de mi mente a las verdades de Dios, es entrega de mi mente y de mi corazón a lo que Dios quiere.

Lc 1, 38 ¿Quieren un acto de fe preciosísimo a los ojos de Dios? Oigan a María, cuando Dios le pide el consentimiento de la colaboración en la redención: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”. Este es un acto de fe, una aceptación del misterio de Dios sin comprenderlo; pero una aceptación del que es Omnipotente y todo lo sabe. Yo no lo entiendo, pero lo acepto. En sus manos no soy más que un pequeño instrumento; por eso, no comprendo el misterio de la historia; por eso, no comprendo que la injusticia se improvise y que otras injusticias mayores sean escogidas por Dios para castigar menores injusticias. No lo entiendo, pero sí entiendo que me entrego a Dios y que Él es el dueño de la historia y que los mismos azotes de Dios serán también echados al fuego cuando ya sean inútiles para sus designios amorosos.

DV 5 Después, el Concilio Vaticano II dice que la fe no es una cosa que brote de nosotros solos. Fijémonos mucho en esto, hermanos, porque la fe no depende de ti. “Para dar esta respuesta de la fe —dice el Concilio— es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede a todos el aceptar y creer la verdad”. De ahí que la fe es un don sobrenatural, es un regalo de Dios. Dichoso el que tiene fe. Así se explica la súplica de los apóstoles: “Señor, aumentanos la fe”. El que no tenga fe —yo sé que muchos de los que me escuchan no tiene fe o, por lo menos, se glorían fanfarronamente de no tener fe— no es ninguna gracia. Querido her-

mano que no tiene fe, pobrecito, eres un mendigo, eres un ciego. Mientras los que tienen fe contemplan los bellos paisajes de la voluntad de Dios, tú, miope, ciego, no ves, no tienes fe. Pídele a Dios que te devuelva la vista, pídele al Señor que te saque de esa oscuridad y tinieblas en las que vives. Es un don de Dios y ese don de Dios no lo niega al que se lo pide. Más aún, dice el Concilio, es una ayuda que se adelanta. Antes de que tú la pidas, ya está dentro de tu corazón, deseando que pidas ese don. Hermanos, pidamos este don. Que sea la súplica de esta semana: “Señor, aumentanos la fe”.

Lc 17, 5

Y por último, el Concilio dice cómo esa fe no termina nunca. “Para que el hombre pueda comprender cada vez más profundamente la revelación, el Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe con sus dones”. Hay un trabajo exquisito del Espíritu Santo en el corazón de cada hombre, de cada comunidad. Y yo quiero alegrarme ahora, hermanos, felicitar a los sacerdotes y cristianos, religiosas y catequistas, que están formando esas comunidades de fe, comunidades de base, pequeños grupos donde la Biblia orienta, se reflexiona y la fe crece. Estos grupos que precisamente son los llamados subversivos, a los que se persigue, son los que están madurando en la fe. Un grupo legítimamente bíblico, legítimamente convocado por la Iglesia, no debe tenerse desconfianza. Es la fe de Dios que crece por la iluminación de la gracia y del Espíritu Santo en el corazón de los hombres.

DV 5

Ojalá en todas las familias hubiera una Biblia. En la hora de comer o antes de acostarse, padre, madre, hermanos, junto al rezo del Rosario, la lectura de una página bíblica que alimente la fe de los niños, de los jóvenes, de los ancianos; porque la fe no termina de crecer durante toda la vida. Aquellos que dicen: “Ya hice mi catecismo en la primera comunión” y no se preocuparon más, se han quedado con una fe raquítica. Háganla crecer, hermanos. Que crezca, porque dentro de ustedes está el Espíritu del bautismo, de la confirmación, exigiendo un crecimiento en esa fe, para comprender mejor los misterios de la patria, las injusticias del orden, todo lo que aquí no comprendemos y lo queremos resolver a base de violencia y de fuerza, de represión y de tortura. No se resuelven así las cosas, es desde el fondo de la fe, desde los designios de Dios en la historia, como el hombre tiene que colaborar, no estorbar esos designios del Señor.

La fe ha sido encomendada a la Iglesia

Y lástima, el tiempo ha transcurrido ya; solamente hago una breve alusión a la segunda lectura, para decirles que esta fe, que Dios nos obsequia y crece en nosotros, la ha encomendado a la Iglesia. Yo quisiera que leyéramos esa segunda carta de San Pablo a Timoteo, oyendo en la voz de Pablo, la voz de la Iglesia, que, al fin, eso es la voz de un obispo. Y Pablo era un obispo como el que les está hablando —naturalmente con la diferencia enorme de la santidad suya y mi mediocridad—, pero San Pablo como obispo y yo como obispo, somos la voz de la Iglesia. Y cuando Pablo escribe, es la Iglesia que habla con estos términos: “Aviva el fuego de la gracia de Dios que recibiste cuando te impuse las manos”. Son los gestos de la Iglesia. Cuando se ordena un sacerdote se le imponen las manos y el obispo tiene el poder de transmitir el poder sacerdotal. Cuando se confirma a un joven, se imponen las manos para invocar el Espíritu Santo. Dentro de poco, con un pan en mis manos, voy a decir: “Esto es mi cuerpo”; y cuando me acerque a darles la comunión, les voy a decir: “El cuerpo de Cristo”. Todos estos son gestos humanos de la Iglesia, pero son acciones de Cristo. Es Cristo el que sigue hablando. Por la fe, la Iglesia sigue transmitiendo el mensaje de Cristo y dando la vida de Cristo a las almas. Los sacramentos no son otra cosa que el contacto, la presencia, el encuentro de un hombre con Cristo mismo, a través de su ministro.

2Tm 1, 6

Y luego la Iglesia, hermanos, a los salvadoreños nos está diciendo esta palabra: “Porque Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, de amor, de buen juicio. No tengas miedo de dar la cara por nuestro Señor y por mí —la Iglesia—, por mí, su prisionero”. Pablo estaba prisionero entre cadenas y se sentía que era la Iglesia perseguida, prisionera; pero desde las cadenas, puede decir a todos sus hijos: yo, Iglesia perseguida, soy el rostro de Cristo; no te avergüences de ser mi hijo. ¡Ay de los que se avergüenzan de la Iglesia y de los que continúan la campaña difamatoria contra la Iglesia. Se ríen de su propia madre!

2Tm 1, 7-8

“Toma parte en los duros trabajos del Evangelio según la fuerza que Dios te dé. Ten delante la visión”. Miren otra vez la palabra que Dios le dice a Habacuc: “La visión, escríbela y a tu tiempo verás que cumplo. Dichoso el justo que vive de fe”. Así

2Tm 1, 8.13

Ha 2, 2.4

Pablo, Iglesia, les dice también a los católicos: “Ten delante la visión que yo te di con mis palabras sensatas y vive con fe y amor cristiano”. Amor, el amor verdadero que se inspira en la fe, el amor sereno que no teme a las violencias, ni echa mano de la violencia, porque no le hace falta. Le basta creer, entregarse a Dios, no comprender sus horas, los martirios que Él nos prueba en la vida, saber que llegará su hora. Tardará, pero llegará.

2Tm 1, 13

Esta es la esperanza que la Iglesia quiere conservar y por eso San Pablo, hablando por la Iglesia, dice: “Guarda este tesoro con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros”. Hermanos, guarden este tesoro. No es mi pobre palabra la que siembra esperanzas y fe. Es que yo no soy más que el humilde resonar de Dios en este pueblo, diciendo a los que han sido escogidos por azotes de Dios y usan la violencia en formas tan diversas, que tengan cuidado, que cuando Dios ya no los ocupe, los va a tirar al fuego, que se conviertan mejor a tiempo; y a los que sufren los azotes y no comprenden el porqué de las injusticias y de los desórdenes, tengan fe, entréguese, voluntad y cerebro, corazón, todo entero; que Dios tiene su hora, que nuestros desaparecidos no están desaparecidos a los ojos de Dios y los que los han hecho desaparecer, también, están muy presentes ante la justicia de Dios. Pidamos para unos y para otros y para el mundo que sufre las incertidumbres la seguridad de la fe. Guarda este tesoro que ahora vamos a proclamar en nuestro credo.

2Tm 2, 14

La Iglesia de la promoción integral

Vigésimoctavo domingo del Tiempo Ordinario
9 de octubre de 1977

2 Reyes 5, 14-17
2 Timoteo 2, 8-13
Lucas 17, 11-19

Queremos agradecer, ante todo, la presencia activa de la juventud de Santa Tecla con su conjunto musical. Se siente de veras la alegría y la esperanza que la juventud pone en Cristo. Todos los domingos tenemos aquí la oportunidad de ir conociendo estos conjuntos musicales, parte viva de la liturgia de la Iglesia, y queremos agradecer ahora, pues, a todos los que han venido participando e invitar a todas las comunidades que tengan sus coros a que se anuncien para irlos organizando y tomar parte de esta misa, que es la misa principal de la arquidiócesis y la catedral, que es el signo de la unidad, recoja esas voces, que a lo largo de toda la arquidiócesis cantan la gloria del Señor.

Noticias de las comunidades

Y a propósito de Santa Tecla, quiero recordarles que esta tarde nos reunimos con todas las fuerzas vivas para planear una pastoral de conjunto con tantas fuerzas que allá existen de parte de la Iglesia: sacerdotes, religiosas, colegios. Una maravilla de vida de Iglesia que podía no solamente hacer mucho bien en labor urbana, sino también en toda la arquidiócesis. Por favor, pues, todos aquellos que asistieron a la junta pasada y todos aquellos

que tengan interés por trabajar en la vida de la Iglesia son invitados esta tarde a la Escuela Mazarello en Santa Tecla, a las 3:00.

Siguiendo esta noticia de las comunidades, quiero alegrarme con las parroquias de San Francisco y Concepción, donde tuve la dicha de celebrar el día de San Francisco, fiesta patronal, y darme cuenta del fervor que los sacerdotes y fieles están viviendo en esas comunidades; como espero ver hoy, a continuación de esta misa, en Soyapango, donde se celebra la Virgen del Rosario.

El padre Samuel Orellana ha sido nombrado párroco de Ayutuxtepeque; próximamente, iremos a compartir con él sus primeras impresiones. Así, como el próximo domingo a las 7:00 de la noche, daremos posesión al nuevo párroco de Candelaria, padre Próspero Díaz. La comunidad de la arquidiócesis también va a sentir muy suya la toma de posesión de monseñor Rivera el 5 de noviembre a las 10:00 de la mañana en Santiago de María. Yo invito a las personas que puedan participar, porque creo que, así como en los primeros tiempos del cristianismo cuando un miembro de una comunidad era escogido por Dios para llevar el mensaje a otra comunidad, toda la comunidad se sentía unida con él, y así sentimos, pues, que con monseñor Rivera, que ha pertenecido en forma tan activa a esta comunidad de la arquidiócesis, es toda la arquidiócesis la que participará en su nueva responsabilidad.

La comunidad de la iglesia de la Merced está sufriendo la enfermedad de su párroco, el padre Torruella, que, como ustedes saben, sufrió un accidente la semana pasada y está en la Policlínica, junto con su mamá. Esperamos que pronto se recupere muy bien.

En el orden también de comunidades, quiero alegrarme con las comunidades de San Antonio, colonia América; la comunidad del santuario de Fátima en los Planes; de María Auxiliadora y del Corazón de María, donde se ha tenido estos días el movimiento del nuevo catecumenado. Tres apóstoles del catecumenado: padre José Ángel, español, y los hermanos Tino y Lucía, italianos, formando un equipo, han promovido esta forma nueva de instrucción religiosa. Antiguamente, antes del bautismo, se sometían los candidatos al bautismo a una escuela que se llamaba el catecumenado. Ahora, lamentablemente, no lo tenemos y, por eso, tenemos tantos bautizados que no viven la responsabilidad y la gloria de su bautismo. A esto responde un

deseo del Concilio de que se establecieran los catecumenados para que los bautizados o los adultos que se preparan al bautismo tomen más conciencia de esta incorporación a Cristo y a su Iglesia. En estas semanas, el catecumenado celebra la entrega de las Biblias. Yo ya participé en algunas de estas y de veras que es algo emocionante la solemnidad con que la palabra de Dios se entrega al cristiano para que la haga como el código de su vida, la norma de su existencia. Esto se llevará a cabo esta semana también en Corazón de María y en María Auxiliadora. Yo felicito a todos los que están participando y hago un voto para que los que van a quedar promovidos sigan creando comunidades catecumenales en todas las parroquias de la arquidiócesis y que los bautizados que quieran ser fieles, coherentes con su bautismo, traten de formar parte de estas comunidades, donde aprenderán esta gran misión del cristiano en el mundo.

En esta semana, también ha habido dos participaciones de salvadoreños en asambleas internacionales. El canciller de El Salvador en las Naciones Unidas se refirió a los derechos humanos, diciendo que se respetan en El Salvador y llamando como una intromisión la vigilancia de otro país acerca de este aspecto. Yo solo quiero aclarar, queridos hermanos, que la perspectiva política es muy distinta de la perspectiva de la Iglesia. Políticamente, nosotros como católicos, como Iglesia, no compartimos muchos puntos de vista, ni nos extrañaría que los mismos Estados Unidos por razones políticas mañana ya no mencionaran para nada los derechos humanos. No nos apoyamos nosotros en las conveniencias políticas.

Nosotros queremos decir, y que quede bien claro para cada católico, que el respeto, el reclamo, la defensa de la libertad, de la dignidad, de los derechos del hombre, para la Iglesia son una misión que está por encima de toda política. Es su deber, como enviada de Dios, como profeta del mundo, a defender la imagen de Dios que es cada hombre. Por eso, pues, prescindamos siempre de las apreciaciones de presidentes, de ministros, de políticos; inculquemos profundamente en nuestro corazón la ley de Dios, la visión evangélica. Jamás, hermanos —y esto lo digo por muchas cosas— nos valgamos de las conveniencias del momento religioso para nuestras conveniencias políticas y, al revés, que la política no se valga de los momentos religiosos para sus conveniencias políticas. Y lo religioso, pues, va por encima de todo

esto. Sus criterios son muy elevados y cuando la Iglesia defiende estas causas, no se está metiendo en política de partidos, sino que está, desde la ley de Dios, defendiendo claramente lo que Dios le manda defender.

En este mismo sentido, también, quisiera aclarar la preocupación de muchos ante la intervención del delegado del episcopado salvadoreño, monseñor Revelo, en el Sínodo de los Obispos¹, donde el periódico *El Mundo* destaca —como siempre se destaca lo que conviene— algo que a la Iglesia no le puede convenir.

Yo les invito a que esperemos las aclaraciones personales y no juzguemos por adelantado. Pero una cosa sí podemos anticipar: como prelado de la arquidiócesis, yo quiero decir a los queridos sacerdotes y a todo el pueblo fiel, lo mismo a los catequistas que colaboran con nosotros en los cantones, que todo sacerdote y todo catequista que está trabajando por la difusión del reino de Dios en comunión con el arzobispo cuenta con el pleno respaldo del arzobispo y que no hay para qué dudar, a pesar de las campañas difamatorias, de la ortodoxia, de la fidelidad a la Iglesia, de los sacerdotes y de los catequistas que trabajan en comunión con el obispo. No somos tan ingenuos de creer que los sacerdotes se han hecho comunistas.

¡Cuánto le costó a monseñor Chávez esta declaración! Una calumnia, una burla. Pues, aunque yo me exponga a lo mismo, quiero decir a los queridos sacerdotes que procuren mantener su fidelidad al magisterio de la Iglesia, a la comunión de su obispo y no teman las malas interpretaciones que se puedan hacer de su misión, mientras sea netamente en la línea recta donde va el Concilio Vaticano II y los documentos de Medellín. Ya estamos aburridos de que se nos llame comunistas, cuando defendemos estos derechos que el Concilio y Medellín llaman verdadera labor cristiana de los pastores de la Iglesia.

¹ Describiendo la situación de la catequesis en El Salvador, monseñor Revelo declaró, en su intervención en el Sínodo, que los catequistas rurales “están cayendo rápidamente en las redes que tienden el partido comunista y los grupos de extrema izquierda de tendencia marxista y bien pronto pasan a engrosar sus filas [...] Y el no menor problema, ciertamente el más grave, del grupo de sacerdotes convencido de que la única vía de solución posible al problema de la situación de opresión que sufren las grandes mayorías de nuestro país es la cooperación con el marxismo”. Cfr. J. R. Brockman, *La palabra queda. Vida de Mons. Óscar A. Romero*, San Salvador, 1985, pp. 133-134.

Radio Vaticano manifestó su sorpresa ante las declaraciones de monseñor Revelo² y declaró, si ingenuamente, que se extraña de que el obispo de El Salvador desconozca el heroísmo, la autenticidad con que la catequesis en el campo, no es tan fácil, como ha dicho, porque ahí precisamente, en el campo, es donde están nuestras víctimas, hasta sacerdotes matados, precisamente por la catequesis en los campos. Es admirable la labor de nuestros catequistas rurales. Yo los felicito. Aprovecho esta oportunidad, lo mismo a las comunidades cantonales, para que no se dejen vencer del miedo, para que sepan que mientras estudien la palabra de Dios, que crea precisamente conciencia crítica cristiana en el hombre, se formen, maduren esa fe. Y si por esa madurez y ese criterio, que no se traga todo, sino que sabe discernir a la luz del Evangelio la justicia de la injusticia y reclamar precisamente por un mundo mejor, si es necesario morir en esa causa, pues será la muerte de los mártires que murieron precisamente defendiendo esa fe. No se dejen vencer por el miedo. Y si es necesario, como dicen en cierta comunidad, vivir una vida de catacumbas, vivan esa vida de catacumbas. No es clandestinidad, es simplemente la Iglesia del silencio, que sigue trabajando su conciencia, pero que no se dejará vencer, como dije antes, por las conveniencias políticas o económicas del momento. Sean fieles a Cristo, como nos dice hoy San Pablo.

Quiero decir, también, que esta semana hemos visto una manifestación de la masonería y recordar a nuestros católicos el canon 2335. Las leyes de la Iglesia todavía vigentes dicen esto: “Los que dan su nombre a la secta masónica o a otras asociaciones del mismo género que maquinan contra la Iglesia o contra las potestades civiles legítimas, incurren *ipso facto* —si por el mismo hecho de inscribirse, *ipso facto* eso quiere decir—, incurren en excomunión simplemente reservada a la Sede Apostólica”³. Sepan, pues, que los masones, los que han dado su

² *Radio Vaticano* comentó: “La intervención de monseñor Revelo ha resultado desconcertante puesto que parece contradecir o no reconocer el genuino, valiente y aun heroico apostolado que están desarrollando muchos sacerdotes y catequistas en El Salvador, un apostolado que se desarrolla en el campo y que ciertamente no parece tan fácil cuando existen incluso amenazas de muerte, expulsiones y aun martirio, como el del padre Rutilio Grande”. Cfr. J. R. Brockman, *op. cit.*, p. 135.

³ *Código de Derecho Canónico*, 2335. Monseñor Romero cita el Código de 1917, vigente hasta la promulgación del nuevo, en 1983.

nombre, están inscritos en esa secta, están excomulgados. Y ojalá que la euforia de esos momentos triunfales de la masonería no engañen a nuestros católicos, que sepan mantenerse fieles a la Iglesia, la cual los desconocerá como hijos de la Iglesia *ipso facto* que den su nombre a esa secta.

También, hermanos, lamento que todavía la desaparición de la señora de Chiurato no da señales de clarificarse. Se han recibido muchas comunicaciones, pero ninguna se identifica. De acuerdo con la familia, quiero comunicar a los que tienen en su poder a la señora que se identifiquen, que podamos estar seguros que son ellos los que la tienen y la familia está dispuesta a cualquier negociación. Ya es demasiado tiempo y esperamos, pues, que la tranquilidad vuelva a este hogar; pero con las legítimas demostraciones de que no se trata de un engaño, sino de una verdad.

Finalmente, quiero agradecer y recomendar a todos la lectura de un artículo publicado en la revista de la UCA⁴, en que comenta la actitud del arzobispo, la cual, pues, no tiene ningún intento de presentar conflictos, sino que es el cumplimiento de su deber, que con toda sinceridad trato de vivir para que todos comprendan, pues, la actuación. Y lejos de dar crédito a esa campaña difamatoria que sigue adelante —estoy recibiendo muchos anónimos verdaderamente groseros—, sepan, hermanos, que la posición que se ha tomado está a base de conciencia. No es solo de presiones, como se dice, sino simplemente el deber de un pastor que siente la alegría, al mismo tiempo que la angustia, de vivir con su pueblo y desde el pueblo, fiel a la voluntad de Dios, caminar por un camino que sea verdaderamente los caminos del Señor. Manténganse fieles, hermanos, mantengámonos unidos. Y esto nos dará, no una victoria efímera de la tierra —no la pretendemos—, sino el triunfo del reino de Dios.

Y en este contexto, para vivir precisamente estas realidades de la semana y que se sigue vertiginosamente en las semanas siguientes: malas interpretaciones, realidades crueles, todo esto; si no hay criterio muy fino, muy claro, en la conciencia se vive de conveniencias. Y cuando las conveniencias ya no son conveniencias tenemos católicos que le dan la espalda a la Iglesia,

⁴ Cfr. “La palabra profética de la arquidiócesis”, *ECA* 346 (1977), pp. 605-608.

que se avergüenzan de esta Iglesia. Por eso, mi afán de predicar no es porque me guste hablar por radio —como me dice un anónimo— ni es porque quiera aburrir a la gente. El que esté aburrido de oírme, pues, es muy fácil: no viene a misa a catedral o apaga su radio. Pero yo siento el deber de estar predicando lo que se debe predicar. Por ejemplo, hoy —yo no parto de criterios míos, sino de la palabra de Dios— titularía la homilía de hoy como: la Iglesia de la promoción integral. ¿Qué quiere decir? Yo he tomado un texto del papa Pablo VI, precisamente en la encíclica *Populorum progressio*, el desarrollo de los pueblos. El Papa dice que no basta el desarrollo económico; que el desarrollo, la promoción que la Iglesia propicia es teniendo en cuenta ante todo al hombre; y allí suena la palabra famosa de Pablo VI: “Todo el hombre y todos los hombres”. Por eso título esta homilía de hoy: la promoción de la Iglesia integral, la promoción de todo el hombre y de todos los hombres, porque así le doy unidad a las bellas lecturas de hoy.

PP 14

La promoción de todo el hombre

La primera lectura y el Evangelio nos introducen en el mundo triste de la enfermedad, en una de sus expresiones más dolorosas, la lepra; y desde la lepra, la enfermedad consecuencia del pecado, el profeta Eliseo y el mismo Cristo toman actitudes de liberación. Si la enfermedad es una triste consecuencia del pecado, hay que librar al hombre del pecado y de su consecuencia. He allí la norma de la Iglesia en la promoción humana. Las masas de miseria —dijeron los obispos en Medellín— son un pecado, una injusticia que clama al cielo. La marginación, el hambre, el analfabetismo, la desnutrición y tantas otras cosas miserables que se entran por todos los poros de nuestro ser, son consecuencias del pecado, del pecado de aquellos que lo acumulan todo y no tienen para los demás y también del pecado de los que, no teniendo nada, no luchan por su promoción, son conformistas, haraganes, no luchan por promoverse.

M 1, 1

Pero muchas veces no luchan, no por su culpa; es que hay una serie de condicionamientos, de estructuras que no los dejan progresar. Es un conjunto, pues, de pecado mutuo. Y de ese pecado, que Medellín llama injusticia institucionalizada, injusticia hecha ambiente, de allí derivan estas situaciones que las

M 2, 16

lecturas de hoy nos las plastifican en la figura del leproso de Siria que llega a buscar redención junto a un profeta de Dios y en la angustia de diez leprosos que gritan a Cristo: “Señor, ten piedad de nosotros”.

Lc 17, 13

En esos enfermos cabe mirar hoy esta muchedumbre lán-guida que grita, desde su marginación, una liberación que no les llega de ninguna parte, dicen los documentos de Medellín. Y la Iglesia, fiel a Jesucristo, sería cruel si como los sacerdotes del Evangelio dan media vuelta, se van de largo y no se fijan en el pobre herido del camino. Cristo se enfrenta, y el profeta Eliseo también, a la situación. La lepra había inspirado unas leyes terribles en el pueblo de Dios. Lean en el Levítico. El que se encuentra marcado con esa enfermedad espantosa tiene que salir de la comunidad humana y tiene que irse a vivir a los montes y cada vez que se acerca a una persona tiene que gritar: “Inmundo, inmundo”. Sonaba como un grito de sepulcro esa voz de los pobres leprosos que desde los caminos gritaban al que se acercaba para que se apartara de ahí: “Inmundo, sucio, no te acerques, te vamos a contaminar”. Esta angustia los obligaba a reunirse, sociedad en el dolor. El hombre tiene derecho a asociarse, aunque sea un leproso, un campesino, un obrero. Un hombre que necesita surgir de su postración se apoya en otros. ¿Por qué se va a condenar, pues, la organización? Cristo ve acercarse una organización de leprosos. Por cierto, uno de ellos era samaritano, y los samaritanos y los judíos no se entendían. Usemos una comparación, tal vez no tan exacta, pero como si hondureños y salvadoreños, que políticamente están distanciados, pero en el dolor sienten la necesidad de unirse, desaparecen las fronteras, solamente se siente el dolor. Este samaritano no se sentía mal, sino, al contrario, se sentía hermano de sus hermanos políticos, de sus enemigos políticos, los judíos, y con ellos va al encuentro del Señor.

M 14, 2

Lc 10, 29-37

Lv 13, 45-46

2 R 5, 3

2 R 5, 10

Naamán era un extranjero y por una noticia de una muchachita, una sirvienta de su casa que era judía, que le dice: en mi tierra hay un profeta, él te podría curar, aquel hombre con todo el orgullo de su casta, su situación social, al fin atiende la voccecita de aquella sirvienta. Y va y sucede lo que hoy se ha leído. Cuando llega al profeta Eliseo, Eliseo le dice: “Vete a bañarte siete veces en el río Jordán”. La primera reacción de Naamán es de soberbia: ¿para esto he hecho un viaje tan largo? ¿Qué acaso

no hay ríos más buenos en mi tierra? Y hoy el profeta me manda simplemente una cosa, ni siquiera se ha dignado venir él. Y el criado de Naamán le dice: si te hubiera mandado una cosa más difícil, la harías por tu salud. Cuánto más que es simplemente meterte al río siete veces; obedece. Y obedece, y cuando se sale del río ya purificado de su lepra, este hombre corre al profeta Eliseo para decirle la palabra de la fe: “Ahora reconozco que no hay Dios en toda la tierra más que el de Israel. Recibe este presente”. Y Eliseo no quiso recibir nada.

2 R 5, 11-12

2 R 5, 13

2 R 5, 15

Figura simpática la de Eliseo. Pertenece al libro de los Reyes. Todavía no son los profetas los protagonistas de la historia de Israel, los reyes son; entre los cuales se destaca Salomón y David, que le han dado la constitución política al reino de Israel. Pero siempre, junto a esos reyes, había hombres como los confesores, como los predicadores que actualmente tenían los reyes católicos; uno de estos era Eliseo, una especie de confesor del rey, que el soplo de la palabra divina llegaba a la política de los reyes a través de sus profetas. Y dichosos los gobernantes que atendían la voz de sus profetas y pobres los gobernantes que despreciaban las voces de los profetas. De esto están llenas estas páginas del libro de los Reyes. Uno de esos profetas que compartían su vida entre el consejo de la corte, donde iba a aconsejar al rey Jeroboan, y su vida común de los hermanos profetas —se llamaban esas comunidades donde los profetas en oración, en meditación, escuchaban la palabra de Dios para llevarla luego al mundo—, Eliseo, que comprendió en su meditación y en su misma actuación frente a la corte que él no era más que un instrumento de Dios. Tenía de sí un concepto tan humilde, que cuando este sujeto del milagro le quiere ofrecer grandes cantidades de dinero que traía para recompensar al que le hiciera el favor de limpiarlo, no le recibe nada. Le dice el profeta: “Juro por Dios, a quien sirvo, que no aceptaré nada”. ¡Qué hermoso gesto! Hermanos, si la Iglesia ha tenido sus deficiencias y sus pecados enormes porque ha convertido a su instrumentalidad de Dios en un negocio muchas veces, es reprochable. Y el sacerdote que usa su poder sacerdotal para ganar dinero está abusando. Desde esta cátedra, desde donde se denuncian las injusticias y los desórdenes, también estamos dispuestos a ser criticados en todo aquello que no es correcto. El sacerdote, como Eliseo, tenía que sentir: todo lo que doy es de Dios. La palabra que hoy

2 R 5, 16

Mt 10, 8

estoy dando es de Dios. Si por ella me alaban, me aplauden y yo me quedo con esos aplausos, yo le robo a Dios. Yo, hermanos, le ofrezco al Señor toda esta acogida que ustedes le dan a la palabra mía porque no es mía, es de Dios. Y si nosotros necesitamos dinero, porque somos hombres y tenemos que comer y vestir y tenemos que atender también las oficinas, los templos desde donde les atendemos a ustedes, eso es distinto. Pero si alguien se quisiera enriquecer egoísticamente, valiéndose de su ministerio sacerdotal, estaría cometiendo un sacrilegio. “Lo que recibisteis gratuitamente —nos dice la Biblia— dadlo gratuitamente”. Y el pueblo sabe responder. Yo lo digo por experiencia, la generosidad de ustedes ayudándonos en nuestras obras, en nuestras súplicas y también en nuestras necesidades personales. No nos podemos quejar. Y como San Pablo, decimos, con tal de tener con qué comer, con qué vestirnos, dónde vivir es suficiente.

2 R 5, 17

Entonces el profeta oye una confesión más humilde de aquel asirio. “Entonces —le dice— permite que entreguen a tu servidor una carga de tierra de este reino que pueda llevar un par de mulas, porque en adelante tu servidor no ofrecerá holocaustos ni sacrificios de comunión a otro dios que no sea el Señor”. He aquí un convertido, un pagano que no conocía al Dios de Israel y por la actitud de un profeta lo conoce y se convierte en un adorador del verdadero Dios. Esta es una de mis satisfacciones más grandes de estos tiempos, hermanos. Cuántos corazones se han convertido, cuántos y no solo de la clase humilde. Yo oigo confesiones que me llenan de profunda satisfacción, de gente adinerada que me dice: “Sí, usted tiene razón. Y los que no quieren comprender esto es porque son muy egoístas. Estamos dispuestos a hacer lo que se pueda”. Y yo tengo una gran esperanza, hermanos, de que la Iglesia, que ha ofrecido el diálogo de su sinceridad sin traicionar esta verdad del Evangelio, encontrará eco no solo en el pueblo humilde, sino también en la clase poderosa; porque el que escucha la verdad es muy ciego si no la quiere seguir.

En este mundo de la enfermedad y de la conversión, nos encontramos a los diez leprosos del Evangelio. ¡Qué triste figura! Y yo quiero pensar, en este encuentro que este domingo nos ha hecho a todos nosotros con el dolor humano, que pensemos, hermanos, en la desgracia de la humanidad, que nuestro corazón este día vuele a los hospitales. Yo vivo en un hospital y siento de

veras de cerca el dolor; los quejidos del sufrimiento en la noche, la tristeza del que llega teniendo que dejar su familia para internarse en un hospital. Pensemos en las largas colas de enfermos esperando en nuestros hospitales para buscar un poco de salud que no la llegan a encontrar. Y pensemos, también, en el enfermo de familia, aquel que me está escuchando tal vez junto a su aparato de radio. Ojalá que esta palabra le lleve un consuelo. Estamos pensando en usted, querido hermano enfermo.

El Papa en una de sus últimas catequesis⁵, cuando dice que la sociedad civil se organiza y puede desplazar a la Iglesia en su obra de beneficencia, no importa; la Iglesia siempre tendrá una mística muy especial para el sufrimiento, que no la pueden dar todas las técnicas de médicos y de enfermeros y de hospitales bien equipados. Esos centros, esas técnicas, muchas veces cosifican, es decir, hacen del enfermo una cosa. Ya casi ni se le llama por su nombre, solo el número, el enfermo número tal, como si fuera algo irracional. Se olvida que el enfermo es ante todo una persona, que necesita cariño, que necesita caridad, que necesita la ternura de un corazón, que no basta una enfermera muy técnica en poner inyecciones y transfusiones, pero que trata al enfermo de cualquier manera. Esta hora de compasión para el enfermo lleve un llamamiento al médico, a la enfermera, al hospital, para que humanicen cada vez con más delicadeza esa misión de quien trata no a un animal ni a una cosa, sino a un ser humano, que tiene su corazón compartido con una familia con la que no está, que le hace falta el cariño de aquellas manos que lo saben tratar bien en su casa. He aquí el ambiente del enfermo.

También él tiene que elevarse a la comprensión de que su dolor no es inútil, de que aunque lo tratemos como un ser inútil... Y, hermanos, ya va llegando la teoría que ya usó Hitler y su sistema en Alemania, de eliminar todo ser inútil. Un viejo, un enfermo que ya no sirve, se le elimina. ¡Qué inhumano! A esto se puede llegar cuando no se ha tenido cuidado también de la vida que comienza. Si se trata así el germen del hombre que está en la entraña de una mujer embarazada y se provoca el aborto, es un asesinato; y, lo peor, la madre asesina de su propio hijo. De ese paso, de la falta de amor a un ser ya concebido, no hay más

⁵ Cfr. Pablo VI, Catequesis en la audiencia general del 21 de septiembre de 1977, *L'Osservatore Romano*, 25 de septiembre de 1977.

que un pequeño paso al viejo, al enfermo, al inútil. Si estorba un feto, que ya es vida humana en la entraña de una mujer, también estorba un viejo cuando no hay sentido de caridad en un hogar. Y no hay más que un proceso lógico. Si es lógico el aborto, es lógico también este proceso de eliminación.

Es necesario humanizar las relaciones con los que sufren, con los que parecen inútiles. El gran misterio nos lo deja Cristo: en el día del juicio nos va a juzgar en la medida en que tratamos al necesitado, porque “todo lo que hiciste con uno de ellos, conmigo lo hiciste”. Por eso, les decía al principio que los considerandos políticos, higiénicos, técnicos de los hombres se quedan muy por abajo de los considerandos cristianos de un cristiano que sabe que lo que hace a un enfermo, a un pobre, a un miserable, Cristo lo está recibiendo como en su propia persona.

Desde el mundo de la enfermedad, hermanos, quiero sacar esta conclusión. Decía que Pablo VI decía: es necesario promover “todo el hombre”. Y aquí tenemos, cuando Cristo se preocupa del enfermo del cuerpo, lo está salvando no solo en su alma. Hay una espiritualidad peligrosa en nuestro tiempo, como una reacción contra el lenguaje nuevo de la Iglesia que habla de liberación, de derechos humanos, que protesta por los ultrajes de la persona, que reclama los abusos del poder político. Contra esa actitud leal de la Iglesia se reacciona, diciendo que la Iglesia tiene que predicar solo la espiritualidad, solo de un Dios, de un reino de los cielos y que no nos preocupemos de la tierra. No se dan cuenta que están descoyuntando el Evangelio; que Cristo, que vino a salvar a los hombres, tuvo cuidado también de sus cuerpos; y a los diez leprosos, como Eliseo a Naamán, los cura usando el ministerio de los sacerdotes: “Vayan a mostrarse a los sacerdotes”. Lean en el Levítico la hermosa ceremonia del sacerdote que incorpora de nuevo a un leproso ya curado; toda una consagración para incorporarse al pueblo de Dios. Cristo respeta las leyes eclesiásticas de su tiempo, como las debemos de respetar todos. Si los sacerdotes de hoy hubiéramos caído en las tremendas deficiencias del sacerdocio en tiempo de Cristo, allí está Cristo dándonos el ejemplo, respeto a las leyes que están en manos de los sacerdotes: “Vete a mostrar a los sacerdotes”. Y cuando iban de camino quedaron curados por su obediencia. De seguro que continuaron llegando al sacerdote para que impusiera las manos y los incorporara, ya sanos, al pueblo de Dios.

Mt 25, 40

PP 14

Lc 17, 14

Lv 14, 1-32

Lc 17, 14

Pero este samaritano, precisamente el enemigo político del pueblo de Jesús, vuelve ante Jesús, el judío pero que es Dios y, de rodillas, de bruces, cantando gloria a Dios, le da gracias porque lo ha curado. He aquí el hombre que siente que la promoción de la Iglesia no solamente es el perdón de su pecado, sino que también le ha dado salud a su cuerpo. La Iglesia está empeñada hoy —acaba de salir un documento de la Santa Sede que lo voy a dar a conocer en *Orientación*— de cómo hoy no se puede separar la promoción humana, el cuidado de los cuerpos, de los derechos humanos de la tierra, de esta obra de evangelización de la Iglesia; de tal manera que no hay por qué poner una dicotomía entre los derechos de Dios y los derechos del hombre, como si el que habla de los derechos de Dios se olvidara de los derechos del hombre o viceversa. Cuando hablamos de los derechos del hombre, estamos pensando en el hombre imagen de Dios, estamos defendiendo a Dios.

Por eso, les repito que la perspectiva de la Iglesia es religiosa, es hacia Dios, no es de conveniencia política. Esto quiere decir, pues, la frase de Pablo VI: “La promoción de todo el hombre”, alma y cuerpo, corazón e inteligencia, relaciones sociales; que sintamos la igualdad que Dios ha querido de todos sus hijos; que organicemos un mundo más conforme a esta promoción integral de todo el hombre; que todo el hombre sienta la capacidad de desarrollar toda su capacidad, de salir de la enfermedad, de encontrar hospitales donde curarse, de encontrar escuelas para todos sus niños, que no se queden analfabetas, de promover, pues, en todos los sentidos el desarrollo humano integral de todo el hombre.

La promoción de todos los hombres

Y en segundo lugar, la promoción “de todos los hombres”. Quiero fijarme —y estamos en el mes de las misiones— que este leproso que curó el profeta Eliseo venía de un país extranjero. Cristo lo hace notar una vez en su Evangelio, cuando dice: “Había muchos leprosos en Israel en tiempos de Eliseo; sin embargo, a ninguno de ellos fue enviado, sino a Naamán, el sirio”. Un sirio, un pagano, uno que vivía más allá de las fronteras y en aquel tiempo no ser judío era ser considerado como perro, como extraño. Si un perro, un extraño, viene al profeta inspirado

PP 14

Lc 4, 27

por Dios, sabe que Dios es padre de todos los hombres, que para Dios no hay quienes se sientan a la mesa y quienes se quedan como perros a recibir las migajas, que para Dios todos son comensales del gran banquete de la vida que Él nos ha servido; y por eso, para todos piensa la promoción, para todos los hombres; este es el sentido misionero. La Iglesia desde todos los tiempos —dice la encíclica *Populorum progressio*— se ha preocupado por llevar la promoción a todos los pueblos de la tierra, no para apoderarse del poder de nadie, ténganlo bien claro los políticos

PP 12

PP 13

La Iglesia no pretende el poder de la tierra, pero sí pretende implantar, en el poder de la tierra, el reino de Dios que hará más justo el poder de la tierra; y hará más comprensivo al pueblo gobernado cuando lo ilumine un sentido de justicia y de verdadera promoción, cuando se sienta que la participación en política es un derecho que se respeta en todos los ciudadanos, porque a todos los hombres la Iglesia les predica su participación como hijos de Dios, con los talentos que cada uno ha recibido para el bienestar de todos. Todos tenemos derecho a construir el bien común de todo el país.

Y así la Iglesia va promoviendo por todas partes. Si esto es subversión, la Iglesia sabe que no lo es; sino que es promoción, desde todos los pueblos, respetando la idiosincrasia de cada país. Y si alguna vez —dice la encíclica *Populorum progressio*— los misioneros, imbuidos en una cultura de su país, sintieron que se traslucía algo del mensaje de Cristo de su propio modo de pensar como europeos, ahora la Iglesia está tratando de corregir y sabe que eso fue un error, y trata de identificarse tanto con el pueblo misionado que no le interesan ya tanto los intereses de su país, sino del pueblo cuyo arte, ciencia, idiosincrasia, raza, modo de ser, lo promueve, lo diviniza.

PP 12

Eso estamos haciendo en El Salvador. No somos un poder extranjero. Somos el alma del pueblo, somos la vida de la nación. Por eso, la Iglesia predica y siente que tiene el derecho de predicar un Evangelio que no trae un poder extranjero, sino que viene a inyectar vida a nuestra propia vida para que el salvadoreño sea más salvadoreño y ame más a su patria y trabaje por promoverla mejor. Esto hace la Iglesia en el pueblo; por eso, no se le quiere comprender, a pesar de lo claro que es su misión.

La promoción del espíritu

Y finalmente, queridos hermanos, un tercer pensamiento. Voy a terminar con que toda esta promoción de todo el hombre y de todos los hombres, no es a ras de tierra, no es solo para hacer sano en sus carnes a Naamán el sirio, no es solo para dar una alegría de salud corporal a diez leprosos. Lo más grande de todo es que a través de esa promoción del cuerpo, Cristo ha logrado la promoción del espíritu. Se han fijado cómo terminaron los dos milagros, el milagro de Naamán, con esta palabra hermosísima: ahora reconozco que no hay Dios en toda la tierra más que el de Israel, y permíteme llevar tierra de este reino para no adorar de aquí en adelante más que al Dios verdadero. Allí termina la promoción: en unir al hombre con Dios. Y se han fijado cómo termina la promoción del leproso agradecido: volvió, dando gloria a Dios a grandes gritos y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Así termina la promoción de la Iglesia: postrando los hombres ante Cristo.

2 R 5, 15.17

Lc 17, 15

Para estos momentos de prueba en la historia del país y en la historia de la familia, San Pablo, escribiéndole a Timoteo, ya está prisionero, está encadenado, pero desde sus cadenas puede decir San Pablo esta mañana: “La palabra de Dios no está encadenada”. ¡Qué libertad la que produce esta fe cristiana! Una Iglesia perseguida, torturada, asesinada, puede decir como San Pablo: pero la palabra de Dios no está amarrada. El hecho es que cuando quisieron apagar la voz del padre Grande para que los curas tuvieran miedo y no siguieran hablando, han despertado el sentido profético de nuestra Iglesia, la cual se desencadena porque sabe que no le pueden matar la palabra en los labios, que seguirá vibrando a través de una Iglesia que lleva la promesa de Cristo hasta la consumación de los siglos. ¿Y qué tiene que predicar el predicador de esa palabra que no se deja amarrar? La fidelidad a Dios, dice San Pablo. Esta es la doctrina segura: que Cristo es nacido del linaje de David; en cuanto hombre, pertenece a raza de reyes, pero no es eso lo más grande. Lo más grande es que este ha resucitado de entre los muertos.

2 Tm 2, 9

Hermanos, ¿qué miedo puede tener un hombre que cree en aquel que cuando lo mataron resucitará para siempre? Se ha perdido la esperanza de muchos en esta resurrección y por eso tienen miedo. Pero ha despertado la esperanza de muchos que qui-

2Tm 2, 11-12
 2Tm 2, 13a
 Jn 21, 15
 2Tm 2, 13b

sieran ser matados para participar con Cristo en su martirio y resucitar con Cristo en una gloria que no tendrá fin. Y por eso la consigna de San Pablo, para terminar. “Si morimos con Él, viviremos con Él; si perseveramos, reinaremos con Él; y —fíjense bien— si lo negamos, también Él nos negará”. ¡Qué terrible será la negación de Cristo a la hora en que las cosas son definitivas! “Tuve miedo de ti, Señor, por eso me hice masón, por eso me hice de ORDEN⁶, por eso me metí en tal situación política”. “Me negaste”. Pues aquí está la sentencia: “Si lo negamos, también Él nos negará. Si somos infieles —esta es otra cosa—, si somos infieles, Él permanece fiel”. ¡Qué consuelo! Aun cuando lo hayamos traicionado, si lo venimos a buscar lo encontramos con los brazos abiertos. No ha pasado nada. Como Pedro en la mañana de la resurrección; Cristo —que ha sido testigo de las negociaciones cobardes del Jueves Santo en la noche— ahora solamente le pregunta: “¿Me amas?”. Y Pedro, avergonzado y arrepentido, le dice: sí, te amo, Señor. Si lo que pasó aquella noche fue pura debilidad. Soy digno de castigo. Y Cristo no le reprocha el pecado. Lo encuentra fiel. Todo pecador, todo traidor que se haya alejado de Cristo, sepa esto: “Si le hemos sido infieles, Él permanece fiel”. Qué consuelo, hermanos, para mí pecador y para cada uno de ustedes pecadores, que después de nuestras debilidades y deficiencias lo hemos encontrado, nos ha perdonado, nos ama, no ha pasado nada, “porque no puede negarse a sí mismo”. ¡Qué razón más profunda! Dejaría de ser Dios, dejaría de ser redentor.

Por eso, hermanos, con esto terminamos, pues, nuestra explicación humilde sobre la Iglesia de la promoción integral, una Iglesia que se preocupa de salvar las almas, pero que también se preocupa de salvar los cuerpos, de defender los derechos históricos de los hombres, pero que no se termina solo en aspectos políticos terrenales, sino que hace prevalecer con primacía absoluta la relación del hombre con Dios. Busca la conversión de cada corazón, porque de nada serviría una liberación económica en que todos los pobres tuvieran su casa, su dinero, pero todos ellos fueran pecadores. El corazón apartado

⁶ Organización Democrática Nacionalista (ORDEN), organismo creado por la Fuerza Armada de El Salvador, en 1967, que bajo la dirección del general José Alberto Medrano se convirtió en una instancia de control y represión del campesinado.

de Dios ¿de qué sirve? Hay naciones que actualmente, económicamente, socialmente están bien promovidas; aquellas, por ejemplo, del norte de Europa; y sin embargo, cuánto vicio, cuánto desorden. La Iglesia siempre tiene la palabra que decir: la conversión. La promoción no está terminada, aunque organizáramos idealmente la economía, la política, la sociología de nuestro pueblo. No está terminada. Sería la base para que culminara en esto que la Iglesia busca y predica: el Dios adorado por todos los hombres, el Cristo reconocido como único salvador, la alegría profunda del espíritu de estar en paz con Dios y con nuestros hermanos.

Iglesia en oración, Iglesia misionera

Vigesimonoveno domingo del Tiempo Ordinario
16 de octubre de 1977

Éxodo 17, 8-13
2 Timoteo 3, 1-4, 2
Lucas 18, 1-8

[...] es como una reunión de familia¹, con no solo los que asisten y llenan la catedral —me da mucho gusto ver la asistencia que es cada vez más consoladora para el pastor—, sino también a través de las comunidades que allá en las parroquias, en los cantones, unidos a esta transmisión de nuestra radio católica, nos congregamos para ver la realidad por donde va peregrinando nuestra Iglesia particular, que tiene que ser como Cristo le ha mandado: sal de la tierra y luz del mundo. Y desde allí nosotros, pues, orientamos nuestra historia personal, nuestros problemas de familia y nuestros problemas sociales. Debemos de aprender a iluminarlos con la palabra del Señor. Por eso, me gusta recordar aquí no todos los acontecimientos, que en esta época se suceden con una velocidad tan vertiginosa que de un día para otro ya le quitan importancia a lo que de veras es importante.

Mt 5, 13-14

Hechos de la semana

Por ejemplo, en esta semana —destacando hechos principales— todos hemos sido testigos de conflictos laborales en fábricas

¹ El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

entre patronos y obreros, huelgas donde ha corrido hasta la sangre, donde se han atropellado dignidades humanas, donde, tal vez, no se ha dado pleno crédito al diálogo, que es la manera racional de resolver conflictos. Con este motivo, el arzobispado, pues, ha tenido el honor siempre de recibir informaciones, de pedir intervenciones. Y comprende la Iglesia que su competencia no es de carácter sociológico, no es ella técnica en materias laborales, pero sabe que hay un Ministerio de Trabajo y que existe también voluntad de concordia en los hombres, que puede ser explotada. Y únicamente puedo afirmar, como pastor, que hemos de cuidar que la justicia, el respeto a la dignidad de los hombres, aunque sean los más humildes trabajadores, sea respetada, porque así es la voluntad del Señor.

En este sentido también, me alegro de estar en sintonía con algunas confesiones fuera de la Iglesia. Han llegado algunos protestantes, pastores, a mostrar su solidaridad con la Iglesia en su afán de predicar la justicia y de trabajar también en colaboración cuando se trate de estas materias. La Iglesia acepta plenamente este trabajo, porque no se trata de una cosa de confesión católica, sino de lo humano, de la justicia. Y en este sentido pueden estar siempre seguros que la Iglesia estará con el derecho, con el pobre, con el que sufre; pero, al mismo tiempo, reclamará aquellas cosas en las cuales puede haber abusos. Desde la perspectiva de Dios, pues, la Iglesia ilumina estas realidades y hace un llamamiento a los hombres a la cordura, al entendimiento, a no querer arreglar las cosas por las fuerzas irracionales del más fuerte, sino por la fuerza de la razón que es la fuerza de Dios.

También, sepan que la Iglesia apoya plenamente las justas exigencias de los campesinos. Ya se acercan las temporadas de las cortas de café, de caña, de algodón y hemos visto en los periódicos también el deseo de aquella gente que solamente en esos días de trabajo encuentra sus fuentes de ingresos. Quien vive de cerca estas tremendas realidades sabe que el sueldo del cortador de café o de caña o de algodón, muchas veces ya tiene comprometido todo lo que ha ganado o lo que va a ganar, porque ha tenido que vivir fiando durante todo el año para comer. Y ahora, pues, que estos productos que nuestra tierra, bendecida por Dios, han alcanzado altos precios, es justo que participen también aquellos que colaboran en este enriquecimiento. Y esto es simplemente justicia cristiana. Que se comparta, que se sepa

agradecer a Dios el don recibido, los precios elevados de las cosas, para que justamente todos los hombres nos sintamos, no solo de sentimientos, sino de verdad, hermanos. También aquí diré: la Iglesia no es técnica en señalar precios; no es su competencia. Pero sí sabemos que hay un ministerio en el gobierno, el cual tiene que ser justo y no imitar el juez de la parábola de hoy, que no tenía respeto ni a Dios ni a los hombres, sino únicamente el respeto muchas veces a los poderosos de la tierra, y por ellos no hace caso a la viuda necesitada, a la que le pide que le haga justicia. Que ya haya más diálogo, pues, no solo entre patronos y obreros, sino también entre los intereses del pueblo y aquellos del gobierno encargados de esos diversos aspectos.

Lc 18,2

Somos testigos, yo creo que todos, de los espectáculos tan tristes, tan deprimentes, que ya se van a comenzar a ver otra vez en aquellas tierras donde se produce el café y los otros productos de nuestra tierra, donde el pobre trabajador, pues, tiene que reponer sus fuerzas de su día durmiendo a la intemperie, bajo el frío, a veces en las losas de un parque público. Es espectáculo que no dice bien. Si de veras queremos tener una patria de rostro hermoso, tiene que haber más justicia, más comprensión. Yo suplico, pues, si a la Iglesia no se le quiere hacer caso, como lo dije en el funeral del padre Navarro, hay instituciones que se glorían de la filantropía; siquiera por amor al hombre, esas instituciones muéstrense ahora activas y procuren apoyar los justos reclamos de quienes tienen que pedir, no de limosna, sino, como fruto de su trabajo, un poquito de bienestar.

Vida de la Iglesia

Por nuestras comunidades católicas, hermanos, compartamos también alegrías: el 12 de octubre, día de Nuestra Señora del Pilar, como ustedes saben, el día en que se descubrió nuestra América. Y según la historia, como no venía un sacerdote en la primera tripulación de Cristóbal Colón, fueron los laicos los que plantaron una cruz en la playa y cantaron a la Virgen la Salve. Una plegaria a la Virgen fue el primer saludo cristiano que oyeron nuestras tierras. Sin duda la Virgen, que precisamente reservaba un día —tan celebrado en España— para descubrir estas tierras de América, quiso presentarse desde el primer día como la madre de todo este continente.

Y aquí, en la arquidiócesis, celebramos este acontecimiento en una población que lleva el nombre de aquella ciudad española donde se guarda la patrona del Pilar, Zaragoza. Y en Zaragoza tuve también la dicha de predicarles cómo esta fe cristiana, que nos congrega ahora aquí, en el domingo y que nos hace esperar en Dios y rezar con confianza, es una fe apostólica: a través de la vocación del Pilar se remonta hasta el apóstol Santiago; es decir, apostólica porque es la misma fe que nos dejó Cristo a través de los apóstoles.

Y les decía también que es una fe misionera, porque así fue como vinieron los españoles a descubrir América. En el corazón de los reyes católicos, era un sentido misionero de poner a los pies de Cristo las nuevas tierras; aunque después, como suele suceder, los súbditos de esas leyes abusaron y cometieron tantos atropellos contra nuestros pobres indios. Pero la idea central era una idea misionera, de modo que nosotros cristianos del continente nacimos a la luz de este gran mensaje y de esta empresa de las misiones; de las cuales quiero también hablarles ahora.

Pero antes también quiero recordarles que esa fe, pues, apostólica y misionera es una fe mariana. Una fe mariana que ha hecho —como dijo el papa Pío XII— de las tierras latinoamericanas, como un cielo tachonado de astros, donde cada santuario dedicado a María es una estrella y forman constelaciones los santuarios, no solo de las Vírgenes patronales de todos los países latinoamericanos, sino en humildes ermitas, en hermosas iglesias. El nombre de María le ha dado un tinte tan material, tan tierno a nuestra fe, que vale la pena revisar en este mes del Rosario nuestra fe a la Virgen. No dejemos de agradecerse la al Señor, que nos la haya dado con la ternura de su propia madre, de María, y que desde la cumbre del Tepeyac le dice al indito Juan Diego, representante de todas nuestras razas: ¿qué no estoy yo aquí, que soy tu madre? ¡Qué hermoso sentirse hermanos! Hermanos no solo por ser hijos de Dios, sino por llevar en el corazón el cariño y la ternura de la madre de Cristo, que es madre de nuestra Iglesia.

El párroco de la comunidad parroquial de San José Las Flores me escribe un telegrama muy triste. Le han matado a su mejor catequista. Estoy tristísimo —dice el padre Poprawa— porque era como su brazo derecho en la obra de catequesis de su

parroquia². Queremos expresarle al querido párroco nuestra condolencia y pedir a todos los que estamos en este momento de oración sus plegarias por el eterno descanso de esta nueva víctima de nuestra violencia criminal, y pedir también la conversión de los pecadores.

Ayer fuimos a dejar a San Martín a su párroco, el padre Rutilio Sánchez. Ha sido la decisión fruto de grandes deliberaciones y me ha dado mucho gusto ver que aquella población ha ratificado con un encuentro —que yo calificué ayer de Domingo de Ramos— la decisión del obispo. Alguien quiere interpretarlo como una provocación pero yo les digo que no es otra cosa que una medida pastoral. La labor que el padre ha realizado en aquella población es grande y se conoce por cierta madurez en la fe. Y ya que este trabajo no se ha concluido y se va llevando bastante bien, hemos querido, pues, respaldar con nuestra misma presencia y la presencia de muchos sacerdotes, religiosas y fieles de otras parroquias esa entrega —como el padre dijo: “Una nueva entrega a mi pueblo” — que ha de redundar en mucha gloria. Y yo le recomiendo a todos ustedes en sus oraciones, para que esta nueva etapa de la parroquia de San Martín sea de mucha gloria a Dios y de mucho bien para las almas, para la Iglesia; que no es otra cosa la que buscamos en nuestros trabajos pastorales que la implantación del reino de Dios en la tierra.

El último domingo de octubre, Cojutepeque va a convocar a todos los Caballeros de Cristo Rey organizados en la arquidiócesis, hacia las 3:00 de la tarde. Desde ahora se hace un llamamiento, pues, a todos los hombres que integren esta agrupación para celebrar una especie de revista del ejército de Cristo Rey allá en Cojutepeque, el domingo último de octubre, dentro de quince días.

Y esta mañana, a las 10:00, daremos posesión al nuevo párroco de Ayutuxtepeque, padre Samuel Orellana; así como hoy, a las 7:00 de la noche, en la iglesia de Candelaria entregaremos el nuevo párroco, al padre Díaz.

Hermanos, y estos hechos de nuestra historia y de nuestra Iglesia queremos iluminarlos con dos pensamientos sacados de

² El 7 de octubre de 1977 fue asesinado, en Nueva Trinidad (Chalatenango), Simón Córdova, mayordomo y responsable de Cáritas, en la comunidad. *Cfr.* “La palabra del arzobispo. Un mensaje y un pésame”, *Orientación*, 23 de octubre de 1977.

las lecturas de hoy. Esta homilía la podíamos titular: Iglesia en oración y, segundo, Iglesia misionera.

Iglesia en oración

En la primera lectura, se destaca hoy una figura que yo quisiera que la interpretáramos como la figura de la Iglesia en oración. Allá en la llanura, estaba trabada una lucha que capitaneaba Gedeón³, jefe del pueblo de Israel, frente a los amalecitas que se oponían al paso de los israelitas en su peregrinar hacia la tierra prometida, porque ellos dominaban la situación de los que peregrinaban hacia el sur y tenían que ser vencidos para que pasara el pueblo de Dios. Era, pues, una de esas guerras justas, cuando se agotan los medios humanos, naturales. Es como la huelga. La guerra es el último recurso. Cuando se ha tratado de dialogar y no se pueden entender por las buenas, la guerra justa es precisamente el reclamo de un derecho que no se quiso dar por las buenas. Así, el pueblo de Israel tiene que pasar bajo los órdenes de Dios hacia la tierra prometida; pero hay un obstáculo, los amalecitas. Y con toda la santidad de Moisés y de Josué se declara la guerra. Pero es lo hermoso del momento: mientras Josué capitanea los ejércitos, Moisés en la montaña está en oración con el bastón que Dios le ha dado como señal del poder divino, con el cual ha hecho tantos prodigios, levantando en alto con sus manos. Mientras levantaba sus brazos el ejército de Israel vencía y cuando, cansado, se le caían abajo los brazos, retrocedía. Entonces, dos ayudantes de Moisés, Aarón y Jur, le sostenían los brazos para que no decayera.

Ex 17, 11-12

Y esta es la figura que yo quisiera que grabáramos en nuestra alma, hermanos. El pastor de la Iglesia, los dirigentes de este pueblo de Dios, necesitamos mantener continuamente los brazos en alto, en oración. Y he aquí la necesidad de que todo el pueblo convertido en estos ayudantes, Aarón, Jur, con un sentido de plegaria, oren y estemos en oración. No hay cosa más bella que una Iglesia en oración. Y yo creo que nunca como ahora nuestra diócesis había sido esta figura, la Iglesia en oración. A mí, me llena el corazón saber que tanta gente que me dice: “Lo encomendamos a Dios, rezamos por usted”. Ayer

³ El relato bíblico se refiere a Josué.

nada menos, cuando una broma de mala ley riega la noticia de que me habían secuestrado, llegaron muchas llamadas telefónicas asegurando esa plegaria. No sé qué se pretende con esas amenazas, con esas noticias echadas al aire. Yo quiero denunciar a tiempo, hermanos, que la Iglesia vive el peligro, el peligro de una batalla contra las fuerzas del mal y las fuerzas del infierno; el diablo no es una ilusión y en la tierra tiene muchos ministros, muchos que le sirven, colaboradores suyos. Entonces, Dios tiene que tener también las fuerzas del pueblo de Dios que claman en oración.

Dentro de poco, en la misa, hay una frase que me emociona profundamente, cuando le digo al Señor: “No te fijes en mis pecados; fíjate en la fe de tu Iglesia”. Y yo pienso precisamente en esta Iglesia que son ustedes, almas en oración. Pienso yo en ese momento cómo se hacen presentes en el altar junto a Cristo, divino Moisés, las plegarias de tantos sacerdotes, de tantas religiosas. Y es hermoso saber que en ciertos noviciados, en ciertas congregaciones, hay horas explícitas de oración, el Santísimo expuesto y la religiosa, como un ángel, de rodillas ante Dios. Y es hermoso pensar que una capillita, por ejemplo, la del hospital de la Divina Providencia, todo el día con el Santísimo expuesto, desfilan los enfermitos, las religiosas, los bienhechores a rezar por la Iglesia, por sus necesidades. Y es hermoso pensar que, aun sin la mística de un templo, hay miles de almas en oración. Son ustedes, queridos enfermos, que no han podido venir a misa y que junto a sus aparatos de radio están unidos en oración con esta plegaria de la catedral. Son las comunidades de campesinos o familias que en este momento dejan sus quehaceres y se reúnen en torno de su radio para estar en comunión de plegaria con la iglesia catedral, madre de todas las iglesias de la diócesis. Y es oración la de los niños que en el catecismo y en su primera comunión levantan sus manitas limpias, inocentes, ¿cómo no las va a acoger el Señor? Esta es Iglesia en oración. Iglesia en oración también la del padre de familia que no le queda tiempo de ponerse de rodillas y orar, pero está trabajando, por encontrar trabajo, por encontrar cómo dar de comer honradamente a su familia, buscando trabajo, confiando en Dios. Es pueblo de Dios en oración. Y sería interminable describir este espectáculo que solamente se puede apreciar con la fuerza de la vista de Dios, con la fe.

Pero, hermanos, yo les invito a que todos seamos almas en oración. Se necesita hoy integrar en este movimiento de promoción que la Iglesia está llevando adelante como una fuerza principal, este sentido trascendente de la promoción. Si una persona quiere promover la sociedad económicamente, socialmente, políticamente y no ora, solamente busca cosas de la tierra, es una promoción inmanente, una promoción de tierra, una promoción que solamente durará mientras vayan bien las cosas, pero que luego se cansará, porque no ha puesto su confianza en esa trascendencia que es la fuerza del cristiano. La trascendencia, es decir que, a pesar de que nosotros trabajemos todo lo que es posible al alcance de la tierra, no logramos nada si Dios no construye un nuevo orden de cosas, que es Dios el que se ha ofrecido como salvador, que es Dios el único que puede redimir nuestra situación, que nos pide, sí, la colaboración y que tenemos que poner de nuestra parte toda la colaboración, como Josué en el valle, sangrando, luchando, enfrentándose al peligro, pero, al mismo tiempo, Moisés orando y pidiendo a Dios. Una sola causa: la inmanente, la que lucha en esta tierra, y la trascendente, la que con manos elevadas pide a Dios: solo tú, Señor, puedes traer la victoria de la justicia, de la paz, del amor a este mundo tan necesitado.

Así como debemos de construir: con oración y trabajo, *ora et labora*, como es el hermoso lema de los benedictinos, que todo el día se pasan trabajando, pero haciendo de su trabajo una continua oración al Padre. Iglesia en oración. Hemos de incorporar este valor de la oración a la promoción humana, porque si no hacemos oración, miramos las cosas con mucha miopía, con resentimientos, con odios, con violencias. Y es solo hundiéndose en el corazón de Dios desde donde se comprenden los planes de Dios sobre la historia. Solo hundiéndose en momentos de oración íntima con el Señor es cuando aprendemos a ver en el rostro del hombre, sobre todo el más sufrido, el más pobre, el más harapiento, la imagen de Dios, y trabajamos por él. Solo desde la contemplación de la plegaria podemos percibir una fuerza del Espíritu, que es la que va entretejiendo la historia, y que los hombres pueden abusar como azotes de Dios, pero hasta cierto punto, Dios nos dice: ¡basta! y es la hora en que nosotros, tal vez impacientes, nos parece que no llega, pero va a llegar. Y desde la oración comprendemos que es necesario

perseverar, como la viuda del Evangelio, aun frente a los jueces inicuos, aun frente a los que debiendo regir con justicia las cosas de la tierra, únicamente tienen miedo al poder del dinero, al poder de las armas, al poder político y se olvidan de que esas son fuerzas muy relativas, que todo viene de Dios. Como la viuda del Evangelio de hoy, no temamos ni la iniquidad de los jueces ni la parcialidad de los que hacen las leyes únicamente a favor de ciertas clases que pueden influir y no dialogan con el pobre que, como la viuda, se acerca para pedir un mejor salario para poder comer, una vivienda siquiera para dormir en las horas intemperies. Para acercarse ya al fin, esa perseverancia trae la victoria —dice el Evangelio de hoy— no por la violencia, sino por la oración, por la confianza en Dios. Yo les invito, hermanos, a ustedes a que hagamos de nuestra Iglesia una Iglesia en oración; esta es la fuerza más grande de la arquidiócesis.

Lc 18, 1-8

Lc 18, 8

Esta semana he oído una frase que me ha llenado mucho el corazón, una persona que no es de nuestro país me dijo. “¿Quiere que le dé un título a su diócesis? me dice, yo la he llamado la Iglesia soñada”. “¿Y por qué —le digo— Iglesia soñada?”. “Porque he venido a encontrar aquí en esta arquidiócesis una Iglesia que ha puesto su fuerza en el poder de Dios, en el deseo de ser auténtica Iglesia, en el valor de desprenderse de aquellas cosas que antes tal vez la hacían poderosa, pero que no era la fuerza de Dios”.

Me ha hecho reflexionar mucho esa frase y no por vanidad se los digo, sino para comunicarles a todos ustedes, mis queridos hermanos, en esta meditación de familia, que sigamos haciendo de nuestra diócesis la Iglesia soñada, la que soñó Cristo al ponerla toda ella amparada en su propia debilidad, amparada en la fuerza de Dios que le viene de la oración. San Agustín decía una frase muy bonita que yo quisiera que se les grabara todos: “La oración es la fuerza del hombre, porque es la debilidad de Dios”. Es como un papá ante la debilidad de un niño, se siente débil y se acerca a él y le ayuda en su debilidad. Esta es nuestra Iglesia: débil, pero con la fuerza de Dios. Oremos mucho, porque así atraeremos hacia nosotros ese Dios que se hace débil cuando los débiles le piden su protección: en ti, Señor, he puesto mi esperanza y no quedaré confundido.

Sal 31, 2

⁴ Esta frase se atribuye a San Agustín, aunque no consta en sus escritos y meditaciones sobre la oración.

Iglesia misionera

Y el otro pensamiento, hermanos, la Iglesia misionera, lo que quiero presentar brevemente como un anuncio del próximo domingo. El domingo penúltimo de octubre, que hoy será el 23, se celebra el Domingo Mundial de las Misiones. Pero no es que solo ese domingo tenemos que ser misioneros. El próximo domingo es como un aldabonazo en el corazón de cada cristiano para decirle: ¿cómo anda tu espíritu misionero? Toda tu vida tiene que ser misionera.

2Tm 3, 14-15a Y el fundamento de todo esto lo encuentro en la carta de San Pablo a Timoteo que se ha leído hoy: “Permanece en lo que has aprendido y se te ha confiado, sabiendo de quién lo aprendiste y que de niño conoces la Sagrada Escritura”. Timoteo pertenecía a una familia conversa y había aprendido de su abuela y de su madre la religión que profesaba y que Pablo cultivaba más. Era pues una familia misionera. Toda familia que catequiza a sus niños está cumpliendo la misión, transmitiendo el gran mensaje de la salvación.

2Tm 3, 15b Y hablando de esa revelación, le dice San Pablo: “Esta Escritura puede darte la sabiduría que por la fe en Cristo conduce a la salvación”. Esto es lo grande de nuestra fe. No es una filosofía para ser feliz en esta tierra. No es una psicología, una pedagogía de esos cursos que ahora abundan para hacer buenos vendedores. No es una psicología únicamente para hacer feliz al hombre y quitarle preocupaciones de la tierra. Es una sabiduría que viene de Dios. He aquí otra vez la trascendencia. Solo lo que viene de Dios puede dar salvación, porque la salvación viene del Señor. Y por eso San Pablo le dice: “Toda Escritura inspirada por Dios es también útil para enseñar, para reprender, para corregir, para educar en la virtud”.

2Tm 3, 16

Hermanos, si la Iglesia se preocupa de llevar su Evangelio a todos los horizontes, no es con un afán de intromisión en los Estados, como si un país quisiera entrometerse en nuestro país. Aquellos que hablan de una Iglesia que es un poder extranjero no han comprendido nada lo que es la Iglesia. La Iglesia es como aquella estrofa que se canta el día de los magos que van a adorar al niño Jesús, y que el rey Herodes tiene envidia porque ha nacido otro rey, y la Iglesia le canta: “No tengas miedo, Herodes; no viene a quitar poderes temporales el que viene a dar el reino

del cielo”⁵. Esto viene a dar la Iglesia a los reinos y a los poderes de la tierra, espíritu del cielo. Esto que dice San Pablo hoy: “La Escritura es útil para reprender, para corregir, para educar en la virtud”. La Iglesia llevando su Evangelio respeta la historia, la índole, el modo de ser de cada pueblo; pero lo corrige, lo eleva, lo llena de virtud, para que el salvadoreño sea mejor salvadoreño, para que el africano sea mejor africano. Es un reino de Dios que se inyecta como un injerto en todas las razas, en todas las culturas y sin quitarle su propia originalidad a cada cultura, a cada hombre, lo eleva haciéndolo siempre el mismo. De modo que yo, cada uno de ustedes, ante una religión bien vivida, sus defectos van desapareciendo y se va destacando más el cristiano. El cristiano no es otra cosa que el hombre perfecto. Las virtudes humanas se necesitan, porque el cristianismo no destruye las virtudes humanas de ningún hombre, de ningún pueblo; respeta y esta es la misión.

2Tm 3, 16

La misión es llevar —como le recomienda San Pablo a Timoteo— esta revelación que eleva, que santifica, que dignifica, que fortalece los modos de ser de todos los pueblos. Por eso le dice: “Ante Dios y ante Cristo, que ha de juzgar a vivos y muertos, te conjuro —miren qué forma más solemne, es un imperativo— que proclames la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, reprocha, exhorta, con toda comprensión y pedagogía”. Cuando yo desde esta cátedra denuncié injusticias, reprocho atropellos, no estoy de acuerdo con ciertas actitudes, no soy yo el que hablo; no soy más que el mensajero de esa palabra mandada a todos los pueblos a reprender, a reprochar, a exhortar. El que me atiende no me atiende a mí, atiende a Dios, que nos quiere salvadoreños más honrados, que nos quiere más hermanos, que quiere más justicia, que quiere más respeto. La palabra de Dios tienen que oírla todos los pueblos con esa actitud que me emociona tanto aquí en catedral. Es la voz de Dios que a través de mi tosca palabra humana está llegando a cada corazón de ustedes. Y ustedes escuchando y yo mismo también aprendiendo, tratamos de ser mejores, cada uno en su propia vocación. Yo, como pastor; los sacerdotes que me escuchan, como sacerdotes; las religiosas, que yo les agradezco su presencia también en catedral y las que allá también, en sus aparatos de

2Tm 4, 1-2

⁵ *Liturgia de las Horas*, Himno de Vísperas, en la Epifanía del Señor.

radio sintonizan esta meditación; los jóvenes; los matrimonios; los profesionales; los ricos, que no están excluidos, los quiero mucho, pero los quiero convertidos a esta verdad que salva, porque no quiero que después de ser felices en la tierra se vayan a condenar por no ser mejores administradores de los bienes que Dios les ha dado; los pobres marginados, con los cuales también me solidarizo, pero no con sus vicios, no con sus desórdenes, sino para decirles también: corríjense, promuévanse, trabajen, dejen los vicios para que puedan ser hombres de verdad. Esto predica la Iglesia. Por eso me duele esa calumnia, cuando dicen que yo quiero ser obispo solo de una clase y desprecio a otra clase. No, hermanos. Trato de tener un corazón ancho como el de Cristo; imitarlo en algo para llamar a todos a esta palabra que salva, para que todos nos convirtamos —yo el primero—, nos convirtamos a esta palabra que exhorta, que anima, que eleva; y esta es la misión de la Iglesia.

Hermanos, ayudar a las misiones es ayudar a aquellos hombres y mujeres, sacerdotes y laicos, que en aquellas tierras donde todavía Cristo no es conocido, tal vez donde la religión natural, donde se adora a los falsos dioses, tal vez con un sentido más honesto que nuestros cristianos, eleven esas creencias al único Dios verdadero para que sean más fieles, más felices. Porque las misiones no quiere decir que solamente los que estamos en la Iglesia nos vamos a salvar y que hay que traerlos a todos a la Iglesia.

La misión proclama también que hay muchas luces de Cristo también en tierras paganas, mucha verdad y mucha gracia que Cristo y el Espíritu Santo están llevando también a los pueblos que no conocen a Dios, y se salvarán en la fidelidad a sus leyes paganas. Pero la Iglesia siente que ella, depositaria de una redención íntegra por Cristo, todos esos valores religiosos que se encuentran en el judaísmo, en el mahometismo, en las falsas religiones, son como reclamos hacia la verdad íntegra, hacia la Iglesia única que Cristo quiere. Y esta es la misión: ir a aprovechar esos valores humanos, estimarlos, pero elevarlos hacia Dios; esta es la misión. De modo que la obra misionera de la Iglesia es una obra de promoción humana a nivel mundial para hacer el gran proyecto de Dios: que todos los hombres seamos una sola familia, Cristo sea la única cabeza y un día ese Cristo pueda colocar a los pies de Dios la humanidad entera formada

de diversas razas, de diversos modos de pensar, pero todos aceptando la verdadera fe en Cristo.

Para esto nos llama la Iglesia el próximo domingo. Y yo he querido adelantar este concepto porque lo reclamaba la palabra de San Pablo hoy y porque yo quisiera suplicarles, queridos hermanos, que durante toda esta semana piensen mucho en las misiones, en los misioneros y, si es posible, aquilaten a los niños, a los jóvenes, a las jóvenes de sus propios hogares, porque Dios tiene designio sobre esa juventud de El Salvador. ¡Cuántos misioneros podrían salir de nuestras familias si se viviera este espíritu de esta gran empresa misionera! No le podemos proponer al joven una obra heroica, una aventura tan maravillosa como la de ser misionero, aun cuando no sea sacerdote; allá se reciben también médicos, enfermeros, profesionales, ingenieros, catequistas, por poco tiempo, por unos años. ¡Cuántos están trabajando en aquellas tierras! Pero si no tenemos gente con este temple heroico de ser misionero, al menos, hermanos, seamos misioneros de retaguardia. Desde nuestro hogar cumplamos nuestros deberes. La fidelidad del matrimonio, la santidad de la familia, el sufrimiento de la enfermedad, ofrecerlo todo por las misiones, porque cuando en el credo decimos: “Creo en la comunión de los santos”, estamos expresando esta verdad. Lo bueno que tú hagas en tu casa se convierte en bienestar de todo el organismo; es oración por los misioneros.

Y también, hermanos, recuerden que en las misiones se necesita dinero. El próximo domingo en todas las parroquias se hace una colecta especial para mandarlo por medio del sagrado dicasterio, la Sagrada Congregación para la Evangelización de los Pueblos, que administra esos inmensos territorios de misiones donde hay tantas obras que sostener. No digamos que somos pueblo pobre y que aquí necesitamos todo nuestro dinero, porque —además de esa injusticia de que mucho dinero de El Salvador se va para bancos extranjeros— el mejor banco extranjero será este: ayudar con nuestras pobreza, con un sentido de solidaridad, a la obra de nuestra fe para agradecerle al Señor la fe que ya hemos recibido, haciendo posible que otros también la reciban. Y a cambio de unos poquitos centavos que nosotros podemos mandar, yo quisiera recordarles, hermanos, que el catolicismo en El Salvador está recibiendo inmensamente más de otros países. Alemania, por ejemplo, nos manda subsidios de

miles y miles para nuestras obras católicas. Estados Unidos y varios países que tienen obras de ayuda internacional han comprendido esta solidaridad con los pueblos pobres. Y nosotros, los pueblos pobres, expresemos también la solidaridad de compartir nuestra pobreza. No vamos a enriquecer a las misiones con nuestros centavitos, pero sí les vamos a demostrar que en El Salvador se comprende la misión y que, aunque sea con una pequeña cosa, podemos ayudar a las misiones.

Hermanos, hemos hablado de la Iglesia en oración y de la Iglesia misionera. Son dos grandes aspectos que no podemos prescindir si queremos ser Iglesia auténtica. Y vamos a ponernos ya en la oración sublime de nuestra eucaristía para ofrecerle a Dios junto con Cristo, el divino Moisés que en la cumbre del altar levanta sus brazos al Padre, para pedir misericordia por esta patria que tanto lo necesita.

La Iglesia misionera

Trigésimo domingo del Tiempo Ordinario
23 de octubre de 1977

Isaías 60, 1-6
Romanos 10, 9-18
Mateo 28, 16-20

Hoy celebramos, queridos hermanos y estimados radioyentes, el Día Mundial de las Misiones. Vamos a sentirnos todos, pues, miembros vivos de un pueblo que ha recibido de Dios el encargo de llevar su luz a todos los hombres de la tierra. Pero este pueblo de Dios se concreta en cada comunidad y vive en la historia concreta su ambiente, y desde allí tiene que ser misionero. Por eso, aunque sea un poco prolijo, hago siempre un poco de la historia nuestra, del ambiente en que este pueblo de Dios que se llama la Arquidiócesis de San Salvador se mueve con sus preocupaciones, con sus problemas concretos.

Hechos de la semana

Todos, por ejemplo, saben que mañana es el Día del Hospital. El arcángel San Rafael, que se celebra el 24 de octubre, su nombre significa “medicina de Dios”, ha dado origen a esta hermosa tradición en El Salvador de celebrar en su día, el Día del Hospital. Va, pues, todo nuestro cariño, nuestra comprensión para los queridos enfermos de todos los hospitales y también para los médicos, enfermeros y demás colaboradores, que deben de tener como centro de su vida el dolor humano en esos seres concretos de quienes Cristo dice: “Todo lo que hagan con ellos, conmigo lo hacen”.

También tenemos que lamentar que las huelgas, las manifestaciones en reclamos de derechos, no terminan. Son índice de un malestar profundo que la Iglesia viene denunciando y que los encargados del bien común tienen que apresurarse a buscar las causas, en mutuo diálogo con los interesados. La Iglesia también ofrece generosamente sus luces, de una doctrina que arranca del Evangelio y sin la cual tendremos siempre estos brotes de descontento. El mal es muy profundo en El Salvador y si no se toma de lleno su curación, siempre estaremos —como hemos dicho— cambiando de nombres, pero siempre el mismo mal. En este sentido también me han pedido informar que la ocupación de tierras en Azacualpa no se puede arreglar, porque ha habido varios diálogos desde julio, agosto, septiembre y todavía hoy en octubre, y a pesar de las promesas esperanzadoras con que terminan todos los diálogos, siempre hay una retractación, hay un asesoramiento, un consejo que impide llegar a un arreglo pacífico. No quisiéramos que en Azacualpa se vaya a repetir la triste historia de Aguilares. Por eso, toca también a las autoridades, a los competentes en la materia, resolver con justicia estas situaciones. Sé positivamente que los que ocupan las tierras no son usurpadores. No quieren robarlas. Están respetando la propiedad privada. Solamente quieren un entendimiento para poder tener dónde sembrar y dar comida y alimento a sus familias. Yo no soy perito en la materia —lo he repetido— ni la Iglesia tiene como competencia decir qué es lo que se debe de hacer. Pero sí, desde la luz del Evangelio, reclama a los competentes, a los que tienen la autoridad para urgir en los diálogos, que sean justos y que resuelvan con justicia estos problemas que son tumores de malestar en nuestra patria.

Varias madres y esposas y familiares se han acercado al arzobispado preguntando si es cierto que viene una comisión investigadora de derechos humanos y que cómo pueden hablar directamente con ellos. También aquí, pues, esperamos que si es cierto que viene una investigación, sea justa y que entre en diálogo directo con las personas interesadas. Hay tantos hogares que tienen tanto que decir.

Quiero denunciar, también, una encuesta tendenciosa de la universidad. En nuestro semanario *Orientación*¹ pueden ver un

¹ Cfr. “De aquí y de allá. La filosofía de la Universidad Nacional”, *Orientación*, 23 de octubre de 1977.

botón de muestra de cómo hay una filosofía —entre comillas— que no es tal amor a la ciencia, como es su etimología, sino una tendencia perversa a desacreditar la Iglesia, una encuesta que está orientando hacia un mayor odio y difamación contra nuestra Iglesia. Yo llamo a tiempo la atención para que no se dejen guiar de esos pseudocientíficos, ciegos que conducen a otros ciegos.

También, los días finales de septiembre —había olvidado informarles, porque no había recibido yo la información autorizada— se llevó a cabo una reunión de parte de la Iglesia para analizar la ley de FOCCO². Cuarenta y cuatro organizaciones de inspiración cristiana trabajan, ya sea en el campo católico o en el campo protestante, para promover a nuestro pueblo, principalmente al campesinado, y ven en la ley de FOCCO un peligro de monopolio, una supresión de inspiración, para dar una sola ideología política a estas organizaciones a las que la Iglesia, como cualquier entidad e individuo, tiene derecho a organizarse. El derecho de organización, pues, es uno de los derechos humanos, sobre todo cuando ha recibido de Cristo el encargo de llevar su promoción evangélica a los sectores de nuestro pueblo. No quisiéramos lamentar, pues, una intromisión en los derechos de la santa Iglesia. Ya bastantes hemos lamentado.

Noticiero de la Iglesia

Por su parte, nuestra Iglesia, esta que lleva el mensaje misionero a todas partes del mundo, trata de vivir y de organizarse mejor cada vez en nuestra arquidiócesis. Ante la despedida de monseñor Rivera —el 5 de noviembre irá a tomar posesión de Santiago de María, a las 10:00 de la mañana— ha habido que nombrar un vicario general, el que junto con el obispo llevan el timón de la diócesis en sus aspectos más responsables. Ha sido nombrado por ahora monseñor Ricardo Urioste, a quien los sacerdotes ya han reconocido en todos aquellos problemas de jurisdicción de toda la diócesis.

Haciendo un recorrido por nuestras vicarías, nos alegramos con la vicaría de la Asunción, se llama así todo aquel sector po-

² Ley de Fomento y Cooperación Comunal (FOCCO), promulgada por la Asamblea Legislativa, el 28 de octubre de 1976, con el fin de regular la organización y el funcionamiento de las asociaciones de desarrollo comunal.

niente de la capital. Los párrocos, siguiendo consignas de la pastoral de la arquidiócesis, han reunido, están reuniendo las fuerzas vivas de toda la vicaría —que en ese sector son admirables, muchos colegios, muchas instituciones que están trabajando sin conexión— con una pastoral conjunta. Gracias a Dios, han sabido responder todos esos sectores y esperamos que esas parroquias, donde la Iglesia tiene que llevar su mensaje auténtico de Evangelio, encontrará muchos agentes de pastoral, en los sacerdotes, en los religiosos, religiosas y fieles, que tienen que ver que no son párrocos ni instituciones de un sector social, sino de la Iglesia, y que tienen que estar en coordinación de ideología con el pastor y con toda la línea pastoral de la arquidiócesis. Yo me alegro mucho y los felicito. Ojalá que estos encuentros vayan dando, pues, esa unidad de criterios en nuestra diócesis y no presentemos el espectáculo de dos Iglesias, porque no hay más que una Iglesia, la del Evangelio de Cristo.

Por la vicaría de Cuscatlán, tuvimos la dicha de escuchar la voz de monseñor Chávez, como ustedes saben, arzobispo durante treinta y ocho años, que con un gesto de servicio y de humildad está llevando la parroquia de Suchitoto. Los párrocos de aquella vicaría se reunieron con él y compartieron ratos muy fervorosos que se escucharon también por la radio. Quiero aprovechar esta oportunidad para presentar un nuevo testimonio de admiración y cariño a este querido antecesor. También en Cuscatlán, se prepara en Cojutepeque una convención de Cristo Rey el próximo domingo a las 3:00 de la tarde.

Por la vicaría de Chalatenango también tenemos noticias muy interesantes de cómo va progresando, bajo la dirección de una vicaría episcopal, la pastoral de aquel departamento tan interesante. Unas de las cosas más bonitas de la vicaría en esta semana ha sido su festival del maíz. Ayer y hoy se celebra al maíz. Y se ha promovido allá una industria muy interesante de productos del maíz, de tusas, de olores, etcétera. Hemos visto ejemplares muy bellos y vale la pena conocer y acuerpar esta industria, precisamente en San Antonio Los Ranchos, de la vicaría de Chalatenango.

En mis visitas, con motivo de la instalación de nuevos párrocos o de otros motivos pastorales, he tenido la felicidad de compartir momentos muy fraternales con las comunidades de Ayutuxtepeque, de Candelaria, de la colonia Dolores, de la

colonia La Luz; también con una comunidad muy interesante de señoras del mercado, que en estos momentos están llevando a cabo un curso de promoción. Yo me alegro mucho que este sector de las señoras del mercado hayan encontrado apóstoles específicos para darles el verdadero valor divino de ese trabajo arduo, expuesto a tantas cosas, pero que es de tanto valor para nuestra sociedad: el mercado.

Quiero felicitar también y alegrarme mucho con el seminario. Esta semana los seminaristas de la arquidiócesis que estudian filosofía y teología, unidos con su obispo, evaluaron su formación espiritual, intelectual, pastoral. Fue una tarde muy llena de esperanzas y les digo, queridos hermanos, como pueblo de Dios, que vale la pena impulsar la formación de estos jóvenes que serán los sucesores de los actuales sacerdotes que con tanto trabajo llevan en esta hora difícil la pastoral de nuestra arquidiócesis. El seminario es una esperanza. Porque también quiero anunciarles con alegría que la campaña vocacional que va llevando el padre Segura es todo un éxito, y él mismo me lo ha dicho, no es mérito humano, aquí está una bendición de Dios a la hora actual de nuestra arquidiócesis. Ya tenemos apuntados nueve bachilleres, además de muchos que van a estudiar el bachillerato en el seminario menor. Se han tenido que rechazar o posponer la aceptación de muchos jóvenes que, ante esta situación de la Iglesia, han dado una vez más el testimonio de aquella frase inmortal de Tertuliano: la sangre de los mártires es semilla de vocaciones, semilla de cristianismo³, semilla de un florecimiento en la Iglesia. Los perseguidores de la Iglesia no saben el gran bien que le han hecho, regándola y haciendo florecer enormemente este despertar de nuestra Iglesia que se va a manifestar, especialmente, en vocaciones muy prometedoras.

Quiero agradecer también a los seglares que están trabajando para ayudar a la jerarquía a una organización más actual, más funcional del gobierno eclesiástico.

Hermanos, perdonen la prolongación de este noticiero, pero es que la Iglesia al anunciar su palabra no puede prescindir de este ambiente concreto. Si no, corremos el peligro de anunciar un Evangelio etéreo, sin proyecciones a la historia y a la tierra. Y ahora sí comprendemos, en este ambiente difícil de la arquidió-

³ Cfr. Tertuliano, *Apologeticum* 50, 13.

cesis, lo que quiere decir el Domingo Mundial de las Misiones. En las tres lecturas de hoy, voy a encontrar los tres pensamientos que van a perfilar ante nuestra mente, una vez más, esa figura que ya la he presentado varias veces: la Iglesia misionera.

AG 6 En primer lugar, ¿qué son las misiones? En el documento del Concilio Vaticano sobre las misiones —lo acaba de recordar el Papa en su mensaje al Domingo Mundial que estamos celebrando— se nos explica que las misiones propiamente son esa empresa por ir a evangelizar y a plantar la Iglesia de Cristo en aquellas comunidades y pueblos donde todavía no ha llegado esta Iglesia a implantarse. Les repito, este es el concepto de misiones, llevar la palabra del Evangelio y organizar la Iglesia en aquellos países o comunidades que todavía no tienen una Iglesia organizada.

Por eso, la Iglesia, en su gran trabajo de evangelización, se divide en dos porciones: la Iglesia ya organizada, por ejemplo, El Salvador ya tiene sus cinco diócesis, es una evangelización que ya ha logrado una organización. La institución Iglesia ya se ve, se vive. Son cinco diócesis. No hay territorios misionales en El Salvador. En cambio, aquellos territorios donde todavía no se han organizado diócesis, allí se llaman territorios de misiones. En Centroamérica, por ejemplo, tenemos en Nicaragua y en Costa Rica dos territorios que todavía no tienen diócesis; y en países lejanos, inmensos territorios donde los misioneros, dependientes directamente de la Sagrada Congregación para la Evangelización de los Pueblos —así se llama ese ministerio del Papa que le ayuda en esta tarea de llevar el Evangelio a todo el mundo, se llama la Sagrada Congregación para la Evangelización de los Pueblos—, un cardenal como prefecto y un conjunto de personal, misioneros, tanto en la Santa Sede como en los territorios de misiones, trabajan para organizar la Iglesia en esos países. Y hacia allá se dirige nuestro pensamiento en esta mañana, a esos territorios de misiones donde hombres, mujeres, sacerdotes, religiosos, laicos están tratando de llevar la noticia del Evangelio y de organizar con una jerarquía propia, obispos propios, sacerdotes propios, una Iglesia, una institución que continúe anunciando el Evangelio, como continúa en El Salvador a través de sus obispos ya organizados y sus parroquias, este mensaje de Cristo.

Esto son las misiones. Pero no es un invento de nuestro tiempo. La palabra de Dios hoy nos ilumina en sus tres lecturas.

Isaías, siete siglos antes de Cristo, esa visión universalista del reino de Dios; San Pablo a los romanos, diciéndonos que de nada sirve organizar la Iglesia en institución si no hay conversión de corazón en los que se llaman cristianos; y el Evangelio de Cristo, San Mateo, que se acaba de leer, diciéndonos que existe un instrumento fundado por Él mismo que se llama la Iglesia, para llevar a cabo tanto ese panorama universal del reino de Dios como la conversión íntima de cada corazón. Y estos son los tres aspectos de este domingo misionero que yo descubro a través de las lecturas de hoy.

Visión universalista del reino de Dios

Isaías, en primer lugar, nos presenta el bello panorama que hemos escuchado: las tinieblas cubren la tierra, la confusión reina en el mundo cuando Dios no ha brillado. Y así mira que desde Jerusalén, no una luz que le viene de afuera, sino un Dios que se encarna en Jerusalén, hace de Jerusalén una luz que ilumina los senderos de la historia y del mundo. Y por esos caminos iluminados de Dios, van llegando todos los pueblos, trayendo sus tributos para formar un solo reino, el reino de Dios. ¡Qué precioso poema! No inventado por un poeta, sino por la mente de Dios, que al crear hombres, razas, pueblos, no es para que se confundan en diversidad de idiomas que no se pueden entender, en diversidad social que margina a unos mientras otros están bien; lo que Dios ha querido es hacer del mundo una gran fraternidad.

Is 60, 1-6

Pero el mundo solo no lo alcanzará. En el mundo, no hay más que tinieblas y confusión. Basta mirar el ambiente de nuestra patria; cuando se apaga la luz de Dios ¿qué queda? Secuestros, odios, torturas, violencias y el panorama triste. Cuando Dios no ha visitado a Jerusalén, se puede decir de todos los pueblos, cuando Dios también los deja porque los hombres no han sido dignos de Él, todo se torna confusión, tinieblas, miedo, terror. Es necesario que Dios venga a iluminar. Y esta es la misión. Por eso se llama misión. Misión, palabra de origen latino, quiere decir envío —*mittere*, enviar—, porque es el envío de Dios a su Hijo. Y cuando su Hijo enviado ha redimido al mundo y le ha enseñado su doctrina y regresa al Padre, desde el Padre, Padre e Hijo envían al Espíritu Santo.

De modo que la Iglesia es el producto de un doble envío, una doble misión que se origina en el corazón de Dios, el envío de su Verbo hecho carne, Cristo, nuestro redentor, que Dios lo ha querido cabeza de todo el género humano. “Cuando yo sea levantando en alto, lo atraeré todo hacia mí”, dijo Cristo. Y cuando Cristo ha terminado su labor con un pequeño grupo en la tierra santa, se va pero les dice: os enviaré el Espíritu, que os enseñará la verdad y os conducirá por todos los caminos del mundo. Así como mi Padre me envió, así yo os envío con la fuerza de mi Espíritu. Id, pues, por todo el mundo, por todos los caminos, por todos los tiempos y enseñad a todos los hombres lo que yo os he enseñado, y enseñadles a guardar también los preceptos que yo os he enseñado. El que los acepte se salvará, y el que no los acepte se condenará. He aquí la gran misión: el enviado del Padre, el Hijo; el enviado del Padre y del Hijo, el Espíritu Santo; y la Iglesia, la enviada de Cristo: “Así como mi Padre me envió, yo os envío”. Misioneros, enviados.

¿Qué hace entonces el mundo? Comienza a sentir una luz como la que profetizó Isaías. Ya no hay tinieblas. Aquellos pueblos que van aceptando esta luz de Cristo se van sintiendo hermanos. En el hermoso mensaje de Pablo VI sobre la evangelización de los pueblos en el mundo actual, dice: unos hombres aceptan ese mensaje de Cristo, se unen en comunidad para vivirlo y desde su comunidad se sienten inquietos por llevar ese mismo mensaje a todos los demás. Esta es la misión que estamos haciendo aquí en la catedral, que se siente verdaderamente emocionante en esta hora llena de fieles venidos de tantas partes, de tantas comunidades parroquiales: estamos evangelizándonos. En este momento, yo tengo la dicha de ser el misionero de esta comunidad; pero ustedes, al recibir mi mensaje, no lo van a guardar egoísticamente en su corazón, en su familia, en su comunidad; yo sé que de aquí surgen —y allá están oyendo por radio mi mensaje— muchas comunidades. Cuando yo termine de hablar, esas comunidades se ponen a analizar lo que yo he dicho, evangelizándose, profundizando el mensaje y tomando consignas para llevar esta misma luz a su cantón, a sus hermanos.

Por eso duele a la Iglesia, hermanos, cuando encuentra obstáculos a esta luz, cuando se sospecha de su misión, cuando se la quiere confundir con misiones subversivas, revolucionarias. Lo que predicamos es la luz de Dios que los hombres necesitan. Lo

Jn 12, 32

Jn 14, 26
Mt 28, 19-20
Mc 16, 16

Jn 20, 21

Is 60, 1

EN 15

subversivo, lo revolucionario es apagar la luz de Dios, no dejar circular el mensaje de Cristo, el amor, y sembrar en cambio el odio, la violencia. Pero yo siento la alegría íntima de que la comunidad de la arquidiócesis se evangeliza, recibe el envío del Hijo, del Espíritu Santo, a través de su Iglesia que le sigue hablando.

Y entonces, hermanos, esta Iglesia que recibe esta luz de Dios no es solo pasiva. Fíjense, qué hermosa la descripción que hace Isaías: “Y vendrán, mira a tu alrededor, todos han venido, tus hijas traídas en brazos, otras multitudes traídas en dromedarios”. Los antiguos medios de comunicación, los que usó San Pablo, los primeros cristianos, se han convertido hoy en los modernos medios de comunicación: la radio, los aviones, los automóviles, donde van los misioneros y de donde vienen de las misiones trayendo los dones de Madián y de Efá, no solamente del Oriente —como los magos adorando al niño Jesús—, sino de todos los pueblos de la tierra. Porque, hermanos, la Iglesia es bella. La Iglesia es el conjunto de sus diócesis organizadas; y cada diócesis aporta su valor individual, su valor autóctono. La Iglesia no mata iniciativas.

Is 60, 4.6

Is 60, 6

Mt 2, 1

Les acabo de mencionar la fiesta del maíz en San Antonio de los Ranchos. Es una escena misionera, es la Iglesia que le dice a los sembradores de maíz cómo pueden aprovecharlo desde la luz del Evangelio, cómo pueden iluminar sus caminos de tristeza con la alegría de una fiesta que dan las tusas y los olotes de nuestra tierra. Y así, en el África y en el Asia, descubre los valores, las culturas, y no las mata, como si fuera una colonización de esas que en la historia han acabado con los valores de los pueblos. La Iglesia no es una colonizadora. La Iglesia es una inspiradora de los valores que hay en todas las latitudes de la tierra.

Y traen entonces, aportando en la ofrenda de la misa: “Recibe, Señor, este pan y este vino, fruto de la tierra y del trabajo del hombre”. He aquí que se valora, entonces, la mano que trabaja para ganarse la vida. ¡Cuántas industrias, cuántos valores veo yo en vuestras manos, queridos católicos! Unos que trabajan la plata, otros que trabajan la madera, otros que labran la tierra, otros que amasan la harina para darnos de comer, otros que manejan las cosas que se venden en el mercado. ¡Qué hermosa es la humanidad! Esto quiere el Señor, que todas esas cosas sean traídas en dromedarios, en los medios de comunicación que tengan, para que en el altar el sacerdote los eleve a Dios en el

signo del pan y el vino que, convertidos en cuerpo del Señor, se hace divino el trabajo de la tierra. Esto hace la Iglesia: darle valor divino a los valores humanos, hacer traer del conjunto de diócesis una armonía que no la ha inventado ningún otro imperio, solo el imperio de Dios.

Por eso, hermanos, es ridículo que se sospeche de la Iglesia. Les repito aquella frase que les recordé el domingo pasado, que canta la Iglesia el día de la adoración de los magos, cuando Herodes, envidioso de que hubiera nacido otro rey, temeroso de que le iba a quitar su poder político, la Iglesia le canta: “No temas, Herodes, que no viene a quitarte poderes temporales el que viene a darte reinos eternos”⁴. ¡Ah, si comprendieran los gobiernos que la Iglesia no viene en una especie de competencia política a quitarles sus campesinos, a quitarle su gente! De ninguna manera. Viene a inyectarle a su gente, a su poder político, a su poder sociológico, a todas sus técnicas, no quitarle sus competencias, sino darles un sentido cristiano para que sean más justos, para que sean más leales, para que sean más nobles, para que sean mejores, tanto los gobernantes como los gobernados. Porque desde las entrañas del Evangelio, la Iglesia predica la verdadera paz, la verdadera justicia, la que no se quiere oír. Y se calumnia a la Iglesia como se calumnió a Cristo, no porque predicara la subversión, sino porque quería un orden más justo, más bueno. La Iglesia no hace otra cosa, pues, en sus misiones que llevar el valor divino a todo lo humano.

Conversión de corazón

Pero en la segunda lectura, San Pablo, a los romanos, les dice que de nada serviría que predicaran si no se convierten los corazones. San Pablo escribe en un contexto en que se ha oído la predicación. Diríamos, predica a la nación salvadoreña donde todos han oído predicar. “Si acaso no han oído —dice San Pablo—, ¡sí que han oído!”. Si en todo el ámbito se escucha la palabra del Evangelio, pero lo que pasa es que no quieren creer en su corazón. De ahí que no basta la organización de estructuras exteriores. Dice el documento de Medellín: mientras este continente no cuente con hombres nuevos no tendremos un orden nuevo. La necesidad de creer —dice San Pablo— porque solo la fe en Dios es la que salva.

Rm 10, 18

M 1, 3

Rm 10, 10

⁴ *Liturgia de las Horas*, Himno de Vísperas, en la Epifanía del Señor.

La liberación que la Iglesia predica es a base de ese creer en Dios. La liberación no la van a traer los hombres. Desengañémonos. La liberación solamente tiene que venir de Dios, pero contando con la conversión del corazón del hombre. Y de nada sirve que Dios nos esté ofreciendo su redención, su liberación, un mundo mejor, si los encargados de construir este mundo en la tierra no quieren colaborar con ese Dios.

Y aquí la necesidad del misionero. San Pablo la concluye en un argumento tan bello: “¿Cómo van a creer si no hay quien les predique y cómo van a predicar si no hay quién les envíe?”. La misión. La Iglesia cuenta con una constitución mucho más sólida que todas las constituciones de los Estados. Las constituciones que rigen la vida de los pueblos han sido hechas por legisladores. Una asamblea constitutiva nos dio unas leyes que muchas veces se cambian al antojo de los gobernantes. En cambio, esta constitución que Cristo dejó en el momento solemne de despedirse de los hombres visiblemente, arranca de Dios: toda potestad se me ha dado en el cielo y en la tierra, y en nombre de esta potestad, vayan y prediquen esta conversión.

Rm 10, 14-15

Mt 28, 18-19

Hermanos, queridos hermanos protestantes, esta es la falla de ustedes. Los estimo mucho porque se han acercado y me han expresado sentimientos de solidaridad; pero siento que ustedes no cuentan con esta misión que los católicos desde nuestros pastores sabemos que llevamos. Admiramos sí su Evangelio. El Evangelio que ustedes predicán es el mismo Evangelio nuestro y por esto nos sentimos hermanos. Pero quisiéramos, hermanos protestantes, que en vez de pulular tantas sectas en nuestro ambiente predicando el verdadero cristianismo, hiciéramos un esfuerzo por unirnos en la única misión que Cristo dejó: “Un solo rebaño y un solo pastor”. No es que pretenda someter tantas sectas al dominio del catolicismo. Ya he dicho que la Iglesia no es un imperialismo. Pero sí es una verdad que va a difundir su verdad en el mundo cuando el mundo vea que los cristianos somos una sola cosa; y si hay estorbos para la evangelización del mundo, uno de los estorbos más grandes lo estamos dando nosotros, queridos hermanos protestantes y ustedes católicos, que tienen también divisiones. La división en la Iglesia, la división de las sectas protestantes, eso es lo que estorba a ese reinado de Cristo. Y por eso pedimos, y yo sé que ustedes también, queridos hermanos protestantes, piden aquella sublime oración de

Jn 10, 16

Jn 17, 21

Cristo: “Padre, que los que creen en mí sean una sola cosa, para que el mundo crea que tú me has enviado”.

Y es entonces cuando habrá conversión en la intimidad de cada corazón, cuando no profesemos un cristianismo interesado: “Y porque me interesa me mantengo en esta secta; y porque me interesa este modo de creer yo no acepto el auténtico Evangelio, me parece que es marxismo y lo que está predicando es justicia social, pero como no me conviene, yo digo: el obispo no tiene razón, los padres tales son revolucionarios”. Y así estamos sembrando la división en vez de unirnos en la auténtica y humilde conversión de corazón. Todos necesitamos convertirnos. Yo, que les estoy predicando, el primero que necesito conversión; y le pido a Dios que me ilumine mis caminos para no decir ni hacer cosas que no sean de su voluntad, que debo de convertirme a lo que Él quiere, que debo de decir lo que Él quiere, no lo que conviene a ciertos sectores o me conviene a mí, si es contra la voluntad del Señor. Convertirnos a esa misión de Cristo: vayan por el mundo entero y prediquen esto que yo les he predicado; el que creyere esto se salvará y el que no creyere esto no se salvará. No hay más salvación que la que Cristo trajo; de ahí la necesidad de convertirnos todos: católicos, protestantes, también los ateos. Todos los que buscan salvación no la encontrarán fuera de Dios.

Mc 16, 15-16

Misión de la Iglesia

Y finalmente, queridos hermanos —ya con todo el respeto que se merece la última lectura, el Evangelio—, Cristo, nuestro Señor, no ha hecho más que poner el sello a esto que les estoy diciendo: constituir una Iglesia. La misión que Cristo trajo, y después trajo el Espíritu Santo, vive hoy en 1977, a pesar de que han pasado veinte siglos, gracias a la Iglesia que es el cuerpo de Cristo en la historia, como titulé mi segunda carta pastoral. La Iglesia es el cuerpo de Cristo en la historia. La Iglesia es el envío de Cristo y del Espíritu Santo a los hombres de cada tiempo. Y hoy queremos saber qué diría Cristo a los salvadoreños, ricos y pobres, gobernantes y gobernados. No tenemos que traer el Evangelio literal de hace veinte siglos, sino el Evangelio que la Iglesia, arrancando de aquel Evangelio de Cristo, va aplicando a las circunstancias de cada tiempo. Fidelidad a ese Evangelio, a esa misión, es la que constituye el continuo quehacer de la mi-

sión de la Iglesia. La Iglesia es misionera. Como acaba de decir el Papa, no se trata de llevar el mensaje de Cristo a regiones cada vez más extensas geográficamente, sino de empapar de Evangelio de Cristo las culturas modernas, las industrias modernas, los hombres de hoy⁵.

Anoche, en una bellísima ceremonia, la graduación de los bachilleres del tecnológico de los salesianos, llena la iglesia de María Auxiliadora, yo les decía a los jóvenes: jóvenes, la Iglesia no les va a arrebatar su cultura y su técnica. Es la primera en respetar la autonomía de todas las culturas y de todas las técnicas. Pero sí quisiera decirles, como mensaje de la Iglesia, que se gloríen no solo de su técnica, que se gloríen de haberse educado en un colegio católico, y que le den inspiración cristiana a todo lo que ustedes van a hacer y valer en el mundo. Que no sean ya la vieja civilización del tanto vales, cuanto tienes. El hombre hoy no vale por lo que tiene, sino por lo que es. Y el hombre es en la medida que es cristiano, porque todo hombre se realiza en la medida en que se realiza según el modelo del Hijo del hombre, Cristo, nuestro Señor. Y Él dejó esta Iglesia para que los hombres de todos los tiempos nos modeláramos con Él. Oyendo a la Iglesia, oigo a Cristo. Recibiendo la eucaristía de un sacerdote, recibo a Cristo. Llevando el niño recién nacido a un bautisterio para que me lo bautice un sacerdote, es Cristo que me lo bautiza. Escuchando la palabra de Dios, transmitida hoy por los medios modernos de la radio, es Cristo el que sigue predicando.

Hermanos, qué hermosa es la Iglesia. Sigue llevando la misión que trajo la verdad y la vida de Dios a los hombres. Dichosos, pues, los que, como San Pablo ha dicho, creen de corazón: si crees, serás salvo.

Rm 10, 9

Queridos hermanos, esta es la reflexión que se me ocurre en el Día Mundial de las Misiones. Ahora bien, formando esta Iglesia concreta; yo, su obispo, mis queridos colaboradores, los párrocos de hoy en cada parroquia; ustedes, hombres y mujeres concretos que han venido a la misa de catedral o que están reflexionando allá por la radio; nosotros somos la Iglesia de hoy. A nosotros, se nos ha confiado llevar esta verdad y esta vida a los que no creen. Cuántos, tal vez en nuestra propia familia, en nuestro propio barrio, necesitan que seamos sus misioneros. Y

⁵ Cfr. Pablo VI, Mensaje para el Domingo Mundial de las Misiones (29 de mayo de 1977).

aun allá, en la vanguardia de las misiones donde la Iglesia no está organizada, se necesita la colaboración de nosotros. Por eso el Día Mundial de las Misiones viene a decirles a los que ya tenemos la dicha de creer, que le demos gracias a Dios por tener ya esta luz, pero que tratemos de traducirla en nuestra vida y que, desde nuestra vida, iluminemos con nuestra colaboración a los pobres pueblos que todavía no la han conocido. De allí, la necesidad de tender la mano como un mendigo.

Yo voy a tener el gusto de ser hoy un mendigo de las misiones para pedirles, sobre todo, oración; porque es una empresa que consiste en convertir a los hombres a la fe en Cristo, es una empresa en que hay que pedir perseverancia para tantos héroes misioneros que deben de sentir desaliento en aquellos ambientes no cristianos. Ante todo, pues, oración, sacrificio, que no se cansen de hacer oración por los misioneros, por los infieles que todavía no conocen a Cristo. Y también, hermanos, la mano tendida para pedir dinero. Sería un ultraje tender la mano para pedir limosna a un pueblo tan pobre como es el nuestro, pero yo no les pido los millones que podrá dar Estados Unidos; les pido el centavito de la viuda, no tanto para que con ese dinero vayamos a resolver el problema, sino para expresar la solidaridad, para expresar el cariño, mi gratitud que yo siento con Dios que me ha dado la fe, y que quiero compartir mis pequeñas ganancias con los misioneros que dan no un real, un medio, sino que dan su vida entera. Yo, que no puedo ir a las misiones... Tal vez un hijo de la casa, tal vez un joven, una joven de la familia tiene vocación misionera, aunque no sea para todo el tiempo, ofrecerse a un servicio unos cinco o diez años: vocaciones. Tal vez ni eso puedo, entonces... Pero sí puedo desprenderme un poquito de la golosina de este día o de la necesidad tal vez. Si tanto lo necesitas que te quedarías sin comer, no des; ofrece al Señor tu buena voluntad. Pero si puedes dar algo...

Lc 21, 14

Hermanos de la catedral, y de las comunidades que a través de la radio están escuchando, es la hora de la colecta mundial. Nuestra arquidiócesis, así como aporta sus valores autóctonos a la universal Iglesia, aporta hoy también su dinero, su oración, su sacrificio, para que esta empresa de implantar el reino de Dios en otros países que todavía no lo tienen, sea una realidad. Ayudemos, pues, a las misiones.

Los signos de los tiempos

Trigesimoprimer domingo del Tiempo Ordinario
30 de octubre de 1977

Sabiduría 11, 23-12, 2
2 Tesalonicenses 1, 11-2, 2
Lucas 19, 1-10

Además de la lectura de la Biblia, que es la palabra de Dios, un cristiano fiel a esa palabra tiene que leer también los signos de los tiempos, los acontecimientos, para iluminarlos con esa palabra. Yo voy a señalarles unos cuantos signos y luego he suplicado a monseñor Rivera que él nos dé la interpretación bíblica, la homilía propiamente.

Los signos de los tiempos

Y en primer lugar, quiero que analicemos y veamos a la luz de la fe este espectáculo de dos obispos celebrando la eucaristía. Somos los sucesores de los apóstoles que a través de los tiempos vamos llevando al pueblo, a la historia, la revelación de Dios. Los obispos somos los encargados, los maestros autorizados, para cuidar el depósito de la fe y transmitirlo y, al mismo tiempo, hacer vida presente la redención de Jesucristo.

Por eso, al ser designado nuestro querido hermano, monseñor Arturo Rivera Damas, obispo residencial de Santiago de María, miremos con fe a este sucesor de los apóstoles que va a dirigir esa porción de la Iglesia. Y ya que aquí en la arquidiócesis ha dado diecisiete años de servicio episcopal, es justo que expresemos para él, no solo los sentimientos humanos de gratitud, aprecio, admiración, solidaridad, sino que, con visión de fe, sea

toda la comunidad, como cuando Pablo, cuando uno de los apóstoles partía de una comunidad a otra comunidad, llevaba el corazón de toda aquella Iglesia que seguía rezando y seguía acompañándolo, así siento que iremos, pues, con monseñor Rivera, que es toda la arquidiócesis, que ya se expresó en una manifestación muy bella de cariño —el miércoles de esta semana— en un homenaje de todos los sacerdotes en *Domus Mariae* y que ahora esta misa de la arquidiócesis quiere ser para él también un homenaje cariñoso de solidaridad para decirle que no va solo, que con él van todos sus hermanos, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles, a trabajar en ese trabajo duro y difícil, incomprendido, de proclamar una palabra para el mundo que no quisiera oírla. Y como signo de esa comunión, pues, celebramos hoy juntos esta eucaristía.

Otro signo de nuestro tiempo es esta semana, que alguien llamó: “Ha sido una semana trágica”, y la catedral donde nos encontramos ha sido escenario de sangre. Aquí vino a morir baleado José Roberto Valdés. Aquí lo tuvimos en velación y aquí también, hermanos, yo quise celebrar personalmente la misa de cuerpo presente antes de su entierro. Desde entonces, anuncié lo que ya está sucediendo, la crítica contra el que quiso solidarizarse con el dolor y dijeron que he hecho un acto poco político. No me importa la política. Lo que me importa es que el pastor tiene que estar donde está el sufrimiento. Y yo he venido, como he ido a todos los lugares donde hay dolor y muerte, a llevar la palabra de consuelo para los que sufren, expresar la condolencia a la familia doliente, como la expresé también a la familia de la vendedora que fue también muerta en ese hecho de sangre, como también lo estoy enviando hoy a los familiares de los policías muertos. Para la Iglesia no hay categorías distintas, solo hay el sufrimiento y tiene que expresarse con el dolor donde quiera que se encuentre. Como estuve junto a la muerte del canciller Borgonovo, como he estado junto al dolor de los campesinos, pienso que es la voz de la Iglesia, una palabra de condolencia en el dolor.

También quise que fuera una palabra de repudio al crimen, repudio a la violencia. ¿Cuándo vamos a terminar esta ola de sangre y de tormento para nuestra patria?

También quise que fuera mi palabra, en ese funeral, una palabra de apoyo a los reclamos justos de nuestro pueblo. Los

reclamos justos, les decía yo: ¿qué pecado hay en que un pobre cortador de café, o de caña, o de algodón, con hambre pida ocho cucharadas de sopa, un huevo, una comida que apenas le reponga las energías que gasta para ayudar a levantar esas cosechas que hacen feliz al país y debe ser obra de Dios, para felicidad de todos? Me dio mucho gusto, al terminar la homilía, una señora que se acerca para decirme: “Yo soy una pequeña cafetalera y le vengo a decir que yo siempre lo he estado escuchando y estoy de acuerdo en estos reclamos, que todos tenemos que participar en la felicidad del país”. Le di las gracias y le dije: “Su palabra me estimula, me da la esperanza de que hay eco en el corazón de los salvadoreños”.

Así como también me dolió un telegrama de un sembrador de caña que dice: “El arzobispo no sabe lo que se gasta. Por eso está reclamando para los trabajadores”. Yo he aclarado que no es como técnico que estoy hablando, que yo no sé cuánto se gasta, ni cuánto se debe de pagar. Pero sí sé que Dios da el fruto de la tierra para todos y como pastor, en nombre de Dios que crea las cosas, digo a los que tienen y a los que trabajan y a los gobernantes: que sean justos, que escuchen el clamor del pueblo, que con sangre y con violencia no se van a arreglar las situaciones económicas, sociales y políticas, que tiene que profundizarse, para que no haya más semanas trágicas ni más dolores. Es necesario que se oiga a tiempo. Ya es demasiado tiempo que está esperando el pueblo. Y yo creo que es justo que se estudie a fondo, con técnicos, no malbaratando los fondos del Estado, ni dando otros destinos a los productos de nuestra tierra, sino dándolos para lo que Dios los ha creado, para el bienestar de toda la comunidad, con la justicia, el respeto a la propiedad privada y todo lo que la Iglesia defiende también. Pero que sea siempre con aquello que San Pablo dice de salvar de la opresión del pecado a la creación, que está gimiendo, esperando la liberación de los hijos de Dios.

Rm 8, 20-21

También, en ese contexto, quiero agradecer y felicitar la carta de una profesora, que llega con un cheque de mil cuatrocientos siete colones; dice: “Esto supone tres meses de mi jubilación. Yo los quiero dar con gusto, para ayuda de aquellos necesitados que dicen que tienen deudas por las circunstancias actuales”. Y en la curia diocesana tenemos un fondo de beneficencia que se va engrosando con estas limosnas y dádivas, que son más bien

ayuda de hermano a hermano, y cuánto bien está haciendo este dinero. Que Dios bendiga a esta maestra con sentimientos cristianos.

Y, finalmente, yo dije frente al cadáver de José Roberto: la Iglesia no puede callar aquí una palabra de esperanza, una palabra del más allá. La lucha reivindicadora de los derechos en la tierra no debe olvidar que hay un Dios que juzga y que hay una muerte que nos coloca más allá de la historia; que existe un cielo y existe un infierno; que existe una justicia de Dios, lo que se llama la visión escatológica de la Iglesia. Yo quisiera sembrar en estas horas de tragedia, de sangre, de dolor, esta visión de esperanza, de más allá; no como opio del pueblo, como dice el comunismo criticando a la Iglesia, sino como estímulo para que en esta tierra seamos más justos; saber que hay un juez que nos va a pedir cuenta a unos y a otros. Y de esta esperanza quisiera llenar el corazón de los que han sido víctimas de la violencia en estos días.

Y esta es mi tercera visión de la realidad. Una víctima de la violencia se solidariza con esta semana de tragedia. Se acerca entre lágrimas don Luis Chiurato. Toda su familia llora, como ustedes saben, una desaparición misteriosa de su esposa y de su madre. “Casi estoy seguro —me dice— que ya está muerta; le dejo esta limosna para que ofrezca una misa por ella y por los que murieron en esta semana y por tantos que han muerto, víctimas de esta tragedia interminable”. Cómo le agradezco, don Luis, y cómo siento con su familia, usted lo sabe, la angustia de una desaparecida en forma tan misteriosa¹. Junto a usted, hay muchas familias que lloran desaparecidos sin aparecer. Por todos ellos, los que no se sabe si están muertos o están vivos y por aquellos que se sabe ciertamente que han sido muertos por la violencia, elevemos nuestras plegarias. La oración de la arquidiócesis en esta mañana es así: una oración votiva al Señor para que traiga consuelo, esperanza a tantas familias angustiadas y dé también consuelo eterno a tantos que ya traspusieron los umbrales de la vida.

Y finalmente, hermanos, tenía otras noticias de la vida de nuestra Iglesia, como los veinticinco años de sacerdocio de varios hermanos nuestros; también mi felicitación a la ceremonia

¹ A treinta días del secuestro de la señora Elena Lima de Chiurato, ninguna organización político-militar o grupo se atribuyó el hecho. *Cfr. El Diario de Hoy*, 4 de octubre de 1977.

de confirmación en la comunidad de Lourdes, donde se ha preparado a la juventud para recibir un sacramento tan importante, como es la confirmación; y agradecer las múltiples felicitaciones que han llegado con motivo del nombramiento de monseñor Urioste para suceder a monseñor Rivera en la vicaría general.

Esta semana, frente a dos días de esperanza, el martes 1 y el miércoles 2 —Día de Todos los Santos y Día de los Difuntos—, el cristiano mira esta tierra con esa perspectiva del más allá. La muerte que no termina en unas tumbas que vamos a ir a enflorar. Las enfloramus porque son dormitorios esperando una resurrección. Y un Día de Todos los Santos, en que contamos tantos santos sin haber sido elevados al honor de los altares —familiares nuestros, amigos nuestros, compañeros nuestros—, unámonos a ese ejército de bienaventurados y a toda esa penumbra de la muerte, para que pensemos que la vida peregrina del cristiano no termina, que hay un Dios con los brazos abiertos que nos está esperando para darle el verdadero sentido a esta vida, que mientras la vivimos no la comprendemos en toda su grandeza. Después de escuchar estos signos de los tiempos, nuestro querido hermano, monseñor Rivera, va a interpretarlos a la luz del Evangelio.

Interpretación de los signos de los tiempos a la luz de la palabra de Dios

Hermanos, mi primera palabra no puede ser otra que la de agradecer cordialmente este gesto tan significativo del señor arzobispo de querer que concelebre en estas circunstancias en la cual prácticamente me despido de esta Arquidiócesis de San Salvador para ir a desempeñar el nuevo cargo que el Sumo Pontífice me ha confiado. Él ha explicado el significado de la concelebración, yo quiero solamente subrayar algo que también él ha dicho, que los que hemos trabajado juntos debemos orar juntos, porque esta oración es también augurio de que vamos a seguir trabajando juntos en el afecto colegial, en la solidaridad y en el deseo real de que nuestro pueblo crezca en la fe, que viva su esperanza y que llegue a traducir en hechos concretos la caridad.

El señor arzobispo ha señalado una vez más esos hechos que hemos vivido en estos últimos días. Siempre lo ha hecho así. De tal manera que ahora me parece que resulta fácil comprender que la palabra de Dios debe iluminar toda nuestra vida, no solo

nuestra vida personal, sino nuestra vida grupal, nuestra vida colectiva, nuestra vida nacional, nuestra vida internacional, porque esa palabra es luz para la mente, es energía para la voluntad, es calor y afectos para nuestro corazón, es espada que penetra hasta las profundidades para cortar las adherencias y liberar nuestro espíritu.

Sb 11, 22 Y la palabra de Dios creo que nos ayuda a juzgar los acontecimientos que hemos vivido. Ya desde el primer pasaje que encontramos en el libro de la Sabiduría, que se presenta hoy a nuestra consideración, vemos cómo Dios está por encima de todo. Y es interesante subrayar esto, porque este libro fue escrito en Egipto por un judío que se expresaba en griego, pero que vivía profundamente su fe de judío. Y en esa tierra, él habla que todo lo creado es como un granito de arena en la balanza si se compara con Dios; que todo el mundo creado, comparado con Dios, es como una gota de rocío que cae en la mañana, algo que se esfuma, se desvanece, se evapora. Y es interesante que esto lo diga en aquella tierra, allá donde se adoraban las cosas y se esclavizaba al hombre; allá donde gracias a ese trabajo esclavo se levantaron grandes pirámides que son todavía admiración de la gente, pero cuántos habrán sucumbido en aquel trabajo esclavo, cuando no conocían más que el plano inclinado y la palanca para mover aquellas grandes moles talladas que configuran esas esbeltas pirámides de Egipto. A ese pueblo habla él así, casi como para recordarnos que no deben los hombres de hoy endiosarse y endiosar las riquezas, endiosar el poder, endiosar el placer.

Sb 11, 23 Pero no solo nos dice eso el libro de la Sabiduría, sino que también nos habla de Dios en una forma que parecería que estuviéramos leyendo el Evangelio. Nos dice que ese Dios es misericordioso, que se compadece de todo y de todos porque todo lo puede, cierra los ojos a los pecados de los hombres para que se arrepientan. Nos está hablando de la misericordia de Dios y nos está señalando dos aspectos: uno, el que Dios se compadece siempre; y el otro, el que tiene poder como para quitar aquello que es causa de dolor. Pero ciertamente nos resulta a nosotros difícil concebir como un Dios espíritu pueda sentir el dolor, el sufrimiento. Pues bien, para que no nos quedara duda de esto Dios se hace hombre, se hace en todo semejante a nosotros menos en el pecado; y entonces sí, Él no solo es misericordioso, sino que hace sentir esa misericordia porque nos compadece. Y

compadecer no quiere decir tener lástima, quiere decir padecer con, *compatire*, estar padeciendo con nosotros. Y por eso puede decir tengo compasión de esta gente y por esto también se conmueve ante el dolor físico, ante los ciegos, ante los sordos, ante los paralíticos, ante los leprosos, se compadece del dolor por la muerte de los seres queridos, porque —como lo dice en la misma primera lectura del libro de la Sabiduría— el Señor es “amigo de la vida”. Y por eso Jesús, ese amigo de la vida, es vida para que nosotros podamos tenerla en forma abundante, también resucita a los muertos y el Evangelio nos enumera muchos casos de resurrección. Pero no solo, Él quiere ir más profundo y da las causas profundas del mal al pecado, perdona los pecados, siente compasión de los pecadores; por eso, brotan de su palabra esas parábolas tan bellas: la parábola de la oveja perdida, la parábola de la dracma perdida, la parábola del hijo pródigo. Por eso, perdona también y se preocupa de aquellos que se han alejado de Dios, de la mujer adúltera; pero, sobre todo, de aquellos que han hecho de los bienes de la tierra a su dios. Y precisamente el Evangelio de hoy nos presenta la preocupación de nuestro Señor Jesucristo por esos que adoran el dinero, que se postran ante el becerro de oro y que, por apoyarse en él, no temen oprimir, explotar y ser duros con aquellos que les sirven.

En el Evangelio, hemos visto cómo nuestro Señor va por las calles cerca de Jericó y hay allí un rico, un publicano jefe de publicanos, que desea verlo y este deseo es eficaz. Como es de pequeña estatura, sube a un árbol y sin duda él no puede imaginarse que nuestro Señor se dirija a él mientras va ovacionado por aquellas turbas; pero pasando bajo el árbol, levanta los ojos, lo ve y le llama por el nombre: “Zaqueo, baja, que quiero entrar en tu casa, quiero hospedarme en tu casa”. Y Zaqueo, al oír aquella voz, desciende. Pero es que no era simple curiosidad la que tenía, porque las palabras que dice al nomás escuchar los comentarios malévolos de los que han visto a Jesús que penetra en su casa, nos descubren un hombre que desde hacía vario tiempo sentía el peso del pecado en su conciencia y al ver a Jesús le dice: “Daré la mitad de mis bienes a los pobres y si alguno ha sido defraudado por mí le devolveré cuatro veces lo que le haya quitado”. Y nuestro Señor le felicita por eso: “Zaqueo hoy ha entrado la felicidad en tu casa”. Es bien interesante este aspecto del Evangelio porque nos hace ver que la conversión verdadera se

Sb 11, 26

Jn 10, 10

Lc 15, 1-32

Jn 8, 1-11

Lc 19, 5

Lc 19, 8-9

traduce en signos. No basta que se diga que se está arrepentido de un pecado, sino que es preciso reparar el mal que se ha hecho; y como aquel publicano cobrador de impuestos y jefe de publicanos muchas veces había extorsionado en el ejercicio de su oficio, por eso siente la necesidad de devolver la mitad de todos esos bienes a los pobres y retribuir con cuatro veces a aquellos que él había defraudado.

Hermanos, el Evangelio nos invita a esa conversión. Esa conversión, que no se queda solo en los sentimientos sino que va profunda al cambio total, nos va a exigir que también sepamos compartir. El señor arzobispo nos decía que los bienes son creados por Dios para todos y, por consiguiente, tienen que responder a ese plan de Dios.

Señalamos que Dios nuestro Señor no se olvida de nosotros, se preocupa de nosotros, nos habla a través del mundo creado, a través de su palabra, pero, sobre todo, a través de su Hijo Jesús, y hoy, a través de la Iglesia y a través de los personeros de esta Iglesia que con los obispos nos habla a través de los sacerdotes, que son los colaboradores de los obispos, y a través también del pueblo fiel que participa de la misión profética, sacerdotal y real de nuestro Señor Jesucristo. Pues bien, acogamos esta palabra y tratemos de que no sea algo que caiga en saco roto, que no caiga sobre el camino, que no caiga sobre las espinas o sobre la piedra, sino que caiga en tierra buena para que pueda germinar y dar el treinta, dar el sesenta y dar el ciento por uno.

Mc 4, 1-8

Termino agradeciéndole de nuevo al señor arzobispo este gesto de querer que yo concelebre con él. Yo le aseguro en esta oportunidad que quiero que este gesto sea símbolo de una solidaridad con la que vamos a trabajar de hoy en adelante, él acá en la arquidiócesis y este hermano de él allá en la diócesis de Santiago de María.

Los caminos de las bienaventuranzas

Todos los Santos
1 de noviembre de 1977
El Paisnal

Apocalipsis 7, 2-4.9-14
1 Juan 3, 1-3
Mateo 5, 1-12a

Yo he querido venir con mucha devoción, con mucho cariño, a esta celebración que se está realizando en la iglesia de El Paisnal. Fue una invitación, una iniciativa, de las queridas religiosas Oblatas al Sagrado Corazón que, en colaboración con valientes catequistas y asesoradas por la pastoral de la arquidiócesis, están manteniendo esta llama de la fe en este difícil ambiente de Aguilares, de El Paisnal y de todos los cantones. Mi presencia aquí quiere ser entonces un apoyo a esta pastoral, a esta hora heroica de quienes no se avergüenzan de la Iglesia en estas horas de prueba, como acaba de decir el Apocalipsis: “La gran tribulación”.

Ap 7, 14

Quiere ser mi presencia de pastor, junto a las religiosas y a ustedes, queridos catequistas, casi como la presencia del padre Grande aquí muerto entre dos campesinos, Manuel y Nelson Rutilio. Aunque el padre Grande, don Manuel y Nelson ya terminaron su faena y ahora se unen a esa turba de los santos en el cielo para que nosotros contemplemos —pastor y fieles—, miremos a través de estas tumbas, no solo el Día de Difuntos, que se celebrará mañana, sino a los santos del cielo: la gran muchedumbre venida de la gran tribulación por los caminos de las bienaventuranzas que se acaban de proclamar en el Evangelio;

para decirles, también, no solo a las hermanas y a los catequistas, sino a los fieles, sobre todo a aquellos que se encuentran un poco acobardados, miedosos, huyendo: que no tengan miedo, que vale la pena seguir estos caminos que no terminan en una tumba, sino que se abren al horizonte del cielo.

Y vengo, queridos hermanos, para decirles en este ambiente donde la persecución, el atropello, la grosería de unos hombres contra otros hombres ha marcado de sangre y de humillación, a decirles el lenguaje claro de la Iglesia. Que no se confunda este lenguaje, este mensaje de esperanza y de fe de la Iglesia con el lenguaje subversivo, con el lenguaje político de la mala ley, de los que pelean por el poder, de los que disputan las riquezas de la tierra, de los que hablan de liberaciones únicamente a ras de tierra olvidando las esperanzas del cielo, de los que han puesto sus ilusiones en sus haciendas, en sus haberes, en sus capitales, en su poder; para decirles a todos, hermanos, que el lenguaje de la Iglesia no hay que confundirlo con esas idolatrías, y que los idólatras y los que le sirven a los idólatras no tienen por qué temer este lenguaje nítido, limpio de corazón, claro, que la Iglesia predica.

Y ningún día me parece tan hermoso para decirles el lenguaje claro de la Iglesia que este día 1 de noviembre, Día de Todos los Santos. Y en vísperas del Día de los Difuntos, también recordarles el fin de la vida humana: todo se acaba y solamente queda la alegría de haber sido leal a la ley del Señor, de haber amado al prójimo, de haberse dado por el prójimo, dado en generosidad, en amor, en servicio y no haber aprovechado la vida para atropellar la dignidad y los derechos del hombre; sino para que a la hora en que nuestra muerte nos presente ante el tribunal de Dios, sepamos recibir de aquellos labios infalibles, divinos, un pase adelante: venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino de los cielos porque fuisteis caritativos, porque no fuisteis groseros, porque todo lo que hiciste con uno de mis hermanos chiquitos a mí me lo hiciste. A mí me golpeaste cuando torturaste, a mí me mataste cuando hiciste aquel crimen. A mí también me serviste con amor cuando me defendías, cuando dabas tu cara por mí, cuando enseñabas el catecismo a los niños, cuando atendías a los enfermos, cuando dabas al necesitado por amor y te confundían pensando que hacías otra cosa. ¡A mí me servías!

Este es el lenguaje nítido de la Iglesia. No lo confundamos, por favor. Quisiera decirles, pues, hermanos, en este Día de los

Difuntos, el sublime lenguaje que nos está hablando hoy en esta tumba el padre Grande, don Manuel Solórzano y el niño Nelson Rutilio Lemus. ¿Qué lenguaje nos están hablando? El lenguaje de que todo termina, lo temporal termina en la tumba: lo temporal, pero es cuando comienza lo eterno; y que ya lo eterno se ha recogido también en lo temporal cuando en lo temporal, es decir en las cosas de la tierra, se tuvo presente que ya aquí en la tierra comienza un reino de los cielos. Y por eso, este Día de Todos los Santos, yo incorporo en esa tumba de bienaventurados del cielo a estos tres muertos y a nuestros queridos difuntos también, que en esta ola de persecución han muerto. Yo quiero recordar aquí al querido hermano, el padre Alfonso Navarro, a nuestros queridos catequistas, sería imposible enumerarlos, pero recordemos por ejemplo a Filomena Puertas, a Miguel Martínez, a tantos otros, queridos hermanos, que han trabajado, que han muerto y que en la hora de su dolor, de su agonía dolorosa, mientras los despellejaban, mientras los torturaban y daban su vida, mientras eran ametrallados, subieron al cielo. ¡Y están allá victoriosos! ¿Quién ha vencido? Como la Biblia, podemos preguntar desde el cielo a nuestros mártires, a los que los mataron y siguen persiguiendo a los cristianos: “¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?”. La victoria es la de la fe. Han salido victoriosos los matados por la justicia.

1 Cor 15, 55

Y los vencidos, los humillados, los que ahora no dan su cara, son los que mataron. No los odiamos. Desde el altar pedimos a Dios: dales Señor el arrepentimiento, que vuelvan por los caminos de la piedad, que se den cuenta del horrendo crimen que cometen, para que sean un día también santos como bienaventurados del cielo. Porque, hermanos, el cristiano no odia. Yo me imagino al padre Grande y a los mártires de nuestra persecución, en el cielo, pidiendo mucho al Señor por sus verdugos, para que se conviertan y vengan un día a gozar esta alegría que da el haber sido fieles al Señor. No podemos imaginar al padre Grande —yo lo dije allá en su funeral en la catedral—, un padre Grande odiando, pidiendo venganza, azuzando a la violencia, como se le calumnió. El que lo conoció sabe que aquel corazón era imposible para estos sentimientos de odio que los vulgares asesinos se pueden imaginar, y lo imaginan en su corazón de sacerdote y de apóstol. Yo los incorporo a nuestros muertos no solo para que recemos por ellos pidiendo su eterno descanso, si-

no que en el día de los santos yo he dicho también, pensando en ellos, la plegaria que acabo de decir aquí en el altar: “Señor, que has juntado en una sola fiesta los méritos de todos los santos”, es decir, de todos los sacerdotes, cristianos, catequistas, martirizados, sufrientes del dolor y de la persecución, para darnos la alegría de celebrarlos en una turba innumerable allá en el cielo.

Y hermanos, en esta reflexión que estamos haciendo aquí en la querida iglesia de El Paisnal, convertida en una tumba muy querida, esta meditación nos lleva a pensar en el Evangelio que les acabo de leer: las bienaventuranzas. Son los caminos por donde caminan los verdaderos cristianos. Les he prometido hablarles aquí hoy, en este ambiente de confusión de Aguilares y de El Paisnal, en este ambiente de espionaje, de “orejas”, de informadores falsos, que comprendan el lenguaje nítido de la Iglesia. Se están dando cuenta que aquí no estoy yo azuzando a nadie a una revancha, a un odio, a una violencia. Han escuchado la lectura —que con voz clara acabo de hacerles— de los caminos que yo quisiera para todos los que caminan en esta tierra, en El Paisnal, en Aguilares: los caminos de las bienaventuranzas.

Mt 5, 3

Estos son los caminos que predico, estos son los senderos por donde la Iglesia lleva a sus hijos, esto es lo que se enseña en nuestros guetos de reflexión, esto es lo que enseñan los catequistas en la celebración de la palabra, en la enseñanza del catecismo a los niños: “Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”. Si predicaran otra cosa que no son los caminos de la bienaventuranza, no serían católicos, no serían reuniones católicas. Pero que se den cuenta, hermanos, de los caminos por donde la Iglesia va enseñando a sus hijos. Aun cuando en sus opciones personales son libres de incorporarse a las agrupaciones que quieran; pero si quieren llevar su nombre cristiano a esas agrupaciones, tienen que llevar muy hondo en su corazón estos sentimientos de las bienaventuranzas.

Y esto es lo que hicieron el padre Grande y los compañeros que trabajaron en estas tierras. Enseñaron lo que acaba de decir el Papa en el sínodo de la catequesis y muchos obispos de Latinoamérica, que el catecismo que hay que enseñar hoy a nuestro pueblo no tiene que ser un catecismo que se olvida de los grandes problemas sociales en que viven los cristianos, que tiene que ser una catequesis que recuerde las dimensiones históricas, es decir, los compromisos de un cristiano que vive hoy y aquí, en estas

tierras tan problematizadas, y que verdaderos catequistas, como fueron estos jesuitas que pasaron por Aguilares, tienen que enseñar ese lenguaje del compromiso de la fe, tomando opciones también en la vida concreta de su pueblo, pero siempre como cristianos, nunca la violencia, nunca el odio, nunca otra cosa más que el Evangelio que se acaba de decir, por donde caminan los santos. Y santos los hay también en los grupos donde se lucha la liberación de nuestro pueblo. No todos, naturalmente, son santos. Hay muchos que predicán el odio y predicán la violencia y no creen en el camino del amor. Yo quisiera, si alguno de ellos me está oyendo, decirle que se convierta a los caminos cristianos.

Recuerdo muy bien, en el funeral del padre Grande citando yo los pensamientos de Pablo VI en su exhortación *Evangelii nuntiandi*, decir que estos —como el padre Grande— son los hombres que la Iglesia ofrece en colaboración con la liberación del mundo actual; que la Iglesia tiene que luchar por esta liberación de las esclavitudes y sobre todo del pecado, pero que esa liberación que la Iglesia predica lleva tres características que yo encontré en el padre Grande y en los liberadores también que, como el padre Grande, se incorporan a la lucha liberadora de nuestro pueblo: primero, una inspiración de fe; segundo, una inspiración de amor; y tercero, una doctrina social de la Iglesia puesta a la base de su prudencia y de su acción. Estas tres cosas hacen al hombre cristiano de hoy el verdadero liberador de su pueblo.

EN 38

Una inspiración de fe

Que su lucha se ilumine en una fe. ¿Y qué otra cosa es el Día de Todos los Santos? Una fe que nos abre el horizonte donde irán a dar los que luchan limpiamente, iluminados en la fe, para hacer un pueblo más digno, para liberar al hombre de las esclavitudes, del analfabetismo, del hambre, de la miseria en que vive la mayoría de nuestro pueblo. La Iglesia no puede ser indiferente a tanto dolor, a tanta injusticia; y ella lucha, pero con sus ojos puestos en la fe. Solo desde la bienaventuranza, desde la esperanza de ese cielo iluminado por la fe, los verdaderos liberadores cristianos colaborarán con el verdadero lenguaje de la Iglesia.

Ojalá, hermanos, no se dejen confundir con otras ideologías, con el ateísmo, con una lucha solamente de tierra, de ad-

quirir poderes políticos, sino con una lucha que pone sobre todo su esperanza en la gran recompensa que Cristo ha dicho hoy: bienaventurados los que sufren hambre por la justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los que ahora lloran el hambre, la pobreza, la miseria, la marginación, porque ellos serán consolados.

Mt 5, 6

Mt 5, 5

Bienaventurados los liberadores que ponen su fuerza no en las armas, no en el secuestro, no en la violencia ni en el dinero, sino que saben que la liberación tiene que venir de Dios, que será la conjugación maravillosa del poder liberador de Dios y del esfuerzo cristiano de los hombres. Que se conviertan, que no adoren el ídolo de la riqueza, ni del poder político y por mantenerlo son capaces de hacer cualquier atropello. Que se conviertan para que unidos al trabajador, al pobre, pobres y ricos, patronos y obreros, dueños de fincas y trabajadores, todos construyamos ese mundo nuevo, ese cielo nuevo de esperanzas cristianas.

Una inspiración de amor

Y luego, hermanos, no solamente una luz de fe, sino una inspiración de amor. El verdadero liberador cristiano, el que gozará un día la patria del cielo, será aquel que lucha en la tierra con la potencia de la justicia, pero con inspiración del amor. No odia, no mata, no hace el mal, sino que ama y espera en el Dios, que es Dios de amor y que oye el clamor de su pueblo y a su hora también vendrá a dar ese amor que hace falta en el mundo. Suspiremos por ese amor, hermanos.

Desde la tumba del padre Grande elevemos al cielo una plegaria: Señor, envía amor a esta tierra. Tú que trajiste fuego para que ardiera en el corazón de los hombres, mira cuánto odio, mira cuánta frialdad, mira cuánto materialismo, cuánto egoísmo, cuánta envidia. Señor, que tu amor queme tanta basura en el corazón de los hombres y nos hagamos santos, porque la santidad que ahora celebramos, Día de Todos los Santos, es aquella que hizo el trabajo, cada uno en su propio deber, cada uno en su propia vocación —yo como obispo, otros como sacerdotes, como religiosas, como catequistas, como jornaleros, como trabajadores—, cada uno, pero realizando su tarea con amor: servir al prójimo por amor a Dios.

Una doctrina social de la Iglesia

Y también, además de esa inspiración de fe y esa inspiración de amor, conocer la doctrina social de la Iglesia. La arquidiócesis ha editado un folletito en el cual están contenidas las orientaciones sociales a la luz del magisterio de los pontífices, del Evangelio. Yo les encarezco, hermanos, sobre todo aquellos que se preocupan de los problemas sociales, estudien la doctrina social de la Iglesia, cómo la Iglesia sabe conjugar el respeto de los derechos y las exigencias también de los deberes.

He aquí, pues, la pauta para que en esta reflexión, nosotros salgamos —de esta peregrinación que hemos hecho a la tumba del padre Grande y de sus compañeros en el martirio— a celebrar el día de los muertos y el día de los santos. Porque desde esta tumba del padre Grande vamos a rezar, hermanos, por todos los sacerdotes muertos, por todos los religiosos y religiosas muertas, por todos los catequistas, por todos los cristianos, por todas nuestras familias que ya duermen el sueño de la paz. No vamos a visitar cementerios, pero desde la tumba de este símbolo de los muertos, el padre Grande y sus dos compañeros de asesinato, vamos a rezar por todos los muertos. Lo estamos haciendo ya. Y pensando en nuestros muertos, los pensamos santos. Y mientras tanto, nosotros queremos también ser santos con la santa inquietud de la liberación cristiana. ¡Santifiquémonos!

Ahora, hermanos, no se santifica nadie si no entra en estas exigencias del Evangelio a la hora actual. Por eso, no teman los conservadores, sobre todo aquellos que no quisieran que se hablara de la cuestión social, de los temas espinosos, que hoy necesita el mundo. No teman que los que hablamos de estas cosas nos hayamos hecho comunistas o subversivos. No somos más que cristianos, sacándole al Evangelio las consecuencias que hoy, en esta hora, necesita la humanidad, nuestro pueblo. Y por aquí se camina, por la pobreza de espíritu, por la lucha por la justicia, por los sembradores de paz. Los caminos de las bienaventuranzas están hoy en caminos muy peligrosos y por eso son pocos los que los quieren caminar. No tengamos miedo. Sigamos este caminar que nos llevará a ser un día difuntos, para que recen por nosotros, pero también santos en el cielo, participantes de la gloria de Cristo resucitado.

Celebremos esta eucaristía, hermanos. La iglesita de El Paisnal está convertida esta mañana en una catedral, porque la catedral es donde el obispo, centro de la unidad de toda la diócesis, eleva la hostia y el cáliz que es Cristo, en señal de unidad de todo un pueblo, toda la arquidiócesis, al Señor, para pedirle a Dios que a cambio de este sacrificio de Cristo en el altar, al que se unen los sacrificios de todos los que trabajan por el reino de Dios, nos bendiga, nos haga santos, con esa santidad moderna de los cristianos comprometidos con la hora actual. Que de aquí salgamos, pues, hermanos, más animosos y que aquellos que todavía no se han acercado —tal vez a través de la radio les llega esta voz— sepan que desde la tumba del padre Grande ha salido un grito de la arquidiócesis: ¡cristianos, valor! No importan las horas difíciles, porque también para nosotros, si somos fieles, se oirá la voz del Apocalipsis, que se acaba de cantar como liturgia de la palabra: “Estos son los que vinieron de la gran tribulación y ahora gozan la alegría de los elegidos del Padre”. Así sea.

Ap 7, 14-15

La Iglesia escatológica

Trigesimosegundo domingo del Tiempo Ordinario
6 de noviembre de 1977

2 Macabeos 7, 1-2.9-14

2 Tesalonicenses 2, 15-3, 5

Lucas 20, 27-38

Esta misa, queridos hermanos, cada vez me parece más la reunión de familia. La familia de la comunidad arquidiocesana, que reunida en la catedral, templo central de la comunidad, y a través de la radio, presente también el pastor, con muchas comunidades parroquiales, comunidades de base, en ermitas o en hogares, comparte las alegrías, las esperanzas, las angustias, los ideales que deben ser común para todos nosotros. Y, por eso, esta especie de noticiero o de avisos que inicia la homilía no es simplemente por informar, es para compartir, para que los que simpatizan con la Iglesia sientan la unidad de estos ideales, o de estas esperanzas o tristezas, y los que no comparten con nosotros al menos conozcan el camino por donde marcha nuestro pueblo de Dios. Pero me da gusto saber que cada día van aumentando más los que simpatizan con la vida de la Iglesia. No conmigo, yo soy muy secundario como persona, sino con la Iglesia, a la que indignamente yo represento, sabiendo que todo aquel que me aprecia, aprecia a Jesucristo, a quien represento y todos aquellos que me calumnian, que me desprecian, que me persiguen, no es en mi persona donde termina esa actitud de rechazo, sino que rechazan al mismo que me envía. Yo me alegro, pues, con todos aquellos que cada día se convierten más al Señor. Y ojalá el fruto de mi pobre palabra fuera ese acercar los hombres a Dios. Como decía Juan Bautista, este es mi ideal, que Él, Jesucristo, crezca y

Jn 3, 30 yo disminuya, desaparezca. En este sentido, les cuento, hermanos, casi mi diario de esta semana.

Mi diario de esta semana

El domingo recién pasado, la gran satisfacción de compartir con la feligresía de Cojutepeque su tradicional fiesta de Cristo Rey, a pesar del impedimento que se puso a algunas peregrinaciones. Yo soy testigo, porque llegando a Cojutepeque, vi unas armas deteniendo una peregrinación. Después llegaron, pero no hay necesidad de que se sospeche de gente piadosa que va a tomar parte en estas agrupaciones. Ojalá evitáramos esas provocaciones y que nuestra religión, pues, sea libre en sus reuniones, que las manifiesta claramente, son fines piadosos, evangélicos. No hay por qué detenerlas con esa amenaza. Pero la fiesta resultó espléndida. Yo quiero felicitar a los Caballeros de Cristo Rey de Cojutepeque y a todos sus peregrinos, a su párroco, por este amor y este entusiasmo por el Cristo Rey de nuestra Iglesia.

Una inesperada visita el lunes a la colonia de Amatepec y sus adyacentes me llenó el alma de mucho gozo. A pesar de ser una cosa improvisada, sentí el calor acogedor de esa gente, que cultiva con tanto celo el padre dominico Luis Burguet. Yo les aseguro que allí va a nacer una comunidad, entre zonas muy pobres, pero con corazones muy ricos.

También me llenó de gran satisfacción mi espíritu, la misa que organizaron las hermanas Oblatas al Sagrado Corazón, allá en la tumba del padre Grande en El Paisnal, el Día de Todos los Santos y como un prelude del Día de Difuntos. Desde el símbolo de esa tumba del padre Grande y sus dos compañeros que perecieron con él, en aquel asesinato de marzo, tuve la intención de rezar por todos los difuntos feligreses de la arquidiócesis, y desde allí también elevar la vista a la perspectiva de tantos santos que forman parte en aquel cortejo internacional de que nos habla el Apocalipsis, de toda raza y pueblo y nación; y veía, junto al padre Grande y los que han muerto dando su vida por su fe, por su Evangelio, una innumerable cantidad de toda clase de gente nuestra, que rodea, allá entre la muchedumbre cosmopolita del cielo, al Cordero redentor de los hombres.

Esa misma tarde, Día de Todos los Santos, organizado por las hermanas del Buen Pastor, en la rehabilitación de jóvenes,

una ceremonia muy bella de confirmación. Y me confirmo yo mismo en que este sacramento de fortaleza del Espíritu Santo, que es la confirmación, debe de ser mejor preparado, como lo prepararon las hermanas del Buen Pastor esa tarde. Qué impresionante ver aquel grupo de jóvenes, presididos por el cirio pascual que representa a Cristo resucitado, y en torno de ese cirio, renovar los compromisos bautismales y recibir el nuevo don del Espíritu Santo que es la confirmación. Esta mañana vamos a hacer una ceremonia igual en la parroquia de Colón. Y, desde aquí, quisiera llamar a todos los padres de familia, que preparen mejor a sus niños para la confirmación. Les digo con franqueza, esa muchedumbre de confirmaciones en la cripta de la catedral no me gusta. No me gusta porque muchos no saben lo que reciben y los niños chiquitos no necesitan esa fortaleza, que la van a necesitar, sí, cuando estén grandes. Pero es mejor que se preparen. Y los párrocos están colaborando ya con esto, a preparar mejor esos grupos de confirmación, que sea verdaderamente lo que la palabra dice: la confirmación de su fe bautismal, la robustece en el Espíritu Santo, sacramento de jóvenes.

En la parroquia de Lourdes, en la escuela de las hermanas de la Asunción, tuvimos también, el miércoles, una reunión muy interesante, en la que se trata ya de planificar la pastoral de esa parroquia. Va a ser de mucha esperanza este trabajo que ya hace mucho tiempo están llevando allí esta comunidad de religiosas.

En Quezaltepeque, también, tuve la felicidad de celebrar al santo humilde y bueno, San Martín de Porres, el 3 de noviembre por la tarde. Una comunidad representando —en muchos niños y niñas vestidos de San Martín, con su escobita— el llamamiento, el mensaje de San Martín: que no son las posiciones altas, privilegiadas, las que atraen las bendiciones mejores del Señor, sino las almas humildes que, como Martín de Porres, saben hacer de su escoba, de sus quehaceres más humildes o grandes, el instrumento de su santificación; que el destino del hombre no es tener mucho dinero, tener mucho poder, ser muy vistoso, sino saber cumplir la voluntad de Dios. Este es el mensaje que dejamos en Quezaltepeque junto al santo negrito, San Martín de Porres.

También quiero alegrarme, hermanos, y compartir con ustedes la profundidad de reflexión que tuvimos con el equipo dirigente del seminario, sacerdotes jóvenes, preparados para

formar nuestro futuro clero. Me he dado cuenta de la seriedad, de la profundidad con que han tomado su ministerio. Yo les pido a todos que tengamos confianza en nuestro seminario y que oremos mucho para que sea verdadero forjador de los apóstoles que necesita hoy nuestra arquidiócesis, nuestra Iglesia.

Y finalmente, punto de oro de nuestra semana fue la mañana de ayer, en Santiago de María, en comunión con toda la jerarquía, en la presencia de muchas comunidades religiosas, parroquiales: la toma de posesión de nuestro querido hermano, monseñor Arturo Rivera Damas, de la diócesis de Santiago de María. Valiéndome de sus palabras en su homilía, en aquella muchedumbre que rodeaba el quiosco del parque central, puedo decirles que pocas veces se ha visto en Santiago de María una presencia, un rostro de Iglesia tan elocuente como el de ayer. Además de toda la jerarquía en pleno y muchos sacerdotes de todas las diócesis y muchos fieles laicos, ese aspecto de muchos religiosos y religiosas daba, pues, una fisonomía de que la Iglesia está muy viva y muy presente en nuestro país, y ayer concretamente en Santiago de María. Quiero reiterar a monseñor Rivera todos los augurios que se le expresaron ayer y que el domingo pasado, aquí en esta misma cátedra le manifestamos, de permanecer unidos en la oración y en el trabajo.

Hermanos, también quiero comunicarles dos cartas, entre las numerosas que han llegado esta semana. Una del cardenal Alfrink, Bernardo Alfrink, presidente internacional de *Pax Christi*. Desde Holanda, escribe que está informado de la situación de la Iglesia y dice: “Le suplico manifestar a sus colaboradores y al pueblo de su país nuestros sentimientos de simpatía y solidaridad. Estamos unidos en la oración por la justicia y en su lucha por restablecer el respeto a los derechos humanos”.

También otra carta importante. Ustedes han oído hablar del Hermano Roger, el famoso monasterio de Taizé. No es un monasterio católico; tampoco es un monasterio protestante; es de la comunión cristiana en general. Allá en Francia, las puertas amplias para todos los que aman a Cristo en cualquier confesión, católica o protestante. Ha prometido hacer una visita a El Salvador. Ustedes vieron publicada en *Orientación*¹ una carta abierta que el Hermano Roger escribió al presidente de la repú-

¹ *Cfr.* “Carta abierta del prior de Taizé al presidente de la República de El Salvador”, *Orientación*, 11 de septiembre de 1977.

blica pidiéndole, pues, su colaboración eficaz en el respeto de los derechos humanos, y su venida será posiblemente —dice su carta— “para que recemos juntos, para escuchar y también para obtener del señor presidente la certeza de que cesarán los actos de persecución”.

Porque esto es triste, hermanos, la persecución continúa. En esta semana hemos tenido cosas, noticias muy tristes del departamento de Chalatenango. Pero la más triste, que nos llegaba al fin de semana, es el atropello contra el párroco de Osicala, padre Miguel Ventura. Ciertamente, no pertenece a nuestra diócesis, es de la diócesis de San Miguel, pero un sentido de solidaridad me lleva a protestar contra este atropello de un hermano sacerdote.

Tengo detalles muy crudos de cómo lo amarraron, como a un vil asesino, lo atropellaron, lo tuvieron preso en la policía de Gotera. Junto con él, otros catequistas también han sufrido y se han desaparecido. No hay tiempo de entrar en detalles, pero sí, ciertamente, para decir que esto no fomenta la opinión de que las relaciones con la Iglesia están mejorando. Y sí quiero recordar que el canon 119 de nuestras leyes eclesiásticas dispone: “Todos los fieles deben a los clérigos reverencia, según sus grados y oficios, y cometen delito de sacrilegio si infieren a los mismos injuria real”². Todo aquel que toca a un sacerdote, mucho más con el espíritu con que tocaron al padre Miguel Ventura, son reos de sacrilegio. Y la ley también sanciona en el canon 2343: el que pusiere manos violentas en la persona de los “clérigos o de religiosos de uno u otro sexo cae *ipso facto* en excomunión, reservada a su ordinario propio, el cual, si el caso lo exige, debe además castigarlo con otras penas, según su prudente arbitrio”³. Quiere decir, pues, que todos los que amarraron al padre Miguel o atropellan a cualquier sacerdote quedan excomulgados por el mismo hecho de hacerlo, y solo el obispo propio los puede levantar esa sanción. En este caso, le toca a monseñor Álvarez levantar esa pena de excomunión cometida contra uno de sus sacerdotes o castigar a los reos de sacrilegio con penas mayores.

Creo que basta cuando se ha dicho, hermanos, para comprender, pues, por dónde marchamos en este momento de nues-

² *Código de Derecho Canónico*, 119. Monseñor Romero cita el Código de 1917, vigente hasta la promulgación del nuevo, en 1983.

³ *Código de Derecho Canónico*, 2343, §4.

tra Iglesia. Y desde este momento histórico levantamos nuestra mirada para contemplar, en la homilía de hoy, a la luz de las palabras tan bellas que nos ha leído la Iglesia.

La Iglesia escatológica

Y podíamos titular esta homilía: la Iglesia escatológica. La palabra “escatológico” —ciencia de las cosas últimas— nos evoca que la Iglesia señala al hombre, al pueblo, las cosas últimas, su destino hacia dónde camina como hombre, como patria, como comunidad. Lo escatológico constituye en la teología actual uno de los temas más importantes. Y diría, hermanos, que la escatología —esa ciencia, ese saber, esa experiencia, esa esperanza que el cristiano lleva de las cosas últimas— da a nuestra Iglesia una dinámica muy original, la dinámica de la esperanza, que solo puede nacer de una fe muy grande. Y San Pablo nos ha dicho hoy tristemente: “La fe no es de todos”.

2Ts 3, 2

La fe no es de todos. ¡Qué lástima me diera pensar que alguno de mis oyentes perteneciera a esta marginación! Que la fe no fuera para él, no por culpa de Dios, sino por la mala voluntad, por el corazón que rechaza la predicación o al predicador. No se fijen en mi persona, repugnante para muchos; fíjense en lo que les digo en nombre de aquel que habla con un conocimiento profundo de la escatología. Porque, queridos hermanos, queridos sacerdotes—si acaso me están escuchando algunos—, religiosas, religiosos, catequistas, colaboradores del reino de Dios, el día en que como católicos comprendamos la escatología, desaparecerían de nosotros muchas pequeñeces y divisiones.

Así como decíamos hace dos domingos —de las misiones—, el día en que comprendamos este trabajo universal de la Iglesia, esta misión que Dios ha confiado a nuestro pueblo de llevar a todo el mundo el mensaje salvador, desaparecerían, por las exigencias universales, las divisiones. Les hacía un llamamiento a mis hermanos protestantes a luchar, no por sembrar más sectas, no por hacer más picadillo el cristianismo, sino por unir. Que nosotros protestantes y católicos, por estar divididos —y más ustedes, protestantes, por dividirse en tantas sectas, llamándose todas cristianas profesando todas la Biblia—, estamos dando un testimonio espantoso, como si Cristo estuviera partido, decía San Pablo. ¡Si no hay más que un Cristo! Y tenemos la obliga-

1 Co 1, 13

ción de unificarnos en su mensaje, matando en nosotros egoísmos, modos personales de pensar, para presentar la única fe en el único Cristo, formando el único rebaño que salvará al mundo entero.

Pues así también, si esa perspectiva universal nos es necesaria para unirnos más, creo que otra dinámica, otra fuerza que nos uniría tremendamente sería esta perspectiva escatológica, el saber que caminamos hacia el mismo rumbo, el saber que somos tripulantes de la misma nave, el saber que es un mismo faro que está iluminándonos con su misma luz para atraer la nave en medio de las borrascas del tiempo y de la vida.

¿Qué nos enseña acerca de la escatología este domingo? Y quisiera que se fijaran en esta circunstancia: prácticamente es el último domingo del año eclesiástico. El otro domingo es propiamente el último. La Iglesia ha querido coronar el año eclesiástico con la fiesta de Cristo Rey. El otro domingo estaremos celebrando el domingo de Cristo Rey como corona de todo el año litúrgico. El rey del tiempo, el rey de todos los años, corona y principia los años de la vida. Por eso hoy, domingo treinta y dos del Tiempo Ordinario, prácticamente es el fin de año, el último de nuestras reflexiones sobre la Iglesia. Qué oportuno es este fin de año eclesiástico para que la Iglesia, así como nosotros el 31 de diciembre, analicemos qué hemos hecho en el año, hacia dónde están orientados nuestros pensamientos en el año nuevo. La escatología, pues, es como una brújula puesta en nuestra nave para mirar si caminamos bien; y por eso, las lecturas nos hablan de ese más allá, la resurrección.

La primera lectura es uno de los pasajes más heroicos, una epopeya preciosa de la Biblia. A partir de Alejandro Magno, en sus conquistas por el oriente, comenzó para la Tierra Santa un período muy peligroso, que lo continuaron los reyes, los seléucidas y, en el caso de la lectura de hoy, un rey llamado Antíoco. Era el proceso de helenización. Se llama así el querer introducir en Palestina costumbres griegas. Eso quiere decir helenización. Helénico es lo mismo que griego. Las costumbres griegas, paganas: gimnasias, estadios. Todo esto iba en muchas cosas contra la ley sagrada de Moisés y había choque. Siempre que se quieren imponer otros criterios a los sentimientos auténticos del pueblo hay choque, no hay bienestar. La imposición helénica de Antíoco despertó la sublevación en el pueblo. Una familia, Matatías

con sus siete hijos, el más famoso fue Judas el Macabeo, lograron organizar el ejército contra esta invasión pagana en la Tierra Santa. Y a la luz de ese heroísmo surgían en Palestina hechos muy hermosos.

El que nos ha leído la primera página de hoy nos cuenta el caso de una madre que tenía siete hijos. Madre fiel a la ley del Señor, no quería sacrificar carnes de puerco a los falsos dioses helénicos y por no obedecer fueron martirizados, uno por uno, sus siete hijos. Y en esa página del libro segundo de los Macabeos —lean el capítulo 7 del segundo libro de los Macabeos—, allí tienen una teología del martirio, una teología que hoy necesita mucho nuestro pueblo, la teología del testimonio de fidelidad a la ley de Dios antes que obedecer a los que profanan la ley del Señor, los derechos del Señor. Sacando el conjunto de las respuestas de los siete niños —o hijos, unos eran más grandes—, se concluye que en el pensamiento de Israel privaban estas ideas: hay que obedecer la ley de Dios, aun cuando suponga el riesgo de morir. ¡Qué principio más valiente!

2 M 7, 30

Pero esto se afianzaba en una gran esperanza, segundo principio: porque aquel a quien lo mutilan, le cortan la lengua, los brazos, lo despedazan por la ley de Dios, resucitará con sus miembros íntegros y esa vida que le quitaron los poderes de la tierra, se la devolverá glorificada el Señor. También resucitarán los verdugos, dice la Biblia, pero no para recibir gloria, sino el castigo merecido, la ignominia, si no se arrepintieron de su pecado.

2 M 7, 11

Esta teología también nos lleva a este pensamiento: no es que los martirizados sean los santos y los otros sean los malos. También dicen los Macabeos: Dios castiga los pecados de sus hijos por medio del azote de los injustos. Pero mientras que sus hijos castigados por la providencia de Dios van a recibir premio y galardón por su enmienda, los que sirvieron de azote a los hijos de Dios, si no se arrepintieron de sus crímenes, serán echados a la ignominia eterna. ¡Qué teología más bella!

2 M 7, 32-38

Es la que luego vemos aplicarse en el Evangelio, que nos ha presentado el caso curioso de los siete maridos. Eran hermanos que se fueron casando sucesivamente con una sola mujer. Moría uno, se casaba con el otro. Y preguntan —el ridículo— porque los saduceos no creían en la resurrección y para burlarse de la resurrección le propusieron a Cristo este pasaje, este caso de con-

ciencia: ¿de cuál de los siete, si es verdad que resucitan todos, de cuál de los siete va a ser la mujer allá en esa resurrección? El caso parece bien plantado; sin embargo, Cristo toma la oportunidad para predicar aquí la relatividad de las cosas temporales. Se equivocan, les dice, no saben ustedes cómo será esa vida de la resurrección. Si es cierto que en esta vida, por una ley de Moisés que se llamaba la ley del levirato —la ley del levirato ordenaba que si moría un hombre sin dejar hijos, su hermano soltero tenía obligación de casarse con la viuda para dar el nombre de su hermano a un hijo de esa viuda—, el caso es legítimo, de los siete que murieron sin tener hijos. Pero la resolución es esta: todas esas leyes del matrimonio, el mismo matrimonio tiene un sentido relativo, histórico, temporal. Solamente es necesario que el hombre y la mujer tengan hijos en esta tierra donde es necesario conservar el género humano; pero en la resurrección, donde serán inmortales, no se tendrá en consideración esa relación sexual, no existe el matrimonio, todos serán como hombre, como ángeles de Dios. Existirán, naturalmente, los cuerpos resucitados con todos sus miembros, pero la razón de las funciones de los miembros corporales se transformará. Lean ustedes aquellos capítulos de San Pablo a los corintios donde les habla que una cosa es el cuerpo que se muere y se entierra, y otra categoría el cuerpo que resucita para la vida eterna, cuerpo espiritual. No se da en el cielo la necesidad sexual de la carne que exige, por esas leyes, la procreación. No hay necesidad.

Dt 25, 5-10

Lc 20, 36

1 Co 15, 44

Aquí vamos a sacar una hermosa consecuencia, hermanos. Esta homilía nos da la oportunidad para ver las aberraciones de aquellos que abusan de los placeres sexuales: el evitar los hijos, la homosexualidad, las relaciones prematrimoniales, el aborto, la prostitución, es únicamente poner un uso de funciones corporales al servicio del placer, del egoísmo. Y esas cosas las ha dado Dios para fines muy grandes.

He aquí lo escatológico, la finalidad de lo último. Si frente a las relaciones humanas pensáramos siempre la finalidad de mi vida, no existiría ese desorden que llamamos aquí la explosión demográfica, que no es en el matrimonio precisamente sino fuera del matrimonio: el machismo, el hombre que va dejando hijos por todas partes, ese es el culpable de la explosión en El Salvador. Un matrimonio ordenado, todo El Salvador con matrimonios ordenados, no tuviéramos este fenómeno espantoso

de tantos hijos sin padre, frutos nada más del placer de un momento de la relación sexual.

Y así de lo demás. Si se tuviera en cuenta lo relativo de lo temporal, los que están en el poder no lo absolutizarían, sino que lo usarían para el bien común. Tuvieran en cuenta que hay un juicio de Dios que va a pedir cuenta, a gobernantes y gobernados, del ejercicio de sus facultades. Y las riquezas, si se tuviera en cuenta que el becerro de oro no es más que un ídolo que va a desaparecer, que cuando uno muere se va con las manos vacías de todas las cosas temporales. Lo escatológico, si se tuviera la idea escatológica en el uso del dinero, en las relaciones de patronos y obreros, en el trato de los cortadores; si la escatología iluminara esas relaciones, qué relativo aparecería todo lo temporal. El dinero, los placeres, el poder es relativo. El mismo matrimonio, que parece tan estable, es relativo. El celibato sacerdotal y religioso es relativo. Si nosotros sacerdotes hemos aceptado una renuncia al matrimonio, tenemos que ser fieles precisamente porque hay que dar testimonio en medio de los casados que las relaciones sexuales solo tienen un valor relativo, y que los hombres y las mujeres célibes, o que no se casan, los solteros que viven en castidad su soltería, ya están dando testimonio de lo que será la otra vida: serán como los ángeles —dice Cristo en el Evangelio de hoy—, no morirán, serán inmortales, no necesitarán las cosas de la carne.

Lc 20, 36

Ojalá, hermanos, que me haya hecho comprender, para que un soplo de espiritualidad sea la mejor respuesta a tantos problemas que han hecho como del sexo el centro de la vida, el centro de las preocupaciones. No es lo sexual lo principal del matrimonio. Es la formación mutua, preparándose para ser un día ángeles en el cielo, santificarse esposa y esposo e hijos en el uso casto y honesto, según la ley de Dios, de esa institución que se llama el matrimonio.

Y por eso, hermanos, como centro de esta escatología, San Pablo en su carta a los tesalonicenses propone a Cristo, nuestro Señor. Cristo es la explicación del cristiano. Hermanos, cómo quisiera yo grabar en el corazón de cada uno esta gran idea: el cristianismo no es un conjunto de verdades que hay que creer, de leyes que hay que cumplir, de prohibiciones. Así resulta muy repugnante. El cristianismo es una persona que me amó tanto que me reclama mi amor. El cristianismo es Cristo. ¡Ah, a la luz

de Cristo, cómo se lleva castamente el matrimonio! ¡A la luz de Cristo, cómo se comprende lo escatológico, un hermano mayor que me está esperando, más aún, que ya va conmigo! Porque cuando hablamos de escatología, quisiera grabar esta otra idea: lo escatológico no es solo lo que se espera; lo escatológico es lo que ya se tiene, cuando se tiene fe a Cristo en el corazón. No esperamos morir para ser felices; ya somos felices cuando tenemos el reino de Dios, como decía Cristo, en vuestros corazones.

Lc 17, 21

Cuando Cristo vino hace veinte siglos, comenzó la escatología. Es el último acto de Dios para darle a la historia su sentido final. El sentido final de la historia, el sentido relativo de todas las cosas, lo da Cristo: instaurar todas las cosas en Cristo. Solo aquello que se va apegando a Cristo ya está siendo escatológico. El joven, el matrimonio, el anciano, el enfermo, el que cumple el deber o sufre una pena, si ya la sufre unida íntimamente con Cristo, rey de los siglos, ya está en la escatología. Por eso, en la Iglesia es clásico este movimiento que se expresa con estas palabras: “Ya, todavía no”. Como un péndulo de un reloj: “Ya, todavía no; ya, todavía no”. Ese es el cristianismo: ya, ya debo de vivir como si viviera en el cielo; todavía no, porque no se ha manifestado lo que soy; ya, siento mi compromiso con este Cristo encarnándose en este pueblo al cual debo servir y dar mi vida, aunque todavía no veo el esplendor de la gloria que llevo escondido en mí mismo. Todo aquel que ahora está en gracia de Dios y que se va a acercar a la comunión ya vive el reino de Dios, pero todavía no se ve lo que es, pero ya lo lleva escondido en su corazón. Eso se llama la escatología presente. O sea que la escatología tiene dos momentos: un presente y un futuro. El presente lo vive la gente de fe, de esperanza. En la marginación, en la pobreza, en la humillación, en la tortura, el hombre ya está viviendo ese cielo, esa esperanza. Y si allí muere, no ha sido más que el vaso de barro que se quiebra y la luz esplendorosa que ilumina toda su vida. Vivamos, hermanos, esta escatología. Vivamos ya en el reino de los cielos.

Y esta será pues, la gran esperanza del Evangelio, la que yo quiero predicar con todas mis fuerzas y quisiera imprimir profundo en el corazón de todos. No desesperemos, no busquemos soluciones de violencia, no odiemos, no matemos. Y repito esto, así claramente, porque ayer supe allá por Santiago de María, que ya, según algunos amigos míos, yo he cambiado, que yo ahora

predico la revolución, el odio, la lucha de clases, que soy comunista. A ustedes les consta cuál es el lenguaje de mi predicación. Un lenguaje que quiere sembrar esperanza; que denuncia, sí, las injusticias de la tierra, los abusos del poder, pero no con odio sino con amor, llamando a conversión para que todos vivan ya este movimiento escatológico, que es alma y esencia de esta Iglesia animada por el Espíritu de Dios que vive y reina por los siglos de los siglos. Vamos a proclamar nuestro credo.

El sentido escatológico de la Iglesia

Trigesimotercer domingo del Tiempo Ordinario
13 de noviembre de 1977

Malaquías 3, 19-20a
2 Tesalonicenses 3, 7-12
Lucas 21, 5-19

Enmarcamos la homilía, que no es otra cosa que la palabra de Dios aplicada a los que estamos reflexionándola en este día, en hechos que nos han conmovido, ya sea en la vida nacional, familiar o privada.

Hechos que nos han conmovido

En primer lugar, yo quiero unirme a la condolencia de la familia de don Raúl Molina, asesinado ayer en un intento de secuestrarlo, como todos saben. De nuevo el repudio a la violencia y la Iglesia unida al sufrimiento de las víctimas de la violencia. Esta es la posición clara, por lo cual duele al corazón del pastor que se tergiversen sus intenciones y se le calumnie hasta el punto de creerlo instigador de asesinatos¹. Recordarán ustedes que también a los policías muertos, les enviamos nuestra condolencia a las familias y repudiamos también el crimen que acaba con la vida. Para don Raúl, pues, nuestra oración esta mañana pidiendo su eterno descanso, la misericordia del Señor. Y para toda la patria el deseo, pues, de que estas escenas violentas vayan desapareciendo.

¹ El titular de portada del periódico *La Opinión* de noviembre de 1977 decía textualmente: “Responsabilizan a monseñor Romero en muerte de policías”.

El otro gran acontecimiento que llena nuestra semana ha sido la manifestación obrero-campesina que sitió el Ministerio de Trabajo. Se pidió la mediación de la Iglesia. Con todo gusto la hemos ofrecido, con el mismo espíritu de servicio y de buscar justicia para nuestro pueblo. Al principio se negó. El señor presidente nos mandó decir que no negociaríamos con organizaciones ilegales. A este propósito, se comunicó por la radio un comunicado manifestando nuestra buena voluntad y, a pesar del rechazo, invitando al diálogo y a la cordura, que no fuera a haber violencia en esa situación. Gracias a Dios, después fue aceptada la mediación y por medio de nuestro estimado vicario general, monseñor Urioste, pudo llegarse al arreglo que todos conocen. Esperamos que las promesas hechas ayer sean realizadas con justicia, que las huelgas terminen y que la voz de los campesinos también sea oída.

A este propósito, hermanos, comentando estos hechos, lamentando también otras notas dolorosas de la semana. Por ejemplo, la visita de dos madres de familia que buscan a José Julio Ayala Mejía, a Víctor Manuel Rivas Guerra, capturados por cinco policías de Hacienda, desde el 24 de abril; y el desaparecimiento más reciente, el 9 de noviembre, de José Justo Mejía, originario de La Ceiba, en Las Vueltas, de Chalatenango, capturado también por policías de Hacienda. Su esposa con nueve hijos chiquitos sufre este desamparo, como las madres también su orfandad. Reitero, pues, el llamamiento de la justicia: que se haga justicia, que si son criminales, se les juzgue, se les castigue; pero que no se castigue a la familia con esta situación de incertidumbre —en la cual siguió también hasta el fin la familia Chiu-rato— porque estas violencias y esos atropellos, vengan de donde vengan, ofenden a Dios, lastiman la convivencia nacional, hacen mal, no hacen ningún bien.

En *Orientación* de esta semana presento, en “La palabra del arzobispo”, el lema de la próxima Jornada Mundial de la Paz. El Papa, cada 1 de enero, quiere que lo celebremos como día de la paz y le señala un lema. El lema para 1978 es este: “No a la violencia. Sí a la paz”. Y en el boletín que presenta esta voluntad del Papa hay un análisis que yo quisiera que no solo lo leyeran, sino que lo reflexionaran, dice: “La violencia puede proceder de personas o de grupos entregados a un frenesí de dominio: el poder, o de un frenesí de consumo: el tener”. El afán de tener, la codi-

cia, la avaricia. Frenesí “que tiende indebidamente a limitar o suprimir la vida de otras personas o de sociedades humanas: racismos, genocidios e incluso imposición, mantenimiento por la fuerza de una estructura política o económica injusta y discriminatoria”². Son palabras de la Santa Sede. No son palabras demagógicas del obispo de San Salvador. No son palabras subversivas de los obispos del continente en Medellín. Lo que hicieron los obispos en Medellín es darle un nombre a esto que acaba de describir la palabra de la Santa Sede. Los obispos en Medellín dijeron: existe una injusticia, una “violencia institucionalizada”, un afán, un frenesí —como dice el comunicado—, un frenesí de mantener el poder, de mantener la economía y son capaces, en ese afán de mantenerse, de atropellar vidas y sociedad entera. Esta es violencia, la violencia institucionalizada. Contra esa violencia no es extraño que surja la violencia reaccionaria.

M 2, 16

Y lo sigue diciendo el comunicado del Vaticano: “La violencia puede caracterizar también la manera de reaccionar de aquellos que están o se creen oprimidos y cuyo anhelo de vida y de justicia termina por explotar: violencia de los débiles, de aquellos que están privados de ciertos derechos fundamentales”³. Existen, pues, dos violencias: la que está oprimiendo de arriba, políticamente, económicamente, y la que reacciona contra esa violencia.

“Los dos aspectos —continúa el Vaticano diciendo—, los dos aspectos pueden ser difíciles de separar y la injusticia puede ser recíproca”. En las dos puede haber injusticia. “Evidentemente en el primer caso” —son palabras del Vaticano—. Evidentemente hay injusticia en la primera violencia. O sea, que aquí el documento de la Santa Sede llama injusta a esa situación de opresión, de represión, de querer tener más, de querer ser poderosos, aun reprimiendo a los débiles. “Evidentemente en el primer caso, pero también con frecuencia en el segundo caso”⁴. Nunca voy a defender yo, ni nadie católico puede defender, la injusta violencia, aunque proceda del más oprimido. Siempre será una injusticia si traspasa los límites de la ley de Dios. Y termina diciendo el comunicado: “El pecado se introduce y tiende a

² Cfr. “No a la violencia. Sí a la paz”, *L'Osservatore Romano*, 30 de octubre de 1977.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

poner su nota diabólica en las relaciones de personas en conflicto: odio, engaño, crueldad, tortura, negligencia de los inocentes, represalias”⁵. En las dos violencias el demonio mete el pecado. Y si la Iglesia habla contra una y otra violencia, no es porque esté del lado de los ricos o de los pobres, de los poderosos o de los débiles; está del lado de Cristo, que lucha contra el pecado, dondequiera que esté el pecado: esté en el poder, en la riqueza o esté también en los pobres y en los oprimidos. El pecado está contra Dios y la violencia que se mancha de pecado es violencia que la Iglesia no puede tolerar. En este sentido, pues, se celebrará: “No a la violencia. Sí a la paz”. Todos aquellos que hayan dicho que yo he incitado hechos de violencia hasta llevar a matar gente son calumniadores. Y tengo el derecho a llevarlos a los tribunales por calumnia; lo cual, si es necesario, lo haré. La posición de la Iglesia es clara, pues.

También, hermanos, ante las razones que se pueden oponer al diálogo, yo quiero recordar una frase quizá muy graciosa pero eficaz del papa Pío XI, hombre que no se puede criticar de débil, hombre que tuvo que enfrentarse a Hitler y a Mussolini, fue el tiempo de su pontificado. Y decía Pío XI: “El diálogo es el camino de muchas soluciones; y si fuera por el bien de la Iglesia, yo dialogaría hasta con el mismo demonio”. No se invoquen razones legalistas: que si es ilegal tal institución, tal organización. Como dice la *Imitación de Cristo*: “No te fijes quién lo dice; fíjate lo que dice”⁶. Dialoguemos con quien quiera que sea. No quiere decir esto ser solidarios, cómplices de los pecados de una agrupación. Simplemente escuchemos. Puede haber mucho de justicia en sus reclamos. Y hasta el más ilegal puede tener una voz que clama también ilegalidad en el interlocutor. Nuestra radio católica ya comentó: ¿por qué no se dijo que son ilegales también las instituciones de FARO⁷ y tantas firmas falsas que aparecieron en publicaciones contra la Iglesia? Cristianos legales con tantas cosas religiosas auténticas, ¿por qué no se descubre también con ese cuidado de ilegalidad tantas voces que han insultado y ofendido a la Iglesia?

⁵ *Ibíd.*

⁶ *Cfr. Imitación de Cristo*, Libro I, capítulo V, “De la lección de las Santas Escrituras”.

⁷ Frente de Agricultores de la Región Oriental (FARO), organización de terratenientes que publicó comunicados contra la Iglesia y el arzobispo.

La necesidad de un diálogo en que intervenga la Iglesia, hermanos, no es un oportunismo. Desde hace setenta y cinco o más años, cuando León XIII escribió la encíclica *Rerum novarum*, justificó por qué la Iglesia era necesario que hablara en asuntos laborales e interviniera en los conflictos de patronos y de obreros, de patronos y trabajadores. Yo he copiado de la encíclica estas palabras para que las reflexionen, las reflexionemos todos, y miremos en esta presencia de monseñor Urioste, ayer en el Ministerio de Trabajo, entre el gobierno representado por el ministro y las partes que reclaman, que representaban las huelgas de la fábrica de León, de la fábrica INCA⁸ y los deseos de los campesinos de un salario mejor en las cortas... En esa presencia —de los tres elementos, también la parte patronal: gobierno, parte patronal, parte obrera y la Iglesia presente— yo veo un signo de esperanza porque coincide con este pensamiento de León XIII.

En la *Rerum novarum*, dice por qué habla la Iglesia de estos asuntos, por qué tiene que meterse en estas materias: “Verdad es que esta tan grave situación demanda la cooperación y el esfuerzo de los jefes de Estado, de los patronos y ricos, y hasta de los mismos proletarios de cuya suerte se trata; pero, sin duda alguna, afirmamos que serán vanos cuantos esfuerzos hagan los hombres si desatienden a la Iglesia. Porque —cuatro razones, fíjense bien, primera— la Iglesia es la que saca del Evangelio las doctrinas que bastan o a dirimir completamente las contiendas o por lo menos a quitarles toda aspereza y hacerlas así más suaves”. Esta es la primera razón por que la Iglesia debe estar presente en estas situaciones de conflicto: porque ella es la portadora del Evangelio y desde el Evangelio saca las razones que pueden dirimir los conflictos o suavizarlos, que no terminen en violencias ni odios.

RN 12

Segunda razón, porque la Iglesia “trabaja no solo en instruir el entendimiento, sino en regir con sus preceptos la vida y las costumbres de todos y cada uno de los hombres”. El señor ministro, los obreros, los campesinos, todos, si de veras somos católicos o creemos en Cristo por lo menos, sabemos que hay una ideología y una moral que tenemos que obedecerla individualmente y colectivamente y la Iglesia es la personera de esa doctrina y de esa moral.

RN 12

⁸ Industria Centroamericana de Nylon, S.A. de C.V. (INCA).

RN 12 Tercero, la Iglesia “promueve, con muchas instituciones utilísimas, el mejoramiento de la situación de los proletarios”. Si hubiera tiempo, aquí haríamos una larga lista de las obras que la Iglesia realiza en los barrios marginados, entre los pobres, entre los obreros, campesinos. Es gloria de la Iglesia estar presente promoviendo. Y precisamente porque promueve, se le critica y se le calumnia y se mal informa. Pero, hermanos, me da mucho gusto pertenecer a esta Iglesia que está despertando la conciencia del campesino, del obrero, no para hacerlo subversivo —ya hemos dicho que la violencia pecadora no es buena— sino para que sepa ser sujeto de su propio destino, que no sea más una masa dormida; que sean hombres que sepan pensar, que sepan exigir. Esta es gloria de la Iglesia y de ninguna manera se avergüenza cuando se la quiera confundir con otras ideologías, porque eso ya se ve que es calumnia, es querer echar humo para confundir y para desprestigiar este papel promotor de la Iglesia.

RN 12 Y en cuarto lugar, la Iglesia está presente porque “ella aún los pensamientos y los esfuerzos de todas las clases sociales para poner remedio a las necesidades de los obreros; y para que se crea que se deben emplear también el peso de la ley y debe de aceptarse, aun cuando esa ley tiene que darse con peso y medida”, es decir, con justicia, que las leyes no sean solamente los voceros de una clase pudiente y no se quiere oír al trabajador, sino que la ley escucha a uno y a otro. Y entonces, la Iglesia a las leyes justas les dice: vienen de Dios, obedézcanlas los obreros y los patronos. Pero tienen que ser, pues, leyes como las definía Santo Tomás de Aquino: “La ley —dice— es una ordenación de la razón, por aquel que tiene potestad, para el bien común”⁹. Mientras no realiza estas condiciones, la ley no es ley; es parcialidad.

Y por eso esperamos, queridos hermanos, que las promesas hechas ayer en el Ministerio de Trabajo no se van a quedar simplemente en un recurso para terminar aquella situación. Las citas que se han dado para esta semana de patronos y obreros, presente la Iglesia, y también de campesinos, presente la Iglesia, no significará una demagogia de la Iglesia, sino la presencia, como lo hemos dicho hoy, presencia del Evangelio, presencia de la paz, presencia del llamamiento justo, aunque cueste, pero que se acepte; y que ojalá, como dijo el comunicado de ayer, queden terminadas en esas sesiones los conflictos que han surgido.

⁹ Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, 1-2 q. 90 a. 4

Vida de la Iglesia

Hermanos, en la vida de la Iglesia hemos tenido acontecimientos muy hermosos, pero el tiempo se me ha ido casi por completo. Quiero felicitar a las comunidades que tuve la dicha de visitar en esta semana: comunidad de las carmelitas del Plan del Pino; la fiesta de confirmación y primera comunión en Colón; la visita a la comunidad de religiosas eucarísticas de San Martín junto con el párroco, para planear una pastoral de Iglesia en aquella población. Lo mismo que la fiesta del patrón, San Martín, el 11 de noviembre y las bodas de plata del padre Teodoro Alvarenga y bendición de la nueva iglesia allá en Ojos de Agua ayer, razón por la cual no pude estar personalmente en el Ministerio de Trabajo, pero fui muy bien representado por nuestro vicario general.

Quiero felicitar también al seminario que está para salir ya a sus vacaciones —el menor ya salió— y, sobre todo, por la promoción vocacional que ha superado nuestras esperanzas. Ha sido también un signo de los tiempos, que me anima mucho el corazón, ver la inmensa cantidad de jóvenes —no se han podido aceptar todos— para llenar las filas del seminario, muchos de ellos ya bachilleres.

El sentido escatológico de la Iglesia

La palabra de Dios, hermanos, que ilumina todo esto, nos llena de mucho consuelo. Es el domingo treinta y tres del Tiempo Ordinario. El próximo domingo será ya Cristo Rey, clausura del año litúrgico. Ya como terminando este tiempo del año de la Iglesia, la perspectiva de la Iglesia es lo que decíamos el domingo pasado, y voy a subrayar esa idea porque es muy importante tenerla en cuenta: el sentido escatológico de la Iglesia. Ya les explicaba esa palabra. Significa lo último, la finalidad de la historia y del hombre, hacia dónde marcha esta sociedad, esta Iglesia. Porque todo hombre, toda organización que no tenga un sentido de finalidad, es irracional. ¿Cómo pueden vivir los hombres sin fe? ¿Cómo pueden organizarse los hombres solo para cosas de la tierra, sin una finalidad escatológica? La Iglesia por eso habla en los conflictos, por eso tiene también una palabra eficaz en las situaciones difíciles de la tierra, porque ella no pierde nunca de vista su perspectiva eterna. ¿Para qué han sido creados los

EN 38

hombres? ¿Para qué se organizan los países? ¿Para qué se organizan las agrupaciones? Por eso, Pablo VI hablando de la liberación y de la aportación que la Iglesia está haciendo a la liberación del hombre, llama a los liberadores a que no pierdan de vista este sentido escatológico, porque es el que le da fuerza y originalidad a la participación de la Iglesia en las fuerzas liberadoras.

Desde esta perspectiva escatológica, la Iglesia se define, no se confunde con movimientos liberacionistas de la tierra. Por eso, es ridículo decir que los sacerdotes son comunistas. Es ridículo decir que un catequista que predica la doctrina de la Iglesia se vuelve marxista. En lo que tiene de ateísmo, de materialismo, de lucha de clases sola para la tierra, es imposible que la Iglesia pueda ser así. Naturalmente, que desde la perspectiva de la tierra, donde reina el pecado y la injusticia, se pueden confundir los reclamos del comunismo, de las organizaciones de obreros, de campesinos, y de la Iglesia; pero la Iglesia conserva su mirada siempre en alto para ver el fin hacia donde va esta liberación. ¿De qué serviría que los cortadores ganaran mucho dinero si eso va a terminar a las cantinas, a los burdeles, como tristemente sucede? ¿De qué serviría predicar la promoción del hombre si los hombres se promovieran únicamente para tener más dinero? ¿De qué sirve ir a una universidad, ganar un título, ser un profesional, si solamente se pone la ilusión en ganar, ganar más, el frenesí de tener, como dice el documento que he leído hoy? Muchos para eso estudian, para eso trabajan, para tener dinero. Han perdido la visión escatológica.

MI 3, 19

Hoy nos habla, la primera lectura del profeta Malaquías, una palabra que entre los profetas es clásica: el día del Señor. Se presentó antes del exilio de Babilonia como un día de castigo. Este pueblo está abusando, se han olvidado de la alianza con el Señor, hay injusticia, los poderosos abusan de su poder, los ricos explotan al pobre; vendrá el día del Señor. Y cuando vino el día de la exportación de los israelitas a Babilonia, reyes poderosos y pueblo, todos fueron llevados. El día del Señor había llegado. Entonces los profetas le dan otro tono al día del Señor. Es la esperanza. Los profetas predicaban al pueblo en exilio: vendrá el día de la esperanza. ¡Vivamos la esperanza! ¡Vendrá el día del retorno! Y Dios visitaba al pueblo oprimido, sufriente como en Egipto o en Babilonia, por medio de sus predicadores, de sus profetas, sembrando esperanzas. Y retornó el pueblo a Jerusa-

lén. El templo era como el símbolo de aquel Dios que socorría en las necesidades. El día del Señor se hacía entonces esperanza. Se hacía un día de justicia. Se ha hecho justicia.

Y esto significa, en el fondo, la expresión bíblica “vendrá el día del Señor”: el día del juicio, el día en que juzgará Dios la historia, el día en que cada hombre se presenta en la hora de su muerte para dar cuenta de sus obras. Este es el día del Señor. El día de nuestra muerte no hay que temerlo; hay que esperarlo como lo esperaba Francisco de Asís. La muerte, mi “hermana muerte”¹⁰, la gran liberadora si se ha vivido como Francisco de Asís, si se ha vivido con sentido de escatología, esperando el día de la liberación, esperando el retorno de la Babilonia, esperando la liberación de Egipto, esperando la redención eterna de aquel Cristo resucitado que no puede morir. Este es el día del Señor que anuncian las lecturas de hoy. Hermanos, sobre todos nosotros está puesto el día del Señor. Es para mí un honor inmenso el repetir aquí las palabras de los profetas anunciando el castigo al pueblo que no se quiere convertir y anunciando la esperanza a los pueblos que, como en Egipto y en Babilonia, viven esperando más justicia, más amor, más paz. Vendrá, esperemos. Vendrá, no nos desesperemos.

Esta espera, que Jesucristo también menciona en el Evangelio de hoy, cuando ante un aparente imposible... Imagínense ustedes que alguien les dice: “Esta catedral tan hermosa se va a derrumbar y no quedará piedra sobre piedra”. Era la impresión que recibieron los apóstoles cuando Cristo les habla del templo de Jerusalén, mucho más hermoso que nuestra catedral, templo que era el centro de la teocracia de toda una nación, templo que era el símbolo no solo de la religión, sino de la patria; que un Cristo se presente y les diga: miren qué piedras más bellas, miren qué construcción más admirable. Sin embargo, yo les digo, no quedará piedra sobre piedra; dirían que era un loco. Y así lo tomaron porque el Evangelio dice: no comprendieron hasta que resucitó de entre los muertos y sucedieron las cosas que sucedieron el año 70. Se cree que San Lucas pudo escribir después del año 70, cuando los ejércitos romanos asediaron Jerusalén, la tomaron y destruyeron el templo; no quedó piedra sobre piedra. Los apóstoles, que no vivieron esa hora cuando Cristo se las

Lc 21, 6

Jn 2, 22

¹⁰ San Francisco de Asís, *Cántico del hermano Sol*.

Lc 21, 7

anunciaba, se sorprendían y le preguntaron: “Maestro, ¿cuándo va a ser esto?, ¿cuál será la señal de que todo esto va a pasar?”. Y entonces Cristo aprovecha, como los profetas, de un hecho histórico, de la prevaricación del pueblo, de la exportación a Babilonia, de esa historia se remontan al final definitivo de los tiempos. Entonces, es cuando Cristo anuncia el juicio, que “vendrá a juzgar a vivos y muertos”, como dice nuestro credo. Ve la doble perspectiva del Evangelio y de las profecías, de la Biblia: hechos históricos que nos tocan vivir a nosotros, nos deben remontar a la meta de la historia, a la muerte de cada uno de nosotros, al final de nuestra existencia. Esto se llama la escatología. Y esa espera del día del Señor, la teología lo llama la parusía: la esperanza de la segunda venida de Cristo. Volverá Cristo.

Lc 12, 35-36

Esta es la dificultad del cristianismo, vivir entre las dos venidas de Cristo. Vino humilde, hecho niño para sufrir, para salvar al mundo; resucitó y ahora vive presente en su Iglesia, pero de una forma invisible. Esta Iglesia, como la esposa que tiene lejos a su esposo, suspira por Él. La Iglesia vive esta esperanza. Lo van a decir ustedes, voz de la Iglesia, cuando yo levante la hostia, que es Cristo todavía oculto y les diga: “Este es el misterio de nuestra fe”, nuestra esperanza, este Cristo que les enseñó y que no lo vemos; entonces el pueblo grita como la esposa enamorada: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección —es decir, vives—. ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven!”. Este es el grito de que vive la Iglesia: ¡ven! La esperanza del corazón. Dichosos los que pueden decir que están esperando, como comparó Cristo: el guardián que está en la noche en la casa, esperando a qué hora vendrá de la fiesta el patrón, no duerme, está esperando. Así debe ser la vida cristiana.

Lc 21, 8-9

Se predicaba tan intensamente esta segunda venida de Cristo, en los primeros tiempos, que muchos llegaron a pensar que ya era próxima, pero el Evangelio de San Lucas, hablando el mismo Cristo, nos desengaña: “Cuidado, que nadie os engañe. Porque muchos vendrán usando mi nombre y diciendo: ‘Yo soy’, o bien, ‘el momento está cerca’; no vayáis tras ellos. Cuando oigáis todo esto, sabed que primero habrá guerra, revoluciones”, y sigue anunciando también la persecución. Esto es lo difícil del cristianismo. ¿Cuándo vendrá el Señor? ¿Cuándo esta esposa amada, que anhela ya la felicidad de vivir junto a su esposo, ha de realizar sus ideales?

Mientras no llegue esa hora, hermanos, San Pablo denuncia el mismo error en la comunidad de Tesalónica. Hay dos cartas de San Pablo a los tesalonicenses y son las dos cartas de la Biblia que contienen la mejor doctrina sobre la escatología. Porque el error que San Pablo trata de corregir, es que esta espera de la vuelta del Señor no es tan próxima y que muchos, engañados por esa proximidad, ya no trabajan. ¡Qué error más grave! Y San Pablo llega a decir esa palabra dura: trabajen, “porque el que no trabaje, que no coma”. Ven aquí, cómo la Iglesia, esperando su cielo, no se olvida de la tierra. Proclama la necesidad del trabajo y de pagar justo al trabajador, de hacer de esta tierra, que no sabemos cuánto va a durar, una antesala de esa espera, de ese cielo. El que con una esperanza del cielo se descuida de sus deberes temporales, dice el Concilio Vaticano II, ofende a Dios, no hace el bien al prójimo y pone en peligro su propia salvación. Los perezosos no entrarán al cielo. Los que no se promueven y no trabajan no entrarán en este reino de la diligencia, del amor, porque la primera caridad es no ser carga de otros. Y San Pablo decía: aprendan de mí. Yo que como apóstol podría exigirles que me ayudaran a dedicarme únicamente a mi predicación, miren cómo trabajo. Y San Pablo trabajaba. Era tejedor. Y mientras no predicaba, estaba tejiendo, haciendo sus tejidos para luego venderlos, y con eso comer y dar limosna y no ser carga de nadie. Por eso, la Iglesia no predica la subversión. Una manifestación que no tuviera como objeto el reclamo de cosas justas, sino simplemente ir a hacer el mal, la Iglesia la reprobaría.

2 Ts 3, 10

GS 43

2 Ts 3, 7-9

Hermanos, la Iglesia, en este tiempo de espera que no sabe si será mañana o será después de muchos años o siglos, lo que hace es tener alerta a sus cristianos, alerta porque el día del Señor vendrá cuando menos lo esperen. El Evangelio está lleno de esta sorpresa, como el ladrón que llega cuando menos lo esperan, como las vírgenes que se durmieron y cuando llegó el esposo tenían sus lámparas apagadas. “Vigilad —les dice Cristo— porque no sabéis el día ni la hora”. ¿Qué hacemos mientras tanto? Mientras tanto, hermanos, el trabajo, como dice San Pablo, y también el trabajo íntimo de cada uno que Cristo nos predica: vivir fieles al reino de Dios. Y si por eso ha de venir la persecución, qué hermoso es recordar estas palabras de Cristo a la Arquidiócesis de San Salvador: “Antes de todo esto, antes del día del Señor, os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a los

Mt 24, 43-44

Mt 25, 5

Mt 25, 13

Lc 21, 12-13

tribunales, a la cárcel, y os harán comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre. Así tendréis ocasión de dar testimonio”. ¿Por qué se asustan de que la Iglesia diga que es perseguida? ¡ Si está anunciado por el mismo Cristo que su vida será la persecución, que la Iglesia no puede ser halagada cuando predica contra los abusos! Los abusivos tienen que perseguirla. Aquí, en el comunicado que la Santa Sede hace del lema del Papa: “No a la violencia. Sí a la paz”, y presentando esto —lo leyeran en *La Prensa Gráfica* del viernes, que tuvo la bondad de publicarme también el artículo¹¹— les digo: cuando acusan al arzobispo de sus sermones subversivos, cuando tienen el valor hasta decir que por su culpa han matado dos policías en el cementerio, cuando acusan a la Iglesia de violenta, ya que conocemos las dos clases de violencia: ¿quiénes son más violentos? ¿Los que tratan de mantener esa violencia institucionalizada y quieren desacreditar la voz de la Iglesia que no está de acuerdo con ella? ¿No están diciendo con esa misma calumnia que pertenecen al grupo de los violentos?

Lc 21, 14-15

La Iglesia, hermanos, sabe que tiene que ser perseguida. Pero hay una cosa muy hermosa, cuando Cristo ahora nos dice: “Haced propósito de no preparar vuestra defensa, porque yo os daré palabras y sabiduría, a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro”. Esta es otra alegría de la Iglesia en El Salvador. Lo que hemos predicado ha salido por radio, lo oye quien quiere, y si son imparciales y justos, jamás podrán criticarme de un crimen como el que inicualemente quisieron atribuirme. “Al público he predicado —decía Cristo—, pregunten a los que me han oído”, jamás una palabra de violencia. Gracias a Dios, el Espíritu del Señor me ayuda a decir lo que tengo que decir y siento mi conciencia tranquila de estar diciendo lo que debo decir.

Jn 18, 20-21

Pasó esta semana por aquí un alto personero de Estados Unidos y cuando le conté toda la situación y mi posición, hombre sensato, esperó mucho largo para dar su juicio. “¿Qué piensa?”, le digo. “Después de todo —me dice— veo las cosas más claras, y pienso que usted está en lo justo”. “Le doy gracias —le dije— porque esa palabra no la oigo ni en mi propia patria”. Del pueblo sí, que está solidario cada vez más con esta voz que

¹¹ Cfr. Monseñor Óscar A. Romero, “Un nuevo repudio a la violencia”, *La Prensa Gráfica*, 11 de noviembre de 1977.

anuncia la verdad. El Espíritu de Dios pone de veras —lo que dice el Evangelio de hoy— las palabras que se deben de decir. Es natural que la interferencia humana, mis defectos, mis errores, mis limitaciones, pueden interferir con pensamientos falsos, palabras tal vez disonantes; pero entonces, hermanos, háganme la caridad de corregirme, dígame qué no les parece, dialoguemoslo, como lo he hecho muchas veces. Y ojalá pueda ser más fiel al pensamiento que tengo que transmitir, el de nuestro Señor.

Y me da más alegría todavía, cuando el Evangelio termina diciendo: “Hasta vuestros padres y parientes y hermanos y amigos os traicionarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán por causa de mi nombre”. Hermanos, ¿quieren saber si su cristianismo es auténtico? Aquí está la piedra de toque: ¿con quiénes estás bien?, ¿quiénes te critican?, ¿quiénes no te admiten?, ¿quiénes te halagan? Conoce allí que Cristo dijo un día: “No he venido a traer la paz, sino la división y habrá división hasta en la misma familia”. Porque unos quieren vivir más cómodamente según los principios del mundo, del poder y del dinero, y otros, en cambio, han comprendido el llamamiento de Cristo y tienen que rechazar todo lo que no puede ser justo en el mundo.

Lc 21, 16-17

Lc 12, 51-53

Y termina el Evangelio: “Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas”. Que venga el día del Señor cuando quiera, lo que importa es estar perseverante con Cristo, fiel a su doctrina, no traicionarlo. Me da lástima, hermanos, muchos traidores, cristianos que ahora son espías, cristianos que ahora nos persiguen, cristianos que se apartan avergonzados de su obispo y de sus sacerdotes. Pero la confianza de aquellos que permanecen fieles me llena de veras de valor. Y yo les digo: hermanos, no nos asustemos. La palabra no es mía, sino del Evangelio, en el último domingo del año eclesial, como lanzando una perspectiva al futuro. No sabemos cuándo vendrá el Señor que esperamos, y dichosos los que se mantengan fieles a esa espera, porque los recibirá con el cariño con que un esposo abraza a su esposa lejana, para vivir ya siempre y no separarse más de ella. Esta es la Iglesia. En el corazón de cada uno de ustedes, está la Iglesia. Debe vivir la esperanza, la alegría, el valor, la fortaleza para no traicionar al Esposo, para que cuando venga seamos felices en el abrazo del Señor. Así sea.

Lc 21, 18-19

No a la violencia

Misa exequial por Raúl Molina Cañas¹
14 de noviembre de 1977

Estimada familia doliente, queridos hermanos:

Una vez más, la Iglesia cumple su deber de madre: recoger una nueva víctima de la violencia y, con él recogido en sus brazos, gritar no a la violencia y una palabra de consuelo a quienes lloran ese nuevo atropello a la vida.

La catedral viene nuevamente a ser el signo de esa madre Iglesia que tiene esa palabra de amor, de ternura, de consuelo para los que sufren la orfandad, para los que lloran la separación de la muerte, porque su palabra no es palabra humana. Es palabra de aquel por quien fueron hechas todas las cosas. Es la palabra eterna que hoy se repite, como moribundo en la cruz, para dar el cielo a quien se lo pide: “Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso”. No importa, frente a Cristo, quién sea el que se vuelve a Él para pedirle perdón, lo que importa es el sentido sincero de convertirse a Él. Y ante la grandeza de Dios, ¡qué pequeña aparece la grandeza humana!

Esta catedral, acostumbrada ya por desgracia a recoger víctimas de la sangre y del atropello, ve qué pequeño es el hombre encerrado entre las cuatro tablas de un ataúd. Pero desde allí, sea quien sea, tiene ella una mirada llena de fe hacia la eternidad. Acompañando al hijo que se va, ella que sigue peregrina en la tierra y, desde esa puerta del cielo que marca el límite entre la vida y la muerte, otra mirada hacia la tierra que se deja, para decir desde allí, desde Dios, el mensaje a los que todavía segui-

Lc 23, 43

¹ El señor Raúl Molina Cañas, presidente de la empresa Pan Lido, fue asesinado el 12 de noviembre de 1977 al resistirse a ser secuestrado.

mos peregrinando. Peregrinos aquí, junto a la puerta de la eternidad, todos nosotros venimos a decirle adiós a este querido amigo y hermano. Los pañuelos de la despedida se agitan mientras él va ingresando en ese más allá. Y la súplica del pueblo de Dios peregrino no puede ser otra: ante ti, Señor, no hay derechos, sino solamente la súplica humilde. Desde la humildad del ataúd, nosotros pensamos en nuestra propia pequeñez. Qué chiquitos somos los hombres, pero qué grandes cuando nos apoyamos en tu misericordia para decir: ¡Señor, ten piedad! Y la súplica es para algo grande, para que esta vida que termina en la tierra, no obstante sus manchas y sus pecados, pueda encontrar un lugar en tu cielo. Y sin duda que aquel Padre, que envió a su Hijo no a perder sino a salvar, abre sus brazos bondadosos para recoger a quien el pueblo entero le está encomendando.

El espectáculo de esta tarde es bello. No pudimos caber dentro de la catedral y hemos tenido que improvisar el altar aquí frente al parque, en medio de cuya muchedumbre el cadáver del hombre asesinado, del hombre atropellado en su derecho más sagrado, su vida, es toda la voz de un pueblo que se levanta hacia Dios para decirle: Señor, nuestra presencia aquí es una presencia ante todo religiosa. Es la presencia de una súplica por el alma de nuestro hermano, compañero hasta antier de nuestra peregrinación. Hoy necesita tu misericordia, que todo este pueblo te implora para que les des el descanso eterno, la luz perpetua y para que descienda de tu trono de misericordia un efluvio de consuelo para los que sufren la orfandad que deja este querido difunto, para su familia, para sus compañeros de ideales, para sus trabajadores, para todos sus amigos, que ahora es toda esa plaza llena de gente.

Por el delito de uno entró la muerte al mundo

Y ahora, hermanos, la Iglesia después de orar por el difunto, se vuelve hacia los peregrinos que hemos venido hasta la puerta de la eternidad, para decirnos en la palabra de San Pablo las dos grandes vertientes de donde deriva todo el bien y todo el mal. Y acaba de mencionar en aquella certera teología de San Pablo: “Por el delito de uno vino la muerte al mundo”. Y con la muerte toda esa secuela de las formas en que mueren nuestros muertos. No solo la muerte natural que es dolorosa, sobre todo la muerte

con que ha caído esta víctima: la violencia. La violencia es el fruto del crimen. Venga de donde venga, la violencia que mata es pecado. La violencia que mata no es de Dios. La violencia es derivación del pecado y el pecado fue lo que entró en el mundo cuando Adán y toda su descendencia, que somos los hombres, llevamos entonces los malos instintos en el corazón. ¡Ay de aquel que no reprime a tiempo esos instintos!

¿Qué será, hermanos salvadoreños, en esta hora que ese instinto del asesinato, del crimen, se va levantando como una ola en la cual ya no hay categoría social que esté segura? Todos estamos expuestos a salir un día con los ideales del trabajo y caer acribillados a tiros. Todos estamos expuestos porque ha crecido la onda de la maldad. Nadie la ha sembrado. Por el primer delito, entró el pecado en el mundo, pero los hombres podemos...².

Por la santidad de Cristo entró la salvación al mundo

Pero por otro lado, queridos hermanos, San Pablo nos ha presentado el lado positivo de la vida: así como por un hombre pecador entró el pecado en el mundo, el asesinato, la violencia y todo crimen, por la obediencia del redentor, por la santidad del Cristo, Hijo de Dios, ha entrado en el mundo la redención y la vida. Y este es el trabajo que ahora nos llama a realizar este episodio trágico de nuestra historia: no más crimen, no más violencia.

Rm 5, 12

Rm 5, 17b

Hermanos, si de verdad lo somos: ¡hermanos!, trabajemos por construir un amor y una paz —pero no una paz y un amor superficiales, de sentimientos, de apariencias—, un amor y una paz que tiene sus raíces profundas en la justicia. Sin justicia no hay amor verdadero, sin justicia no hay la verdadera paz. He aquí, pues, que si queremos seguir la vertiente del bien que nos hace solidarios con Cristo, tratemos de matar en el corazón los malos instintos que llevan a estas violencias y a estos crímenes y tratemos de sembrar en nuestro propio corazón, y en el corazón de todos aquellos con quienes compartimos la vida, el amor, la paz, pero una paz y un amor en la base de la justicia.

Entonces, hermanos, en esta puerta de la eternidad, mientras mirando hacia allá vemos a nuestro hermano que parte y le decimos adiós, se vuelve él con esta Iglesia que trae la voz de

² Interrupción en la reproducción magnetofónica de la homilía.

Cristo para decir: hermanos, no más víctimas de la violencia. Que yo sea la última víctima que ha caído así ensangrentada en la calle. Que de aquí surja una lección para todos: “Amaos los unos a los otros”. Así sea.

Jn 15, 12

Cristo profeta, sacerdote y rey

Solemnidad de Cristo Rey
20 de noviembre de 1977

2 Samuel 5, 1-3
Colosenses 1, 12-20
Lucas 23, 35-43

Queridos hermanos:

El pueblo peregrino en la tierra, que marcha guiado por el Espíritu del Señor y por su divino conductor Cristo, rey de las naciones, llega al final del año litúrgico. Como que termina, pues, una meta de esta peregrinación. El año litúrgico es el despliegue, a lo largo de los doce meses, de la personalidad de este rey y de su reino, de sus características. De modo que a esta altura, todos nosotros que nos gloriamos del título de cristianos debíamos de estar más conscientes del personaje que seguimos, Cristo Rey, y de las características del reino al que Él nos ha convocado y nos ha admitido por el bautismo.

Este reino y este rey está bien encarnado en esta tierra. Su reino es un reino para los hombres concretos de la historia. Y por eso, al llegar a este final litúrgico del año 1977, me da gusto que hemos ido pasando con nuestra peregrinación por los hechos concretos de nuestra patria, de nuestra sociedad, de nuestra familia, de nuestras mismas preocupaciones personales. Este es el objeto de enmarcar la homilía de cada domingo, aunque tenga que abusar un poco de su tiempo y yo les agradezco su paciencia en escucharme, pero es necesario, para que el Evangelio del reino de Dios se sienta Evangelio nuestro, salvadoreño, que tengamos en cuenta estas realidades en las cuales el reino de Dios se desarrolla y vive aquí en El Salvador de 1977. Por ejem-

plo, esta semana podríamos caracterizarla por un ambiente de violencia y de miedo. Y sería bueno analizar un poco las características de esta violencia y de este miedo y remontarnos, si es posible, hasta sus orígenes. Los hombres creamos los estorbos del reino de Cristo en el mundo. Cristo no quiere violencia. Cristo no quiere terror. Cristo no quiere ambientes de desconfianzas mutuas, de acusaciones, de calumnias. Estos son obstáculos al reino de Cristo.

Hechos de la semana

En esta semana, se ha dado una peligrosa interpretación a un asesinato. ¿Quién mató a don Raúl Molina Cañas? Este es papel de la Corte Suprema de Justicia. Que no se queden esos crímenes así, para que los interpreten echando la culpa y tomando de allí causas para pedir represiones contra, tal vez, quienes no tienen la culpa. Que se investiguen tantos crímenes cometidos para que no se dé, de ahí, el origen a ambigüedades muy peligrosas, entre las cuales se quiere hasta involucrar la misión santa de la Iglesia.

Creo que también en torno de este asesinato ha habido una escandalosa profanación del dolor. La Iglesia, como madre, se solidariza —yo lo dije en su funeral— con la familia doliente, con los que sienten de verdad la separación dolorosa de un miembro querido, pero no puede estar de acuerdo en que de una situación dolorosa se tome causa para excitar a la violencia. Por las señales, conozco el grupo que iba azuzando esa manifestación¹. Se caracteriza por una exageración que podríamos llamar fanatismo y es peligroso. Pocos días antes, cuando salían aquí, del entierro de un campesino asesinado también, yo les exhorté que el silencio en el dolor es mucho más conmovedor. Si después no se hace caso a la voz serena de la Iglesia, no se eche la culpa a la prédica de la Iglesia de lo que sucede cuando se excitan así las pasiones, aun valiéndose del dolor, de la angustia de una familia y de un difunto.

También quisiera denunciar, pues, esa imprudente provocación a la represión contra el clamor del pueblo. Ya les dije en

¹ Grupos de la derecha gritaron durante el sepelio del señor Raúl Molina Cañas consignas contra la Iglesia y exigieron al gobierno intervenir con más fuerza. *Cfr.* Editorial de *Orientación*, 20 de noviembre de 1977.

una ocasión, hoy más que nunca se necesita ese don del Espíritu Santo que se llama el don del discernimiento. Discernir, distinguir entre lo malo y lo bueno. No te fijes en quién lo dice, sino en qué es lo que dice. El clamor que clama justicia era el clamor del pueblo en Egipto y la Biblia dice: “El clamor del pueblo ha llegado hasta mis oídos”. Dios escucha cuando el pueblo clama por más justicia, por más caridad, por más orden, más fraternidad. Y no es, pues, de reprimir todo clamor, sino discernirlo. Los clamores que no merecen ser escuchados sí reprimanse. Son las voces del crimen, de los secuestros, de las cosas infinitas que se han quedado sin castigo. Esas sí, reprimanse dondequiera que se encuentren, aunque sea en el ejército. Los abusos tienen que ser castigados. Por eso, invoco la justicia de nuestra patria para discernir y no para simplemente reprimir sin distinciones. Y lo que es justo, oígase. Oígase el clamor justo que puede ser respondido con justicia, principalmente por quienes tienen en sus manos el poder de la política y del dinero. Pueden oír tantos clamores y hacer felices a tanta gente, si no se aprovechara únicamente para excitar a la represión a toda costa.

Ex 3, 9

De ahí también ha derivado una injusta campaña de difamación contra la Iglesia. La Iglesia de nuevo protesta, porque su predicación no es de odio ni de violencia. He repetido mil veces, como Cristo nuestro Señor, mi palabra ha sonado en público y reto a quien me diga que yo he excitado a la venganza, al odio, a la violencia. La voz de la Iglesia ha sido siempre la voz del Evangelio. No puede ser otra. Que ese Evangelio toque muchas veces la llaga viva, es natural que arda y que duela; pero es la voz del Evangelio y la respuesta no debe de ser la difamación contra su mensaje, que no puede ser otro que el de Cristo Rey.

Jn 18, 20-21

De ahí, queridos hermanos, que este ambiente que nos encuentra ya frente a las temporadas, en pleno trabajo de recoger las cosechas, la Iglesia llama, como representante de Dios en la tierra, a alabar al Señor que nos da esa lluvia de rubíes en nuestros cafetales, esas nevadas en nuestras tierras tropicales que son las algodonerías, esas cañas que, como dijo nuestro poeta, cuando las cortan por sangre dan miel². ¡Qué cosa más bella nuestra

² Se refiere al poeta salvadoreño Alfredo Espino quien, en su poema *Cañal en flor*, dice textualmente: “Y qué triste la molienda / aunque vuele por la hacienda / de la alegría el tropel, / porque destrozan entrañas / los trapiches, y las cañas... / ivierten lágrimas de miel!”.

tierra! En vez de ser manzana de discordia todo esto, yo llamo a la comprensión a los que poseen cafetales, algodonerías, cañales y todo lo que la tierra produce, y a los que van a colaborar también a cortarlas, a recogerlas. Unos y otros son hijos de Dios, bendecidos por esta tierra pródiga. Un poco de amor, nada más. No legalidad solamente. Las leyes —se llaman de salarios mínimos o como se quieran llamar— no son suficientes. Porque aquel dicho tiene una gran verdad: “Hecha la ley, hecha la trampa”. Y hay muchas injusticias cuando se cumple simplemente la ley sin amor. El amor es el alma de la justicia cristiana. El amor es el que le da sentido divino a la ley de los hombres. Si no hay amor, las leyes salen sobrando.

Por eso, hermanos, aunque no haya leyes pero que haya diálogo, que haya comprensión, que haya fraternidad. Que no vayamos a lamentar en nuestras fincas en esta temporada cosas de violencia. La Iglesia está llamando, pues, a la cordura, a la comprensión, al amor. No cree en las soluciones violentas. La Iglesia cree en una sola violencia, en la de Cristo, que quedó clavado en la cruz, como nos lo presenta el Evangelio de hoy. Él quiso recibir en sí todas las violencias del odio, de la incompreensión, para que los hombres nos perdonáramos, nos amáramos, nos sintiéramos hermanos.

Quiero informar también, a la luz de Cristo Rey, el domingo pasado les hablaba del desaparecimiento de José Justo Mejía, allá en el Dulce Nombre de María. Y esta semana se me horrorizó el corazón cuando vi a la esposa con sus nueve niñitos pequeños, que venía a informarme. Según ella, pues, lo encontraron con señales de tortura y muerto. Ahí está esa esposa y esos niños desamparados. Yo creo que el que comete un crimen de esa categoría está obligado a la restitución. Es necesario que tantos hogares que han quedado desamparados como este reciban la ayuda. El criminal que desampara un hogar tiene obligación en conciencia de ayudar a sostener ese hogar.

Quiero informar también, en esta fiesta de Cristo Rey, con inmensa satisfacción que la huelga de la fábrica León quedó solucionada en el primer diálogo. Monseñor Urioste, que llevó la representación de la Iglesia, ha expresado su admiración por la apertura de ambas partes y quiero agradecerles y felicitarles. En cambio, lamento que todavía está sin solución la huelga de la empresa INCA de Santa Ana. El mediador de la Iglesia denuncia

que no hay comprensión, que hay dureza, que hay terquedad. Hermanos, el diálogo no se debe de caracterizar por ir a defender lo que uno lleva. El diálogo se caracteriza por la pobreza: ir pobre para encontrar entre los dos la verdad, la solución. Si las dos partes de un conflicto van a defender sus posiciones solamente, saldrán como han entrado. Quiera el Señor iluminar, pues, en esta semana los conflictos sociales, laborales, para que el Señor les dé esa riqueza que se encuentra en el diálogo sincero.

Noticias de la Iglesia

En la lectura de San Pablo de hoy, se nos presenta a Cristo Rey no solamente rey del universo, sino de una manera especial cabeza de la Iglesia. Y desde esta Iglesia, que se llama aquí concretamente la Arquidiócesis de San Salvador, queremos agradecer a Cristo Rey estas noticias y dárselas como homenaje en el día de su reinado, de esta Iglesia que trabaja por ser cada día más auténtica Iglesia, cuerpo de esa cabeza divina. En este sentido, les informo y les pido oraciones, hermanos, en primer lugar por los sacerdotes. Por primera vez cada vicaría, o sea cada grupo de párrocos, ha organizado sus ejercicios espirituales. Esa semana de intensa reflexión en que el sacerdote revisa, evalúa su trabajo. Y en esta hora de sinceridad, yo les pido a todos, principalmente a aquellos que no están contentos de nuestro clero, que pidan mucho al Señor para que el Espíritu del Señor les ilumine a ser fieles a su verdadera misión. Por mi parte, les digo, que todo sacerdote que está trabajando en comunión con el obispo es un auténtico representante del mensaje de Cristo. Tratemos de comprenderlo y de dialogar con él cuando no estemos de acuerdo en sus cosas, pero no a difamar así en forma general los curas “comunistas”, “tercermundistas”. Quisiera casos concretos, quisiera que se denunciara al padre fulano de tal que en tal misa dijo esto que no está de acuerdo con el Evangelio. Y yo soy el responsable de llamar la atención. Y siento, hermanos, que en esta hora de sinceridad de nuestros queridos sacerdotes, ellos buscan en la luz de la revelación divina, la fuerza y la orientación de su misión en la tierra. Los acompañamos, pues, con nuestras oraciones y yo le pido, a todo el pueblo de Dios en estos días, mucha oración por nuestros queridos sacerdotes en días de reflexión.

Col 1, 18

Una grata noticia es también sacerdotal, que el 10 de diciembre a las 10:00 de la mañana, aquí en catedral, vamos a ordenar dos nuevos sacerdotes: los diáconos Héctor Figueroa y Jorge Benavides. Dos nuevas fuerzas que vienen a nuestro presbiterio. Bendito sea Dios.

En cambio, doy una noticia triste, también sacerdotal. Y es que un sacerdote, que ya no está en el ejercicio en comunión con el obispo, ha tratado de usurpar la parroquia de Quezaltepeque, atropellando al verdadero párroco, al padre Roberto, el cual está en comunión con el obispo. Desde aquí hago llegar mi voz a Quezaltepeque para decirles que el pastor auténtico es el padre Roberto y los que trabajan con él son los que construyen la Iglesia. El grupito político que acuerpa al padre Quinteros³ está buscando otros intereses; no construye la Iglesia. Quiero agradecer al vicario, al padre Nieto, a las religiosas y a los laicos en comunión con la Iglesia, por haber acuerpado con valor y valentía y verdadero sentido jerárquico a la verdadera Iglesia. Dios ha de bendecir esa parroquia puesta hoy también en esta prueba.

En el seminario, la esperanza de la Iglesia, esta semana se tuvo un retiro de fin de año. Era hermoso ver a estos jóvenes estudiantes, ya de filosofía y teología, analizando a la luz de la revelación divina, de la espiritualidad sacerdotal, su caminar como jóvenes hacia el sacerdocio. Y ayer una cosa emocionante: la capilla del seminario, después de haber estado en reflexión con las familias, padres de familia de los seminaristas, daba gracias a Dios por terminar el año. Era hermoso también ver salir del seminario, acuerpando a cada seminarista, su grupo familiar. Qué bien se comprende que el primer seminario es la familia y que de familias organizadas cristianamente tenemos la esperanza de nuevas y buenas vocaciones. En el seminario menor, está llena la matrícula con cincuenta y dos alumnos, cosa como nunca se había esperado, muchos ya próximos al bachillerato. En Chalatenango, se organiza un preseminario para recoger en aquella región a los jovencitos que quieran terminar su bachillerato ya

³ El padre Antonio Pineda Quinteros no aceptó el nombramiento de un nuevo párroco en Quezaltepeque y se negó a entregar la parroquia. Llegó al extremo de excomulgar a monseñor Romero, hecho que fue aprovechado por los grupos de extrema derecha, en su campaña contra el arzobispo. Por ejemplo, el periódico *La Opinión* de noviembre de 1977, titula: "Excomulgan a monseñor Romero. Párroco de Quezaltepeque acusa al arzobispo de predicar el odio".

orientándose al sacerdocio. Lo mismo que va a funcionar una escuela para religiosas y laicos comprometidos en la pastoral de la arquidiócesis del departamento de Chalatenango.

Finalmente, hermanos, un recorrido por las comunidades. En Santa Tecla, en la Casa San Vicente, se está celebrando la novena de la medalla milagrosa y quiero agradecer a las Hermanas de la Caridad la intención que han dado a esta jornada de plegaria por el obispo y por los sacerdotes. En San Marcos, se tuvo el miércoles la entrega de Biblias al grupo catecumenal. Yo les pido perdón por no haber podido estar con ustedes, como les había prometido. En Panchimalco, también esta tarde, entrega de Biblias a otro grupo de estudio de la sagrada escritura. En Ilopango, una hermosa convivencia juvenil, que sacó como conclusión que la renovación del mundo no se podrá hacer mientras cada joven y cada hombre no trate de ser un hombre renovado por dentro. Es lo que hemos dicho siempre: que la renovación del mundo no es cambio de estructuras, sino el cambio sincero del hombre. También allá lamentamos la muerte del papá del padre Fabián, a cuyo funeral asistimos. En la academia San Vicente de Paúl, una hermosa ceremonia de confirmación de jóvenes y una carta emocionante de las ancianitas que me dicen que ofrecen todos sus achaques de vejez por esta Iglesia que trabaja en El Salvador. En La Palma, se edita un boletín muy bonito, *La Voz del Espíritu*, y quiero agradecerle al párroco el apoyo que siempre presta allí a la palabra del obispo, llamándolos a escucharla. De Suchitoto, también, vino una visita del comité de construcción de la fachada de la iglesia para hacer un llamamiento a la comunidad a ayudarles. Recibí también del cantón Peshthenango una generosa ayuda. Dios se lo pague.

Quiero anunciarles también, hermanos, que el jueves de esta semana, tercer jueves de noviembre, según una tradición, se celebra el Día de la Acción de gracias. Aquí en catedral la misa de las 12:00 tendrá ese objetivo: dar gracias a Dios por todos los beneficios. Y los que no puedan venir a misa, en sus hogares eleven sus corazones a Dios, dándole gracias por todo lo bueno que Dios es con nosotros. Finalmente, quiero anunciarles que este año se va a llevar a cabo como siempre el concurso de nacimientos de Navidad. Pueden inscribirse en la *Librería Cultural Católica* o la *Librería Ercilla*. Los párrocos de las colonias son invitados a promover este concurso y dar los nombres de sus

trionfadores, para que el 6 de enero, día de Epifanía, entregemos los premios a los mejores nacimientos de San Salvador y de sus colonias.

Mt 21,9 Hermanos, como ven, es un marco muy denso de realidades históricas y eclesiales en las cuales hemos leído la palabra de Dios. La primera lectura nos remonta a los orígenes terrenales del rey Cristo, Hijo de David. Un momento solemne de la historia de Israel reúne al pueblo en Hebrón para ungir, en nombre de todo el pueblo y proclamarlo su rey y pastor, al que va a ser el principio de una dinastía: David, de la cual nacerá Cristo, verdadero rey. Cuando le clame el Evangelio: “Jesús, Hijo de David”, le está diciendo “rey de Israel”. La segunda lectura de San Pablo a los colosenses, capítulo 1, del 12 al 20, es una teología preciosa del apóstol San Pablo sobre los orígenes divinos —no terrenales, como David, sino divinos— de este Hijo de Dios que se hace hombre y que por tanto es verdadero principio y subsistencia de todas las cosas, finalidad hacia la cual converge todo el cosmos y del cual deriva toda la fuerza del universo y de la Iglesia, naturalmente. Y el Evangelio, que nos presenta un raro trono de este rey: una cruz; entre burlas, muere el rey. Pero al que no descubren las persecuciones de los poderosos de su tiempo, un malhechor arrepentido lo descubre: “Jesús, acuérdate de mí cuando estés en tu reino”. Y Cristo le ofrece: hoy mismo, porque yo, aunque me ves deshaciéndome los dolores de la cruz, soy el rey que está conquistando al mundo por el dolor de la expiación de la cruz; hoy mismo estarás en mi reino, en mi paraíso.

Lc 23, 42-43

Cristo profeta

Hermanos, si a la luz de estas lecturas recorremos la hermosa perspectiva del año litúrgico, encontramos las características de este reino y de este rey. El año litúrgico comienza el próximo domingo. Los domingos de Adviento, preparación para Navidad. Navidad que se prolonga hasta la Epifanía. Adviento y Epifanía, una temporada del año en que la liturgia nos proclama que este niño que nace en Belén viene a ser como el germen de un reino que ya se inicia en esta tierra. Es la Verdad que ha venido a hacerse hombre. Por eso, vemos que la característica del reino de Cristo es el Verbo que se hizo hombre, la palabra, la verdad, el profeta. Cristo es profeta. Su realeza es profética. Es un rey

Jn 1, 14

que habla la palabra de Dios y deja un mensaje: id por todo el mundo a predicar esto que yo os he enseñado.

Mc 16, 15

Esto que yo estoy predicando ahora en la catedral de San Salvador y, a través de los micrófonos de la *Voz Panamericana*⁴ está llegando a las diversas comunidades que están reflexionando con nosotros, es la voz profética del reinado de Cristo. Es Cristo Rey que está hablando como profeta las verdades del reino de Dios, las bellezas de su verdad, y las negruras del pecado las denuncia para que en la historia se purifiquen los hombres y sean dignos de este reino de la verdad. No quiere hombres de la mentira. Cuando frente a Pilato que le pregunta “¿Tú eres rey?”, Cristo contesta que sí, inmediatamente declara que es un reino de la verdad: “Para eso he venido al mundo, para proclamar la verdad”. Y el poderoso Pilato, escéptico, porque no creía en la verdad, como muchos hombres no creen en la verdad, le pregunta con escepticismo, dejándolo ya: “¿Qué es la verdad?”. Así viven muchos, hermanos, de espaldas a la verdad, dándole un desprecio a la verdad. Y por eso, en este año litúrgico que clausuramos hoy, me da mucha alegría de que el pueblo haya comprendido que el reino de Cristo que predica es el reino de la verdad. Y se ha analizado profundamente la situación y la actuación del arzobispado y de sus sacerdotes, para decir que la Iglesia ha mantenido la verdad, el reino de Cristo, el reino de la verdad, el reino del profeta.

Jn 18, 33

Jn 18, 37

Jn 18, 38

Terminada la Epifanía, comenzaron los días que se llaman del Tiempo Ordinario. Son treinta y cuatro domingos que se comienzan entre Epifanía y Cuaresma y luego se interrumpen para dar lugar a la Cuaresma y a la Pascua, y se continúan después de Pascua hasta este domingo, en que el domingo treinta y cuatro coincide con el día de Cristo Rey. Todo ese largo período del Tiempo Ordinario, como hemos ido caminando y reflexionando juntos aquí en catedral, se han dado cuenta que es un continuo enseñar de Cristo: su doctrina, su modo de pensar, cómo quiere a los hombres. Es precioso el Evangelio que se escogió para este año, el de San Lucas: nos presenta este magisterio de Cristo, caminando hacia Jerusalén. Si ahora recordáramos los diversos Evangelios que hemos venido siguiendo estos años, todos han sido episodios que el Evangelio de San Lucas nos presenta en un caminar hacia Jerusalén. Y ahora hemos llegado y la cumbre de Jerusalén es el Calvario. Cristo está crucificado. Pero su meta,

⁴ Radio de la Arquidiócesis de San Salvador, más conocida como YSAX.

su recorrido, ha sido una larga enseñanza de maestro, un profeta que ha enseñado a los hombres las bienaventuranzas, el perdón, el amor, la comprensión. El Evangelio es el único camino iluminado, hermanos, para encontrar la solución de las cosas.

Cristo sacerdote

Y la interrupción que se hizo en Cuaresma, en Semana Santa y Pascua, es precisamente para darle la otra característica a este reino de Cristo, reino sacerdotal. Cristo es el Hijo de Dios que se encarna, se hace hombre, en las entrañas purísimas de María Virgen, y al unirse la naturaleza de Dios con la naturaleza humana proporcionada por una mujer, resulta ese conjunto que se llama Cristo, Hijo de Dios e hijo del hombre. Y como hombre, ungido por la personalidad de Dios, por el Espíritu Santo, es sacerdote eterno.

María concibe en sus entrañas un Dios que, al hacerse hombre, se hace sacerdote, medianero de las causas humanas. Por eso, María es también madre de la Iglesia. Y en esta fiesta de Cristo Rey, nuestra mirada se vuelve filial y cariñosa a la Virgen María, madre de Cristo, madre del rey, madre del profeta, madre del sacerdote eterno. Y como sacerdote, Cristo sube a Jerusalén callado ya. Ya habló, ya enseñó con la boca, ahora su ejemplo es la entrega absoluta, sacerdotal, silenciosa. En la cruz, Cristo muere, Cristo muere como sacerdote, sacerdote que da su vida por la gloria de Dios y por la salvación de los hombres.

El reino de Cristo no lo podemos concebir sin este gran concepto salvífico, mesiánico. Cuando los profetas del Antiguo Testamento anunciaban la venida de Cristo, confunden una doble perspectiva: la perspectiva mesiánico-temporal de Cristo y la medida escatológica, la eterna, donde el reino de Cristo va a llegar a su consumación. O sea que Cristo, viniendo al mundo como sacerdote, da un sentido sagrado a la creación, da un sentido de orientación hacia Dios de todo lo creado. Cristo encarnando, naciendo, viviendo entre los hombres, es Dios que le está dando al sentido de la historia, a la historia y al universo, su sentido divino, su verdadera orientación.

Cristo, sacerdote y redentor. Su primera fase, es esta que estamos viviendo: desde su primera venida, hace veinte siglos, hasta la hora del fin del mundo, que no sabemos cuando será.

No importa la hora, lo que importa es que ya nos encontramos en esa fase en que las promesas del Antiguo Testamento se hicieron realidad en el rey que nació de María Virgen y que ese rey ya vive eterno, porque murió en la cruz y resucitó. Resucitó y está lleno de vida y su vida la está ofreciendo a este pueblo que lo va siguiendo. Este reino, pues, de la verdad y de la vida, reino sacerdotal. Todos los pecadores encontramos en Él el perdón, porque su sangre derramada en la cruz es el sacrificio que alcanzó el perdón de todos los crímenes. Por eso, cuando desde aquí denunciemos los pecados que manchan nuestra historia, llamamos a los pecadores a conversión. Nunca llamamos a las víctimas a la venganza, eso no es cristiano, sino que llamamos al que cometió el crimen: conviértete, que Jesús murió también por ti, te está esperando para perdonarte.

¿Quién me diera, hermanos, que esta palabra del sacerdote eterno, Cristo Rey, llegara hasta esos antros, donde están escondidas tantas manos criminales, tantos que han dejado en el misterio hombres muertos y desaparecidos y les tocara la gracia de Cristo: conviértanse, volvamos al reino de este amor donde no caben esas situaciones sangrientas? Cristo sacerdote, en esta primera fase, nos está dando tiempo hasta la hora de nuestra muerte, hasta la hora en que Él venga a juzgar a vivos y muertos.

Cristo rey

Entonces, cuando termine la historia, Cristo terminará también su misión sacerdotal, mesiánica, temporal, para iniciar entonces con aquel juicio final, que ya lo describe el Evangelio de San Mateo, tremendo, apartando a la derecha a los que lo quisieron obedecer: venid, benditos de mi Padre a poseer el reino; un reino que yo conquisté en la tierra y que ahora lo entrego al Padre para que Él sea todo en todas las cosas.

Mt 25, 34

Hermanos, yo auguro a todos ustedes que aquel día nos encontremos a la derecha del juez para ser llamados benditos del Padre por el perdón sacerdotal de Cristo. Y en cambio a los réprobos, a los que no aprovecharon su misericordia, a los que, en vez de oír la voz misericordiosa de la Iglesia, la calumnian y la desprestigian; todos aquellos que le ponen murallas al reino de Dios, todos aquellos que pecan contra el Espíritu Santo, todos esos estorbos del reino de Cristo en la tierra; si no se con-

vierten a tiempo, ya está la sentencia, ya están juzgados. Dice Cristo: apartaos, malditos, al fuego eterno, preparado para el demonio, el rebelde y sus seguidores. Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed y no me disteis de beber; estuve desnudo y no me cubristeis; estuve encarcelado, desaparecido, asesinado, y no tuvisteis misericordia de mí. Y asustados, los réprobos le preguntarán: ¿cuándo, Señor? Y Él dirá: siempre que atropellasteis a uno de mis hermanos pequeños, a mí me atropellasteis.

Mt 25, 41-45

¡Ah, si se supiera, hermanos, que en esta hora del mesianismo temporal de Cristo, Él está encarnado en cada hombre, cómo nos respetáramos, cómo nos amáramos, cómo desaparecería esa explotación del hombre por el hombre! No hay clases sociales ante Cristo. Él es todo en cada hombre, hasta en el más harapiento, hasta en el más rico. Cristo está en todos y no es justo odiar ni al rico ni despreciar al pobre, que es la ley del amor que Cristo quiere establecer en la tierra. Este es el reinado temporal de Cristo. Y cuando Él dice ante Poncio Pilato: “Mi reino no es de este mundo”, y cuando huye de las turbas que lo quieren hacer rey, no es porque Él no tenga potestad en las cosas de la tierra, sino porque eso lo ha dejado para que los hombres lo administren según su pensamiento. El gobernante, el legislador, el juez no es dueño de la patria, ni de las leyes, ni de la justicia; es un administrador del reinado de Cristo que tiene que administrar la justicia, el gobierno, el bien común según el pensamiento del rey justo, del rey amor, del rey fraternal. Y si un gobernante no cumple con esta soberana ley del Rey de reyes y Señor de señores, él también será el azote inservible, ya que castigó a un pueblo, pero que es echado al fuego eterno.

Jn 18, 36

Jn 6, 15

Hermanos, esta es la historia bajo la luz de Cristo Rey. Y cuando llegue la consumación final, el reino escatológico —que ya lo explicamos en otro domingo—, cuando Cristo caminando en esa peregrinación luminosa hacia el reino de los cielos, a poseer la felicidad para siempre —y mientras van los réprobos también camino de su castigo eterno—, qué feliz será que esta Iglesia, que ya inició el reino de Dios en la tierra, toda ella congregada por su pastor divino, se encuentre en ese número de los que se salvan.

No digo que solo los de la Iglesia se salvan. En la misa se dice, muy hermoso: “Oh Dios, que tendiste tu mano misericor-

diosa para que la encuentre todo el que te busca”⁵. Ya les expliqué en una ocasión que hay religiones paganas, que no son cristianas, no han conocido a Cristo, pero sus hombres viven con una moral intachable, mejor que la de muchos cristianos; y ellos se salvarán y no muchos cristianos. Porque no basta estar en el cuerpo de la Iglesia que es el reino de Cristo —pero muchos solo están en el cuerpo, en pecados—, sino que hay que estar en el corazón de la Iglesia. Y los que están fuera de los límites geográficos o visibles, jerárquicos, de la Iglesia, pero cumplen la ley de Dios por la iluminación de Cristo, que misteriosamente les está llegando, ellos están en el corazón de esa Iglesia de Cristo, mejor que muchos que viven en la Iglesia, pero no viven la Iglesia.

LG 16

Pueblo profético, sacerdotal y real

Por eso, hermanos, es necesario que a la luz de Cristo Rey, examinemos que esas tres categorías de Cristo —profeta, sacerdote y rey— son características que el bautismo ha dado a cada bautizado para que colabore con Cristo. Como sacerdote, cada cristiano tiene que colaborar para que el mundo sea consagrado a Dios. El padre de familia, la madre de familia, los jóvenes, los niños, los bautizados, todos tienen que sentirse pueblo sacerdotal y hacer que su hogar, su empresa, su hacienda, su finca, su negocio, su trabajo, su taller, todo sea iluminado por esta realeza de Cristo, nuestro Señor.

Qué hermoso será el día en que cada bautizado comprenda que su profesión, su trabajo, es un trabajo sacerdotal. Que así como yo voy a celebrar la misa en este altar, cada carpintero celebra su misa en su banco de carpintería, cada hojalatero, cada profesional, cada médico con su bisturí, la señora del mercado en su puesto, están haciendo un oficio sacerdotal. Cuántos motoristas sé que escuchan esta palabra allá en sus taxis; pues tú, querido motorista, junto a tu volante, eres un sacerdote si trabajas con honradez, consagrando a Dios ese tu taxi, llevando un mensaje de paz y de amor a tus clientes que van en tu carro. Y así, hermanos, cuánto bien haríamos si en vez de difamarnos, desacreditarnos, odiarnos, trabajáramos como un solo pueblo

⁵ Plegaria eucarística IV.

sacerdotal, orientando con Cristo hacia Dios esta naturaleza creada para Dios.

Y como profetas, Cristo nos ha hecho también participantes de su misión de llevar la palabra, el mensaje. El padre de familia es sacerdote en su hogar y profeta. Tiene que corregir, tiene que orientar. El patrono, el profesional también, tienen... ¡Todos, hermanos! Aquí no hay nadie en la catedral, ni los que están escuchando por radio, no hay nadie que no tenga una misión profética, la misión profética de anunciar el reino de Cristo, de denunciar los pecados contra este reino y de atraer a todo el mundo hacia Cristo.

Y finalmente, la función de Cristo Rey, su realeza, quiere decir un reino social, un reino de justicia cristiana, de amor y de paz. Todos tenemos que colaborar para que los bienes creados por Dios, las cosechas que ahora se están levantando, las leyes, las estructuras sociales, económicas, políticas, respeten los derechos de los hijos de Dios. Sea el reino de Dios verdaderamente una realidad que abre los caminos a la predicación del Evangelio.

Gracias, hermanos, por escucharme y por reflexionar. Yo les invito a que celebremos esta misa íntimamente unidos, con esa presencia que todavía es invisible. En la hostia y en el cáliz, Cristo no se ve, pero está. Y eso basta a un cristiano. Está Cristo aquí, en medio de la sociedad cristiana; en medio de esas comunidades de base, donde ahora están reunidos reflexionando, ahí está Cristo. Aquí en catedral, Cristo es ustedes, hermanos. Este Cristo vive. En Él pongamos nuestra esperanza. No desesperemos. Ciertamente, les decía que hemos vivido una semana que inicia, parece una nueva fase de terror, de miedo, de violencias; quiera Dios que no. Los cristianos, desde luego, no se dejen llevar por el miedo. Vivan en su corazón la certeza de que Cristo vive. Vive ofreciéndonos todas las soluciones de los problemas. Únicamente nos pide que no seamos sordos, mucho menos perseguidores de su mensaje, sino que lo escuchemos y tratemos, sobre todo, de vivirlo. No señalemos en otros las culpas de los males. Veámonos a nosotros mismos, si hemos vivido realmente como verdaderos seguidores del Cristo profeta, del Cristo sacerdote, del Cristo rey.

La fuerza de la palabra

Santa Catalina de Alejandría

25 de noviembre de 1977

Apopa

[...] 25 de noviembre de 1977¹, en esta misma mañana, pues, esta rica tradición de Apopa de ver año con año reunida a su comunidad que tiene fe en Cristo para honrar a su patrona, Santa Catalina de Alejandría. Es una circunstancia que nos invita a reflexionar en una vida que no se acaba, que vive hasta la consumación de los siglos: la Iglesia. Somos la Iglesia. Y aun cuando no estamos siempre aquí en el templo, cada uno allá en su casa, en su finca, en sus quehaceres, en su cantón, allá llevamos la fe en el corazón. Y llegado este momento, u otra circunstancia de la vida de la Iglesia como vida espiritual que está en este mundo, nos reunimos y damos este espectáculo que estamos dando esta mañana. Esto nos invita a reflexionar. Y vamos a reflexionar, hermanos, después de haber escuchado la palabra del Señor que nos habla de una supervivencia sobre la muerte, de un valor que flota por encima de las persecuciones, de un triunfo que cada vez es más grande en la medida en que quieren deshacernos. Es que contra Dios no se puede, y la vida de Dios va animando esta Iglesia santa, que es la esposa bella de nuestro divino Redentor.

Santa Catalina de Alejandría y la Iglesia perseguida

¿Quién le iba a decir a aquella joven del siglo tercero, Catalina de Alejandría, que su nombre no se iba a quedar solo allá, en el cariño de su familia y de sus conocidos, en aquella ciudad de

¹ El saludo y las palabras iniciales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

sabiduría, donde se daban cita grandes filósofos, grandes teólogos? La escuela de Alejandría es famosa en la historia. Allí se dieron cita las filosofías más profundas de Grecia; y al mismo tiempo, los teólogos más grandes del cristianismo trataron de empalmar esta ciencia filosófica de los hombres con la sabiduría revelada de Dios, que es la palabra divina que se lee en la Iglesia. Y salieron esas bellísimas catequesis de Alejandría, esos tratados teológicos, esos comentarios y trabajos bíblicos, que todavía después de los siglos siguen siendo la admiración de los estudiosos. En esa Alejandría, famosa por la ciencia, por la reflexión, por la filosofía que se bautiza de teología, allí nace esta joven; al principio pagana, pero reflexiva como todas las almas que profundizan en sus pensamientos; sabe que mucho más bello que el pensamiento de los grandes filósofos de la tierra, aparecen las sencillas parábolas de Cristo, su vida, su Evangelio, sus bienaventuranzas; descubrió la margarita del Evangelio y se aferró a ella y fue cristiana y, un día, la persecución.

Hermanos, no nos debe de extrañar cuando se habla de Iglesia perseguida. Muchos se escandalizan y dicen que estamos exagerando, que no hay Iglesia perseguida. ¡Pero sí es la nota histórica de la Iglesia! Siempre tiene que ser perseguida una doctrina que va contra las inmoralidades, que predica contra los abusos, que va siempre predicando el bien y atacando el mal. Es una doctrina puesta por Cristo para santificar los corazones para renovar las sociedades y, naturalmente, cuando en esa sociedad o en ese corazón, hay pecado, hay egoísmos, hay podredumbres, hay envidias, hay avaricias, pues el pecado salta, como la culebra cuando tratan de apelmazarla y persigue al que trata de perseguir el mal, el pecado. Por eso, cuando la Iglesia es perseguida, es señal de que está cumpliendo su misión. Está desterrando el pecado del mundo y, naturalmente, el mundo se levanta contra la bondad de la Iglesia para desecharla, para calumniarla, para difamarla, para desacreditarla, tal como está pasando en estos días. Ustedes leen los periódicos: campos pagados en que se insinúa que la Iglesia es la culpable del malestar. La televisión, la radio. ¡Qué campaña más infernal contra nuestra Iglesia! Es el pecado que surge contra el reino de Dios que trata de implantarse.

Así fue en los tiempos de Catalina de Alejandría, cuando esa sencillez del Evangelio, de las parábolas, predicaba la bondad

de los corazones, reclamaba: “Conviértanse de sus pecados”, naturalmente el imperio romano... El emperador Maximino, que según la teoría de los emperadores eran dioses y querían que se les adorara: gobernantes, dioses. Los cristianos no pueden adorar a otro dios más que el único Dios verdadero. Y cuando un gobierno, llámese como se llame —en aquel tiempo se llamaba Maximino, imperio romano— quería endiosar sus gobernantes, la Iglesia, el catolicismo decía: “No, nosotros solo tenemos un Señor, un Dios, Cristo, nuestro Señor”. Y entonces los falsos dioses perseguían a los que no los adoraban. Y así cundían aquellas persecuciones, en las cuales surgieron esa gloriosa muchedumbre de hombres y mujeres que se llaman los mártires.

Una de esas mujeres mártires es vuestra patrona, queridos hermanos de Apopa. Santa Catalina, sabia en aquella sabiduría de su ambiente y cristiana, profundamente cristiana, no podía escapar a esta persecución, y fue llevada a los tribunales, y fue halagada. Porque primero la persecución trata de halagar, de domesticar, y cuando uno se doblega ante estos halagos, pues no hay necesidad de perseguirlo, ya está vencido. Por eso, mucho cuidado, queridos hermanos, no se dejen halagar. Cuando el halago viene del pecado y cuando se trata de no molestarse, de no sacrificarse, de estar bien, de instalarse cómodamente en la tierra, eso es malo, porque entonces ya uno se hizo también perseguidor.

Entonces Catalina, que no se dejó domesticar por los halagos, comenzaron entonces la segunda parte, las amenazas, las amenazas tremendas, y en una forma muy fina, la discusión científica. Miren, así como Dios entra al corazón del hombre por sus caminos: por la sabiduría entra a los sabios, por la sencillez entra a los sencillos; Catalina, que era sabia, muy inteligente, trató de entrar Dios por la sabiduría. Así conoció a Dios. Pero también el demonio, la persecución entra por los caminos que halagan al hombre; y a Catalina trató de entrarle también por la sabiduría. Y nos cuenta su martirologio, su estudio de su vida, que el emperador le dijo: “Vas a discutir con los sabios del imperio”. Y le llevaron los filósofos que eran los consejeros, los sabios de él, de Alejandría. Y Catalina la tenemos allí en medio de sabios que le trataban de poner objeciones contra sus creencias, que le trataban de arrancar de la mente la idea de Dios, que le trataban de poner en ridículo el creer en un Cristo que es Dios y hombre al mismo tiempo, que le trataban de arrancar su fe en una Iglesia

que pretende llegar hasta la consumación de los siglos. Y le decían: “No ves que es ridículo todo eso; que no hay más sabiduría que la ciencia humana, y más aún cuando el imperio te ofrece grandes ventajas, si tú renuncias a ese credo ridículo de los cristianos”.

Catalina iba respondiendo una a una las objeciones de sus adversarios y los convenció. Y nos cuenta la tradición que en vez de convencerla a ella para que renegara del cristianismo, convenció a los sabios para que se hicieran cristianos. Miren cómo es la sabiduría de Dios. La ciencia, cuando Dios la ilumina y cuando los hombres la escuchan con la buena voluntad con que ustedes tan amablemente me están escuchando... Espero que todos, espero que no haya quien me esté escuchando únicamente para ver en qué me coge, para ir a dar una mala información después. Mucho cuidado, porque el que viene a escuchar la palabra de Dios con maldad, con malicia de espionaje, ya está pervirtiendo su corazón y Dios lo puede castigar rechazándolo y no admitiéndolo a este conocimiento de la ciencia divina. Vayamos a escuchar la palabra del Señor, como iba Santa Catalina a los teólogos y sabios cristianos de su tiempo, a aprender la doctrina de Dios, nunca para espiar, nunca para perseguir, siempre para recibir con amor lo que Dios nos ha revelado. Y así, aquellos sabios, pues, que empezaron tal vez maliciosamente, pero que Dios con su gracia les preparaba el corazón, acabaron creyendo en la fe en que Catalina también creía.

La fuerza de la palabra

Esto, hermanos, el ejemplo bello de vuestra patrona me lleva a recoger una página del Concilio Vaticano II y aplicarla a ustedes, queridos y amables oyentes de esta santa misa de la Iglesia parroquial de Apopa, en honor de Santa Catalina. Oigan este bello pensamiento del Concilio, que es para ustedes esta mañana: “Cristo, el profeta que viene de parte de Dios para predicar el reino de Dios con el testimonio de su vida y la fuerza de su palabra, sigue predicando en el mundo hasta la consumación de los siglos, no solo por el ministerio de sus obispos y sacerdotes, sino también por el testimonio de la vida de sus cristianos, a los que les consagra testigos de su fe y les da la fuerza también de su palabra”.

LG 35

Quisiera repetir esto, porque aquí está hermanos, la explicación de la pregunta que les hacía al principio: ¿por qué hoy, el 25 de noviembre de 1977, la comunidad de Apopa se reúne con cariño y con fe para honrar a su patrona, Santa Catalina, como lo hicieron los padres y abuelos de esta comunidad? ¿Saben por qué? Porque Cristo sigue predicando, no solo por su párroco, sino a través de todos los padres de familia, a través de las mujeres piadosas y buenas de esta comunidad, a través de todo aquello que es cristiano. La comunidad, los hombres y mujeres que formamos la Iglesia, hemos sido ungidos por Cristo desde nuestro bautismo para ser profetas. Es decir, para conservar en el mundo con el testimonio de nuestra vida, con nuestro buen ejemplo y con la fuerza de nuestra palabra, el buen consejo, la iluminación del padre de familia a sus hijos, a su esposa... La comunidad se conserva no porque Cristo esté hablando sensiblemente, sino porque Cristo se vale de cada uno de nosotros, de cada uno de ustedes, para seguir predicando el reino de Dios. Y por eso, hay reino de Dios en Apopa. Por eso, hay cristianismo y hay fe en las familias y en los corazones de esta población y de sus cantones, porque Cristo sigue haciendo su misión profética a través de su pueblo santo, no solo de sus ministros —que somos los sacerdotes, el obispo, con quien colaboran los sacerdotes, en comunión con el obispo—, sino también el pueblo bautizado, en comunión con el obispo. El obispo es como el maestro autorizado, como la piedra de toque en la cual se confronta si la doctrina que predica un sacerdote o una familia es verdadera doctrina del reino de Dios o es falsa doctrina.

Aquí, muy cerca, tienen ustedes el caso. En Quezaltepeque, un sacerdote, en rebelión contra el obispo, ya está confrontando, que está fuera de la comunión, que su doctrina no es reino de Dios, que sus actuaciones no construyen la Iglesia. Y pobrecitos los hombres y mujeres que sigan la predicación, la actuación de un sacerdote rebelde que ya rompió en excomunión con el obispo. Ojalá que esta palabra pudiera llegar también hasta Quezaltepeque y que ese grupito politiquero que ha tratado de hacer del pobre padre Pineda Quinteros no un ministro en quien buscan la palabra, sino un pobre instrumento tonto para sus fines políticos de molestar a la Iglesia, se convirtieran y no jugaran con el reino santo de Dios. Ojalá que no vayan a caer en el engaño de sentirse apoyados políticamente. Porque esto es

Mc 8, 35

muy fácil mientras dura la vida, pero cuando llegue la hora del juicio del reino de Dios, los que construyeron con Él el verdadero auténtico reino, aunque esté perseguido perseverará para siempre; en cambio, el que quiso salvar su vida, valiéndose de las ventajas de esta tierra, ese —dice Cristo— perderá su alma para siempre. Entonces, hermanos, esta misión profética tiene que confrontarse y aquí es fácil distinguir si mi palabra, si la creencia de mi hogar, si la enseñanza de mi doctrina, es verdadera o es falsa: si estoy en comunión con el obispo y ese obispo está en comunión con el Papa, no hay duda; esta es la verdad, este es el reino de Dios que Cristo ha traído a la tierra y que lo entregó a la fuerza de la palabra de su Iglesia y a la grandeza del testimonio cristiano.

Por eso, hermanos, yo les invito, como Santa Catalina de Alejandría, que cada uno de nosotros nos convirtamos en un trabajador de esa evangelización. ¿Qué otra cosa está haciendo la Iglesia en el mundo? Esa palabra lo dice todo: la evangelización, es decir, llevar el Evangelio al hogar, al pueblo, a todas partes. ¿De qué manera? Con la fuerza de la palabra y con el testimonio de la vida. Son los dos grandes instrumentos de la evangelización. La fuerza de la palabra. La palabra es fuerza. La palabra, cuando no es mentira, lleva la fuerza de la verdad. Por eso hay tantas palabras que no tienen fuerza ya en nuestra patria, porque son palabras mentiras, porque son palabras que han perdido su razón de ser. Si la palabra no es para llevar la verdad, esa palabra ya no tiene por qué existir. La palabra existe cuando es vehículo de la verdad, y entonces es fuerza la palabra.

Y la palabra es fuerza cuando lleva una doctrina de parte de Dios. ¿Qué lleva la palabra del reino de Dios? Hermanos, espero que en esta oportunidad revisen —queridos padres de familia, queridos catequistas, celebradores de la palabra, los que colaboran con Cristo a difundir su reino por la fuerza de la palabra— el contenido de esta doctrina. Es necesario. Ustedes saben que en Roma se acaban de reunir los representantes de los obispos de todo el mundo, junto con el Papa, para estudiar el problema de la catequización, es decir, cómo transmitir a los niños y a los jóvenes el tesoro de la doctrina verdadera. ¿Y cómo es la doctrina verdadera? Pues la que trajo Cristo: que existe un Dios, un Dios que nos ha creado, y que ese Dios envió a su Hijo para salvar al mundo, y que no hay salvación fuera de Cristo nuestro

redentor, y que esa redención de Cristo no solamente es una redención que la esperamos después de la muerte, es una redención que ya se opera en esta vida.

Y la palabra que a muchos molesta, la liberación, es una realidad de la redención de Cristo. Que la liberación quiere decir la redención de los hombres no solo después de la muerte para decirles: “Confórmese mientras viven”. No, una liberación que es una redención que ya comienza en esta tierra. Liberación que quiere decir que no existe en el mundo la explotación del hombre por el hombre. Liberación quiere decir redención que quiere libertar al hombre de tantas esclavitudes. Esclavitud es el analfabetismo. Esclavitud es el hambre, por no tener con qué comprar comida. Esclavitud es carencia de techo, no tener dónde vivir. Esclavitud, miseria, todo eso va junto. Y cuando la Iglesia predica que Cristo ha venido a redimir a los hombres, y que en fuerza de esa redención no deben de existir esclavitudes en la tierra, la Iglesia no está predicando subversión, ni política, ni es comunista. La Iglesia está predicando la verdadera redención de Cristo, que no quiere esclavos, que quiere que todos los hombres seamos redimidos, que ricos y pobres nos amemos como hermanos, que la liberación tiene que llegar a todas las situaciones y que no exista en este mundo una esclavitud, ninguna. Ningún hombre tiene que ser esclavo de otro, ni de la miseria, ni de nada que suponga el pecado en el mundo. Este es el contenido de esta revelación, de esta doctrina, de esta evangelización.

Y sigue predicando la Iglesia que este reino de Dios que predica la evangelización, quiere llegar a formar la comunidad. Hermanos, mientras la evangelización no termine en una comunidad, la evangelización no está completa. La evangelización que termina en comunidad quiere decir que yo, que creo en Cristo y en su redención, que creo en Dios y en mi salvación eterna y temporal, la comparta esta fe con otros hombres que creen lo mismo, y entre estos hombres que creemos lo mismo formamos la comunidad: comunidad de fe, comunidad de amor, comunidad de redimidos. Esto es lo que está haciendo la Iglesia en la tierra: creando la Iglesia. Por eso, hermanos, cuando se trata de dispersar las comunidades, cuando se siembra el terror en los que predicán la palabra de Dios y en los que se reúnen para meditarla, se está persiguiendo a la Iglesia. Y tenemos derecho a reunirnos para completarnos unos con otros, para ayudarnos en

Mc 16, 15

nuestra reflexión comunitaria, a que nuestra fe vaya creciendo, nuestra adoración a Dios sea más profunda, más unida con otros hombres. Hacer comunidad es un mandato de Cristo: id y predicad el Evangelio, reunid a todos aquellos que crean la misma fe. Esta es la Iglesia: la reunión, la convocación de todos los que creemos en un solo Dios y en un Cristo redentor.

Y esta comunidad, hermanos, manifiesta que Cristo es su vida y que Cristo realiza en esa comunidad gestos que hacen presente su redención en medio de nosotros, y estos se llaman los sacramentos. Cuando nace un niño en una familia cristiana, se le lleva al bautisterio de la Iglesia parroquial, donde el gesto del sacerdote echando agua en la cabecita del niño dice: “Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, es un gesto de Cristo presente en Apopa, que ha recogido ese niño, hijo de la carne, para hacerlo ya hijo del reino de Dios. Cuando uno, abrumado por el pecado, necesita el perdón, va al confesionario, donde arrepentido dice al sacerdote: “Padre, me acuso que he cometido este pecado”, y el sacerdote dice: “Yo te perdono en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, es Cristo que está presente en Apopa, por el ministerio, por el gesto del sacerdote que está perdonando en esa comunidad que se llama la parroquia de Apopa. Y este momento en que yo como obispo y mis queridos hermanos sacerdotes rodeando este altar vamos a tomar de ustedes, en nombre de su trabajo y de sus tierras, de sus preocupaciones, de sus esperanzas, de sus alegrías, el pan y el vino y lo vamos a consagrar en cuerpo y sangre del Señor: “Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre”, es Cristo el que a través de nuestros labios humanos realiza su presencia en esta comunidad de Apopa, para alimentar a todos aquellos que quieran acercarse a la santa comunión.

Queridos hermanos, esto es hermoso, saber que la comunidad Iglesia no va sola. No debe tener miedo, va Cristo con ella. Y en este momento en que el obispo de la diócesis está explicando la palabra de Dios, no se fijen hermanos en lo pobre de esta palabra. Fíjense en el mensaje celestial que a través de mi humilde ministerio, Cristo, maestro eterno, está dirigiéndoles a ustedes, que son su pueblo querido. Y dichoso el pueblo, la comunidad, que se reúne para escuchar a su obispo, escuchar a su sacerdote, porque en ese momento se está alimentando, no de una palabra de hombre, sino de una palabra de Dios. Yo siento esta

inmensa responsabilidad, hermanos, que cada vez que predico, siento que no soy yo más que el humilde canal, como el micrófono que está transmitiendo, agrandando mi voz.

Yo soy el micrófono nada más de Dios, para hacer llegar a los oídos de ustedes lo que Dios les quiere mandar a decir. Y allá cada uno de ustedes en su corazón, la sinceridad con que está recibiendo esta palabra de Dios, para convertirse a Él y agradecerle y entablar con Dios su diálogo personal, o para rechazarlo. Porque cuando me critican a mí, cuando me calumnian en los periódicos diciendo que yo predico la subversión, cuando me llaman lo que me han querido llamar, hermanos, me da lástima, no por mí, sino porque se que eso no termina en mí: “El que a vosotros desprecia —me manda decir Cristo— a mí me desprecia”. El que paga campos pagados en los periódicos, en la radio, en la televisión, para que insulten a la Iglesia, no están insultando a los hombres, se está volteando hasta Dios y con Dios tendrán que entenderse. Esas ofensas tan de bajo sentido, tan vulgares... Cómo no van a ofender a Dios nuestro Señor las ofensas a sus ministros. Hermanos, porque la Iglesia, pues, es Cristo presente en la tierra y cuando Catalina de Alejandría perteneció a aquella comunidad de Alejandría, que dicen que fue fundada por el evangelista San Marcos, asistía —como asistimos hoy nosotros a esta fiesta— a escuchar a sus obispos, a sus sacerdotes, ella sabía que se estaba alimentando de una doctrina que le daba una vida eterna y su memoria durará para siempre, porque todo aquel que se alimenta de la palabra eterna también inmortaliza su alma. Y entonces, hermanos, cuando la comunidad...².

Lc 10, 16

² Las palabras finales no están registradas en la reproducción magnetofónica de la homilía.

Índice de temas

- Aborto: 117, 367, 386, 445
- Aguilares: 96-97, 115, 118, 128, 133, 135, 149-155, 199, 205, 269, 282-283, 306, 322, 408, 429, 432-433
- Alcoholismo: 277, 312
- América Latina: 154, 163, 170, 192, 214, 216, 218, 273, 298, 304, 308, 322
- Amor: 34-36, 48, 53, 55, 60, 62, 65, 71-72, 75-76, 78, 81, 88, 98-100, 125-126, 131, 134-136, 153-155, 158-159, 163, 165, 172-175, 178, 180-186, 192, 195, 200, 233-235, 254, 282, 291-292, 302, 313-316, 325, 343-345, 347-348, 369, 373, 395, 430, 433-436, 446, 459, 465, 470, 478
- Anticonceptivos: 117, 277, 367
- Anticomunismo: 348
- Arquidiócesis de San Salvador: 31-32, 35, 40, 46, 52-53, 57, 65, 73, 109, 136, 151, 204, 209, 212, 220, 230, 234, 236, 252, 268, 289, 291-292, 300, 308, 317, 319, 320-321, 331, 363, 376, 378, 401, 407, 410, 415, 420, 421-422, 429, 436, 459-460, 471
- Armas: 75, 80-82, 85, 112, 145, 165, 170, 183, 244, 254, 282, 291, 315, 368, 401, 434, 438
- Ateísmo: 39, 124, 153, 202, 296-297, 433, 456
- Autoridad: 84, 163, 235, 244, 247, 273, 286, 326, 408
- Autoridades: 34, 60, 115, 163, 195, 259, 284, 408
- Bautismo: 32, 41, 45-46, 49, 113, 120, 125, 129, 141-142, 152, 173, 269-270, 320, 330, 334, 363, 371, 376-377, 467, 479, 485
- Biblia: 41, 71, 83, 201, 216, 230, 241, 257, 340, 371, 377, 421, 473
- Bien común: 160, 164, 171, 178-179, 194, 216-217, 235, 256, 277, 292, 342, 388, 408, 446, 454, 478
- Café, cortas del: 394-395, 423
- Cambio: 98, 171, 178, 230-232, 236, 240, 286, 315, 322, 346, 428, 473
- Campesinos: 33-35, 63, 74, 106, 117, 119, 142, 151, 153, 211-212, 216, 236, 247, 294, 321, 382, 394, 399, 416, 422, 429, 450, 453-454, 456, 468
- Capitalismo, capital: 66, 81, 97-100, 113, 212, 219-220, 235, 274, 277, 286, 312, 315, 410, 430
- Carismas, dones: 119, 121, 371
- Cartas al arzobispo: 84, 158, 182, 198-199, 211, 236
- Catequesis: 162, 242, 285-286, 362, 379, 396, 432
- Catequistas: 108, 119, 151-152, 248, 260, 266, 282, 285, 300, 311, 338, 357, 371, 378-379, 405, 429-430, 432-435, 441-442, 486

- Catedral: 51, 57, 133, 136, 209, 222, 270, 286, 288-289, 375, 381, 393, 399, 403, 414, 419-420, 422, 436-437, 457, 463, 475, 480
- Celibato: 446
- Cisma, cismático: 127, 129
- Clamor del pueblo: 101, 190, 214, 243, 327, 423, 434, 468-469
- Clases sociales: 98, 142, 159, 160, 232-233, 278, 401, 454, 478
- Colegios católicos: 63, 212, 217, 248, 260, 363-364
- Compañía de Jesús: 64-65, 84, 102, 116, 144, 152-153, 149, 161-162, 165, 182, 188-189, 198, 210-211, 283, 307-308, 310, 433
- Comunidad cristiana: 58, 66, 88, 107, 248, 253, 273, 282
- Comunidades eclesiales de base: 284, 294, 320, 371, 437, 480
- Comunión con el obispo: 40-41, 47, 60-64, 85-86, 115, 128-129, 132, 294, 320, 332, 335, 337, 339-340, 378, 422, 440, 471-472, 485-486
- Comunismo: 70, 75, 77, 84, 97-100, 143, 160, 192, 216, 219, 235, 275, 284, 348, 424, 456
- Comunistas: 60, 75, 378, 435, 456, 471
- Conferencias episcopales: 61, 96, 197
- Confirmación: 330, 340, 371, 425, 439, 455, 473
- Conflictos laborales: 393-394, 453-455, 471
- Contemplación: 126, 140, 201-203, 205, 273, 297-299, 355, 400
- Conversión: 33, 48, 96, 118, 127, 136, 143-146, 150, 154, 160, 165, 233-235, 254, 258-260, 276-278, 297, 300, 306, 313-314, 348, 384, 390, 391, 397, 413, 417-418, 427-428, 448, 477
- Corrupción: 366-367
- Corte Suprema de Justicia: 468
- Cristo: 38-39, 40, 43-45, 53-55, 60, 69-72, 77-81, 87-88, 97, 99, 105, 108, 126, 129, 131, 134-136, 139-147, 150, 152-154, 158-160, 163, 168, 174, 179-181, 200, 220, 229, 231-232, 234, 236-237, 248, 253, 270, 276, 286, 290, 302-303, 321, 323-326, 330, 345, 356-359, 372, 386, 407, 419, 446-447, 458, 461, 465, 467, 474-480, 484, 488
- Cristianismo: 53, 82, 106, 127, 141-142, 145, 161, 171, 219, 262-263, 278, 320, 325, 339, 359, 359, 369, 376, 403, 411, 417-418, 442, 446-447, 458, 461, 482-483
- Derechos humanos: 97, 102, 170, 192, 197, 226, 237, 253, 281, 299, 367, 377, 386-387, 408-409, 440-441
- Desaparecidos: 145, 150, 253, 278, 306, 309, 318, 338, 362, 368, 373, 424, 477
- Desarrollo: 171, 218-219, 381, 387
- Desigualdad: 174, 216, 233, 311, 315, 325
- Desprendimiento: 99, 147, 157-159, 164, 175, 295, 301-304, 313
- Diaconía, diáconos: 263-264, 266, 472
- Diálogo: 59, 61, 65, 86, 131, 169, 174, 206, 212, 220, 230, 233, 292, 384, 394-395, 408, 450, 452-453, 470-471
- Dios: 38, 52, 71-72, 80-82, 84-85, 88, 92, 111, 113-114, 117-119, 123-125, 141, 150, 179, 181-183, 200, 202-203, 205-206, 215, 217-219, 224, 226-227, 229, 232, 235, 241, 243-245, 247, 254, 258-259, 275, 277, 286-288, 291, 296-297, 299, 308-310, 312, 314, 322-326, 343-344, 346-349, 369-370, 388, 390, 400, 417, 423, 434, 444, 456-457, 465, 469, 483, 486
- Dignidad humana: 60, 97, 98-99, 102, 105, 118, 130, 134-136, 142-143, 161, 164, 171-172, 182-183, 192, 206-207, 216-217, 235, 237, 264-265, 268, 284, 297, 299, 309, 313, 316, 322, 329, 333, 368, 377, 394, 430

- Doctrina social de la Iglesia: 32, 33-36, 99-100, 433, 435-436
- Economía: 175, 205, 216, 231, 237, 327, 391, 451
- Ecumenismo: 394, 417-418, 442, 443
- Egoísmo: 141, 147, 159-160, 181, 193, 211, 226, 234, 246, 256-257, 276, 323, 434, 443, 445, 482
- Enfermos: 49, 84, 92, 108, 289, 327, 382, 385-386, 399, 407, 430, 447
- Escatología: 246-247, 274-276, 347, 442-443, 446-447, 457-459
- Escuelas: 108, 146, 161, 185, 216, 266, 283, 301, 338, 376, 387, 439
- Esperanza: 39, 56, 59, 70, 75-76, 79, 88, 90, 131, 142-143, 145, 164, 170, 189-190, 204, 209, 212, 214, 231-232, 237, 240, 245-249, 260, 264-265, 274-275, 279, 282, 284, 289-290, 297, 333-334, 339, 344, 354-355, 357, 359, 361, 373, 384, 389, 401, 424, 428, 433, 437, 442, 447-448, 456-459, 461, 480
- Espíritu Santo: 43-49, 53, 80, 83-84, 87, 97, 102-103, 109, 111-122, 125-126, 164, 193, 212, 222-223, 240, 263, 295-301, 319, 337, 370-373, 404, 413-415, 418, 439, 469, 476-477,
- Espiritualidad: 33, 62, 87, 98, 101, 113, 139, 160, 190, 204, 240, 312, 333, 386, 446
- Estados Unidos de América: 97, 130, 146, 170, 212, 377, 406, 420, 460
- Estructura: 33, 45, 120, 177, 218, 315, 342, 346, 381, 416, 473, 480
- Eucaristía: 37-41, 49, 62, 115-116, 133-137, 140, 155, 173, 183, 203, 222, 251, 270, 304, 318-319, 375, 381, 398, 419, 437, 479-480
- Evangelio: 39-40, 101, 105, 109, 152-154, 163, 172, 192, 216-217, 220, 230-231, 236-237, 268, 320-321, 327, 384, 386, 388, 411-412, 416-419, 435, 447, 453, 467, 469, 476
- Evangelización: 32, 39-41, 48, 101, 168, 190, 204, 234, 252, 268, 363, 387, 412, 414, 417, 486-487
- Excomuni3n: 35, 75, 128, 379, 441, 485
- Explotaci3n: 234, 282, 366, 478, 487
- Fe: 32-33, 86, 89, 92, 98, 101, 118, 124, 128, 134, 159, 174, 180, 224-225, 231, 240, 242-243, 245, 248, 273, 286, 289, 296, 319, 327, 346-347, 361, 368-371, 379, 396, 402, 405, 416, 429, 433-434, 442, 455, 487.
- Felicidad: 33, 38-39, 72, 179, 215, 217-218, 220, 225-226, 246, 254, 258, 262-263, 274, 277, 279, 298, 302, 309, 312-313, 342, 344, 349, 354, 423, 427, 478
- Fraternidad: 78, 142, 218, 233, 282, 413, 469, 470
- Fuerza Armada: 151
- Gobernantes: 247, 256, 326, 383, 416-418, 423, 446
- Gobierno (de El Salvador): 66, 86, 116, 169, 171-172, 177, 183, 197-198, 212, 220, 257, 281, 292, 308, 315, 326, 355, 395, 453, 478
- Guardia Nacional: 65, 96-97, 283
- Guerra: 170, 172, 197, 256, 282, 398, 458
- Guerrilla: 293, 368
- Guerrillero: 77, 116, 287, 368
- Historia: 52, 178, 205, 213, 229-238, 239-249, 255-256, 258, 272, 274, 278, 282, 317, 321, 370, 393, 397, 407, 411, 447, 455, 475-476
- Hombre nuevo: 141-142, 146, 153
- Homilias (Ver predicaci3n)
- Huelgas: 394, 408, 450, 453
- Humanismo: 105, 178, 201-203
- Idolatría: 38, 98-99, 141, 164, 207, 242, 258-259, 273, 287-288, 300, 311-312, 324, 349, 367-368, 430, 434, 446

- Iglesia:
- Qué es la Iglesia: 36, 79-88, 98, 111-122, 123-132, 179, 229-238, 267-279, 281-292, 295, 313, 329-335, 361-373, 415
 - Misión de la Iglesia: 55-56, 58-63, 99, 214-218, 219, 225-227, 241, 271-274, 284, 299, 312, 402, 414, 418-420
 - Unidad de la Iglesia: 31, 82-87, 119-122, 236, 252, 326
 - Iglesia y liberación: 32, 53-55, 99-101, 105, 142-143, 154, 160-161, 164, 190, 234, 298, 315, 417, 456, 487
 - Iglesia de los pobres: 175, 313
 - Iglesia y política: 75, 81, 84, 98, 105, 126, 131, 192, 201, 206, 216, 231, 235, 274, 327, 388, 453-454
 - Iglesia y conflicto: 82, 241, 268, 303, 380, 453
 - Iglesia y Estado (gobierno): 86, 98, 126, 141, 158-159, 220, 235, 257, 292, 326, 356, 388, 402-403
 - Iglesia y reino de Dios: 105, 233-234, 241, 275, 278, 356, 388, 413-416, 478-479
 - Pecados de la Iglesia: 135-136, 259
- Inculturación: 104-105, 130, 388, 403, 415
- Independencia: 305, 308-309
- Indígenas: 396
- Indulgencia: 143-144
- Infierno: 142, 145, 182-183, 286, 287, 291, 294, 332, 356
- Injusticia: 34, 54, 71, 117, 142, 170-171, 173-174, 192, 199, 205, 215-217, 234, 256, 259, 271, 276, 278, 284, 289, 308, 313, 315, 321-322, 327, 358, 365-368, 370-371, 373, 379, 381, 383, 403, 405, 433, 448, 451, 456, 470
- Insensibilidad: 342-344
- Jóvenes: 106-109, 115, 146, 179, 194, 211, 214, 217, 284, 293, 309, 312-313, 331, 333-334, 338, 340, 362, 368, 371, 375, 404-405, 411, 419, 425, 438-439, 455, 473, 479, 486
- Justicia: 34, 54, 60, 81, 98, 101-102, 118, 169-172, 174-175, 183, 195, 212, 218, 256, 271, 274, 278, 281-282, 295, 298, 306, 313, 315, 322, 325, 344, 346, 348-349, 373, 379, 388, 394-395, 400-401, 403, 408, 416, 418, 423-424, 431, 434-435, 440, 450-452, 454, 457, 465, 469, 470, 478, 480
- Justificación: 159-160
- Laicos: 40, 82, 87, 99-100, 103, 107-108, 112, 120-121, 126, 131, 151, 157, 168, 175, 223, 239, 269-270, 289, 292, 294, 319-320, 325, 330, 333-334, 339, 395, 404, 411-412, 440, 472-473
- Leyes: 71, 197-198, 224, 235, 277, 338, 342, 367, 396, 401, 409, 417, 445, 454, 470, 478, 480
- Liberación: 32-33, 35, 39-40, 60-61, 84, 99-100, 141-142, 144, 146, 150, 152-154, 160, 164, 190, 202, 213, 234, 295-296, 302, 304, 315, 381-382, 386, 390, 417, 423, 433-435, 456-457, 487
- Libertad: 105, 111, 114, 116, 159-161, 164, 166, 170, 172, 175, 179, 203, 213, 217, 220, 235, 243-245, 264, 291, 299, 305, 310, 318, 321, 330, 333, 338, 377, 389
- Limosna: 184, 285, 343, 395, 420, 423-424, 459
- Liturgia, año litúrgico: 52, 79, 123, 139-140, 167, 443, 455, 467, 474-475
- Lucha de clases: 84, 100, 153, 164, 216, 343, 448, 456
- Madres: 59, 61, 65-67, 96, 131, 145, 185, 195, 198, 333, 338, 345, 408, 450
- Maestros: 108, 131, 146, 168, 185, 216, 274
- Machismo: 445
- Magisterio de la Iglesia: 60, 76, 82-86, 118, 153, 162, 169, 198, 322, 370, 378
- Mártires: 113, 289, 354, 356, 379, 411, 431, 483
- Martirio: 35, 89-90, 108, 111, 151, 303, 306, 356, 373, 390, 435, 444
- Marxismo: 39, 59-61, 77, 98, 100-101, 344, 418

- Marxista: 61-62, 99-101, 113, 170-171, 180, 190, 192, 231, 235, 253, 456
- Masonería: 379-380
- Materialismo: 98, 100, 113-114, 235, 262, 434, 456
- Matrimonio: 37, 41, 106-107, 126, 181, 247, 277, 285, 288, 309, 362, 367, 404-405, 445-447
- Medios de comunicación social: 57, 60, 63-64, 66, 87-88, 116, 118, 163, 165, 253, 270, 285, 319, 361, 381, 399, 415, 419, 460, 482, 489
- Medellín, documentos de: 61, 82, 83, 87, 100, 152, 154, 158, 162-163, 169, 170-171, 192, 215, 232-233, 239, 253, 268, 276, 315, 321, 322, 364, 378, 381-382, 416, 451
- Misa (Ver Eucaristía)
- Monopolio: 409
- Movimientos apostólicos:
—Apostolado de la Oración: 223
—Movimiento de Renovación en el Espíritu: 223
—Catecumenado: 270, 376-377, 473
—Cursillistas de Cristiandad: 171, 287, 306
—Caballeros de Cristo Rey: 397, 438
- Miseria: 184, 190, 283, 298, 313, 322, 325, 343, 381, 433-434, 487
- Muerte: 35, 43-44, 54, 69, 74-79, 91, 96, 111, 117, 141, 161, 165, 170, 172, 181, 189, 206, 210, 215, 218-219, 226, 230, 243, 253, 256, 265, 275, 278, 310, 343-344, 356, 379, 422, 424-425, 427, 430-431, 457-458, 463-464, 473, 477, 481, 487
- Mujer: 54, 66-67, 75, 142, 181, 201, 207, 247, 264-265, 285, 310, 330, 332, 354, 356-357, 366-367, 385-386, 404, 412, 419, 427, 444-446, 483, 485
- Niños, niñas: 45, 90, 92, 108, 146, 191, 214, 270, 285, 293, 301, 327, 357, 359, 362, 371, 387, 399, 402, 405, 430, 432, 439, 470, 479, 486
- Obispo, pastor: 47, 59, 61, 63, 83-84, 88, 94, 96-97, 105, 125, 127-128, 131, 145, 150, 211, 222, 230, 236, 260, 267, 293, 332, 339, 343, 356, 372, 379-380, 398, 404, 410, 418, 421-422, 449, 451, 485
- Obreros: 106, 131, 184, 216, 294, 361, 394-395, 434, 446, 453-454, 456
- Opresión: 423, 427, 451
- Oración: 60, 63-64, 72, 86, 88-92, 113-114, 122, 173, 184, 188, 197, 199, 200-207, 214-215, 218-220, 222-223, 248, 258, 261, 296, 298-300, 326-327, 337, 360, 394, 398-401, 420, 424
- Organización: 77, 81, 85, 97, 161, 219, 299, 382, 409, 450, 452, 455-456
- Organizaciones y organismos:
—ANDES: 216
—Amnistía Internacional: 130, 338
—Organización de los Estados Americanos (OEA): 145
—Instituto Salvadoreño de Transformación Agraria (ISTA): 342
—Club Serra: 76
—Cruz Roja: 85, 174
—Boy scouts: 85, 174
—Vivienda Mínima: 210
—La Semilla de Dios: 222
—Cruzados Montañeros: 293
—FARO: 452
- Organizaciones paramilitares:
—UGB: 197
- Parusía: 458
- Papa: 31-32, 39-41, 47-48, 54, 59, 61, 82-83, 96, 99-101, 105, 115-117, 127-128, 146, 161, 165, 169-171, 180, 183, 187, 190, 192, 201-202, 204-206, 215, 231, 252, 262, 264, 266, 268, 272-273, 285, 287, 296-297, 319-320, 330, 332, 337, 361-363, 381, 385, 396, 412, 419, 432, 450, 452, 460, 486
- Palabra de Dios: 47-48, 59-60, 62, 69, 76, 83-85, 88, 167, 180-181, 185, 221-222, 267, 278, 295, 317, 319, 340, 345-346, 361, 377, 379, 389, 403, 419, 421, 449, 484, 487-489

- Paz: 34-35, 71, 75, 81-83, 86-88, 93, 145, 167-176, 179, 183, 189, 195, 254-257, 274, 321, 341, 345, 400, 416, 435, 450, 452, 454, 457, 460-461, 465, 479-480
- Pastoral: 31, 52, 108, 184-185, 198, 228, 236, 252, 268, 270, 307, 320, 333, 339, 363, 375, 397, 408, 410-411, 429, 439, 455, 471
- Pecado: 33, 45, 53-54, 73, 91, 96, 98, 118, 125, 134, 141-142, 145-146, 160, 164, 171, 173, 180, 192, 214-218, 220, 226, 233, 241, 247, 258-260, 277-279, 282, 286, 295, 300, 306, 308, 312-315, 334, 341-343, 381, 423, 427-428, 433, 450, 465, 482, 487
- Penitencia: 89, 90, 141, 147, 160, 214, 234, 314, 348
- Persecución a la Iglesia: 35, 41, 58, 77, 85, 107-108, 111, 116-118, 120, 125, 128, 141, 149, 151, 187-188, 194-195, 210-211, 214, 216-217, 227, 236-237, 253, 260, 278, 282, 289, 292, 294, 299-300, 303, 311, 341, 355-357, 367, 372, 389, 430-432, 441, 458-460, 481-483
- Perdón: 75, 91, 96, 126, 132-133, 135-136, 153, 155, 191, 233, 254, 259, 297, 299, 302, 308, 315, 332, 359, 385, 463, 474, 477, 488
- Pobres: 57, 61, 63, 96, 142, 144, 175-176, 230, 234, 237, 242, 273, 284, 286, 290, 311, 313, 322, 342, 349-350, 390, 404, 418, 427-428, 432, 434, 450, 452, 487
- Pobreza: 81, 98-100, 136, 175, 180, 184, 237, 281-282, 284, 287, 290-292, 298, 312, 321, 343, 349, 405-406, 434-435, 447, 471
- Poder, poderosos: 79, 84-85, 98, 101, 112, 126, 141, 144, 158, 160, 163-164, 169-173, 193, 195, 206, 215, 217, 227, 232, 234-235, 244-248, 277-278, 286, 288, 291, 311, 355-356, 384, 386, 388, 394, 400, 402-403, 416, 426, 430, 434, 439, 446, 448, 450-452, 456, 461, 469
- Policia: 281, 338, 422, 441, 449-450, 460
- Política: 59-61, 66, 75, 81, 85, 105, 112, 114, 120, 126, 130, 144, 152, 162, 164, 171, 175, 177, 192, 194, 201, 206, 215-218, 220, 222, 226, 231, 235, 237, 241, 243, 247, 256, 284, 286, 297-298, 300, 302, 311, 327, 333-334, 369, 377-379, 382-383, 387-388, 390-391, 400, 409, 416, 422-423, 451, 469, 480, 485, 487
- Pluralismo: 119
- Predicación: 35, 48, 62, 77, 84, 87, 90, 99-100, 105, 109, 116, 118, 126, 133, 142, 160, 172, 187, 194, 215, 222, 231-236, 257, 260, 265, 273, 277, 282, 298, 312, 317, 343, 347, 357, 359, 381, 386, 388-389, 394, 416-417, 432, 437, 442, 447-449, 456, 459, 467, 469, 475, 480, 484-485
- Presidente (de El Salvador): 74, 169, 197, 210, 308, 312, 367, 440-441, 450
- Producción: 216, 342
- Profetas: 45-46, 49, 77, 117-118, 140, 199, 233, 251, 257-260, 321-322, 325, 327, 340-341, 344, 365-367, 377, 383-384, 456-457, 474-475, 480, 484-485
- Progreso: 84, 98, 100, 102, 130, 146
- Promoción humana: 146, 381, 387, 400, 404
- Propiedad privada: 217, 341-345, 348, 408, 423
- Prostitución: 312, 445
- Protestantes: 62, 129-130, 174, 368, 394, 406, 418, 440
- Pueblo: 32, 35, 70, 75, 96, 98, 131, 134, 145, 149-151, 160, 169-171, 175, 195, 199, 211, 213, 216-217, 219, 223, 229, 231, 236-237, 240-241, 243-245, 254, 261, 267, 275, 282-284, 290, 292, 298, 306, 309, 315, 325-327, 329, 338-340, 344, 366-367, 371, 380, 384, 389, 395, 406-407, 409, 420, 422-424, 433-435, 443, 447, 450, 456, 460, 464, 468-469
- Pueblo de Dios: 45, 46-47, 56, 59, 75-76, 103-104, 106-107, 115, 121, 127, 129, 157, 168, 209, 248, 257, 263, 269, 330,

- 333, 337, 339, 343, 352, 382, 386, 398-399, 407, 411, 437, 464, 471
- Purgatorio: 71, 191-192
- Reino de Dios: 60, 98, 104-105, 119-120, 128, 157, 160, 165, 177, 182, 186, 189, 192, 201, 209, 212, 218, 220, 232-235, 237, 241, 245, 247-248, 259, 267, 271-272, 274-275, 278-279, 282, 286, 292, 334, 341, 344, 351, 353, 355-357, 378, 380, 388, 397, 403, 413, 420, 436, 442, 447, 459, 467, 475, 477-478, 480, 482, 484-488
- Religiones: 337
- Religiosas en pastoral: 108, 112, 121, 149, 161-162, 175, 222, 252, 260, 268, 283, 294, 319, 333, 339, 371, 375, 399, 410, 422, 429, 434, 439, 453, 472-473
- Religiosidad popular: 64, 90, 92, 364
- Represión: 153, 170, 178, 185, 194, 244, 256, 345, 371, 451, 468-469
- Revolución: 231, 245, 292, 448
- Ricos: 61, 96, 142, 144, 192, 216, 226, 233-234, 247, 291, 313, 321, 323-324, 341-344, 348-349, 404, 418, 427, 434, 452-453, 456, 478, 487
- Riqueza: 98, 144, 164, 173, 175, 177, 192-193, 224, 233, 291, 311, 323-324, 343, 346, 348-349, 367, 426, 430, 434, 444, 450
- Romero, monseñor Óscar A.:
- Como hermano, como amigo, quiero ser considerado: 52
 - En mi corazón no cabe exclusión: 61
 - Estoy abierto al diálogo con todos: 61, 83
 - ¡Y ay del pastor que se instala en una manera bonita de vivir!: 96
 - A mí me toca ir recogiendo cadáveres: 149
 - Hay una pesadez en mi pobre espíritu cuando pienso en los hombres que sufren: 205
 - Mi vida no me pertenece a mí, sino a ustedes: 267
 - Yo que les estoy hablando necesito convertirme continuamente: 276
 - Jamás me he creído el líder: 290
 - Queremos ser la voz de los que no tiene voz: 281
 - Yo sería un traidor si a las espaldas de ustedes estuviera entendiéndome con quien no respeta los derechos de los hombres: 292
 - El deber de un pastor que siente la alegría y la angustia de vivir con su pueblo y desde el pueblo, fiel a la voluntad de Dios: 380
 - Procedemos de la pobreza: 284
 - Me glorío de estar en medio de mi pueblo: 339
 - Una teología que, gracias a Dios, sigo estudiando: 215, 343
 - Confieso mi emoción al ser recibido por ustedes: 352
 - La posición que he tomado es a base de conciencia: 83, 380, 460
 - Vivo en un hospital y siendo de veras de cerca el dolor: 384-385
 - Soy el primero que necesita conversión: 418
 - El pastor tiene que estar donde está el sufrimiento: 422
 - Ojalá que el fruto de mi pobre palabra sea acercar a los hombres a Dios: 437
 - Según algunos amigos míos, yo he cambiado: 447-448
 - Se me horrorizó el corazón cuando vi: 470
 - Me da mucho gusto pertenecer a esta Iglesia que está promoviendo al campesino: 454
- Rosario: 90, 92, 364-365, 371, 396
- Sacerdocio: 44-47, 76, 103-104, 106-109, 115-116, 120-121, 258, 269, 320, 330, 386, 424, 472-473
- Sacerdotes: 34-35, 40-41, 46-49, 64, 75-78, 83-85, 91, 95, 99-100, 103-109, 115, 120, 128, 149, 151-152, 174, 181, 183, 188, 194, 220, 230, 236, 248, 252, 259, 264, 284, 294, 300, 311, 339, 345, 378-379, 386, 432, 435, 441, 446, 454, 471
- Sacramentos: 40-41, 44, 47-49, 101, 127-129, 132, 331, 372, 488

- Salarios: 401, 453, 470
- Salvación: 52, 56, 59, 101, 106, 127, 129, 140, 143, 154, 187, 189-190, 192-194, 204, 230-231, 239-242, 255-256, 274, 276, 278-279, 282, 296, 303-304, 309, 324, 344, 402, 418, 459, 465, 476, 486-487
- Satanás, demonio: 183, 220, 315, 353, 357, 452, 478, 483
- Sectas protestantes: 85, 417, 442-443
- Secuestro: 26, 161, 245, 254, 271, 318, 368, 413, 434, 469
- Secularización: 87
- Sexualidad: 445-446
- Seminario: 64, 101, 103-104, 108-109, 112, 120-121, 411, 439-440, 455, 472
- Seminaristas: 104, 106-108, 112, 120-121, 409, 472
- Signo de los tiempos: 163, 178, 205, 421, 425, 455
- Solidaridad: 63-64, 95-96, 101, 149-150, 155, 198, 211-212, 236, 251, 268, 307, 394, 405-406, 417, 420-422, 440-441
- Subversión: 34, 60-61, 65-66, 81-82, 84-85, 142, 153, 220, 230, 282-284, 298, 338-339, 343, 356, 388, 416, 459, 487, 489
- Tierra: 342, 408
- Tortura: 58-59, 97, 100, 114, 130-131, 145, 149, 155, 160, 163, 170, 181, 185, 188, 205, 233, 245, 248, 253-254, 274, 299, 309, 311, 315, 345, 362, 366, 369, 371, 389, 413, 430-431, 447, 452, 470
- Templo: 87-88, 258, 263, 457
- Teología de liberación: 215
- Trabajo: 106, 184-185, 201, 220, 274, 315, 322, 394-395, 399-400, 411, 415-416, 434, 459, 465, 469, 479, 488
- Trascendencia: 34, 105, 113, 115, 189, 202, 221, 224-227, 235, 247, 268, 400, 402
- Trinidad: 44, 80, 123, 126, 131, 139
- Universidades: 97, 162, 194, 212, 253, 317-318, 408, 456
- Vaticano II: 57, 60-61, 66, 82-83, 86-87, 89-100, 169, 193, 201, 230, 232, 235-236, 239, 246, 263, 268-270, 276, 295-296, 323, 330, 364, 369, 370, 378, 412, 459, 484
- Verdad: 40, 57-58, 61, 66-67, 74, 105, 114-120, 122, 126-127, 129, 131-132, 181, 202, 204, 210, 213, 224, 232, 240, 262, 270, 290, 294, 296, 298, 330-331, 334, 339, 346, 370, 380, 384, 404, 414, 417, 419, 446, 461, 471, 474-475, 477, 486
- Vida: 53-54, 59, 61, 67, 71, 74-75, 80, 85, 89-90, 98, 111, 117-118, 142, 145, 147, 161, 200, 204, 229, 232, 254, 300, 346, 361, 367, 385-386, 388, 449, 451, 463-464
- Violencia:
- Rechazo de la violencia: 35, 55, 60-62, 65, 69, 71-72, 74-78, 85-86, 91, 95-96, 101, 118, 129, 146, 150-151, 153, 160, 162, 171-172, 185, 216, 230, 233, 245, 247, 254-255, 297, 306, 308, 313, 317, 326, 343, 345-347, 366, 368, 371, 373, 395, 400-401, 413, 415, 422-424, 431-434, 447, 449-450, 452-454, 460, 463, 465-466, 468-470, 480
 - Clases de violencia: 162-165, 170-171, 233, 321, 450, 451-452, 460
 - No-violencia: 171-172
- Virgen María: 44, 56, 65, 89-91, 103, 109, 112, 139, 187-196, 200, 245, 251, 261-266, 291, 299, 313, 329, 353, 356-357, 360, 363, 370, 395-396, 476-477
- Vocación: 54, 76, 92, 106-109, 114, 116, 120, 131, 157-159, 178, 185, 194, 206, 210, 219, 242, 266, 276, 283-284, 320, 325, 329, 333, 365, 403, 420, 434

Índice de nombres

- Alfárez, monseñor: 293
Alfrink, cardenal Bernard: 440
Alvarado, Pedro de: 232
Alvarenga, padre: 353
Alvarenga, padre Teodoro: 455
Álvarez Menéndez Rodríguez, Antonio:
338
Álvarez, doctor Carlos Emilio: 254
Álvarez, monseñor José Eduardo: 441
Amaya, padre Fabián: 269, 307, 320, 331-
332, 334-335, 339, 473
Aquino, Santo Tomás de: 454
Araujo, monseñor: 335
Asís, San Francisco de: 457
Ayala, padre: 239
Ayala Mejía, José Julio: 450
Barrera, padre Ernesto: 269
Benavides, padre Jorge: 251, 472
Benito, San: 201
Beloso y Sánchez, monseñor José Alfonso:
52
Borgonovo Pohl, Mauricio: 61, 69-72, 74,
95, 422
Bosco, don: 198
Burguet, padre Luis: 438
Carranza, padre Salvador: 150
Carter, James: 97
Chacón Vázquez, Felipe de Jesús: 287, 306
Chávez y González, monseñor Luis: 52,
121, 236, 285, 305, 378, 410
Chávez viuda de Hernández, Carmen: 247
Chiurato, Luis: 424
Colón, Cristóbal: 395
Colorado, padre Salvador: 253
Contreras, padre Benito Arturo: 198
Cristales, David Agustín: 306
Cruz, San Juan de la: 185
Dante Alighieri: 348
Díaz, padre Fernando: 397
Díaz, padre Francisco: 269
Díaz, padre Próspero: 376
Diego, Juan: 396
Gandhi, Mahatma: 171
García Velis, padre Arturo: 294
Gonzaga, San Luis: 210
González, padre: 122
Grande, padre Rutilio: 31-35, 38, 65, 74,
151, 153, 199, 205, 254, 278, 306, 389,
429, 431-436, 438
Guarato, padre Vito: 222
Guardado Quezada, padre Manuel de
María: 239
Guevara, padre Víctor: 96, 211
Hipona, San Agustín de: 310, 401
Hitler, Adolf: 82, 385, 452
Ibáñez, padre (Antonio Fernández
Ibáñez): 210
Juan XXIII: 300
Lefebvre, Marcel: 127
León XIII: 117, 453
Lemus, Nelson Rutilio: 429, 431
Lima de Chiurato, Elena Margarita: 305,
318, 338, 362, 380
Lisieux, Santa Teresa de: 273

- López, padre Efraín: 269, 332, 334-335, 339
 Loyola, San Ignacio de: 64, 117, 310
 Llort, Fernando: 222
 Lutero: 369-370
 Martínez, Miguel: 26, 471
 Mejía, José Justo: 450, 470
 Molina, Raúl: 449, 463, 468
 Mussolini, Benito: 452
 Navarro, padre Alfonso: 51, 73-78, 85, 91, 130, 174, 278, 306, 395, 431
 Neumann, Juan Nepomuceno: 146
 Orellana, padre Samuel: 376, 397
 Orellana, Tomás: 270
 Pablo VI: 39-40, 48, 146, 183, 187, 201, 204, 219, 252, 262, 264, 296, 319, 337, 381, 386-387, 414, 433, 456
 Pérez y Aguilar, monseñor Antonio Adolfo: 52
 Pío XI: 59, 452
 Pío XII: 170, 193, 261-262, 396
 Pironio, monseñor Eduardo: 100, 215, 217, 298
 Pocasangre, padre: 358
 Poma, Roberto: 96
 Poprawa, padre Duar Alex: 396
 Portillo Puerta, Filomena: 253, 431
 Recinos Quintanilla, Amadeo: 338
 Revelo, monseñor Marco René: 362, 378-379
 Rivas Guerra, Víctor Manuel: 450
 Rivera Damas, monseñor Arturo: 43, 229, 361, 363-364, 376, 409, 421-422, 425, 440
 Rodríguez Carrero, Salomé: 338
 Rodríguez, padre Miguel: 269
 Roger de Taizé: 440
 Rosales de Alegría, Emma: 338
 Sánchez Yáñez, Teresa: 304
 Sánchez, padre Rutilio: 397
 Sarsanedas, padre Jorge: 65
 Segura, padre Ladislao: 283-284, 411
 Siena, Santa Catarina de: 296
 Solórzano, Manuel: 429, 431
 Stock, San Simón: 188, 193-194
 Tertuliano: 411
 Torres, Luis Alfredo: 74, 95
 Torruella, padre Roberto Amílcar: 376
 Urioste, monseñor Ricardo: 409, 423, 450, 453, 470
 Valdez, José Roberto: 422, 424
 Vázquez Escobar, Serafín: 287
 Ventura, padre Miguel: 441
 Vides, padre Antonio: 97
 Yáñez, Antonia: 305

Índice de citas bíblicas

ANTIGUO TESTAMENTO

Génesis

1, 2: 80
2, 7: 111, 53, 80
4, 10: 71
12, 1: 242
18, 10: 200
18, 21: 215
22, 2: 243

Éxodo

3, 6.15: 124
3, 7: 327
3, 7-10: 243
3, 11: 243
3, 14: 124
12, 29-30: 244
14, 27-28: 248
15, 1-18: 248
16, 3: 273
17, 11-12: 398
20, 3: 312
20, 1-17: 117, 288
20, 13: 71, 74, 118, 163, 306
20, 15-16: 118
20, 19: 287
32, 7-8: 308
32, 8a: 311
32, 8b: 312
32, 11: 308, 312
32, 14: 308
40, 34: 288

Levítico

13, 45-46: 382
14, 1-32: 386
25, 23: 343

Números

11,5: 273

Deuteronomio

25, 5-10: 445
30, 10: 178
30, 12-14: 177, 181

1 Samuel

15, 11-16, 13: 291
17, 45: 112

1 Reyes

19, 19-21: 158

2 Reyes

5, 3: 382
5, 10: 382
5, 11-15: 383
5, 15.17: 389
5, 16: 383
5, 17: 384

Tobías

12, 15: 352
12, 16: 353

2 Macabeos

7, 11: 444
7, 30-38: 444

Salmos

31, 2: 401
84, 11: 310
127, 1: 326

Eclesiastés (Qohélet)

1, 2: 225

Sabiduría

9, 13-14: 295
9, 18: 300
11, 22: 426
11, 23: 426
11, 26: 427
18, 9: 244

Eclesiástico (Sirácides)

3, 19: 290

Isaías

32, 17: 170
60, 1: 414
60, 1-6: 413
60, 4.6: 415
60, 6: 415
66, 19: 271, 272

Jeremías

1, 8: 322
7, 1-15: 258
20, 9: 258
26, 1-13: 259
31, 1-7: 260
31, 33: 288, 343
38, 4: 258
38, 10: 257

Daniel

7, 10: 355
7, 13: 354
7, 13-14: 354

Oseas
2, 21-22: 288

Amós
6, 4: 341
6, 6: 343
6, 7: 347
5, 5-6: 341
8, 4-5a: 322

8, 5b-6: 322
8, 7: 322

Habacuc
1, 2-3: 366
2, 2-4: 368, 372
2, 6c: 366
2, 9: 366
2, 12: 366

2, 15: 366
2, 19: 367

Zacarías
12, 10: 145, 154

Malaquías
3, 19: 456

NUEVO TESTAMENTO

Mateo
2, 1: 415
2, 1-16: 126
5, 1-12: 313
5, 3: 432
5, 5: 434
5, 6: 434
5, 9: 169, 175, 176
5, 13: 117
5, 13.14: 103, 121, 393
5, 44: 60
5, 44-45: 154
5, 48: 277
6, 24: 164
10, 8: 384
16, 18: 81, 111
18, 15-18: 319
21, 9: 474
24, 43-44: 459
25, 5: 459
25, 13: 459
25, 34: 477
25, 35-40: 180
25, 40: 33, 131, 386, 407, 430
25, 41-45: 478
26, 26-28: 134
26, 52: 71, 150, 155, 244, 306
28, 18-19: 417
28, 19-20: 414

Marcos
1, 15: 75, 91, 232, 237
2, 27: 71

4, 1-8: 428
6, 18: 117
8, 35: 486
12, 30-31: 34
14, 25: 55
14, 61-64: 141
14, 62-64: 356
16, 15: 271, 273, 475, 488
16, 15-16: 418
16, 16: 414

Lucas
1, 26: 353
1, 28: 93
1, 35: 44
1, 37: 200
1, 38: 370
1, 46-55: 90
1, 49: 90, 299
1, 53: 291
2, 14: 173
4, 21: 43
4, 27: 387
6, 27: 60
9, 18: 140, 231
9, 20: 140, 143
9, 22-24: 143
9, 23: 146, 152
9, 23-24: 151
9, 24: 154, 300
9, 33: 229
9, 35: 232, 236
9, 52-53: 162

9, 54: 162
9, 57-58: 158
9, 60: 158, 164
9, 62: 158, 164
10, 2: 175, 264, 294, 335
10, 4: 175
10, 5-11: 168
10, 16: 319, 345, 489
10, 22: 140
10, 27: 183
10, 29-37: 48, 180, 183, 382
10, 41-42: 199, 200
11, 1-2: 218
11, 23: 144
12, 15: 225
12, 20: 226
12, 32a: 241
12, 32: 242, 245
12, 35-36: 458
12, 37: 246
12, 45: 246
12, 48: 246
12, 51: 255
12, 51-53: 461
12, 52-53: 256
13, 22: 272
13, 23: 274, 276
13, 24: 275
13, 25-27: 276
14, 8-14: 290
14, 25: 301
14, 26: 324
14, 26-27: 301

15, 1-32: 427
 15, 7: 314
 15, 12: 310
 15, 13: 324
 15, 15: 38
 15, 15-16: 312
 15, 17-19: 314
 15, 20-21: 314
 16, 1-2: 323
 16, 8: 323
 16, 9: 323, 324
 16, 13: 349
 16, 14-15: 349
 16, 19: 341
 16, 20-21: 342
 16, 22: 348
 16, 24: 324
 16, 29: 344
 16, 30: 345
 16, 31: 345
 17, 5: 365, 370, 371
 17, 6: 368
 17, 13: 382
 17, 14: 386
 17, 15: 389
 17, 21: 177, 447
 18, 1-8: 401
 18, 2: 395
 18, 8: 401
 18, 11: 136
 19, 5: 427
 19, 8-9: 427
 19, 10: 163
 20, 36: 445, 446
 21, 1-4: 420
 21, 6: 457
 21, 7: 458
 21, 8-9: 458
 21, 12-13: 460
 21, 14-15: 460
 21, 16-17: 461
 21, 18-19: 461
 22, 19: 40
 22, 20: 93, 290
 23, 8-11: 345
 23, 34: 35, 135, 173
 23, 43: 463
 23, 42-43: 474

Juan

1, 14: 474
 1, 48: 358
 1, 49-51: 358
 1, 50: 359
 2, 22: 457
 3, 30: 438
 4, 37-38: 335
 6, 15: 478
 6, 67-68: 302
 8, 1-11: 427
 8, 7: 136
 8, 32: 67, 105
 10, 10: 427
 10, 16: 417
 11, 43: 330
 11, 21: 69
 11, 25: 69
 12, 32: 303, 414
 13, 35: 62
 14, 23-26: 80
 14, 26: 83, 84, 116, 414
 14, 27: 88, 173, 256
 15, 12: 71, 76, 174, 310, 466
 15, 20: 117
 17, 14-16: 130
 17, 21: 418
 18, 20: 119
 18, 20-21: 460, 469
 18, 33: 475
 18, 36: 478
 18, 37: 475
 18, 38: 475
 19, 10-11: 163
 19, 37: 144
 20, 21: 414
 20, 22: 49, 53, 80, 111
 21, 15: 390

Hechos de los apóstoles

2, 1-4: 109
 2, 2-3: 80
 2, 3: 112
 2, 32-33: 126
 2, 41: 118
 3, 13: 124
 4, 19: 113
 5, 28-29: 113

5, 29: 60, 77, 163, 235
 6, 1-7: 264
 9, 5: 231
 15, 1: 82
 15, 2.6: 82
 15, 7-11: 84
 15, 11: 82
 15, 23-29: 82
 20, 17-38: 307
 26, 14: 311

Romanos

5, 12: 465
 5, 17a: 464
 5, 17b: 465
 8, 20-21: 423
 10, 9: 419
 10, 10: 416
 10, 18: 416
 10, 14-15: 417
 12, 17: 71
 13, 1: 163

1 Corintios

1, 13: 442
 1, 25: 237
 3, 22-23: 321
 11, 23: 134
 11, 24b: 134
 11, 26: 134
 12, 3b: 114
 12, 4-7: 119
 15, 26: 265
 15, 44: 445
 15, 55: 431

2 Corintios

8, 9: 144

Gálatas

1, 1: 319
 3, 26: 142
 3, 26-27: 153
 3, 28: 142
 3, 28-29: 155
 5, 1: 159
 5, 13a: 159
 5, 13b: 159

5, 14b: 165
 5, 14b.18: 165
 5, 15: 165
 6, 14: 169, 176
 6, 14-16: 168

Efesios

1, 17: 124
 1, 20-21: 99
 1, 22: 96

Colosenses

1, 15-16: 179
 1, 18: 471
 1, 26: 200
 2,14: 220

2 Tesalonicenses

3, 2: 442
 3, 7-9: 459
 3, 10: 459

1 Timoteo

1, 13: 315
 1, 15: 314
 1, 15-17: 308

2, 1: 318
 2, 1-2: 326
 2, 2: 326
 2, 4: 324
 2, 5: 324
 2, 8: 326
 6, 11: 346
 6, 11-12: 346
 6, 13: 342
 6, 14: 347
 6, 16: 346

2 Timoteo

1, 6: 372
 1, 7-8: 372
 1, 8.13: 372
 1, 13: 373
 2, 9: 389
 2, 11-12: 390
 2, 13a: 390
 2, 13b: 390
 2, 14: 373
 3, 14-15a: 402
 3, 15b: 402
 3, 16: 402, 403
 4, 1-2: 403

Hebreos

11, 1: 248
 11, 19: 243
 12, 5: 278
 12, 18-19: 287
 12, 22-24: 289

1 Juan

4, 8: 71

Apocalipsis

1, 6b: 45
 1, 9: 52
 7, 9: 438
 7, 14: 429
 7, 14-15: 436
 8, 3-4: 359
 12, 1-6: 356
 12, 4: 90
 12, 10: 90, 356
 12, 11: 360
 21, 1: 60, 274
 21, 10-11: 81
 21, 22-23: 87

Índice del magisterio de la Iglesia

Documentos del
Concilio Vaticano II

Lumen gentium

1: 125

4: 300

8: 135, 303, 330

9: 288

10: 106

14: 127, 128, 129

15: 129

16: 129, 479

31: 325

35: 484

42: 89

46: 108

48: 246

68: 263

Dei Verbum

5: 369, 370, 371

Gaudium et spes

1: 210, 230

2: 130

3: 118, 193

11: 48

14: 178

15: 295

19: 124

20: 153

36: 225, 323

42: 113, 226

43: 101, 192, 276, 344, 459

76: 59, 235

77: 169

78: 170, 173, 256

Sacrosanctum Concilium

26: 326

64: 270, 377

Optatam totius

Proemio: 103

2: 107, 108

Ad gentes divinitus

6: 412

Inter mirifica

: 57

Mensajes del Concilio a la humanidad

A las mujeres 5 y 10: 67

A los gobernantes 5: 86, 179

El valor religioso del Concilio

4: 202, 262, 297

6: 183, 231

7: 206

8: 202

9: 206

15: 296

16: 180

Magisterio de León XIII

Rerum novarum

12: 453, 454

Magisterio de Pablo VI

Humanae vitae

14: 117

Populorum progressio

12: 388

13: 388

14: 381, 386, 387

19: 219

21: 206

30: 171

42: 105

Evangelii nuntiandi

13: 204

15: 414

29: 101

30: 32, 48, 99, 190

31: 48

32: 190

33: 32

38: 32, 33, 34, 99, 433, 456

47: 40, 48

Un mensaje para toda la humanidad

Discurso en la Asamblea General de

Naciones Unidas (4 de octubre de 1965)

: 264

Alocución en la Misa del Día del Desarrollo

en Bogotá (23 de agosto de 1968)

: 161

Si quieres la paz, defiende la vida

Mensaje para la Jornada de la Paz

(1 de enero de 1977)

: 165

La evangelización de los pueblos

Mensaje para el Domingo Mundial

para las Misiones (29 mayo de 1977)

: 272, 419

La caridad operante de la Iglesia

Catequesis (21 de septiembre de 1977) : 385

Magisterio de América Latina

Documentos de Medellín

Introducción, 4: 164

1, 1: 215, 322, 381

1, 3: 177, 315, 416

2, 1: 171, 192, 215, 308

2, 14: 170

2, 15: 172

2, 16: 162, 170, 171, 233, 381, 451

2, 18: 171

14, 2: 382

14, 18: 158

Mensajes de conferencias episcopales

Mensaje de la Conferencia Episcopal de

El Salvador sobre el momento actual que vive

el país (5 de marzo de 1977): 34, 48, 233

Mensaje de la Conferencia Episcopal de

El Salvador al pueblo salvadoreño

ante la ola de violencia que enluta al país

(17 de mayo de 1977): 95-102, 113

Comunicado de la Conferencia Episcopal

de Panamá ante la situación de la Iglesia en

El Salvador (7 de julio de 1977): 197

Cartas pastorales de monseñor

Óscar A. Romero

Iglesia de la Pascua

(10 de abril de 1977): 51, 294

La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia

(6 de agosto de 1977): 229-238, 240-242,

252-253, 286, 344, 358

